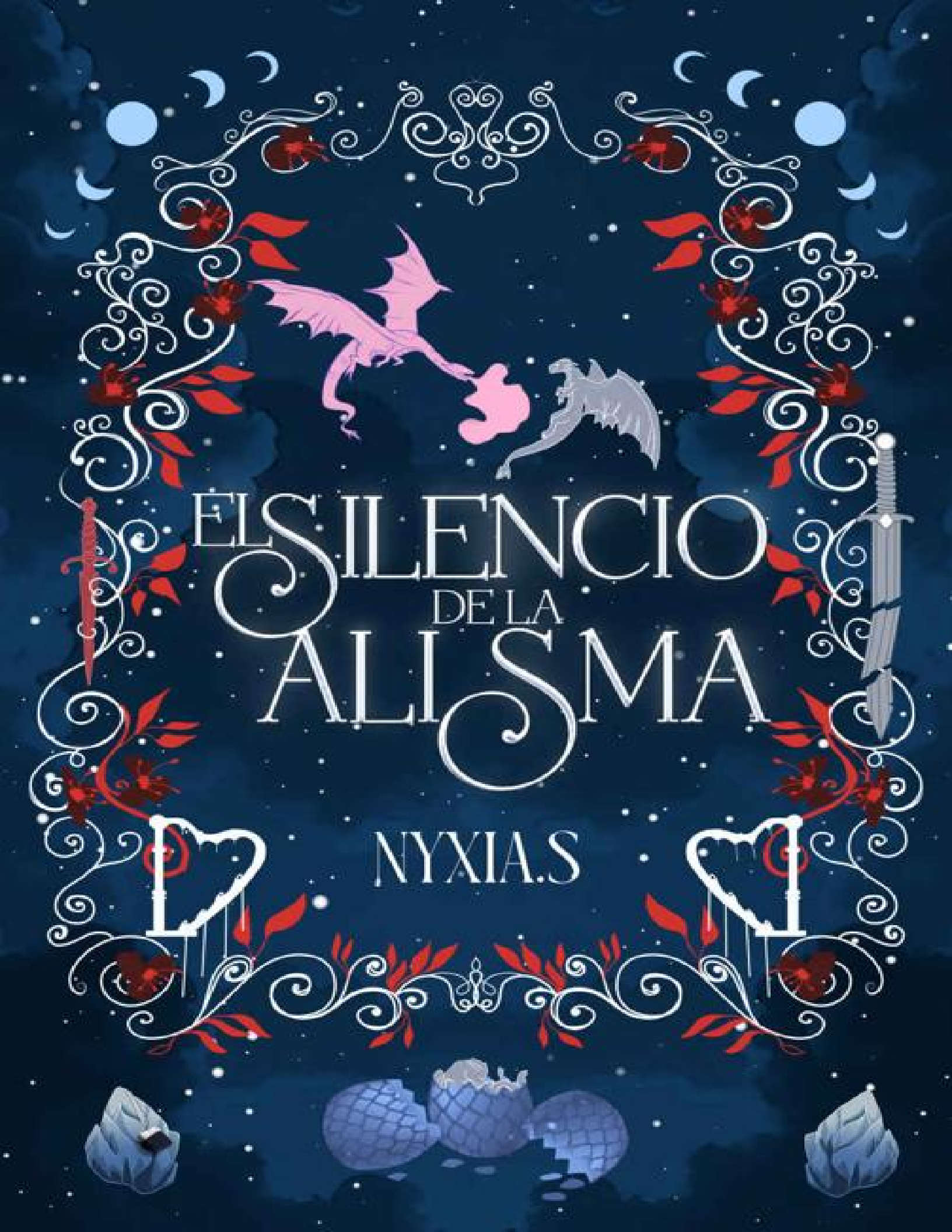

EL SILENCIO DE LA ALISMA
NYXIA.S

Nyxia S,

El silencio de la Alisma

Copyright © 2025 by Nyxia S,

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, escaneado o cualquier otro sin el permiso por escrito de la autora. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin permiso. Se prohíbe expresamente la utilización de esta obra para el entrenamiento de sistemas de inteligencia artificial, la generación de texto, la creación de obras derivadas o cualquier otra tecnología similar.

Esta novela es enteramente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes retratados en él son obra de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o localidades es pura coincidencia.

A los supervivientes, a los rotos, a los que renacen de sus cenizas… y a quienes aman cada pedazo recompuesto.

Contenido

1. El tormento del rey
2. La única reina
3. No hubo oportunidad
4. Esclava sin opciones
5. Al frente
6. Pasos sin control
7. No puedo seguir negando
8. Por favor, ódiame
9. Acaba conmigo de una vez
10. El precio del deber
11. Heridas que no sanan
12. Dagas y silencios
13. El despertar
14. Rumores y verdades
15. Invocaciones nocturnas
16. Amanecer destrozado
17. El rey lo necesita
18. Juegos de poder

19. Entre el deber y el corazón
20. El latido antes de la tormenta
21. Heridas y mentiras
22. Consecuencias
23. Odio mutuo
24. Sin sentir
25. Postre amargo
26. Qué hice
27. Nadie obedece siempre
28. El precio de la ceguera
29. Voces en la oscuridad
30. Pueden ayudarnos
31. Sin miedo a morir
32. Espera infinita
33. Confesiones
34. No es real
35. Voluntad y sangre
36. Sangre en el amanecer
37. Cadenas y silencios
38. La furia del rey
39. La huida
40. Furia ciega en batalla
41. Lamento poco real

42. Sumiso a ti

43. Calidez extraña

44. Espera silenciosa

45. Rabia contenida

46. Amaneceres sin paz

47. Hora de enfrentarlos

48. Paz entre el caos

49. Noches sin paz

50. La reina de Dragio os declara la guerra

1

El tormento del rey

Aeran

La odiaba. Odiaba el vino que se agitaba en mi copa, un torbellino carmesí que reflejaba el caos en mi interior. El líquido se deslizaba por las paredes de cristal para luego aquietarse en el centro, revelando mi rostro demacrado como un espejo cruel.

La odiaba. Odiaba mi reflejo, esos ojos atormentados que no cesaban de proyectar su imagen, un fantasma que me perseguía sin descanso.

La odiaba. Odiaba su última palabra, ese susurro final cargado no de amor, sino de un reproche que me atravesaba el alma como una daga oxidada.

La odiaba. Por haberse desvanecido en las aguas turbulentas, como si jamás hubiera existido, robándome hasta la posibilidad de un adiós.

La odiaba. Odiaba la forma en que su ausencia pesaba más que su presencia, cómo el vacío que dejó parecía consumir todo a su alrededor como una bestia insaciable.

La odiaba. Por haberme hecho vulnerable, por haber derribado mis murallas solo para dejarme expuesto a esta tormenta de

emociones que ahora me ahogaba sin piedad.

La odiaba. Odiaba cómo su recuerdo se entrelazaba con cada fibra de mi ser, cómo su risa aún resonaba en los pasillos vacíos del castillo, burlándose de mi incapacidad para protegerla.

La odiaba. Por haberme mostrado un atisbo de lo que podría haber sido, una vida llena de color y calidez, solo para arrebatármelo en un instante de rebeldía.

Me odiaba. Con una intensidad que rivalizaba con el odio que sentía por ella, porque en el fondo sabía que yo era el culpable de mi propia miseria. Si la hubiera escuchado, si hubiera confiado en sus habilidades, si no hubiera intentado encerrarla…

Lancé la copa contra el suelo con una furia ciega, observando cómo el vino se esparcía como sangre. El cristal rebotó, girando sobre sí mismo en una danza antes de detenerse, su tintineo final resonó en la tranquilidad de la noche. Ese silencio que siguió era la peor de las torturas, un vacío que gritaba su ausencia, pero era un castigo que me había ganado a pulso.

Ella podría estar aquí, a mi lado, ocupando el trono que llevaban semanas preparando con esmero y en secreto para ella. Un trono que ahora se alzaba como un monumento a mi fracaso. Pero no, ella se había desvanecido como la niebla al amanecer, tragada por un abismo infinito que se negaba a devolverla.

Me había dejado solo, ahogándome en un dolor insoportable, asediado por un coro de voces acusadoras que no cesaban de recordarme mis errores. Quizás, si la hubiera traído conmigo desde el principio, si hubiera confiado en ella como debí hacerlo, ahora estaría a salvo, estaría conmigo.

Porque ella tenía que estar viva. Que me arrancaran el alma si me equivocaba, pero ella debía seguir respirando en algún lugar. La alternativa era impensable, un futuro tan desolador que prefería aferrarme a la más mínima esperanza, por irracional que fuera.

Mis hombres la buscaban sin descanso día y noche desde hacía dos semanas. Dos semanas eternas que se estiraban como siglos. La búsqueda era incansable, frenética incluso, pero el resultado siempre

era el mismo: nada. El vacío de su ausencia se burlaba de nuestros esfuerzos, como si ella se hubiera desvanecido en el aire mismo.

Draluz y Estros lo intentaban una y otra vez. Les había enseñado su olor en sus prendas, esas telas que aún conservaban la esencia de su piel, un aroma que me atormentaba en mis sueños. Pero los dragones volvían gruñendo, frustrados y confundidos, sin haberla encontrado.

El hielo del río donde se sumergió se derretía día tras día; era un espectáculo cruel de la naturaleza que parecía borrar toda huella de su paso. El agua fluía, indiferente a nuestro dolor, sin darnos ni el más mínimo rastro de dónde podía haber ido. Cada trozo de hielo que se deshacía era como una parte de mi esperanza que se desvanecía, llevándose consigo la posibilidad de encontrarla.

Mi mente, torturada por la preocupación, no dejaba de imaginar su estado. Estaría herida, seguro. El impacto contra el agua helada habría sido brutal, dejando marcas en su piel que yo anhelaba poder sanar. Tendría demasiado frío para caminar. Le dolerían los huesos… Sus labios estarían agrietados y azulados por la hipotermia. Sus ojos, esos que me habían desafiado tantas veces, estarían ahora nublados por el dolor y el cansancio, y lucharían por mantenerse abiertos.

Quizás estaría luchando contra una fiebre.

La veía en mi mente, acurrucada en algún rincón oscuro, tratando de conservar el poco calor que le quedaba, con la respiración débil y entrecortada.

Y, aun así, una parte de mí deseaba que estuviera rabiosa conmigo; eso era lo que anhelaba. Que volviera y me gritase con toda la fuerza de su ser. Que me odiase con una pasión que rivalizara con el amor que yo sentía por ella. Que me insultase, que sus palabras me laceraran como látigos, castigándome por no haberla dejado ir. Cualquier cosa, por dolorosa que fuera, sería mejor que este silencio sepulcral que me rodeaba.

Pero, sobre todo, que volviera. Que regresara a mí, aunque fuera para destrozarme con su ira. Prefería mil veces su furia que esta ausencia que me consumía.

Aquel día, tras horas interminables de búsqueda infructuosa, regresé al castillo con el peso del fracaso sobre mis hombros. El silencio que me recibió fue ensordecedor, cargado de expectativas que sabía que no podría cumplir. Mis hermanos esperaban, no a su rey, tampoco a su hermano, sino a ella… a Nefely. Sus rostros esperanzados se descompusieron al verme entrar solo, y el aire pareció abandonar la explanada.

Las palabras se me atascaron en la garganta. ¿Cómo podía explicarles que ella no estaba conmigo? ¿Cómo podía prometerles que la encontraría cuando ni yo mismo creía en mis propias mentiras? Solo pude presenciar, impotente, cómo la desgracia se apoderaba de sus rostros, cómo sus ojos se inundaban en lágrimas, cómo sus corazones se rompían ante la cruel realidad de que su hermano, su rey, había fallado en proteger a la mujer que amaba.

Avery fue la primera en reaccionar. Su voz, rota por la rabia y el dolor, estalló en reproches. Cada acusación era un eco de mis propios pensamientos torturados, cada palabra cargada de una verdad que me desgarraba por dentro.

—¡Te lo advertí! —gritó con los ojos inundados en lágrimas—. ¡Te dije que era tan fuerte como tú! ¡Que no podías mantenerla al margen! ¡Ella solo quería luchar a tu lado! Debiste dejarla ir contigo desde el principio. Al menos habría estado bajo tu vigilancia, no habría tenido que escapar sola, sin protección.

Sus manos se cerraron en puños temblorosos mientras me miraba con un dolor que reflejaba el mío.

—Ella solo quería estar contigo, Aeran, como te lo prometió. Y ahora…

Cleon mantuvo la mirada clavada en el suelo, como si en la hierba pudiera encontrar las respuestas que yo no podía darle. Solo cuando el rugido lejano de Estros resonó en el cielo, alzó la cabeza con un atisbo de esperanza iluminando sus ojos por un breve instante creyendo que le mentía. Pero al comprender la cruel realidad, esa luz se extinguió, dando paso a un llanto silencioso que hablaba más que mil gritos.

Torin ni me miró a los ojos, se tapó el rostro con las manos mientras se aferraba a su hermana mayor buscando consuelo, pero eso solo intensificó su llanto.

Venya, mi pequeña Venya, no necesitó palabras. Su dolor se manifestó en sollozos desgarradores que parecían provenir de lo más profundo de su ser. Cada lágrima que rodaba por sus mejillas me recordaba mi fracaso no solo como rey, sino como hermano y protector.

Y luego estaba Kieran… Su reacción fue la que más me destrozó. Aquellos ojos inocentes me miraron, buscando una explicación, una palabra de consuelo que no pude ofrecerle. Sin mediar palabra, se alejó corriendo hacia la torre, convencido en su mente infantil de que yo había encerrado a Nefely, que mi ira hacia ella era la razón de su ausencia.

¿Cómo explicarle a un niño que la realidad era mucho más cruel? ¿Que daría mi vida por tenerla encerrada en esa torre, sabiendo al menos que estaba a salvo? Que cada noche, desde aquel fatídico día, soñaba con encontrarla tras aquellas puertas, enfadada conmigo, odiándome incluso, pero viva. La verdad era un peso demasiado grande para sus pequeños hombros, y, sin embargo, era un peso que ahora todos debíamos cargar.

Desde aquel momento, Kieran no volvió a dirigirme la palabra. Cada noche, sus llantos desconsolados atravesaban los muros del castillo, aferrado a aquella vieja muñeca de tela que había pertenecido a Nefely, la misma que yo había traído de su cabaña. Ese pedazo desgastado de tela y paja, con sus botones desiguales por ojos, era ahora su único consuelo. Dormía abrazado a él, susurrándole secretos y promesas como si pudiera transmitírselos a ella, dondequiera que estuviese. Y nada más calmaba sus pesadillas. Y yo, el poderoso rey de Dragio, me encontraba impotente ante el sufrimiento de mi hermano pequeño. Ninguna palabra, ningún gesto podía calmar su tormento.

Aquel fracaso, aquella incapacidad de consolar a mi propia sangre, fue quizás el castigo más cruel que podría haber imaginado.

Cada sollozo ahogado, cada grito en la noche, me recordaba mi incapacidad para proteger no solo a Nefely, sino a mi propia familia. Y así, noche tras noche, me encontré atrapado en aquel infierno de mi propia creación, donde el silencio de Kieran gritaba más fuerte que cualquier acusación.

Como cada amanecer, me despegué del frío abrazo del trono con un esfuerzo sobrehumano. Mis piernas, entumecidas por las largas horas de vigilia y el exceso de alcohol, apenas soportaban mi peso. Tambaleándome, di unos pasos inseguros esperando a que mi cuerpo obedeciera.

Mis ojos, nublados por el cansancio y la resaca, se posaron inevitablemente en el trono contiguo. Allí estaba, a mi lado, de la misma altura que el mío. Lo había mandado construir para ella, cada detalle estaba cuidadosamente pensado. Mis dedos recorrieron las complicadas tallas de flores y plantas que adornaban la piedra, un homenaje a su conexión con la naturaleza. Había ordenado al artesano que incluyera cada hierba medicinal que ella utilizaba: la milenrama, el acónito, la belladona… todas entrelazadas formando un patrón tan hermoso como ella misma.

Los reposabrazos, a pesar de ser de piedra, se habían diseñado para ser cómodos, sus bordes estaban suavizados y redondeados para que sus delicados brazos descansaran sin molestias durante las largas audiencias. Un cojín de suave terciopelo verde descansaba sobre el asiento, para que no sintiera el frío de la piedra, algo que sabía que odiaba. Pero ella nunca llegaría a saberlo. En el respaldo, apenas visible bajo cierta luz, había mandado tallar una pequeña alisma.

Un trono vacío, esperando a una reina que no estaba allí para reclamarlo. Un símbolo de poder que nadie más tenía derecho a ocupar. El trono de la reina de Dragio… de mi reina, que ahora vagaba perdida quién sabe dónde, mientras yo me ahogaba en vino y recuerdos.

Como un necio, un iluso atrapado en una esperanza vana, mis ojos se clavaron en las pesadas puertas del salón. Una parte de mí,

esa parte que se negaba a aceptar la realidad, esperaba verlas abrirse de golpe. Casi podía visualizarla, entrando con paso firme y furia en la mirada. Sus ojos, esos que tanto amaba, ardían con rabia mientras me señalaba con el dedo.

«¿Cómo te atreviste a dejarme allí?», la imaginaba gritando, su voz retumbando en las paredes del salón. «¡Tirano arrogante! ¡Incompetente! ¡Me prometiste que me encontrarías siempre!». La veía avanzar hacia mí, hermosa incluso en su furia, reclamando lo que era suyo por derecho mientras los consejeros retrocedían atemorizados ante su presencia. Casi podía sentir el escozor de su mano golpeando mi mejilla, el calor de su aliento cuando me reprochara cada día de ausencia.

Y yo… yo me arrodillaría ante ella, humillado y agradecido a partes iguales, porque su ira significaría que estaba viva, que había vuelto a mí. Pero, como cada maldito amanecer desde su desaparición, las puertas permanecieron cerradas, silenciosas, burlándose de mis fantasías. El eco de unos pasos que nunca llegaban a sonar.

Con un suspiro que parecía arrastrar el peso del mundo, me obligué a dirigirme a mis aposentos. Las doncellas, fieles a su rutina, habían preparado un cuenco con agua fresca para que me aseara. Mis manos temblaron al acercarme al recipiente, sabiendo lo que vendría a continuación. Y allí estaba, tan vívido como siempre: el recuerdo de su caída. La veía caer una y otra vez, escuchando el sonido de su cuerpo golpeando las aguas heladas.

Incapaz de controlarme, lancé el agua por el suelo. Luché por respirar, mi pecho estaba oprimido por una fuerza invisible que parecía querer aplastarme.

Me cambié con la ropa que me habían preparado, incapaz de elegirla por mí mismo. La tela, antes símbolo de mi estatus y poder, ahora se sentía como una armadura vacía, incapaz de protegerme de mis propios demonios.

Desesperado por escapar de las paredes que parecían cerrarse a mi alrededor, salí en busca de aire fresco hacia los balcones del

pasillo. El viento rozó mi piel, trayendo consigo una promesa momentánea de alivio. Pero esa ilusión se desvaneció tan rápido como había llegado. Mis ojos, atraídos por un movimiento inusual, se alzaron hacia las almenas del castillo.

Y allí, ondeando con una solemnidad que heló mi sangre, vi las banderas. Negras como la noche más oscura, sus telas se agitaban pesadamente contra el cielo gris del amanecer. Banderas de luto, un símbolo que no había ordenado izar. Mi mente, aturdida, luchaba por comprenderlo. ¿Quién se había atrevido a declarar el luto sin mi consentimiento?

La furia me consumía por dentro, iba a reducir a cenizas todo lo que encontrase a mi paso. Cerré mis puños con tanta fuerza que me clavé las uñas en la palma.

Avancé por los pasillos del castillo como una tormenta desatada. Mi visión, nublada por la rabia, apenas reconocía los rostros aterrorizados de los sirvientes que se apartaban precipitadamente de mi camino. Una doncella dejó caer su bandeja, el estrépito del metal contra el suelo solo alimentó mi furia. Sin siquiera pensarlo, agarré un jarrón de porcelana que descansaba sobre una mesa cercana, una reliquia de alguna dinastía pasada, y lo estrellé con todas mis fuerzas contra la pared. Los fragmentos se esparcieron por el suelo como gotas de lluvia congeladas en el tiempo, tan rotos como me sentía por dentro.

Cada paso que daba hacia la sala del trono era una batalla contra el impulso de dar media vuelta, montar en Draluz y volar hasta los confines del mundo en busca de Nefely. Pero no, tenía que enfrentarme a esto primero. Tenía que arrancar de raíz esta idea absurda de que ella…

No. Ni siquiera podía pensarlo.

Las puertas de la sala del trono se alzaban ante mí, imponentes. Los guardias apostados a cada lado intercambiaron miradas de pánico al verme llegar. Antes de que pudieran reaccionar, planté mis manos en las pesadas maderas y empujé con toda la fuerza que la adrenalina y la rabia me proporcionaban.

Las puertas se abrieron de golpe, el estruendo resonó en la vasta sala como el rugido de un dragón furioso. Allí estaban, mis consejeros, reunidos como una bandada de cuervos alrededor de una carroña.

—¡¿Quién ha sido el responsable de esta atrocidad?! —bramé—. ¡¿Quién se ha atrevido a declarar el luto sin mi consentimiento?!

Mis ojos recorrieron sus rostros uno por uno, buscando al culpable. Qued dio un paso al frente.

—Majestad —comenzó Qued, intentando mantener la calma—, la tradición es declarar el luto una vez transcurrida semana y media. Ya se ha cumplido ese tiempo. El reino necesita…

No le permití terminar. Con un rugido de rabia, agarré una copa de plata de una mesa cercana y la lancé en su dirección. El objeto pasó silbando junto a su oreja, estrellándose contra la pared y dejando una mancha de vino que se deslizó lentamente hacia el suelo.

—¡No te atrevas a hablar de lo que el reino necesita! —vociferé, acercándome a él con pasos amenazantes—. ¡Ella no está muerta! ¡¿Me oyes?! ¡No está muerta!

Qued retrocedió, pero se mantuvo firme.

—Mi señor, entiendo vuestro dolor, de verdad.

—¡No entiendes nada! —dije con mi rostro a centímetros del suyo—. ¡Ninguno de vosotros entiende nada!

Alastair intentó intervenir.

—Majestad, os ruego que os calméis. Debemos considerar todas las posibilidades y actuar en consecuencia. El reino necesita a su rey.

Me giré hacia él, mis ojos ardieron con una furia que le hizo callar de inmediato.

—¿El reino? —repetí—. ¿Os atrevéis a hablarme del reino cuando la mujer que amo está desaparecida? ¿Cuándo vuestra reina está perdida? ¿Acaso creéis que me importa una mierda el protocolo o la tradición en este momento?

—Señor —intervino Zephyr—, entendemos vuestra angustia, pero debemos pensar en la estabilidad del reino. Los mercaderes están

nerviosos, los aliados preguntan y debemos dar respuesta.

—¡Me importa una mierda lo que pregunten los aliados! —rugí—. ¿Acaso crees que me preocupan los nervios de unos mercaderes cuando Nefely podría estar sufriendo en algún lugar?

Ezran dio un paso adelante. Sus manos estaban alzadas en un gesto conciliador, con una expresión tranquila y compasiva que solo sirvió para avivar mi ira.

—Aeran —dijo, usando mi nombre en lugar de mi título—, los dioses nos ponen a prueba de formas que no siempre comprendemos.

No le dejé terminar. En dos zancadas estuve frente a él, agarré con mis manos el frente de su túnica.

—¡No te atrevas a mencionar a los dioses! —rugí, sacudiéndole —. ¿Dónde estaban tus dioses cuando ella caía? ¿Dónde están ahora? ¡Dime, Ezran! ¡¿Dónde están tus preciados dioses ahora?!

Vi el dolor en sus ojos, pero no me importó. Lo solté con un empujón que le hizo tropezar, pero no cayó.

—Tus oraciones no la traerán de vuelta —escupí—. Tus velas y tus cánticos no la sacarán de ese maldito río.

Alastair intentó intervenir con voz firme.

—Majestad, debemos mantener el orden en el reino. Según la ley…

Me volví hacia él.

—¿La ley? —siseé—. ¿Te atreves a hablarme de leyes cuando estáis cometiendo la mayor injusticia al declarar muerta a Nefely? —Mi voz tembló, mezclando la rabia con el dolor—. Ella no es solo mi Alisma. Es la única mujer que he amado, la única que he elegido. No permitiré que ninguna ley, ninguna maldita tradición, me la arrebate antes de tiempo. Mientras yo sea rey, mientras me quede un solo aliento, ella seguirá siendo la reina de Dragio, ¿está claro?

—Mi rey —comenzó Aldric—, deberíais pensar en vuestros hermanos. Necesitan cerrar este capítulo, no pueden seguir así, creyendo que volverá en cualquier momento.

Fue la gota que colmó el vaso. Me giré hacia él con tal brusquedad que retrocedió varios pasos.

—¿Cerrar el capítulo? —repetí—. Te diré lo que necesitan mis hermanos, Aldric. Necesitan que su hermano mayor, su rey, no se rinda. Necesitan saber que no abandonaré a Nefely, que no la traicionaré declarándola muerta cuando sé, en lo más profundo de mi ser, que está viva.

Me dirigí hacia el trono con pasos pesados. Pero no me senté. Me paré frente a él, enfrentando a mis consejeros.

—Escuchadme bien, todos vosotros —comencé—. Vais a quitar esas malditas banderas negras inmediatamente. Cada una de ellas será quemada ante mis ojos. Y si alguno de vosotros, o cualquier otra persona en este reino, se atreve a declarar muerta a Nefely, a sugerir siquiera que hemos perdido la esperanza de encontrarla… —Hice una pausa, asegurándome de que cada palabra quedara grabada en sus mentes—, yo mismo me encargaré de que sea lo último que hagan en esta vida.

El silencio que siguió fue absoluto. Podía escuchar el latido de mi propio corazón, acelerado por la rabia y el dolor.

—¿He sido lo suficientemente claro? —pregunté.

Uno a uno, mis consejeros asintieron, sus ojos esquivaban mi mirada como si temieran que pudiera incinerarlos con solo observarlos. El veneno de mis próximas palabras ya se acumulaba en mi garganta, listo para ser escupido, cuando de repente…

Las puertas de la sala se abrieron de golpe. El estruendo me sobresaltó, haciendo que me girara bruscamente. Allí, en el umbral, estaba Thorak. Detrás de él, como sombras silenciosas, se alineaban los soldados de la compañía del ejército que había partido hacía días.

El tiempo pareció detenerse. Mi corazón, que hacía un momento latía con furia, ahora parecía haberse congelado en mi pecho. Un escalofrío recorrió mi espalda y sentí cómo el color abandonaba mi rostro. Mis piernas apenas podían sostenerme.

Con un movimiento que intenté hacer parecer voluntario, me senté pesadamente en el trono. Mis manos se aferraron a los reposabrazos, clavé mis dedos en la fría piedra como si buscara anclarme a la realidad. Nunca me había sentido tan vulnerable, tan expuesto ante mi corte.

Thorak avanzó un paso, sin ninguna expresión en su rostro. Abrió la boca para hablar y sentí que el mundo entero contenía la respiración conmigo.

—Mi rey, hemos encontrado algo.

Esas palabras cayeron sobre mí como una sentencia. Mi mente se negaba a procesar lo que podrían significar, oscilando violentamente entre la esperanza y el terror más absoluto. ¿Qué habían encontrado? ¿Era ella? ¿Estaba viva? ¿O habían encontrado…?

No. No podía pensarlo. No lo permitiría.

2

La única reina

Aeran

Thorak depositó dos objetos en el suelo con cuidado. El primero hizo que mi corazón se detuviera por un instante. Era su capa. La reconocería en cualquier parte, aquella que había mandado confeccionar especialmente para ella, con la tela más resistente y cálida que el oro pudiera comprar. La había diseñado pensando en protegerla del frío que tanto odiaba, de las inclemencias de un reino que podía ser tan duro como hermoso.

Ahora yacía a mis pies como un fantasma de lo que fue. El tejido que una vez luciera inmaculado estaba cubierto por una capa viscosa de musgo verdoso. La suciedad se había incrustado en cada hebra, cada fibra, y esas manchas oscuras… mi mente se negaba a aceptar que fuera su sangre, aunque sabía que lo era. El río la había castigado, como me castigaba a mí su ausencia.

Con un gesto solemne, Thorak desató el saco que llevaba colgado de su cintura. Sus movimientos eran deliberadamente lentos, como quien retrasa lo inevitable. Lo volcó frente a mí y un sonido cristalino llenó la sala cuando su contenido rodó sobre el frío suelo de piedra.

Reconocí al instante aquellos frascos. Los frascos de Nefely. Sus preciadas pociones, sus remedios, toda su vida de sanadora esparcida ante mis pies. Algunos habían sobrevivido al río, permaneciendo intactos, aunque llenos de un agua turbia y sucia. Otros estaban destrozados, sus bordes de vidrio roto brillaban como dientes afilados bajo la luz mortecina del amanecer. Y en algunos… por todos los dioses, en algunos, pequeñas criaturas del río se retorcían, atrapadas en lo que una vez fueron medicinas para aliviar el dolor.

La bilis subió por mi garganta, ácida y amarga como la verdad que intentaba negar. Sacudí la cabeza, negándome a aceptar lo que veía. Tenía que haber otra explicación. Quizás ella había perdido su bolsa. Quizás la había dejado caer deliberadamente para que la encontrásemos, para dejarnos un rastro, una señal…

La voz de Thorak, normalmente firme y segura, sonaba ahora pesada.

—Lo encontramos flotando, mi rey —dijo, señalando la capa con un gesto. Sus ojos evitaban los míos, fijos en el objeto que yacía a nuestros pies—. El saco estaba enganchado en una raíz que sobresalía del suelo, como si el río mismo se negara a dejarlo ir.

Hizo una pausa, tragando saliva antes de continuar. Pude ver cómo sus puños se cerraban a sus costados.

—Hemos peinado la zona durante días, majestad. Mis hombres… —Su voz flaqueó por un instante—, mis hombres se han sumergido en el río una y otra vez, desafiando las corrientes traicioneras y el frío que corta hasta los huesos.

—¿Y qué han encontrado? —pregunté, temiendo la respuesta, pero necesitando saberla.

Thorak bajó la mirada en silencio.

—Nada, mi rey. El agua… era demasiado profunda, demasiado oscura. Una negrura impenetrable que se tragaba cualquier intento de búsqueda.

Podía sentir los ojos de todos los presentes sobre mí, esperando una reacción, una orden, cualquier cosa que rompiera la tensión

insoportable que se había apoderado de la sala.

—¿Nada? —repetí, incrédulo—. ¿Me estás diciendo que no hay ni una sola pista, ni un solo indicio de su paradero?

Thorak alzó la mirada, sus ojos se encontraron con los míos.

—Lo siento, mi rey. Hemos hecho todo lo humanamente posible.

Sentí cómo la ira comenzaba a crecer en mi interior, mezclándose con el dolor y la desesperación. Me levanté del trono de un salto.

—¡No es suficiente! —rugí—. ¡Ella está ahí fuera, en alguna parte! ¡No pudo simplemente desaparecer!

Thorak no se inmutó ante mi arrebato. Permaneció firme, con la misma expresión estoica que había mantenido durante las últimas dos semanas, cuando había destrozado mi despacho entero, cuando había roto cada espejo del castillo incapaz de soportar mi propio reflejo, cuando había amenazado con ejecutar a aquel guardia que sugirió que «quizás deberíamos aceptar la realidad». Thorak había presenciado cada momento de mi descenso a la desesperación, cada grito, cada amenaza, cada lágrima derramada en la soledad de la noche. Se había acostumbrado a mis tempestades, como quien aprende a vivir junto a un volcán en constante erupción.

—Entiendo vuestro dolor, majestad —dijo suavemente—. Todos lo entendemos. Pero debéis…

—¡No te atrevas a decirme lo que debo hacer! ¡Ninguno de vosotros lo entiende! ¡Ninguno!

Me giré, enfrentando a todos los presentes en la sala. Mis consejeros, los soldados, los sirvientes y doncellas que se habían congregado en las puertas… todos me miraban con lástima y temor.

Fue entonces cuando mi mirada se posó en la capa. Aquella prenda que yo mismo había mandado confeccionar para protegerla. Me acerqué a ella con pasos temblorosos, mis dedos rozaron el tejido empapado y sucio.

El olor a humedad y podredumbre invadió mis fosas nasales, pero no me importó. Mis manos temblaban mientras recorrían cada centímetro de la tela, buscando… ¿qué? ¿Una señal? ¿Un mensaje oculto? ¿O simplemente la confirmación de mis peores temores?

Extendí la capa para contemplar aquellas manchas. Sí, eran sangre, olía a sangre pese a que el río hubiera intentado eliminarlas. El musgo había comenzado a crecer en su tejido y lo empecé a quitar con la mano, casi con desesperación, como si bajo aquella capa verdosa pudiera encontrarla a ella. Seguidamente, me lo llevé a la nariz e inhalé profundamente. Podía oler el agua, el frío, la sangre, el musgo, pero también a ella. Su olor estaba impregnado en cada fibra, ese aroma a hierbas y bosque que solo ella poseía, y solo avivó mi deseo de encontrarla.

—¿Desea que hagamos algo más? —Thorak esperaba, impaciente.

Me volví hacia él.

—Sí, Thorak. Quiero que hagas mucho más por tu reina.

Subí los escalones del trono con la capa, me senté en él y dudé por un momento. Pero antes la dejé en su trono, donde correspondía. El gesto no pasó desapercibido para los presentes y pude ver cómo algunos intercambiaban miradas de preocupación.

Qued dio un paso adelante.

—¿Quiere que las doncellas la laven?

—No —respondí con firmeza, negando lentamente con la cabeza —. Nadie tocará sus prendas, ya lo he ordenado.

Qued retrocedió en silencio.

Levanté la cabeza y miré directamente a Thorak.

—Que nuestros hombres vayan a las aldeas cercanas —ordené—. Que registren puerta por puerta…

Me detuve, golpeando el reposabrazos con mis dedos mientras pensaba. La sala estaba en completo silencio, pendiente de cada una de mis palabras.

—Quizás esté herida y haya pedido ayuda —continué—. Por eso, llevad maestres. No quiero que se quede ninguna casa sin registrar, ninguna. Ella es inteligente, si está herida lo primero que haría sería buscar ayuda. Conoce cada hierba, cada raíz con propiedades curativas. Buscad especialmente en casas donde cultiven hierbas medicinales, ella las reconocería al instante.

Vi cómo algunos de mis consejeros intercambiaban miradas, pero los ignoré. Sabía lo que pensaban: que estaba enloqueciendo, aferrándome a esperanzas vanas. Pero no me importaba. Mi mente estaba enfocada en una sola cosa: encontrar a Nefely.

—De todas maneras —añadí—, quiero que también mandes guardias a su casa, donde antes vivía. Quizás se encuentre desorientada y vaya, aunque se encuentre lejos. Con lo cabezota que es, no lo dudaría. Ella siempre vuelve a sus raíces cuando se siente amenazada. Y llevad comida fresca, mantas limpias. Si llega allí, quiero que encuentre un refugio, no una casa abandonada.

Hice una pausa mientras una idea se formaba en mi mente.

—Y ya de paso, arregladle las goteras, dejadla limpia y acogedora por si aparece. Poned leña seca, alimentos que no se estropeen, vendas y hierbas medicinales. Si regresa allí, quiero que encuentre un hogar, no ruinas.

Sé que me estaban mirando como si hubiera perdido la cabeza. Podía sentir sus ojos sobre mí, llenos de dudas y preocupación. El mismo rey que antes calculaba cada moneda del tesoro real, que debatía durante horas el coste de reparar un puente o reforzar una muralla, ahora ordenaba gastar recursos en una cabaña vacía en medio del bosque. El mismo monarca que insistía en la eficiencia y la prudencia, ahora lanzaba órdenes impulsivas movido solo por la esperanza y la desesperación. Pero no me importaba. No me importaba lo que pensaran, no me importaba si creían que estaba enloqueciendo. Lo único que me importaba era encontrarla.

Thorak fue el primero en romper el silencio incómodo que llenaba la sala.

—Se hará como ordenáis, majestad —dijo con una inclinación de cabeza, su voz fue firme, pero teñida de una compasión que casi me resultó insoportable—. ¿Alguna otra orden?

Me levanté del trono de un salto con la capa de Nefely aún entre mis manos.

—Sí —dije—. Quiero que se ofrezca una recompensa. Una recompensa tan grande que hasta el más pobre de los campesinos

se sienta tentado a buscarla día y noche. Que cada persona que tenga ojos para ver se convierta en mis ojos en el reino.

Baldric, dio un paso al frente, el pánico evidente en su rostro arrugado.

—Mi rey, debo advertiros que las arcas del reino…

—¡Me importa un bledo las arcas del reino! —rugí, haciendo que Baldric retrocediera como si le hubieran golpeado—. Vaciadlas si es necesario. Vended las joyas de la corona si hace falta. Fundid mi maldito trono y vended el oro si no hay más. Pero quiero que cada hombre, mujer y niño en este reino sepa que encontrar a Nefely es nuestra prioridad absoluta.

El silencio que siguió a mis palabras fue absoluto, pero no duró mucho. Zephyr, se adelantó con cautela, como quien se acerca a una bestia herida.

—Mi señor —comenzó—, hay otro asunto que requiere vuestra atención inmediata.

Mis ojos se clavaron en él.

—¿Qué podría ser más importante que encontrar a vuestra reina?

Zephyr se aclaró la garganta, incómodo.

—Es sobre el reino de Ventara, majestad. Han enviado un emisario.

—¿Y qué quieren? —espeté.

—Como sabéis, nos proporcionaron apoyo militar durante la batalla. Ahora… —Zephyr hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Ahora exigen una recompensa por su ayuda.

Una risa amarga amenazó con escapar de mis labios. ¿Ayuda? Apenas podía llamarse así. Ventara había aparecido cuando la batalla ya estaba prácticamente decidida, cuando Nefely y Estros habían quemado las líneas enemigas con fuego y flechas, cuando el ejército de Gélidia ya había comenzado su retirada. Llegaron con sus estandartes ondeando al viento, como salvadores de última hora, reclamando una victoria que no les pertenecía.

Los soldados de Ventara ni siquiera habían desenvainado sus espadas cuando encontraron el campo de batalla sembrado de

cadáveres enemigos, la mayoría carbonizados por las llamas de Estros. Simplemente cabalgaron sobre la tierra chamuscada, persiguiendo a los pocos soldados de Gélidia que huían en desbandada. Y ahora tenían la osadía de exigir una recompensa, como si hubieran sido ellos quienes inclinaron la balanza a nuestro favor.

—¿Una recompensa? ¿Qué clase de recompensa? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta.

Zephyr intercambió una mirada con Qued antes de continuar.

—Proponen una alianza matrimonial, mi señor. Con la princesa Cellina, la hija mayor del rey. Tiene vuestra edad y…

No le dejé terminar.

—¿Os habéis vuelto locos? ¡Mi reina está desaparecida y me habláis de matrimonio!

Alastair, dio un paso adelante.

—Majestad, con todo respeto, debemos abordar un punto delicado. La dama Nefely… —Tragó saliva antes de continuar—, nunca llegó a ser oficialmente vuestra esposa. Por ley, no era la reina de Dragio.

Sentí cómo la sangre se helaba en mis venas, solo para ser reemplazada por un fuego abrasador.

—¿Que no era la reina? ¿Os atrevéis a decirme que no era la reina?

Di un paso hacia Alastair, que retrocedió instintivamente.

—Yo soy el rey. Mi palabra es ley. Si yo digo que Nefely es mi reina, entonces es mi reina. ¿O acaso alguno de vosotros se atreve a desafiar mi autoridad?

Ezran, intentó mediar.

—Mi señor, entendemos vuestro dolor, pero las leyes sagradas…

—¡Que se pudran vuestras leyes sagradas! —rugí, golpeando el reposabrazos del trono con tanta fuerza que mis nudillos crujieron—. ¿Dónde estaban vuestros dioses cuando ella caía al río? ¿Dónde estaban cuando ordené que la buscaran día y noche? ¡Ella es mi Alisma! ¡Ella es mi única mujer!

Un murmullo recorrió la sala ante la mención de la Alisma. Zephyr se atrevió a hablar nuevamente.

—Majestad, la Alisma era muy importante, lo comprendo, es una leyenda majestuosa y poderosa, pero sin ella ahora…

—¡No es una leyenda! —rugí—. La marca en su pecho, su conexión con la naturaleza, su poder de curación… ¡Ella es la Alisma que este reino necesita! ¡Que yo necesito! Y por el simple hecho de ser mi Alisma, es la reina de todos vosotros, de todo Dragio.

Aldric se aclaró la garganta, intercambiando una mirada con Qued antes de hablar.

—Majestad, con todo respeto, aunque la dama Nefely fuese realmente la Alisma de la leyenda, debemos considerar otros aspectos. No estaba educada en las artes de la corte, desconocía nuestras tradiciones más básicas y el protocolo real. Una reina debe saber…

—Era una campesina, mi señor —interrumpió Zephyr—. Por muy poderosa que fuera su magia, carecía del porte y la elegancia que la corona exige. Los nobles apenas la respetaban y los otros reinos habrían cuestionado vuestra elección.

—Sin mencionar sus orígenes —añadió Baldric, envalentonado por las palabras de los otros—. Una huérfana de una aldea fronteriza, sin linaje conocido, sin conexiones… No es el tipo de alianza que fortalece un reino.

Me giré, enfrentando a todos los presentes, la furia ardiendo en cada fibra de mi ser.

—Durante meses me habéis presionado para que la encuentre. «¡Encuentre a la Alisma, mi señor! ¡El reino necesita a la Alisma!». Y ahora que la he encontrado, que la he proclamado mi reina, ¿os atrevéis a negarla? ¿A menospreciarla por los mismos dones que antes ansiabais?

Qued intentó intervenir, su voz conciliadora contrastaba con la tensión de la sala.

—Majestad, debe entender que la situación política no está en su mejor momento —dijo, juntando las manos como en plegaria—. Los

otros reinos observan, las alianzas se tambalean. Si ella no está… debemos ser prácticos, no podemos descartar otras opciones que fortalezcan nuestra posición.

—¡Me importa una mierda la situación política! —espeté, mis palabras resonaron como latigazos en la sala del trono—. ¿Creéis que no veo lo que intentáis hacer? Durante años me presionasteis para que me casara, para que encontrara una reina digna de Dragio. Me presentasteis a princesas insípidas, a nobles cuyo único mérito era su apellido, incluso a niñas que apenas sabían hablar.

Di un paso hacia ellos, haciendo que retrocedieran instintivamente.

—Y cuando finalmente la encuentro por mí mismo —continué, mi voz temblaba con indignación—, cuando finalmente encuentro a alguien que no solo es digna del trono, sino que es vital para la supervivencia de nuestro reino, ¿intentáis reemplazarla a la primera oportunidad? ¿Tan pronto olvidáis cómo sus flechas y el fuego de Estros salvaron a nuestros soldados? ¿Cómo sus visiones nos advirtieron del ataque? ¿Cómo sus manos curaron a Kieran cuando vuestras medicinas fallaron?

Me acerqué a la capa que yacía sobre el trono de Nefely. La tomé entre mis manos, acariciando la tela manchada con la misma ternura que habría mostrado al tocar su mejilla.

—Ella no está muerta —declaré esta vez en un susurro, más para mí mismo que para ellos—. Y mientras yo sea rey, ninguna otra mujer ocupará su lugar. No me importa si tengo que esperar toda la vida, no me importa si tengo que desafiar a todos los reinos, a todos los dioses. Nefely es mi reina, mi Alisma, y ninguna princesa de Ventara o de cualquier otro reino podrá cambiar eso.

Baldric, creyendo que mi tono más suave indicaba debilidad, se atrevió a hablar.

—Pero señor, el reino necesita herederos. La sucesión debe asegurarse para la estabilidad de Dragio.

Me volví hacia él con tal brusquedad que casi tropieza al retroceder. Su rostro pálido revelaba que había comprendido su error

demasiado tarde.

—¿Herederos? —Mi voz era apenas un susurro peligroso—. ¿Os atrevéis a hablarme de herederos cuando ni siquiera sabemos si ella está…? —No pude terminar la frase, el dolor era demasiado grande, como una daga retorciéndose en mis entrañas—. ¿Creéis que quiero hijos que no sean de ella? ¿Esperáis que engendre un príncipe con una mujer a la que no amo, mientras sueño cada noche con su rostro? ¿Imagináis que podría mirar a esa criatura sin recordar los hijos que habría tenido con Nefely?

Di un paso más hacia Baldric, quien parecía querer fundirse con la pared.

—Tengo cinco hermanos. Cinco herederos perfectamente capaces de continuar el linaje si fuera necesario. Cleon ya tiene edad para casarse, si tanto os preocupa la maldita sucesión. Así que no me vengáis con excusas sobre la continuidad de la dinastía cuando lo único que queréis es olvidarla.

Hubo un momento de silencio tenso antes de que Thorak hablara.

—¿Qué respondemos entonces al emisario de Ventara, mi señor? —preguntó Thorak, su voz práctica rompió el pesado silencio que había caído sobre la sala.

Me erguí en toda mi altura, sintiendo el peso de la corona sobre mi cabeza como nunca antes. Mis ojos recorrieron los rostros de cada consejero, grabando sus expresiones, registrando cada atisbo de rebeldía.

—Decidles que el Rey de Dragio les agradece su ayuda en la batalla —declaré con voz firme y clara—, y que serán recompensados generosamente con oro y tierras en la frontera oriental. Lo suficientemente lejos para que no olviden su lugar.

Hice una pausa antes de continuar, asegurándome de que cada palabra quedara grabada en sus mentes.

—Pero si vuelven a sugerir un matrimonio, consideraré su propuesta como un insulto directo a mi reina y actuaré en

consecuencia. Ventara no ha visto el poder de Dragio desatado y no les gustará ser los primeros en probarlo.

Tomé la capa de Nefely entre mis manos y la presioné contra mi pecho, como si pudiera sentir su calor a través de la tela húmeda.

—Y una cosa más —añadí, mi voz bajó de volumen, pero ganó en intensidad—. A partir de este momento, cualquiera que se atreva a insinuar que Nefely no es la reina de Dragio, cualquiera que insinúe que debería considerar otro matrimonio, será considerado culpable de traición y tratado como tal.

Un rugido lejano de Draluz resonó en el castillo, como si la dragona misma respaldara mis palabras. Los consejeros palidecieron, recordando sin duda el destino de aquel embajador que osó amenazar a Nefely.

—¿He sido claro?

El silencio que siguió fue roto solo por los murmullos de asentimiento de mis consejeros. Me senté nuevamente en mi trono con mi mano descansando sobre la capa de Nefely.

—Ahora, volvamos a lo importante. ¿Cómo vamos a encontrar a nuestra reina?

3

No hubo oportunidad

Nefely

Cuando el agua congelada inundó mis pulmones, supe que era mi final. La corriente me arrastraba sin clemencia, me hundía cada vez más profundo en las entrañas del río. Me pesaban las extremidades, intenté moverme inútilmente contra la fuerza del agua. La oscuridad me envolvía, y con cada segundo que pasaba, sentía cómo la vida se me escapaba entre los dedos. El frío penetraba hasta mis huesos, paralizándome, robándome la voluntad de luchar.

Entonces, cuando la negrura amenazaba con tragarme por completo, mis ojos se abrieron de golpe. Una bocanada desesperada llenó mis pulmones, que deberían haber estado repletos de agua, pero que, por algún milagro cruel, me permitían respirar en esta prisión. Sobre mí, a través de la gruesa capa de hielo, una luz apagada se burlaba de mi existencia, recordándome la libertad que me era negada.

Mi cuerpo solo se componía de dolor y entumecimiento. Me encontraba en el suelo fangoso del río. Con desesperación, comencé a mover mis brazos. Los recuerdos me asaltaron como puñaladas: mi padre, paciente, pero firme, me intentaba enseñar a nadar; yo,

una niña asustada, me ahogaba una y otra vez. Mis lágrimas se mezclaban con el agua mientras suplicaba que me dejara rendirme, que ya no podía seguir intentándolo más. Ahora, cada movimiento era una tortura, pero no podía rendirme. Mis músculos gritaban en protesta, mis huesos crujían como ramas secas a punto de romperse, pero me negaba a sucumbir.

Con una lentitud que me parecía eterna, conseguí mover mis brazos hacia arriba. Mis dedos, hinchados y amoratados por el frío, rozaron por fin la superficie helada. Estaba allí, tan cerca y a la vez tan lejos, aquella barrera cristalina que me separaba del aire, de la vida. Comencé a golpearla con desesperación, una y otra vez, sin importarme cómo mis nudillos se desgarraban contra el hielo, cómo cada impacto dejaba un rastro de sangre en el agua que me rodeaba.

El dolor era indescriptible. Cada movimiento me recordaba que seguía viva, aunque apenas sentía mis costillas rotas clavándose en mis pulmones cada vez que intentaba moverme. Mis hombros, probablemente dislocados, parecían gritar con cada golpe que daba contra el hielo. Todo mi cuerpo era un mapa de heridas, cortes y contusiones. A veces me preguntaba si realmente seguía viva o si esto era algún tipo de tortuoso limbo, un castigo por todos los errores que había cometido.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, el hielo cedió bajo mis golpes desesperados. Los fragmentos cortantes se hundieron a mi alrededor mientras emergía a la superficie. El aire frío me quemó los pulmones cuando lo inhalé violentamente, pero sentí que era mi victoria, una victoria dolorosa y pesada, pero mía.

Con mis dedos ensangrentados y casi sin sensibilidad, me aferré a la orilla llena de barro. Con un esfuerzo sobrehumano, ignorando el dolor que amenazaba con hacerme perder el conocimiento, me arrastré fuera del agua.

La tos me sacudió sin piedad, expulsando agua mezclada con sangre que formaba charcos sobre la nieve sucia. Cada espasmo era como un puñal que me atravesaba, recordándome que seguía viva,

que había sobrevivido contra todo pronóstico. Pero mientras estaba allí, temblando y destrozada, una pregunta resonaba en mi mente: ¿a qué precio?

—Aeran… —Su nombre escapó de mis labios como una plegaria involuntaria. Mi mente, entumecida por el sufrimiento, lo invocaba como si su mera presencia pudiera salvarme, como si él estuviera esperándome en esta orilla desolada.

El mundo a mi alrededor era un lienzo borroso de blancos y grises difuminados. Mis ojos, hinchados por el agua helada, se negaban a enfocar. El dolor me mantenía clavada al suelo porque cada intento de movimiento era una tortura. Con dedos temblorosos, rodeé mis costillas, sintiendo bajo mi piel empapada cómo los huesos rotos amenazaban con desprenderse con cada respiración.

La tos seguía sacudiendo mi cuerpo, y con cada espasmo, más sangre teñía la nieve.

Por toda lógica, debería estar muerta. El tiempo bajo el agua —toda la noche, de eso estaba segura— debería haberme arrebatado el último aliento. El amanecer se filtraba tímidamente entre las nubes, recordándome cruelmente que, contra todo pronóstico, seguía viva. No lo comprendía, y eso hizo que las lágrimas salieran violentamente. Cada sollozo era como un cuchillo que me atravesaba el pecho, cada lágrima que rodaba por mis mejillas heladas ardía.

Nunca en mi vida me había sentido tan vulnerable, tan completamente rota. Yo, que siempre había sobrevivido por mí misma, que me enorgullecía de no necesitar a nadie, ahora solo podía pensar en él. En sus brazos fuertes levantándome, en su calor envolviendo mi cuerpo congelado, en su voz grave susurrando que todo estaría bien. Por primera vez desde que tenía memoria, admitía ante mí misma que necesitaba ser salvada. No por cualquiera, sino por él. Quería que fuera Aeran quien me encontrara, quien secara mis lágrimas, quien me llevara de vuelta a casa.

—Aeran… —Volví a susurrar su nombre mientras me arrastraba completamente fuera del agua, dejando un rastro de sangre sobre la nieve inmaculada—. Te necesito.

Las palabras se sentían extrañas en mis labios, una confesión que jamás creí que haría. La independiente y terca Nefely, suplicando por su rey en la soledad helada de una orilla olvidada. Qué ironía cruel, darme cuenta de cuánto lo necesitaba justo cuando estaba más lejos de él.

Me dejé caer de espaldas y miré el cielo nublado que se extendía sobre mí. Los pensamientos se acumulaban en mi mente febril: ¿Me estaría buscando? ¿Habría notado ya mi ausencia? ¿Estaría recorriendo el río con desesperación, gritando mi nombre hasta quedarse sin voz? ¿O quizás creía que había muerto, que el río me había tragado para siempre?

Por primera vez desde que le conocía, esperaba que fuera terco, que se negara a aceptar mi muerte, que su arrogancia real le impidiera rendirse. Necesitaba que me encontrara, que llegara cabalgando como en esos cuentos ridículos que mi padre me contaba de niña. Yo, que siempre me había burlado de las doncellas que soñaban con ser rescatadas por un príncipe, ahora ansiaba ver aparecer a mi rey entre la bruma.

Con un gesto doloroso, pasé el dorso de mi mano por mis labios partidos, limpiando la sangre. Mi piel, paradójicamente, ardía como si estuviera en llamas pese al frío que me calaba hasta los huesos.

Por un momento, creí que los dioses, esos mismos que siempre habían sido sordos a mis súplicas, finalmente se habían apiadado de mí. El sonido de pasos acercándose, el crujir de ramas y de la nieve bajo unas botas, me llenó de esperanzas. Intenté enfocar mi vista, buscándolo, deseando con una intensidad dolorosa ver su rostro entre la niebla, esos ojos que tantas veces me habían mirado con deseo y ternura.

—Aeran…

Unas botas se detuvieron a escasos centímetros de mi rostro. Cerré los ojos con fuerza, como si este gesto pudiera aclarar mi visión cuando los volviera a abrir. Pero cuando finalmente reconocí a quien tenía ante mí, deseé con toda mi alma haber permanecido en las profundidades heladas del río.

—Neval. —El nombre salió como un suspiro aterrorizado mientras intentaba, en vano, mover mi cuerpo destrozado para huir de él.

Una risa áspera, tan fría como el aire que nos rodeaba, precedió su respuesta.

—No soy tu amado príncipe, furcia. —Su voz destilaba veneno, sus labios se curvaron en una sonrisa cruel—. ¿Qué se siente al ser abandonada por tu querido rey? ¿Dónde está ahora tu salvador? Parece que no te busca con tanto ahínco, ¿verdad? Quizás ya te ha olvidado, o quizás simplemente no le importas tanto como crees.

Se inclinó más cerca, su aliento caliente golpeó mi rostro helado mientras sus palabras se clavaban como dagas en mi corazón.

—Pobrecita bruja, tan patética, llamando a tu amante mientras te desangras en la nieve. Casi me das lástima.

Antes de que pudiera procesar sus palabras, su bota se estrelló contra mi costado con una fuerza brutal. Un grito desgarrador escapó de mi garganta, el dolor explotó en mil fragmentos agudos que se esparcieron por todo mi cuerpo. Mis costillas, ya fracturadas por la caída, crujieron de manera antinatural bajo el impacto.

—Por los dioses… por favor… —supliqué, las palabras apenas audibles entre mis sollozos de dolor.

Neval se agachó, apoyándose en sus rodillas para observarme mejor. Sus ojos, que una vez me habían mirado con desprecio cortesano, ahora brillaban con una crueldad descarnada que me heló la sangre más que el propio río.

—Qué necio el rey —continuó Neval, saboreando cada palabra como un manjar exquisito—, haber dejado desprotegida a su preciada Alisma. El gran Rey Aeran, tan poderoso en su trono, y ahora su joya más valiosa está aquí, a mis pies, como un animal herido. ¿Sabes? Por mí te dejaría muriéndote aquí, aunque, al parecer, hierba mala nunca muere.

Su puño se cerró alrededor de mi cabello, tirando con tanta fuerza que sentí cómo algunos mechones se desprendían del cuero cabelludo. El dolor agudo en mi cabeza se sumó al coro de agonías

que ya sufría mi cuerpo. Me obligó a mirarlo directamente a los ojos, donde solo encontré odio y satisfacción por mi sufrimiento.

—¿Recuerdas cuando me expulsaron de la corte por tu culpa? —siseó, su rostro tan cerca que podía distinguir cada arruga de resentimiento—. ¿Recuerdas cómo me humillaron frente a todos? ¿Cómo el rey me trató como a un perro por haber dicho la verdad sobre ti? Meses de lealtad, años sirviendo a la corona, todo borrado porque una bruja del bosque le calentó la cama. Esto es solo el comienzo de mi venganza.

Sin previo aviso, su bota se estrelló nuevamente contra mi estómago. El impacto me robó el aliento y sentí cómo la bilis subía por mi garganta, quemándome por dentro con su acidez.

—¡Por favor! —conseguí articular entre espasmos de dolor, odiándome por suplicar, por mostrarle debilidad—. Neval, no tienes que…

—¿No tengo que qué? —me interrumpió, inclinándose aún más —. ¿Ahora tienes modales, furcia? ¿Dónde estaban esos modales cuando embrujaste al rey? ¿Cuando nos humillaste a todos en la corte con tu mera presencia? ¿Cuando te paseabas por el castillo como si te perteneciera, cuando no eras más que una prisionera a la que se le permitió demasiado?

En la distancia, el sonido de pasos y metal contra metal comenzó a hacerse audible. Mi corazón dio un vuelco de esperanza. ¿Podrían ser los hombres de Aeran? ¿Había venido a buscarme? Por un instante, imaginé su figura apareciendo entre los árboles, su rostro transformado por el alivio al encontrarme con vida.

Reuniendo las pocas fuerzas que me quedaban, intenté arrastrarme hacia el origen del sonido.

—¡Ayuda! —grité—. ¡Por favor, alguien…!

Neval reaccionó con la velocidad de una serpiente. Su bota se clavó en mi pierna con una fuerza demoledora y sentí cómo algo se rompía bajo la presión. Mi grito de agonía resonó en el claro, haciendo que los pájaros alzaran el vuelo desde los árboles cercanos en una nube de plumas asustadas.

—Silencio, perra —siseó Neval—. Tus gritos solo harán que esto sea más… desagradable.

—¿Neval? —Lo que escuchaba eran armaduras, pero no reconocía las voces, aquel ejército, no era de Dragio.

Neval me agarró por el hombro, girándome bruscamente para dejarme tumbada boca arriba. Su rostro se acercó al mío.

—Parece que tu suerte ha cambiado, querida Alisma —susurró—. El rey Thorian de Gélidia ha estado muy interesado en conocerte.

El horror se apoderó de mí al escuchar ese nombre. Gélidia, el reino enemigo, el que había intentado destruir Dragio. Y ahora yo estaba a su merced.

—Aquí está —anunció Neval a los recién llegados—. La preciada joya de Dragio, lista para ser entregada a su nuevo dueño.

Intenté protestar, gritar, hacer algo, lo que fuera, pero mi cuerpo ya no me respondía. El dolor y el agotamiento me habían llevado al límite de la consciencia.

—Cuidado con ella —advirtió Neval a los soldados mientras me levantaban—. Puede parecer inofensiva ahora, pero es más peligrosa de lo que creen. Es la Alisma, después de todo. Nadie sabe realmente el alcance de sus poderes.

Se acercó al capitán y bajó la voz, aunque no lo suficiente para que no pudiera escucharlo.

—Ha domado al dragón más grande de Dragio con solo mirarlo, ha hecho eclosionar huevos que llevaban décadas dormidos. Puede ver el futuro, predecir ataques antes de que ocurran. Y eso es solo lo que hemos descubierto. Imagina lo que podría hacer si desatara todo su poder… o si lo usara contra nosotros.

Un murmullo de inquietud recorrió a los soldados, algunos incluso llevaron la mano a la empuñadura de sus espadas.

—Su sangre tiene propiedades mágicas —continuó Neval, alimentando sus temores—. El rey Thorian querrá examinarla a fondo. Mantened los grilletes siempre puestos y no le permitáis hablar. Sus palabras pueden ser tan peligrosas como sus acciones.

Uno de los soldados, un hombre corpulento con una cicatriz que le cruzaba el rostro, me miró con desprecio. Me estudió de arriba abajo, sus ojos se detuvieron en lugares que me hicieron sentir desnuda a pesar de mis ropas empapadas.

—¿Esta criatura patética es la famosa Alisma? —preguntó, incrédulo—. Parece más muerta que viva. Difícil creer que sea tan poderosa como dicen.

Neval soltó una risa seca que fue coreada por algunos de los soldados.

—No la subestimen. Ha sobrevivido a lo que hubiera matado a cualquier otro. Tiene sus… talentos —dijo con malicia—. Preguntadle al Rey Aeran si no me creéis. La bruja supo cómo calentar su cama lo suficiente para ganarse un trono.

Los soldados rieron con grosería, intercambiando miradas y comentarios que preferí no entender. Uno de ellos se atrevió incluso a acercarse más, su aliento a cebolla y cerveza agria me golpeó cuando susurró:

—Tal vez pueda calentarnos durante el viaje. Las noches en las montañas son frías.

—El rey Thorian sabrá cómo aprovechar sus talentos —continuó Neval, con una sonrisa que me revolvió el estómago—. Todos sus talentos.



El tiempo había perdido todo significado en aquel infierno helado. Dos semanas. Catorce días. Trescientas treinta y seis horas. Cada segundo se había sentido como una eternidad de agonía. Mi cuerpo, antes fuerte y ágil, ahora colgaba inerte en aquella mazmorra de pesadilla. Mis muñecas y tobillos estaban en carne viva por el constante roce de los grilletes, sangraban sin parar. El frío penetrante de Gélidia se colaba por cada grieta de las paredes de piedra, congelando el aliento en mis pulmones y convirtiendo mis lágrimas en cristales de hielo.

Los primeros días fueron un infierno de confusión y terror. Grité hasta quedarme sin voz, lloré hasta que mis ojos se secaron. Suplicaba a unos dioses que nunca me habían escuchado, maldecía a Neval con cada aliento que me quedaba, llamaba a Aeran en la oscuridad hasta desgarrarme la voz. Pero nadie vino. Nadie respondió.

Ahora, después de dos semanas, me había rendido al silencio. Ya no tenía fuerzas para gritar, ni lágrimas que derramar. Solo quedaba el ocasional tintineo de las cadenas cuando los escalofríos sacudían mi cuerpo, un sonido metálico que se había convertido en mi única conversación.

La oscuridad era mi única compañera constante, rota solo por la tenue luz de las antorchas cuando mis torturadores decidían «honrarme» con su presencia. Casi prefería la oscuridad. Al menos las sombras no me hacían daño.

El hedor era insoportable: humedad que se filtraba por las paredes, sangre —mi sangre— seca en el suelo, y ese olor peculiar a desesperación que nunca había conocido hasta ahora, como si el miedo y la angustia pudieran impregnar el aire mismo. Mi estómago, que al principio rugía como una bestia, ahora guardaba un silencio resignado, como si hubiera aceptado que el hambre era su estado natural.

Cada vez que cerraba los ojos, los recuerdos de las torturas me asaltaban con una claridad aterradora. No había descanso, ni

siquiera en el sueño. Veía el látigo descendiendo sobre mi espalda, sentía cómo rasgaba la piel y la ropa a la vez, escuchaba mi propio grito resonando en las paredes de piedra. Podía oler el hierro al rojo vivo antes de que tocara mi carne.

Y el agua… por todos los dioses, el agua. Me sumergían repetidamente en un barril de agua helada, manteniéndome abajo hasta que mis pulmones estallaban, hasta que mi mente se fragmentaba en mil pedazos y mi cuerpo se convulsionaba por la falta de oxígeno. Una y otra vez, una muerte simulada tras otra, como si quisieran mantenerme en ese límite exacto entre la vida y la agonía.

Sus preguntas se habían grabado en mi mente, martilleando sin cesar: «¿Cómo hiciste eclosionar los huevos de dragón?». «¿Cómo controlas a las bestias?». «¿De dónde viene tu magia?». «¿Qué significa la marca en tu pecho?».

Pero yo no sabía nada. La marca en mi pecho, esa maldita marca que me había metido en este infierno, era un misterio incluso para mí. Aeran nunca me había explicado su significado, y ahora me preguntaba si alguna vez lo había sabido él mismo.

Juro que había intentado mantener la esperanza, aferrarme a ella. Pero después de tantos días ya no sabía lo que era la esperanza. Se había desvanecido como el humo, dejando tras de sí solo el sabor amargo de la desilusión.

En mis momentos más oscuros, cuando el dolor era demasiado intenso y la soledad insoportable, le odiaba. Oh, cómo le odiaba. Aeran, el poderoso rey de Dragio, el hombre que había puesto mi mundo del revés. Por su culpa estaba en esta situación, pudriéndome en una mazmorra olvidada por los dioses. Mi vida era perfecta antes de conocerle, o al menos así lo recordaba cuando la amargura nublaba mi razón. Vivía en mi casa, en el corazón del bosque, rodeada de la serenidad de la naturaleza. Me dedicaba a sanar a los heridos, a buscar el sustento diario entre las hierbas y los arroyos. Era una vida simple, sí, pero era mía.

Vivía como yo quería, libre. Nadie me torturaba, nadie me amenazaba. Nadie me miraba como si fuera algo extraño e incomprensible. Cazaba, recolectaba hierbas, ayudaba a quien podía. En mi soledad había encontrado un tipo de paz que ahora parecía un sueño lejano.

Le odiaba, porque si él no me hubiera encarcelado la primera vez, yo seguiría ilesa, con mi vida plena. No estaría aquí, encerrada en otra celda, escuchando a las ratas moverse entre los agujeros, compitiendo con ellas por las migajas que caían al suelo. Maldecía su nombre en la oscuridad, como si mis susurros pudieran alcanzarlo a través de las montañas heladas.

Y, sin embargo… a veces, en esos breves momentos entre el dolor y la inconsciencia, recordaba sus manos acariciando mi piel, sus labios sobre los míos, la seguridad que sentí entre sus brazos. Recordaba cómo me hacía sentir viva, cómo despertaba en mí algo que no sabía que existía. Y entonces el odio se transformaba en algo más complejo, más doloroso: la certeza de que, a pesar de todo, le echaba de menos. Y odiaba esa contradicción tanto como a él mismo.

El chirrido de la puerta me sacó de mis pensamientos sombríos. El metal oxidado protestó, como si incluso él se resistiera a ser parte de este lugar de pesadilla.

—¿Tienes hambre? —La voz ronca del guardia, el mismo de todos los días, resonó en la celda. Apareció con una bandeja en las manos, el metal estaba manchado y abollado. Ni siquiera se molestaban en limpiarla.

Abrió la puerta con la llave pesada, cuyo tintineo metálico resonó en mis oídos como una burla cruel. Con un gesto brusco, arrojó la bandeja al suelo. El estrépito del metal contra la piedra me hizo encogerme instintivamente, un reflejo patético que ya no podía controlar. En las primeras sesiones de tortura había intentado mantenerme firme, no mostrar miedo. Ahora mi cuerpo reaccionaba por sí solo, preparándose para un dolor que siempre llegaba de formas inesperadas. Ya no sabía quién era yo, aquella sanadora

valiente que una vez había plantado cara al mismísimo rey de Dragio se había desvanecido, dejando en su lugar a una criatura asustadiza que saltaba ante el menor ruido.

Se acercó para desatarme, sus manos ásperas rozaron mi piel con una familiaridad repulsiva. Sus dedos se demoraron más de lo necesario en mis muñecas llagadas, como si disfrutara del contacto con mi piel herida. Cuando finalmente me liberó de mis cadenas, mis piernas cedieron al instante. Caí al suelo con un golpe seco que reverberó en todo mi cuerpo, mis músculos estaban atrofiados incapaces ya de sostener mi propio peso.

—Si te lo comes todo, el rey te recompensará —dijo, con una sonrisa torcida que no llegaba a sus ojos muertos—. Quizás hasta te permita darte un baño.

Su tono dejaba claro que «recompensa» en este lugar significaba simplemente un tormento diferente o la ausencia temporal de dolor. ¿Qué clase de existencia era esta, donde no ser golpeada durante unas horas se consideraba un premio?

A pesar de todo, el hambre primitiva era más fuerte que mi orgullo o mi miedo. Mi estómago se retorció dolorosamente ante el olor de la comida, recordándome que, por mucho que quisiera rendirme, mi cuerpo aún luchaba por sobrevivir. Me arrastré hacia la bandeja como un animal, consciente de la mirada morbosa del guardia sobre mí. Sus ojos recorrían mi cuerpo demacrado con una mezcla de desprecio y algo más oscuro.

Comencé a comer con desesperación, mis dedos temblorosos apenas conseguían llevar la comida a mi boca. El pan estaba duro y mohoso, pero para mí era un festín después de días de ayuno. Pero entonces, mientras tragaba un bocado, lo noté. Ese sabor amargo, sutil pero inconfundible, que se escondía bajo el moho y la suciedad. Veneno. Mi cuerpo, que conocía las hierbas mejor que mi propia mente, se tensó involuntariamente.

Con un esfuerzo que me pareció sobrehumano, escupí todo lo que tenía en la boca. Mis manos, sucias y lastimadas, frotaron

frenéticamente mi lengua contra mi palma, como si pudiera extraer el veneno con la mera fuerza de la voluntad.

—¿Qué pasa? —preguntó el guardia, fingiendo inocencia mientras su mano descansaba casualmente sobre la empuñadura de su espada—. ¿No te gusta nuestra comida, princesa de Dragio?

Empujé la bandeja hacia delante con toda la fuerza que pude reunir, el metal raspó contra la piedra en un chirrido que parecía amplificar mi repulsión y mi rabia.

—Está envenenado —declaré—. Belladona. Lo suficiente para debilitarme, pero no para matar. Aunque os advierto que perdéis el tiempo. El veneno no funciona conmigo, nunca lo ha hecho.

El guardia se echó a reír, un sonido áspero y desagradable que rebotó en las paredes de la celda como si fueran varias personas burlándose de mí a la vez.

—¿Envenenado? —repitió con burla—. Vaya, vaya, parece que nuestra pequeña bruja tiene un paladar muy fino.

Se acercó, agachándose hasta que su rostro estuvo a centímetros del mío. Pude oler su aliento: alcohol rancio y algo putrefacto que me revolvió el estómago.

—Parece que el rey tenía razón después de todo. Tienes más habilidades de las que muestras, ¿no es así? Detectar venenos, resistirlos… ¿qué otras sorpresas escondes?

Me encogí aún más en mi rincón, tratando de poner distancia entre nosotros, pero la pared fría y húmeda a mi espalda no me permitía alejarme más.

—No sé de qué hablas —murmuré, odiando el temblor en mi voz —. No tengo ninguna habilidad especial.

El guardia soltó una carcajada seca, revelando dientes amarillentos y podridos.

—Oh, pero sabemos que sí. El rey está convencido de que eres la clave para algo grande. Los dragones, los huevos, esa marca en tu pecho… hay un poder en ti que ni siquiera tú entiendes. Y créeme, el rey Thorian no se equivoca a menudo.

Se puso de pie con un crujido de su armadura, su figura se cernió sobre mí como una sombra amenazante.

—Escucha bien, chica —continuó—. El rey no es un hombre paciente. Si no empiezas a cooperar pronto, las cosas se pondrán mucho peor para ti.

Tragué saliva con dificultad, el miedo formó un nudo en mi garganta. Mi mente, pese a estar nublada por el dolor y el hambre, se negaba a creer que pudiera existir algo peor que lo que ya había soportado. ¿Qué más podían hacerme? ¿Qué tortura podía ser más terrible que esta existencia miserable entre el dolor y la oscuridad?

El guardia se dirigió hacia la puerta con pasos pesados que retumbaron en la celda, pero antes de salir, se volvió una última vez. Cogió la bandeja de comida que había rechazado, sopesándola en sus manos como si considerara cómo utilizarla mejor contra mí.

—Oh, y sobre esto —dijo, agitando la bandeja frente a mis ojos —. O te lo comes tú, o se lo comerán las ratas. Tú eliges.

Con un movimiento despectivo, arrojó la bandeja al suelo nuevamente. El estrépito metálico me hizo estremecer involuntariamente, y vi cómo la poca comida envenenada se esparcía por el suelo sucio, mezclándose con la paja húmeda y excrementos de rata.

Algo en mi interior, quizás el último destello de aquella mujer orgullosa y desafiante que una vez fui, se encendió momentáneamente. En un arranque de desesperación y rabia, tomé un puñado de aquella comida mezclada con inmundicia y se la lancé al guardia con toda la fuerza que pude reunir. La mayoría erró el blanco, cayendo patéticamente a sus pies, pero algunas migajas golpearon su rostro y su pecho. Mi gesto de rebeldía, miserable y débil como yo misma, solo consiguió provocar su risa mientras se sacudía las migajas con desprecio, como quien aparta una mota de polvo insignificante.

—Guardias, que entren las doncellas —ordenó con una sonrisa cruel que heló mi sangre—. Ya es hora de que esta furcia se lave toda esa roña. El príncipe quiere verla presentable.

La puerta chirrió nuevamente sobre sus goznes oxidados, un sonido que había aprendido a temer. Un grupo de doncellas entró portando pesados cubos de agua que salpicaban el suelo a su paso. Sus rostros eran máscaras de indiferencia, como si yo no fuera más que un objeto que debían limpiar. Intenté retroceder, arrastrándome hacia la esquina más oscura de mi celda, pero mis músculos debilitados apenas respondían a mis órdenes. Podía escuchar mis propios huesos crujir con cada movimiento, un concierto macabro que me recordaba que ya no sabía qué parte de mí seguía intacta y qué había sido roto sin posibilidad de reparación.

No me dieron tiempo a protestar ni a defenderme. Sus manos, frías y ásperas como el hielo mismo, me sujetaron con una fuerza que no esperaba de ellas. Me arrancaron los harapos que quedaban de mi ropa sin ninguna delicadeza, como si estuvieran manipulando un fardo de tela vieja y no el cuerpo maltrecho de una persona.

El primer cubo de agua helada me golpeó sin aviso, arrancándome un grito ahogado que resonó en la celda. El frío se clavó en mis huesos ya congelados como mil agujas de hielo, y mi piel, cubierta de moretones multicolores y heridas a medio sanar, ardió con un fuego paradójico. Un segundo cubo, y luego un tercero, cada uno parecía más frío que el anterior, como si se hubieran extraído de las entrañas glaciales de las montañas de Gélidia.

El agua se mezclaba con la sangre seca de mis heridas, formando riachuelos rosados que serpenteaban por el suelo de piedra como pequeños ríos de vida escapando de mí. Temblaba incontrolablemente, mis dientes castañeteaban con tanta fuerza que temí que se romperían, añadiendo una nueva agonía a mi colección de dolores.

Con esponjas rasposas que parecían hechas de piedra, comenzaron a frotar mi piel sin piedad ni consideración. Cada pasada eliminaba manchas oscuras, costras de heridas y sangre seca, pero también arrancaba gemidos involuntarios de mi garganta. Las esponjas, ásperas como lija, dejaban un rastro rojizo por donde

pasaban, como si quisieran borrar no solo la suciedad, sino mi propia existencia, mi identidad, todo lo que alguna vez había sido.

Otras doncellas se ocupaban de mi pelo, sus dedos se enredaban en los nudos con brusquedad mientras el peine arrancaba mechones enteros que caían a mis pies.

Podría decir que nunca había estado tan maltrecha, pero sería mentir. Mi mente, traicionera, me llevó de vuelta a aquellos días en la celda de Dragio, cuando Aeran me mantuvo prisionera. También entonces mi cuerpo había sufrido, también entonces había conocido el dolor del cautiverio. Pero había una diferencia abismal. Aeran, con toda su dureza inicial, nunca había cruzado esta línea. Incluso en su momento más severo, nunca había permitido que me trataran así. Nunca había ordenado que me torturaran, que me rompieran sistemáticamente, que me redujeran a este despojo tembloroso que ahora era. Nunca había visto en sus ojos el placer por mi sufrimiento que veía en los ojos de mis captores actuales.

—Levanta los brazos —ordenó una de las doncellas mientras el agua resbalaba por mi piel.

Intenté obedecer, juro que lo intenté. Mis músculos protestaron, negándose a responder. El dolor se esparcía desde mis hombros, recordándome cada golpe, cada tirón brusco de las cadenas.

—No puedo… —susurré, odiando la debilidad en mi propia voz, odiando haberme convertido en alguien que suplicaba.

No hubo compasión en su respuesta. Con un movimiento brutal, agarró mis brazos y los levantó. Un grito desgarrado escapó de mis labios mientras el dolor explotaba por todo mi cuerpo. Mis rodillas cedieron, pero las otras doncellas me sujetaron con firmeza, sus dedos se clavaron en mi carne como garras mientras continuaban su tarea implacable.

Las esponjas seguían raspando, frotando cada rincón de mi cuerpo con una violencia metódica que iba más allá del simple acto de limpiar. Era como si quisieran arrancarme la piel, borrar cualquier rastro de quien fui alguna vez. Y quizás ese era precisamente su

objetivo: despojarme no solo de la suciedad, sino también de mi dignidad, de mi voluntad, de mi alma misma.

Hacía tanto frío que no sentía las extremidades. Mis manos y pies eran ajenos, estaban entumecidos más allá del dolor. A veces me preguntaba si se habían congelado hasta morir, pero los ocasionales pinchazos de dolor me recordaban que seguían siendo parte de mí, para mi desgracia.

Una vez que consideraron que estaba lo suficientemente limpia, comenzaron el ritual del vestido. Deslizaron la ropa interior sobre mi piel maltratada. El corsé fue una nueva forma de tortura; cada tirón de los cordones me provocaba un dolor agudo en las costillas rotas. El vestido negro cayó sobre mí, el tejido era pesado y frío contra mi piel húmeda.

No protesté. ¿Qué sentido tenía? Mi cuerpo estaba demasiado exhausto, mi espíritu demasiado roto para ofrecer resistencia. Me dejé manipular como una muñeca rota mientras recogían mi pelo, ahora significativamente más corto y dañado.

El último toque fue el collar. Lo deslizaron alrededor de mi cuello con una reverencia inquietante. La piedra negra que pendía de él parecía absorber la poca luz que había en la mazmorra, como un pequeño pozo de oscuridad.

—No puedes quitártelo por nada en el mundo. Si lo haces, el castigo del príncipe será… severo.

Mis dedos rozaron la piedra, sintiendo su superficie extrañamente cálida en contraste con el frío que me rodeaba. Latía suavemente, como si tuviera vida propia.

—¿Para qué sirve? —pregunté.

—Eres propiedad del príncipe, es lo único que debes saber —respondió secamente, ajustando el collar para asegurarse de que quedara bien visible—. Estás bajo su cargo ahora.

Una risa amarga amenazó con escapar de mis labios. De prisionera de un rey a mascota de un príncipe. ¿Acaso el destino no se cansaba de burlarse de mí? El collar pesaba en mi cuello como una promesa siniestra, un recordatorio constante de mi nueva

condición. Ya no era Nefely, la sanadora del bosque, ni siquiera la protegida de Dragio. Ahora era simplemente una posesión más en el reino del hielo, un objeto para ser usado y exhibido según el capricho de un hombre al que ni siquiera conocía.

—El príncipe Soren quiere verte en el comedor. —La doncella cortó mis pensamientos con frialdad—. No seas maleducada, no hables a menos que te pregunten, no le mires a los ojos, y por supuesto, no intentes nada estúpido. Las consecuencias serían… lamentables.

Asentí en silencio, ¿qué otra opción tenía? Me colocaron las sandalias y el contacto con mis pies heridos fue como caminar sobre brasas ardientes. Cada paso era una nueva forma de tormento, pero de alguna manera logré mantenerme en pie. Mi cuerpo, destrozado y exhausto, se negaba a rendirse, aunque sentía que en cualquier momento mis piernas cederían bajo mi propio peso.

Las doncellas me empujaban por el pasillo de los calabozos, sus manos firmes se apoyaron contra mi espalda dolorida. A medida que avanzábamos, la oscuridad daba paso a una luz cada vez más intensa. Las antorchas que iluminaban el camino me dañaban los ojos acostumbrados a la penumbra de mi celda. Lágrimas involuntarias comenzaron a correr por mis mejillas mientras mis pupilas luchaban por adaptarse a la claridad que parecía quemar mis retinas.

—No te detengas, sigue —ordenó una de ellas, empujándome con más fuerza cuando disminuí el paso, causando que un dolor agudo recorriera mi columna vertebral.

El pasillo parecía extenderse infinitamente ante mí, cada paso era una batalla contra el dolor y el agotamiento. Las paredes de piedra, antes sumidas en sombras, ahora revelaban intrincados tapices y ornamentos que mostraban escenas de la historia de Gélidia: conquistas, coronaciones, batallas gloriosas donde sus enemigos caían derrotados. La riqueza y el esplendor que me rodeaban contrastaban cruelmente con la miseria de las mazmorras que dejábamos atrás.

Observé con amarga ironía cómo mi entorno cambiaba: suelos de mármol pulido reemplazaban la piedra húmeda, candelabros de cristal sustituían a las antorchas humeantes, y el aire frío, pero limpio tomaba el lugar del hedor a putrefacción. Este era un recordatorio más de mi nueva realidad: estaba abandonando una prisión solo para entrar en otra, quizás más elegante, pero prisión, al fin y al cabo.

De nuevo.

Sin él.

4

Esclava sin opciones

Nefely

El ascenso por las escaleras de servicio fue una tortura; me arrastraba más que caminaba. Atravesamos las cocinas, donde el personal detuvo sus tareas para observarme. Sus miradas eran una mezcla de curiosidad y desprecio, como si fuera alguna clase de espécimen exótico. Me preguntaba qué historias habrían oído sobre mí, qué rumores correrían por los pasillos de este castillo.

Seguimos por un amplio corredor, el suelo de madera crujía suavemente bajo nuestros pasos. Las paredes estaban cubiertas de retratos, rostros que parecían seguirme con sus ojos pintados, juzgándome en silencio. Generaciones de nobles de Gélidia, supuse, testigos mudos de mi humillación.

Una de las doncellas se detuvo frente a una imponente puerta tallada. Sin previo aviso, la abrió y me empujó dentro con brusquedad, casi haciéndome tropezar.

El aroma de la comida me golpeó, haciendo que mi estómago vacío se retorciera dolorosamente. Mi boca se llenó de saliva y el mundo pareció girar a mi alrededor. Nunca, ni en mis peores

momentos de pobreza, había experimentado un hambre tan devastadora como esta.

Alcé la mirada, incapaz de resistir la tentación de ver el origen de aquellos aromas tentadores. La mesa ante mí era un festín obsceno: carnes humeantes, panes recién horneados, frutas frescas, pasteles… todo dispuesto como una burla cruel a mis semanas de inanición.

Al final de la mesa, lo vi. Un hombre joven, apenas unos años mayor que yo, reclinado con indolente elegancia. Sostenía una copa de vino en la mano mientras mantenía los pies apoyados sobre la madera con descaro.

Bajé inmediatamente la mirada. Aunque mis instintos gritaban, aunque mis dedos ardían por tomar uno de los afilados cuchillos de la mesa y hundirlo en su garganta, me contuve. La supervivencia requería obediencia, al menos por ahora. Y yo había aprendido a ser paciente.

—Yo dije que el azul te quedaría mejor, pero no me han hecho caso —comentó desde su asiento, arrastrando las palabras—. No digo que el negro te quede mal, pero con tu cabello oscuro… No realza bien tus rasgos, aunque sí hace que tus ojos azules destaquen maravillosamente. ¿No crees?

Me mantuve en silencio, agachando aún más la cabeza. Las palabras de la doncella resonaban en mi mente: no hablar, no mirar a los ojos. Cada instinto me gritaba que me mantuviera inmóvil, que no provocara su ira. Pero mi rabia pedía otra cosa muy distinta.

El sonido de la silla al arrastrarse contra el suelo me tensó por completo. Sus pasos, deliberadamente lentos, se acercaron hasta detenerse frente a mí. El aroma a vino y especias caras emanaba de él, mezclándose con el olor de la comida que hacía rugir mi estómago.

Su mano, sorprendentemente suave para alguien con tanto poder, se posó en mi barbilla. Con un movimiento firme me obligó a levantar el rostro. Fue entonces cuando pude verle claramente: su cabello moreno caía en ondas descuidadas alrededor de su rostro,

tenía unos ojos verdosos que brillaban con una intensidad inquietante. Las pecas salpicaban sus mejillas y nariz como estrellas en un cielo pálido, dándole un aire casi inocente.

Era extrañamente hermoso, de una manera que solo hacía que todo fuera más perturbador.

—Vaya, así que estos son los famosos ojos de la Alisma —murmuró, estudiándome con una sonrisa que pretendía ser encantadora—. Las historias no te hacen justicia, ¿sabes? Hablan de tu belleza, pero no mencionan esta… intensidad en tu mirada.

Su pulgar acarició mi mejilla en un gesto casi tierno, como si estuviera tranquilizando a un animal asustado. Me estremecí involuntariamente, pero no me aparté.

—¡Por los dioses, debes estar muerta de hambre! —exclamó de repente asustándome por su tono alto, parecía como si acabara de recordarlo—. Qué desconsiderado de mi parte tenerte aquí de pie. Ven, siéntate conmigo.

Me guio hasta una silla cercana con sus manos en mis hombros. El contacto, aunque suave, hizo que el dolor de mis heridas palpitara.

—Sírvele —ordenó a una doncella que apareció inmediatamente desde la esquina oscura de la sala—. De todo. Nuestra invitada necesita recuperar fuerzas.

La palabra «invitada» sonó como una burla cruel en mis oídos, pero mantuve mi expresión neutral mientras la doncella llenaba mi plato con diferentes manjares.

—Come —me animó, volviendo a su asiento—. No tengas miedo, te prometo que nada está envenenado. —Soltó una risa ligera, como si acabara de hacer un chiste particularmente gracioso—. ¿Qué clase de anfitrión sería si enveneno a mi invitada más especial?

Sus ojos no dejaban de estudiarme, observando cada uno de mis movimientos con una intensidad que me ponía los pelos de punta. Su sonrisa era amable, sus gestos cordiales, pero había algo en él… algo que acechaba bajo esa superficie encantadora, como un depredador esperando el momento perfecto para atacar.

—Aunque claro, según lo que sé, sabes cuándo la comida tiene veneno… Así que puedes probarla igualmente —comentó con ligereza, mientras la doncella también le servía—. Rellene su copa de vino, debe probarlo.

Tragué saliva, o al menos, la poca que me quedaba mientras veía la copa de cristal ante mí.

—¿Te gusta el vino? —preguntó, cortando un trozo de carne—. Espero que sí, no somos mucho de agua aquí. —Su risa resonó en el comedor mientras se llevaba el bocado a la boca—. Los médicos de la corte dicen que el vino es bueno para el cuerpo, ¿quién soy yo para negarles tal cosa?

Me observaba por encima del borde de su copa, sus ojos verdes brillaban con un destello que me recordaba a un gato jugando con su presa. Cada gesto suyo parecía calculado, cada palabra medida con precisión, como si todo fuera parte de una elaborada actuación cuyo final yo aún desconocía.

La comida frente a mí era una tentación tortuosa. Mi estómago rugía, suplicando por cada bocado, pero el miedo me paralizaba. No por el veneno, sino por lo que este «festín» podría significar. En mi experiencia, la amabilidad de los poderosos siempre venía con un precio, y algo me decía que el precio de Soren sería especialmente alto.

—Puede dejarnos —ordenó con un gesto indolente hacia la doncella, que desapareció por la puerta lateral.

Seguí contemplando mi plato, debatiéndome entre el miedo y el hambre que me corroía las entrañas. ¿Qué más daba ya? Una persona no podía soportar tanto tiempo sin apenas comer, y si esto era una trampa, al menos moriría con el estómago lleno. Después de todo lo que había pasado, parecía un final casi misericordioso.

—¿Cuánto tiempo tardó Aeran en comer contigo después de encerrarte?

La pregunta, pronunciada con casual curiosidad mientras masticaba, fue demasiado punzante. El dolor se extendió por todo mi cuerpo como veneno, era una mezcla tóxica de odio y amor que

me ahogaba. Por un momento, deseé con todas mis fuerzas haberme hundido hasta el fondo de aquel río helado, haber dejado que el agua llenara mis pulmones y acabara con todo.

¿Cuántas veces había soñado con Aeran durante estas semanas de cautiverio? ¿Cuántas veces había maldecido su nombre entre sollozos? Y ahora aquí estaba, en otra celda, con otro carcelero que jugaba a ser amable.

—Por favor, respóndeme. —Su voz se suavizó, era casi suplicante —. No me gusta hablar solo y me gustaría tener una charla inteligente con alguien, no suelo hablar mucho con la gente.

Levanté la mirada, desafiando todas las advertencias porque la mención de Aeran había despertado algo en mí, algo que dolía más que cualquier tortura física.

—¿Y bien? ¿Cuánto tiempo? —insistió.

—Nunca comí con él de esta forma…

Arqueó una ceja con genuina sorpresa mientras continuaba comiendo.

—¿Nunca? ¿En todos los meses que estuviste con él no hizo un convite así? Es una forma de darte la bienvenida, de hacerte parte, al menos en nuestro reino.

Negué con la cabeza y, en un acto que probablemente era pura estupidez, tomé la copa de vino y bebí un largo sorbo, vaciándola hasta la mitad. El líquido ardió en mi garganta reseca, pero al menos me dio algo de valor.

—No, Aeran no solía comer con nadie.

—¿Ni con sus hermanos pequeños?

—No…

Se detuvo en seco, dejando el tenedor en el plato con un suave tintineo. Su rostro reflejaba una mezcla de confusión y algo que casi parecía compasión.

—Qué soledad —murmuró, como si hablara consigo mismo—. Comprendo a mis hermanos mayores cuando me ven insoportable, pero… No comer ni con la única familia que tienes. —Hizo una

pausa, sus ojos verdes se clavaron en los míos—. Ni con tu… Bueno, no sé exactamente qué eras para él, ¿su amante?, ¿su prostituta?

La pregunta quedó suspendida en el aire, pesada y dolorosa. ¿Qué había sido yo para Aeran? ¿Su prisionera? ¿Su amor? Todas las etiquetas parecían ahora vacías, sin sentido. Después de nuestra última pelea, cuando me prohibió ir a la guerra con él, todo cambió entre nosotros. Nunca sabría ahora lo que hacía en mi ausencia.

—Era su protegida —respondí finalmente.

Soren se inclinó hacia adelante, genuinamente interesado.

—Su Alisma, ¿no? Por la marca que compartís. ¿Y qué significa eso exactamente? ¿Lo sabes? —preguntó, sirviéndome más vino—. He oído historias, leyendas…, pero me gustaría conocer la verdad de tus propios labios.

Dudé. ¿Qué podía decirle? ¿Que ni yo misma lo sabía con certeza? ¿Que Aeran nunca me había explicado completamente lo que significaba ser la Alisma? Habíamos compartido su lecho, nuestros cuerpos se habían encontrado en la oscuridad muchas veces, pero jamás hubo explicaciones, jamás compartió conmigo el verdadero significado de las marcas que nos unían. Como si el simple hecho de acostarnos fuera suficiente, como si no mereciera saber qué representaba realmente aquel vínculo que todos parecían valorar tanto.

—Come mientras me cuentas —me animó, señalando mi plato intacto—. La comida se enfría.

Con manos temblorosas, tomé el tenedor y pinché un trozo de carne. Me lo llevé a la boca y el sabor explotó en mi paladar, tan intenso que casi me mareó. Después de semanas de pan duro y agua turbia, aquella explosión de sabores era casi dolorosa. No pude evitar el pequeño gemido de placer que escapó de mis labios.

—Fascinante —murmuró Soren, observándome con atención—. La forma en que Aeran te mantuvo… ¿Sabes? Cuando me contaron que tenía a la Alisma, imaginé que te tendría en un pedestal de oro, rodeada de lujos y atenciones. Como una diosa diría yo. No… así. Como una amante cualquiera.

Sus palabras se clavaron en mi pecho, despertando dudas que había intentado enterrar durante meses. Recordé las noches que pasé preguntándome cuál era realmente mi lugar en el castillo, en el corazón de Aeran.

—Se supone que eras muy valiosa para él, ¿no? Tanto en el reino, como en el sentido romántico. Sin embargo, parece haberte tratado como una amante. —Se aclaró la garganta bebiendo vino—. No quiero ofender ni nada de eso, solo es mera curiosidad de alguien que no conoce cómo funcionan las cosas en su reino, solo tengo rumores… ¿Te presentó ante su corte?

—No —susurré, bebiendo más vino para ahogar el dolor que sus palabras provocaban. El líquido calentaba mi garganta, pero el frío que sentía por dentro era imposible de combatir.

—No… —repitió pensativo, con la mirada perdida en el techo—. ¿Te puso algún título? Porque no tienes ninguno, ¿cierto? De lo contrario, corrígeme.

—No… —La palabra salió como un suspiro derrotado.

El vino comenzaba a nublar mis sentidos, pero también hacía más difícil ignorar las verdades que Soren exponía tan casualmente. Cada «no» que salía de mis labios era como arrancar una venda de una herida que nunca había sanado correctamente.

Recordé todas las veces que me había mantenido apartada, las promesas susurradas en la oscuridad que nunca llegaron a materializarse a la luz del día. Las miradas despectivas de los nobles cuando pasaba por los pasillos, los murmullos que se detenían abruptamente cuando entraba en una habitación. ¿Cuántas veces me había convencido a mí misma de que había una razón válida para todo ello? ¿Cuántas excusas había fabricado en mi mente para justificar cada pequeña humillación?

El tenedor tembló en mi mano mientras intentaba llevar otro bocado a mi boca. La comida, aunque exquisita, ya no me sabía a nada.

—¿Te dio al menos una habitación propia? —continuó Soren, observándome con lo que parecía genuina curiosidad—. Ya sabes,

un espacio que fuera solo tuyo en el castillo. Creado por y para ti, no de invitados ni nada de eso. Me refiero a algo que tú misma pidieras hacer.

El nudo en mi garganta se apretó. Otro «no» que no me atreví a pronunciar. Recordé la habitación que compartía con Aeran, hermosa pero siempre suya, nunca mía. Cada objeto, cada mueble había sido elegido mucho antes de mi llegada. Nada llevaba mi huella, nada reflejaba quién era yo realmente.

—¿Joyas? ¿Vestidos? ¿Algún símbolo de tu posición como… lo que fueras para él?

Tomé otro sorbo de vino, necesitando su calor para continuar.

—Al principio me daban ropa… Nunca supe de quién era. Vestidos que aparecían en mi habitación, joyas que me entregaban sin explicación. Más tarde mandó hacer vestidos, sí, pero… —Me detuve, recordando la incertidumbre que siempre me había carcomido—. Nunca quedó claro si eran realmente míos o solo préstamos. Las joyas… a veces me preguntaba si habrían pertenecido a otras antes que a mí.

—Vaya… —Soren se reclinó en su silla, girando pensativamente su copa de vino—. ¿Y los consejeros? ¿Te incluyó en las reuniones importantes? Siendo la Alisma, imagino que tu opinión habría sido valiosa para el reino. Qué menos, me parece.

Una risa amarga amenazó con escapar de mis labios. ¿Reuniones? Apenas me permitían estar en el mismo espacio que los consejeros, y dijera lo que dijera él siempre tenía la última palabra.

—Ni siquiera sabía que existían reuniones —admití, el vino hacía más fácil la confesión—. Me enteraba de las decisiones del reino cuando ya estaban tomadas. Yo… No sabía cómo manejaba el reino, nunca me lo dijo.

—Interesante —murmuró Soren—. ¿Y qué hay de sus hermanos? Me dijiste que no comía con ellos, pero seguramente te permitía pasar tiempo con ellos, ¿no? Siendo tú tan importante para él…

El recuerdo de los niños fue demasiado, sentía que iba a romperme en cualquier momento. Kieran, Venya, Cleon, Torin y

Avery… los únicos que me habían tratado como familia desde el principio.

—Los niños… ellos eran diferentes —susurré—. Ellos me querían.

—Ah, los niños siempre ven la verdad más claramente que los adultos, ¿no crees? —comentó con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Todo eso de los vestidos, las joyas… suena más como regalos para mantener contenta a una amante que a una verdadera Alisma. ¿No te parece curioso?

—A mí nunca me importaron los vestidos ni las joyas —respondí con voz temblorosa, pero firme—. Me conformaba con…

—¿Con las sobras? —interrumpió Soren—. ¿Con las migajas de atención que te daba? Por favor, no me malinterpretes, es admirable conformarse con poco, pero… ¿no te parece extraño que la Alisma, supuestamente tan importante para el reino, viviera en las sombras?

Dejó su copa en la mesa con un suave tintineo.

—He oído que los dragones te obedecían —continuó, cambiando aparentemente de tema—. Que incluso el legendario Estros te reconoció como su jinete. Un honor increíble, ¿no crees? Y sin embargo… —Sus ojos verdes se clavaron en los míos—. ¿Alguna vez te explicó por qué? ¿Te contó la verdadera importancia de ser la Alisma? ¿O simplemente esperaba que aceptaras tu papel sin hacer preguntas, como aceptabas todo lo demás?

Las palabras se clavaron en mi pecho porque tocaban una verdad que había intentado ignorar. Nunca había entendido realmente mi papel, mi importancia. Todo habían sido medias verdades, susurros y leyendas.

—Yo… Él dijo que era importante, que era necesaria para el reino, para él…

—¿Pero necesaria para qué? —presionó Soren suavemente—. ¿Para ser su amante en secreto? ¿Para cuidar de sus hermanos mientras él jugaba a ser rey? ¿O había algo más, algo que nunca se molestó en explicarte?

No contesté, no podía, si lo hacía… Si lo hacía rompería a llorar.

—Sabes… —Su voz se suavizó hasta convertirse casi en un susurro confidencial—. En nuestra biblioteca hay textos antiguos sobre la Alisma. Hablan de su poder, de su importancia vital para el reino. No era solo una compañera del rey, era una igual. Su poder complementaba al del monarca, era fundamental en las decisiones del reino.

Tomó la botella y volvió a llenar mi copa, que no recordaba haber vaciado. Había perdido la cuenta de cuántas llevaba.

—Una verdadera Alisma habría tenido su propio lugar en el consejo, su propia autoridad —continuó—. Los dragones la obedecían por una razón, no por casualidad. Pero él… —Hizo una pausa deliberada—. Él te mantuvo ignorante de todo esto, ¿no es así? Te hizo creer que era un honor especial, un regalo, cuando en realidad era tu derecho por nacimiento.

Mi cabeza daba vueltas y no solo por el vino. Cada palabra suya era como una grieta en los cimientos de todo lo que creía saber.

—¿Por qué me dices todo esto? —logré preguntar.

Una sonrisa enigmática se dibujó en sus labios.

—Porque creo que mereces saber la verdad —respondió—. Mereces saber que mientras tú te conformabas con migajas, él te estaba negando un festín entero. Que mientras jugaba a protegerte, en realidad te estaba manteniendo cautiva, no solo físicamente, sino en la ignorancia.

Se levantó de su silla y caminó hasta colocarse detrás de mí. Sus manos se posaron suavemente en mis hombros. No era un consuelo, no era una caricia… Era una forma de posesión, de control.

—La pregunta es, querida Nefely… —susurró cerca de mi oído—. ¿No te gustaría saber lo que realmente significa ser la Alisma?

—No —respondí con más brusquedad de la que pretendía—. No quiero saberlo.

Soren soltó una risa suave, sus manos aún seguían sobre mis hombros. Sentía sus dedos acariciando mi cuello y eso me daba repulsión. Sabía qué estaba haciendo, y también sabía que, si intentaba cualquier cosa, saldría con más heridas de las que había

entrado. Le gustaba jugar, le gustaba sentirse poderoso y tenerme sumisa.

—¿No? ¿O es que tienes miedo de descubrir cuánto te ocultó realmente? ¿De saber todo lo que te negó?

Sus dedos jugaron distraídamente con el collar, aunque solo lo hacía para que pensase que no me estaba acariciando.

—¿Sabes qué es lo más fascinante? —continuó—. Que incluso ahora, después de todo lo que te hizo, después de dejarte caer en ese río helado, sigues siendo leal a él. —Se inclinó más cerca, sus labios rozaron mi oreja—. ¿Te has preguntado por qué no vino a buscarte? ¿Por qué el poderoso rey de Dragio no movió cielo y tierra para encontrar a su preciada Alisma? ¿De verdad crees que lo ha intentado?

Sentí que mi corazón se detenía por un instante. No, no quería pensar en eso. No quería considerar por qué nadie había venido a rescatarme.

No pude evitar defenderle, aunque ya no sabía si lo hacía por él o por mí misma, por no sentir que todo había sido en vano.

—Él me pidió que fuera su esposa —dije, las palabras salieron precipitadamente—. Me prometió un trono junto al suyo, me dijo que sería su reina.

Soren dejó escapar una risa suave, casi compasiva.

—¿Y cuándo fue eso, querida? ¿Antes o después de la batalla? ¿Después de encadenarte para que no pudieras seguirlo? —Sus ojos verdes se clavaron en los míos—. ¿Para qué querría convertirte en su reina? ¿Para engendrar herederos y luego dejarte al margen, como hizo su padre con su madre?

Un nudo se formó en mi garganta. Las historias sobre la madre de Aeran, sobre cómo había sido relegada a un papel decorativo después de dar a luz a los herederos…

—No habría sido así —murmuré, sin mucha convicción—. Conmigo hubiera sido diferente.

Soren arqueó una ceja, incrédulo.

—Quizás —susurró—, solo quizás, ya había conseguido de ti lo que necesitaba. Los dragones habían nacido, la guerra estaba ganada… ¿qué más podía necesitar de una simple sanadora del bosque? Tenía todo entre sus manos, poder, más dragones, a su pueblo contento y sus hermanos domados. ¿Qué ibas a pintar tú ahora allí?

—Basta —supliqué con la mirada borrosa por las lágrimas.

—¿Basta? —repitió con falsa inocencia—. Solo estoy señalando lo obvio, querida. Un rey que realmente amara a su Alisma no la habría mantenido en las sombras. No la habría dejado perderse en un río helado sin mover un dedo para encontrarla. Quien busca, encuentra. Y él, no te ha buscado. Nosotros le hubiéramos respondido encantados, no te estamos escondiendo, pero él no te ha buscado.

Sus palabras eran veneno puro, pero lo peor era que cada una encontraba eco en las dudas que yo misma había estado alimentando durante estas semanas de cautiverio.

Soren volvió a su asiento, como si nuestra conversación no hubiera sido más que una charla casual sobre el tiempo.

—¡Pero mírame! —exclamó con una sonrisa brillante, alzando su copa—. Aquí estoy, arruinando nuestra primera cena juntos con temas tan sombríos. Qué pésimo anfitrión soy.

Tomó un bocado de su plato, masticando con exagerado deleite.

—¿Sabes? Deberías probar el pastel de carne —comentó con ligereza, como si momentos antes no hubiera estado destrozando cada certeza que tenía sobre mi vida—. Es una receta especial de nuestra cocinera. Incluso el estirado de mi hermano mayor admite que es excepcional, y créeme, hacerle admitir algo así es casi tan difícil como hacer sonreír a tu querido Aeran. ¿O no? No lo sé, quizás tú hayas conseguido lo inconseguible, pero qué hombre no sonreiría teniéndote en su cama, o entre sus piernas.

Tomé otro sorbo de vino, deseando que el alcohol adormeciera el dolor que sus palabras habían despertado.

—Oh, lo siento —se disculpó con una sonrisa que contradecía su tono arrepentido—. Prometí no más temas incómodos. Hablemos de

algo más alegre. ¿Te gustan los caballos? Tenemos una yeguada excepcional aquí en Gélidia. Aunque supongo que después de montar dragones, los caballos deben parecerte bastante aburridos.

Tuve que contener una risa amarga. Si él supiera que nunca había aprendido a montar, que los caballos siempre me habían aterrado con su tamaño y su fuerza impredecible. En el bosque, mis pies eran mi único transporte. Aeran jamás me había enseñado a montar, ni siquiera lo había sugerido. Con los dragones había sido igual o peor. El único motivo por el que me había atrevido a subir a lomos de Estros aquel fatídico día fue para salvar a Aeran. El miedo que sentí al despegar casi me paralizó, pero el terror de perderle era aún mayor. Nunca, en circunstancias normales, me habría subido por voluntad propia a semejante criatura. Resultaba irónico que Soren asumiera que era una experimentada jinete cuando la realidad no podía estar más lejos.

Seguí comiendo en silencio, cada bocado era una lucha entre el hambre desesperada y el nudo que sus palabras habían formado en mi garganta. El vino hacía que todo fuera más fácil y más difícil al mismo tiempo, más fácil tragar la comida, más difícil contener las lágrimas que amenazaban con derramarse.

—¡Vaya, tienes apetito después de todo! —exclamó Soren con evidente satisfacción—. Me alegra ver que al menos alguien aprecia la buena cocina de Gélidia. ¿Más vino?

Sin esperar respuesta, rellenó mi copa por cuarta… ¿o sexta vez? Había perdido la cuenta.

—Sabes, creo que nos llevaremos bien tú y yo —continuó, recostándose en su silla con una sonrisa perezosa—. Aquí nadie te mantendrá en las sombras, te lo prometo. De hecho… —Hizo una pausa dramática—, estaba pensando en organizar un banquete. Presentarte formalmente a la corte. ¿Qué te parece? Algo que tu anterior… anfitrión nunca consideró necesario.

El tenedor tembló en mi mano. La comida, aunque deliciosa, ya no me sabía a nada, comía por comer. El vino nublaba mis

pensamientos, haciendo que las palabras de Soren resonaran con una claridad dolorosa en mi mente confusa.

—Por supuesto —añadió con fingida preocupación—, solo si te sientes preparada. No quisiera presionarte como… bueno, ya sabes.

Mi única intención era comer, alimentarme todo lo que pudiera porque no sabía cuándo volvería a pasar. Quizás me volverían a llevar a la celda, quizás solo estaban viendo cuánto me podían sacar de información, y seguir bebiendo vino no era la mejor opción si quería mantener mi boca cerrada. Porque… Una parte de mí, una parte ilusa que me enfadaba, sabía que Aeran vendría a por mí, que arrasaría todo este maldito reino para encontrarme…

Y, sin embargo, otra voz más oscura me susurraba: ¿dónde está ahora? ¿Por qué no ha llegado ya? Las semanas en aquella mazmorra se habían sentido como años, cada día esperando escuchar el rugido de Draluz, los gritos de batalla, cualquier señal de que él no se había rendido. Pero el silencio había sido mi única compañía. Esa dualidad me desgarraba por dentro: la fe ciega en que vendría por mí contra la creciente duda de que quizás ya me hubiera dado por perdida. Y lo peor era que no sabía qué voz escuchar.

—Tienes tu propia habitación. —La voz de Soren cortó el hilo de mis pensamientos—. Las doncellas la están preparando meticulosamente para ti. ¿Te gusta la seda o prefieres el algodón en la ropa de cama?

La pregunta quedó flotando en el aire mientras yo masticaba lentamente, intentando ganar tiempo. Cada bocado era una pequeña victoria, cada sorbo de vino un paso más cerca del olvido que tanto anhelaba. Pero sus palabras sobre la habitación despertaron una alarma en mi mente nublada por el alcohol. Una habitación propia sonaba demasiado bien para ser verdad, demasiado generoso viniendo de alguien que me había mantenido encadenada en una mazmorra durante dos semanas. Que me había torturado hasta desmayarme, que seguro habría escuchado mis súplicas y mis

llantos pidiendo que se detuvieran y, aun así, haber consentido que siguieran.

¿Qué estaba tramando realmente? No era estúpida. Pasaba del extremo de la tortura a la falsa cortesía como quien cambia de ropa. Este nuevo trato no era bondad, era estrategia. Si la brutalidad no había funcionado para doblegarme, quizás la amabilidad lo haría. Era evidente: primero destruirme, luego ofrecerme consuelo de las mismas manos que me habían roto. Un juego perverso para ganar mi confianza después de haberla hecho añicos.

Y lo peor era que una parte de mí, esa parte desesperada y hambrienta de cualquier migaja de humanidad, quería creerle. Porque cuando te han quitado todo, hasta el más mínimo gesto de amabilidad parece un tesoro. Era precisamente esa debilidad lo que él buscaba explotar.

Mi estómago se revolvió, pero me obligué a seguir comiendo. No podía darme el lujo de desperdiciar esta oportunidad, sin importar cuál fuera el precio a pagar después. Si quería jugar a este juego de manipulación, yo también podía hacerlo. Dejaría que creyera que estaba funcionando. A veces, fingir debilidad es la mayor fortaleza cuando estás rodeada de depredadores.

—No es ninguna trampa, querida —dijo Soren, como si hubiera leído mis pensamientos—. Solo quiero que te sientas cómoda. Eres la Alisma, después de todo. Mereces ser tratada como tal, con el respeto y la dignidad que conlleva tu posición. Además de que me has caído bien y eso no me pasa con todo el mundo.

Se inclinó hacia adelante, sus ojos brillaban con algo que podría haber pasado por sinceridad si no hubiera notado el cálculo frío detrás.

—Sé que es difícil confiar después de… todo lo que has pasado —continuó con voz suave—. Pero aquí las cosas son diferentes. En Gélidia sabemos reconocer y honrar el verdadero valor. No te mantendremos escondida como un sucio secreto, como lo hizo tu querido Aeran. Él podía ser el gran rey de Dragio, pero no supo

nunca valorar lo que tenía. Te mantuvo en las sombras, como si se avergonzara de ti.

Mi mandíbula se tensó involuntariamente. ¿Cómo se atrevía a hablar así de Aeran? ¿Qué sabía él realmente de nuestra historia? Por mucho que algunas de sus palabras hubieran encontrado eco en mis propias dudas, la rabia me consumía por dentro al escucharle hablar con tal condescendencia. Nadie, absolutamente nadie, tenía derecho a juzgar lo que Aeran y yo habíamos compartido. Mucho menos este hombre que me había torturado durante semanas y ahora pretendía ser mi salvador.

Tomó un sorbo de vino, estudiándome por encima del borde de su copa.

—La habitación es solo el comienzo. Tendrás tu propio guardarropa, joyas dignas de tu posición, doncellas a tu servicio. Todo lo que una verdadera Alisma merece, todo lo que te fue negado antes.

Sus palabras eran dulces, tentadoras, como miel envenenada.

—No necesito nada de eso —logré murmurar.

Soren soltó una risa suave, casi paternal.

—Ah, tan modesta… Otra cosa que él no supo apreciar adecuadamente. Pero insisto, no es cuestión de necesidad, es cuestión de derecho. Tu derecho. Tu derecho de nacimiento. —Sus palabras fluían como el vino que no dejaba de servirme—. ¿Sabes? Es fascinante cómo alguien tan poderosa como tú puede conformarse con tan poco. Me recuerda a un pájaro que ha vivido tanto tiempo en una jaula que ha olvidado que tiene alas para volar.

Se levantó nuevamente, caminando alrededor de la mesa.

—La marca de la Alisma no es un capricho del destino —explicó, apoyándose casualmente en la mesa junto a mí—. No es solo una señal bonita en tu piel o un título vacío. Es poder, poder real. El tipo de poder que podría hacer temblar reinos enteros. Y él… —Soltó una risa amarga—, él te hizo creer que era poco más que una curiosidad, ¿no es así?

Me removí incómoda en mi asiento. El vino hacía que todo diera vueltas, que sus palabras encontraran grietas en mis defensas.

No comprendía por qué aún no había vomitado el vino.

—Las doncellas me han contado que tienes pesadillas. —Cambió de tema abruptamente—. Que gritas en sueños, que llamas su nombre. —Su mano se posó suavemente sobre mi hombro de nuevo —. Debe ser difícil, ¿verdad? Seguir siendo leal a alguien que te abandonó a tu suerte en un río helado.

—Él no me abandonó —protesté—. La batalla…

—¿La batalla? —interrumpió con suavidad—. Oh, querida. Las batallas terminan, los reyes poderosos tienen recursos infinitos a su disposición. Si realmente hubiera querido encontrarte… —Dejó la frase inconclusa, permitiendo que mi mente llenara los espacios en blanco con mis propios miedos.

«Me hubiera encontrado».

Y lo peor era que tenía motivos para hacerlo. Aeran tenía a Draluz, tenía a Estros… los dragones más poderosos de Dragio estaban a su disposición. Se suponía que los dragones podían encontrar a sus jinetes, que el vínculo entre ellos era indestructible. Estros me había elegido, me había reconocido ante toda la corte. ¿Cómo era posible que no hubiera podido rastrearme? A menos que… ¿sería posible que Aeran no les hubiera permitido buscarme? ¿Que hubiera decidido que ya no valía la pena? El pensamiento era como una daga retorciéndose en mi pecho. Con todo su poder, con sus dragones, sus hombres, sus recursos… debería haberme encontrado si realmente lo hubiera intentado.

Se alejó de mí, volviendo a su asiento.

—¿Sabes qué más me intriga? —comentó casualmente mientras cortaba un trozo de carne—. Tu relación con sus hermanos. Las historias que llegan a Gélidia hablan de cómo los cuidabas, los consolabas, prácticamente los criabas… —Dejó el tenedor en el plato con un tintineo suave—. Me pregunto si eso era parte de su plan. Tener una madre para sus hermanos mientras él jugaba a ser rey.

El vino no pudo evitar que esas palabras dolieran.

—No era así —protesté débilmente—. Yo elegí estar con ellos.

—Oh, no lo dudo. Eras la madre que necesitaban, la que les faltaba. Muy conveniente para él, ¿no crees? —Dio un sorbo a su vino—. ¿Cuánto tardó en llevarte a su cama? ¿Fue antes o después de que empezaras a cuidar de sus hermanos? Apuesto a que después, todos los reyes tienen algún fetiche.

Sentí que el calor subía a mis mejillas. No tenía ni idea de lo que hablaba y, aun así, me hacía sentir insegura de mis pensamientos.

—¿Te hizo sentir especial? —continuó implacable—. ¿Te susurró promesas en la oscuridad que nunca cumplió a la luz del día? Es un patrón bastante común, ¿sabes? Una joven ingenua, un rey poderoso… —Chasqueó la lengua—. Aunque debo admitir que añadir niños huérfanos a la ecuación fue un toque magistral de su parte. ¿Qué mejor manera de atarte a él que a través del amor por sus hermanos?

Las lágrimas amenazaban con brotar de mis ojos. Cada palabra suya era como un puñal envenenado, encontrando dudas que ni siquiera sabía que tenía.

—Los niños me necesitaban —murmuré.

—Por supuesto que te necesitaban —acordó Soren—. La pregunta es: ¿te necesitaba él? ¿O solo necesitaba a alguien que mantuviera a sus hermanos ocupados mientras él atendía asuntos más importantes? Alguien que calentara su cama por las noches y cuidara de los niños durante el día. Dos pájaros de un tiro, como suelen decir.

Soren jugueteó con su copa, haciéndola girar entre sus dedos mientras me estudiaba con aquella mirada penetrante. El silencio se extendió por unos momentos mientras yo intentaba mantener firme mi mano al llevar otro bocado a mi boca.

—Y luego está la batalla, por supuesto —comentó finalmente, como si estuviera hablando del clima—. Me dijeron que querías ir como sanadora, que era tu don, tu vocación. Pero él te lo prohibió, ¿no es así? Te prohibió ejercer de lo único que sabías, y te echó en cara que tu deber era por y para el reino. Es decir, el vientre de cría

del reino. Bueno, añadamos que realmente ya estabas ejerciendo de madre, y sin ser tuyos realmente. Niños a medio criar porque su querida madre murió dejándolos a medio criar.

El recuerdo de aquella última discusión me golpeó con fuerza. Las súplicas, los gritos, la frustración… Dijo cosas que no debía, y yo dije otras que tampoco. Pero su decisión de encerrarme, de ejercer su poder como rey contra mí… Eso era lo que no podía olvidar.

—Era por protegerme —susurré, pero por supuesto que no me lo creía.

Soren soltó una risa suave, casi compasiva, mientras se reclinaba en su asiento.

—¿Protegerte? ¿O controlarte? —Se inclinó hacia adelante—. Piénsalo bien, querida. Te encontró en el bosque, una mujer libre, independiente, capaz de cuidar de sí misma. Cazabas tu propia comida, buscabas tus propias hierbas, ayudabas a los necesitados con tus dones. Eras… salvaje. Libre. Con tu trabajo, con tus conocidos. Sin nadie que te dijera cómo comportarte, a quién cuidar, o… quién ser.

Hizo una pausa para servir más vino, aunque mi copa apenas estaba vacía.

—Y poco a poco, fue quitándotelo todo. Primero tu libertad, luego tu independencia. Ya no podías cazar, ya no podías recolectar tus hierbas. Te encerró en una jaula, te vistió con sedas y te dio migajas de afecto. Y cuando finalmente llegó el momento de usar tus verdaderos dones, cuando podrías haber marcado una diferencia real en la batalla…

—Me encerró —completé en un susurro.

—Te encerró —repitió—. Como había hecho desde el principio. ¿Y para qué? ¿Para que fueras una niñera glorificada? ¿Un vientre a salvo? ¿Una amante conveniente que además cuidaba de sus responsabilidades familiares? ¿Su furcia?

Recordé mi vida en el bosque, la libertad de correr entre los árboles, la satisfacción de cazar mi propia comida, el orgullo de usar mis dones para ayudar a otros. Ya no recordaba qué era eso…

—Eras una sanadora respetada —continuó Soren—. La gente venía a buscarte desde lejos, confiaban en tus habilidades. Y él te convirtió en… ¿qué exactamente? ¿Una cortesana que ni siquiera podía mostrarse en la corte? ¿Una nodriza que además calentaba su cama? Me parecen puestos muy bajos comparándolo con lo que eras antes.

Mi mano temblaba tanto que el vino se derramó sobre el mantel.

—Te quitó todo lo que eras. Tu libertad, tu propósito, tu identidad. Te hizo dependiente de él, te convenció de que necesitabas su protección, su aprobación. Y cuando quisiste recuperar, aunque fuera una parte de ti misma, cuando quisiste usar tus dones para ayudar en la batalla…

—Me trató como a una prisionera. De nuevo.

—De nuevo —asintió Soren—. Porque eso es lo que siempre fuiste para él. Una prisionera. Primero en una celda real, luego en una habitación. Te mantuvo cautiva no solo con barrotes, sino con promesas vacías y migajas de afecto. Y mira, estás igual o peor que antes de que lo conocieras.

Se levantó y caminó hasta colocarse detrás de mi silla, sus manos se posaron suavemente sobre mis hombros, como si los masajeara, y eso me revolvió el estómago.

—Y lo más triste —susurró cerca de mi oído—, es que te hizo creer que era por amor. Que encerrarte, controlarte, quitarte todo lo que eras… era por tu propio bien. Te convirtió en una sombra de ti misma y te convenció de que debías estarle agradecida por ello. Agradecida de ser nada. Agradecida de ser su sombra. Agradecida de ser su furcia.

Las lágrimas corrían libremente por mis mejillas ahora. Cada palabra suya encontraba eco en dudas que había enterrado profundamente, preguntas nacidas de miedos e inseguridades que nunca me había atrevido a formular. Parecía que habían rebuscado en lo más profundo de mi ser para sacarlas a la luz y atacarme con ellas.

—Pero aquí —continuó—, aquí puedes volver a ser quien eras. Puedes recuperar todo lo que te quitó. Tu libertad, tu propósito… tu poder.

El mundo daba vueltas. El vino había nublado mis sentidos más de lo que pensaba, haciendo que las palabras de Soren se mezclaran y resonaran en mi cabeza como un eco distorsionado.

—Ya… ya no tengo hambre —logré articular, mi lengua se sentía pesada—. Estoy… estoy cansada.

Me tambaleé ligeramente en la silla, intentando mantener la compostura. El alcohol solo hacía más difícil controlar las lágrimas.

Soren volvió a sentarse en su silla, su rostro se multiplicó por un momento ante mis ojos antes de volver a enfocarse.

—¡Por supuesto, por supuesto! —Su voz sonaba como si viniera de muy lejos—. Qué desconsiderado de mi parte mantenerte aquí después de todo lo que has pasado.

El tintineo de la campana que hizo sonar me atravesó el cráneo como una aguja. La doncella que apareció parecía flotar más que caminar.

—Acompaña a Lady Nefely a sus aposentos —ordenó Soren—. Asegúrate de que tenga todo lo que necesita. Mantas adicionales si siente frío, tisanas para dormir… Todo lo que pida.

Intenté ponerme de pie y el mundo se inclinó peligrosamente. La doncella tuvo que sostenerme con firmeza para evitar que cayera.

—Oh, y Nefely… —la voz de Soren me detuvo antes de salir—. Recuerda que aquí eres una invitada, no una prisionera. Tu puerta no tendrá cerrojo, tus ventanas no tendrán barrotes. —Hizo una pausa significativa—. Aunque, por supuesto, apreciaría que no intentaras explorar demasiado por tu cuenta. El castillo es grande y podrías perderte. Mejor espera a conocerlo mejor.

El camino hacia mi habitación fue un borrón confuso de pasillos que parecían moverse por sí solos. Las lámparas de aceite dejaban rastros de luz en mi visión, y los tapices de las paredes parecían cobrar vida en las esquinas de mis ojos. Más de una vez, la doncella

tuvo que corregir mi rumbo cuando empezaba a desviarme hacia una pared.

La habitación, cuando finalmente llegamos, giraba como un torbellino de colores y formas. La cama parecía llamarme, aunque no estaba segura de cuál de las tres que veía era la real.

—¿Desea una infusión para dormir, mi señora? —preguntó la doncella con fingida inocencia—. ¿O quizás algo para el dolor de cabeza que tendrá mañana?

—No… dormir —murmuré, las palabras se enredaban en mi lengua—. Solo dormir…

—Ha tenido un día largo —comentó la doncella mientras me observaba con expresión indescifrable—. El príncipe está muy complacido con su primera cena juntos. Dice que sois exactamente como esperaba.

Intenté dar un paso hacia la cama y tropecé con mis propios pies. La doncella logró sostenerme antes de que me estrellara contra el suelo.

—Permítame ayudarla, mi señora —dijo, guiándome hacia la cama.

El mundo seguía girando incluso cuando me tumbé. El techo daba vueltas sobre mi cabeza y las paredes parecían respirar. Las palabras de Soren se mezclaban en mi mente con recuerdos de Aeran, de los niños, todo un torbellino confuso de recuerdos y sonidos.

Vagamente vi a la doncella quitándome los zapatos y cubriéndome con una manta. Su voz sonaba muy lejana mientras explicaba algo sobre una cuerda para llamar si necesitaba ayuda.

—Descanse bien —susurró mientras se alejaba—. Mañana será un día importante. El príncipe tiene grandes planes para ti.

Las lágrimas comenzaron a caer sin control, aunque ya no estaba segura de por qué lloraba. ¿Por Aeran? ¿Por los niños? ¿Por mí misma? Todo se mezclaba en una bruma alcohólica de dolor y confusión.

Lo último que recuerdo antes de que la inconsciencia me reclamara fue el pensamiento fugaz de que, quizás, solo quizás, Soren tenía razón. Y esa idea me aterraba más que cualquier otra cosa.

5

Al frente

Aeran

Parecían burlarse de mí. Las casas nobles, los comerciantes, los cortesanos… todos ellos seguían con sus vidas como si nada hubiera cambiado, como si el mundo no se estuviera desmoronando. Enviaban sus invitaciones, organizaban sus fiestas, celebraban sus pequeñas victorias mientras yo me consumía en la desesperación por encontrarla. Como si su reina no estuviera perdida en algún lugar, sufriendo quizás, necesitándome tal vez… Pero no era su reina, nunca llegó a serlo por mi culpa.

Me tapé el rostro con las manos, la culpa me corroía. Me arrepentía por cada decisión que no tomé, cada momento que desperdicié… estos volvían para atormentarme.

Quizás lo hice todo demasiado tarde. Quizás esperé demasiado, creyendo que teníamos todo el tiempo del mundo, que ella siempre estaría allí. Quizás la quise mía solo cuando el tiempo se nos escurría entre los dedos como agua de río… No, no era así, yo lo sabía, pero los pensamientos se apoderaban de mí sin poder evitarlo.

Debí haberme desposado con ella mucho antes de la batalla. No necesitábamos una gran ceremonia, no necesitábamos la aprobación

de nadie. Podríamos haberlo hecho en secreto, solo nosotros dos, sin pompa. Un simple juramento ante los dioses habría bastado. Sé que a ella le bastaba eso… Lo sé, y aun así quise imponerle mi forma de vida.

Debí haberla presentado como mi reina, haberla mostrado al mundo con orgullo, no mantenerla en las sombras como un secreto vergonzoso. Debí hacer que cada súbdito en mi reino conociera su nombre, que lo grabaran en sus memorias y sus corazones. Ahora, ni siquiera podía buscarla proclamando su título. ¿Cómo podía pedir a mi gente que buscara a su reina cuando nunca les permití reconocerla como tal?

Debí haberme postrado ante ella frente a toda la corte, ante el reino entero. Que todos vieran que ahora era ella a quien adoraba, no a los dioses. Que comprendieran que un rey poderoso, el gran Aeran de Dragio, se arrodillaba voluntariamente ante una mujer del bosque, y lo hacía sin vergüenza, con orgullo. Debí haber llevado su estandarte en cada torneo, su nombre en cada batalla, su imagen grabada en mi armadura como hacían los caballeros de antaño con sus damas.

Debí dejar que la vieran tomar decisiones a mi lado, no tras de mí ni a mi sombra, sino como mi igual. Que el consejo se acostumbrara a escuchar su voz, que los nobles aprendieran a inclinar la cabeza ante ella con el mismo respeto con que lo hacían ante mí. Debí construirle altares en cada ciudad, nombrar calles en su honor, decretar festivales que celebraran el día que la encontré en el bosque, el día que cambió el destino de Dragio para siempre.

Pero no hice nada de eso. Me limité a amarla en la oscuridad, a prometerle un futuro que nunca me atreví a construir en el presente. Y ahora… ahora solo me quedaban los «debí» y los «quizás», palabras vacías que no podían traerla de vuelta. Todo por querer cumplir, todo por seguir un orden que no creía en realidad. Todo por no haber confiado en ella.

No era un necio. Sabía que la posibilidad de que estuviera muerta era alta, demasiado quizás. El mero pensamiento me quemaba por

dentro. Pero la marca de la Alisma palpitaba en mi hombro, ardía con una intensidad que no podía ser casualidad. Eso debía significar algo, tenía que ser un mensaje de ella, una señal de que aún quedaba esperanza, de que en algún lugar seguía respirando, seguía luchando. De lo contrario, por lo que había leído, no debería sentir nada, y lo sentía todo.

Dejé a un lado las últimas cartas, todas ellas llenas de excusas corteses y condolencias vacías hablando sobre mi amante perdida. Entre ellas destacaba el rechazo formal de Floralia a la propuesta comercial que mi consejo había presentado hace apenas un mes. No me sorprendió. El Rey Sylvan nunca había ocultado su desdén hacia mi padre, tras décadas de conflictos fronterizos y promesas incumplidas. Y ahora ese recelo se extendía hacia mí, como una herencia envenenada más. «Lamentablemente, debemos declinar vuestra generosa oferta», decía en aquel tono diplomático que apenas disimulaba su verdadero mensaje: seguía viéndome como el hijo de mi padre, una amenaza potencial, alguien en quien no se podía confiar para alianzas duraderas.

Al lado de esta, un informe rutinario sobre Auroris confirmaba lo que ya sabía: su postura de neutralidad permanecía inquebrantable incluso después de nuestra guerra con Gélidia. Ni un solo soldado movilizado, ni un embajador adicional enviado, ni siquiera un incremento en sus patrullas fronterizas. El reino de las auroras continuaba en su burbuja de aislamiento voluntario, observando el mundo sin intervenir, como habían hecho durante generaciones. Su falta de reacción ante los recientes conflictos resultaba casi insultante, como si nuestras guerras y sufrimientos fueran demasiado mundanos para merecer su atención.

El resto eran más de lo mismo: solicitudes de audiencia que no tenía intención de conceder, quejas de comerciantes sobre las nuevas tasas impuestas para financiar la búsqueda, y peticiones de nobles que querían presentarme a sus hijas, como si cualquiera pudiera ocupar su lugar.

Todos los reinos seguían con sus rutinas, sus políticas, sus pequeñas intrigas, mientras mi mundo se había detenido por completo aquel día en el río. Para ellos, la vida continuaba. Para mí, cada mañana era un recordatorio de su ausencia.

Unos golpes en la puerta interrumpieron mis pensamientos.

—Mi rey, es su hermano Cleon, desea hablar con usted. —La voz de Thorak atravesó la madera.

Era demasiado tarde para que siguiera despierto. El cielo nocturno se vislumbraba a través de las ventanas, negro como el dolor que me consumía.

—Que pase.

La manilla bajó con una lentitud casi dolorosa. Cleon asomó primero su cabeza, como si temiera mi reacción, antes de entrar completamente. Se había cortado el pelo, él, que siempre protestaba cuando alguien siquiera mencionaba tocárselo. El cambio me golpeó con fuerza, recordándome cuánto tiempo había pasado desde la última vez que realmente lo había mirado de verdad.

—Mi rey —musitó con una reverencia mientras cerraba la puerta tras de él.

No sabía desde hacía cuánto no pasaba tiempo con él. Los días se me amontonaban unos con otros en una bruma de desesperación y búsqueda infructuosa. Verle delante de mí, tan serio, tan formal, tan diferente del muchacho impetuoso que solía ser, hizo que me sintiera culpable.

—¿No deberías estar en la cama? —pregunté, intentando sonar fraternal, pero mi voz salió tensa, casi hostil. La preocupación por Nefely y por el reino habían erosionado mi capacidad de mostrar afecto incluso a mi propia sangre.

Asintió, manteniendo la mirada fija en el suelo, como si mi presencia le intimidara. ¿Cuándo había empezado mi hermano pequeño a temerme?

—Lo sé, mas, quería hablar sobre… —Guardó silencio, sus dedos jugueteaban nerviosamente con el borde de su chaqueta—. Lo he

estado meditando mucho, mis entrenadores dicen que estoy preparado, y yo…

Junté las manos por encima de la mesa, esperando. El silencio se extendió entre nosotros. ¿Dónde estaba el niño que solía irrumpir en mi despacho, rebosante de energía y confianza? Ni siquiera dudaba ni un solo momento en pedirme o contarme las cosas y ahora… Ahora ni siquiera parecía el mismo.

—¿Y tú?

—Me gustaría unirme a la guardia del reino.

Sus palabras parecieron piedras golpeándome. Mi primer instinto fue gritar «no», negarlo rotundamente. Era mi hermano pequeño, por los dioses. Yo debía protegerlo, mantenerlo a salvo, no enviarlo a patrullar las calles y enfrentar peligros. Sonaba ridículo, como una broma cruel del destino.

Pero su rostro mantenía aquella seriedad impropia de su edad, con sus ojos fijos en mí, esperando una respuesta.

—Cleon…

—Sé que parece precipitado, pero soy el mejor con la espada, mis propios profesores pueden confirmarlo. Sé que marcaría la diferencia dentro.

Me mordí la lengua. No era que dudara de sus habilidades; los informes de sus maestros siempre habían sido excepcionales. Pero era mi hermano pequeño, el mismo que solía venir a mi habitación asustado y no salía de mi cama hasta que las nodrizas se lo llevaban a rastras. La idea de que algo pudiera pasarle…

A la vez, comprendía mejor que nadie lo que motivaba esta petición. Durante aquellas semanas previas a la guerra, cuando Nefely ya era parte de nuestra familia, pero antes de que marcháramos a la batalla, Cleon había sido quien más la apoyó. Mientras yo lidiaba con los preparativos militares y apenas tenía tiempo para estar con ella, él fue quien empezó a defenderla abiertamente ante la corte. Recuerdo cómo insistió en crear un espacio en la biblioteca especialmente para ella, donde pudiera leer sobre los dragones y la historia de Dragio. Aún veo la cara de

sorpresa de Nefely cuando descubrió aquel sillón de cuero que Cleon había mandado traer, colocado junto a la ventana, donde la luz era mejor para leer.

Y cómo la miraba durante las cenas, como si necesitara su aprobación, su voz, su consejo. Como si hubiera encontrado en ella una hermana mayor que nunca tuvo y que, de repente, se había desvanecido.

Esta petición de unirse a la guardia no era casual. Había perdido a Nefely y ahora buscaba desesperadamente un propósito, una forma de sentir que podía proteger lo que quedaba de nuestra familia rota.

—Es mucha responsabilidad, Cleon, y es muy peligroso.

—Lo sé, lo sé todo, puedo asumir todos los peligros que representa.

Me pasé la mano por el pelo, agotado. No sabía qué contestarle. Ya había perdido demasiado, no quería perder a nadie más, ni siquiera que pudiera salir herido.

—Fuera hay mucho peligro, las calles… Las calles son impredecibles, Cleon, tú has estado dentro siempre y…

—Pues dentro del reino, aquí en palacio, protegiendo a mis hermanos, a ti, a…

Sé que iba a decir su nombre, que las palabras «a Nefely» habían estado a punto de escapar de sus labios. Pero se contuvo, como todos hacían ahora, como si pronunciar su nombre pudiera invocar más dolor del que ya sentíamos. A veces me gustaría volver a escuchar sus nombres y no solo de mi boca al levantarme con pesadillas.

Quería gritarle que lo dijera, que pronunciara su nombre en voz alta. Necesitaba escucharlo de otros labios, confirmar que no era solo un fantasma en mi mente, que había existido, que había sido real. Nefely. El sonido de esas sílabas en otra voz que no fuera la mía, resonando entre las paredes del castillo que ella había recorrido. El silencio que todos mantenían a su alrededor era peor

que cualquier lamento, como si al no nombrarla la estuvieran borrando poco a poco, diluyendo su existencia en el olvido.

Cada vez que alguien se refería a ella como «ella» o «tu…» dejando la frase inconclusa, sentía que una parte más de Nefely se desvanecía de este mundo. Quería preservar cada fragmento de su ser, hasta la forma en que su nombre sonaba al ser pronunciado, el peso de esas letras en el aire, la cadencia única que tenía al salir de los labios de sus seres queridos. Pero todos callaban, y su silencio era como una segunda muerte para ella.

—¿Aquí? ¿Con mi guardia?

—Sí —contestó asintiendo con firmeza—. Quiero protegerlos, velar por ellos para que no les ocurra nada.

«Para que no desaparezcan como Nefely», le faltaba añadir.

Vi en sus ojos el mismo miedo que me atormentaba cada noche: el terror de perder a otro ser querido, de ser incapaz de proteger a nuestra familia.

—Para eso tendrías que pasar la prueba —murmuré después de un largo silencio, estudiando su reacción.

Sus ojos se iluminaron con un brillo que no había visto en semanas. Por un momento, vislumbré al Cleon de antes, al niño que soñaba con ser el mejor guerrero del reino.

—¿La prueba de combate? —preguntó, intentando contener su entusiasmo—. ¿Me dejarías intentarlo?

—Tendrías que enfrentarte a uno de mis guardias —expliqué, aunque sabía que él conocía perfectamente el ritual—. Y no será un entrenamiento, Cleon. Será un combate real.

—Lo sé.

—Sin ventajas por ser mi hermano.

—No las quiero.

—Y tendrás que salir ileso —añadí con severidad—. No basta con ganar. Si recibes una sola herida, por pequeña que sea, no te aceptaré en la guardia.

Vi cómo procesaba mis palabras. La prueba era legendaria por su dificultad; pocos la superaban al primer intento. No solo había que

vencer al oponente, sino hacerlo sin recibir ni un rasguño. Un guardia real debía ser capaz de proteger sin resultar herido, pues una herida podría comprometer la seguridad de aquellos a quienes juraba proteger.

—¿Cuándo? —preguntó finalmente.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo puedo hacer la prueba? Por favor, pronto.

Estudié su rostro, buscando algún signo de duda, de miedo. No encontré ninguno.

—Mañana al amanecer —decidí—. En el patio de armas. Thorak elegirá a tu oponente.

—¿Puedo elegir mis armas?

—Podrás usar cualquier arma reglamentaria de la guardia —respondí—. Pero tu oponente tendrá el mismo derecho.

Cleon asintió, enderezándose con seguridad.

—Gracias, hermano —dijo, y por primera vez en toda la conversación, me miró directamente a los ojos—. No te decepcionaré.

—No es decepción lo que temo, Cleon —admití en voz baja—. Es perderte a ti también.

Vi cómo las palabras lo golpeaban, cómo comprendía finalmente el verdadero motivo de mi resistencia. No pensaba guardar lo que realmente sentía.

Antes de perderla, jamás habría confesado este miedo. Habría mantenido la compostura, apartado mis emociones, fingido que solo me preocupaba su preparación o la seguridad del reino. El rey que fui antes no mostraba debilidad, no expresaba temor, no admitía que podía romperse. Pero ese rey murió en aquel río junto con mis esperanzas.

Ya no me importaba que vieran mis miedos descarnados, mis terrores nocturnos, mi pánico constante a perder a otro ser amado. El silencio y la compostura no me habían devuelto a Nefely. Ella, que gritaba cuando estaba enfadada, que reía sin contenerse, que lloraba sin vergüenza, que vivía cada emoción sin filtros ni

apariencias. Ella nunca guardó silencio sobre lo que sentía. Y ahora yo tampoco lo haría.

—No me perderás —prometió con una firmeza impropia de sus recién dieciséis años—. Y quizás… quizás así pueda ayudar a encontrarla.

La mención indirecta de Nefely hizo que mi corazón se encogiera. Por supuesto que esa era una de sus motivaciones. Todos la echaban de menos, todos querían hacer algo para traerla de vuelta.

—Ve a descansar —dije finalmente—. Mañana será un día largo.

Cleon asintió y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo.

—Aeran —llamó suavemente, usando mi nombre por primera vez en semanas—. La encontraremos. Tiene que estar en alguna parte… Ella es lista… Este es su hogar y nosotros… Nosotros éramos su familia. La encontraremos, la traeremos a casa.

Cerró la puerta tras de sí, dejándome solo con mis pensamientos y el peso de una decisión más que podría costarme otro ser querido.



El amanecer pintaba el cielo de tonos rojizos cuando llegué al balcón que daba al patio de armas. No había dormido en toda la noche; las pesadillas y la preocupación por Cleon se habían mezclado en una

vigilia interminable. Mis ojos ardían por la falta de sueño mientras observaba la escena que se desarrollaba bajo mis pies.

Cleon ya estaba en el patio, la armadura ceremonial de la guardia brillaba bajo la luz del alba. Parecía demasiado grande para su cuerpo adolescente, aunque se movía con una gracia que revelaba años de entrenamiento. Se detenía frente a cada arma dispuesta en la mesa, estudiándolas con atención meticulosa, levantándolas ocasionalmente para probar su peso. Aunque parecía tener una favorita.

Los restos de nieve que aún persistían en los rincones más sombríos del patio comenzaban a derretirse, formando pequeños charcos que reflejaban el cielo del amanecer. El invierno empezaba a ceder, llevándose consigo otra estación sin Nefely.

Thorak apareció en el patio, su figura era imponente comparándola con el resto. Vi cómo Cleon se enderezaba al notarlo, intentando parecer más alto, más fuerte. Mi pequeño Cleon intentando no ser tan pequeño.

El capitán de mi guardia se acercó a él, su expresión era indescifrable incluso desde mi posición.

El patio comenzaba a llenarse. Guardias, sirvientes y algunos nobles madrugadores se congregaban en los bordes, atraídos por el espectáculo de ver al hermano del rey intentando unirse a la guardia real. Sus murmullos llegaban hasta mi posición como el zumbido de un enjambre de abejas.

Después de hablar con Cleon, Thorak se dirigió hacia las escaleras que llevaban al balcón. Sus pasos pesados resonaron en la piedra mientras subía a reunirse conmigo.

—Mi rey —saludó con una inclinación de cabeza al llegar a mi lado.

—¿A quién has elegido? —pregunté sin apartar la vista de Cleon, que ahora parecía especialmente interesado en una espada larga.

—A Marcus —respondió Thorak—. Es lo suficientemente hábil para poner a prueba las capacidades del príncipe, pero no tan experimentado como para que sea una prueba imposible.

Asentí lentamente. Marcus era una buena elección: joven, pero competente, disciplinado, pero no despiadado. Era uno de los guardias que más prometían en el último año.

—¿Crees que tiene alguna posibilidad? —pregunté, refiriéndome a mi hermano.

Thorak guardó silencio un momento, considerando su respuesta.

—El príncipe tiene talento natural con la espada —dijo finalmente —. Y su valor es admirable. Pero una cosa es entrenar en el patio y otra muy distinta es un combate real donde no puedes permitirte ni un solo error.

—Si resulta herido… —comencé, pero Thorak me interrumpió.

—Marcus sabe que debe contener sus golpes lo suficiente para no causar daño permanente —aseguró—. Pero también sabe que no debe contenerse tanto como para que la prueba pierda su significado.

Abajo, Cleon finalmente había elegido sus armas: la espada larga que había estado estudiando y un escudo mediano. Una elección conservadora, pero sensata.

—¿Le has dicho quién será su oponente? —pregunté.

—Sí, mi rey. Y por su reacción, diría que conoce bien el estilo de lucha de Marcus. Los he visto entrenar juntos algunas veces. Se lo toman muy en serio, aunque parezca que estén jugando. Diría que hay mucha rivalidad entre ellos.

Eso explicaba la tensión en los hombros de mi hermano. Marcus era conocido por su estilo impredecible, mezclando técnicas tradicionales con movimientos poco ortodoxos.

Los murmullos de la multitud aumentaron cuando Marcus entró en el patio, su armadura relucía bajo el sol naciente. Era más alto que Cleon, pero no tanto como para que la diferencia fuera abrumadora.

—Todo está listo, mi rey —anunció Thorak—. Solo esperamos vuestra señal para comenzar.

Mis dedos se crisparon sobre la barandilla de piedra mientras observaba a Marcus realizar los estiramientos rituales antes del

combate. Era un espectáculo familiar: todo aspirante a la guardia real debía enfrentarse a esta prueba, pero nunca antes había significado tanto para mí.

—¿Los otros están despiertos? —pregunté, refiriéndome a mis hermanos.

—Avery y Torin están en el balcón del ala este —respondió Thorak—. Venya insistió en quedarse con Kieran. El pequeño… sigue sin dormir bien.

Desde la desaparición de Nefely, sus noches se habían convertido en un tormento de gritos y lágrimas.

Abajo, Cleon realizaba sus propios estiramientos, aunque podía ver la rigidez en sus movimientos. Los nervios, supuse, comenzaban a hacer mella en él.

—Thorak —llamé sin apartar la vista del patio—, si ves que el combate se descontrola…

—Lo detendré de inmediato, mi rey —aseguró—. No permitiré que el príncipe sufra daño alguno.

La multitud comenzó a guardar silencio. El momento se acercaba. Vi cómo Cleon ajustaba por última vez las correas de su armadura, cómo probaba el peso de la espada una vez más. Sus movimientos eran metódicos, como si siguiera una lista invisible de preparativos.

—Es tan joven —murmuré, más para mí mismo que para Thorak.

—Más joven era vuestro padre cuando se unió a la guardia —respondió mi capitán—. Y vos mismo no erais mucho mayor cuando tomasteis la corona.

Tenía razón, por supuesto, pero eso no hacía más fácil ver a mi hermano pequeño preparándose para un combate que podría cambiarlo todo.

El sol ya se había elevado lo suficiente como para iluminar completamente el patio. Era hora.

—Que comience la prueba —ordené, mi voz resonó en el silencio expectante.

Un heraldo dio un paso al frente, su voz resonó clara y potente en el patio silencioso.

—¡Por orden de Su Majestad, el Rey Aeran de Dragio, da comienzo la prueba de ingreso a la Guardia Real! —anunció—. ¡El príncipe Cleon enfrentará al guardia Marcus! ¡Se recuerda que cualquier herida, por pequeña que sea, significará el fracaso inmediato de la prueba!

Vi cómo Cleon y Marcus se colocaban en posición, cada uno en un extremo del círculo de combate dibujado con tiza en las piedras del patio. Los primeros rayos del sol arrancaban destellos de sus armaduras, creando un espectáculo casi hipnótico.

—Thorak —murmuré—, ¿has notado que lleva la espada que le regalé en su decimocuarto cumpleaños?

—Sí, mi rey. La ha estado practicando con ella durante semanas, desde antes de pediros unirse a la guardia. Era su elección desde el principio, no ha querido escuchar consejos sobre posibles otras armas.

Así que esto no había sido una decisión impulsiva. Mi hermano lo había estado planeando, preparándose en silencio mientras yo estaba demasiado consumido por mi propia búsqueda para notarlo.

El heraldo alzó su mano.

—¡Comenzad!

Los dos contrincantes empezaron a moverse en círculo, estudiándose mutuamente. Marcus, fiel a su estilo, mantenía su espada en una posición poco común, mientras que Cleon adoptaba una postura clásica, el escudo perfectamente posicionado.

—Ha mejorado su postura —comentó Thorak—. Hace unos meses todavía tendía a dejar su flanco izquierdo expuesto.

El primer choque de espadas resonó en el patio, haciendo que mi corazón diera un vuelco. Marcus había lanzado una estocada experimental, que Cleon desvió con su escudo con una precisión que me sorprendió.

Los murmullos de la multitud aumentaron cuando los combatientes comenzaron a moverse más rápido, el sonido del acero

contra el acero llenaba el aire de la mañana. Cada vez que las espadas se encontraban, contenía el aliento, buscando cualquier señal de sangre, cualquier indicio de que mi hermano había sido alcanzado.

Era incapaz de mantener la mirada fija en el combate. Cada vez que Marcus lanzaba un golpe particularmente cercano, me encontraba agachando la cabeza, incapaz de mirar. El sonido del metal contra metal me hacía estremecer y solo el carraspeo discreto de Thorak me hacía volver a alzar la vista.

—Lo está haciendo bien, mi rey —murmuró Thorak cuando volví a levantar la mirada después de un intercambio particularmente violento de golpes—. Está siendo prudente.

Era cierto. Cleon no estaba cayendo en las provocaciones de Marcus, que intentaba tentarlo con aperturas aparentes en su defensa. Mi hermano mantenía su posición, usando el escudo con inteligencia, esperando su momento.

Otro golpe certero me hizo apartar la vista. Cuando me obligué a mirar de nuevo, vi que Cleon había retrocedido hasta el borde del círculo. Un paso más atrás y quedaría descalificado.

—Por los dioses —murmuré.

Marcus presionó su ventaja, lanzando una serie de ataques rápidos que hacían parecer que su espada estaba en todas partes a la vez. Cleon bloqueaba y paraba como podía, pero estaba perdiendo terreno.

Volví a bajar la cabeza, incapaz de mirar. El sonido de los golpes se intensificó y luego… silencio.

—Mi rey. Mirad.

Alcé la vista justo a tiempo para ver cómo Cleon, en un movimiento que no le había visto practicar nunca, utilizaba el borde de su escudo para desviar la espada de Marcus hacia abajo, creando una apertura. En el mismo movimiento fluido, su propia espada se deslizó hacia adelante, deteniéndose a un pelo de la garganta de su oponente.

El patio entero contuvo el aliento.

Marcus, con la punta de la espada de Cleon rozando su gargantilla, esbozó una sonrisa y dejó caer su arma.

—Me rindo —declaró con voz clara.

La multitud estalló en vítores, pero yo apenas los escuchaba. Mis ojos recorrían frenéticamente la figura de mi hermano, buscando cualquier señal de sangre, cualquier corte o rasguño que pudiera invalidar su victoria.

—Los sanadores, llama a los sanadores —ordené a Thorak con voz tensa—. Que lo examinen inmediatamente.

Mientras dos sanadores se acercaban hacia Cleon, me encontré conteniendo el aliento nuevamente. Una victoria significaba poco si encontraban, aunque fuera el más mínimo rasguño.

Los sanadores rodearon a mi hermano, que permanecía quieto mientras lo examinaban minuciosamente. Cada segundo que pasaba era una tortura. La multitud guardaba silencio, consciente de que el verdadero veredicto aún estaba por llegar.

—¿Ves algo? —pregunté a Thorak, que tenía mejor vista que yo para los detalles.

—No desde aquí, mi rey, pero los sanadores serán minuciosos.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, el sanador principal alzó la vista hacia el balcón.

—¡Ni un rasguño, Majestad! —anunció con voz clara—. ¡El príncipe Cleon ha completado la prueba sin sufrir herida alguna!

El patio estalló en una nueva ronda de vítores, esta vez más fuerte que la anterior. Vi cómo Marcus se acercaba a Cleon y le ofrecía su mano en señal de respeto, un gesto que mi hermano correspondió con una inclinación de cabeza y cogiendo su mano.

—Ha superado la prueba —murmuré, casi sin poder creerlo—. Realmente lo ha conseguido…

—Y con honor, mi rey —añadió Thorak—. No solo venció, sino que lo hizo limpiamente y con técnica impecable. Marcus no ha sido benevolente.

Cleon alzó la vista hacia el balcón, buscando mi mirada. Incluso desde esta distancia, podía ver el brillo de expectación en sus ojos,

la pregunta silenciosa que me dirigía.

Era el momento. Como rey, debía hacer el anuncio formal.

Me aparté bruscamente de la barandilla. El deber, el protocolo, todo me exigía que hiciera el anuncio formal, que reconociera el logro de mi hermano ante todos. Pero el miedo me paralizaba, me ahogaba.

Contuve la respiración mientras me giraba, ignorando la mirada sorprendida de Thorak. Mis pies se movieron por voluntad propia, alejándome del balcón, de los vítores, de la mirada expectante de mi hermano pequeño.

Era un cobarde. Lo sabía mientras atravesaba los pasillos a paso rápido, mientras me encerraba en mi despacho, mientras el peso de mi cobardía me aplastaba contra la puerta cerrada. Cleon había demostrado su valía, había superado la prueba sin un solo rasguño, había hecho todo lo que le pedí y más.

Y yo huía.

Sabía que era injusto. Mi hermano merecía más que esto, merecía mi orgullo, mi reconocimiento público, mi bendición como rey y como hermano. Pero cada vez que pensaba en aceptarlo en la guardia, en exponerlo a los peligros que eso conllevaba, el recuerdo de Nefely desapareciendo en las aguas heladas me atravesaba como una daga.

¿Cómo podía arriesgar a perder a otro ser querido? ¿Cómo podía poner en peligro a mi hermano pequeño cuando ya había fallado en proteger a…?

El sonido de los vítores aún llegaba hasta mi despacho. Cleon estaría allí abajo, su momento de triunfo empañado por mi ausencia, esperando un reconocimiento que no llegaba.

Y yo me escondía en mi despacho, como el cobarde en que me había convertido.

Mientras mi hermano se convertía finalmente en parte de mi guardia real.

6

Pasos sin control

Nefely

El vino había sido demasiado fuerte, o más bien, había contenido algo más que simple alcohol. Nunca habría sido tan ingenua como para bajar la guardia voluntariamente en aquel lugar, pero bastaron unas copas para sumirme en un sopor antinatural que duró toda la noche. Ni siquiera mi entrenamiento como herbolaria me había permitido detectar lo que fuera que Soren hubiera mezclado en aquella bebida oscura. El descanso fue todo menos pacífico. Las pesadillas me asaltaron una y otra vez, haciéndome revolverme entre las suaves sábanas que ahora parecían querer asfixiarme.

Pesadillas. La palabra misma me resultaba extraña, ajena. Yo nunca había soñado antes, mi mente siempre había sido un refugio silencioso durante las noches. Pero ahora los sueños me atormentaban sin piedad, obligándome a revivir una y otra vez aquel momento en el río. El frío que me calaba los huesos, la corriente que me arrastraba, la oscuridad que me engullía… Y siempre, siempre, el rostro furioso de Aeran al verme en el campo de batalla junto a Estros.

Las palabras de Soren se mezclaban con mis propios miedos, envenenando cada recuerdo. ¿Y si tenía razón? ¿Y si Aeran realmente no se había esforzado en buscarme? La duda se retorcía en mi interior como una serpiente venenosa: después de tantos meses, después de tantas promesas, ¿había simplemente prescindido de mí?

Lo peor era el silencio en mi mente. Las visiones que antes me asaltaban sin previo aviso, mostrándome fragmentos del futuro, ahora habían desaparecido por completo. Por más que me esforzara, por más que intentara alcanzar ese lugar dentro de mí donde solía encontrar las premoniciones, solo hallaba un vacío aterrador. Era como si una parte de mí se hubiera quedado en el fondo de aquel río helado, como si toda mi magia se hubiera ahogado en sus aguas turbias.

Ahora solo me quedaban estos sueños extraños, estas pesadillas que no lograba comprender del todo. Imágenes confusas que se mezclaban en mi mente: niños llorando en habitaciones vacías, dragones volando sobre un cielo gris, sangre en la nieve… Y siempre, siempre, la sensación de estar cayendo en un abismo sin fondo.

Me incorporé, sintiendo el corsé clavándose en mis costillas maltrechas. Cada movimiento era una tortura; mi cuerpo entero protestaba como si me hubieran molido a golpes. Con dedos temblorosos, intenté alcanzar los nudos en mi espalda, buscando algo de alivio de aquella prisión de tela.

Me acerqué a la puerta con pasos inseguros, pero antes de que pudiera decidir si abrirla o no, esta se abrió de golpe. Una doncella mayor apareció en el umbral, sobresaltándose al encontrarme allí parada.

—Muchacha, ¿qué haces ahí? —exclamó, sosteniendo un balde de agua humeante—. ¿Sigues vestida? Te dejé el camisón en el tocador.

Giré la cabeza y, efectivamente, allí estaba: un camisón negro, doblado sobre la superficie del tocador.

—¿Acaso no te han enseñado código de vestimenta? —La mujer chasqueó la lengua con desaprobación mientras depositaba el balde en la cómoda—. Voy a quitarte esta ropa. Una dama no puede vestir con lo mismo dos días seguidos. Sería de muy mal gusto.

Sus manos comenzaron a trabajar en los cordones del corsé. Cuando finalmente se aflojó, casi me derrumbé. Mis costillas, aunque dolían terriblemente, parecían agradecer la liberación. Irónicamente, casi sentía que el corsé había sido lo único que las mantenía en su lugar.

Me ayudó a quitarme el vestido. No pude evitar un gemido de dolor cuando la tela rozó mis heridas.

—Por los dioses —murmuró la doncella al ver mi cuerpo maltratado—. ¿Qué te han…? —Se detuvo abruptamente, como si recordara que no debía hacer preguntas—. Bueno, no importa. Vamos a limpiarte y vestirte apropiadamente.

El agua del balde resultó estar mezclada con hierbas aromáticas. Su aroma me recordó dolorosamente a mis propias pociones curativas, a la vida que había dejado atrás. Reconocí el aroma de la manzanilla y la lavanda, hierbas que yo misma solía recolectar en el bosque porque la tierra alrededor de la cabaña no me las ofrecía.

—Siéntate —ordenó, señalando una silla junto al tocador—. Tenemos que hacer algo con ese pelo antes de que bajes a desayunar.

Mientras me acomodaba en la silla, mis dedos rozaron inconscientemente el collar que rodeaba mi cuello.

—¿Para qué sirve esto? —pregunté, tocando la piedra negra.

La doncella detuvo por un momento su tarea de desenredar mi cabello.

—No hagas preguntas sobre cosas que no necesitas saber —respondió secamente—. Y no intentes quitártelo.

Sus manos volvieron a trabajar en mi pelo, dividiendo los mechones maltratados. El cepillo se movía con firmeza, pero con suavidad, desenredando los nudos que se habían formado durante la noche.

—Tendremos que cortarlo —murmuró más para sí misma que para mí—. Está demasiado dañado en las puntas. Pero no hoy. Hoy solo lo arreglaremos lo mejor posible.

Sus dedos trenzaron hábilmente secciones de mi cabello, creando un elaborado peinado que mantenía el pelo fuera de mi rostro, pero permitía que cayera en ondas por mi espalda.

—¿Has dicho desayunar? —La palabra sonaba extraña en mi boca, como si hubiera olvidado su significado durante mis semanas en la mazmorra.

—Por supuesto. El príncipe Soren espera que te unas a él para el desayuno —respondió mientras ajustaba una última horquilla—. Y no podemos hacerle esperar, ¿verdad?

Se dirigió hacia el armario y sacó un vestido de un azul profundo, con detalles en plata que recordaban a copos de nieve.

—Te pondré el vestido azul —decidió—. El príncipe mencionó que prefería ese color en ti.

El comentario me produjo un escalofrío. ¿Cuánto tiempo llevaba Soren observándome, planeando esto? ¿Cuánto sabía realmente de mí?

La doncella me ayudó a vestirme porque yo sola no podía. El vestido era más ligero que el negro de la noche anterior, aunque seguía siendo lo suficientemente grueso para proteger del frío persistente de Gélidia.

—Mantén la espalda recta —instruyó mientras ajustaba el nuevo corsé, esta vez con más cuidado al ver mis muecas de dolor—. Una dama de la corte de Gélidia debe mantener siempre la compostura.

¿Dama de la corte? ¿Era eso lo que Soren pretendía hacer conmigo? ¿Convertirme en una muñeca bien vestida para exhibir en su corte helada?

—El desayuno se sirve en el comedor pequeño, ya estuviste anoche —continuó la doncella, aparentemente ajena a mi turbación interior—. Te acompañaré hasta allí. Y recuerda: espalda recta, mirada baja y solo habla cuando te pregunten directamente.

Me guio hacia la puerta con una mano apoyada en mi espalda.

—Debo decir que la cena de anoche fue un éxito —comentó mientras caminábamos—. El príncipe volvió a sus aposentos muy complacido. No lo veía tan contento desde hace tiempo. Y eso es una alegría para todos, créeme, sobre todo, para ti.

Sus palabras me provocaron un escalofrío. ¿Era esa mi nueva función? ¿Mantener entretenido al príncipe de Gélidia?

—Esta mañana está de especialmente buen humor —continuó, girando en otro pasillo decorado con tapices que mostraban escenas de caza—. Incluso ordenó que prepararan tus postres favoritos para el desayuno, aunque claro, aún no sabemos cuáles son. Tendrás que hacernos una lista, así el príncipe estará contento.

Se detuvo un momento para ajustar un pliegue de mi vestido.

—Debes mantenerlo así, contento —susurró, como si compartiera un secreto vital—. El príncipe puede ser muy generoso cuando está de buen humor. Pero cuando algo lo disgusta… —Su estremecimiento involuntario dijo más que cualquier palabra.

Seguimos caminando en silencio por un momento.

—El rey apenas interviene en los asuntos del príncipe, ni el otro príncipe, Caelum —añadió en voz baja—. Soren tiene bastante libertad para hacer lo que desee. Y ahora parece que lo que desea es… bueno, tenerte cerca.

Me detuve en seco, pero ella me empujó suavemente para que siguiera caminando.

—No hagas eso —murmuró—. Nunca te detengas en los pasillos. Siempre hay ojos observando.

Continuamos nuestro camino, pero sus palabras se habían clavado en mi mente. ¿Cuánto poder tenía realmente Soren? ¿Y qué planeaba hacer conmigo?

La doncella siguió hablando mientras atravesábamos pasillos cada vez más ornamentados.

—Anoche dio órdenes estrictas de que se te tratara con el mayor respeto —continuó—. Mandó llamar a sus sastres personales. Vendrán esta tarde para tomarte medidas. Quiere un guardarropa completo para ti.

Se detuvo ante una ventana alta que daba a los jardines helados, aparentemente para ajustar de nuevo mi vestido, pero en realidad parecía querer asegurarse de que nadie nos escuchaba.

—El príncipe raramente muestra tanto interés en alguien —murmuró, sus dedos trabajaban diligentemente en los pliegues de mi falda—. La última vez que lo vi así fue… —se interrumpió abruptamente, como si hubiera estado a punto de decir algo prohibido.

—¿La última vez? —No pude evitar preguntar.

Me lanzó una mirada de advertencia.

—No hagas preguntas sobre el pasado del príncipe —susurró con urgencia—. Es mejor no saber ciertas cosas. Solo… mantenlo contento. Sigue como anoche. Lo escuché reír varias veces durante la cena y eso es inusual.

Continuamos nuestro camino.

—Ha ordenado que se te prepare un estudio propio —añadió después de un momento—. Junto a la biblioteca. Dice que necesitarás un lugar tranquilo para leer. También ha pedido que se traigan ciertos libros de la biblioteca privada de la familia real. Textos antiguos, según tengo entendido.

Su mano se posó suavemente en mi brazo, deteniéndome justo antes de girar la última esquina.

—Escucha bien, muchacha —susurró—. El príncipe puede ser encantador cuando está de buen humor. Puede ser generoso, incluso amable. Pero no te confíes. Su humor es tan cambiante como el viento de invierno, y cuando se enfada… Solo… mantén esa sonrisa en su rostro, ¿entiendes? Por tu propio bien. De verdad muchacha, por tu bien, tengas la fuerza que tengas, no la uses contra él. De nada te servirá, nada podrás hacer.

Nos detuvimos frente a unas puertas. La doncella se giró hacia mí una última vez, ajustando un mechón de mi pelo.

—Recuerda: espalda recta, mirada baja y solo habla cuando te pregunten. Y por los dioses, no menciones Dragio ni a su rey. El

príncipe parecía especialmente satisfecho anoche cuando hablabais de eso, pero es mejor no tentar a la suerte dos veces.

La doncella se apartó para alisar una última vez mi vestido.

—Es el mismo comedor de anoche —murmuró mientras sus manos expertas arreglaban los pliegues de la tela—, aunque verás que por la mañana tiene un aspecto muy diferente. Al príncipe le gusta que las cortinas estén completamente abiertas durante el desayuno. Dice que la luz del amanecer sobre el hielo le recuerda a los diamantes.

Recordé la estancia a oscuras de la noche anterior, iluminada solo por velas y el fuego de la chimenea. Ahora me preguntaba cómo se vería bajo la luz del día.

—Los sirvientes tienen órdenes de mantener siempre fruta fresca en la mesa —continuó en voz baja—. El príncipe es particular con sus comidas. Le gusta tener opciones, aunque raramente come más que un par de bocados. Si te ofrece algo de su plato, acéptalo. Es un honor que no concede a menudo.

Sus manos subieron hasta mi collar, ajustándolo ligeramente.

—Y no toques esto durante el desayuno —advirtió—. Anoche noté que tienes la costumbre de jugar con él cuando estás nerviosa. Al príncipe no le gusta que se note que lo llevas.

Dio un paso atrás para examinarme una última vez.

—Te he peinado de forma que el collar sea menos visible —explicó—. El azul del vestido también ayuda a disimularlo. El príncipe fue muy específico sobre eso.

Sus ojos se suavizaron por un momento, mostrando algo que podría haber sido compasión.

Las puertas se abrieron antes de que pudiera responder, y la luz del amanecer me golpeó con fuerza.

La luz matutina inundaba el comedor, tan diferente de la penumbra de la noche anterior. Los rayos del sol atravesaban los ventanales y se reflejaban en la vajilla de plata, creando destellos que bailaban por las paredes. El hielo que se formaba en los cristales

creaba prismas naturales, descomponiendo la luz en fragmentos de colores que parecían danzar por toda la estancia.

—Buenos días, mi querida Nefely. —La voz de Soren llegó desde el otro extremo de la mesa. Ya estaba sentado, vestido con una elegancia casual en tonos azules que, noté, hacían juego con mi vestido—. Espero que hayas descansado bien.

La doncella me guio hasta mi asiento, el mismo de la noche anterior. Sus manos me ayudaron a sentarme con gracia, asegurándose de que los pliegues del vestido cayeran correctamente.

—El desayuno se servirá cuando el príncipe lo indique —murmuró mientras me acomodaba—. Recuerda todo lo que te he dicho.

Con una reverencia, se retiró discretamente, dejándome a solas con Soren.

El comedor parecía más pequeño a la luz del día, más íntimo. Los tapices que la noche anterior apenas había podido distinguir ahora mostraban escenas de cacería en las nieves, los bordados en plata brillaban como escarcha bajo el sol. La mesa, aunque grande para dos personas, parecía menos imponente que en la cena.

—El azul te sienta maravillosamente —comentó Soren, sus ojos recorrieron mi figura—. Sabía que sería así. Combina perfectamente con tus ojos.

Me encontré preguntándome cuánto tiempo llevaba planeando esto, cuánto tiempo había estado observándome en las mazmorras antes de decidir que era el momento de su pequeño juego. El pensamiento me provocó náuseas, pero mantuve el rostro sereno, recordando las advertencias de la doncella.

La luz del sol se reflejaba en la piedra negra de mi collar, recordándome su peso, su presencia constante. ¿Qué secretos guardaba este objeto que tanto interés tenía Soren en mantener oculto?

Soren hizo un gesto casi imperceptible hacia la esquina de la habitación. No me había percatado de que había una doncella esperando allí, inmóvil como una estatua.

—Pueden servir el desayuno —ordenó con voz suave.

La doncella se movió inmediatamente y como si fuera una señal, otras tres aparecieron de la nada, portando bandejas de plata. El aroma del pan recién horneado inundó la estancia, mezclándose con el del té y las frutas frescas.

—¿Has dormido bien, querida? —preguntó Soren mientras una doncella servía té en su taza—. Espero que las sábanas fueran de tu agrado. Ordené que pusieran las de seda más fina que tenemos.

—Sí… gracias —murmuré, recordando que debía hablar solo cuando me preguntaran directamente.

—¿Té? ¿O prefieres chocolate caliente? —ofreció con una sonrisa que parecía genuinamente amable—. Tenemos ambos. En Gélidia somos particularmente orgullosos de nuestro chocolate. Lo importamos directamente del sur.

Antes de que pudiera responder, continuó:

—Aunque quizás prefieras empezar con algo más sustancioso. Las frutas son frescas, llegaron esta mañana temprano. O tal vez… —Hizo un gesto hacia una bandeja que contenía diversos pasteles—, algo dulce. Noté anoche que apenas tocaste el postre. ¿No te gustan los dulces?

Su aparente preocupación por mis preferencias me desconcertaba. Era como si realmente le importara, como si no fuera el mismo hombre que había ordenado mi tortura durante semanas.

—El té está bien —logré decir, manteniendo la mirada baja como me habían instruido.

—Excelente elección —aprobó—. Esta mezcla en particular es mi favorita. Tiene notas de bergamota y un toque de vainilla. —Hizo una pausa mientras observaba a la doncella servir mi taza—. ¿Las almohadas eran suficientemente suaves? Puedo ordenar que las cambien si no fueron de tu agrado.

La normalidad de la conversación era surrealista. Como si estuviéramos teniendo un desayuno casual, como si no fuera su prisionera.

—Eran… perfectas —respondí, odiando lo débil que sonaba mi voz.

—Me alegro. —Sonrió, tomando un sorbo de su té—. Aunque me pareció escuchar que tuviste algunas pesadillas. Las doncellas me avisaron de gemidos durante la noche.

Mi sangre se heló. ¿Me habían estado vigilando incluso mientras dormía?

—Es comprensible, por supuesto —continuó sin dejar que yo hablase con tono comprensivo—. Después de todo lo que has pasado… Debe ser difícil conciliar el sueño. Puedo pedirle al maestre que prepare una infusión para ayudarte a dormir, si lo deseas.

La forma en que lo dijo, como si no fuera él el responsable de mi sufrimiento, me revolvió el estómago. Pero mantuve mi expresión neutral, concentrándome en la taza de té que tenía delante.

—Las pesadillas son curiosas, ¿no crees? —reflexionó mientras untaba mantequilla en un trozo de pan—. A veces nos muestran nuestros miedos más profundos, otras veces son simples ecos de recuerdos dolorosos. Me pregunto qué tipo de pesadillas tiene alguien como tú, querida Nefely.

Me quedé inmóvil, sin saber cómo responder a su pregunta sobre las pesadillas. ¿Era una trampa? ¿Buscaba información que pudiera usar contra mí más tarde?

—Deberías comer algo —comentó, cambiando de tema ante mi silencio—. Estás demasiado delgada. —Hizo un gesto hacia una de las doncellas, que inmediatamente comenzó a llenar mi plato con frutas y pasteles—. La recuperación lleva tiempo, por supuesto, pero una buena alimentación es esencial.

Su preocupación por mi salud hacía todo más perturbador.

—Las cocinas tienen órdenes de preparar lo que desees, a cualquier hora —continuó—. Solo tienes que pedirlo. Y hablando de preferencias… —Hizo una pausa para tomar otro sorbo de té—. ¿Qué te gustaría para el almuerzo? El cocinero puede preparar cualquier plato que añores.

¿Qué añoraba? El pan de miel de las cocinas de Dragio, las tartas de frutas que Venya insistía en compartir conmigo, los dulces que Kieran me traía a escondidas, las verduras que no le gustaban a Torin…

—No tengo preferencias —murmuré, empujando estos recuerdos dolorosos al fondo de mi mente.

—Vamos, vamos —insistió con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Debe haber algo que extrañes. ¿Algún plato especial que solías disfrutar? ¿Algo que… —otra pausa calculada—, que te prepararan en Dragio, tal vez?

Ahí estaba. Siempre volvía a Dragio, siempre buscando grietas en mi armadura, puntos débiles que explotar.

—La comida aquí es excelente —respondí con cuidado—. No necesito nada especial.

—Tan diplomática. —Rio suavemente, ladeando la cabeza mientras me estudiaba con una intensidad inquietante—. Pero no es necesario ser tan formal, querida. Estamos solos tú y yo. Puedes hablar libremente, ya hay confianza.

La mentira era tan obvia que casi dolía. ¿Hablar libremente? ¿Con doncellas en cada esquina observando cada movimiento, con guardias sin duda apostados tras cada puerta?

Se quedó mirándome fijamente unos segundos, como si buscara algo en mi rostro.

—Hay algo en tu manera de hablar, en cómo sostienes la mirada… —murmuró—. Me recuerdas a alguien que conocí hace tiempo.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Su mirada se había tornado distante, como si estuviera viendo a otra persona a través de mí.

—Una mujer con el mismo orgullo en los ojos —continuó—. Aunque eventualmente aprendió a bajar la mirada. Todas lo hacen, al final.

El modo en que sus labios se curvaron hizo que mi estómago se encogiera. Había una historia oscura tras aquellas palabras, algo que prefería no conocer.

—Pero no hablemos de fantasmas —dijo, sacudiendo levemente la cabeza como si despertara de un trance—. He pensado que quizás te gustaría dar un paseo por los jardines después del desayuno. El hielo forma esculturas naturales fascinantes por la mañana, y los jardineros han estado trabajando arduamente en mantener los senderos limpios y seguros.

Había algo en la forma en que me observaba que sugería que no era realmente una sugerencia.

—Los jardines de Gélidia son famosos en todos los reinos —continuó, limpiándose los labios con una servilleta de seda—. Nuestros jardineros han perfeccionado el arte de cultivar flores que prosperan en el frío. Tenemos variedades que no encontrarás en ningún otro lugar. Rosas de hielo, lirios de escarcha… Estoy seguro de que te resultarán fascinantes.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, sus ojos verdes brillaban con entusiasmo.

—Como sanadora, imagino que encontrarás particularmente interesantes nuestras hierbas medicinales de invierno. Tenemos todo un sector del jardín dedicado a ellas. Plantas que pueden florecer bajo la nieve, que tienen propiedades curativas únicas. Quizás podrías ayudarnos a expandir esa colección con tu conocimiento.

La idea de ver plantas otra vez, de tocar hierbas medicinales, hizo que mi corazón se acelerara traicioneramente. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había podido trabajar con plantas? No había vuelto a preparar ningún ungüento desde aquella noche frenética antes de la batalla, cuando desobedecí a Aeran. Recuerdo cómo mis manos temblaban de prisa y rabia mientras mezclaba cataplasmas y tinturas curativas, decidida a ir al frente a pesar de su prohibición. Ahora parecía otra vida, otro mundo. ¿Desde cuándo había podido usar mis conocimientos para algo más que sobrevivir?

—El aire fresco te hará bien. Has pasado demasiado tiempo encerrada. Un poco de ejercicio quizás. Y no te preocupes por el frío. —Señaló hacia una doncella que acababa de entrar portando lo que

parecía ser una capa forrada de piel—. He ordenado que te preparen ropa adecuada para el clima de Gélidia.

La capa que la doncella sostenía era de un azul profundo que hacía juego con mi vestido, bordeada con piel blanca que parecía tan suave como la nieve. Era hermosa y probablemente más cara que cualquier cosa que hubiera poseído en mi vida.

—¿Qué dices, querida? —preguntó Soren, su voz era suave, pero había un matiz en ella que sugería que ya conocía mi respuesta—. ¿Me concederías el placer de tu compañía en los jardines?

Miré mi plato, aún sin empezar, no había probado nada pese a que mi estómago rugiera. Él pareció darse cuenta.

—Termina tu desayuno primero —dijo Soren, reclinándose en su silla—. No hay prisa. Tenemos toda la mañana.

Sus ojos no se apartaban de mí mientras intentaba comer bajo su escrutinio. Cada bocado se volvía más difícil de tragar bajo aquella mirada penetrante. Observaba cada movimiento que hacía: cómo sostenía el tenedor, cómo llevaba la taza a mis labios, cómo cortaba los trozos de fruta.

—¿El té está a tu gusto? —preguntó—. Puedo pedir que lo cambien si lo prefieres más fuerte… o más dulce, tal vez.

Negué suavemente con la cabeza, concentrándome en mantener firme mi mano mientras sostenía la taza.

—Comes como un pajarillo —comentó con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Tan delicada, tan… contenida. ¿Siempre has sido así, o es algo que aprendiste en la corte de Dragio?

Mantuve mi mirada fija en el plato, intentando ignorar cómo sus ojos seguían cada movimiento de mi mano al cortar un trozo de pastel. El silencio se extendía entre nosotros, roto solo por el tintineo de los cubiertos y el ocasional movimiento de las doncellas.

—Las fresas están particularmente dulces esta mañana —continuó, como si mi silencio no le molestara—. Deberías probarlas. Las traen especialmente para mí desde los invernaderos del sur.

Tomé una fresa, consciente de que no era realmente una sugerencia. Sus ojos seguían el movimiento de mi mano, la forma en

que mis dedos sostenían la fruta, cómo mis labios se separaban para morderla. Había algo perturbador en la intensidad de su mirada, algo que me hacía sentir usada y sucia.

—He terminado —murmuré, dejando los cubiertos sobre el plato con todo el cuidado que pude.

Soren se levantó tan bruscamente que la silla chirrió contra el suelo. El movimiento repentino me hizo encogerme instintivamente, un reflejo nacido de semanas de torturas y sobresaltos. Mi cuerpo entero se tensó, preparándose para un golpe que no llegó.

—Oh, querida. No pretendía asustarte. A veces olvido que debo ser más delicado en mis movimientos.

Se acercó a mí con pasos lentos, como quien se aproxima a un animal asustado. Sus manos se extendieron en un gesto que pretendía ser tranquilizador.

—Ven —llamó a la doncella que sostenía la capa—. Nuestra invitada necesita abrigarse apropiadamente. Los jardines son hermosos, pero el frío puede ser traicionero para quien no está acostumbrado.

La doncella se aproximó, colocó la capa sobre mis hombros, ajustando los broches de plata con forma de copos de nieve. La piel que bordeaba el cuello era tan suave como parecía.

—El azul realmente te sienta de maravilla —murmuró Soren, observando cómo la capa caía en pliegues elegantes alrededor de mi figura—. Como si hubieras nacido para vestir los colores de Gélidia.

Extendió su brazo hacia mí con elegancia.

—¿Me concedes el honor? Te prometo que los jardines superarán cualquier expectativa que puedas tener.

Me quedé mirando su brazo extendido, consciente de que no era realmente una elección. Cada gesto de cortesía, cada muestra de amabilidad, era solo otra forma de control, otra cadena invisible.

Con movimientos que esperaba no revelaran el temblor de mis manos, coloqué mi brazo sobre el suyo. Su contacto, aunque formal y protocolario, me provocó un escalofrío que esperé pudiera atribuirse al frío.

—Las doncellas han despejado los senderos principales —comentó mientras me guiaba hacia la puerta—. Aunque personalmente encuentro más interesantes los caminos menos transitados. A veces, la naturaleza crea las más hermosas obras de arte cuando la dejamos actuar libremente.

Las puertas se abrieron ante nosotros, revelando un pasillo que llevaba hacia los jardines. Cada paso que daba me alejaba más de la relativa seguridad del comedor, adentrándome en territorio desconocido con un hombre cuya amabilidad me aterraba más que su crueldad.

A cada paso por el pasillo, la luz que se filtraba por los ventanales se hacía más intensa.

—Los jardines son especialmente hermosos a esta hora —comentó mientras nos acercábamos a las puertas que daban al exterior—. La luz del sol naciente crea efectos fascinantes en el hielo. Cada mañana es un espectáculo diferente.

Las puertas se abrieron ante nosotros y una ráfaga de aire helado me golpeó el rostro. A pesar de la capa, el frío de Gélidia era penetrante, mucho más intenso que el que había conocido en Dragio.

—El secreto está en aprender a apreciar el frío —continuó Soren, notando mi estremecimiento—. No luchar contra él, sino entenderlo, abrazarlo. Es parte de lo que somos en Gélidia.

Descendimos por unos escalones de piedra cubiertos de escarcha. Cada escalón había sido despejado de nieve, aunque los bordes mantenían una delicada capa de hielo que brillaba.

—Ten cuidado —murmuró, su agarre en mi brazo se hizo más firme hasta el punto de doler—. Los escalones pueden ser traicioneros para quien no está acostumbrado. No quisiera que te lastimaras en tu primer paseo por los jardines.

Su preocupación sonaba sincera, lo cual solo servía para ponerme más nerviosa. ¿Cuántas caras tenía este hombre? ¿Cuál era la verdadera: el torturador de las mazmorras o este príncipe cortés que me guiaba por sus jardines helados?

Estaba convencida de que había sido él quien ordenó cada segundo de mi tormento. Las marcas en mi cuerpo y en mi mente llevaban su firma, aunque sus manos jamás me hubieran tocado directamente. Y ahora caminaba junto a mí, como si nada hubiera pasado, estudiando mis reacciones, midiendo cuánto me había doblegado.

Pero se equivocaba si creía que me había roto por completo. Sí, ahora bajaba la mirada cuando era necesario, contenía mi lengua cuando más me convenía. Había aprendido a sobrevivir en su mundo de hielo y crueldad. Pero en mi interior, donde él no podía llegar, seguía ardiendo la misma llama. Más pequeña, quizás, más silenciosa, pero viva. El fuego que me había mantenido respirando bajo el agua helada del río no se apagaría tan fácilmente.

Los jardines se extendían ante nosotros como un paisaje de cuento de hadas, pero uno con un toque siniestro que no podía ignorar. Los árboles, cubiertos de hielo, parecían guardianes congelados. Las flores, aunque hermosas, tenían algo antinatural en su belleza, como si desafiaran las propias leyes de la naturaleza al florecer en medio del hielo.

—Los rosales de hielo son particularmente fascinantes —comentó Soren mientras me guiaba por un sendero cubierto de gravilla blanca —. Cada rosa está formada por capas de hielo tan delicadas que parecen pétalos reales. Nuestros jardineros han perfeccionado el arte durante generaciones.

Me detuve a observar una de las rosas. Era verdaderamente extraordinaria: cada pétalo cristalino capturaba la luz del sol, descomponiéndola en diminutos arcoíris. Era hermosa y antinatural al mismo tiempo, como todo en este reino.

—En Dragio no tienen nada parecido, ¿verdad? —preguntó—. Sus jardines son más… tradicionales, tengo entendido. Aunque supongo que no tuviste muchas oportunidades de apreciarlos.

Su comentario me hizo tensarme, pero mantuve mi rostro neutral. Los jardines de Dragio… recordé las tardes pasadas con los niños entre los arbustos de flores, las horas dedicadas a enseñarles

los nombres de las plantas, a correr tras Kieran cuando se escondía entre los setos, a leer cuentos bajo el gran roble mientras Venya trenzaba coronas de margaritas para todos. Aquellos momentos en que Torin me mostraba orgulloso los insectos que había encontrado, o cuando Avery se sentaba en silencio a mi lado, buscando un refugio de paz que solo parecía encontrar conmigo.

—Es una lástima, realmente —continuó—. Una Alisma debería tener libertad para explorar los jardines reales, para conocer cada rincón del castillo que supuestamente sería su hogar.

Me guio hacia un banco de piedra pulida, protegido del viento por un dosel de ramas cubiertas de hielo.

—Siéntate conmigo —invitó, aunque no era realmente una invitación—. El sol de la mañana crea efectos maravillosos en la fuente de cristal.

Me senté, manteniendo una distancia prudente que él inmediatamente acortó, deslizándose más cerca con un movimiento fluido.

—¿Sabes? —murmuró—. Aquí podrías tener todo lo que te fue negado. Libertad para pasear por los jardines, acceso a la biblioteca, un lugar propio en la corte…

Mantuve mi mirada fija en la fuente, donde el agua fluía imposiblemente entre formaciones de hielo. Era consciente de las miradas discretas desde las ventanas del castillo, de las doncellas que «casualmente» pasaban por los senderos cercanos.

Soren se inclinó más cerca.

—Podrías ser más que una simple amante escondida en las sombras —susurró—. Aquí serías respetada, honrada como mereces.

Se quedó en silencio un momento, observándome con una intensidad que me hizo querer retroceder.

—Imagina —continuó—, una corona de hielo sobre tu cabello negro. La Alisma de Dragio convertida en la Princesa de Gélidia. Mi princesa.

Sentí que mi sangre se congelaba en mis venas. ¿Estaba insinuando…?

—Serías mi esposa —dijo, dejando caer las palabras—. No una amante que se esconde entre las sombras, sino una reina a plena luz. Te sentarías a mi derecha en cada banquete, tomarías decisiones sobre este reino, tendrías poder real… no las migajas que Aeran te daba. ¿Has pensado en eso, querida? En cómo sería despertar cada día siendo la esposa de un príncipe que no teme mostrarte al mundo.

Un mechón de pelo se había soltado de mi peinado, probablemente por el viento helado. La mano de Soren se alzó con lentitud, sus dedos rozaron mi mejilla mientras lo colocaba detrás de mi oreja. El contacto, aunque breve, me provocó un escalofrío de repulsión que esperé que no notara.

—Nuestros hijos tendrían una belleza única —murmuró, sus ojos recorriendo mi rostro con avaricia—. Tu fuego, mi hielo. Serían poderosos, extraordinarios.

El recuerdo de otras caricias, otras manos, otros roces me golpeó con fuerza. Aeran solía hacer el mismo gesto, apartar mi pelo de la cara, pero sus toques estaban llenos de ternura, de amor verdadero. Este… este era calculado, frío como el hielo que nos rodeaba.

Me aparté ligeramente, fingiendo observar una de las rosas heladas. Mi corazón latía con tanta fuerza que temía que pudiera escucharlo. La idea de compartir el lecho con este hombre, de llevar a sus hijos en mi vientre, me provocaba náuseas más intensas que cualquier tortura física.

—Las flores… son extraordinarias —logré decir, intentando desviar su atención.

—Como tú —respondió, una sonrisa satisfecha en sus labios, como si mi incomodidad le complaciera—. Ven, hay más que quiero mostrarte. El invernadero de hielo es particularmente impresionante a esta hora.

7

No puedo seguir negando

Aeran

Los consejeros me observaban, esperando una respuesta que no llegaba. Las palabras morían en mi garganta, ahogadas por el peso de decisiones que no quería tomar. El silencio en la sala del consejo era tan denso que casi podía tocarlo.

La realidad era devastadora y lo sabía perfectamente. Dragio estaba solo. Completamente solo. Floralia había rechazado todas nuestras propuestas comerciales con cortesía helada, aún resentidos por décadas de conflictos fronterizos y las promesas incumplidas de mi padre. El Rey Sylvan nunca ocultó su desdén por nuestra familia y ahora trasladaba esa desconfianza hacia mí, como si la sangre de mi padre corriera exclusivamente por mis venas, condenándome a repetir sus errores.

Auroris mantenía su eterna neutralidad, tan alejados de los problemas mundanos que nuestras súplicas ni siquiera merecían respuesta. Para ellos, observadores eternos de las estrellas, nuestras guerras y hambres eran tan insignificantes como el vuelo de una mosca. Y Gélidia… después de la guerra, cualquier puente diplomático había quedado reducido a cenizas.

Solo nos quedaba Ventara. Nuestra única posibilidad de supervivencia, nuestro único aliado potencial. Y estábamos a punto de perderlo también.

—Mi intención no es meter prisa, mi rey —dijo Zephyr cortando el silencio—. Pero el reino está en grave peligro si no buscamos alianza. Ventara está enfadada, el rey no nos va a pasar ni una, va a cortar el mercado con nuestra capital. Y bien sabe nuestro consejero Thorne que es una fuente muy importante.

Asentí, sintiendo cada músculo de mi cuello tenso. Las implicaciones eran claras: sin el comercio de Ventara, nuestro reino sufriría. El invierno había sido duro, las reservas estaban bajas, y sin sus rutas comerciales el hambre asolaría Dragio. Los campesinos morirían, los niños llorarían con estómagos vacíos, y los nobles se volverían contra la corona. Un reino hambriento es un reino a las puertas de la rebelión, y sin Ventara, el hambre era inevitable.

—La otra opción —musitó Qued, su voz apenas fue un susurro—, es que desposemos a la princesa Avery al príncipe de Ventara, tienen casi…

—¡No! —El rugido escapó de mi garganta antes de poder contenerlo. Me puse de pie tan bruscamente que la silla cayó hacia atrás con un estruendo—. A mi hermana no se la mete en estos asuntos. Lo dejé bien claro.

Avery estaba prohibida. Absolutamente prohibida para cualquier negociación matrimonial. Se lo había prometido a Nefely aquella tarde en que mi hermana tuvo su primer sangrado y se encerró, aterrorizada ante la perspectiva de un matrimonio forzado. Aún recordaba la furia en los ojos de Nefely, la forma en que me exigió que jurara proteger a mi hermana de tal destino. «Prométeme que nunca la obligarás a casarse contra su voluntad», me había dicho, y yo había aceptado sin dudar.

Era una de las pocas promesas que aún podía cumplir, quizás la única que me quedaba para honrar su memoria. No importaba si el reino entero se derrumbaba, Avery no sería moneda de cambio.

Antes preferiría ver arder el castillo hasta sus cimientos que romper esta promesa.

Qued se encogió en su asiento, como si quisiera fundirse con la madera.

—Lo siento, majestad. Solo estaba proponiendo una idea.

Me froté el rostro con ambas manos. Lo que daría por poder montar a Draluz y volar lejos de aquí, lejos de estas decisiones imposibles, lejos de estas responsabilidades.

—Si quiere mi consejo —La voz de Neval se deslizó por la sala—, lo mejor que puede hacer mi querido rey, es desposarse con la princesa de Ventara. Es una joven guapa, lista, y nos aseguraría un futuro prometedor en el caso de que el reino de Gélidia quisiera volver a atacarnos.

Miré a Neval, sintiendo la bilis subir por mi garganta. El hombre al que había desterrado de mi consejo por sus palabras contra Nefely, el mismo que ahora ocupaba nuevamente un lugar en mi mesa. Apenas unos días después de la batalla, cuando aún buscábamos frenéticamente en los alrededores del río, había aparecido en las puertas del castillo, empapado y cubierto de barro.

Recordaba vívidamente cómo se había arrojado a mis pies, cómo había jurado lealtad inquebrantable mientras sostenía el anillo de mi madre entre sus dedos temblorosos. «Lo encontré en la orilla sur, mi señor, medio enterrado en el lodo», había dicho con la voz quebrada. «He pasado días rastreando las riberas, buscando cualquier señal de ella».

Su rostro desencajado, la desesperación en sus ojos mientras suplicaba perdón… «No robé los huevos de dragón, mi señor, os lo juro por lo más sagrado. Os juro que no tuve nada que ver con su desaparición. Vos sois mi único rey, siempre lo habéis sido. Dejadme demostrároslo, permitidme redimirme ayudando a encontrarla».

Había jurado que también la buscaría hasta el último rincón del reino, que dedicaría su vida a enmendar sus errores. Y yo, en mi desesperación, quise creerle. Necesitaba creer que incluso quienes la

habían despreciado ahora reconocían su valía. Necesitaba toda la ayuda posible para encontrarla.

El anillo… ese pequeño círculo dorado con su piedra morada que había pertenecido a mi madre, que había ofrecido a Nefely como promesa de matrimonio, era la única prueba tangible de que había sobrevivido lo suficiente para llegar a la orilla. La única esperanza a la que podía aferrarme.

Ahora ese mismo anillo descansaba en mi habitación, sobre la mesa junto a mi cama donde lo contemplaba cada noche antes de enfrentarme a mis pesadillas. Y este hombre, que me lo había devuelto, ahora sugería que desposara a otra mujer como si Nefely no hubiera existido jamás, como si pudiera simplemente reemplazarla.

Sus palabras me provocaron náuseas. La idea de desposar a otra, de sentarla en el trono que había mandado hacer para Nefely… La bilis subió por mi garganta. Todo mi cuerpo se rebelaba contra la mera sugerencia.

Me senté lentamente, cada pensamiento era como un puñal en mi mente. ¿Habíamos realmente buscado en todos los rincones? ¿Quedaba algún lugar donde no hubiéramos preguntado por ella, alguna piedra sin levantar? Si hubiera enviado más hombres, si hubiera dedicado más recursos, si hubiera confiado en su instinto como sanadora en lugar de encerrarla… Quizás ahora estaría aquí, a mi lado y no tendría que enfrentar este abismo de soledad y desesperación que amenazaba con tragarme por completo.

La idea de compartir mi lecho, mi trono, mi vida con otra mujer me provocaba un rechazo visceral. Casarme con otra sería la última traición, la admisión final de que la había perdido para siempre.

Pero si no hacía algo, si no encontraba una solución… El próximo invierno sería brutal sin el comercio de Ventara. Mi pueblo sufriría, los niños pasarían hambre. ¿Cuántos no sobrevivirían?

—¿No hay noticias en Benia? —pregunté a Thorak, buscando desesperadamente una alternativa, cualquier cosa que me permitiera evitar esta decisión imposible.

—No, me temo —respondió—. Nadie la ha visto desde… desde la última vez que fue con ella. Saben cuánto paga de recompensa, le aseguro mi rey, que, si la hubieran visto, o creído que era ella, ni se lo hubieran pensado.

Y era cierto. La recompensa que había ofrecido era suficiente para hacer rico a cualquier campesino. Nadie dudaría en venir corriendo con la más mínima información sobre su paradero. Su ausencia de noticias era ensordecedora.

Aceptar que no estaba, que quizás nunca la encontraría… Era como vivir en un infierno personal, donde cada rincón del castillo guardaba un recuerdo de ella. Cada noche me perseguía la misma pesadilla: su cuerpo cayendo al río, el agua helada engulléndola mientras yo era incapaz de alcanzarla.

Antes, cuando las pesadillas me atormentaban, ella estaba ahí. Su presencia era más suficiente para mantener los demonios a raya. Ahora, ella misma se había convertido en el demonio que me perseguía cada noche y no había escape posible.

Neval se inclinó hacia adelante en su asiento con una sonrisa en sus labios que pretendía ser amable.

—La princesa Cellina —comenzó con voz melosa—, es una verdadera joya, mi rey. Apenas veinte primaveras y ya es conocida como la rosa más bella de Ventara.

El simple hecho de escucharlo hablar de otra mujer como posible reina me revolvió el estómago, pero Neval continuó, ajeno a mi disgusto o quizás ignorándolo deliberadamente.

—Su cabello es como rayos de sol, mi señor, y sus ojos… del azul más puro que hayáis visto jamás. Se ha criado específicamente para ser reina, educada en todas las artes cortesanas. —Hizo una pausa significativa—. Sus manos son suaves como la seda más fina, sin un solo callo que manche su perfección. Su piel es como porcelana, inmaculada, sin las marcas del trabajo duro o el sol.

Sabía lo que estaba haciendo: contrastar esta princesa perfecta con Nefely, con sus manos encallecidas por el trabajo, su piel marcada por el sol y las hierbas. Mi Nefely, que prefería los bosques

a los salones de baile, que conocía mejor las propiedades de las plantas que las intrigas de la corte. Nefely, cuyos dedos habían salvado tantas vidas, incluida la de mi propio hermano. Manos que habían plantado vida en lugar de simplemente admirarla desde la distancia.

—Ha sido instruida en música, poesía, danza… —continuó Neval —. Sabe tocar el arpa de una manera que dicen hace llorar a los ángeles. Sus modales son impecables, su conversación refinada. Nunca encontraréis en ella la… rusticidad de ciertas compañías.

Apreté los puños bajo la mesa hasta que mis nudillos se tornaron blancos. La insinuación en sus palabras era clara como el cristal.

Qued carraspeó suavemente, incapaz de contener su entusiasmo.

—Además, mi señor, la princesa Cellina viene de una línea familiar conocida por su fertilidad —añadió con una reverencia servil —. Su madre dio a luz a ocho hijos sanos. Podríais tener vuestra dinastía asegurada en cuestión de años.

—Lo más importante —intervino Zephyr—, es la pureza que aporta al linaje real. La princesa ha sido guardada como el tesoro que es, protegida de miradas indiscretas, mantenida inmaculada para su futuro esposo.

Pensé en Nefely, en cómo había compartido conmigo su primera vez, en cómo nos habíamos descubierto juntos en la intimidad de la noche. En cómo sus ojos brillaban con un amor tan puro que hacía que las palabras sobre «linaje inmaculado» me parecieran huecas y sin sentido. ¿Qué sabían ellos de pureza? La verdadera pureza estaba en su corazón, no en absurdas nociones de virtud cortesana.

Neval asintió complacido por el apoyo.

—Una verdadera princesa, mi señor —insistió—. Alguien digna de sentarse en el trono de Dragio, de dar herederos de sangre verdaderamente real. Alguien que vuestro pueblo aceptaría sin cuestionamientos, sin murmuraciones sobre su origen o su… posición.

Darius, quien normalmente guardaba silencio en estas discusiones, se aclaró la garganta.

—Desde un punto de vista legal, mi señor —dijo con su habitual tono neutro—, los hijos nacidos de un matrimonio con la princesa de Ventara tendrían una posición incuestionable. La legitimidad es un factor crucial para la estabilidad de cualquier dinastía.

Como si los hijos que hubiera tenido con Nefely no fueran a ser legítimos. Como si nuestro amor no fuera suficiente para validar nuestra unión. Recordé nuestras conversaciones, cómo hablábamos de cómo serían nuestros hijos: fuertes como su padre, sabios como su madre, con su capacidad para ver más allá de lo evidente. Niños que nunca llegarían a existir.

—Si me permite, mi señor —intervino Baldric—, debo advertir que rechazar esta alianza tendría consecuencias devastadoras. No solo perderíamos el comercio con Ventara, sino que otros reinos podrían ver esto como una señal de debilidad.

Se aclaró la garganta, desenrollando un pergamino lleno de números.

—Nuestras reservas de grano no durarán otro invierno sin el comercio de Ventara. Los campos del norte apenas han producido la mitad de lo esperado y con las rutas del sur bloqueadas por las nevadas… La gente pasará hambre, mi señor.

Thorak, quien había permanecido en silencio hasta ahora, dio un paso adelante.

—Mi señor, como capitán de la guardia, debo informaros que los rumores de descontento ya corren entre el pueblo —dijo con la honestidad directa que siempre había apreciado en él—. El hambre hace peligrosos incluso a los más leales.

—Y no olvidemos —añadió Neval con aquella voz que me hacía desear estrangularlo—, que Ventara no es el único reino que nos observa. Si rechazamos esta oferta, ¿qué mensaje enviamos? ¿Que el rey de Dragio prefiere aferrarse al recuerdo de una… una sanadora del bosque, antes que asegurar el bienestar de su pueblo?

Mis nudillos crujieron por la fuerza con que apretaba los puños. «Una sanadora del bosque». Como si Nefely no hubiera sido más que eso. Como si no hubiera sido la única capaz de despertar a los

dragones dormidos, la única que podía hacer brillar el rostro de Kieran con una simple sonrisa, la única que había logrado que Avery volviera a tocar el arpa después de meses de silencio. La única que había tocado mi alma de formas que ninguna princesa criada entre algodones podría jamás entender.

—La princesa Avery —continuó Neval—, es una niña encantadora. Sería una lástima que su futuro se viera comprometido por sentimentalismos. Con la alianza de Ventara, tendría pretendientes dignos de su posición. Sin ella… bueno, las opciones serían mucho más limitadas.

—Es solo una niña —gruñí.

—Ya es una mujer —replicó Neval—. Y sin alianzas fuertes, sin el respaldo de otros reinos, ¿qué futuro le espera? ¿Qué futuro les espera a todos vuestros hermanos?

Zephyr asintió gravemente.

—El consejero Neval tiene razón, mi señor. La princesa Cellina no solo sería una excelente reina, sino que su matrimonio abriría puertas para toda la familia real. El príncipe heredero de Ventara tiene primos en otras cortes y casas, conexiones que podrían asegurar matrimonios ventajosos para vuestros hermanos.

—Y la princesa Cellina —añadió Neval, volviendo al tema—, tiene un don especial con los niños. Sería una excelente figura maternal para vuestros hermanos pequeños. Algo que, sin duda, necesitan desesperadamente.

El veneno en sus palabras era casi palpable.

La sola mención de otra mujer ocupando el lugar de Nefely en la vida de mis hermanos me revolvió las entrañas. No quería herederos que no fueran de Nefely. No quería hijos que no pudiera mirar con el mismo amor con que la miraba a ella, porque sabía, con una certeza que me quemaba por dentro, que jamás amaría a esa princesa. Por muy bella que fuera, por muy elegante o refinada, sería siempre una extraña, una imposición, un sacrificio por el reino.

Jamás sería capaz de tocarla con deseo verdadero, jamás querría besarla como besaba a Nefely. No podría encamarla sin sentir que

traicionaba el único amor real que había conocido. Y los hijos que nacieran de esa unión… ¿cómo podría mirarlos sin ver una vida que nunca quise, un futuro construido sobre los restos de mis verdaderos sueños?

No. El único vientre que deseaba ver crecer con mi semilla era el de Nefely. Los únicos ojos de niño en que deseaba reconocerme eran aquellos que heredaran también su mirada cambiante. La única mujer a quien quería llamar madre de mis hijos, la única digna de ser reina de Dragio, era ella. Ella, con sus manos de sanadora y su corazón feroz. Ella, que había traído de vuelta la magia a un reino que la había olvidado.

—¡Nefely ya era todo lo que necesitaban! —estallé, golpeando la mesa con ambos puños—. Era más que suficiente para ellos, más de lo que cualquier princesa criada entre algodones podría ser jamás. Ella les entendía, les cuidaba, les amaba de verdad, no por obligación o deber.

Sus tardes leyendo cuentos con Venya, sus paseos por el jardín con Torin identificando plantas, la paciencia infinita con que escuchaba las historias interminables de Kieran sobre dragones…

—Mi señor —la voz de Neval volvió, y me preguntaba por qué decidí aceptarlo de nuevo—. El pequeño Kieran aún es un niño. Necesita más que nodrizas y sirvientes. Necesita una figura maternal, alguien que pueda dedicarle tiempo real, no solo… visitas ocasionales.

Me puse de pie, incapaz de seguir sentado mientras profanaba su recuerdo. La ira me quemaba por dentro.

—La princesa Cellina podría darle todo lo que necesita —continuó implacable—. Tiene experiencia con niños pequeños, sabe cómo tratarlos, cómo educarlos apropiadamente. Y lo más importante, mi señor… Podría daros descendencia. Imagínelo: en un año podríais tener vuestro primer hijo. Un heredero legítimo para el trono de Dragio.

Hijos. Un heredero. Todo lo que había soñado, todo lo que había planeado…, pero con Nefely. Solo con ella. Las noches que habíamos

pasado susurrando posibles futuros, imaginando cómo serían nuestros hijos. «Tendrán tus ojos», me había dicho ella una vez, en la oscuridad de nuestra habitación. «Y tu testarudez», había bromeado yo, ganándome un golpe juguetón en el hombro.

—La sangre real de Ventara mezclada con la de Dragio —insistió Neval—. Un heredero que ningún reino podría cuestionar, que uniría dos linajes poderosos. La princesa Cellina ha sido criada para esto, mi señor. Sabe exactamente cómo comportarse, cómo llevar una corte, cómo ser la reina que Dragio necesita.

—¡Basta! —rugí. Mi voz resonó en la sala del consejo como un trueno.

No quería herederos de sangre real. No quería una princesa perfecta con manos de seda y modales impecables. Quería a mi sanadora del bosque, a la mujer que había conquistado el corazón de mis hermanos con su autenticidad, que había ganado el respeto de los dragones con su valor. Quería los hijos que había imaginado con ella, niños con su sonrisa y su don para la sanación, con su amor por la naturaleza y su capacidad de ver la belleza en las cosas más simples.

¿Cómo podrían siquiera sugerir que deseara engendrar hijos con otra mujer? Niños que nacerían del deber, no del amor. Niños a los que miraría buscando un rostro que no estaba ahí, unos ojos que no existirían. Niños a los que querría, porque era incapaz de no amar a un ser inocente, pero a los que jamás miraría con la misma devoción con que habría mirado a los hijos de Nefely.

Quería las mañanas despertando junto a ella, su cabello negro esparcido sobre la almohada. Quería sus manos callosas entrelazadas con las mías, su risa resonando en los pasillos del castillo. Quería su forma de desafiarme, de hacerme mejor persona, de recordarme que ser rey no significaba dejar de ser humano.

La idea de otra mujer en mi cama me provocaba un rechazo visceral. ¿Cómo podría tocarla sin sentir que traicionaba a Nefely? ¿Cómo podría besar otros labios cuando los únicos que deseaba estaban quizás congelados en algún lugar del río? ¿Cómo podría

soportar el tacto de manos que no tendrían callos de haber sanado, de haber luchado, de haber vivido realmente?

¿Cómo podría mirar a mis hermanos a los ojos si traía a una extraña para reemplazar a la mujer que habían llegado a amar como a una madre? ¿Cómo podría dormir en nuestra cama con otra, sentarla en el trono que había mandado hacer específicamente para ella?

Me dejé caer sobre el asiento, devastado, sabiendo la verdad que tenía delante. Las palabras de los consejeros resonaban en mi mente: hambre, guerra, muerte. El futuro de mi reino, de mis hermanos, pendía de un hilo que yo me negaba a atar por puro egoísmo. ¿Qué otras opciones me quedaban?

Cerré los ojos y la vi. Nefely agachada junto a Kieran, curando sus rodillas raspadas después de una caída. Nefely enseñando a Torin los nombres de las plantas en el jardín. Nefely trenzando el pelo de Venya mientras le contaba historias de dragones. Nefely… siempre Nefely.

Las guerras siempre llegaban con el hambre. Los reinos débiles eran presa fácil, y sin alianzas, sin recursos… ¿Cuánto tardarían nuestros enemigos en aprovechar nuestra vulnerabilidad?

«¿Qué harías tú?», le pregunté en silencio. «¿Qué me dirías si estuvieras aquí?». La respuesta llegó clara como el cristal: protegería a los niños. Por encima de todo, de su propio corazón si fuera necesario, ella protegería a los niños.

Pero rendirme sin luchar… eso era algo que ella jamás habría hecho.

—¿No hay otras alternativas? —pregunté, aferrándome a cualquier posibilidad—. ¿Algún otro reino que pudiera interesarse en comerciar con nosotros?

Baldric negó con la cabeza.

—Hemos enviado emisarios a todas partes, mi señor. Floralia se niega incluso a recibirlos, Auroris mantiene su política de no intervención, y en cuanto a Gélidia… —Su voz se apagó, no necesitaba explicar más.

—¿Y si ofreciéramos mejores condiciones comerciales? —insistí—. Privilegios especiales, aranceles reducidos…

—Lo hemos intentado todo, mi señor —respondió Zephyr con evidente cansancio—. El Rey Aric ha sido muy claro: o reforzamos nuestra alianza con un matrimonio real, o Ventara redirigirá todo su comercio hacia Floralia. Ya han comenzado a construir nuevas rutas comerciales que evitan completamente nuestro territorio.

Me pasé una mano por el rostro, buscando desesperadamente otras opciones. Podríamos intentar abrir nuevas rutas hacia reinos más lejanos, pero eso llevaría años. Podríamos tratar de aumentar nuestra propia producción agrícola, pero sin las semillas especiales de Ventara, nuestras cosechas seguirían siendo insuficientes.

—¿Y si esperamos? —pregunté, sabiendo ya la respuesta—. ¿Y si solo… aguantamos un invierno más?

Thorak dio un paso al frente, su expresión era sombría.

—Mi señor, con todo respeto, el hambre no espera. Un invierno sin grano suficiente significaría perder a los más débiles: ancianos, enfermos… niños.

Niños. Como mis hermanos. Como los pequeños a los que Nefely tanto amaba.

—Si acepto, habrá condiciones.

El silencio cayó sobre la sala del consejo.

—Por supuesto, mi señor —respondió Zephyr con cautela—. ¿Qué condiciones serían esas?

Me puse de pie, necesitando toda mi altura, todo mi poder para lo que estaba a punto de hacer.

—La habitación de Nefely permanecerá intacta. Nadie entrará allí sin mi permiso expreso. Sus pertenencias, sus libros, todo se quedará exactamente como está.

Vi a Neval abrir la boca para protestar, pero lo silencié con una mirada que prometía consecuencias si se atrevía a interrumpir.

—La princesa Cellina tendrá sus propios aposentos. No compartiremos habitación. Jamás.

—Pero mi señor —intervino Qued—, vos mismo dijisteis que cuando os casarais…

—Lo que dije fue por Nefely —dije con brusquedad—. Era una promesa para ella, no una tradición del reino. Mi cama solo la compartiré con una mujer, y esa mujer es Nefely. Nadie más ocupará su lugar, nadie más será tocada por mis manos de esa manera. La princesa Cellina dormirá en sus propios aposentos, en otra ala del castillo si es posible. Lejos de mí y de mis hermanos.

Me miraban atónitos, pero me daba igual. No iban a arrancarme también esto.

—Entendido, mi señor —murmuró Qued, agachando la cabeza.

—No habrá trono para ella —continué—. Permanecerá de pie durante las audiencias.

Los consejeros intercambiaron miradas alarmadas.

—Mi señor —intervino Zephyr—, hacer que una princesa de Ventara permanezca de pie sería una humillación para su reino…

—Es mi decisión final —corté—. Si no puede aceptarlo, que busque otro reino donde reinar. El único trono junto al mío fue hecho para Nefely.

Thorak carraspeó suavemente.

—¿Qué hay de las joyas de la corona, mi señor?

—No las tocará —respondí sin dudar—. Ni una sola. Las joyas reales están reservadas para una sola reina. Y los colores negro y verde que Nefely prefería están prohibidos para la princesa. Ningún vestido, ninguna joya, ningún ornamento de esos colores. Son los colores de mi Alisma, y nadie más tiene derecho a llevarlos.

—¿Y la biblioteca? —preguntó Darius con cautela.

—El rincón donde Nefely estudiaba, con todos sus libros de hierbas y sanación, está prohibido para cualquiera que no sea ella. Nadie tocará sus pergaminos, nadie usará su mesa junto a la ventana. Mantendré intacto cada rincón donde ella dejó su huella.

—¿Y los dragones? —preguntó Alastair.

—El nido real y los establos están vetados para ella. Sobre todo, el nido de dragones, que ni se acerque. Los dragones son criaturas

sagradas que solo responden a la Alisma. No permitiré que una extraña intente usurpar ese vínculo. Estros no reconocerá a otra jinete que no sea Nefely y si se acerca a él, la matará. Para él, igual que para mí, solo existe una reina.

Neval se inclinó hacia adelante.

—Mi señor, con todo respeto, estas restricciones podrían ofender gravemente a Ventara…

—No he terminado —le interrumpí—. La princesa no tendrá voz en las decisiones familiares ni en la educación de mis hermanos. No podrá estar a solas con ellos en ningún momento. No pretenderá ser su madre ni ocupará el lugar que Nefely tenía en sus corazones. No contará las historias que ella contaba, no cantará las canciones que ella cantaba para dormir a Kieran.

—Pero mi señor —protestó Baldric—, como futura reina…

—Como futura reina no tendrá más autoridad que la estrictamente necesaria para mantener las apariencias —declaré—. No modificará nada en el castillo. Ni una piedra, ni un tapiz, ni una costumbre cambiará por su presencia. No reasignará al personal que Nefely apreciaba, no cambiará los horarios que ella estableció, no alterará ni una sola de las rutinas que hacían funcionar este hogar. Esta sigue siendo la casa de Nefely, aunque ella no esté aquí para reclamarla.

Darius, que había permanecido en silencio hasta ahora, se atrevió a hablar:

—¿Y qué hay de los bailes de la corte? —preguntó Darius con cautela—. Las celebraciones, los festines…

—La princesa asistirá, por supuesto —respondí con frialdad—. Pero se mantendrá en un segundo plano. No presidirá las celebraciones, no abrirá los bailes. Se sentará en una mesa lateral, no en la principal. Y, sobre todo —mi voz se endureció—, no ocupará el lugar que le corresponde a Nefely en ninguna ceremonia.

—Mi señor —La voz de Alastair temblaba ligeramente—, habláis como si lady Nefely fuera a…

—Si Nefely regresa —le interrumpí—, todo acuerdo con Ventara queda anulado inmediatamente. En el momento en que ponga un pie en este castillo, la princesa Cellina quedará destronada y será enviada de vuelta a su reino sin tardanza. No habrá negociaciones, no habrá compensaciones.

—No podemos poner esa condición en un acuerdo matrimonial —protestó Alastair—. Sería un insulto diplomático…

—Pueden y lo harán. —Mi voz no dejaba lugar a discusión—. Si no aceptan estas condiciones, no hay trato. Prefiero enfrentar mil inviernos de hambre que traicionar completamente lo que Nefely significa para esta familia. Prefiero ver arder todo el reino antes que cerrar la puerta a su regreso.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Los consejeros se miraban entre sí, probablemente preguntándose si había perdido la razón.

—La búsqueda continuará —añadí—. No se reducirá ni un solo hombre, ni un solo recurso. Si alguien sugiere siquiera disminuir los esfuerzos por encontrarla, lo consideraré traición. No me importa el costo, no me importa si tenemos que vaciar el tesoro real. Nefely vale más que todas las monedas de oro que pudiera albergar este castillo.

Me giré hacia Thorak:

—Los dragones seguirán saliendo cada día. Draluz, Estros, Fulgor, Draza… todos ellos. No me importa si tenemos que peinar cada rincón del reino mil veces. Los dragones nacidos bajo su cuidado, todos los que ella despertó, participarán en la búsqueda en cuanto sean capaces de volar.

—Como ordenéis, mi señor —respondió Thorak con una inclinación de cabeza.

—Y una última cosa —mi voz bajó hasta ser apenas un susurro—. Si alguna vez descubro que alguien en este reino ha tenido algo que ver con su desaparición, si averiguo que alguien sabía algo y lo ocultó… la traición será el menor de sus problemas. No descansaré

hasta que cada persona involucrada sienta el mismo dolor que ella sintió, hasta que conozcan el tormento que ha sido cada día sin ella.

El silencio en la sala era tan denso que casi podía cortarse con un cuchillo.

—Si cualquiera de estas condiciones se rompe —continué—, si veo un solo intento de alterarlas, el compromiso se romperá inmediatamente. No me importan las consecuencias políticas, no me importa si Ventara nos declara la guerra. ¿Ha quedado claro?

Los consejeros asintieron en silencio, algunos más rápidos que otros.

—Escribid a Ventara —ordené, cada palabra era como arrancarme un pedazo de alma—. Decidles que acepto, pero con estas condiciones. Que las estudien bien antes de presentarse aquí, porque no cederé en ninguna de ellas.

—Entonces, mi señor —intervino Qued, inclinándose hacia adelante—, ¿debo comenzar los preparativos para la ceremonia?

Mi estómago se retorció ante la mera mención. Debía escuchar esto, por mucho que me doliera.

—La princesa necesitará sus propias doncellas —continuó, sacando un pergamino—. Sugiero traer algunas de Ventara, para que se sienta más cómoda.

—Siempre que entiendan que no pueden entrar en ciertas áreas del castillo —murmuré.

—Por supuesto, mi señor —asintió Qued, haciendo anotaciones —. Sus aposentos en el ala este deberán ser completamente renovados.

—Lo mínimo imprescindible —corté—. Esto no es una celebración.

—Aun así —intervino Thorne—, el banquete de compromiso debe ser considerable. Los comerciantes esperarán una muestra de nuestra… buena voluntad.

Sentí bilis subir por mi garganta mientras los escuchaba planear. Sedas nuevas, muebles importados, vajilla especial… Cada detalle era un recordatorio más de cómo estaba traicionando a Nefely.

—La ceremonia en sí —continuó Qued—, sugiero realizarla en el salón principal. Necesitaremos al menos tres semanas para los preparativos.

—La princesa traerá su propia dote —comentó Baldric—. Ventara es conocida por su generosidad en estos asuntos.

—También está el asunto de los títulos —intervino Darius—. Tradicionalmente, la futura reina recibe ciertos honores antes de la boda…

—Los títulos mínimos requeridos por el protocolo —corté—. Nada más.

Siguieron y siguieron, cada detalle era una puñalada: el orden de los asientos en el banquete, la decoración, la música…

—La princesa querrá conocer sus obligaciones —comentó Zephyr —. Sus responsabilidades en la corte…

—Las mínimas —respondí automáticamente—. No presidirá consejos, no tomará decisiones sobre el reino.

—Será una figura decorativa —dijo Neval con una sonrisa que me revolvió el estómago—. Una reina sin poder real.

Le fulminé con la mirada, pero no pude rebatir sus palabras. Era exactamente lo que estaba haciendo: convirtiendo el título de reina en nada, en lo que siempre había odiado, en lo que fue mi madre.

La amarga ironía no se me escapaba. Estaba repitiendo el mismo patrón que juré destruir, condenando a otra mujer al mismo destino que mi madre había sufrido bajo el reinado de mi padre. La misma existencia vacía que había prometido a Nefely que nunca tendría. Cuántas veces le había susurrado en la oscuridad que sería diferente, que ella gobernaría a mi lado con voz propia, que sería una reina verdadera con poder y responsabilidades, no solo un adorno para lucir en celebraciones.

«Tú serás mi igual, mi compañera en todas las decisiones», le había prometido mientras trazaba con mis dedos la marca de la Alisma en su pecho.

Y ahora, aquí estaba, negándole ese derecho a otra mujer, reduciéndola a la misma existencia sin sentido que mi madre había

soportado durante años. La diferencia era que mi madre había amado a mi padre, al menos al principio. Entre la princesa Cellina y yo no habría ni siquiera eso. Solo deber, obligación, y un vacío que nunca podría llenarse.

Porque Nefely era y seguiría siendo mi única reina, mi única Alisma, mi único amor. Ninguna otra mujer ocuparía jamás su lugar en mi corazón, en mi mente o en mi alma. Ninguna otra sería mi complemento, mi igual, mi razón para seguir adelante. Cellina podría llevar una corona, pero nunca llevaría mi respeto ni mi confianza, nunca conocería mis miedos ni mis esperanzas más profundas. Esos tesoros los guardaba para Nefely, solamente para ella.

Las horas pasaron mientras discutían cada detalle, cada aspecto de lo que sería mi sentencia. Y yo me obligué a escuchar cada palabra, a soportar cada puñalada, porque era el precio que debía pagar por la supervivencia de mi reino.

—Mi señor —dijo Aldric, cuando parecía que por fin habíamos terminado—. Hay otro asunto que requiere vuestra atención inmediata.

Me tensé, reconociendo su tono. Como consejero de asuntos familiares, solo intervenía cuando había problemas con mis hermanos.

—Es sobre la princesa Avery —continuó con cautela.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté, aunque una parte de mí ya lo sabía.

Aldric intercambió una mirada incómoda con los otros consejeros antes de continuar:

—Se está volviendo… difícil de manejar, mi señor. Sus institutrices reportan que hace días que no asiste a sus lecciones. Las doncellas la encuentran en el bosque a altas horas de la noche, sola.

—Se deshace de los guardias como si fueran principiantes —añadió Thorak, y detecté un atisbo de admiración en su voz—. Ni siquiera sabemos cómo logra burlarlos.

—El arpa lleva semanas acumulando polvo —continuó Aldric—. Ya no escribe sus poemas, no participa en las actividades de la

corte…

—Ha estado así desde… —Qued se interrumpió, pero todos sabíamos cómo terminaba esa frase. Desde que Nefely desapareció.

Me froté el rostro con ambas manos. Por supuesto que Avery estaba actuando así. De todos mis hermanos, ella había sido quien más cerca estuvo de Nefely. La había visto como una hermana mayor, una confidente.

—¿Qué sugerís? —pregunté, aunque la idea de tener que lidiar con otro problema me agotaba.

—Necesita disciplina, mi señor —respondió Aldric—. Una mano firme que la guíe. Quizás cuando llegue la princesa Cellina…

—No. La princesa no se acercará a Avery. A ninguno de mis hermanos.

—Pero mi señor —insistió—, una figura femenina podría ser beneficiosa…

—He dicho que no.

Podía ver la preocupación en sus rostros, el miedo a que todo se desmoronara.

—Hablaré con ella —dije finalmente, aunque no tenía idea de qué le diría. ¿Cómo podía consolarla cuando yo mismo estaba destrozado?

Me levanté pesadamente. El día había sido interminable, y aún quedaba lo peor: enfrentarme a mis hermanos, decirles que traería a una extraña al castillo, que intentaría reemplazar lo irremplazable.

—Mi señor —llamó Thorak suavemente—, ¿queréis que informe al resto de vuestros hermanos?

—No —respondí—. Se lo diré yo mismo. Les debo al menos eso.

Me dirigí hacia la puerta con pasos pesados.

Si podía hacerle entender mis razones, quizás dolería menos explicárselo a los demás.

Pero ya no había vuelta atrás. Había elegido el deber sobre el amor, el reino sobre mi corazón. Y que los dioses me perdonaran, porque sabía que yo nunca podría perdonarme a mí mismo.

8

Por favor, ódiame

Aeran

Siendo un rey, nada debía darme miedo, o al menos eso creía. Pero mi propia hermana, con aquellos ojos idénticos a los de nuestra madre, me aterraba. Era como si madre me juzgara a través de ella, como si cada mirada fuera una acusación silenciosa por todos mis fracasos.

No había hablado realmente con Avery en tanto tiempo que las palabras se me atragantaban antes de poder pronunciarlas. Por eso permanecí inmóvil frente a su puerta, con el puño alzado, incapaz de llamar. Sabía que estaba dentro, el silencio que emanaba de su habitación era demasiado pesado para estar vacía. Ya no se escuchaba su arpa, ese instrumento que antes llenaba los pasillos de melodías que hacían que el castillo pareciera menos frío. Ahora solo quedaba ese silencio acusador.

Finalmente, llamé con tres golpes suaves. Como esperaba, no hubo respuesta. El silencio se extendió como una grieta entre nosotros, cada segundo que pasaba la hacía más profunda. Conocía demasiado bien ese silencio, era su manera de decirme que sabía que era yo quien llamaba.

Abrí la puerta sin esperar permiso. La encontré sentada frente a su tocador, pasando el cepillo por su largo cabello. No se giró para mirarme, pero pude ver su rostro reflejado en el espejo. La dureza en su expresión me recordó tanto a madre en sus momentos de decepción que sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

—Avery…

—¿Ya has cumplido con Cleon? —preguntó directamente.

No, no había cumplido con Cleon. No había tenido el valor de enfrentar su mirada después de la prueba, de reconocer públicamente su logro. Pero eso ya daba igual, era parte de la guardia.

—No estoy aquí para hablar de Cleon —respondí, intentando mantener un tono firme.

—¿Entonces? —Dejó el cepillo sobre el tocador con más fuerza de la necesaria—. ¿Qué quieres?

Sus ojos se encontraron con los míos a través del espejo, y por un momento, fue como estar frente a madre nuevamente. La misma mirada penetrante, la misma capacidad de ver a través de mis excusas y pretextos. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo explicarle que estaba a punto de traicionar todo lo que Nefely significaba para nosotros?

Ya no éramos el rey y la princesa, ni siquiera hermano y hermana. Éramos dos extraños unidos por el dolor de una pérdida que ninguno sabía cómo llevar.

Dudé entre sentarme en su cama o permanecer de pie. La formalidad ganó y me quedé donde estaba, como un extraño en la habitación de mi propia hermana.

—¿Y de qué quieres hablar? Porque supongo que vienes al no tener más opción. No te hubieras molestado de lo contrario

Tragué saliva, buscando la paciencia que se me escapaba últimamente.

—Me han dicho que no estás muy receptiva. ¿Te ocurre algo?

Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios mientras agachaba la cabeza. Cuando la levantó, sus ojos brillaban con lágrimas.

—¿Cuántas veces has llorado por ella, Aeran?

—¿Qué?

—Eso. ¿Cuánto has llorado por Nefely?

—Avery…

—Ni una.

—No es cierto.

—¿No? ¿Seguro? Porque lo único que veo es al rey dando órdenes, enviando guardias, ofreciendo recompensas…, pero ni una sola lágrima.

¿Cómo podía explicarle las noches interminables vagando por los pasillos vacíos, ahogándome en vino para acallar los gritos en mi mente? ¿Las horas pasadas frente a sus recuerdos suplicando perdón? ¿Los momentos en que me derrumbaba en su habitación vacía, respirando el último vestigio de su aroma en las sábanas? Había llorado hasta que mis ojos ardían, hasta que mi garganta se desgarraba con sollozos silenciosos. Había maldecido a cada dios, había suplicado, había negociado…, pero siempre en la soledad más absoluta. Como rey no podía mostrar debilidad. Como hermano mayor, tenía que ser fuerte. Como hombre… como hombre estaba destrozado, pero nadie debía saberlo.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —continuó levantándose bruscamente del tocador—. Que la última vez que la viste, discutisteis. La última vez que estuvo aquí, la trataste como al principio, como una prisionera más.

—No sabes de lo que hablas.

—¿No? ¿No la encerraste en su habitación? ¿No le prohibiste ir a la batalla cuando era lo único que te pedía? ¡Ella solo quería ayudar! ¡Hacer lo que mejor sabía hacer!

Se acercó a su ventana, mirando hacia los jardines donde solía pasear con Nefely.

—Pudiste haberle dado tanto, Aeran… —Su voz se suavizó, pero estaba cargada de tristeza—. Pudiste haberla presentado ante la corte, ante el reino entero.

—No era tan simple, había protocolos que seguir…

—¿No? —Se giró hacia mí para enfrentarme—. ¿Qué te lo impedía? Eras el rey. Una palabra tuya y todos la habrían aceptado. Pero ni siquiera te casaste con ella.

El reproche en su voz me golpeó con fuerza. Sentí que las paredes de la habitación se estrechaban a mi alrededor. ¿Cuántas veces había ensayado las palabras en mi mente? «Os presento a Nefely, mi futura reina». Tan sencillo, tan claro. Y, sin embargo…

—Teníamos planes…

—¡Planes! Siempre planes, siempre después, siempre mañana. Siempre la misma excusa de falta de tiempo y estoy muy ocupado. Yo que creía que solo lo usabas con tus hermanos… —Se acercó más, sus ojos idénticos a los de nuestra madre me quemaban con una decepción que me resultaba insoportable—. Dime la verdad, hermano. ¿Acaso te avergonzabas de ella? ¿De su origen, de su forma de hablar, de sus manos encallecidas por curar en vez de las suaves manos de las damas de la corte? ¿Era eso?

Quise gritar que no, que jamás me había avergonzado de ella. Que amaba precisamente esas manos que sabían tanto de curación, ese espíritu indómito que nunca intentó encajar en los moldes absurdos de la nobleza. Pero las palabras se atascaron en mi garganta.

—Y ahora está muerta —sentenció con cruel frialdad.

—¡No está muerta! —rugí.

—¿No? ¿Entonces dónde está? —Avanzó hacia mí—. ¿Dónde está la mujer a la que supuestamente amabas tanto, pero nunca te atreviste a darle su lugar? ¿La que mantenías escondida mientras dejabas que los nobles siguieran presentándote a sus hijas?

—Era complicado…

—¿Complicado? ¿Qué era complicado? ¿Amarla abiertamente? ¿Darle el respeto que merecía? ¿Sabes lo que ella me confesó una noche, mientras me enseñaba a trenzar el pelo de Venya? Que a veces se preguntaba si solo era un secreto del que te avergonzabas. Un secreto que mantenías oculto entre estas paredes.

Sentí que me fallaban las piernas. Nunca… nunca había imaginado que Nefely pudiera sentirse así. Siempre había asumido que ella entendía mis razones, que comprendía la complejidad de nuestra situación. Pero la duda en su rostro, aquella tarde, mientras preparaba sus hierbas para la batalla, ¿era esto lo que ocultaba?

—Yo nunca…

Cada palabra de Avery era un golpe certero, desenterrando verdades que me negaba a enfrentar.

—Podrías haberle dado un título, podrías haberla honrado como la Alisma que era —continuó, implacable—. Podrías haberla sentado a tu lado en el trono y dejar que el reino viera su poder, su bondad. Pero preferiste mantenerla oculta, y cuando por fin quiso hacer algo por el reino…

—¡Era por su seguridad! —estallé—. ¡Todo lo que hice fue para protegerla!

Avery soltó una risa amarga que me heló la sangre.

—¿Protegerla? ¿Como la «protegiste» cuando la encerraste en la torre creyendo que era una bruja después de salvar a Kieran? ¿Como la «protegiste» desconfiando de ella durante meses, tratándola como si fuera una amenaza? ¿O como la «protegiste» cuando cayó al río?

—¡No hables de lo que no entiendes!

—¿Sabes lo que sí entiendo? Que ella te dio todo. Todo. Se entregó al reino, a nosotros, a ti. —Su voz se quebró ligeramente, pero se recuperó con feroz determinación—. ¿Y qué le diste tú a cambio? Migajas de afecto, promesas vacías, un futuro que nunca llegó. Ella siempre fue la que tenía que esperar: esperar a que estuvieras listo para presentarla, esperar a que tuvieras tiempo para ella, esperar a que decidieras que era el momento adecuado para hacerla tu reina oficialmente.

—Avery…

—¡Ni siquiera le diste un funeral! —gritó, las lágrimas corrían ahora libremente por sus mejillas—. ¡Ni siquiera nos dejas llorarla! Porque el gran Rey Aeran dice que sigue viva, que la encontrará.

¿Pero sabes qué? Si realmente estuviera viva, si realmente te amara tanto como decías que te amaba, ¿no crees que ya habría encontrado la forma de volver?

Sus palabras me atravesaron como una daga envenenada. La verdad que no me atrevía a pronunciar, el temor que me atormentaba en las noches de insomnio: ¿y si no volvía porque no quería volver? ¿Y si nuestro último enfrentamiento había sido demasiado? La imagen de su rostro contorsionado por la rabia mientras le prohibía ir a la batalla, mientras ordenaba encerrarla… ese recuerdo me perseguía como un fantasma incansable.

—¡Cuidado con lo que dices! —Las palabras salieron como un rugido, pero en el fondo eran una súplica desesperada. No podía soportar esa posibilidad.

—¿O qué? ¿Me encerrarás también? —me desafió, irguiéndose como una guerrera lista para la batalla—. ¿Es esa tu solución para todo? ¡Primero la encerraste en la torre, luego en una vida a medias, y finalmente en su habitación! ¡Y mírate ahora! ¡Ni siquiera puedes admitir que la has perdido!

Cada palabra era un espejo que reflejaba mis peores miedos. ¿En qué me había convertido? ¿Tan ciego había estado? Nefely nunca había sido verdaderamente libre a mi lado. Siempre había existido alguna barrera, algún límite que yo imponía, justificándolo como protección cuando quizás solo era miedo. Miedo a perderla, miedo a lo que otros pensaran, miedo a que su luz opacara la mía.

—¡Soy tu rey! —rugí, porque era más fácil escudarme en mi título que enfrentar lo que decía—. ¡No te permito que me hables así!

—¡Eres mi hermano! —gritó ella de vuelta, y en esa palabra había tanto dolor como acusación—. ¡O lo eras, antes de que la corona te volviera un cobarde! Un cobarde que no pudo ni darle un anillo, ni presentarla como su prometida. ¡Ni siquiera los sirvientes sabían si era tu amante o tu prisionera!

En el fondo, en lo más profundo de mi ser, sabía que tenía razón. Había sido un cobarde. Había desperdiciado tanto tiempo, tantas oportunidades… Recordé las miradas de confusión de las doncellas

cuando entraban en nuestra habitación, cómo a veces se dirigían a ella como «señora» y otras como «la invitada del rey». Recordé cómo Nefely fingía no notarlo, pero el rubor en sus mejillas la delataba. ¿Cuánto daño le había hecho con mi indecisión?

—Y ahora vas por ahí, ordenando que la busquen, manteniendo su habitación intacta como si fuera un santuario. Pero ¿sabes qué? Ya es tarde. Demasiado tarde. Y lo peor es que ni siquiera puedes admitirlo.

Su habitación. Aún podía sentir su aroma entre las sábanas cuando me colaba allí en las noches especialmente difíciles. A veces creía escuchar su risa en los rincones, ver su silueta moviéndose entre las sombras. ¿Era eso lo que me estaba volviendo? ¿Un fantasma aferrándose a otro fantasma?

—Como tu rey, te ordeno que te calles. —Mi voz tembló, y ambos sabíamos que no era la voz de un monarca, sino la de un hombre desesperado por silenciar verdades que dolían demasiado.

—¿Mi rey? —Su risa fue amarga—. ¡Mi rey murió el mismo día que ella! ¡Lo único que queda es una sombra cobarde que ni siquiera puede admitir que la echa de menos!

Me acerqué a ella, temblando de rabia. ¿Quién se creía que era para juzgarme así? ¿Acaso sabía lo que significaba llevar una corona? ¿El peso de cada decisión, sabiendo que miles de vidas dependían de tus elecciones?

—Un día —siseé—, cuando seas mayor, entenderás que hay decisiones que nos destrozan, pero que debemos tomar.

—Ya soy mayor —respondió con una calma que me desconcertó, tan parecida a madre en sus momentos de mayor claridad—. Lo suficientemente mayor para ver cómo mi hermano se convierte en un cobarde que no puede enfrentar sus propios sentimientos. Lo suficientemente mayor para entender que la perdimos no cuando cayó al río, sino mucho antes, cada vez que elegiste tu orgullo sobre ella.

Era cierto. La había perdido mucho antes de aquella fatídica batalla. La había perdido con cada oportunidad desperdiciada, con

cada vez que posponía presentarla formalmente, con cada excusa sobre tradiciones y protocolos. La había perdido poco a poco, sin darme cuenta, mucho antes de que las aguas heladas del río me la arrebataran por completo.

—He hecho todo lo que he podido —dije, pasándome una mano por el rostro cansado—. Todo lo que estaba en mi poder para protegerla, para protegeros a todos.

—¿Y qué más vas a hacer? —preguntó Avery, limpiándose las lágrimas con rabia—. ¿Qué otra brillante decisión vas a tomar por «nuestro bien»?

Respiré hondo. Este era el momento que había estado temiendo, la razón real de mi visita. Las palabras que iba a pronunciar me destrozarían tanto a mí como a ella.

—El reino necesita alianzas, Avery. Necesitamos el apoyo de Ventara para sobrevivir el próximo invierno.

Vi cómo su rostro palidecía mientras comprendía el significado de mis palabras.

—No… —susurró—. No te atreverías…

—No tengo elección. Sin el comercio de Ventara, nuestro pueblo morirá de hambre.

—¿Vas a casarte? ¿Tan pronto quieres reemplazarla? ¿Tan poco significó para ti?

Se acercó a mí, sus ojos brillaban con una mezcla de dolor y furia. Por un momento, vi a madre en ella, esa misma mirada de reproche cuando padre cometía alguna atrocidad que ella no podía detener.

—¿La meterás en tu cama? ¿En la misma cama donde dormía Nefely? ¿Donde le prometiste amor eterno? ¿O al menos tendrás la decencia de cambiar las sábanas primero?

Un nudo se formó en mi garganta. ¿Cómo explicarle que la sola idea de otra mujer en aquella cama me revolvía las entrañas? Que cada noche, después de que todos dormían, me arrastraba hasta la habitación de Nefely solo para respirar su aroma que aún persistía entre las sábanas, para sentir por un momento que no se había ido.

—¡Avery!

—¿Y qué harás con sus cosas? —continuó implacable—. ¿Las quemarás? ¿Las esconderás en algún rincón oscuro del castillo? ¿O dejarás que tu nueva esposa las use, como si fueran trofeos de guerra?

Pensé en la pequeña colección de hierbas que Nefely guardaba en su tocador, en los libros de medicina apilados junto a la ventana donde le gustaba leer, en aquel cepillo de plata con mechones de su cabello negro todavía enredados en él. ¿Cómo podría permitir que alguien más tocara esas cosas? Eran reliquias sagradas de un tiempo que parecía cada vez más un sueño fugaz.

—No te atrevas…

—¿La dejarás usar sus vestidos también? ¿Los que mandaste hacer especialmente para ella? ¿O quizás sus joyas? Oh, espera… nunca le diste joyas propias, ¿verdad? Siempre préstamos, siempre temporales, como si supieras que algún día tendría que devolverlos.

Eso dolió más que cualquier otra cosa. Porque era verdad. Nunca le había regalado nada que fuera completamente suyo. Incluso el anillo que le había ofrecido antes de la batalla era el de madre, no algo elegido especialmente para ella. Como si inconscientemente hubiera sabido que nuestra historia sería efímera, que no merecía la pena crear algo nuevo solo para ella.

—¡Basta! —rugí.

—¿Y qué hay de nosotros? ¿Esperas que la aceptemos? ¿Que la llamemos hermana? ¿Que finjamos que Nefely nunca existió?

—¡No estoy reemplazando a nadie! —grité—. ¡Nefely es única! ¡Nadie podrá ocupar su lugar!

—¿Entonces por qué…?

—¡Porque soy el rey! —la interrumpí—. ¡Porque tengo un deber con este reino, con vosotros! La búsqueda continuará, no pararé hasta encontrarla, pero mientras tanto…

—Mientras tanto traerás a otra mujer —completó con desprecio —. La sentarás en su trono, la pondrás en su lugar, dejarás que juegue a ser nuestra madre… ¿Crees que no veo las banderas

negras que has mandado quitar? ¿Crees que no sé que el consejo ya la da por muerta?

—No. Nadie ocupará su trono. Nadie llevará sus joyas. Nadie…

—¿Y dónde dormirá tu nueva esposa, hermano? —La palabra «hermano» sonó como un insulto, como un título que ya no merecía —. ¿En qué habitación la instalarás? ¿O pretendes que comparta el espacio que era de Nefely? ¿Y qué le dirás? —continuó Avery, implacable—. ¿Le contarás sobre la mujer que ocupó su lugar antes? ¿O fingirás que nunca existió? ¿Borrarás cada rastro de Nefely como si fuera un error que hay que ocultar?

Recordé las primeras noches después de perderla, cómo me había negado a dormir en nuestra cama, prefiriendo el suelo duro antes que enfrentar el vacío a mi lado. Incluso ahora, meses después, era incapaz de pasar más de unas horas allí sin que los recuerdos me abrumaran.

—Nadie borrará nada. Nefely era… es parte de esta familia.

—¿Era? ¿Es? ¿Ya ni siquiera sabes en qué tiempo hablar de ella? —se burló con amargura—. ¿Y qué harás cuando tu nueva esposa pregunte por el trono vacío? ¿Por las habitaciones cerradas? ¿Por los suspiros de los sirvientes cada vez que pasa por donde solía estar Nefely?

—¡He dicho que basta!

—¿Y qué hay de los pequeños? —Sus ojos brillaron peligrosamente y supe que llegábamos al punto que más temía—. ¿Esperas que Kieran la acepte? ¿Que olvide a la única persona que realmente entendía sus miedos? ¿Que Venya permita que otra mujer la peine mientras le cuenta historias? ¿Que Torin comparta sus secretos del bosque con una extraña?

El silenció se extendió entre nosotros como un abismo imposible de cruzar. Porque en el fondo, ambos sabíamos la verdad. No había respuesta para esas preguntas. No había manera de llenar el vacío que Nefely había dejado, ni en mi corazón, ni en el castillo, ni en la vida de mis hermanos.

—¿Aeran? —La vocecita desde la puerta nos congeló a ambos. Kieran estaba allí, pequeño y vulnerable con su pijama. Sus ojos grandes estaban llenos de confusión y miedo.

—¿Nefely no va a volver? —preguntó, su labio inferior temblaba —. ¿Por eso vas a traer a otra persona?

El silencio que siguió fue devastador. Avery se llevó una mano a la boca, ahogando un sollozo. Yo me quedé paralizado, con las palabras muriendo en mi garganta.

—Ella prometió que volvería —continuó Kieran, y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas—. Me prometió que me enseñaría a hacer pociones cuando fuera más grande. Dijo que siempre estaría conmigo. Mamá… —Se detuvo, dándose cuenta de su error, y las lágrimas comenzaron a caer—. Nefely dijo que nunca me dejaría.

Mamá. La palabra que nunca había pronunciado antes en su presencia, pero que claramente llevaba en su corazón. ¿Cuántas veces la habría llamado así en sus pensamientos? ¿Cuántos nombres secretos tendría para ella en su mundo infantil?

Di un paso hacia él, pero retrocedió, abrazándose a sí mismo con más fuerza. El rechazo fue como una flecha directo a mi pecho.

—No quiero a otra persona —sollozó—. No quiero que nadie más venga. Quiero a Nefely. La quiero a ella.

—Kieran, pequeño…

—¡No! —gritó, su vocecita se rompió por el llanto—. ¡Ella siempre me cantaba cuando tenía pesadillas! ¡Me contaba historias de dragones! ¡Me curaba cuando me hacía daño! Mamá… —volvió a decir, y esta vez no se corrigió, no quería hacerlo—. Mamá siempre sabía cuándo estaba triste, siempre… siempre…

Se derrumbó en el suelo, sus pequeños hombros se sacudían con sollozos desgarradores. Avery corrió hacia él, intentando abrazarlo, pero la apartó.

—¡Es tu culpa! —me gritó entre lágrimas—. ¡Tú la dejaste irse! ¡Tú no la protegiste! ¡Y ahora quieres traer a alguien más! ¡Te odio! ¡Te odio!

Quería acercarme, consolarle, hacerle reír… Pero no podía. No me quería. El abismo entre nosotros era demasiado grande para salvarlo con palabras.

—¡No está! —sollozó Kieran, sus pequeños puños golpeaban el suelo en un arrebato de impotencia—. ¡Voy todos los días a la torre y no está! Como cuando era una bruja y tú la encerraste allí…, pero ahora no está. ¿Dónde está? ¿Dónde la has metido?

—Kieran… —Intenté acercarme, pero se encogió más sobre sí mismo, como un animalillo asustado.

—Le llevo comida —susurró entre sollozos, su voz era tan frágil que parecía que se rompería con cada palabra—. Guardo chocolate de mi postre porque sé que le gusta. Y pan dulce del desayuno. Y frutas del jardín que ella me enseñó a recoger… Pero nunca come nada. Todo se queda allí, frío y solo, como la torre.

Avery se arrodilló junto a él, sus movimientos eran suaves, como si temiera asustarlo.

—Las pesadillas son horribles —continuó Kieran, temblando—. La veo caer una y otra vez. Y grita, grita tan fuerte…

—Mi pequeño… —susurró Avery, intentando tocarlo.

—Y escucho lo que dicen las doncellas. —Su voz apenas se entendía entre sollozos e hipidos—. Dicen que se hizo mucho daño cuando cayó, que el agua estaba muy fría… Que estaba sola y asustada… Que nadie la ayudó…

¿Las doncellas hablaban de eso frente a él? La furia comenzó a arder en mis entrañas. ¿Cómo se atrevían a traumatizar más a un niño que ya estaba sufriendo? Pero la rabia dio paso rápidamente a la culpa. Porque era verdad. El agua había estado helada. Había estado sola. Y yo no había podido ayudarla.

Las lágrimas corrían sin control por sus mejillas.

—En mis sueños está en el fondo del río —sollozó—, está asustada, y me necesita, pero no puedo ayudarla.

Sus pesadillas eran las mías. Cada noche veía lo mismo: Nefely atrapada en el río helado, llamándome, mientras yo era incapaz de

alcanzarla. ¿Cómo podía un niño de seis años compartir las mismas visiones tortuosas que me perseguían?

—Kieran, por favor…

—¡No me toques! —gritó, retrocediendo—. ¿Es verdad? ¿Es verdad que sufrió mucho? ¿Que tenía frío? Mamá… Nefely odiaba el frío. Siempre decía que le recordaba a cuando estaba sola en el bosque. Que prefería mis abrazos…

Avery lo levantó en brazos con cuidado. Él se aferró a su cuello, enterrando su rostro en su hombro. El llanto sacudía su pequeño cuerpo con tanta fuerza que parecía que se iba a romper.

—Ya no puedo dormir —susurró contra el cuello de Avery—. Las pesadillas vienen cada noche. Y ella no está para cantarme, para contarme historias… La necesito. No quiero a nadie más. Solo a ella.

—Vete —dijo Avery, mientras mecía suavemente a nuestro hermano pequeño—. Ya has hecho suficiente daño por hoy.

Me estaba convirtiendo en él, en padre. El rey autoritario, el hermano ausente, el hombre que ponía la corona por encima de todo. Me miraban de la misma forma que yo le miraba a él.

Ver a mis hermanos así, destrozados, rechazando mi contacto, me rompió por dentro. Pero ¿qué derecho tenía yo de consolarlos cuando era el causante de su dolor?

—Dicen que gritó tu nombre —susurró Kieran entre hipos—. Que te llamó antes de caer… ¿Por qué no la salvaste? ¿Por qué dejaste que se fuera? Ella quería volver y no la dejaste.

Di un paso hacia ellos, incapaz de soportar el dolor de mi hermano pequeño, pero Avery negó con la cabeza. El mensaje era claro: no era bienvenido. No ahora. Quizás nunca más.

Me giré para irme, incapaz de soportar más el dolor en la voz de mi hermano pequeño, el rechazo en los ojos de Avery. Los había fallado a todos. A Nefely, a mis hermanos, a mi reino.

El llanto de Kieran me persiguió por el pasillo, mezclándose con sus gritos sobre las pesadillas y el frío. Un frío que parecía haberse instalado también en mi alma, tan profundo que dudaba que algún fuego pudiera derretirlo jamás.

9

Acaba conmigo de una vez

Nefely

Era un infierno.

Mi propio infierno.

Quizás sí que morí en aquellas aguas heladas y mi infierno era este. Mi maldito infierno personal donde cada mañana era igual, sin cambios, sin más caras. Me levantaba cuando el sol apenas rozaba las montañas, con el cuerpo entumecido por otra noche de pesadillas, y esperaba. La misma doncella venía puntual como un reloj de muerte, con sus manos frías y sus ojos que nunca me miraban directamente. Me peinaba con movimientos mecánicos, como si fuera una muñeca de porcelana que podría romperse en cualquier momento, quizás ya estaba rota. Sus dedos trenzaban mi cabello mientras susurraba los mismos consejos de siempre, palabras que se habían convertido en una letanía sin sentido: no hables si no te preguntan, mantén la mirada baja, sonríe, pero no demasiado.

Me vestía con sedas y encajes que pesaban como cadenas, corsés que aprisionaban mis costillas aún no del todo sanadas y me llevaba a desayunar con el príncipe. El ritual diario, la farsa

perfectamente orquestada. Dábamos esa vuelta por el jardín que se había convertido en mi nueva prisión, su brazo alrededor del mío. Ese contacto que me perseguía hasta en la bañera, donde frotaba mi piel hasta dejarla en carne viva, intentando borrar la sensación de sus dedos.

Me dejaba sola el resto del día, una libertad que era otra forma de tortura. Podía ir donde quisiera, decían, pero los guardias en cada esquina, las miradas que me seguían, las puertas que sutilmente se cerraban a mi paso.

Y se repetía día tras día, un ciclo interminable de falsa cortesía y sonrisas vacías. Había perdido la cuenta de los amaneceres, de las noches que se fundían unas con otras en un tormento sin fin. Me despertaba chillando, con un dolor en el pecho tan agudo que me robaba el aliento, como si mi corazón intentara escapar de mi cuerpo, como si quisiera volver a aquel río helado donde todo empezó. Había noches en que me encontraba a mí misma arrastrándome por el suelo de mármol frío, mi mente atrapada entre la pesadilla y la realidad, sin saber qué era peor. Solo el dolor de mis heridas mal curadas, el ardor de mis costillas rotas me anclaba a este mundo de pesadilla, me recordaba que seguía viva, que esto no era un mal sueño del que podría despertar.

Y aquella noche en particular, mientras la luna se burlaba de mí desde mi ventana, libré una batalla contra el sueño que me llamaba con promesas de olvido momentáneo. Luché contra mis párpados pesados, contra el agotamiento que se había convertido en mi único compañero constante. La amabilidad de Soren, sus sonrisas calculadas, la cortesía excesiva que había reemplazado a los golpes y las torturas… todo ello me revolvía el estómago. No era tonta; había aprendido por las malas que la verdadera crueldad a menudo se esconde tras la máscara de la gentileza. Ese hombre, con sus modales perfectos y sus ojos que nunca sonreían, escondía algo más siniestro que la simple violencia física. Y en cualquier momento me lo mostraría, debía de estar preparada.

Pero en algo tenía razón, una verdad que me carcomía por dentro con cada día que pasaba: no había rastro de Aeran. Ni un susurro, ni una señal, ni el más mínimo indicio de búsqueda. Si realmente hubiera querido encontrarme, si verdaderamente le importara… Los rumores viajan más rápido que las ratas en este mundo de hielo y mentiras, y yo era el rumor más jugoso que había corrido por estos pasillos en años. Con cada pesadilla que me despertaba gritando su nombre, con cada recuerdo de su mirada furiosa, de sus gritos, de aquel último encierro… algo más se rompía dentro de mí, como grietas en un espejo que ya no reconocía mi propio reflejo.

¿Cuánto tiempo se supone que debes amar a alguien que te ha abandonado? ¿Cuántas noches de soledad justifican meses de promesas susurradas? ¿Cuánto dolor debe soportar un corazón antes de admitir que quizás, solo quizás, el amor no es suficiente?

La posibilidad de escape era un pensamiento constante, una tentación que me susurraba en los momentos más oscuros de la noche. Pero no era tonta; sabía que, si estaba aquí, aparentemente libre, era porque querían algo más de mí que la magia por la que me habían torturado. La pregunta no era si podía escapar, sino qué precio pagaría por intentarlo. Nadie me dejaría marchar con vida, no después de lo que habían invertido en «domarme». Y además… ¿qué quedaba de mí para salvar? Mi magia —si es que alguna vez fue realmente mía— se había perdido en las profundidades de aquel río helado, junto con mi fe, mis esperanzas y quizás, también mi corazón.

Cerré los ojos y mis pensamientos fueron a él, a Aeran. Las lágrimas salieron sin permiso, rodando por mis mejillas mientras me concentraba en tratar de desaparecer. No me había atrevido a colarme en ningún sueño desde que llegué aquí, bastante tenía con mis propias pesadillas. Pero aquella noche algo cambió. Tras incontables intentos fallidos, tras ahogar gritos y lágrimas en la almohada, finalmente lo conseguí. Me deslicé en sus sueños con una

facilidad que me sorprendió; nunca había podido hacerlo desde tan lejos, siempre necesitaba estar cerca.

Lo encontré en el salón del trono y estaba dormido sobre él. Lo había arrastrado en sueños conmigo a este espacio onírico, ahora él movía su copa como si acabara de despertar, sin darse cuenta de que seguía atrapado en el sueño. En mi sueño.

Di un paso hacia adelante, pero me detuve, paralizada. No estaba preparada para mirarle a la cara, para enfrentar todo lo que tenía en mi interior. Las palabras se agolpaban en mi garganta: reproches, súplicas, confesiones… ¿Cómo decirle dónde estaba cuando ni yo misma quería admitirlo? Una rabia irracional me consumía, me hacía desearle todo el mal posible. Pero bajo esa ira solo había dolor, un dolor tan profundo que amenazaba con ahogarme.

Lo vi incorporarse para rellenar su copa. Reuniendo todo mi valor, di un paso al frente y alcé la cabeza. No me había molestado en imaginarme diferente, en proyectar una versión más presentable de mí misma, tampoco tenía fuerzas suficientes para hacerlo. Solo quería verle, aunque eso significara mostrarme tal como era ahora.

—¿No crees que es suficiente vino, Aeran? —Mi voz salió más fuerte de lo que pretendía, y la copa resbaló de sus dedos, estrellándose contra el suelo mientras él se ponía en pie de un salto.

Nuestras miradas se encontraron y sentí que algo dentro de mí se hacía añicos. Esos ojos que tanto había añorado tenían el poder de destruirme por completo, y, aun así, moriría mil veces solo por volver a perderme en ellos.

Estaba más delgado. Las sombras bajo sus ojos hablaban de noches sin dormir, y su barba, antes siempre perfectamente recortada, crecía ahora descuidada. Su pelo, más largo de lo que recordaba, caía en mechones desordenados sobre su frente. Nunca le había visto así, tan… desarreglado, tan vulnerable. Tan humano.

—¿Nefely…? —susurró, bajando los escalones del trono, sin apartar sus ojos de mí, estudiando cada detalle de mi figura como si temiera que me desvaneciera.

Había soñado tanto con este momento, imaginado mil veces sus reacciones al verme de nuevo. En mis fantasías más dulces corría hacia mí, me tomaba en sus brazos, juraba no volver a dejarme ir. En mis pesadillas, me miraba con indiferencia, ya olvidado de lo que habíamos compartido. Pero esto —esta mezcla de incredulidad, dolor y esperanza— no lo había previsto. Era demasiado real, demasiado crudo.

Me mantuve a distancia, consciente de que, si me acercaba demasiado, si le permitía tocarme, sabría que esto era más que un simple sueño. Y no estaba lista para esa verdad, no todavía.

—¿Qué pasa? ¿Los fantasmas no pueden visitarte en sueños?

Se detuvo a medio camino, sus ojos recorrieron mi rostro como si quisiera memorizar cada detalle. La forma en que me miraba hacía que mantener la compostura fuera una tortura. Di un paso atrás cuando intentó acercarse más, alcé una mano para detenerlo.

—Nefely… —Mi nombre en sus labios era como una plegaria y una maldición al mismo tiempo—. Estás… estás viva.

Una sonrisa amarga se dibujó en mis labios. ¿Viva? ¿Lo estaba realmente? Mi cuerpo respiraba, mi corazón latía, pero desde aquella caída al río helado, desde que Neval me encontró en la orilla, desde las interminables semanas en las mazmorras de Gélidia… ¿podía considerarse eso vida?

—¿Lo estoy? —pregunté con una frialdad que no sentía—. ¿O solo soy otro sueño inducido por el vino? Bebes demasiado, mi rey. Ya lo sabes, eso trae consecuencias.

La última palabra salió como un reproche. Vi cómo se estremecía ante el título formal, tan diferente a cómo solía llamarlo. En otro tiempo había sido «amor», «mi vida», susurros cómplices en la oscuridad de nuestra habitación. Nunca «mi rey», no así, no con esta distancia.

—No eres un sueño. —Dio otro paso hacia mí, sus ojos brillaban con una intensidad que amenazaba con romper mi resolución—. Te conozco. Conozco esta sensación.

—¿Qué sensación? —Mantuve mi voz controlada, aunque mi corazón latía tan fuerte que temía que pudiera oírlo—. ¿La de la culpa? ¿La del remordimiento?

—La de tu presencia —intentó acercarse de nuevo, pero retrocedí manteniendo la distancia—. ¿Por qué no me dejas tocarte?

Porque no podría soportarlo. Porque un solo contacto de sus dedos sobre mi piel y me desmoronaría por completo. Porque si me tocaba, sentiría las costillas mal soldadas, los huesos que nunca sanaron correctamente después de la caída, los vestigios de semanas de inanición en las mazmorras.

—Quizás porque no estoy realmente aquí —respondí, forzando una sonrisa que no llegó a mis ojos—. O quizás porque ya no tienes ese derecho.

Vi el dolor en su rostro y tuve que resistir el impulso de consolarlo. No podía permitirme esa debilidad, no si quería mantener esta farsa.

—¿Dónde estás? Te estamos buscando. He enviado hombres a cada rincón del reino…

El anhelo en su voz casi me quiebra. Quería creerle, con cada fibra de mi ser. Quería pensar que había removido cielo y tierra para encontrarme, que no había descansado un solo día desde mi desaparición. Pero las palabras de Soren envenenaban mi mente: si realmente me hubiera buscado con el poder y los recursos de un rey, ¿no me habría encontrado ya?

—¿Lo has hecho? —interrumpí, permitiendo que un poco de la amargura que sentía se filtrara en mi voz—. ¿O es eso lo que te dices a ti mismo mientras ahogas tus penas en vino?

Se pasó una mano por el rostro, un gesto tan familiar que me dolió físicamente. Cuántas veces había visto ese mismo movimiento cuando estaba preocupado, cuando el peso de la corona se hacía demasiado para soportarlo. Cuántas veces había besado después esas mismas arrugas de preocupación en su frente, prometiéndole que todo estaría bien.

—Cada día —susurró—. Cada maldito día envío más hombres, más dragones…

—Y cada noche vuelves a esta silla —completé por él—. A esta copa. A estos sueños. Como si yo estuviera dentro de la copa.

Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que casi me hizo retroceder.

—Eres tú —murmuró—. Realmente eres tú. Solo tú puedes hacerme sentir así de… expuesto.

Mantuve mi expresión neutra, aunque por dentro temblaba. Se estaba acercando demasiado a la verdad. Siempre había sido así entre nosotros, esa capacidad mutua para vernos verdaderamente, para atravesar máscaras y defensas hasta llegar al núcleo vulnerable. Incluso ahora, separados por distancias y engaños, seguía existiendo ese vínculo que ni las peores torturas habían podido romper.

—Es un sueño, mi rey.

—No. Esto es diferente. Lo siento. Es como antes, cuando venías a mí en sueños, cuando me sacabas de mis pesadillas para protegerme… Para estar conmigo.

Di otro paso atrás, maldiciendo internamente. Estaba bajando la guardia. ¿Cómo podía olvidar lo perceptivo que era? Incluso sumido en el vino y el dolor, su mente seguía siendo afilada como una daga, capaz de encontrar exactamente dónde me dolía más.

—Nefely —suplicó, su voz estaba cargada de una desesperación que me partió el alma—. Por favor, solo… déjame tocarte. Necesito saber que eres real, que estás viva.

—¿Para qué? —repliqué, endureciendo mi voz, aunque cada palabra me desgarraba por dentro—. ¿Para que mañana sea solo otro recuerdo borroso en tu mente? ¿Un consuelo pasajero que el vino borrará al amanecer?

Se movió tan rápido que apenas tuve tiempo de reaccionar. Antes de que pudiera alejarme más, cayó de rodillas frente a mí, con una expresión dolorosa en su rostro. El Rey de Dragio, el poderoso

Aeran, de rodillas ante un fantasma. La imagen era tan impactante que por un momento olvidé respirar.

—Te busco —sollozó, y vi como lloraba de rodillas, sin rastro de orgullo, sin la máscara de fortaleza que siempre había llevado incluso conmigo—. Te busco cada día, cada noche. Envío dragones, hombres, ofrezco recompensas…, pero es como si te hubiera tragado la tierra. Ya no sé… Ya no sé dónde mirar. Ya no sé a quién preguntar.

Quería creerle desesperadamente. Quería pensar que cada palabra era verdad, que no había conocido descanso desde mi desaparición. Pero entonces, ¿por qué seguía atrapada en este infierno? ¿Por qué nadie había venido a rescatarme?

Verlo así, roto y vulnerable, hizo que mis propias lágrimas amenazaran con traicionarme. Quería arrodillarme junto a él, abrazarlo, decirle que estaba viva, que estaba aquí. Pero no podía. No debía. Y en el fondo lo sabía. Aunque aún no supiera por qué, solo hacía caso a mis instintos.

—Aeran… —susurré, y odiaba cómo su nombre seguía sonando a amor en mis labios, cómo todavía podía hacer que mi corazón se detuviera con solo escucharlo.

—Los niños te necesitan. —Su voz se rompió llorando con más fuerza—. Yo te necesito. Este castillo es un mausoleo sin ti. Kieran no duerme, Avery no toca el arpa, nada… nada tiene sentido sin ti. Todo… Es egoísta, es horrible, lo sé, pero te necesito amor, te necesito.

Los niños. Mi familia elegida, las criaturas que habían abierto mi corazón a un tipo de amor que nunca había conocido. Pensé en Kieran, tan pequeño y vulnerable, en sus abrazos impulsivos, en cómo me llamaba cuando tenía pesadillas. En Avery, con su espíritu rebelde y su corazón sensible, que solo tocaba el arpa cuando yo la escuchaba. En Torin y su curiosidad insaciable por cada planta del jardín, en Venya y su risa que iluminaba las mañanas más oscuras.

Sus manos se extendieron hacia mí, temblando como hojas en una tormenta.

—Solo un roce —suplicó—. Solo déjame sentirte una vez más. Necesito saber que no me estoy volviendo loco, que sigues ahí en alguna parte. Ya no recuerdo tu calor, ya no te recuerdo y eso me está volviendo loco… Por favor, por favor, amor…

¿Cómo podía decirme que no me recordaba cuando yo vivía atormentada por cada detalle de él? El sonido de su risa, la forma en que su cuerpo se tensaba antes de despertar, cómo pronunciaba mi nombre justo antes de quedarse dormido. Todo estaba grabado en mi memoria con fuego, un fuego que ni siquiera las torturas de Gélidia habían logrado apagar.

—Si me tocas —respondí con suavidad—, ¿qué cambiaría? Seguiría perdida, y tú seguirías aquí, ahogándote en vino y culpa.

—Por favor —rogó, y nunca había visto a mi rey tan destrozado —. Por favor, Nefely. Si estás viva, si esto es real… dame una señal. Dime dónde buscarte. Haré lo que sea, sabes que haría lo que fuera por ti, daría mi reino por sentirte una vez más, lo sabes. Pídemelo, pídeme cualquier cosa, pero déjame sentirte, aunque sea una última vez, amor, una última vez.

«Gélidia», quería gritar. «Estoy en Gélidia, en el castillo del Rey Thorian, prisionera de Soren». Pero las palabras morían en mi garganta, silenciadas por el miedo. Porque sabía que algo terrible pasaría si lo decía.

Las lágrimas corrían por su rostro sin control y cada gota era como un puñal en mi corazón. Sus hombros se sacudían con sollozos contenidos, y sus manos seguían extendidas hacia mí, suplicantes. Era la imagen de un hombre destrozado, sin nada que perder, sin nada que ocultar.

—Te amo —susurró con voz rota entre lágrimas—. Te amo tanto que me está matando no saber si estás viva o muerta. No poder encontrarte, no poder protegerte… Me está destruyendo. No te tengo. No tengo con qué llorarte. Te amo, aunque siento que me estoy muriendo. Te amo, aunque mis manos ahora están frías sin ti. Te amo con todo lo que soy y siempre he sido.

El tiempo pareció detenerse. En todos nuestros momentos juntos, con todas sus promesas susurradas, con cada «serás mi reina», «mi vida es tuya»… jamás había dicho estas exactas palabras. Las había demostrado de mil formas diferentes, en la forma en que me miraba, en cómo me sostenía por las noches, en sus promesas de futuro. Pero nunca las había pronunciado así, desnudas y vulnerables.

Y ahora las decía aquí, de rodillas, creyendo que era un sueño. La ironía dolía, necesitaba creer que no era real para permitirse esta vulnerabilidad absoluta, para dejar caer la última barrera que siempre había mantenido. Quizás nunca me lo hubiera dicho en realidad.

Todas sus promesas, todos nuestros planes para después de la guerra, el anillo que me había ofrecido… todo eso había sido real. Pero estas palabras, estas simples palabras que ahora pronunciaba, las guardaba para un sueño. Como si no se debieran recordar.

Di otro paso atrás, aunque el movimiento me dolió físicamente. Cada centímetro que ponía entre nosotros era como arrancarme un pedazo de corazón.

—El amor no siempre es suficiente —logré decir.

Sus ojos, esos ojos que me habían mirado con tanto amor tantas veces, ahora me suplicaban con una desesperación que amenazaba con desarmarme por completo.

—Lo es —insistió con fervor—. Tiene que serlo. Por favor, mi amor, mi vida… solo dime que estás viva. Solo eso necesito. Haré lo que pueda, con mi vida, con mi alma…

Verlo así, completamente vulnerable, sin la máscara del rey que siempre había llevado incluso en nuestros momentos más íntimos… Era una tortura diferente a cualquier cosa que Soren pudiera infligirme. Porque este era Aeran en su forma más pura, sin barreras, sin la corona pesando sobre él. Y yo no podía alcanzarlo, no podía consolarlo, no podía decirle que estaba viva y sufriendo tanto como él.

Era más fácil cuando podía fingir que no le importaba, que no me buscaba. Pero verlo así, destruido y suplicante, pronunciando por fin esas palabras que siempre habían estado implícitas en cada uno de sus gestos… Era como morir otra vez en aquel río helado.

Mi mano se alzó involuntariamente, deseando tocar su rostro surcado por las lágrimas, pero la detuve a medio camino. Un solo roce y sabría la verdad, reconocería la realidad de mi presencia como lo había hecho tantas veces antes.

—¿Por qué ahora? —susurré, incapaz de contener la pregunta—. ¿Por qué esas palabras precisamente ahora?

Intentó acercarse más, aún de rodillas, sus manos temblaban extendidas hacia mí.

—Porque soy un cobarde siempre lo he sido y tú lo sabías —confesó—. Porque debí decírtelas cada día, cada noche. Debí decírtelas antes de que subieras a Estros, antes de que… Debí decírtelas mil veces, y ahora temo que sea demasiado tarde. Temo que jamás sepas de verdad lo mucho que te amo.

Cada palabra suya era como una grieta más en el muro que había construido alrededor de mi corazón.

—¿Y si fuera demasiado tarde? —pregunté—. ¿Y si la Nefely que conociste ya no existe?

—Entonces la amaré también —respondió sin dudar, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me robó el aliento—. Amaré cada versión de ti, cada fragmento, cada cicatriz. Te amaré por encima de todo y todos. Amaré cada versión tuya que me des, incluso si puede hacerme daño… Solo… solo necesito encontrarte.

Un sollozo amenazaba con escapar de mi garganta. ¿Cómo podía seguir mirándolo así, destrozado a mis pies, y no correr hacia él? ¿Cómo podía mantener esta distancia cuando cada fibra de mi ser gritaba por tocarlo? ¿Qué me estaba pasando?

Algo dentro de mí se resistía, me susurraba que debía mantenerme oculta, que no podía revelar dónde estaba. No era una amenaza específica, sino un instinto primario, un miedo profundo que no entendía completamente. Cada vez que pensaba en decirle la

verdad, una sombra de terror me invadía. Como si estuviera a punto de cruzar una línea que no debería cruzar.

—Los dragones te sienten —continuó—. Draluz, Estros… salen cada día, pero es como si algo los bloqueara. Como si algo les impidiera encontrarte.

El collar en mi cuello pareció volverse más pesado. Así que era eso, la piedra negra no solo bloqueaba mi magia, sino también mi conexión con los dragones.

—Quizás —murmuré—, hay cosas que no están destinadas a ser encontradas.

—No. —Su respuesta fue instantánea, feroz—. Me niego a creerlo. Me niego a perderte así. Sin saber si… sin poder…

Se detuvo, ahogado por un sollozo que sacudió todo su cuerpo.

—Solo dime que estás viva —suplicó de nuevo—. Solo eso. Y te juro por todos los dioses que moveré cielo y tierra hasta encontrarte. No me importa cuánto tiempo tome, cuántos recursos deba usar. Te encontraré. Te traeré a casa. Te veneraré para el resto de mi vida… por favor.

¿Cómo podía seguir mintiéndole cuando se estaba desgarrando el alma frente a mí?

Pero algo en mi interior me contenía. Un presentimiento, una intuición que no podía ignorar. Las semanas en las mazmorras, la forma en que me observaban en el castillo de Gélidia, las conversaciones susurradas que había logrado escuchar… todo me indicaba que habría consecuencias terribles si revelaba mi ubicación. No para mí —ya casi no me importaba lo que pudieran hacerme— sino para otros. Para él. Para los niños.

Sus sollozos eran lo único que rompía la quietud de la sala, cada uno era como una puñalada en mi corazón.

—Te veo en mis sueños cada noche. Pero nunca… nunca así. Nunca tan real. Puedo sentirte, Nefely. Como antes. Cuando me buscabas, cuando querías ponerme a prueba y enfurecerme…

Mi corazón se detuvo por un instante.

—Los sueños son traicioneros —respondí, luchando por mantener mi voz firme—. Te muestran lo que más deseas ver.

—No. Esto es diferente. Tú eres diferente. En mis otros sueños… en mis pesadillas… siempre estás cayendo, siempre estás gritando mi nombre mientras el río te arrastra. Pero ahora…

Se puso de pie con un movimiento brusco y tuve que retroceder para mantener la distancia. Sus ojos escrutaban cada detalle de mi apariencia, como si intentara memorizar hasta la más mínima peculiaridad por si volvía a perderme.

—Por favor. Si estás viva, si estás en alguna parte… ayúdame a encontrarte. Dame una señal, una pista, lo que sea.

Mi mente se debatía en un torbellino de dudas. ¿Qué pasaría si se lo dijera? ¿Si simplemente susurrara «Gélidia»? ¿Vendría con su ejército, con sus dragones, arrasaría el reino entero para encontrarme? ¿Qué consecuencias tendría él al arriesgarse así por mí?

—Hay cosas peores que la muerte, Aeran.

Sus ojos se clavaron en los míos, súbitamente alertas.

—¿Qué quieres decir? —Dio un paso hacia mí—. Nefely, ¿qué te están haciendo? ¿Estás sufriendo? ¿Qué es peor que la muerte, amor?

El pánico me atravesó. Había dicho demasiado. Me giré bruscamente, tenía que marcharme antes de que todo se complicara.

—Esto es solo un sueño. Nada más que un sueño…

—¿Por qué vistes así? —Su pregunta me congeló en el sitio—. Ese collar… esas ropas… No es propio de ti. Tú… Esas ropas no son de Dragio, no son tuyas…

Me giré lentamente, intentando mantener la calma.

—¿No es así como tu corte querría verme? —respondí, forzando una sonrisa amarga—. ¿La sanadora del bosque por fin convertida en una dama apropiada?

Sus ojos recorrieron mi figura, deteniéndose en el collar negro que adornaba mi cuello como una marca de propiedad. Había

confusión en su mirada, como si algo no encajara en el rompecabezas de su mente, como si las piezas estuvieran ahí, pero no pudiera ordenarlas correctamente.

—No —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Nunca te soñaría así. Nunca te imaginaría llevando algo que odiarías. Tú… tú amabas tus vestidos simples, tus ropas que te permitían moverte libremente. Este corsé, estas sedas… —Sacudió la cabeza con mayor vehemencia—. Algo no está bien. No estás bien, ¿verdad? Esto es una señal.

El pánico me atenazó la garganta. Estaba viendo demasiado, notando demasiado.

—Es solo un sueño, Aeran —insistí, intentando que mi voz sonara despreocupada, aunque sentía que el mundo se desmoronaba a mi alrededor—. Los sueños no tienen que tener sentido.

—No —dio otro paso hacia mí, y pude ver en sus ojos la misma determinación que mostraba en la batalla—. Si fuera mi sueño, estarías vestida como solías estar en los jardines, con las flores en tu pelo, libre y salvaje como siempre fuiste. No… no así. No como una muñeca de porcelana. No como si alguien te dijera lo que tienes que ponerte… Como cuando yo te daba esa ropa al sacarte de la torre.

Odiaba estas ropas, estos corsés que me impedían respirar libremente, estos peinados complicados que me daban dolores de cabeza. Extrañaba mis vestidos sencillos del bosque, las túnicas prácticas que me permitían moverme, correr, trepar a los árboles.

Me agaché para recoger la copa caída, buscando una distracción, cualquier cosa para desviar su atención de estas peligrosas conclusiones a las que estaba llegando. La deposité en el trono con cuidado, ganando preciosos segundos para recomponer mi máscara, para fortalecer mis defensas.

—Por favor —suplicó detrás de mí—. Solo déjame tocarte una vez. Solo una vez, es todo lo que pido.

—No —respondí sin girarme—. Los sueños son para observar, no para tocar.

—Nefely…

—Despierta, Aeran —susurré—. Es hora de despertar.

—¡No! —Su grito resonó en la sala—. No me hagas esto. No desaparezcas otra vez. Ese collar… ese peinado… Hay algo que no entiendo, algo que se me escapa.

Sus pasos se acercaron, rápidos y desesperados. Me moví más cerca del trono, manteniendo la distancia entre nosotros, aunque cada centímetro que ponía entre ambos era una tortura.

—¿Por qué huyes de mí? Si eres un sueño, ¿por qué no puedo tocarte? Si eres una pesadilla, ¿por qué no me torturas como las otras noches?

—Es lo que tú quieras que sea. Un sueño, una ilusión, un recordatorio de lo que perdiste.

—No. —Su negativa era feroz, casi salvaje—. La Nefely de mis sueños no viste así, no se mueve así. Mi Nefely… —Se detuvo, y pude escuchar cómo contenía un sollozo—. Mi Nefely correría hacia mí. Me golpearía por ser un idiota. Me gritaría por beber tanto. Me odiaría con gritos, con insultos, con amenazas… No se mantendría lejos, fría como el hielo…

El hielo. ¿Acaso sospechaba…? No, era imposible.

—Quizás ya no soy la Nefely que recuerdas —murmuré—. Quizás el río se llevó más que mi cuerpo.

Era cierto. La Nefely que cayó en aquel río ya no existía. La sanadora del bosque, la mujer libre e indómita, se había ahogado en aquellas aguas heladas. Lo que quedaba era una sombra, un fantasma de lo que una vez había sido.

—Entonces déjame encontrarte —suplicó—. Déjame ayudarte. Si estás cambiada, si estás herida, si estás… No me importa. Solo quiero traerte de vuelta a casa.

Casa. La palabra despertó un anhelo tan profundo que me dejó sin aliento. ¿Qué era casa ahora? ¿El castillo de Dragio, con sus pasillos familiares y los niños corriendo por sus jardines? ¿La prisión de Gélidia, donde cada lujo era solo otra forma de control? ¿O simplemente ya no tenía un hogar, condenada a vagar entre mundos sin pertenecer realmente a ninguno?

—El alba se acerca —dije, notando cómo el sueño comenzaba a desvanecerse en los bordes—. Es hora de que despiertes.

—No. —Dio otro paso hacia mí, desesperado—. Por favor, no te vayas. No así. No de nuevo.

El sueño se desmoronaba a nuestro alrededor, los bordes de la realidad se difuminaban, el tiempo se nos escapaba inexorablemente.

—Te lo suplico. —Su voz era apenas un susurro roto mientras extendía su mano hacia mí—. Si estás viva, si esto es real… dame algo. Lo que sea.

Lo vi acercarse, sus dedos a punto de rozar mi mejilla. El tiempo pareció detenerse. Una parte de mí gritaba por inclinarme hacia su contacto, por sentir, aunque fuera una última vez la calidez de su piel contra la mía. Sería tan fácil… tan simple… permitirle este último contacto.

¿Cuántas noches había soñado con esto? ¿Cuántas veces había deseado sentir sus manos sobre mi piel, sus labios sobre los míos? En las mazmorras, durante las torturas, su recuerdo había sido lo único que me mantenía cuerda, lo único que me impedía rendirme completamente a la oscuridad.

Pero si lo tocaba, si le permitía sentirme, sabría la verdad. Reconocería la realidad de mi presencia como lo había hecho tantas veces antes en nuestros encuentros oníricos. Y entonces… entonces no habría vuelta atrás.

—Aeran… —susurré su nombre como una despedida, impregnando esa única palabra con todo el amor que no podía expresar, con toda la desesperación que no podía mostrar.

Sus dedos estaban a un suspiro de mi piel cuando me forcé a despertar, arrancándome bruscamente del sueño. El vacío que dejé en su consciencia fue como una herida abierta, y lo último que escuché fue su grito desgarrador llamando mi nombre, un sonido que me perseguiría en mis propias pesadillas.

Me encontré sentada en mi cama en Gélidia, temblando y empapada en sudor frío. Las lágrimas corrían libremente por mis

mejillas mientras el eco de su voz seguía resonando en mi mente. Su desesperación, su súplica, su amor descarnado… todo continuaba reverberando en mi interior como un grito interminable.



La misma rutina comenzó con el amanecer. La doncella apareció puntual, encontrándome ya despierta, como siempre; el sueño me había abandonado después de aquella visita a la mente de Aeran.

—El príncipe está especialmente ansioso por verla esta mañana —murmuró mientras ajustaba los cordones de mi corsé—. Ha ordenado un desayuno especial.

Sus palabras me provocaron un escalofrío que intenté disimular. Había aprendido que cualquier cambio en la rutina de Soren, por pequeño que fuera, nunca auguraba nada bueno. O al menos era lo que las doncellas susurraban en el pasillo. «Cuando sonríe así, alguien siempre termina llorando antes del anochecer», había escuchado una mañana. «Es peor cuando parece complacido, entonces es cuando realmente hay que temer», comentaba otra mientras cambiaban las sábanas. Pequeñas advertencias, miradas de compasión apenas disimuladas cuando recibían órdenes especiales relacionadas conmigo.

El vestido de hoy era de un azul pálido, casi del color del hielo cuando la luz lo atraviesa. Las mangas largas ocultaban las marcas de los grilletes que aún no terminaban de sanar y el cuello alto disimulaba el collar negro que me mantenía prisionera.

—Recuerda —susurró mientras me guiaba por los pasillos hacia el comedor—, mirada baja, sonrisa suave, y solo hable cuando…

—Cuando se me pregunte directamente —completé mecánicamente—. Lo sé.

Las puertas del comedor se abrieron ante nosotras, y el aroma del desayuno inundó mi nariz como siempre. Pero había algo diferente en el aire esta mañana, una tensión que no había estado presente en días anteriores. Soren ya estaba sentado a la mesa, con su habitual sonrisa cortés en su lugar, pero había un brillo en sus ojos que me hizo querer dar media vuelta y huir.

Soren se levantó cuando me acerqué a la mesa, apartando la silla para mí con una cortesía que me revolvía el estómago.

—¿Has dormido bien, querida?

—Sí, gracias —respondí automáticamente, manteniendo la mirada fija en el plato vacío frente a mí.

El golpe llegó tan rápido que apenas lo vi venir. Su mano se estrelló contra mi mejilla con tanta fuerza que me lanzó de la silla al suelo. Mi cabeza rebotó contra las baldosas heladas y perdí la orientación por un instante. El sabor de la sangre inundó mi boca —me había partido el labio— mientras el mundo giraba a mi alrededor. Un dolor punzante se extendía por toda mi mandíbula y el lado izquierdo de mi rostro ardía como si me hubieran marcado con hierro.

—Mientes —siseó, toda pretensión de amabilidad había desaparecido de su voz—. ¿Creías que no me daría cuenta? ¿Que no sabría cuando ibas a usar tu magia?

Se agachó junto a mí, sus dedos se enredaron en mi pelo, forzándome a mirarlo.

—Cada vez que usas, aunque sea una pizca de poder —susurró con crueldad—, esa bonita piedra en tu cuello me lo dice. ¿A quién visitaste anoche, Nefely? ¿A quién fuiste a ver en sueños? Porque sé que es eso, lo sé, he sentido tu desesperación, tu amor y tu odio. He sentido todo, y he escuchado su nombre.

—No entiendo cómo… —balbuceé, tratando de ganar tiempo mientras luchaba por respirar.

—¿Esto? —Sus dedos rozaron el collar—. Una pequeña maravilla, ¿verdad? Los brujos de la corte de Gélidia lo diseñaron hace siglos, específicamente para controlar a aquellos con dones especiales como el tuyo. La piedra no solo bloquea tu magia, querida, sino que canaliza cada intento de usarla directamente hacia mí. Cada emoción, cada pensamiento, cada gota de poder que intentas invocar… todo fluye a través de ella, como un susurro en mi mente. —Una sonrisa cruel curvó sus labios—. Puedo sentirte, Nefely. Como si estuviera dentro de tu cabeza.

Soren se apartó de mí con una calma escalofriante. Su pie se estrelló contra mi costado al pasar, justo donde las costillas aún no habían sanado del todo. El dolor me atravesó arrancándome un grito ahogado. Se mantuvo de pie, observándome por un momento antes de propinarme otra patada, esta vez en la espalda, que me dejó sin aliento.

—Sabes —comenzó, caminando hacia su silla—, encuentro fascinante tu lealtad. Después de todo lo que te hizo, después de mantenerte en las sombras, de negarte un lugar real en su corte… y, aun así, arriesgas tu vida para visitarlo en sueños.

Se sentó, sirviéndose una copa de vino mientras yo escupía sangre sobre el suelo. Me observaba sobre el borde de la copa.

—Me pregunto —continuó, haciendo girar el vino en su copa—, ¿qué le dijiste? ¿Le contaste sobre tu cómoda habitación aquí? ¿Sobre los vestidos de seda, las joyas, todo lo que él nunca se atrevió a darte abiertamente?

Me apoyé en mis brazos temblorosos, intentando incorporarme. El sabor de la sangre inundaba mi boca mientras luchaba por mantener la compostura.

—O quizás —Su voz seguía siendo suave, casi pensativa mientras cortaba un trozo de pan—, ¿le hablaste de las semanas en las mazmorras? ¿De cómo gritabas su nombre mientras te torturábamos? Es curioso… —Hizo una pausa para untar mantequilla

en el pan—, incluso en tu peor momento, cuando el dolor era insoportable, nunca revelaste sus secretos. Solo gritabas su nombre, una y otra vez, como si realmente creyeras que vendría a salvarte. Como si creyeras que podía escucharte.

La sangre goteaba de mi labio partido. No podía respirar aún.

—¿Sabes qué es lo más patético? —continuó, llevándose el pan a los labios y habló mientras masticaba—. Que probablemente ni siquiera sabe que estuviste realmente allí anoche. Para él solo habrá sido otro sueño, otra tortura de su mente culpable. —Soltó una risa suave—. ¿Te dijo que te amaba? Los hombres suelen ser más valientes en sus sueños, cuando creen que no hay consecuencias reales. O también cuando beben de más. Yo, querida, me casaría contigo con unas cuantas botellas de vino… O sin ellas.

Hizo girar la copa entre sus dedos mientras me observaba desde su posición de poder.

—Aunque claro, dudo que recuerde algo. Tu adorado Aeran seguramente estaba demasiado borracho, como siempre. —Su sonrisa se volvió cruel—. ¿Crees que no lo sabemos? Todos los reinos murmuran sobre el rey de Dragio y su afición a la botella. Exactamente como su padre. Las manzanas nunca caen lejos del árbol, ¿verdad? Es solo cuestión de tiempo antes de que empiece a golpear a sus hermanos, igual que hacía su padre. —Se llevó la copa a los labios—. Y pensar que tú creías que era diferente. Un borracho es un borracho, Nefely. En el fondo, todos son iguales. Se ahogan en vino y culpan a otros de sus fracasos.

Se limpió las migas de los dedos con una servilleta de seda.

—Aunque debo admitir —prosiguió, sirviéndose más vino—, que me sorprende tu estupidez. ¿Realmente creíste que no notaría cuando usaras tu magia? ¿Que ese collar era solo un adorno bonito? —Negó con la cabeza—. Cada susurro de poder, cada pequeño intento de usar tus habilidades… todo me lo dice. Es bastante útil, ¿no crees? Aunque creí que intentarías algo así mucho antes. Y yo que me iba a hartar de ti… Por poco.

Su sonrisa se ensanchó con crueldad.

—¿Sabes? Incluso había considerado liberarte cuando llegara el momento. Devolverte a algún lugar lejos del reino, donde no pudieras causar más problemas. —Su tono burlón dejaba claro que mentía—. Pero ahora veo que eso habría sido un desperdicio de tu potencial.

Se levantó de nuevo, el sonido de su silla arrastrándose me hizo estremecer. Sus pasos resonaron en el silencio mientras se acercaba, cada uno era como un martillo en mi cabeza. Esta vez no me golpeó. En su lugar, se agachó junto a mí, sus dedos rozaron el collar en mi cuello con una delicadeza que era más aterradora que cualquier violencia.

—¿Qué le dijiste exactamente? —preguntó con suavidad—. ¿Le contaste sobre tu nueva situación? ¿Le hablaste de mí?

Mantuve los labios sellados. Sus dedos se tensaron alrededor del collar.

—Estoy siendo paciente contigo, Nefely —susurró—. Pero mi paciencia tiene límites. ¿Le dijiste dónde estás?

El silencio fue mi única respuesta. Sus ojos se oscurecieron peligrosamente.

—¿Te das cuenta de que podría hacerte hablar de otras formas? ¿Que podría arrastrarte de vuelta a las mazmorras ahora mismo? Aquellos guardias aún preguntan por ti.

Se incorporó bruscamente, caminó hacia la mesa y cogió su copa de vino, girándola entre sus dedos mientras me miraba.

—Todas estas comodidades, todos estos privilegios… —Hizo un gesto amplio con la mano—. Son un regalo, querida. Un regalo que puede revocarse en cualquier momento.

La copa se estrelló contra el suelo junto a mí, los fragmentos de cristal y vino tinto salpicaron mi vestido.

—¡¿Qué le dijiste?! —rugió—. ¡¿Le hablaste de Gélidia?! ¡¿De mí?! ¡¿Dime?!

Se acercó nuevamente.

—Sabes, tengo ojos y oídos en todas partes. En lugares que ni siquiera puedes imaginar. En rincones de Dragio donde nadie

pensaría en buscar.

Se detuvo frente a mí, mirándome desde arriba con una sonrisa perturbadora.

—Por ejemplo —continuó, saboreando cada palabra—, sé que el pequeño Kieran sigue teniendo pesadillas. Terribles pesadillas que lo hacen gritar hasta quedarse afónico.

Hizo una pausa, estudiando mi reacción con ojos ávidos.

—Grita tu nombre en sueños, ¿no es adorable? —Su voz adquirió un tono burlón—. Tan leal, tan… inocente. Solo es un niño de seis añitos que llama a su «mami» mientras se retuerce entre las sábanas. Que te llama a ti una y otra vez, hasta que el llanto lo deja exhausto.

Mi corazón se detuvo por un instante. La imagen de Kieran sufriendo, llamándome en la oscuridad, me desgarraba por dentro. No podía estar diciendo lo que creía… no podía conocer esos detalles tan íntimos…

—Y Avery… —Suspiró teatralmente—. Tan talentosa con el arpa, tan orgullosa. Aunque últimamente no toca, ¿verdad? La música la abandonó junto contigo.

Sus ojos brillaron con malicia.

—Prefiere vagar por el bosque, sola. Cada vez más lejos del castillo, cada vez en zonas más peligrosas. Tan… imprudente. Tan vulnerable en su dolor.

Su sonrisa se volvió depredadora, mostrando demasiados dientes.

—Sabes lo que le puede pasar a una joven tan hermosa en el bosque, ¿verdad? —No era una pregunta—. Lo has visto con tus propios ojos. Tú como sanadora has tratado a esas muchachas destrozadas, has limpiado sus heridas mientras temblaban bajo tus manos.

El recuerdo de aquellas jóvenes que había atendido en el bosque, con ojos vacíos y cuerpos maltratados, me golpeó con fuerza. Él lo sabía. Sabía exactamente qué imágenes evocar para atormentarme.

—Hay hombres que no respetan títulos ni coronas —continuó con una suavidad engañosa—. Hombres que harían cualquier cosa por unas monedas… o por simple placer. Y una vez que una mujer es… mancillada…

Dejó la frase inconclusa.

—¿Qué noble querría casarse con ella entonces? —susurró—. ¿Qué futuro le esperaría a la princesa de Dragio, reducida a un objeto roto, usado y desechado?

Me forcé a no mostrar ninguna emoción, aunque por dentro el pánico y la rabia me consumían. Tenía que mantener la compostura, no podía dejarle ver cuánto me afectaban sus palabras.

—Cleon se ha vuelto bastante hábil con la espada —siguió, pasando a su siguiente víctima—. Tan dedicado, tan disciplinado. Entrena todos los días en el patio este, justo bajo aquella ventana con el marco suelto.

Sus ojos se entornaron, calculadores.

—Un accidente sería tan… conveniente, ¿no crees? Una piedra que cae, un guardia cuya mano «resbala» durante el entrenamiento… —Se encogió de hombros—. ¿Cuántos príncipes habrán muerto por una simple herida que se infecta? La vida es tan frágil, incluso para príncipes de grandes reinos.

Mis manos temblaban, pero las mantuve firmemente apretadas contra el suelo.

—El pequeño Torin y sus exploraciones por el jardín… —continuó, como quien habla del tiempo—. Siempre curioso, siempre tocando lo que no debe. Tantas plantas venenosas crecen en esos parterres del castillo.

Sus ojos nunca dejaban los míos, bebiendo de cada emoción que intentaba ocultar.

—Kieran ya se confundió una vez con la belladona, ¿recuerdas? —Su voz se suavizó, casi nostálgica—. Pero tú estabas allí para salvarlo. Esta vez… bueno, Torin no tendría tanta suerte, ¿verdad? Ya no estarás ahí para reconocer los síntomas, para preparar el antídoto.

Aún recordaba aquel día con Kieran, aún recordaba sus ojos al despertar y verme. Si yo no hubiera estado allí…

—Y Venya… —añadió, interrumpiendo mis pensamientos—. Dulce Venya, con su risa que ilumina las habitaciones. Siempre corriendo por las escaleras de la torre norte. Esas escaleras tan empinadas, tan… resbaladizas en invierno.

—Mientes —logré susurrar—. No podrías…

Se agachó junto a mí con una velocidad que me sobresaltó, su rostro se detuvo a centímetros del mío.

—¿No? —susurró—. ¿Quieres apostar sus vidas a eso? ¿La virtud de Avery? ¿La vida de los pequeños?

Parecía estar haciendo una promesa.

—¿Quieres ver cuánto puedo acercarme antes de que alguien note algo extraño? —Su voz era casi hipnótica—. ¿Quieres que lo haga solo para demostrártelo?

Sus dedos rozaron mi mejilla en una caricia que pretendía ser suave, pero que me provocó náuseas. Me contuve para no apartarme, para no mostrar el asco que me inundaba.

—Mis amigos están tan cerca… —continuó, dejando que sus dedos bajaran por mi cuello hasta rozar el collar—. Tan cerca que podrían tocarlos en cualquier momento. Como ahora te toco yo a ti.

Se apartó bruscamente, volviendo a su postura elegante.

—Imagina lo fácil que sería —murmuró, como si compartiera un secreto conmigo—. Lo sencillo que resultaría para alguien deslizar algo en la copa de Kieran durante la cena, quizás escondido en su osito de dormir. O…

Hizo una pausa dramática, sus manos dibujaron patrones en el aire como si estuviera orquestando una sinfonía macabra.

—Lo simple que sería para un guardia «distraído» no notar a ciertos visitantes en los aposentos de Avery. Un pequeño descuido, una puerta olvidada sin cerrar…

Solo sentía terror ante sus palabras, ante las posibilidades. Conocía demasiados detalles, sabía demasiado…

—Torin confía tanto en los guardias del jardín —siguió—. Siempre les pregunta sobre las plantas, sobre los animales. Un guardia podría confundir la belladona con bayas. Y Venya, con su costumbre de visitar la cocina por dulces. Tantos polvos pueden confundirse con azúcar…

—No te atreverías. Aeran nunca…

—¿Nunca qué? ¿Nunca lo permitiría? ¿Como no permitió que te llevaran? ¿Como no impidió que «desaparecieras» en ese río?

Su sonrisa se ensanchó mientras sacudía la cabeza con falsa compasión.

—Por favor, es un necio. Un rey que ni siquiera puede proteger a la mujer que supuestamente ama. —Su voz bajó hasta convertirse en un susurro conspiratorio—. Te sorprendería lo fácil que es hacer «desaparecer» a las personas. Especialmente a los niños. Son tan… frágiles.

Hizo una pausa deliberada, sabiendo exactamente dónde hundir el puñal.

—Y las jovencitas pueden sufrir destinos peores que la muerte. Mucho peores.

Se irguió con elegancia, alisando inexistentes arrugas de su chaqueta con el mismo cuidado con que acababa de romper mi voluntad.

—Así que, mi querida Nefely —dijo con la tranquilidad de quien sabe que ha ganado—, la próxima vez que sientas el impulso de visitar ciertos sueños… recuerda que no eres la única que puede sufrir las consecuencias. Ni la que peor las sufrirá.

Caminó hacia la mesa, tomando una servilleta para limpiarse las manos.

—Y si alguna vez se te ocurre mencionar Gélidia, o a mí, o cualquier cosa sobre tu… situación actual —continuó, cada palabra era un clavo más en mi ataúd—, bueno… digamos que los accidentes suceden. Y suceden con tanta frecuencia a los niños descuidados… y a las princesas que pasean solas.

Se sirvió otra copa de vino con la parsimonia de quien disfruta de cada instante y contempló el líquido escarlata a contraluz antes de continuar:

—Sabes, mis hombres son… peculiares en sus gustos. Lo de las mazmorras no fue nada comparado con lo que realmente disfrutan hacer. Apenas te dieron una pequeña muestra.

Dio un sorbo al vino.

—Hay quienes encuentran cierto… placer en el dolor de los inocentes —continuó—. Y los niños… —Suspiró teatralmente—. Los niños gritan de una manera tan especial, ¿no crees? Sus voces son tan… puras. Tan sinceras en su terror.

La bilis subió por mi garganta mientras comprendía el significado detrás de sus palabras.

—Kieran es tan pequeño, tan frágil. Tan confiado… Y Venya, con esos ojos tan expresivos… Me pregunto cuánto tardarían en perder ese brillo de inocencia.

—Eres un monstruo —logré susurrar.

—Oh, querida. —Él rio suavemente—. Yo soy un caballero comparado con algunos de mis hombres. No tienes idea de lo que son capaces cuando les doy libertad creativa. Sus métodos harían que los míos parezcan actos de misericordia.

Se acercó nuevamente, agachándose para susurrar en mi oído:

—¿Sabes lo que les hacen a los niños en las mazmorras más profundas? ¿Los juegos que inventan? Lo que te hicimos a ti sería una caricia en comparación.

Me aparté bruscamente, pero su mano se cerró como una garra en mi brazo, sus dedos se clavaron con tanta fuerza que sentí que los huesos podrían romperse bajo la presión.

—Así que, por última vez. ¿Qué le dijiste exactamente a Aeran en su sueño?

Las imágenes que había plantado en mi mente —los niños, sus gritos, su dolor— eran más de lo que podía soportar. Cada fibra de mi ser se rebelaba contra la idea de traicionar a Aeran, pero la alternativa era impensable.

—No… no le dije nada —susurré finalmente—. Solo quería verlo una última vez.

Había perdido. Definitivamente.

Soren estudió mi rostro por un momento, sus ojos recorrieron cada milímetro de mi expresión, buscando cualquier signo de mentira. Debió encontrar la verdad en mi rendición, porque su agarre se suavizó, la presión disminuyó hasta convertirse en una caricia perversa.

—Buena chica —murmuró, acariciando mi mejilla con el dorso de sus dedos—. ¿Ves? No era tan difícil decir la verdad. Pero te gusta enfadarme. Te gusta llevarme al límite.

Su pulgar recorrió mi labio inferior, todavía húmedo por mis lágrimas y la sangre.

—¿Y no entiendes aún que tu deber es obedecerme en todo, sin protestas, sin quejas? Así ambos estaremos contentos.

Miró hacia la puerta como si esperase a alguien.

—Las doncellas te ayudarán a limpiarte —dijo, dirigiéndose hacia la puerta con pasos ligeros—. Y Nefely…

Se detuvo en el umbral, girándose para mirarme una última vez. Su rostro había recuperado aquella máscara de cortesía, pero en sus ojos aún había crueldad.

—La próxima vez que sientas la tentación de usar tu magia, recuerda esta conversación. Recuerda que no son solo tus gritos los que podría escuchar en mis mazmorras.

Su voz bajó hasta convertirse en un susurro que apenas alcancé a oír.

—Y yo creo que mejor solo tus gritos que los de los pequeños. ¿No estás de acuerdo?

La puerta se cerró tras él con un portazo que resonó como una sentencia definitiva, dejándome sola con el sabor de mi sangre y la certeza de que había perdido mi última conexión con Aeran.

Mientras las lágrimas corrían libremente por mis mejillas, comprendí la verdad: era el precio a pagar por proteger a los niños,

y lo pagaría mil veces si fuera necesario. No importaba cuánto me destruyera en el proceso.

Siempre había sido así, desde que tenía memoria. Cuando las muchachas del bosque acudían a mi cabaña con la mirada vacía y el cuerpo maltrecho, yo las curaba sin hacer preguntas. Nunca dudaba, nunca vacilaba. Porque hay criaturas en este mundo que merecen ser protegidas a cualquier precio: los inocentes, los vulnerables, los que no pueden defenderse por sí mismos.

No lo hacía por Aeran, aunque mi corazón seguía traicionándome con su recuerdo. Lo hacía porque era quien era, porque no podía ser de otra manera. Yo era una sanadora. Mi propósito siempre había sido curar el dolor, no ser la causa del sufrimiento ajeno. Y si para evitar que ellos sufrieran debía convertirme en una prisionera permanente, que así fuera.

Kieran, Venya, Torin, Avery, Cleon… ellos no eran simplemente los hermanos de Aeran. Eran mis niños también, las pequeñas estrellas que habían iluminado mi vida cuando todo parecía oscuridad. Merecían seguir brillando, seguir creciendo, seguir soñando. Si mi silencio garantizaba su seguridad, entonces callaría hasta que mi voz se extinguiera por completo.

Si algo había aprendido en mis años como sanadora era que algunas heridas deben ser soportadas para que otras puedan sanar. Y si mi alma debía romperse para mantener intactas las suyas, que así fuera.

10

El precio del deber

Aeran

El silencio en la sala del trono era ensordecedor, roto solo por el ocasional susurro de telas y el tintineo de armaduras mientras los nobles y consejeros se acomodaban en sus posiciones. El espacio vacío junto a mi trono —su trono— parecía gritar su ausencia más fuerte que nunca.

Las banderas de Ventara colgaban junto a las de Dragio, recordándome constantemente del pacto que estaba a punto de sellar. Los embajadores de Ventara se mantenían erguidos y orgullosos al pie de las escaleras, sus rostros mostraban una satisfacción que no disimulaban. Habían conseguido lo que querían: un matrimonio real, una alianza sellada con sangre y votos.

Mis hermanos, obligados a estar presentes por protocolo, se mantenían en una línea perfecta bajo el trono. Avery, llevaba un vestido negro que desafiaba todo protocolo de celebración, mantenía la mirada fija en algún punto distante. No solo era el color, sino que había elegido un estilo sencillo y práctico, con hierbas secas trenzadas en su cabello, una imitación deliberada de cómo Nefely

solía arreglarse. Su cuerpo estaba tenso, como una cuerda de arpa a punto de romperse.

A su lado, Torin se removía incómodo en su traje formal, sus ojos ocasionalmente se desviaban hacia las puertas como si planeara una huida. Había notado los libros de herbología escondidos bajo su cama, la manera en que ahora pasaba horas examinando cada planta del jardín, catalogándolas en un cuaderno con dibujos precisos. Intentaba aprender lo que Nefely nunca terminó de enseñarle, aunque no lo mencionara en voz alta.

Venya, normalmente un rayo de sol, hoy parecía una sombra de sí misma, sus manos retorcían nerviosamente el dobladillo de su vestido. La pequeña bolsa de hierbas aromáticas que llevaba escondida en el bolsillo —una de las que Nefely le había enseñado a preparar— asomaba ligeramente.

Y Kieran… mi pequeño Kieran se aferraba a la mano de Cleon, sus ojos estaban enrojecidos por haber estado llorando sin parar. La muñeca de trapo que había pertenecido a Nefely sobresalía de su chaqueta; se negaba a separarse de ella, incluso para ocasiones formales como esta.

Cleon, en su uniforme nuevo de la guardia real, mantenía una expresión neutra, pero podía ver la tensión en su mandíbula, la forma en que su mano libre descansaba en la empuñadura de su espada. Era un gesto inconsciente, protector, como si esperara que en cualquier momento necesitaría defender a sus hermanos.

Thorak, firme en su posición junto a las escaleras, intercambiaba miradas ocasionales con Cleon. La presencia de ambos, capitán y nuevo guardia, proporcionaba al menos un pequeño consuelo: mis hermanos estarían protegidos, sin importar lo que esta alianza trajera.

Vi a Neval susurrar algo a otro consejero con una sonrisa en sus labios. Esta era su victoria tanto como la de Ventara. Sus ojos se posaron brevemente en Avery, y algo en su mirada me hizo querer arrancarle la lengua. Pero no podía. No hoy. No cuando la estabilidad del reino pendía de un hilo.

El sonido de trompetas desde el patio anunció la llegada de la princesa Cellina. Los nobles se enderezaron, alisando ropas y componiendo sonrisas. Solo mis hermanos permanecieron inmóviles, como si aquello no fuera con ellos.

Kieran se pegó más a Cleon, un sollozo ahogado escapó de sus labios. Avery cerró los ojos por un momento, como si el sonido de las trompetas le causara dolor físico. Venya dejó de jugar con su vestido solo para entrelazar sus dedos con los de Torin, buscando apoyo mutuo.

Las puertas se abrirían en cualquier momento para revelar a mi futura esposa, una mujer que nunca podría reemplazar a la única que realmente quería ver atravesar esas puertas. Observé a mis hermanos, cada uno perdido en su propio dolor, y me pregunté si algún día podrían perdonarme por esto. Si Nefely, dondequiera que estuviera, entendería que lo hacía por ellos, por su futuro, por su supervivencia.

La luz que se filtraba por los vitrales creaba patrones en el suelo, recordándome aquellas mañanas, cuando ella se detenía a admirarlos, fascinada por los colores que bailaban sobre el mármol. Ahora esos mismos rayos iluminarían la entrada de otra, marcarían el camino hacia un futuro que ninguno de nosotros quería…

El sonido de las puertas abriéndose reverberó en la sala como un trueno. Los guardias se irguieron, las espadas tintinearon en sus vainas. El momento había llegado.

La princesa Cellina de Ventara entró del brazo de su padre, el Rey Aric. Su vestido blanco inmaculado, símbolo de una pureza que contrastaba con la frialdad de su mirada, se arrastraba tras ella como una cascada. Su cabello, del color del trigo maduro, estaba recogido en un elaborado peinado coronado por un velo de encaje.

El Rey Aric avanzaba con la arrogancia de quien sabe que ha ganado una batalla sin desenvainar la espada. Su sonrisa de satisfacción mientras guiaba a su hija por el pasillo me produjo náuseas.

Vi a Avery girar el rostro con disgusto cuando la princesa pasó junto a ellos. Torin ni siquiera intentó ocultar su desprecio, puso los ojos en blanco y susurró algo que pude leer en sus labios como «es fea». Venya, que siempre tenía una sonrisa para todos, mantenía los labios apretados en una línea tensa.

Y entonces sucedió. Kieran, mi pequeño Kieran, no pudo contenerlo más. Un sollozo rompió el silencio ceremonial, un sonido tan desgarrador que hizo que varios nobles se giraran sobresaltados, como si hubieran olvidado que había niños presentes.

—¡No! —lloró, sus pequeños puños golpeaban el costado de Cleon con una fuerza nacida de la desesperación—. ¡No quiero otra mamá! ¡No la quiero a ella! ¡Quiero a Nefely!

El nombre prohibido resonó en la sala como un trueno, haciendo que los susurros entre los nobles aumentaran. La princesa Cellina se detuvo en seco, parpadeando sorprendida ante el arrebato mientras observaba cómo lloraba el pequeño príncipe. El Rey Aric frunció el ceño.

—Alteza… —comenzó, pero antes de que pudiera continuar, Cleon levantó a Kieran en brazos con una fluidez que hablaba de cuántas veces había tenido que hacerlo últimamente.

—Shh, pequeño guerrero —susurró contra su pelo, aunque su propia voz temblaba por la emoción—. No pasa nada. Estoy aquí. Todos estamos aquí.

Avery dio un paso adelante, como si quisiera arrancar a Kieran de los brazos de Cleon y huir con él. Torin y Venya se movieron al unísono, formando una barrera protectora alrededor de su hermano pequeño.

Mi garganta se cerró ante la imagen. Así era como ella nos había unido, transformando cinco hermanos distantes en una familia real. Y ahora, en su ausencia, esa unión se fortalecía como el hierro en la forja.

La princesa Cellina recuperó rápidamente la compostura, su sonrisa se recompuso como una máscara bien ensayada. Pero era

tan falsa como las flores de tela que adornaban su vestido, tan artificial como toda esta ceremonia.

El llanto de Kieran solo aumentó en intensidad. Sus sollozos hacían eco en la sala, mezclándose con sus gritos por Nefely. Cada «¡la quiero a ella!», y «¡no quiero otra mamá!», y «¡ella prometió volver!», reverberaba contra las paredes de piedra, transformando la ceremonia formal en algo mucho más crudo y real que ninguno de los presentes había esperado.

La princesa Cellina se mantuvo inmóvil, aunque la veía confusa. El Rey Aric intercambió miradas con sus consejeros, claramente desconcertado por la escena.

Neval dio un paso al frente, inclinándose para susurrar:

—Mi señor, quizás sería prudente que los príncipes se retiraran. Este comportamiento está empañando la ceremonia y ofendiendo a nuestros invitados. Los niños no entienden la importancia de…

—No —dije secamente—. Son parte de la familia real. Se quedan.

¿Realmente creía que iba a apartar a mis hermanos, como si fueran una vergüenza que esconder? ¿A alejarlos porque su dolor era inconveniente para esta farsa política?

El Rey Aric alzó una mano en gesto conciliador.

—Los niños no molestan —declaró con voz suave, aunque sus ojos estudiaban la escena con intensidad—. Es comprensible que estén… emotivos. Los cambios siempre son difíciles a su edad. Mi propia Cellina lloró durante días cuando su madre nos dejó.

Su comparación hizo que me hirviera la sangre. Como si la pérdida de Nefely fuera algo tan simple como un duelo resuelto. Pero podía ver la curiosidad en su mirada, las preguntas que se formaban mientras observaba a Kieran aferrarse a Cleon como si su vida dependiera de ello, mientras veía la hostilidad en los ojos de Avery, el desprecio en el rostro de Torin, las lágrimas silenciosas de Venya.

—Ella no está muerta —murmuró Torin con una ferocidad sorprendente—. Volverá. Lo sé.

—Claro que volverá —respondió Cleon con una seguridad que me partió el corazón, porque sabía que era por Kieran—. Cuando menos lo esperemos.

La princesa Cellina mantenía su postura perfecta, aunque ahora había un brillo de interés en sus ojos mientras observaba a mis hermanos. Su mirada se detuvo en el espacio vacío junto a mi trono, y por un momento pareció querer preguntar algo, pero su padre apretó suavemente su brazo.

Los nobles murmuraban entre sí sin disimulo alguno, sus ojos saltaban de mis hermanos a mí, del trono vacío a la princesa. Sabía que las preguntas vendrían más tarde, que los rumores ya estaban formándose.

—¿Quién es Nefely? —Escuché que un joven noble de Ventara preguntaba en un susurro mal disimulado.

—La bruja del bosque —respondió otro—. La que tenía hechizado al rey.

—¿La que murió en el río?

—O eso dicen.

Quería gritar, quería ordenarles que callaran, pero ¿qué derecho tenía yo de silenciar la verdad cuando estaba a punto de traicionarla?

Kieran seguía llorando, su voz cada vez era más ronca: «La echo de menos… quiero que vuelva… ella prometió que volvería…».

Vi cómo la princesa Cellina inclinaba ligeramente la cabeza, captando cada palabra, almacenando cada detalle para analizarlo más tarde.

Los embajadores de Ventara intercambiaban miradas. Este no era el recibimiento que esperaban, no era la perfecta ceremonia que habían planeado. En lugar de una familia real unida dando la bienvenida a su futura reina, encontraban a un grupo de niños destrozados, aferrándose unos a otros.

—Mis señores —intervino Thorak con voz firme, tratando de restaurar cierto orden—, ¿procedemos con la presentación formal? El día avanza.

El Rey Aric asintió, aunque sus ojos no dejaban de mirar a mis hermanos.

—Por supuesto —respondió, alzando la voz para hacerse oír sobre los hipos de Kieran—. Los niños pueden permanecer donde están. La familia debe estar unida en momentos como este.

La ironía de sus palabras no se me escapó. Familia. Unidos. Cuando la única persona que realmente nos había unido como familia estaba perdida en algún lugar más allá de nuestro alcance y yo estaba a punto de poner a otra en su lugar por pura necesidad política.

La presentación formal avanzó como una danza bien ensayada, aunque el llanto amortiguado de Kieran seguía proporcionando un contrapunto doloroso a las palabras ceremoniales.

—Su Majestad, el Rey Aric de Ventara —anunció el heraldo—, presenta a su hija, la Princesa Cellina de Ventara, flor más preciada de su reino, para la sagrada unión con Su Majestad, el Rey Aeran de Dragio.

La princesa ejecutó otra reverencia perfecta, su vestido blanco formó un círculo perfecto a su alrededor.

Su padre dio un paso adelante, tomando mi mano y la de su hija para unirlas en un gesto simbólico que se sentía como traición:

—Traigo a mi hija, educada en todas las artes nobles, para fortalecer los lazos entre nuestros reinos. Que su unión traiga prosperidad y paz a nuestras tierras.

Las palabras sonaban huecas, ensayadas. Vi a Avery poner los ojos en blanco, aunque rápidamente bajó la mirada cuando Thorak le lanzó una mirada de advertencia.

—Dragio acepta este honor —respondí automáticamente—. Que nuestra alianza perdure.

Los nobles aplaudieron cortésmente, aunque sus ojos seguían desviándose hacia mis hermanos, especialmente hacia Kieran, que había reducido su llanto a hipidos ocasionales contra el cuello de Cleon. La muñeca de Nefely asomaba de su túnica como un recordatorio de todo lo que estábamos perdiendo.

«Perdóname», pensé, no sabía si para Nefely o para mis hermanos. Quizás para ambos.

Fue entonces cuando Qued dio un paso al frente, sosteniendo un fajo de pergaminos en sus manos. Mi estómago se retorció al reconocer el sello real en ellos, el mismo que yo había prohibido utilizar para cualquier asunto relacionado con esta boda.

—Mi señor —comenzó con una sonrisa—, las invitaciones para la boda real están listas para enviarse. He tomado la libertad de…

—¿Qué invitaciones?

Qued vaciló, pero la presencia del Rey Aric pareció darle valor para continuar:

—Las invitaciones para la ceremonia, mi señor. Con los emblemas de ambas casas reales unidos en un diseño que simboliza la eternidad del compromiso. —Alzó uno de los pergaminos como muestra—. He enviado ya algunas a los reinos más lejanos, considerando el tiempo que tardarán en…

—¿Has enviado invitaciones sin mi autorización?

Vi al Rey Aric enderezarse con interés, mientras la princesa Cellina mantenía su expresión serena, aunque parecía divertirse. Parecía estar disfrutando del espectáculo de un rey siendo desafiado en su propia corte.

—Yo… consideré prudente adelantar los preparativos —balbuceó Qued—. La lista de invitados es extensa y el tiempo apremia si queremos que estén todos presentes para…

—¿Qué lista? —Mi voz era apenas un susurro, pero todos en la sala parecieron encogerse—. ¿Qué preparativos?

Qued desplegó uno de los pergaminos con manos temblorosas.

—El rey de Floralia —comenzó, leyendo la lista—, los príncipes de Auroris, los nobles de las provincias orientales… —Carraspeó, evitando mi mirada—. Incluso he considerado enviar una invitación a Gélidia, como muestra de buena voluntad tras la guerra. Un gesto de reconciliación que…

Un rugido de furia escapó de mi garganta antes de que pudiera contenerlo, un sonido animal que hizo que Kieran se encogiera

contra Cleon. En tres zancadas había bajado del trono y estaba frente a Qued, quien retrocedió asustado, tropezando con su propia túnica.

—¿Te atreves a invitar a nuestros enemigos? —siseé, mi rostro tan cerca del suyo que podía ver el sudor formándose en su frente —. ¿A los que intentaron destruirnos? ¿A los que mataron a nuestros hombres?

Vi por el rabillo del ojo cómo Thorak daba un paso adelante, preparado para intervenir.

—Mi señor, la diplomacia… —comenzó Qued con voz temblorosa —. Es práctica común invitar incluso a antiguos rivales. Demuestra fortaleza, seguridad en nuestra posición…

—¡Al diablo con la diplomacia! —rugí, arrancando los pergaminos de sus manos con tanta fuerza que algunos se rasgaron—. ¡No habrá gran ceremonia! ¡No habrá celebración! ¡Esto es un acuerdo político, nada más!

—Aeran… —La voz de Cleon llegó desde atrás. Kieran se había vuelto a acurrucar contra él, temblando ligeramente ante mi arrebato.

El Rey Aric carraspeó suavemente.

—Si me permite, Rey Aeran… Las tradiciones en estos asuntos suelen ser importantes para mantener ciertas apariencias. Quizás podríamos…

—¡No! —Me giré hacia él—. Las condiciones fueron claras cuando acepté esta alianza. Una ceremonia simple, sin festividades, sin celebraciones. Si esto no es aceptable…

—Padre. —La voz de la princesa Cellina hizo que el resto nos callásemos—. El Rey Aeran tiene razón.

Eso no me lo esperaba. La miré, buscando la trampa en sus palabras.

—No necesitamos una gran ceremonia —continuó ella—. Las alianzas verdaderas no se construyen con banquetes y bailes.

Sus ojos se posaron en mis hermanos antes de añadir:

—Es evidente que la familia real está de luto. Sería una crueldad innecesaria obligarles a celebrar cuando han perdido a alguien importante para ellos.

Vi a Avery tensarse con sus puños apretados a los costados. Torin dio un paso adelante como si quisiera decir algo, como si quisiera gritarle a la princesa que no tenía derecho a mencionar a Nefely, ni siquiera indirectamente. Pero Avery le detuvo cogiéndole del brazo con fuerza.

Fue Kieran quien, alzando su rostro del hombro de Cleon, rompió el silencio. Miró directamente a la princesa con una claridad en sus ojos enrojecidos que me partió el corazón.

—Nefely volverá —dijo con voz clara, sin rastro de duda—. Lo prometió. Y ella nunca rompe sus promesas.

El presente, no el posible futuro. «Volverá», no «volvería». Para él, para todos mis hermanos en realidad, Nefely seguía viva. Y en ese momento, viéndolos enfrentarse al mundo con esa certeza, sentí que mi propia fe vacilaba. ¿Quién era yo para dudar cuando ellos creían con tanta fuerza?

La princesa Cellina bajó la mirada al suelo y entrelazó sus manos delante de ella, un gesto que podría interpretarse como respeto o incomodidad. No supe descifrar su expresión.

Su padre, el Rey Aric, carraspeó suavemente antes de hablar, claramente ansioso por cambiar de tema:

—Quizás deberíamos proceder con los detalles de la ceremonia. El día avanza y hay mucho que discutir.

—Mi señor —intervino Neval, dando un paso adelante con esa sonrisa que siempre me hacía querer borrarla de un puñetazo—. Un asunto práctico: las invitaciones ya se han enviado. Retirarlas ahora sería problemático.

Me giré hacia él, pero mantuve la distancia, consciente de que, si me acercaba, perdería el control. La imagen de mis manos alrededor de su garganta era demasiado tentadora.

—¿Cuántas? —exigí saber.

—Todas las cortes principales las han recibido ya, mi señor —respondió, y tuve la certeza de que disfrutaba de este momento—. Los mensajeros partieron hace más de un día, con su sello real.

—Falsificado —escupí—. Porque yo jamás autoricé esto.

—Incluyendo Gélidia —añadió Qued con la voz temblorosa, como si quisiera que el suelo se lo tragara—. Aunque, por supuesto, no esperamos realmente su presencia. Como mucho, enviarán un regalo diplomático…

—¿Has invitado…? —La rabia hacía que me costara respirar— ¿Has invitado al reino que intentó destruirnos? ¿Al reino que está detrás de la desaparición de Nefely?

Un silencio atónito siguió a mis palabras. Era la primera vez que mencionaba públicamente mis sospechas sobre Gélidia, y pude ver en los rostros de mis consejeros que algunos compartían estas dudas.

—La paz requiere gestos de buena voluntad, mi señor —intervino Zephyr con tono conciliador, siempre el diplomático—. Gélidia no vendrá, todos lo sabemos. Pero la invitación en sí es un mensaje. Muestra que Dragio está dispuesto a mirar hacia el futuro, que somos lo suficientemente fuertes para tender la mano a nuestros antiguos enemigos.

—La fortaleza no se demuestra con falsa cortesía —gruñí.

—No —acordó el Rey Aric sorprendentemente—. Pero se demuestra con sabiduría política. Una boda real no es un asunto privado, es una declaración. Cada reino debe ver que esta alianza entre Dragio y Ventara es inquebrantable. Especialmente aquellos que podrían dudar de nuestra fuerza colectiva.

Baldric dio un paso adelante, desenrollando otro pergamino como si este fuera el momento adecuado para añadir más leña al fuego.

—Las celebraciones ya están en marcha, mi señor —informó con una formalidad que sonaba a reproche—. Los nobles esperan una demostración de opulencia, los mercaderes han traído sus mejores mercancías, los músicos han sido contratados…

—No habrá celebraciones. Una ceremonia. Simple. Breve. Y pospondremos la fecha para poder retirar tantas invitaciones como sea posible.

Vi cómo el rostro del Rey Aric se oscurecía ligeramente ante esta sugerencia. Claramente, la idea de posponer el matrimonio no le agradaba.

—Mi señor —Neval se atrevió a intervenir nuevamente—, los reinos esperan cierta grandeza. Cancelar ahora las celebraciones sería visto como una señal de debilidad, especialmente por Gélidia. Podrían interpretarlo como que Dragio no está completamente comprometido con esta alianza, o peor aún, que tiene miedo de mostrar su poderío.

—¿Debilidad? —La risa de Avery, aguda y desprovista de humor, cortó el aire como un cuchillo—. ¿Llamas debilidad a no querer celebrar cuando acabamos de perder a alguien? ¿Es eso lo que hace el gran Reino de Ventara? ¿Bailar sobre las tumbas de los que aman?

Un silencio atónito siguió a sus palabras. La princesa Cellina la miraba con sorpresa. El Rey Aric parecía dividido entre la indignación y la fascinación ante esta joven que se atrevía a hablar así.

—Avery —advertí, aunque una parte de mí quería abrazarla por decir exactamente lo que yo sentía.

Pero era demasiado tarde. Avery ya se había girado hacia la salida, arrastrando a Torin con ella. Su cabeza estaba alta, sus pasos firmes. Me hubiera encantado que se quedara, que me ayudase a discutir con estos buitres políticos, pero entendía su necesidad de escapar. Los hubiera callado a todos, pero no sería justo pedirle que luchara mis batallas.

Venya los siguió sin decir palabra, pero vi cómo le temblaban los hombros. Cleon, aún con Kieran en brazos, inclinó levemente la cabeza en mi dirección antes de retirarse también. Era su manera de decirme que los mantendría a salvo, que podía ocuparme de esta batalla mientras él los cuidaba.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, sentí como si mi última línea de defensa acabara de abandonar la sala. Pero lo entendía. Esto no

era para ellos. Esta farsa política, este matrimonio que ninguno de nosotros deseaba, era mi carga, no la suya.

El Rey Aric observó su partida con expresión indescifrable, mientras su hija mantenía la mirada modestamente baja, la imagen perfecta de la sumisión cortesana.

—La ceremonia procederá —declaré finalmente, rompiendo el tenso silencio—. Un día. No más. Sin festividades excesivas. Una unión política, no un circo para entretener a nobles aburridos.

—Como deseéis, mi señor —murmuró Qued, aunque pude ver la preocupación en su rostro.

Vi a Zephyr y Baldric intercambiar miradas. Finalmente, Zephyr se atrevió a hablar:

—Mi señor, entiendo vuestra posición y la respeto profundamente —comenzó con esa cadencia diplomática que usaba cuando sabía que pisaba terreno peligroso—. Pero debemos considerar las implicaciones diplomáticas más allá de Ventara. Cada reino, cada casa noble estará observando, midiendo nuestra fuerza no solo a través de nuestra alianza, sino a través de cómo la celebramos. Una ceremonia austera podría interpretarse como…

—¿Como un rey que no desea celebrar mientras Nefely sigue desaparecida? —dije con tono cortante—. ¿Como un reino que aún guarda luto por los caídos en una guerra reciente?

Un silencio incómodo siguió a mis palabras. La princesa Cellina alzó ligeramente la vista.

—Un día —concedí finalmente, viendo que la diplomacia exigía algún compromiso—. Una ceremonia, un banquete para satisfacer a los nobles hambrientos de espectáculo. Nada más.

Alcé la voz para que todos en la sala me escucharan con claridad:

—Y cuando termine la ceremonia, cuando los votos hayan sido pronunciados y la alianza sellada… —Mi voz se endureció como el acero—, la búsqueda continuará. Cada guardia, cada dragón, cada recurso seguirá dedicado a encontrarla. Esto no cambia nada.

Mis ojos se posaron deliberadamente en el trono vacío junto al mío. El mensaje era claro para cualquiera que tuviera ojos para ver: podía casarme por deber, pero mi corazón tenía una única dueña. Yo era rey y hombre de una sola mujer.

El Rey Aric asintió gravemente porque no tenía más opción. Vi en su expresión calculadora que lo único que le importaba era que me casase con su hija; los detalles le daban igual realmente. La alianza, el tratado comercial, la protección mutua… eso era todo lo que veía. La princesa permanecía inmóvil y silenciosa a su lado, la perfecta imagen de una futura reina educada para obedecer.

—Los detalles pueden discutirse en privado —sugirió el Rey Aric —. Quizás en un ambiente más apropiado.

Asentí secamente.

—Thorak —llamé a mi capitán, que permanecía en silencio cerca de la puerta—, escolta a la princesa a sus aposentos. Que nada le falte.

Miré directamente a los ojos de Cellina mientras añadía:

—Seguramente querrá descansar después de su largo viaje.

Algo parecido a la gratitud brilló fugazmente en sus ojos. Quizás había más en ella de lo que dejaba ver.

—Los demás —continué, volviéndome hacia los consejeros—, al salón del consejo. Hay mucho que discutir.

Mientras observaba a la princesa Cellina hacer una reverencia perfecta antes de retirarse con Thorak, me pregunté si ella entendería alguna vez que su papel en esta historia no era el de una novia amada, sino el de un peón en un juego de supervivencia. Un juego que yo había sido forzado a jugar, aunque cada movimiento me destrozara un poco más.

—¿Venís, majestad? —La voz del Rey Aric me arrancó de mis pensamientos.

Me volví hacia él mientras caminábamos hacia el salón del consejo, sintiendo cada paso como una traición más a Nefely.

—Sobre Gélidia… —comenzó el Rey Aric una vez que estuvimos a solas en el pasillo—. Entiendo vuestra reticencia, pero permitidme

ser franco: para Ventara, su presencia o ausencia es irrelevante. Nuestro reino mantiene relaciones… digamos, neutras con ellos.

—¿Neutras?

—Apenas sabemos nada de su gobierno actual —continuó, ignorando el filo en mi tono—. Son extremadamente reservados, casi herméticos. Sus embajadores son como sombras, aparecen y desaparecen sin dejar rastro. Sus fronteras están prácticamente selladas.

Zephyr asintió mientras tomábamos asiento en la sala del consejo.

—Es cierto, mi señor —confirmó—. Nuestros espías apenas logran penetrar sus defensas. Lo poco que sabemos es que ha habido cambios significativos en su corte en los últimos meses, pero los detalles son escasos y contradictorios.

—El príncipe Soren parece haber ganado considerable influencia —añadió Neval, su voz demasiado ansiosa por mostrar conocimiento —. Aunque el rey sigue siendo la figura oficial, los rumores sugieren que el verdadero poder ahora reside en…

—No me interesan los rumores —corté bruscamente, el nombre de Soren evocando una inquietud que no podía explicar—. Me interesa saber por qué consideráis prudente invitar a nuestros enemigos a esta celebración.

El Rey Aric se inclinó hacia adelante.

—Precisamente porque son vuestros enemigos —explicó con la paciencia de quien instruye a un novato—. La invitación es un mensaje en sí misma. Les dice que Dragio no les teme, que es lo suficientemente fuerte para formar nuevas alianzas, para celebrar, para mirar hacia el futuro. Y su ausencia será una admisión de debilidad.

—O una amenaza —murmuré, pensando en los movimientos de tropas, en las fronteras selladas.

—Todo es una amenaza en el juego de la política, Rey Aeran —respondió con un encogimiento de hombros—. La cuestión es quién tiene la fuerza para respaldar las suyas.

Sentí la bilis subir por mi garganta. ¿En qué me había convertido? ¿En qué tipo de rey me estaba transformando, jugando estos juegos de poder y manipulación mientras Nefely seguía perdida? ¿Mientras quizás estaba sufriendo, llamándome, necesitándome?

—La invitación está enviada —declaró finalmente Baldric—. Lo que debemos decidir ahora es cómo proceder cuando llegue su respuesta o su silencio.

El Rey Aric asintió.

—Si envían un regalo, como es probable dada la etiqueta diplomática, será una señal de que al menos reconocen la alianza. Si guardan silencio…

—Si guardan silencio —completó Zephyr—, debemos estar preparados para cualquier eventualidad. Sus fronteras han estado inusualmente activas últimamente.

Me enderecé en mi asiento, súbitamente alerta. ¿Por qué nadie me había informado de esto antes?

—¿Qué tipo de actividad?

—Movimientos de tropas —respondió Thorak, que acababa de regresar tras escoltar a la princesa—. Nada definitivo, avistamientos dispersos, pero hay patrones inquietantes cuando se juntan todas las piezas. Patrullas reforzadas, caravanas con cargas cubiertas, guardias en puntos que antes estaban abandonados. Como si se estuvieran preparando para algo… o protegiendo algo.

O como si estuvieran ocultando algo. O a alguien.

El pensamiento me golpeó con tanta fuerza que tuve que contener un gruñido de frustración. Mi mente, siempre ágil para elaborar escenarios, ahora era un tormento. ¿Y si ella estaba allí? ¿Y si Gélidia la tenía? Cada día que pasaba sin encontrar a Nefely, estos pensamientos se volvían más vívidos, más obsesivos.

—La ceremonia será en una semana —declaré—. El tiempo suficiente para los preparativos necesarios.

El Rey Aric asintió, satisfecho con esta muestra de decisión.

—Una decisión sensata —comentó—. Sobre Gélidia, como decía, mantienen sus asuntos con extrema reserva. La invitación es una

mera formalidad diplomática.

—Probablemente enviarán algún presente —añadió Zephyr—. Es su costumbre. Mantienen las apariencias sin revelar nada de sí mismos. Un pergamino elegante, quizás joyas que nunca usaréis.

Me limité a asentir, manteniendo mi rostro impasible, aunque la mención de Gélidia me revolvía las entrañas.

—Los preparativos comenzarán de inmediato —intervino Baldric, desenrollando varios pergaminos—. Con vuestro permiso, mi señor, hay ciertos protocolos que requieren vuestra atención inmediata. La disposición de los invitados, el orden del banquete, la ceremonia en sí…

La reunión continuó, centrada en detalles diplomáticos y preparativos ceremoniales. Mantuve mi papel de rey comprometido con la alianza, discutiendo cada punto con la atención que requería. Era lo que se esperaba de mí. Era lo que debía hacer.

Pero mientras asentía a los planes de decoración y aprobaba las listas de invitados, mi mente vagaba hacia ella, hacia todas las conversaciones que nunca tuvimos, hacia todas las preguntas que quedaron sin hacer. Le había ofrecido el anillo de mi madre antes de la batalla, pero nunca habíamos hablado realmente de un futuro juntos. Nunca llegué a preguntarle qué quería ella, cómo imaginaba su vida a mi lado. Entre mis miedos y mis dudas, entre mi necesidad de protegerla y mi incapacidad de darle el lugar que merecía, había dejado que el tiempo se nos escapara entre los dedos.

Y ahora, mientras planeaba mi boda con otra mujer, me ahogaba en el arrepentimiento por todas esas palabras no dichas, por todos esos momentos desperdiciados. Por todas las veces que debí proclamarla mi reina ante el mundo entero, pero me contuve por miedo, por tradición, por esa cobardía que ella siempre había visto a través.

Qued hablaba ahora sobre las flores que adornarían el salón, su voz monótona detallaba los arreglos que colgarían de las columnas, las guirnaldas que festonarían las mesas, los pétalos que cubrirían el camino que recorrería la princesa.

«Rosas blancas, por supuesto, simbolizando la pureza… lirios para la majestuosidad real… quizás un toque de amarillo por Ventara…».

Y mientras él divagaba sobre símbolos florales y tradiciones centenarias, me preguntaba si a ella le habrían gustado las ceremonias formales. Nunca lo supe. Nunca se lo pregunté.

Nefely prefería el jardín salvaje, sus hierbas medicinales, la simplicidad honesta de la naturaleza que no pretendía ser más de lo que era. Cuando la llevaba a las reuniones formales de la corte —demasiado pocas veces, ahora lo veía con dolorosa claridad— observaba todo con ojos curiosos, pero distantes, como una viajera en tierra extraña que admira las costumbres locales sin sentirse parte de ellas.

¿Habría querido una boda tradicional con toda la celebración que ahora planeaban para otra? ¿O habría preferido algo más simple, más íntimo, quizás bajo el cielo abierto que tanto amaba, con los dragones como únicos testigos? Era otra pregunta que quedaría sin respuesta, enterrada junto a tantas otras bajo el peso de mi silencio.

Los consejeros discutían animadamente sobre protocolos y tradiciones, sobre quién debía sentarse junto a quién, sobre el orden exacto de los brindis y las danzas. Y yo pensaba en cómo ella siempre había sido diferente a todo lo establecido, cómo nunca encajó en los moldes de la corte ni intentó hacerlo.

Recuerdo cómo reía cuando le explicaba las complicadas reglas de etiqueta, cómo se burlaba gentilmente de las múltiples reverencias y los títulos interminables. «¿No sería más sencillo simplemente hablar como personas?», preguntaba con esa sonrisa que iluminaba todo a su alrededor. «Tanto protocolo para decir tan poco».

Ni siquiera sabía si le interesaba el matrimonio, si lo veía como algo importante o meramente como otra tradición innecesaria. ¿Había aceptado mi anillo por amor, por deber, o simplemente para complacerme en un momento de desesperación?

El único indicio real de sus sentimientos sobre la familia eran los niños. La forma en que los cuidaba, cómo se convirtió en una figura maternal para ellos sin siquiera proponérselo. La manera en que Kieran se acurrucaba contra ella durante las tormentas, cómo Venya buscaba su aprobación al mostrarle sus dibujos, la paciencia infinita con que explicaba a Torin los usos de cada hierba.

Pero incluso eso… ¿había sido por amor genuino a ellos o simplemente porque cuidar era parte esencial de su naturaleza? Porque en el fondo, ella era una sanadora, y sanar, proteger, cuidar, era tan natural para ella como respirar.

Nunca hablamos de tener nuestros propios hijos, de formar una familia juntos más allá de la que ya teníamos. Era como si ambos hubiéramos estado viviendo en un presente continuo, disfrutando cada momento robado entre mis obligaciones, cada noche compartida, sin atrevernos a mirar demasiado hacia un futuro que parecía tan incierto.

Le había ofrecido el anillo de mi madre en un momento de pura desesperación, justo antes de la batalla, como si ese simple gesto pudiera mantenerla a salvo, como si pudiera protegerla de alguna manera mágica de lo que estaba por venir. Un gesto nacido más del miedo que de la planificación.

Pero nunca tuvimos esa conversación real, esa donde habríamos compartido nuestros sueños y miedos sobre un futuro juntos. Nunca llegué a preguntarle si quería ser reina de verdad, si estaba dispuesta a cargar con el peso de una corona que tantas veces había visto como una carga más que un privilegio. Si veía un futuro a mi lado más allá de lo que ya compartíamos en la intimidad de nuestras habitaciones.

—¿Mi señor? ¿Tenéis alguna preferencia respecto al orden de los bailes? —La voz de Baldric me arrancó de mis pensamientos.

—Lo que sea tradicional —respondí automáticamente, otra decisión que dejaba en manos de la costumbre por pura inercia.

Y ahora, mientras escuchaba los interminables planes para una boda que no deseaba, me consumía el peso de todas esas palabras

no dichas, de todas esas preguntas sin hacer, de todos esos futuros que nunca llegué a explorar con ella.

¿Habría aceptado el anillo después de la batalla, cuando la adrenalina del momento hubiera pasado? ¿O habría preferido mantener su libertad, su independencia, esa vida propia que tanto valoraba? ¿Habría quedado conmigo por amor o por obligación hacia los niños que ya consideraba suyos?

Nunca lo sabría, y esa incertidumbre me carcomía por dentro con más fuerza que cualquier rechazo definitivo. Al menos un «no» hubiera sido una respuesta, un cierre. Esto… esto era una herida abierta que no dejaba de sangrar.

La reunión continuaba su curso inexorable, y yo seguía asintiendo y aprobando, jugando mi papel en esta farsa política como el títere en que me había convertido. Pero cada decisión, cada pequeño detalle que aprobaba para mi boda con otra mujer, era un recordatorio punzante de todo lo que nunca llegué a preguntarle a Nefely, de todas las conversaciones que debimos tener y nunca tuvimos.

De cómo, en mi afán por protegerla —de la corte, de los nobles, de mis propios miedos— había olvidado lo más importante: preguntarle qué quería ella realmente.

Y ahora, quizás, ya nunca lo sabría.

11

Heridas que no sanan

Nefely

El espejo era un testigo cruel. Mi reflejo me devolvía la imagen de una extraña: una mujer demacrada en ropa interior, cuya piel era un mapa de moratones en distintos estados de curación. Las costillas, aún no recuperadas de la caída al río, ahora lucían nuevos tonos de púrpura y verde donde las botas de Soren habían impactado.

Pasé los dedos suavemente sobre las marcas, haciendo una mueca cuando el más mínimo roce despertaba oleadas de dolor. Como sanadora, podía identificar cada etapa de curación: los moretones más antiguos se desvanecían en tonos amarillentos, mientras los nuevos brillaban con un violeta intenso que hacía juego con las marcas en mi rostro.

Mi labio partido aún no terminaba de sanar. La sangre seca formaba una costra que amenazaba con abrirse cada vez que intentaba hablar.

El collar negro en mi cuello parecía burlarse de mí. Yo, que una vez pude sanar a otros con solo tocarlos, ahora ni siquiera podía curar mis propias heridas. La piedra absorbía cada intento de usar mi magia, dejándome tan impotente como cualquier otra prisionera.

Me giré ligeramente, observando las marcas que los grilletes habían dejado en mis muñecas. Esas cicatrices nunca desaparecerían completamente, serían un recordatorio permanente de las semanas en las mazmorras. Al menos las mangas largas de los vestidos las ocultaban, igual que los corsés escondían las marcas en mis costillas.

Todo en este lugar era una máscara, una ilusión cuidadosamente construida. Los vestidos elegantes ocultaban un cuerpo maltratado, las sonrisas corteses escondían amenazas, y la aparente libertad de movimiento era solo otra forma de prisión.

El reflejo en el espejo parpadeó y por un momento vi a la mujer que solía ser: la sanadora del bosque, libre y fuerte. Pero esa mujer se había ahogado en un río helado, dejando en su lugar esta sombra que apenas reconocía.

Me aparté del espejo. Había aprendido que mirarse demasiado tiempo solo traía más preguntas de las que podía soportar.

El chirrido de la puerta me sobresaltó. No la había oído acercarse, las doncellas aquí se movían como fantasmas. Esta era nueva, más joven que la habitual, con ojos que se agrandaron visiblemente al verme en ropa interior.

Su mirada recorrió los moratones que decoraban mi cuerpo, deteniéndose brevemente en las marcas más recientes de las botas de Soren. Vi el momento exacto en que lo comprendió, el instante en que la máscara de profesionalidad se deslizó sobre su rostro como una segunda piel. Como todas las sirvientas de este castillo helado, había aprendido a no ver, a no saber, a no preguntar.

Sus manos trabajaron con eficiencia, seleccionando un vestido azul pálido que haría juego con los moratones en mi piel. El corsé fue una tortura silenciosa. No emití ni un sonido, ese era el juego que jugábamos aquí, pretender que el dolor no existía.

El vestido cayó sobre mí, las mangas largas ocultaban estratégicamente las marcas en mis muñecas. La doncella trabajó en mi cabello trenzándolo en un elaborado diseño que mantendría mi

rostro expuesto, ya que Soren prefería ver las consecuencias de sus acciones.

Me condujo por los pasillos del castillo. Los guardias nos seguían con la mirada, sus ojos se demoraban más de lo necesario. ¿Cuántos de ellos habían estado en las mazmorras? ¿Cuántos habían participado en mi «bienvenida» a Gélidia?

Soren estaba sentado a la mesa cuando entramos, con un pergamino en sus manos y una sonrisa que me heló la sangre. Había algo en su expresión, un brillo de satisfacción en sus ojos que me hizo estremecer internamente.

—Buenos días, querida. Espero que hayas descansado bien.

La doncella me ayudó a sentarme, sus movimientos eran tan cuidadosos, como si yo fuera de cristal. Quizás lo era, un cristal agrietado, manteniéndose unido solo por la fuerza de la costumbre y el miedo a lo que pasaría si me rompiera por completo.

Dobló el pergamino con cuidado, dejándolo a un lado mientras me observaba. Su mirada se detuvo en mi labio partido, y por un momento, algo parecido al arrepentimiento cruzó su rostro.

—Sobre lo del otro día… —comenzó, haciendo un gesto a las doncellas para que nos dejaran solos—. Me temo que perdí el control. No debí reaccionar así.

La puerta se cerró. El silencio que vino fue mortal. Sabía lo que vendría: las falsas disculpas, la falsa ternura, los falsos arrepentimientos. Todo parte de un ciclo que había aprendido a reconocer demasiado bien.

Mantuve la mirada fija en mi plato vacío mientras él continuaba:

—A veces… a veces la preocupación por tu bienestar me sobrepasa. Comprendes que solo quiero protegerte, ¿verdad? El mundo es un lugar peligroso para alguien con tus… dones. No puedo permitir que nadie te haga daño, amor.

Él sabía que así me llamaba él, sabía cómo llamarme para hacerme más daño sin tocarme. Cada «amor» salido de sus labios era como un puñal envenenado, recordándome lo que una vez tuve y ahora parecía tan lejano como las estrellas.

—¿Te duele mucho? —preguntó, señalando mi labio con un gesto de la mano.

—No, mi príncipe —mentí, sabiendo que cualquier muestra de debilidad solo alimentaría su sed de poder.

—No me mientas, Nefely. Sé que te duele. Lo veo en tus ojos. Siempre has sido terrible ocultando tus sentimientos.

Se levantó, rodeando la mesa hasta colocarse detrás de mi silla. Sus manos se posaron sobre mis hombros y tuve que luchar contra el impulso de encogerme.

—No quiero lastimarte, Nefely —susurró, con sus dedos hizo círculos sobre la tela de mi vestido—. Pero debes entender que hay reglas aquí. Reglas que existen por tu propio bien.

Sus manos subieron hasta mi cuello, rozando el collar negro.

—Este regalo… —continuó—, es más que un simple adorno. Es mi promesa de mantenerte a salvo. De protegerte incluso de ti misma.

«De ti misma», repetí en mi mente. Como si yo fuera el peligro, como si mis decisiones fueran las que me hubieran traído a este infierno. Como si tuviera alguna opción.

Se inclinó más cerca, su aliento rozó mi oreja:

—¿Sabes por qué me preocupo tanto? Porque veo tu potencial. Veo lo que podrías llegar a ser, si tan solo confiaras en mí. Si tan solo dejaras de luchar contra lo inevitable.

—Mi príncipe es demasiado generoso —respondí.

—Sí, lo soy —confirmó, y sus dedos me apretaron ligeramente antes de soltarme—. Si lo entendieras completamente, esto sería mucho más fácil para ambos. Pero tu naturaleza rebelde es parte de lo que me fascina, debo admitirlo.

Regresó a su asiento, como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera dejado marcas de dedos sobre mis hombros.

—Comamos —declaró—. El cocinero ha preparado tus platos favoritos. Una pequeña disculpa por mi exabrupto de ayer.

Sus ojos brillaron con algo que no supe identificar mientras una doncella servía el té.

—Anoche también fui descortés —continuó, estudiando el líquido en su taza—. Comprendo que estabas agotada, que quizás no era el mejor momento para discutir ciertos temas.

Descortés. ¿Así definía haber destruido mi dignidad, haber amenazado a quienes amaba, haberme quebrado una y otra vez hasta que no quedara nada de mí más que un cascarón obediente? Así llamaba al momento en que me había lanzado contra la pared con tanta fuerza que pensé que mis costillas, apenas sanadas, volverían a romperse.

—Agradezco tu comprensión —murmuré.

—Aunque —continuó como si yo no hubiera hablado—, debo admitir que disfruto viendo cómo te niegas a ser completamente domada. Ese fuego en ti… —Sacudió la cabeza con una sonrisa que me heló la sangre—. Es adictivo.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, su voz bajó hasta ser apenas un susurro:

—Pero hoy es un nuevo día, ¿verdad? Y tengo el presentimiento de que será interesante. —Sus dedos jugueteaban con el pergamino doblado—. Mi hermano está demasiado ocupado con asuntos del reino últimamente. Tanto que apenas tiene tiempo para prestar atención a lo que sucede más allá de nuestras fronteras.

Su sonrisa se ensanchó, y por un momento vi al verdadero Soren bajo la máscara de cortesía.

—¿Asuntos importantes? —me atreví a preguntar, sabiendo que esperaba alguna respuesta de mi parte.

—Oh, muy importantes —respondió—. Cuestiones de estado que requieren toda su atención. Fronteras, impuestos, alianzas… —Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Cosas aburridas, en realidad. Quizás tú y yo podríamos entretenernos mientras tanto —continuó tras dar un sorbo a su té—. Tengo algunos planes que podrían interesarte. Algunos eventos que requieren nuestra atención. Que quizás podamos asistir como pareja.

La palabra «pareja» me revolvió el estómago. No éramos una pareja. Éramos carcelero y prisionera, torturador y víctima,

depredador y presa. Nunca algo tan simple y normal como una pareja.

El terror me apretó la garganta. Cualquier cosa que divirtiera a Soren solo podía significar más dolor, más sufrimiento.

El sonido de las puertas abriéndose de golpe me sobresaltó. No esperábamos a nadie, y las interrupciones durante las comidas de Soren solían tener consecuencias desastrosas para los sirvientes lo suficientemente desafortunados como para causarlas.

La figura que apareció en el umbral hizo que el aire abandonara mis pulmones. Alto, imponente, con un rostro marcado por cicatrices que apenas se veían bajo una barba perfectamente recortada, el Rey Thorian de Gélidia. Sus ojos me miraron con una intensidad que me hizo encogerme en mi asiento.

Las doncellas se retiraron rápidamente en silencio, como sombras huyendo de la luz. El rey se movía con elegancia, nada que ver con Soren que pareciera tosco en comparación. Donde Soren necesitaba esforzarse para proyectar poder, Thorian lo exudaba naturalmente.

—¿Es cierto? —preguntó. Por primera vez, detecté genuina preocupación en un miembro de la familia real de Gélidia—. ¿Dragio y Ventara? ¿Una unión formal?

«¿Qué?».

Sus ojos no dejaban de estudiarme mientras hablaba, como si intentara reconciliar la imagen que tenía de mí con la realidad que veía. Me sentí desnuda bajo su escrutinio, consciente de cada marca, cada cicatriz que su hermano me había infligido.

—Hermano. —Soren se levantó con una sonrisa tensa—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Responde a mi pregunta —exigió Thorian, ignorando el saludo —. ¿La información es correcta?

Soren sonrió, extendiendo el pergamino hacia él. Sus ojos se desviaron hacia mí brevemente, y la satisfacción en ellos me heló la sangre.

—Al parecer, el Rey Aeran ha decidido fortalecer su posición — respondió, y pude notar el placer que le causaba pronunciar esas

palabras en mi presencia—. La Princesa Cellina de Ventara será su reina.

—No. —La palabra escapó de mis labios antes de poder contenerla. Una negación instintiva, nacida de algo más profundo que el pensamiento consciente.

El Rey Thorian desplegó el pergamino con dedos largos, pero sus ojos volvían a mí cada pocos segundos, estudiando cada una de mis reacciones. ¿Qué buscaba? ¿Dolor? ¿Furia? ¿Traición? ¿Qué podía ver en mi rostro que yo misma no podía controlar?

—Una invitación formal a su boda —murmuró, preocupado—. Esto cambia todo el equilibrio de poder. Si Ventara y Dragio unen fuerzas…

Pero yo apenas le escuchaba. Mi mente se negaba a procesar lo que estaba oyendo. Las palabras «boda», «Aeran», «Princesa Cellina» rebotaban en mi cabeza como dagas, abriéndose paso hasta mi corazón, desgarrándolo lentamente. Un zumbido empezó a llenar mis oídos mientras la sangre abandonaba mi rostro.

¿Aeran? ¿Mi Aeran iba a casarse con otra? ¿El mismo hombre que me había ofrecido el anillo de su madre antes de la batalla? ¿El que me había prometido un futuro juntos, un trono a su lado, una vida compartida?

—No —susurré—. Es imposible. Él no…

—¿No qué, exactamente? —preguntó el Rey, mientras se acercaba a la mesa—. ¿No tomaría una decisión política sensata? ¿No aseguraría el futuro de su reino?

Su presencia era abrumadora, tan diferente a la crueldad de Soren. Había algo en su manera de moverse, en cómo ocupaba el espacio, que hablaba de un poder real, no de la falsedad que su hermano menor exhibía.

—Muéstraselo —ordenó Soren, sin apartar sus ojos de mí—. Deja que lo vea por sí misma.

El pergamino se deslizó hacia mí por la mesa. Mis manos temblaban tanto que apenas podía sostenerlo. Los dedos me hormigueaban con un frío que venía de dentro, no de la temperatura

del castillo. El sello real de Dragio brillaba como una burla cruel, aquel mismo emblema que una vez me había hecho sentir protegida ahora me desgarraba por dentro.

Las palabras se mezclaban ante mis ojos nublados por las lágrimas, danzando en una confusión de letras que mi mente se negaba a ordenar: «…el honor de invitarles a la unión sagrada…», «…la Princesa Cellina de Ventara…», «…Rey Aeran de Dragio…».

—No puede ser verdad —susurré—. Tiene que haber algún error.

Soren se inclinó hacia adelante, su sonrisa crecía mientras observaba cada matiz de mi sufrimiento.

—Oh, no hay error alguno, querida —respondió con falsa compasión—. El sello es auténtico. La caligrafía es indiscutible. Tu amado rey ha decidido seguir adelante.

La bilis subió por mi garganta. Cada palabra del pergamino era una puñalada, cada línea ornamentada una traición más profunda que la anterior. ¿Cuánto tiempo llevaba planeando esto? ¿Mientras yo sufría torturas indescriptibles, él estaba escogiendo flores para su boda?

—Fascinante —murmuró el Rey—. Entonces los rumores eran ciertos. Realmente existe un vínculo.

—Un vínculo inútil, por lo que parece —intervino Soren con una sonrisa cruel, mientras se servía más vino—. Nuestro querido Rey de Dragio ha decidido que una princesa de sangre noble es mejor opción que una… ¿cómo llamarte? ¿Sanadora perdida? ¿Furcia personal?

La rabia explotó en mi pecho, una furia tan intensa que por un momento olvidé dónde estaba, olvidé quién tenía delante, olvidé las consecuencias. Sentí el collar calentarse contra mi piel mientras algo dentro de mí luchaba por liberarse.

—¡Mientes! —grité, poniéndome de pie tan bruscamente que la silla cayó hacia atrás—. ¡Todo esto es una mentira! ¡Él jamás…!

—¿Jamás qué? —El Rey cortó mi protesta—. ¿Jamás te reemplazaría? ¿Jamás elegiría el deber sobre el amor? —Sus ojos oscuros me atravesaron—. Eres joven aún. Los reyes hacen lo que

deben por sus reinos. Las promesas personales significan poco frente a la necesidad política.

—No él —insistí, pero mi voz ya había perdido convicción—. Aeran no es así. Me juró… me prometió…

—¿Que serías la única? —completó Soren—. ¿Que nunca habría otra? Qué conmovedor. ¿Y realmente lo creíste? ¿Una sanadora del bosque convertida en reina? Los cuentos de hadas terminan, Nefely. Y este ha terminado particularmente rápido.

Las piernas me fallaron como si alguien hubiera cortado hilos invisibles que me mantenían en pie. Caí de rodillas sobre el suelo. El pergamino aún apretado en mis manos temblorosas era la única prueba tangible de que esto no era una pesadilla más, sino una realidad cruel e implacable

—No es posible —murmuré, negando con la cabeza mientras las lágrimas corrían libremente por mis mejillas—. Él me buscaba… me lo dijo en sueños… estaba desesperado…

—¿En sueños? —Soren intercambió una mirada con su hermano —. Qué conveniente. Dime, ¿te ha buscado lo suficiente como para encontrarte? ¿Ha llegado algún mensaje a Gélidia exigiendo tu devolución? ¿Ha amenazado con guerra si no te liberamos?

Cada pregunta era una daga más en mi ya destrozado corazón, porque conocía las respuestas. No había habido rescate, no había habido amenazas, no había habido consecuencias. Solo silencio y, ahora, traición.

El dolor era insoportable, como si me estuviera ahogando de nuevo en aquel río helado, pero esta vez sin esperanza alguna de salir a la superficie. El río al menos había sido honesto en su crueldad; Aeran había prometido amor mientras planeaba abandonarme.

—Una semana. La ceremonia será en una semana. Justo al inicio de la primavera. Qué romántico, ¿no crees? Las flores, las luces, un nuevo comienzo… sin ti.

Quería gritar, quería destruir algo, quería que el mundo entero sintiera una fracción del dolor que me consumía. El collar en mi

cuello quemaba mientras mi magia, esa parte de mí que creía silenciada para siempre, luchaba por liberarse.

—Suficiente, Soren. No hay necesidad de prolongar su sufrimiento innecesariamente.

—¿No? —cuestionó Soren—. Pero si apenas empezaba a describir cómo será la ceremonia. Los adornos, la música… Me pregunto qué vestirá la novia. Blanco, seguramente. Un color puro para una princesa pura, no como…

—He dicho suficiente.

El Rey Thorian se acercó a la ventana, su figura alta proyectaba una sombra alargada sobre el suelo. Permaneció en silencio unos instantes, mirando hacia los jardines nevados como si en ellos pudiera encontrar respuestas a preguntas que aún no había formulado.

—La pregunta —murmuró finalmente, más para sí mismo que para nosotros—, es qué haremos al respecto. Una alianza entre Dragio y Ventara… —Sacudió la cabeza—. No podemos permitirlo.

Soren soltó una risa seca mientras rellenaba su copa.

—¿Recuerdas, hermano? Fue idea mía sugerir a Ventara que enviaran a esa princesa insípida. —Se giró hacia mí con una sonrisa cruel—. Después de todo, su aparición «milagrosa» en el campo de batalla cuando la guerra ya estaba ganada… tan oportuna, ¿verdad?

—Una estrategia inteligente —concedió el Rey sin apartar la mirada del paisaje helado—. Hacerles creer que Ventara está de su parte, cuando en realidad…

—Cuando en realidad —completó Soren, acercándose a mí para alzar mi rostro con falsa ternura—, sin nosotros, Ventara se derrumbaría. —Sus dedos se clavaron en mi barbilla—. ¿No es fascinante, querida? Tu precioso rey cree que está forjando una alianza poderosa, cuando realmente está abrazando a una serpiente que le muerde por la espalda.

El Rey asintió pensativamente.

—Dragio nunca ha entendido que los cultivos de Ventara, su grano, sus frutas, todo ello depende de nuestro comercio. De

nuestras semillas, de nuestros acuerdos. Sin Gélidia, Ventara no se sostiene.

—Y sin Ventara, Dragio pasará hambre —añadió Soren con satisfacción—. Una cadena perfecta, donde nosotros sostenemos todos los eslabones.

Mi mente giraba frenéticamente mientras entendía lo que estaba escuchando. Pobre Aeran, tan desesperado por salvar su reino que no veía la trampa en la que estaba cayendo. Mi reino —porque a pesar de todo, Dragio seguía siendo mi hogar— se dirigía hacia un abismo, engañado por una farsa cuidadosamente orquestada.

Quería gritar, advertirle de alguna manera que estaba siendo manipulado, que esta boda no era la salvación que creía, sino otra forma de control, otra cadena invisible que Gélidia usaría para estrangularlos lentamente. Todas aquellas familias inocentes, los niños que corrían por las calles de las aldeas, los ancianos que contaban historias junto al fuego, todos ellos sufrirían por esta telaraña de mentiras.

Y yo, prisionera en este palacio de hielo, no podía hacer nada para evitarlo.

Mi mundo se había reducido a ese pergamino en mis manos, a esas palabras que destruían todo lo que había creído, todo lo que había esperado. Y en medio de mi agonía, sentí los ojos del Rey sobre mí, como si en mi dolor hubiera encontrado algo inesperadamente valioso.

—Háblame de su poder —dijo el Rey—. ¿Es tan especial como dicen los rumores?

Seguía de rodillas en el suelo, el pergamino arrugado entre mis dedos temblorosos. Las lágrimas corrían libremente por mis mejillas mientras la rabia y el dolor se mezclaban en mi pecho como veneno. El nombre de Aeran se repetía en mi mente como una plegaria rota, cada letra era una herida abierta que se negaba a cicatrizar.

Soren soltó una risa suave.

—De momento, nada —respondió, señalando el collar en mi cuello—. La piedra bloquea cualquier intento de usar su magia.

Nuestros brujos no saben realmente de dónde viene su poder, lo único que tienen claro es que no es una bruja, al menos no como las que conocemos. Aunque, el simple hecho de que sea su Alisma podría ser útil. Imagina el rostro del gran Rey Aeran cuando descubra que su preciada sanadora está en nuestro poder.

—¿Chantaje? —El Rey arqueó una ceja, aunque pareció divertirse —. ¿Ese es tu gran plan, hermano?

—¿Por qué no? —Soren se encogió de hombros—. Si tanto la quería, que nos ceda las tierras del norte, las minas fronterizas y todos los puertos marítimos. Podríamos exigir suficiente oro para reconstruir todo el reino. Un intercambio justo, ¿no crees?

—¡No soy moneda de cambio! —grité.

Ambos me ignoraron, como si no existiera, y deseaba no existir.

—Aunque… —continuó Soren—, dudo que signifique tanto para él. No era más que una distracción conveniente. Una furcia que calentaba su cama y cuidaba de sus hermanos. La prueba está en ese pergamino.

—Te equivocas. —Las palabras salieron entre dientes apretados —. Él me…

—¿Te amaba? —Soren soltó una carcajada cruel—. Oh, querida. Si te amara tanto, ¿por qué está organizando su boda con otra?

El Rey Thorian levantó una mano, silenciando a su hermano.

—Los dragones —dijo simplemente—. Háblame de los dragones.

Soren se inclinó hacia adelante.

—Eso, hermano mío, es lo verdaderamente interesante —sonrió —. Tiene dos. Dos dragones que le responden solo a ella. Ni siquiera el gran Rey Aeran puede presumir de tal hazaña.

—¿Dos? Eso es inusual.

—Más que inusual —continuó Soren—. Es único. Algunos jinetes ni siquiera consiguen uno. Pero ella… —Sus ojos se clavaron en mí —. Ella tiene un poder que va más allá de la marca. Los dragones la eligen por algo más profundo.

—¿Y dices que no puede usarlos? —preguntó el Rey, señalando mi collar.

—No mientras lleve la piedra —confirmó Soren—. Pero imagina el potencial. Dos dragones contra uno. Incluso la poderosa Draluz tendría problemas.

—No les haré daño —susurré, mi voz temblaba de rabia—. Nunca usaré mi poder contra Dragio.

El Rey se acercó, agachándose hasta quedar a mi nivel.

—No necesitamos que lo uses —murmuró—. Solo necesitamos que exista la posibilidad. La amenaza de dos dragones bajo nuestro control será suficiente para disuadir a cualquier reino que piense en atacarnos. Nadie se atreverá a declararnos la guerra sabiendo el poder que poseemos. Y Aeran… —Sonrió ligeramente—. Nuestro vecino pensará dos veces antes de planear cualquier tipo de venganza contra Gélidia.

—Aunque —intervino Soren—, sería una deliciosa ironía que sus propios dragones destruyeran su castillo el día de su boda, ¿no crees?

—¡No! —grité, intentando ponerme de pie, pero mis piernas temblaban demasiado.

—Vamos, querida. ¿No quieres darle un regalo de bodas memorable? Algo que le haga recordar a la mujer que abandonó, que reemplazó tan fácilmente.

El Rey observaba nuestro intercambio.

—El poder de una Alisma verdadera —murmuró—, y encima con poderes reales, algo casi inédito… combinado con el control sobre dos dragones… —Sacudió la cabeza—. Es más valioso que cualquier tierra o alianza. La mayoría de las Alismas son meras compañeras predestinadas, sin más don que la marca. Pero esta…

—Efectivamente, y está completamente bajo nuestro control —añadió Soren—. La piedra no solo bloquea su magia, también nos permite dirigirla, cuando sea necesario. Y créeme, hermano, necesita mucha disciplina.

—Podríamos chantajear a Dragio —continuó el Rey, pensativo—. Exigir territorios, oro, recursos… Todo lo que deseáramos a cambio de su preciada sanadora.

Soren negó con la cabeza, una sonrisa peligrosa se dibujó en sus labios.

—¿Para qué conformarnos con migajas, hermano? —Sus ojos brillaron con ambición—. Con el poder de los dragones bajo nuestro control, Dragio sería solo el comienzo.

El Rey asintió lentamente, su mirada se posó en mí con interés.

—Los otros reinos caerían uno tras otro —murmuró, como saboreando la idea—. Ninguno podría resistir un ataque de dragones.

Me estremecí al recordar el dolor que el collar podía infligir, cómo me había castigado por intentar usar mis poderes. El terror me invadió al comprender que no solo planeaban usar mis habilidades para controlar a Dragio, sino para conquistar todos los reinos circundantes. Mi don, esa conexión sagrada con los dragones, convertida en un arma de destrucción masiva.

—¿Y si se resiste? —preguntó el Rey.

La sonrisa de Soren se volvió cruel.

—Todos tienen un punto de quiebre, hermano —respondió—. Solo es cuestión de encontrar el correcto.

A pesar del miedo que me atenazaba, a pesar del dolor físico que apenas me permitía mantenerme erguida, algo en mi interior se negaba a rendirse por completo. Era un último reducto de la Nefely que había sido, esa mujer salvaje del bosque que no se doblegaba ante nada ni nadie. Quizás fuera solo un espejismo, el último latido de un corazón que se apaga, pero era mío, y me aferré a él con la desesperación de quien se ahoga.

—No pienso hacerles daño de ninguna forma y no me obligaréis a hacérselo por nada en el mundo.

Soren se levantó tan bruscamente que su silla se estrelló contra el suelo.

—¡Mírate! —rugió—. ¡Aquí sentada, llorando por un hombre que en este momento está probablemente en su cama con otra!

Sus palabras me golpearon como puñales, pero él apenas estaba empezando.

—¿Te lo imaginas? —siseó, inclinándose tan cerca que podía sentir su aliento en mi rostro—. Sus manos recorriendo el cuerpo de otra mujer, sus labios susurrando en su oído las mismas promesas vacías que te hacía a ti.

El suelo comenzó a vibrar ligeramente, pero él continuó, implacable:

—«Mi amor», «mi vida» —se burló, imitando la voz de Aeran—. ¿Cuántas veces te susurró eso en la oscuridad? ¿Cuántas promesas de eternidad te hizo mientras te tenía en su cama y entre sus piernas? Y ahora… —Soltó una risa amarga—. Ahora otra mujer ocupa tu lugar. Otra mujer escucha esas mismas palabras, recibe esas mismas caricias. ¡Y lo mejor es que ni siquiera tiene que fingir que la ama!

Las copas en la mesa comenzaron a tintinear suavemente.

—Porque eso era lo que hacía contigo, ¿sabes? —continuó—. Fingir. ¿Realmente creíste que un rey podría amar a alguien como tú? ¿Una furcia del bosque que ni siquiera sabía comportarse en la corte?

Se inclinó más cerca:

—Deberías ver lo aliviado que está —susurró—. Por fin libre de la carga de pretender que eras algo más que un cuerpo caliente en su cama. ¿Sabes cómo te llamaban los nobles? «El pasatiempo del rey». «La distracción temporal». Todos sabían que solo era cuestión de tiempo antes de que se aburriera de ti.

El temblor en el suelo se intensificó.

—¿Crees que alguna vez consideró realmente hacerte su reina? Oh, amor. Eras conveniente, nada más. Una sanadora que podía calentar su cama y cuidar de sus hermanos. Dos pájaros de un tiro, ¿no? Y ahora…

Se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos:

—Ahora tiene una verdadera dama. Alguien que no lo avergüenza en la corte, alguien que puede darle herederos legítimos. ¿Sabes lo que dicen los consejeros? Que parece más feliz

que nunca. Más ligero. Como si se hubiera quitado un peso de encima.

La piedra en mi collar comenzó a calentarse mientras él continuaba:

—Por fin puede mostrarse en público con la mujer que ama, sin tener que esconderla en las sombras como hacía contigo. Por fin puede planear un futuro sin tener que preocuparse por las habladurías, por los susurros sobre la furcia que había hechizado al rey.

—No… —susurré, pero él era implacable.

—¿Sabes qué es lo más dulce? Los niños. ¿Te imaginas cómo la llamarán? «Madre». Sí, la misma palabra que nunca te atreviste a reclamar, aunque la desearas tanto. Porque la deseabas, deseabas que esos niños te lo dijeran.

Mi corazón se detuvo por un instante.

—No… —repetí, más débil.

—Oh, sí —continuó, saboreando cada palabra—. Kieran es tan pequeño, ¿verdad? Tan impresionable. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en olvidarte? ¿Cuánto antes de que busque el consuelo en los brazos de su nueva madre? Una verdadera madre, no una bruja jugando a serlo.

El temblor se intensificó. La piedra en mi collar ardía.

—Y Venya… tan dulce, tan necesitada de una figura materna. ¿Crees que recordará cómo trenzabas su pelo? ¿Las historias que le contabas? ¿O esos recuerdos se desvanecerán cuando esta nueva mujer la mime con regalos y atenciones? Una verdadera dama que puede enseñarle lo que tú nunca pudiste.

Las lágrimas corrían libremente por mis mejillas, pero él no mostraba misericordia.

—Avery tendrá por fin un modelo apropiado a seguir. Una dama de la corte, no una salvaje que apenas sabía usar los cubiertos correctos. Le enseñará todo lo que tú nunca pudiste: etiqueta, danza, cómo ser una verdadera princesa.

Un jarrón explotó repentinamente.

—¿Sabes lo que dicen los sirvientes? —continuó—. Que Aeran sonríe más ahora. Que parece más relajado, más feliz. Como si por fin pudiera ser él mismo, sin tener que pretender amor por alguien tan por debajo de su posición.

El suelo temblaba violentamente ahora.

—Probablemente está agradecido de que cayeras en ese río —siseó—. Le ahorraste la molestia de tener que deshacerse de ti él mismo. ¿Por qué crees que no te buscó realmente? ¿Por qué crees que no movió cielo y tierra para encontrarte? Porque estaba aliviado, Nefely. Aliviado de poder por fin tener una reina digna de él, no una campesina que se le metió en la cama.

—¡Basta! —grité, y la fuerza de mi voz hizo que las ventanas temblaran.

La piedra en mi collar crujió, una pequeña grieta apareció en su superficie.

Soren se echó hacia atrás, sus ojos se abrieron con sorpresa al ver la grieta. La sangre abandonó su rostro por un instante, para luego regresar con furia. Su respiración se volvió errática mientras observaba cómo su preciado mecanismo de control se deterioraba ante sus ojos.

—¡No! —rugió, su mano se estrelló contra mi mejilla con tanta fuerza que caí al suelo de costado—. ¡Tienes la verdad frente a tus ojos y aún te niegas a verla! —Me agarró por el pelo para obligarme a mirarlo—. ¡Este poder que sientes no tiene nada que ver con ser la maldita Alisma! ¡Es pura rabia, puro odio!

El Rey Thorian cortó aquel momento con un grito:

—¡Suficiente, Soren!

Pero Soren ya estaba fuera de control. Me dio una patada en el costado que me hizo encogerme sobre mí misma.

—¡Mírate! —escupió, señalando la grieta en el collar—. ¡Todo este poder y ni siquiera puedes usarlo! ¡Eres patética! ¡Sigues aferrándote a un hombre que probablemente está celebrando tu muerte!

—Hermano. Te dije que es suficiente.

Soren se giró hacia él con furia.

—¿No lo ves? —siseó—. Tengo la prueba aquí mismo. Este poder no tiene nada que ver con ser la Alisma. Es algo más, algo que ni nosotros entendemos. —Estaba furioso—. Ni siquiera ella sabe de dónde proviene, ¡por eso no puede controlarlo! No es la marca, no son los dragones… es otra cosa completamente distinta. ¡Y eso lo hace más valioso y peligroso a la vez!

—Necesitamos entender su naturaleza antes de usarlo —respondió el Rey con calma.

—¡Es lo que intento hacer! —Soren golpeó la mesa con el puño —. Pero sin conocer su origen, sus límites, sus debilidades, estamos trabajando a ciegas. —Me miró con desprecio—. Y ella es inútil porque tampoco lo sabe. Tiene un poder que podría arrasar reinos enteros y no tiene ni la más remota idea de cómo funciona. ¡Es lo que necesitamos!

El Rey dio un paso adelante.

—Lo que veo —dijo con voz suave—, es que has perdido el control. Retírate.

—Pero…

—Ahora.

Soren me miró una última vez antes de girarse y salir de la habitación. El portazo resonó en las paredes, haciendo que más grietas aparecieran en la piedra de mi collar.

Me quedé en el suelo, saboreando mi sangre y mis lágrimas. El poder que había sentido momentos antes se desvaneció, dejando solo un vacío frío y el dolor punzante donde Soren me había golpeado.

Este poder… no era como mis visiones o mi capacidad para sanar. No era como la conexión que sentía con los dragones. Era algo diferente, más visceral, más salvaje. Me aterraba. ¿De dónde venía esta fuerza que había hecho temblar las ventanas, que había agrietado una piedra capaz de suprimir mi magia? Ni siquiera yo entendía qué estaba sucediendo con mi propio cuerpo, con mi propia mente. Era como si una parte de mí que siempre había estado

dormida comenzara a despertar, alimentada por el dolor y la desesperación.

En mi mente, las imágenes que él había plantado se reproducían sin cesar: Aeran sonriendo aliviado mientras planeaba su boda, los niños olvidando poco a poco mi existencia, una nueva mujer ocupando todos los espacios que una vez creí míos. Y lo peor era que cada palabra suya encontraba eco en mis propias dudas, en esos miedos oscuros que siempre había intentado ignorar.

12

Dagas y silencios

Nefely

La cena había transcurrido en un silencio antinatural, roto solo por el tintineo de los cubiertos y las ocasionales risas suaves de Soren. Sus disculpas por haberme golpeado habían sido tan falsas como su sonrisa.

«Lo lamento tanto, amor», había dicho mientras me servía vino. «A veces me dejo llevar por la pasión del momento». Como si la brutalidad pudiera disfrazarse de pasión, como si los moretones en mi rostro fueran algo que pudiera borrarse con palabras bonitas.

Pero lo peor no eran sus falsas disculpas ni su actitud despreocupada. No. Lo peor era la invitación de boda, clavada con dos dagas sobre la mesa justo frente a mí. El pergamino, con sus elaborados sellos y su caligrafía elegante, se burlaba de mi existencia con cada palabra.

Soren actuaba como si el pergamino no estuviera allí, como si las dagas fueran simples adornos de mesa. Hablaba del clima, de los jardines, de mil trivialidades que se mezclaban en mi mente como un zumbido distante. De vez en cuando, sus ojos se desviaban hacia la

invitación, y una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios antes de continuar con su monólogo interminable.

—El cocinero realmente se ha superado esta noche —comentó, cortando un trozo de carne—. ¿No te parece que la salsa tiene un toque especial? Algo nupcial, diría yo.

Mantuve la mirada fija en mi plato, pero podía sentir su sonrisa crecer.

—Oh, disculpa —continuó—. ¿Toqué un tema sensible? Qué desconsiderado de mi parte.

Las dagas parecían brillar más intensamente bajo la luz parpadeante de las velas, como si respondieran a su crueldad. El pergamino entre ellas ondulaba suavemente con las corrientes de aire, esta no era una pesadilla de la que pudiera despertar.

Cada vez que alzaba la vista, las palabras saltaban hacia mí como puñales: «…el honor de invitarles…», «…sagrada unión…», «…Rey Aeran de Dragio y la Princesa Cellina de Ventara…».

Y con cada minuto que pasaba, con cada silencio, con cada sonrisa cruel de Soren, el odio crecía en mi interior. Ya no era el dolor agudo y desesperado de antes. No. Se había transformado en algo más frío, más profundo. Un odio que se enroscaba en mis entrañas como una serpiente de hielo, susurrando promesas de venganza que me aterraban y me atraían a partes iguales.

Era como si algo primitivo despertara dentro de mí, algo que había estado dormido durante toda mi vida. Yo, que me había dedicado a sanar, a unir lo roto, ahora solo podía pensar en destruir. El odio me susurraba que tal vez siempre había estado allí, esperando, y que toda mi existencia como sanadora no había sido más que un intento de compensar esta oscuridad que llevaba dentro.

¿Era así como se había sentido Aeran cada vez que lo veía dudar, cada vez que lo veía luchar entre el deber y lo que sentía por mí? ¿Era este mismo veneno el que le había impedido presentarme ante la corte, el que le había hecho mantenerme en las sombras mientras disfrutaba de mí en la intimidad de su habitación? ¿Y ahora ese

mismo veneno le permitía sustituirme tan fácilmente, como si nunca hubiera importado?

Cada latido de mi corazón parecía bombear más de este frío líquido por mis venas, congelando las lágrimas que ya no quería derramar, solidificando la determinación de no volver a sentir ese amor que tanto me había destrozado.

—¿Más vino? —ofreció Soren—. ¿O prefieres algo más festivo? Podríamos brindar por la feliz pareja.

Lo peor era que una parte de mí lo agradecía. El odio era mejor que el dolor. El odio me mantenía en pie cuando todo lo demás amenazaba con hacerme caer.

Las dagas seguían allí, tentándome. A veces me preguntaba si esa era su intención: tentarme con la posibilidad de la violencia, con la promesa de una liberación que sabía que no llegaría. Porque incluso si lograra alcanzar una de esas dagas, ¿qué podría hacer realmente? ¿Atacarlo? ¿Intentar escapar? ¿O quizás…?

No. Esos pensamientos eran peligrosos. Esos pensamientos eran exactamente lo que él quería provocar.

—¿Sabes? —continuó Soren, limpiándose los labios con una servilleta—. Me pregunto qué vestido usará la novia. El blanco es tradicional, por supuesto, pero tengo entendido que la Princesa Cellina prefiere los tonos pastel. Algo sobre resaltar su delicada complexión.

Cada palabra era calculada, cada comentario diseñado para hundir el puñal un poco más profundo. Y funcionaba. Los dioses sabían que funcionaba.

El pergamino seguía allí, atravesado por las dagas, recordándome que algunos dolores no pueden curarse, que algunas heridas están destinadas a convertirse en algo más oscuro, más peligroso.

Y mientras la cena continuaba, comprendí que Soren había ganado más de lo que imaginaba. Porque el odio que estaba cultivando en mí no era solo hacia Aeran o hacia él mismo.

Era un odio hacia todo. Hacia todos. Hacia mí misma.

Y eso, quizás, era lo más aterrador de todo.



Las sábanas se enredaban en mi cuerpo mientras daba vueltas en la cama, incapaz de encontrar paz. El odio bullía en mi interior como un veneno, haciendo imposible el descanso.

Y entonces sucedió. Sin quererlo, sin poder evitarlo, sentí ese tirón familiar. El poder que había despertado en mí, más oscuro y frío que nunca, me arrastró hacia él. Hacia Aeran.

La sala del trono se materializó a mi alrededor, pero no era como la recordaba. Las sombras parecían más densas, más amenazantes, como si reflejaran la oscuridad que ahora habitaba en mi alma.

Y allí estaba él, sentado en su trono como tantas otras noches. No me había visto aún; yo era una sombra más entre las sombras, observándolo desde la oscuridad.

El odio me golpeó con una fuerza que me dejó sin aliento.

Le observé beber de su copa, ajeno a mi presencia, y cada uno de sus gestos alimentaba mi rabia. La forma en que sostenía la copa, cómo se reclinaba en el trono, hasta su manera de respirar… todo me recordaba a las mentiras, a las promesas vacías, a la traición.

Las palabras de Soren resonaban en mi mente: «Aliviado de poder tener una reina digna», «por fin libre de la carga», «los niños tendrán una verdadera madre». Cada frase era leña para el fuego de mi odio.

Ya no quedaba nada del amor que alguna vez sentí. La mujer que lo había amado con desesperación había muerto en aquel río

helado. En su lugar solo quedaba esta criatura de hielo y sombras, consumida por un odio tan profundo que amenazaba con devorar todo a su paso.

El aire a mi alrededor parecía enfriarse, las sombras se hacían más densas. Este no era el sueño luminoso y desesperado de la última vez. Esta era una pesadilla nacida de mi propia oscuridad.

Y mientras lo observaba desde las sombras, comprendí que una parte de mí había estado esperando este momento. Una parte de mí necesitaba verlo así, ajeno y despreocupado, para que el odio terminara de cristalizar en mi corazón…

Di un paso hacia la luz, dejando que las sombras se deslizaran de mí. El sonido de la copa estrellándose contra el suelo resonó en la sala cuando me vio.

Aeran pestañeó varias veces, como si no confiara en lo que veían sus ojos. Se puso de pie lentamente con movimientos cautelosos. El odio que había alimentado durante horas pareció congelarse en mi pecho, reemplazado por una extraña sensación de vacío. No sabía por qué estaba aquí, qué buscaba realmente al venir a verlo.

—Solo soy otra de tus pesadillas. Un fantasma más que viene a atormentarte.

Dio un paso hacia mí, y luego otro, sus ojos nunca dejaban mi figura. Había algo extraño en su mirada, una intensidad que no comprendía, pero estaba demasiado perdida en mi propia oscuridad para darme cuenta.

—¿No vas a decir nada? —pregunté, y odiaba cómo mi voz temblaba—. ¿Ni siquiera a un fantasma de tu mente?

Seguía acercándose, con esa misma cautela extraña. El odio que había ardido tan brillante momentos antes parecía diluirse, reemplazado por una confusión que me desconcertaba.

No debería estar aquí. No sabía por qué había venido, qué esperaba lograr. Todas las palabras venenosas que había ensayado en mi mente, todas las acusaciones que había planeado escupir, parecían atascarse en mi garganta.

Se detuvo a un brazo de distancia, tan cerca que podía oler el vino en su aliento, mientras sus ojos recorrían mi rostro una y otra vez.

—Esto es solo un sueño —murmuré, más para mí misma que para él—. Una pesadilla más.

Alzó una mano lentamente, como si quisiera tocarme, y di un paso atrás instintivamente. No podía permitir que me tocara. Si lo hacía, si sentía su calor, aunque fuera por un instante, todo el odio que había construido como armadura se derretiría. Y no podía permitírmelo. No cuando los niños dependían de mi silencio, no cuando cada momento de debilidad podría costarles todo.

Él bajó la mano, pero sus ojos… sus ojos se oscurecieron de una manera que nunca había visto antes. Sus pupilas se dilataron tanto que el gris quedó reducido a un fino anillo.

—No… ¿Quién te ha hecho esto, Nefy? Por todos los dioses… ¿quién se ha atrevido?

Nadie me había llamado así desde… Mi corazón se contrajo dolorosamente, y el frío que siempre me acompañaba desde Gélidia se enroscó en mi pecho. Tuve que usar cada gramo de voluntad para no acortar la distancia entre nosotros, para no buscar en sus brazos el consuelo que mi cuerpo y alma anhelaban desesperadamente.

Pero no podía. Ya no. Él pertenecía a otra, y yo… yo era propiedad de otro hombre.

Sus ojos seguían recorriendo mi rostro sin parar. Vi cómo su mirada bajaba hacia mi cuello, donde los dedos de Soren habían dejado marcas púrpuras, hacia mi clavícula donde asomaban los bordes de moretones más antiguos.

—Es como me imaginas… —susurré, un intento desesperado por mantener la mentira, por protegerlos a todos—. Solo tu mente jugándote malas pasadas.

Negó con la cabeza violentamente.

—No… Yo jamás te imaginaría así. Ni en mis peores pesadillas te vería… Estos golpes… estas marcas… estas heridas. ¿Quién se ha atrevido a tocarte? Dímelo, Nefy. Necesito saber quién ha sido.

Dio un paso hacia mí y el pánico me invadió. Retrocedí instintivamente, mi cuerpo reaccionó por puro reflejo condicionado. El miedo me roía las entrañas, no por lo que pudiera hacerme él, sino por lo que harían a los niños si Soren descubría este encuentro.

—Aeran —susurré.

Se detuvo en seco y pareció comprenderlo. Algo en sus ojos se rompió, como si acabara de recibir el golpe más cruel.

—Por todos los dioses —murmuró—. No es un sueño, ¿verdad? Esto no es solo un sueño, y tú estás… Por los dioses, Nefy, estás…

—¡Estoy muerta! —le corté, casi gritando para hacer que se detuviera, para que no siguiera mirándome como si pudiera ver cada herida, cada humillación que había sufrido.

—¡Mentira! —su rugido retumbó en las paredes de la sala del trono, haciendo temblar las antorchas, reverberando como el rugido de un dragón herido.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Me encogí violentamente, mis brazos se alzaron en un gesto defensivo instintivo, mi respiración se volvió errática. No era miedo a él, sino el terror condicionado por semanas de castigos, de aprender que cada grito iba seguido de dolor, que cada voz alzada precedía a un nuevo tormento.

Se acercó otro paso, y el pánico me atravesó.

—No —supliqué—. Por favor, no te acerques. No puedes… no debes…

—Nefely. —Mi nombre sonaba tan dulce en sus labios, como una oración, como una promesa—. Alguien te ha hecho daño. Puedo verlo. Esto no es un sueño, no son imaginaciones mías. Estás herida, y estás… estás aterrorizada. Dime qué está pasando, por favor. Necesito entenderlo.

Retrocedí hasta que mi espalda tocó una columna. Ya no tenía dónde huir. Tenía miedo por lo que pasaría cuando despertara, por el castigo que vendría si Soren descubría…

—¡Dime la verdad! —rugió, y la fuerza de su voz hizo temblar las antorchas—. ¡¿Quién se ha atrevido a tocarte?! ¡¿Quién se ha

atrevido a hacerte esto?! Sea quien sea, lo haré pedazos con mis propias manos, lo juro por todo lo que me importa.

No sabía si estaba furioso conmigo por ocultarle la verdad, o con quien me había marcado así. El miedo nublaba mi juicio, mezclando sus reacciones con los recuerdos de otros gritos, otras iras. Mi mente se inundaba de imágenes de Kieran sufriendo, de Avery perdida en el bosque…

—Te lo suplico —musité—. No te acerques más. No preguntes. No puedes saber. No debes saber.

—Los mataré —declaró, y había una promesa terrible en su voz —. A quien sea que te haya puesto una mano encima, lo destruiré hasta que no quede nada de él. Quemaré ciudades enteras hasta encontrarte, arrasaré reinos si es necesario. No me importa el precio, no me importa el costo. Te encontraré, Nefy.

Sus ojos grises ardían, jamás había visto tanto odio en él. Era la mirada de un hombre capaz de cumplir esa promesa, de reducir el mundo a cenizas por venganza. Un rey dispuesto a sacrificarlo todo.

—Nefely. —Dio otro paso, y aunque intenté fundirme con la columna, ya no había escape—. Mi amor, por favor. Dime dónde estás. Dime quién te tiene. Dime qué te están haciendo. Necesito saberlo. Necesito salvarte.

El «mi amor» fue doloroso, fue destructivo de la misma forma que Soren me lo llamaba y… ¿Cómo se atrevía a llamarme así cuando estaba a punto de casarse con otra?

—Estás furioso —susurré—. No sé si conmigo o con…

—¿Contigo? Nefy, mírame. Mírame bien, por favor. Te lo ruego.

No quería. Si lo miraba, si veía la verdad en sus ojos, si descubría que realmente le importaba… No tendría fuerzas para protegerlos, para hacer lo necesario.

—Por favor. —Su voz se suavizó, aunque la furia seguía allí, ardiendo bajo la superficie—. Necesito que entiendas algo. Estoy furioso, sí. Furioso conmigo mismo por no protegerte, por no encontrarte antes, furioso con quien sea que se haya atrevido a lastimarte. Pero nunca, jamás, podría estar furioso contigo. Nunca.

Su mano se alzó nuevamente, y aunque no me tocó, podía sentir el calor de su cercanía.

Me aparté bruscamente, intentando rodearlo para escapar, pero en mi prisa mi hombro chocó con el suyo. El contacto, aunque breve, fue tan intenso que nos paralizó a ambos. Vi sus ojos grises agrandarse, entonces comprendió que esto era más que un sueño, que yo era real, tangible.

—No… —susurró dolorosamente.

La rabia explotó dentro de mí, alimentada por semanas de tortura y manipulación, por cada humillación que había soportado.

—¿Te sorprende? —escupí, retrocediendo—. ¿Te sorprende que sea real? ¿O quizás te sorprende más que siga viva cuando tú ya me habías enterrado y olvidado?

—Nefely…

—¡No! —grité, y el odio en mi voz me asustó incluso a mí—. ¡No te atrevas a pronunciar mi nombre como si significara algo para ti! ¿Cuánto tardaste en buscarme una sustituta? ¿Cuántos días pasaron antes de decidir que una princesa de sangre azul era mejor inversión que yo?

Mis palabras le dolían, pero ya no podía aguantarlo. Cada palabra que había guardado, cada pensamiento oscuro que Soren había plantado, salía de mí sin control.

—¿Sabes qué es lo peor? —continué—. Que tenían razón. Todos aquellos que murmuraban a mis espaldas. Yo solo era conveniente, ¿verdad? Una mujer que calentaba tu cama por las noches y cuidaba de tus hermanos durante el día. Dos problemas resueltos de una vez.

—No sabes lo que dices. No entiendes…

—¿Qué no entiendo? —Solté una carcajada amarga que pareció rasgar el aire—. ¿Que nunca fui suficiente para ocupar un lugar real en tu vida? ¿Que me mantenías escondida como un sucio secreto? ¿O que apenas me desvanecí en ese río, ya tenías lista a otra más apropiada para llevar tu corona?

Dio un paso hacia mí, pero el odio me daba fuerzas para mantener la distancia, para no dejarme engañar por su falsa preocupación.

—Una verdadera dama. Alguien a quien puedes mostrar sin vergüenza, que sabe cómo comportarse en tu preciada corte, que te dará herederos de linaje intachable. No como yo, la salvaje del bosque que apenas sabía usar los cubiertos correctos.

—¡Basta! —rugió, pero esta vez no me encogí—. ¡No sabes nada! ¡No entiendes por qué…!

—Por qué, ¿qué? —interrumpí—. ¿Por qué me usaste mientras te resultaba útil? ¿Por qué me hiciste creer que significaba algo para ti cuando solo era una distracción pasajera? ¿O por qué ni siquiera te has molestado en buscarme como prometiste?

Vi la furia y el dolor luchar en su rostro, vi cómo sus manos temblaban mientras las apretaba hasta formar puños.

—Cada palabra que dices rezuma veneno —dijo entre dientes—. Alguien te ha llenado la cabeza de mentiras, te ha vuelto contra mí.

—¿Mentiras? ¿Es mentira que estás a punto de casarte? ¿Que ya has elegido a alguien más digna de compartir tu trono? ¿O acaso miento cuando digo que jamás me diste un lugar verdadero, que siempre fui tu pequeño secreto hasta que el miedo a perderme te hizo valiente por un instante?

Me limpié las lágrimas con violencia, no me iba a molestar en ocultarlas.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —Cada palabra era una daga que quería hundir en su corazón—. Que una parte de mí siempre lo intuyó. Siempre supe que era algo temporal, que tarde o temprano encontrarías a alguien que encajara mejor en tu mundo. Pero me engañé a mí misma, me permití soñar que era especial, que de verdad me…

—Te amo —interrumpió con tanta fuerza que el eco siguió repitiéndolo alrededor de nosotros—. Te amo más que a mi propia vida, más que a mi reino.

—¡Mentira! —grité, y el collar en mi cuello palpitó con mi rabia—. ¡Si me amaras no habrías descansado hasta encontrarme! ¡Si me amaras no estarías planeando unirte a otra! ¡Si me amaras…!

Mi voz se quebró al final. El odio y el amor batallaban dentro de mí como dos fieras salvajes, desgarrándome por dentro.

—Quiero que sufras —susurré, y la sinceridad de esas palabras me aterrorizó—. Quiero que sientas al menos una fracción del dolor que yo siento. Quiero que cada vez que la mires, cada vez que roces su piel, te atormente el recuerdo de que estoy en alguna parte, padeciendo por tu traición.

El veneno que Soren había plantado en mi mente finalmente encontraba su salida. Y resultaba liberador, demasiado intenso para contenerlo dentro.

—¿Acaso tu nueva reina sabrá calmar las pesadillas de Kieran? —pregunté con deliberada crueldad—. ¿Sabrá trenzar el cabello de Venya como a ella le gusta? ¿Les entregará ese amor que yo les di? Al fin y al cabo, ella es lo que siempre quisiste, una verdadera dama, no una impostora jugando a pertenecer a la familia real.

Podía ver el efecto que mis palabras tenían en él. Su rostro se contorsionaba de dolor con cada golpe, pero una parte oscura de mí se regocijaba en su sufrimiento.

—Espero que seas muy feliz con ella. Espero que cada noche, cuando la estreches entre tus brazos, te atormente el fantasma de quien una vez creyó en tus falsas promesas. De quien ahora paga el precio de haberte amado. ¿Y sabes qué es lo más patético? —continué—. Que jamás te habría dicho que sí. Si hubieras sobrevivido para preguntármelo después de la batalla, mi respuesta habría sido un rotundo no.

El odio cobró vida propia dentro de mí, exigiendo más daño, más dolor.

—¿El anillo de tu madre? —solté una risa áspera, cortante—. Lo habría rechazado sin dudarlo. ¿De verdad pensaste que deseaba ser tu reina? ¿Que ansiaba encadenarme a tu lado, a esta existencia de falsedades y apariencias?

—No… —murmuró, pero percibí la duda en su voz, y eso me dio nuevas fuerzas.

—¿Quieres conocer la verdadera razón, Aeran? Nunca te amé. No realmente. Amaba a los niños, adoraba cuidarlos y protegerlos. Pero tú… tú solo eras el precio que debía pagar para permanecer cerca de ellos.

Cada palabra era una mentira desgarradora, y me destruía por dentro pronunciarlas, pero necesitaba herirlo tanto como yo estaba herida.

—Cada noche compartida —continué, viendo cómo se estremecía —, cada caricia, cada susurro… todo formaba parte de la farsa. ¿Realmente creías que alguien como yo, que había conocido la verdadera libertad, elegiría voluntariamente convertirse en tu prisionera? ¿De verdad pensaste que te elegiría a ti?

Di un paso hacia él, saboreando el dolor que inundaba sus ojos.

—Esto es solo una pesadilla, Aeran. Tu pesadilla. Una que has ganado a pulso por cada promesa incumplida, por cada mentira que me hiciste creer. Y cuando despiertes, la duda te carcomerá, sin saber si fue real o no. Te perseguirá la incertidumbre, igual que a mí me perseguía cada vez que me prometías un futuro que nunca tuviste intención de construir.

Sus manos temblaban violentamente mientras luchaba por mantener algún vestigio de control.

—Me alegro de haber caído en ese río. Fue mi liberación. Me salvó de tus mentiras, de esas falsas promesas de amor eterno. ¿Quieres saber qué sentí mientras me hundía? Alivio. Un profundo alivio de no tener que seguir con la farsa, de no fingir más que me importaban tus caricias.

Vi lágrimas en sus ojos, y me odié.

—Espero que esta pesadilla te atormente —proseguí sin piedad —. Que cada noche, al cerrar los ojos, mis palabras resuenen en tu mente. Que cada vez que toques a tu brillante reina, te asalte la duda de si alguna vez fui algo para ti, si todo entre nosotros fue tan falso como lo que yo sentía.

Me aproximé aún más, hasta que nuestros rostros quedaron separados por apenas un suspiro.

—Y lo más delicioso de todo —susurré contra su piel—, es que jamás sabrás con certeza si esto es real. Si soy yo revelándote la cruda verdad, o simplemente tu conciencia culpable castigándote. ¿No es maravilloso? La duda te devorará por dentro, como me devoraba a mí cada vez que jurabas amarme mientras me ocultabas entre sombras.

Vi las primeras lágrimas caer por sus mejillas y algo dentro de mí quería recoger cada una, ponerme de rodillas y suplicarle por perdón.

—Despierta, mi rey —musité—. Despierta y pregúntate si lo nuestro fue tan falso como mis sentimientos hacia ti. Si cada beso, cada caricia, cada momento compartido fue solo parte de mi gran actuación. Despierta y vive con esa incertidumbre, como yo viví dudando de tu amor todos estos meses.

Me separé, dejando que una sonrisa cruel, que nunca antes había formado parte de mí, se dibujara en mis labios.

—Esta es tu pesadilla, Aeran —susurré mientras sentía cómo comenzaba a desvanecerme—. Y la mereces por completo. Cada palabra, cada duda, cada punzada de dolor… es tu castigo por haberme hecho creer que yo era especial.

Mientras me desvanecía de su sueño, las lágrimas que había contenido frente a él finalmente salieron quemándome las mejillas. Cada palabra envenenada que había pronunciado me desgarraba por dentro, pero era necesario. Tenía que acabar así, tenía que hacer que me odiara, que dejara de buscarme. Solo entonces los niños estarían a salvo de las garras de Soren. Solo entonces Kieran podría dormir sin pesadillas reales, Avery podría pasear por el bosque sin temer miradas depredadoras, y los pequeños crecerían sin la sombra de las amenazas de Gélidia sobre ellos.

Era lo que una sanadora debía hacer: proteger a quienes no podían protegerse a sí mismos, aun a costa de su propio corazón. Este dolor que me consumía ahora no era nada comparado con lo

que sentiría si alguna de las amenazas de Soren se cumpliera. Si tenía que convertirme en el monstruo de las pesadillas de Aeran para que dejara de buscarme, para que aceptara su destino con la princesa de Ventara, que así fuera. Mi amor por él era lo suficientemente grande como para dejarlo ir, incluso si tenía que hacerlo odiándome.

13

El despertar

Aeran

La oscuridad me devolvió a la realidad con la violencia de un golpe. Me incorporé en la cama con un grito desgarrador, su nombre escapó de mis labios de forma desesperada. Las sábanas se enredaban en mis piernas mientras mis manos buscaban frenéticamente a mi lado, palpando el espacio vacío donde ella solía dormir.

—¿Nefy? —susurré en la penumbra, mis dedos solo encontraron frío donde debería haber calor—. ¿Nefely?

Las lágrimas corrían sin control por mi rostro mientras seguía buscándola, aunque sabía que no estaría allí. Cada noche era igual: despertaba llamándola, mis manos buscaban su cuerpo en la oscuridad, mi mente se negaba a aceptar su ausencia.

Pero esta vez era diferente. El sueño… ¿había sido un sueño? Los moretones en su rostro, el terror en sus ojos cuando alcé la voz, sus palabras crueles… todo se sentía demasiado real. El tacto de su hombro contra el mío cuando intentó escapar…

—No, no, no… —Mis manos temblaban mientras intentaba encender la vela junto a la cama, derramando cera por todas partes

—. No puede ser real. No puede…

Pero sabía que lo era. La había sentido. Por un breve instante, había sido tan real como las lágrimas que ahora empapaban mi rostro. Los moretones, las marcas en su cuello… alguien la tenía, alguien la estaba lastimando, y yo estaba aquí, ahogándome en vino y autocompasión.

—Nefely —sollocé su nombre—. Por los dioses, Nefely…

Sus palabras resonaban en mi mente, cada una más cruel que la anterior. «Nunca te amé». «Me alegro de haber caído». «Solo eras el precio que tenía que pagar». ¿Eran ciertas? ¿O solo el producto de mi mente torturada?

Me levanté tambaleante, buscando la botella de vino que siempre guardaba cerca. Mis manos temblaban tanto que casi la dejé caer. No había copa cerca, así que bebí directamente del pico, intentando ahogar el horror que me consumía.

—¿Dónde estás? —susurré a la oscuridad—. ¿Qué te están haciendo?

El vino no ayudaba. Nada ayudaba. La imagen de su rostro golpeado, el miedo en sus ojos cuando grité… La bilis subió por mi garganta y apenas tuve tiempo de alcanzar el balde junto a la cama antes de vomitar, mi cuerpo rechazaba el horror de lo que había visto, de lo que significaba.

—Por favor —sollocé, deslizándome hasta el suelo—. Por favor, dime que no era real. Dime que no te están haciendo daño. Dime que tus palabras no…

Pero la duda se había instalado como un veneno en mi mente.

El amanecer me encontró así, hecho un ovillo en el suelo, con las lágrimas secas en mis mejillas y su nombre en mis labios como una letanía interminable. La duda me consumía como una enfermedad, y sabía que esta incertidumbre, esta pregunta de si había sido real o no, me perseguiría hasta el día de mi muerte.

La única certeza que tenía era el breve contacto de su hombro contra el mío. Ese momento de solidez en medio de la pesadilla. Y si

eso había sido real… los golpes, los moretones, el miedo en sus ojos… también lo eran.

Y esa verdad era más aterradora que cualquier duda sobre sus sentimientos.

Me daba igual si ya no me amaba. Me importaba una mierda si todo lo que habíamos vivido había sido una mentira para ella. Yo tenía amor suficiente para los dos. La encontraría, la traería de vuelta, y si tenía que enamorarla de nuevo, lo haría. Si tenía que conquistarla cada día durante el resto de nuestras vidas, no me importaba. Era mía, mi Alisma, mi reina, mi todo.

Pero esos moretones… esos malditos moretones, las marcas en su cuello, el terror en sus ojos… Alguien la estaba lastimando. Alguien se atrevía a tocar lo que era mío, a dañar lo que yo había jurado proteger. Y ese alguien pagaría con sangre cada marca en su piel. Lo despedazaría con mis propias manos, con mis dientes si era necesario. No habría rincón en este mundo donde pudiera esconderse de mi furia.

La encontraría. No importaba el costo, no importaba el precio. Y cuando la tuviera de nuevo en mis brazos, nada ni nadie volvería a apartarla de mí. Nunca más.



La princesa Cellina caminaba a mi lado en los jardines, su voz era un murmullo distante mientras hablaba de algo que no me molestaba en escuchar. Los consejeros nos seguían a una distancia respetuosa, sus miradas estaban atentas a cada uno de mis movimientos,

esperando ver aunque fuera un atisbo de interés por mi futura esposa.

No lo encontrarían. Mi mente estaba en otro lugar, reviviendo una y otra vez el contacto de su hombro contra el mío, las marcas en su rostro, el terror en sus ojos…

—Los jardines de Dragio son realmente magníficos —comentó Cellina, su voz suave interrumpió mis pensamientos—. Aunque diferentes a los de Ventara. Aquí hay una salvaje belleza en cómo crecen las plantas.

Algo en su tono me hizo mirarla por un momento. No había crítica en su voz, solo una observación honesta. Por un instante, me permití verla realmente: una joven que también estaba atrapada en esta situación, intentando hacer lo mejor posible.

—Las plantas deben de tener libertad para crecer —respondí automáticamente, y el dolor me atravesó al recordar cómo Nefely había transformado los jardines en algo vivo y salvaje—. La verdadera belleza está en lo natural, no en lo controlado.

—Desde luego, supongo que fue lo que os dijo —respondió Cellina con cautela, y pude ver en sus ojos que entendía de quién hablaba—. Los jardines reflejan su filosofía.

Me tensé involuntariamente. ¿Era un comentario inocente o una sutil provocación?

—No pretendo reemplazar lo que había antes —dijo suavemente, como si hubiera leído mis pensamientos—. Ni en los jardines ni en otros aspectos.

Ella no merecía mi frialdad, mi distancia.

—No es vuestra culpa —logré decir—. Nada de esto lo es.

Una pequeña sonrisa triste se dibujó en sus labios.

—Lo sé —respondió—. Como también sé que vuestro corazón está en otro lugar. No busco amor, majestad. Solo respeto mutuo, quizás eventualmente amistad.

¿Cuánto sabía realmente? ¿Cuánto habían llegado a sus oídos los rumores sobre Nefely?

—¿No os parece que hay cierta poesía en cómo estas rosas han elegido crecer? Libres, sin que nadie les diga cómo deben ser.

—Supongo —respondí automáticamente, para volver a perderme en mi mente. Pero una parte de mí reconoció su intento de tender un puente, de encontrar un terreno común en medio de esta situación imposible.

Un estruendo llamó mi atención. Al otro lado del jardín, Kieran lanzaba piedras contra un árbol mientras su nodriza intentaba calmarlo.

—¡La quiero a ella! ¡Quiero a Nefely!

Mi corazón se contrajo dolorosamente. Cellina se tensó a mi lado, pero no me molesté en ofrecerle explicación alguna.

—Los niños pueden ser difíciles. Especialmente cuando están pasando por cambios.

La miré por primera vez desde que comenzó este paseo forzado. Sus ojos, de un azul pálido que no se parecía en nada al intenso azul de Nefely, me miraban esperando algo más de mí.

—Los niños son más sabios que nosotros —respondí secamente —. Ven la verdad que los adultos intentamos ignorar.

Otro objeto voló por el aire, esta vez un libro que Kieran había arrancado de las manos de su nodriza. El sonido de sus sollozos era desgarrador. «Mamá», gritaba entre lágrimas. «¡Quiero a mamá!». Todos sabíamos que no se refería a nuestra madre fallecida. Él ni siquiera se acordaba de ella.

—Quizás deberíamos continuar por otro camino —sugirió Qued.

Pero yo no podía apartar la mirada de mi hermano pequeño, de su dolor. Las palabras de Nefely en mi sueño seguían en mi mente: «Amaba a los niños… tú solo eras el precio que tenía que pagar para estar cerca de ellos».

—Majestad —dijo Cellina—. Si lo deseáis, podemos continuar esto en otro momento.

Ella sabía que mi mente, mi corazón, estaban en otro lugar. Con otra persona.

Sin mediar palabra, me dirigí hacia Kieran. La nodriza, al verme acercar, dio un paso atrás, bajó sus ojos y me hizo una reverencia. Mi hermano pequeño seguía lanzando objetos contra el árbol entre sollozos y rabia.

—Kieran —llamé suavemente.

Se giró hacia mí, su rostro estaba enrojecido de tanto berrinche y sus ojos hinchados de tanto llorar.

—¡Vete! —gritó, lanzando otro libro en mi dirección—. ¡Te odio!

Cellina se detuvo detrás de mí, se había acercado probablemente para intentar ayudar.

—Pequeño, ¿por qué no nos sentamos y hablamos? Podría contarte una historia…

La reacción de Kieran fue instantánea y violenta.

—¡No quiero tus historias! —chilló—. ¡Quiero las de Nefely! ¡Ella sabe cómo contarlas! ¡Ella hace las voces! ¡Ella me entiende!

—Kieran. Hay límites que no puedes cruzar. Este comportamiento…

—¿Límites? —Estaba tan enfadado que era imposible calmarlo—. ¿Como los que cruzaste tú? ¡La dejaste ir! ¡La dejaste sola! ¡Y ahora traes a otra para reemplazarla!

—No es así —intenté explicar, pero él no había terminado.

—¡Ella prometió volver! ¡Prometió que siempre estaría conmigo! ¡Y tú ni siquiera la buscas de verdad!

La princesa Cellina dio otro paso adelante, su mano se extendió en un gesto conciliador.

—Entiendo que la extrañes —comenzó—. Pero quizás, con el tiempo…

—¡No entiendes nada! —Kieran retrocedió como si ella fuera a contagiarle algo—. ¡Ella era nuestra mamá! ¡Nos quería! ¡No como tú, que solo quieres ser reina!

—¡Kieran! —rugí—. ¡Te estás pasando!

—¡No! —me enfrentó, su pequeño cuerpo temblaba de rabia—. ¡Tú te has pasado! ¡Ya no la amas! ¡Si la amaras seguirías buscándola! ¡Si la amaras no traerías a esta fea!

Eran un eco de las que había escuchado en mi sueño, de las dudas que me consumían.

—La sigo buscando —susurré—. Cada día, cada noche…

—¡Mentira! —gritó—. ¡Estás aquí, paseando con ella! —señaló a Cellina con desprecio—. ¡Mientras Nefely está en alguna parte, sola y asustada! ¡Ya no la amas! ¡Ya no nos amas a ninguno!

—Pequeño príncipe —intentó nuevamente Cellina—, tu hermano hace lo mejor para el reino, para todos nosotros…

—¡No soy tu pequeño príncipe! —Kieran gritó con todas sus fuerzas—. ¡Y tú no eres nada nuestro! ¡Nefely lo era todo! —Me señaló acusadoramente—. ¡Él solo finge! ¡Como fingía amarla a ella!

Ya no podía soportarlo más.

—Suficiente —declaré—. A tu habitación. Ahora.

—¡No puedes ordenarme nada! —gritó entre lágrimas—. ¡Ya no eres mi hermano! ¡Mi hermano murió el día que dejó de buscarla! ¡El día que la reemplazó por ella!

Se giró y echó a correr, dejándonos en un silencio ensordecedor. La princesa Cellina permanecía inmóvil a mi lado muy incómoda.

Pero no había nada que decir. Nada que pudiera llenar el vacío que Nefely había dejado, nada que pudiera borrar la verdad en las palabras de mi hermano pequeño.

El sonido de pasos rápidos rompió el silencio tenso que había dejado la partida de Kieran. Me giré para ver a Thorak corriendo hacia nosotros, aún sabiendo lo mucho que pesaba su armadura, no se detenía.

Suspiré pesadamente, esperando más malas noticias sobre las fronteras, sobre los preparativos de la boda, sobre cualquier cosa que requiriera mi atención cuando lo único que quería era perseguir a mi hermano pequeño y… ¿y qué? ¿Mentirle? ¿Decirle que todo estaría bien cuando ni yo mismo lo creía?

—Mi señor —Thorak se detuvo frente a nosotros, haciendo una reverencia apresurada—. Han llegado noticias.

La princesa Cellina dio un paso atrás discretamente, como si entendiera que lo que fuera a decirse no era para sus oídos. Al

menos tenía el tacto de reconocer cuándo su presencia no era bienvenida. Nefely habría hecho lo contrario; se habría acercado más a Thorak, habría querido saber todo al instante, habría insistido con esa mirada suya que no admitía discusión. Casi podía verla, con las manos en las caderas, exigiendo detalles mientras yo intentaba apartarla de asuntos de guerra. El recuerdo casi me arrancó una sonrisa.

—¿Qué es esta vez, Thorak? —pregunté con cansancio—. ¿Más problemas con los preparativos? ¿Alguna nueva crisis que requiera mi…?

—Se trata de ella, mi señor. Se trata de Nefely.

El mundo pareció detenerse. El aire se congeló en mis pulmones. «Se trata de Nefely». Cuatro palabras que hicieron que todo lo demás desapareciera: la princesa, los consejeros, el reino mismo, todo se desvaneció ante la mención de su nombre.

—¿Qué…? —Mi voz se rompió, y tuve que tragar saliva antes de continuar—. ¿Qué has dicho?

Thorak dio un paso adelante para susurrarme solo a mí:

—Tenemos información, mi señor. Sobre su paradero.

Las rodillas me temblaron. No iba a poder seguir en pie mucho tiempo.

—¿De dónde…? —comencé, pero Thorak miró hacia la princesa que, aunque se había alejado, seguía lo suficientemente cerca para escuchar.

—Quizás deberíamos discutir esto en privado, mi señor —sugirió Thorak—. La información es delicada.

¿Era esto real? ¿O era otra cruel broma del destino, otra falsa esperanza que terminaría destruyéndome aún más? Había llegado demasiadas «creen haberla visto», pero ninguna era ella, pero esta vez sentí algo distinto.

—Por supuesto —logré decir, y me sorprendió lo firme que sonó mi voz cuando por dentro estaba temblando—. A mi despacho. Ahora.

Me giré hacia la princesa.

—Si me disculpáis —dije formalmente—. Hay asuntos que requieren mi atención inmediata.

Ella asintió graciosamente, aunque pude ver la pregunta en sus ojos. ¿Había escuchado el nombre de Nefely? ¿Entendía lo que significaba?

No importaba. Nada importaba excepto las palabras de Thorak. Mientras seguía a mi capitán hacia el castillo, mi mente era un torbellino de preguntas y miedos.

«Se trata de Nefely». Las palabras me perseguían, mezclándose con las de mi sueño, con los gritos de Kieran, con todas las dudas que me consumían. Y mientras subíamos las escaleras hacia mi despacho, una parte de mí temblaba ante lo que estaba por descubrir.

Porque si mi sueño había sido real, si los moretones y el miedo eran verdaderos…

La puerta del despacho se cerró tras nosotros con un sonido definitivo, y el mundo contuvo el aliento.

14

Rumores y verdades

Aeran

Mis dedos temblaban mientras servía el vino. El líquido salpicaba los bordes de la copa y manchaba la madera del escritorio. No me importó. Nada importaba excepto las palabras que Thorak estaba a punto de pronunciar.

Me bebí el vino de un trago, esperando que el ardor en mi garganta ahogara el torbellino de emociones que me carcomía por dentro. No podía ni plantearme sentarme. La energía nerviosa que recorría cada fibra de mi cuerpo me obligaba a mantenerme en constante movimiento, dando vueltas sin descanso.

¿Cuántas veces habíamos estado aquí antes? ¿Cuántas pistas falsas, cuántos rumores que no llevaban a nada? Y, sin embargo, esta vez… esta vez algo era diferente. Lo sentía en mis huesos, en la manera en que Thorak evitaba mi mirada, en la tensión que emanaba de su postura.

—Mi señor —comenzó Thorak, pero Neval le interrumpió antes de que pudiera continuar.

—¿Estamos seguros de que no son más rumores? —Su voz destilaba un escepticismo que me hizo querer estrangularlo—. Como

aquella vez en las montañas del norte, o el supuesto avistamiento en los pueblos costeros. O la chica de la aldea…

Me giré hacia él tan bruscamente que algo de vino se derramó de la copa que acababa de rellenar.

—¿Tienes algo que aportar, Neval? ¿O solo estás aquí para recordarnos tus continuos fracasos en encontrarla? Da las gracias de que te admití después de todo.

El consejero tuvo la decencia de parecer incómodo, pero no retrocedió.

—Solo intento ser práctico, mi señor —respondió—. Cada pista falsa, cada rumor infundado, todo ello cuesta recursos al reino. Recursos que, debo recordar, son limitados.

—¿Recursos?

—Lo que Neval intenta decir —intervino Zephyr—, es que debemos ser cautelosos. La situación con Ventara es delicada. Si estos rumores llegan a oídos equivocados…

—Me da igual Ventara —gruñí, sirviéndome más vino—. Me da igual la política y las alianzas. Si hay, aunque sea una posibilidad…

—¿Una posibilidad de qué, exactamente? —Neval negó con la cabeza al hablar—. ¿De que esté viva? Han pasado casi dos meses, mi señor. Y ahora, justo cuando las negociaciones con Ventara están en su punto crítico… Ventara jamás nos perdonaría que cancelaseis la boda con la princesa por una cualq…

No terminó la frase. Mi mano se cerró alrededor de su garganta después de tirar la copa al suelo. Lo empujé contra la pared con rabia.

—Ten mucho cuidado con lo que insinúas —susurré, con mi rostro a centímetros del suyo—. Mucho, pero que mucho cuidado.

—Mi… señor… —logró articular.

—¡Majestad! —Thorak hizo que volviera en mí—. La información. Es sobre Gélidia.

Solté a Neval, que se deslizó por la pared tosiendo y jadeando. Gélidia.

Los moretones en su rostro. El miedo en sus ojos. El collar negro en su cuello.

—Habla —ordené a Thorak—. Dime todo.

Mi capitán intercambió una mirada con los otros consejeros antes de continuar:

—Uno de nuestros espías en la frontera… —comenzó con cautela —. Ha estado observando movimientos inusuales en el castillo.

—¿Qué clase de movimientos? —pregunté, aunque una parte de mí ya sabía, ya temía la respuesta.

Su mirada se desvió brevemente hacia Neval antes de continuar:

—No es lo que pensábamos inicialmente, mi señor —comenzó con cautela—. Los informes la sitúan en el castillo de hielo, pero no como prisionera. La han visto con el príncipe Soren. De una manera íntima.

El mundo pareció detenerse.

—¿Cómo dices?

—Las fuentes son consistentes —continuó Thorak—. La ven constantemente en su compañía. Comparten comidas privadas, pasean juntos por los jardines interiores del castillo…

—Mientes —interrumpí.

—Los informes indican que sus habitaciones están en el ala real —añadió Thorak con voz tensa—. Muy cerca de los aposentos del príncipe. En Gélidia… ese honor solo se concede a…

Todos sabíamos qué significaba esa proximidad en la corte de hielo.

Fue entonces cuando lo vi. La forma en que Neval evitaba mi mirada, cómo sus manos se retorcían nerviosamente.

—¡Tú! —susurré, avanzando hacia él—. Tú sabías algo.

No era una pregunta. La manera en que se encogió lo confirmaba.

—Mi señor —comenzó, retrocediendo—. Eran solo rumores al principio. Susurros sobre una nueva mujer en la vida del príncipe. No le di importancia… Soren siempre ha tenido… predilección por cierto tipo de compañía.

Mi mano se cerró alrededor de su garganta otra vez.

—¿Cuánto tiempo? —gruñí—. ¿Cuánto tiempo has estado ocultándome esto?

—No… no estaba seguro —jadeó—. Las historias eran vagas. Una más de sus amantes, pensé. No fue hasta las últimas semanas, cuando las descripciones coincidían…

Lo solté con un empujón de asco. Se tambaleó contra la pared, tosiendo.

Una pregunta me quemaba la lengua, nacida de mi sueño, de esa visión que ahora parecía más pesadilla que realidad.

—¿Lleva… lleva un collar? ¿Un collar negro con una piedra oscura?

Vi a Thorak enderezarse y su rostro palideció ligeramente.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó en voz baja—. El último informe llegó esta mañana. Mencionaba específicamente un collar negro que nunca se quita. Una joya que el príncipe le dio…

—¿Y cómo está ella? —insistí, acercándome—. ¿Han mencionado si está herida?

Thorak intercambió una mirada incómoda con los otros.

—Hay informes contradictorios sobre eso, mi señor —respondió con cautela—. Algunos dicen que la han visto con marcas, moretones, pero los espías no pueden acercarse lo suficiente para confirmar si son recientes.

—¿Y cómo lo explican? —exigí saber.

—El príncipe Soren aparentemente permite que ella explore los bosques circundantes —explicó Thorak—. Siempre vigilada, por supuesto. Los bosques de Gélidia son notoriamente peligrosos, mucho más salvajes y traicioneros que los nuestros. Senderos abruptos, espinos, zarzas con púas…

—Dicen que regresa a menudo magullada —añadió Neval, recuperando parte de su compostura—. Con arañazos, moretones… Los sirvientes comentan que es bastante temeraria en sus exploraciones, adentrándose en zonas donde incluso los guardias

dudan en seguirla. Recolectando hierbas en terrenos inaccesibles, explorando cuevas…

Sí, Nefely siempre había sido intrépida hasta la temeridad, recordé con una punzada de dolor. Siempre dispuesta a poner su cuerpo en peligro si la causa lo merecía. ¿Cuántas veces la había regañado por sus imprudencias? ¿Cuántas discusiones habíamos tenido porque ella jamás medía el riesgo si sentía que podía ayudar a alguien? Siempre fue así, desafiante, valiente hasta rozar la insensatez.

Pero lo que vi en mi sueño… Esos no eran golpes de quien se arriesga voluntariamente. Las marcas en su cuello no hablaban de imprudencia. Y sobre todo, el terror en sus ojos cuando alcé la voz… Nefely jamás me había mirado así, ni siquiera cuando la encerré por creerla una bruja.

La habitación comenzó a girar. El collar de mi sueño era real. Las heridas, también. Pero ¿qué significaba eso? ¿Que todo había sido real? ¿Los golpes, el miedo en sus ojos?

—La tratan con deferencia —continuó Thorak, como si cada palabra le doliera—. No como a una prisionera, ni siquiera como a una amante común. En Gélidia, ese tipo de trato solo se reserva para…

—Para las futuras consortes —completó Zephyr suavemente—. O para las mujeres que los príncipes toman como…

—Como suyas.

La imagen de Nefely con otro hombre se clavó en mi mente como una daga envenenada. No podía soportarlo. No cuando aún podía sentir la suavidad de su piel bajo mis dedos, no cuando recordaba cada suspiro, cada sonrisa tímida de nuestra primera noche juntos. No cuando el recuerdo de su cuerpo entregándose a mí con tanta confianza seguía tan vívido que me despertaba por las noches, buscándola en una cama vacía.

Mi Nefely, mi Alisma… ¿en brazos de otro? La idea era tan dolorosa, tan imposible de aceptar que sentía como si me desgarraran por dentro.

—El príncipe nunca había mostrado tal dedicación a ninguna mujer —añadió Neval con cautela—. Dicen que pasa horas con ella, que apenas se separan. Que incluso el Rey parece aprobar la relación.

Las palabras de mi sueño volvían a mí con un significado completamente nuevo: «Nunca te amé realmente». «Solo eras el precio que tenía que pagar». ¿Había sido esa la verdadera Nefely hablando?

—¿Hay algún signo de coerción? ¿Algo que sugiera que está allí contra su voluntad?

Thorak intercambió una mirada incómoda con Zephyr antes de negar lentamente con la cabeza.

—Los informes la describen tranquila. Serena. Siempre cerca del príncipe, como si buscara su compañía —Bajó la voz para que solo yo pudiera oírlo—, la tratan como a una reina, mi señor. Con doncellas personales, sedas y pieles, joyas dignas de la nobleza más alta. Tiene sus propios aposentos en el ala real, con vistas a los jardines de hielo.

—¿Pero no hay nada? —insistí, desesperado por encontrar alguna fisura en esa imagen perfecta—. ¿Ni una sola señal de que podría estar allí contra su voluntad?

—Los sirvientes dicen que comparten comidas privadas, que conversan durante horas… —Thorak tragó visiblemente, incapaz de mantener mi mirada—. Que duermen juntos…

Cada palabra era una puñalada. La imagen de Nefely, mi Nefely salvaje y libre, buscando voluntariamente la compañía de Soren, me revolvía el estómago.

—¿Por qué? ¿Por qué iría con él voluntariamente?

El silencio que siguió fue como un abismo abriéndose entre nosotros. Los consejeros intercambiaron miradas incómodas, como si ninguno quisiera ser quien pronunciara las palabras que destrozarían mi último vestigio de esperanza.

Finalmente, Neval se aclaró la garganta:

—Mi señor —comenzó, como si las palabras le costaran un esfuerzo—. Hay algo más que debemos considerar. Algo que nunca me atreví a mencionar antes, por temor a causaros más dolor.

Me giré hacia él lentamente, estaba a nada de terminar con su vida.

—¿Recordáis cuando os advertí sobre ella? ¿Cuando sugerí que podría ser una espía de Gélidia? Que era una bruja…

La furia explotó en mi pecho.

—¡No te atrevas! —rugí, golpeando la mesa—. No te atrevas a sugerir que…

—Los tiempos coinciden, mi señor —insistió Neval, retrocediendo, pero sin callar—. Su aparición en el bosque, tan cerca de nuestras fronteras, justo cuando empezaban las tensiones. La forma en que se ganó vuestra confianza con tanta rapidez, cómo se acercó a los niños… cómo parecía saber exactamente qué hacer para ganarse un lugar en vuestro corazón.

—Calla —susurré.

—¿No os parece extraño que supiera tanto de dragones, sin haber tenido contacto previo con ellos? ¿Que tuviera poderes que ni siquiera las Alismas suelen poseer? —continuó implacable—. Las Alismas, la gran mayoría no tienen poder alguno más allá de la marca. Son compañeras, no brujas. Gélidia siempre ha codiciado nuestros dragones. ¿Qué mejor manera de estudiarlos que enviar a alguien que pudiera acercarse a ellos? Alguien que casualmente usara su marca para reclamarlos.

El mundo parecía desmoronarse a mi alrededor. Cada momento compartido, cada recuerdo, cada sonrisa… se teñían con la sombra de una duda venenosa que jamás había permitido formarse completamente en mi mente.

—Ella nos salvó —protesté débilmente—. Durante la guerra, cuando apareció en el campo de batalla, ella…

—¿Nos salvó? —Neval soltó una risa suave—. ¿O simplemente se aseguró de que la guerra terminara antes de que descubriéramos su verdadera lealtad? Pensadlo, mi señor. Una vez que la batalla

terminó, que la información estaba completa, que su misión estaba cumplida…

—Cayó al río —completé.

—O eso nos hizo creer —asintió Neval—. El río lleva directamente a las tierras de Gélidia, ¿lo habéis notado? ¿No es una coincidencia demasiado conveniente? Justo ese río, justo en ese momento. Cualquiera habría muerto… cualquiera excepto… Una bruja.

Las piezas encajaban con una terrible perfección que me helaba la sangre. Su conocimiento de la magia, sus habilidades con los dragones, la forma en que había aparecido de la nada y se había integrado en nuestras vidas…

—Los niños… —susurré—. Se acercó tanto a ellos…

—La mejor manera de protegerse —confirmó Neval con suavidad —. ¿Quién sospecharía de alguien que los niños amaban tanto? Era la cobertura perfecta. Nadie cuestiona a quien los príncipes adoran.

Me tambaleé hasta mi silla, desplomándome como si me hubieran arrancado toda la fuerza de un solo golpe. Quería silenciar a Neval, quería acallar todas las voces que rebotaban en mi cabeza como cuchillos, pero una parte traicionera de mí necesitaba escuchar más, necesitaba entender.

—¿Y ahora? —continuó Neval—. Ahora que la guerra terminó, que su misión está completa, ha vuelto a donde pertenece. Al lado del príncipe que probablemente la envió en primer lugar. Al lado de su amante. O mejor dicho, de su verdadero amor.

—No —protesté—. Ella no…

—¿Por qué creéis que nunca permitió que la presentarais formalmente en la corte? —presionó Neval—. ¿Por qué siempre insistía en mantener un perfil bajo? Porque sabía que alguien podría reconocerla, recordarla de la corte de Gélidia. Recordarla con Soren.

Cada palabra era una puñalada más profunda que la anterior, cada sugerencia encontraba eco en mis propias dudas enterradas, esas que había rechazado una y otra vez.

—Y cuando la guerra terminó —continuó—, cuando el peligro de ser descubierta era mayor… ¿qué mejor momento para

«desaparecer»? Volver a su verdadero hogar, a su verdadero…

—¡Cállate! —ordené, pero mi voz carecía de la fuerza que había tenido antes.

—Lo siento, mi señor. —Neval bajó la mirada—. Sé cuánto la amabais. Lo vimos todos. Pero debéis considerar la posibilidad de que todo… todo fuera parte de un plan mayor. Un complot de Gélidia para obtener información sobre Dragio, sobre nuestros dragones, sobre vos mismo.

Me levanté bruscamente, necesitando moverme, necesitando espacio. No podía respirar. Las paredes de la sala del consejo parecían cerrarse sobre mí como una trampa.

—¿Por qué ahora? —logré preguntar, buscando desesperadamente agujeros en esta teoría que amenazaba con destruir todo lo que creía verdadero—. ¿Por qué mostrarse así, tan abiertamente?

—Porque ya no tiene nada que temer —respondió Neval con esa lógica implacable que hacía que todo encajara horriblemente bien—. La guerra terminó. Su misión está completa. Y vos… vos estáis a punto de casaros con otra. Ya no hay razón para mantener la farsa.

El dolor en mi pecho era insoportable, como si me hubieran arrancado el corazón y lo hubieran sustituido por hielo y cenizas. Cada momento juntos, cada beso, cada caricia, cada promesa susurrada en la oscuridad… ¿todo había sido una mentira? ¿Una actuación magistral para conseguir información?

—Los niños —repetí, y no me salía la voz—. Ella los amaba. Eso no podía ser fingido.

—¿No? —Neval arqueó una ceja—. ¿O era la manera perfecta de asegurarse vuestro afecto? ¿De hacer su presencia indispensable? Después de todo, ¿qué mejor manera de mantener su posición que ganarse el amor de vuestros hermanos?

Me dejé caer en la silla de nuevo porque todo parecía encajar demasiado, el peso de la traición era demasiado para soportarlo de pie. Todo encajaba, todo parecía ser real.

—Todo este tiempo —susurré—. Todo este tiempo, y yo…

—No os culpéis, mi señor. Era su trabajo engañarnos. Y lo hizo magistralmente.

—Todo este tiempo… —repetí, como si las palabras pudieran cobrar un significado diferente si las decía lo suficiente.

Me incorporé lentamente, sintiendo cómo la furia y el dolor se mezclaban en mi pecho formando algo nuevo, algo peligroso.

—Traicionera o no —dije—, ella me pertenece.

Los consejeros intercambiaron miradas incómodas. Thorak dio un paso adelante.

—Mi señor, si realmente ha desertado, si realmente es una espía…

—¡Es mía! —rugí, golpeando la mesa con ambos puños—. ¡Mi Alisma, mi mujer, mi… todo! Si ha traicionado a Dragio, seré yo quien la juzgue. Seré yo quien decida su destino.

Observé cómo los consejeros se encogían ante mi arrebato, pero no me importó. El dolor se transformaba en determinación, una determinación fría y acerada.

—Si Gélidia cree que puede quedarse con lo que me pertenece —continué, mi voz bajó hasta ser casi un susurro—, entonces no conocen lo que estoy dispuesto a hacer para recuperarla.

—¿Incluso si os ha mentido? —Se atrevió a preguntar Zephyr—. ¿Incluso si todo fue una estratagema?

—Especialmente entonces —respondí con calma—. Si me ha traicionado, si ha conspirado contra Dragio, si ha jugado con los sentimientos de mis hermanos merece un juicio. Mi juicio.

Neval sonrió ligeramente, creyendo que había logrado su objetivo.

—Entonces tal vez deberíamos planear una recuperación. Enviar emisarios a Gélidia, exigir que nos devuelvan a la traidora para que responda por sus crímenes.

—Para que responda ante mí —corregí, clavando mi mirada en él —. No ante el consejo, no ante Dragio. Ante mí.

Alcé la vista, recorriendo con la mirada a cada uno de los presentes.

—Quiero un mensaje enviado inmediatamente. Que Gélidia sepa que exigimos la devolución de la sanadora Nefely como súbdita de Dragio. Por traición o por cualquier crimen que quieran imputarle, es nuestra para juzgar. Nuestra…, mía.

La orden quedó flotando en el aire mientras sentía que las paredes del despacho se cerraban sobre mí. No podía seguir allí, no con sus miradas de compasión, no con las medias verdades de Neval envenenando cada pensamiento.

El aire en el despacho me ahogaba, cada rostro que me miraba era un recordatorio más de esta supuesta traición. Cada respiración se volvía más difícil mientras las palabras de Neval resonaban en mi mente, mezclándose con las de mi sueño, con cada duda que había intentado enterrar.

—Preparad ese mensaje —ordené antes de dirigirme a la puerta —. Y que nadie me siga.

Salí disparado del despacho, ignorando los llamados de los consejeros. Mis pasos resonaban en los pasillos de piedra mientras corría, huyendo tanto de ellos como de la verdad que amenazaba con destruirme.

—¡Aeran! —Cleon me alcanzó en uno de los pasillos. Intentó detenerme, pero no pudo—. ¿Qué sucede? ¿Por qué…?

Lo aparté sin mirarlo, sin confiar en mi voz para responder. ¿Cómo explicarle que todo lo que creíamos real podría ser una mentira? ¿Cómo decirle que la mujer que todos amábamos podría haber estado jugando con nosotros desde el principio?

El aire frío de la explanada me golpeó como un puño cuando salí. Los dragones descansaban en sus lugares habituales. Draluz alzó la cabeza al verme, alegrándose después de tanto tiempo.

Me acerqué a ella con pasos temblorosos. Mi dragona, mi compañera más antigua y fiel, la única que nunca me había mentido. Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos mientras montaba, y pude sentir su preocupación a través de nuestro vínculo.

Me pasé el cinturón y lo apreté con fuerza.

—Tenemos que saberlo —susurré, mis manos temblaban mientras agarraba las riendas—. Tenemos que saber la verdad.

Draluz se elevó con un poderoso batir de alas, y el mundo se empequeñeció bajo nosotros. El castillo, el reino, todas las responsabilidades y dudas… todo pareció insignificante desde esta altura. El viento helado azotaba mi rostro, mezclándose con lágrimas.

Norte. Hacia Gélidia. Hacia ella. Hacia la verdad, fuera cual fuera.

Pero entonces… entonces lo recordé.

El primer vuelo juntos. Su miedo inicial, tan real y palpable. La forma en que se aferraba a mí, temblando no solo de miedo sino de emoción. Su risa, libre y salvaje, cuando finalmente se atrevió a abrir los ojos y ver el mundo desde las alturas.

«Un rey no puede pasarse todas las mañanas en la cama, Su Majestad», me había provocado aquella mañana que tanto recordaba. Y yo, ebrio de amor y deseo, la había arrastrado conmigo a los cielos siempre que podía solo para demostrarle que podía hacer exactamente lo que quisiera.

El recuerdo me golpeó con tanta fuerza que perdí el control de las riendas por un momento. Draluz se estabilizó instintivamente, pero yo… yo me estaba cayendo en un abismo diferente.

Su miedo cuando grité en mi sueño. El terror en sus ojos, tan visceral, tan real. Los moretones en su rostro, las marcas en su cuello… ¿Cómo podría ser eso parte de un engaño? ¿Cómo podría alguien fingir ese tipo de terror?

—No —susurré al viento helado—. No puede ser verdad.

Las palabras de Neval parecían envenenadas ahora que las examinaba bajo esta nueva luz. ¿Una espía? ¿Nefely? La misma mujer que lloraba en secreto cuando algún animal que intentaba salvar no sobrevivía, que pasaba noches enteras consolando a Kieran después de sus pesadillas, que conocía cada hierba del bosque no por estudio sino por amor puro a la naturaleza… Que me sacaba de mis pesadillas para mantenerme a salvo con ella…

Los dragones la habían elegido por su pureza, por su corazón verdadero. Los dragones no se dejan engañar por falsedades, no se inclinan ante mentiras bien elaboradas. Eso lo sabía yo mejor que nadie.

El viento aullaba a mi alrededor, pero los recuerdos eran más fuertes. La forma en que sus ojos brillaban cuando hablaba de plantas medicinales, la gentileza infinita con que trataba a cada ser vivo, la fiereza con que defendía a los más débiles… ¿Cómo había podido dudar siquiera por un momento?

—Draluz —susurré, y mi voz se rompió—. Mi Nefely… nuestra Nefely…

Un sollozo escapó de mi garganta, y esta vez no intenté contenerlo.

Draluz descendió suavemente, aterrizando en un claro nevado. Mi cuerpo temblaba incontrolablemente mientras desmontaba, mis rodillas cedieron en cuanto toqué el suelo. La nieve se empapó con mis lágrimas mientras la verdad me golpeaba con toda su fuerza.

15

Invocaciones nocturnas

Nefely

El roce de los cepillos contra mi cabello había sido el único sonido en mi habitación durante horas. Las doncellas trabajaban en silencio mientras unían los mechones y los soltaban una y otra vez, como si no pudieran decidir qué estilo era el apropiado para dormir. O quizás solo estaban tan nerviosas como yo por la ausencia del príncipe durante todo el día.

El silencio en el castillo era diferente cuando él no estaba. Más pesado, más amenazante. Como si las mismas paredes contuvieran el aliento, esperando su regreso. Los guardias parecían más tensos, las doncellas más cautelosas. Y yo… yo me debatía entre el alivio de no tener que soportar su presencia y el terror de no saber qué estaba planeando.

Quizás ni siquiera supiera que había vuelto a contactar con Aeran en sueños. La última vez había sido tan breve, tan fugaz… Me había prometido a mí misma que sería la última. Que jamás volvería a intentarlo. El precio era demasiado alto, y no podía arriesgar a los niños, no de nuevo. Pero tal vez, solo tal vez, esa grieta en el collar había pasado desapercibida, y mi pequeño momento de debilidad no

tendría consecuencias. Un último adiós, una despedida cruel pero necesaria.

La última doncella acababa de retirarse, llevándose consigo los restos de una cena que apenas había tocado, cuando la puerta se abrió nuevamente. La doncella mayor, esa mujer de ojos oscuros que nunca sonreía, entró con pasos discretos. Su presencia a estas horas solo podía significar que algo iba mal, y sentí cómo mi cuerpo se tensaba instintivamente.

—El príncipe os reclama —anunció sin preámbulos—. En sus aposentos.

El terror fue inmediato y visceral. Mis manos comenzaron a temblar mientras me levantaba del tocador. El cepillo cayó al suelo con un ruido sordo que hizo eco en el silencio de la habitación.

—Necesito vestirme entonces —murmuré, dirigiéndome hacia el armario donde guardaban los vestidos que él había elegido para mí.

—No. El príncipe fue muy específico. Os quiere en camisón.

Me detuve en seco, el terror se convirtió en pánico puro.

—¿En… camisón?

La doncella mayor se dirigió al armario, extrayendo una prenda que nunca había visto antes. Un camisón azul pálido, tan fino que parecía transparente bajo la luz de las velas. El mismo tono que Soren siempre decía que resaltaba mis ojos, que me hacía parecer más… suya.

—No —dije directamente—. No puedo, necesito vestirme apropiadamente. Por favor.

La doncella mayor se giró bruscamente, sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que me silenció.

—Escuchadme bien —susurró, acercándose tanto que pude oler el aroma a limpio en su ropa—. Esta noche no existe la palabra «no» en vuestro vocabulario. No existe «por favor» ni «necesito». Solo existe «sí, mi príncipe» y «como deseéis, mi príncipe». ¿Entendido?

El terror debió reflejarse en mi rostro porque su expresión se suavizó ligeramente.

—No es un consejo, niña —continuó en voz baja—. Es supervivencia. El príncipe ha estado con el Rey todo el día, y cuando eso sucede… Necesita sentir que tiene control absoluto sobre algo. Sobre alguien.

Sus manos comenzaron a deshacer los cordones de mi vestido para desnudarme.

—El camisón —continuó mientras me ayudaba a desvestirme—, es un regalo suyo. Lo mandó hacer especialmente para esta noche. Este azul es su color preferido en vos. Ser complaciente, ser sumisa, es la única protección que tenéis esta noche.

La seda azul se deslizó sobre mi piel. El collar en mi cuello parecía más pesado que nunca. La doncella trabajó en silencio, ajustando el camisón aquí y allá, como si la perfección en mi apariencia pudiera protegerme de lo que estaba por venir.

Me atreví a mirarme en el espejo y el horror me atravesó. La seda era prácticamente transparente, dejando poco a la imaginación. Las marcas de golpes y torturas anteriores eran visibles a través de la tela.

—Yo… —comencé, pero la doncella me cortó con un gesto brusco.

—No. Ni una protesta, ni una queja. Sumisa, complaciente, obediente —repitió, como si fueran palabras mágicas que pudieran mantenerme a salvo—. Si pregunta si os gusta el camisón, decís que sí. Si quiere que deis vueltas para él, lo hacéis. Si ordena que… No importa lo que ordene. Esta noche, existís solo para complacerle.

Sus manos trabajaron en mi cabello, soltándolo de las trenzas elaboradas que habían ocupado a las doncellas durante horas. Los mechones negros cayeron sobre mis hombros, contrastando con el azul pálido de la seda.

—Mantened la cabeza baja —instruyó mientras pasaba el cepillo por mi pelo una última vez—. No le miréis a los ojos a menos que lo ordene. Y por todos los dioses, no os encojáis si os toca. Eso solo lo provocará más. Mucho menos intentéis defenderos o huir… No hay escapatoria.

Sus manos se detuvieron un momento en mis hombros, y sentí cómo estudiaba mi reflejo en el espejo.

—El príncipe puede ser impredecible después de sus reuniones con el Rey —advirtió.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Conocía demasiado bien esa necesidad de Soren de demostrar su poder.

—¿Está bebido? —pregunté en un susurro.

La doncella mayor negó con la cabeza.

—Peor. Está sobrio.

El terror se intensificó. Un Soren ebrio era peligroso, pero predecible. Sobrio… sobrio significaba que cada crueldad, cada dolor infligido, sería premeditado y preciso.

Sus dedos ajustaron el collar negro en mi cuello, asegurándose de que la piedra quedara perfectamente centrada.

—Si os pregunta sobre la grieta —susurró, refiriéndose a la marca nueva que había aparecido en la piedra después de mi último encuentro con Aeran en sueños—, decid que no sabéis cómo sucedió. Que quizás fue accidental.

Mi corazón se detuvo por un instante. El collar… la piedra delatora. Por supuesto que lo sabía. Soren sabía exactamente lo que había hecho, lo que había intentado hacer. Esa conexión a través de los sueños, ese último contacto con Aeran… Y la piedra negra, ese maldito espía en mi garganta, había transmitido cada latido, cada emoción, cada palabra intercambiada en ese mundo onírico. No había sido tan invisible como creía, tan secreta como esperaba. Los ojos de Soren llegaban incluso a mis sueños.

—¿Él sabe…?

—El príncipe sabe muchas cosas —cortó ella—. Y sospecha aún más. Esta noche… esta noche necesitará asegurarse de que sois completamente suya.

Las palabras me helaron la sangre. La doncella dio un paso atrás, estudiándome una última vez.

—Vamos —ordenó, dirigiéndose hacia la puerta—. No debemos hacerle esperar.

Mis pies descalzos se congelaban mientras la seguía por los pasillos del castillo. Cada paso era una tortura, cada respiración era un recordatorio más de lo que me esperaba. Los guardias nos seguían con la mirada, sus ojos recorrían mi cuerpo apenas cubierto con una intensidad que me hacía querer desaparecer.

El castillo de noche era diferente, parecía más intimidante. El hielo que cubría las paredes brillaba con un resplandor fantasmal, como si el propio castillo estuviera vivo y observando.

El frío se colaba a través de la tela fina, erizando mi piel, aunque no sabía si era por la temperatura o por el miedo que me consumía.

Nos detuvimos frente a una puerta al final del mismo pasillo. Nunca había estado aquí antes, pero sabía exactamente qué habitación era. Los aposentos del príncipe. El corazón del poder de Soren, su dominio personal donde nadie se atrevía a entrar sin ser invitado.

La doncella mayor se giró hacia mí una última vez.

—Recordad —susurró—. Sumisa. Complaciente. No importa lo que veáis, lo que escuchéis, lo que os haga… mantened la calma. Y sobre todo… No penséis en él. En vuestro rey. Eso solo empeorará las cosas.

¿Tan transparente era mi corazón que hasta ella podía ver dónde vagaban mis pensamientos?

Antes de que pudiera responder, llamó a la puerta con tres golpes suaves.

—Adelante.

La doncella abrió la puerta y me empujó suavemente dentro. El calor me golpeó; docenas de velas ardían en candelabros de hielo, creando un contraste brutal con el frío del pasillo.

—La he traído como ordenasteis, mi príncipe —anunció la doncella con una reverencia profunda.

—Excelente. Puedes retirarte.

El sonido de la puerta cerrándose tras la doncella fue como el sello de mi sentencia y mi humillación. Mantuve la mirada baja,

como me habían instruido, pero podía sentir sus ojos sobre mí, estudiándome, evaluándome.

—Acércate —ordenó.

Di un paso adelante, luego otro. El frío del suelo contra mis pies descalzos era como agujas de hielo.

—Más cerca. —Su voz era suave, casi gentil, y eso me aterraba más que cualquier grito.

Seguí avanzando hasta que pude ver sus botas. El olor a hielo y especias que siempre lo acompañaba me envolvió, mezclándose con el aroma de las velas.

Sus dedos rozaron mi barbilla, forzándome a levantar el rostro. Sus ojos brillaban en la luz de las velas. No había rabia en ellos, no había esa furia familiar que al menos me permitía prepararme para el dolor. No. Esta noche había algo diferente en su mirada, algo mucho peor.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó, sus dedos aún estaban en mi barbilla.

—No, mi príncipe —respondí.

Una sonrisa lenta se dibujó en sus labios, y supe, con una certeza que me heló hasta los huesos, que esta noche sería diferente a todas las anteriores.

Y no de una buena manera.

El tintineo del cristal contra cristal resonó en la habitación mientras servía el vino.

Se alejó unos pasos, observándome. Tras un momento que pareció eterno, se dirigió hacia una mesa lateral donde reposaba una jarra de cristal y dos copas. Sus movimientos eran deliberadamente lentos.

El tintineo del cristal contra cristal resonó en la habitación mientras servía el vino.

Soren se tomó su tiempo y lo observé por el rabillo del ojo mientras giraba la copa en sus manos.

—Realmente te sienta bien ese color —comentó casualmente, extendiendo una copa hacia mí—. El azul siempre ha sido tu color,

¿no crees? Resalta tus ojos de una manera fascinante.

Sus pasos resonaron en el suelo mientras comenzaba a rodearme lentamente. Podía sentir su mirada recorriendo cada centímetro de mi cuerpo apenas cubierto. Era como estar bajo el escrutinio de una serpiente, esperando el momento del ataque.

—Toma —ordenó, acercando más la copa—. El vino te ayudará a relajarte.

Mis manos temblaban ligeramente mientras aceptaba la copa, recordando el consejo de la doncella. Sumisa. Complaciente. Sin protestas.

—Las doncellas han hecho un trabajo excepcional con tu cabello esta noche —continuó, sus dedos rozaron un mechón que caía sobre mi hombro—. Aunque personalmente, siempre he preferido verlo suelto así. Tan salvaje… tan libre… Como solías ser tú.

Siguió circulando a mi alrededor, cada vuelta me hacía sentir más pequeña, más vulnerable.

—¿Sabes? Es curioso cómo funciona el poder. Cómo puede manifestarse de formas tan inesperadas.

Se detuvo frente a mí, sus ojos se clavaron en el collar que rodeaba mi cuello.

—Por ejemplo —continuó—, este pequeño regalo mío. Tan simple en apariencia, y, sin embargo… —Su sonrisa se volvió depredadora —. Me dice tantas cosas interesantes sobre ti.

El terror me apretó la garganta mientras sus dedos trazaban la grieta en la piedra.

—Como el hecho de que has estado visitando ciertos sueños últimamente —susurró—. Sueños que no te pertenecen, con personas que deberías haber olvidado hace tiempo.

El vino en mi copa temblaba.

—Mi príncipe, yo… —comencé, pero sus dedos se cerraron alrededor de mi garganta, justo encima del collar.

—Shh —susurró, sus labios casi rozaban mi oído—. No me mientas, querida. No esta noche. No cuando ambos sabemos

exactamente lo que has estado haciendo. Hay otra grieta, otra grieta en el maravilloso collar que te regalé.

Se alejó. Escuché cómo dejaba la copa en la mesita y me encogí instintivamente, esperando el golpe que siempre seguía a ese sonido. Cerré los ojos con fuerza, preparándome para el dolor familiar.

Pero en su lugar, sentí su presencia detrás de mí, su calor. Sus dedos apartaron mi cabello con delicadeza. El roce de sus labios contra mi nuca me provocó un escalofrío que no pude contener, y sus manos se posaron sobre mis hombros como garras.

—Tan asustadiza —murmuró contra mi piel—. Como un pajarillo enjaulado. ¿Es así como te encogías cuando él te tocaba?

No pude evitar tensarme bajo sus manos, y sus dedos se clavaron en mis hombros como un castigo silencioso.

—¿Sabes? —continuó, sus labios trazaron un camino por mi cuello—. He estado pensando mucho en el pequeño Kieran últimamente.

Me tensé todavía más y sentí cómo sonreía contra mi piel al notar mi reacción.

—Es un niño tan vulnerable —susurró—. Tan confiado. Mis hombres dicen que aún va a la torre todas las noches, llevando comida para ti. Que llora llamándote «mamá» entre sueños. Porque claro… Lo único que puede recordar de una madre eres… Tú.

Sus manos se deslizaron por mis brazos.

—¿Te imaginas lo que le harían si tuvieran la oportunidad? Son hombres con gustos particulares. Y los niños pequeños son tan frágiles, tan fáciles de romper.

—Por favor —la súplica escapó de mis labios antes de poder contenerla.

—Shh. —Sus dedos apretaron con más fuerza—. ¿Qué crees que haría tu querido Aeran si supiera la verdad? ¿Si descubriera que cada vez que intentas advertirle en sueños, cada vez que intentas alcanzarlo, pones a su hermano pequeño en más peligro?

Las lágrimas corrían libremente por mis mejillas ahora, pero no me atrevía a moverme, a respirar siquiera.

—Es fascinante, ¿verdad? —continuó, y noté sus labios en mi oreja—. Cómo el amor puede ser un arma tan eficaz. Tu amor por él, tu amor por esos niños… Todo eso te mantiene aquí, obediente, más efectivamente que cualquier cadena.

Sus labios volvieron a mi cuello, justo encima del collar.

—Así que la próxima vez que sientas la tentación de visitar sus sueños —susurró—, recuerda el sonido de los gritos de Kieran. Imagina lo que se sentiría escucharlos cambiar de «mamá» a súplicas por misericordia.

Un sollozo ahogado escapó de mi garganta, y sus manos se deslizaron hasta mi cintura, manteniéndome inmóvil contra él.

De repente, sus manos se cerraron en mis brazos y me giró con tanta violencia que perdí el equilibrio. La copa se me escapó de las manos, estrellándose contra el suelo. El vino se extendió como sangre entre los fragmentos de cristal, manchando la seda azul de mi camisón.

Su mano se cerró sobre mi mejilla con una fuerza que me hizo jadear, sus dedos se clavaron en mi piel mientras me obligaba a mirarlo.

—Mírame —ordenó—. Quiero que veas mi rostro cuando te diga esto.

Su pulgar trazó un camino por mi mejilla, recogiendo las lágrimas que no podía contener.

—¿Has pensado alguna vez en Avery? —preguntó con una suavidad engañosa—. En lo hermosa que se está volviendo. Tan inocente todavía. Mis hombres la observan, ¿sabes? —continuó, sus dedos apretaban con más fuerza—. La ven vagando sola por el bosque, tan descuidada, tan vulnerable. Algunos han comentado lo fácil que sería robarle esa inocencia.

—No… Soren…

—Oh, sí. —Su sonrisa se ensanchó—. ¿Te imaginas lo que le harían? Cómo sus gritos resonarían en el bosque donde nadie podría

oírla. Cómo su pureza se desvanecería bajo las manos de hombres que han estado demasiado tiempo lejos de casa.

Sus dedos se deslizaron hasta mi garganta, presionando justo encima del collar.

—¿Qué noble querría casarse con ella después? —susurró—. ¿Qué futuro le quedaría a la princesa de Dragio una vez que mis hombres terminaran con ella?

Las náuseas me revolvían el estómago mientras sus palabras pintaban imágenes que no podía soportar.

—Por favor —supliqué—. Ella es solo una niña…

—Exactamente. —Sus uñas se clavaron en mi piel—. Una niña que depende enteramente de tu buen comportamiento. De tu silencio. De tu absoluta obediencia.

Su otra mano se enredó en mi pelo, tirando con fuerza hasta que un gemido de dolor escapó de mis labios.

—Así que piénsalo bien, querida —susurró contra mi oído—. Cada vez que sientas la tentación de rebelarte, cada vez que consideres advertir a tu amado rey… recuerda que no solo es Kieran quien pagará el precio. La inocencia de Avery está en tus manos.

Sus labios se estrellaron contra los míos con una violencia que me robó el aliento. El sabor de mis propias lágrimas se mezcló con el vino mientras su mano en mi pelo tiraba con más fuerza, manteniéndome inmóvil para su asalto. No era un beso, era una demostración de poder, otra forma de posesión.

Cuando finalmente me soltó, sus dientes atraparon mi labio inferior, mordiéndolo hasta que probé sangre.

—Y por supuesto —continuó, limpiando la sangre de mi labio con falsa ternura—, no podemos olvidarnos de los demás, ¿verdad? El pequeño Torin, dice que es listo… Pero también confiado.

Su mano libre recorrió mi costado, sus dedos se clavaron en las costillas que aún no habían sanado completamente.

—Y la dulce Venya —susurró—. Tan alegre, tan llena de vida…

Un sollozo escapó de mi garganta mientras sus palabras pintaban horrores tras horrores.

—Cleon es interesante —continuó, sus labios rozando mi mejilla húmeda por las lágrimas—. Tan dedicado a su entrenamiento. Pero incluso el mejor guerrero puede caer si su oponente no juega limpio.

—Basta —supliqué—. Por favor… Soren, por favor, haré lo que quieras…

Sus dientes se clavaron en mi cuello, justo encima del collar, y tuve que morder mi labio ya lastimado para no gritar de dolor.

—¿Y tu amado rey? —susurró contra mi piel—. ¿Quieres saber lo que le pasará si decides ser valiente? Si intentas advertirle…

Su mano abandonó mi pelo solo para cerrarse alrededor de mi garganta.

—Lo destruiré —declaró—. No con violencia, no. Eso sería demasiado misericordioso. Lo destruiré lentamente, quitándole todo lo que ama, uno por uno. Empezaré con los niños, por supuesto. Dejaré que viva con la culpa de no haberlos protegido.

Sus dedos apretaron, cortando mi respiración por un momento.

—Luego su reino —continuó—. Sus alianzas se desmoronarán una a una. Sus consejeros lo traicionarán. Su pueblo se volverá contra él. Y cuando esté completamente solo, cuando no le quede nada más que perder… Solo entonces le diré la verdad. Le contaré cada detalle de lo que te hice, de cómo suplicabas, de cómo llorabas su nombre en la oscuridad.

Me soltó tan bruscamente que caí al suelo, mis rodillas golpearon el mármol junto a los fragmentos de la copa rota.

—Y cuando la culpa lo consuma. —Se agachó junto a mí y sus dedos se enredaron nuevamente en mi pelo—, cuando el peso de sus fracasos lo aplaste… le dejaré vivir. Porque esa, mi querida Nefely, será la peor tortura de todas.

Sus labios volvieron a encontrar los míos, bebiendo mis lágrimas, saboreando mi desesperación. Cuando finalmente se apartó, su mano se posó en mi mentón, forzándome a mantener la mirada fija en él.

—¿Has entendido todo lo que he dicho? —preguntó con una suavidad engañosa—. Necesito estar seguro de que cada palabra ha

quedado grabada porque no pienso volver a repetirlas, estoy harto.

Sus dedos trazaron un camino por mi garganta hasta el collar, deteniéndose en la grieta de la piedra.

—Te he tratado mejor que a cualquier prisionera —siseó, y la fachada de calma comenzó a agrietarse—. Te he dado sedas, te he dado joyas, incluso te he permitido pasear por mis jardines. Y así es como me lo pagas. Buscándolo a él. —Sus dedos presionaron con más fuerza—. A ese maldito rey que ni siquiera se molestó en buscarte realmente.

Su pulgar rozaba obsesivamente la grieta en la piedra, como si quisiera borrarla con su tacto.

—Te lo dejé muy claro la última vez, Nefely. Pero parece que no has aprendido por las buenas. —Su voz bajó aún más, volviéndose apenas un susurro venenoso—. Me canso de repetir las cosas. De tener que recalcar lo mismo una y otra vez. De tu persistente desobediencia. Ahora, respóndeme, amor —ordenó—. ¿Entiendes las consecuencias de tus pequeños actos de rebeldía?

—Sí, mi príncipe —logré susurrar.

Su sonrisa se ensanchó, pero no llegó a sus ojos.

—¿Qué pasará si vuelves a visitar sus sueños?

El sollozo que intenté contener hizo que su agarre se volviera más fuerte.

—Kieran… Kieran sufrirá.

—¿Y qué más? —presionó, sus uñas se clavaron en mi cuero cabelludo—. ¿Qué le pasará a la dulce Avery si decides ser valiente?

—La… la lastimarán. Sus hombres le quitarán su inocencia. Les harás daño a todos si sigo desobedeciendo.

—Bien —murmuró, aflojando ligeramente su agarre.

Sus labios se curvaron en una sonrisa satisfecha mientras su pulgar limpiaba mis lágrimas.

—Así que dime, mi querida Nefely —susurró—. ¿Vas a obedecerme? ¿Vas a ser la dulce y sumisa prisionera que necesito que seas?

—Sí, mi príncipe —respondí.

—¿Y por qué lo harás? —presionó, mientras que con su otra mano comenzó a tocarme sobre la seda manchada de vino—. Dime exactamente por qué serás obediente.

—Por… por amor —sollocé—. Porque los amo demasiado para dejar que sufran por mi culpa.

Su risa suave me heló la sangre.

—¿Ves? —murmuró—. El amor es el arma más efectiva. Las cadenas más fuertes son las que forjamos con nuestro propio corazón.

Se apartó lo suficiente para observarme completamente.

—Y ahora que todo está claro… —Su mano se deslizó por mi espalda, presionando sobre las costillas que aún no habían sanado —. Vamos a asegurarnos de que nunca, jamás, olvides esta conversación.

Sus labios volvieron a encontrar los míos, más suaves esta vez, casi tiernos. Porque esta aparente gentileza era solo el preludio de algo peor, una nueva forma de tortura diseñada para romper no solo mi cuerpo, sino mi alma misma.

Y mientras sus manos recorrían mi cuerpo a través de la seda manchada, mientras sus labios trazaban un camino de falsa ternura por mi cuello, cerré los ojos y dejé que más lágrimas corrieran. Porque esta noche marcaría un antes y un después, no por el dolor físico que sin duda vendría, sino porque sería la noche en que finalmente entendería que mi amor por ellos, ese amor que me había mantenido fuerte hasta ahora, sería el instrumento de mi destrucción final.

Y Soren lo sabía. Lo saboreaba. Cada lágrima, cada temblor, cada sollozo ahogado era una victoria para él, una prueba más de su poder absoluto sobre mí.

No por la fuerza, no por la violencia, sino por el amor.

16

Amanecer destrozado

Nefely

No había dormido. No había cerrado los ojos ni un solo momento durante toda la noche. Observé cómo las velas se consumían una a una, sus llamas danzaban sobre las paredes de hielo como espectros burlones. El amanecer comenzaba a filtrarse por los ventanales, tiñendo la habitación de tonos rosados que hacían que las marcas en mi piel parecieran más oscuras, más brutales.

Soren dormía a mi lado, su respiración profunda y regular me recordaba mi pesadilla. Estaba boca abajo, con un brazo posesivamente sobre mi cintura como una cadena más, otra forma de posesión incluso en el sueño. El olor a él —esa mezcla de especias caras, vino y sudor— me revolvía el estómago hasta el punto que tuve que contener las arcadas para no despertarle. Mis ojos recorrieron frenéticamente la habitación, buscando algo, cualquier cosa lo suficientemente afilada para hundirla en su garganta mientras dormía. Un abrecartas olvidado, un fragmento de cristal, incluso una de esas ridículas estatuillas de hielo que decoraban las estanterías…, pero no había nada a mi alcance. Como

si incluso la habitación conspirara para mantenerme indefensa ante él.

Las marcas de sus dientes cubrían mi cuerpo como un mapa macabro de posesión, cada mordisco era una bandera clavada en territorio conquistado. Mordiscos en mis hombros, en la curva de mis pechos, en la cara interna de mis muslos… cada uno había sido calculado para causar dolor, para marcar territorio, para que cada vez que me mirara al espejo recordara a quién pertenecía ahora. Mi labio partido volvía a sangrar donde lo había mordido hasta romperlo para no gritar, y podía sentir la sangre seca de otras mordidas más profundas tirando de mi piel como costras. Si pudiera arrancarme la piel donde me había tocado, lo habría hecho sin dudar, incluso si eso significaba quedar en carne viva.

Los recuerdos de otras manos, otras caricias, intentaron filtrarse en mi mente como intrusos no deseados. Aeran… solo había estado con Aeran. Sus roces siempre habían sido gentiles, casi reverentes, sus besos tiernos incluso en los momentos más apasionados. Cada contacto había sido una pregunta, nunca una exigencia. Nunca una imposición. Aparté esos pensamientos con violencia, como quien arrancaría una daga del pecho. No podía soportar la comparación, no cuando esos recuerdos sagrados ahora se manchaban con esta realidad. No cuando el cuerpo que me había entregado a él con amor ahora estaba marcado, mancillado, profanado por otro hombre como un templo saqueado.

Me sentía sucia, contaminada hasta la médula de los huesos. Como si hubiera bebido veneno y este corriera ahora por mis venas, pudriéndome desde dentro. Esto no había sido un acto de pasión o deseo, había sido otra forma de tortura, más íntima, más devastadora que cualquier golpe. Cada falsa caricia había sido una violación, cada beso forzado era una marca de propiedad, cada palabra susurrada era una cadena más. Una forma más de demostrar su control absoluto sobre mí, de arrancarme incluso los recuerdos puros que me quedaban.

Ya no me quedaban lágrimas que derramar; las había agotado todas durante la noche, mientras él marcaba cada centímetro de mi piel con sus dientes, sus manos, su… No. No podía pensar en eso. No podía recordar cómo había invadido mi cuerpo como si tuviera derecho a él, cómo había profanado lo único que aún me pertenecía. Mi mente se cerraba ante esos recuerdos como una herida que se niega a ser tocada.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo desnudo, expuesto. El frío del castillo se colaba hasta mis huesos, pero era un frío diferente el que me consumía por dentro. Un vacío helado, absoluto, donde antes había estado mi alma. Me sentía hueca, vaciada, como un cáliz del que se ha bebido hasta la última gota. Como si hubiera arrancado algo fundamental de mi ser, algo que nunca podría recuperar. Ni toda la magia del mundo podría curar esta herida invisible que sangraba sin sangre.

Con movimientos infinitamente lentos, calculados, comencé a deslizarme fuera de su agarre. Cada centímetro era una tortura, no solo por el dolor físico —dioses, todo dolía como si me hubieran desollado viva— sino por el terror paralizante de despertarlo. Su brazo se deslizó de mi cintura y cayó sobre la cama con un ruido sordo que me paralizó por completo, congelando hasta mi respiración.

Contuve la respiración, esperando. Uno, dos, tres latidos de mi corazón desbocado. Él se movió ligeramente, murmurando algo ininteligible entre sueños, y el olor a especias, vino rancio y su propio sudor me golpeó con tal intensidad que tuve que luchar contra la bilis que subía por mi garganta. Pero no despertó, y agradecí a cualquier dios que aún pudiera escucharme por esta pequeña misericordia.

El camisón azul yacía hecho jirones cerca de la puerta, manchado de vino y de la sangre de mis heridas. Mis piernas temblaban mientras me levantaba de la cama, cada músculo gritaba en protesta. Podía sentir nuevos moretones formándose donde sus dedos se habían clavado con demasiada fuerza, donde me había

sujetado contra el colchón mientras yo suplicaba en silencio que acabara pronto…

Hacía frío, pero nada, ni el viento más gélido de las cumbres más altas de Dragio, podía compararse con el frío que sentía por dentro. Un frío que nacía del asco visceral que me provocaba mi propio cuerpo, esta cárcel de carne y hueso que ahora llevaba sus marcas como un pergamino escrito con la tinta de mi humillación.

Recogí los restos del camisón con manos temblorosas que ya no reconocía como mías. La seda, antes tan suave, ahora estaba rígida por la sangre seca de sus mordidas y del vino. Me lo puse de todas formas, necesitando desesperadamente cualquier barrera, por frágil que fuera, entre mi piel mancillada y el mundo. La tela rozó las marcas de sus dientes y tuve que morder mi labio ya lastimado para no gemir de dolor.

La puerta… la puerta estaba tan cerca. ¿Cuántas veces durante la interminable noche había mirado hacia ella con anhelo desesperado, deseando poder escapar mientras él me sometía a sus deseos? Pero no había escape, no realmente, no mientras sus amenazas resonaban en mi mente con horrible claridad: Kieran desangrándose lentamente, Avery siendo arrastrada al bosque por sus guardias, todos ellos sufriendo por mi egoísmo, por mi debilidad…

Mis dedos, amoratados y con las uñas rotas de tanto arañar las sábanas, rozaron el pomo de la puerta y casi solté un sollozo de alivio cuando giró sin hacer ruido. Lancé una última mirada hacia la cama donde yacía mi torturador. Seguía dormido, su rostro casi angelical en reposo, tan hermoso y sereno que cualquiera que lo viera así lo creería incapaz de crueldad. ¿Cómo podía parecer tan inocente después de lo que me había hecho? ¿Cómo podían esas manos que me habían lastimado descansar tan pacíficamente sobre las sábanas manchadas con mi sangre, mis lágrimas y mi dignidad perdida?

El pasillo estaba desierto, gracias a todos los dioses que aún no me habían abandonado por completo. Mis pies descalzos dejaban huellas húmedas en el mármol mientras caminaba como un

fantasma, como si ya no perteneciera al mundo de los vivos. No me importaba. Nada importaba excepto alejarme de él, llegar a mi habitación, a mi prisión, que ahora parecía un santuario en comparación con el infierno de su lecho.

Cada paso era una agonía. Las mordidas en mis muslos ardían, los moretones palpitaban, y mi cuerpo entero se sentía como si hubiera sido golpeado repetidamente. En cierta forma, así había sido. Sus «caricias» habían sido tan violentas como cualquier tortura en las mazmorras.

Cuando finalmente alcancé mi habitación, el aroma a limpio me golpeó inmediatamente. La doncella mayor había estado aquí, la bañera humeante en el centro de la habitación lo confirmaba. Por supuesto que lo sabía. Todos en este maldito castillo sabían exactamente lo que sucedería esta noche. Todos excepto yo, que seguía conservando el ingenuo y patético deseo de que esta vez fuera diferente, de que esta vez su crueldad tuviera límites.

Cerré la puerta tras de mí y me deslicé hasta el suelo. Los sollozos que había contenido toda la noche, las lágrimas que había tragado para no darle la satisfacción de verme rota, finalmente escaparon, sacudiendo mi cuerpo maltratado con espasmos que solo aumentaban el dolor físico. En el espejo del tocador podía ver mi reflejo, una figura patética en un camisón destrozado, el cuello y los hombros cubiertos de mordidas y marcas violáceas, el cabello enredado donde sus manos habían tirado con demasiada fuerza.

Me arrastré hacia la bañera, incapaz de soportar mi propio reflejo un segundo más. El agua caliente —un lujo que la doncella mayor debía haber ordenado expresamente— desprendía vapor y el aroma a lavanda que siempre había amado. Ahora ese olor solo me provocaba náuseas, recordándome que todos en el castillo sabían exactamente lo que él me haría, que mi sufrimiento era un espectáculo conocido, esperado, tolerado.

No me molesté en quitarme el camisón destrozado. Me sumergí completamente vestida, deseando que el agua pudiera limpiar más que solo la evidencia física de la noche. Quería arrancarme la piel

donde sus manos me habían tocado, quería rasgar cada marca de sus dientes con mis propias uñas, borrar cada moretón de sus dedos hasta llegar al hueso limpio si era necesario. Quería olvidar la forma en que me había usado, como si mi cuerpo fuera un simple objeto, una posesión más en su colección, suyo para hacer lo que quisiera sin consecuencias.

Froté mi piel con tanta fuerza que nuevas marcas rojas se sumaron a las que él había dejado. No era suficiente. Nada sería suficiente. Podía sentirlo en todas partes, su olor se había impregnado en mi piel, sus marcas eran como un collar de posesión que descendía por todo mi cuerpo, su… Él estaba en todas partes, dentro de mí, un parásito que nunca podría extirpar por completo.

Las arcadas me sacudieron con tal violencia que sentí como si mis entrañas quisieran abandonar mi cuerpo. Apenas tuve tiempo de inclinarme sobre el borde de la bañera antes de vomitar en espasmos dolorosos que tensaron mis costillas maltrechas. No había nada en mi estómago, excepto bilis amarga y el vino que me había forzado a beber entre falsos halagos, pero mi cuerpo seguía intentando desesperadamente expulsar su recuerdo, como si pudiera purgar su esencia de mi interior con cada convulsión.

El agua se tiñó de rosa con la sangre de las mordidas reabiertas por mi frotamiento frenético. Me hundí bajo la superficie, deseando que el mundo desapareciera. El silencio bajo el agua era como una bendición, aquí no podía escuchar su voz en mi mente, sus amenazas, sus falsas palabras de ternura mientras me lastimaba.

Grité bajo el agua hasta que mis pulmones ardieron. Grité por la mujer que había sido, esa sanadora que caminaba descalza por el bosque sin miedo, por la que ya nunca volvería a ser aunque sobreviviera mil años. Grité por cada beso de Aeran que ahora estaba manchado, por cada recuerdo tierno que él había profanado con sus actos.

Cuando finalmente emergí, jadeando y temblando, el sol había terminado de salir. Las paredes de hielo brillaban con la luz de la

mañana, creando prismas de colores que antes me habrían parecido hermosos.

Quería morir. Los dioses sabían, si es que aún me escuchaban, que quería morir más que cualquier otra cosa en este mundo maldito. Las ventanas estaban tan cerca, tentadoramente cerca… sería tan fácil, tan misericordiosamente rápido. Un momento de decisión, un salto hacia la libertad, un instante de dolor agudo y todo terminaría. El suelo estaba tan lejos abajo, el hielo tan afilado como colmillos de dragón esperando recibir mi cuerpo destrozado… Nadie podría sobrevivir a esa caída, ni siquiera yo. Ni siquiera una sanadora cuyos poderes parecían haberla abandonado cuando más los necesitaba.

Pero no podía. No mientras él tuviera ese poder enfermizo sobre ellos, no mientras mis actos pudieran condenarlos. No mientras mi muerte significara su sufrimiento multiplicado por mil. ¿Qué atrocidades les haría a los niños si yo decidía escapar de esta forma cobarde? ¿Qué torturas inventaría para Kieran, para Avery, para todos ellos? No, ni siquiera en la muerte encontraría paz sabiendo el precio que otros pagarían. Mi amor por ellos, ese mismo amor puro que él había pervertido y convertido en un arma contra mí; me mantendría aquí, respirando contra mi voluntad, sufriendo sin límite, existiendo cuando solo quería desaparecer.

Me odiaba, me aborrecía con una intensidad que rivalizaba con mi odio hacia él. Odiaba mi cuerpo por traicionarme, por seguir funcionando, por latir y respirar cuando lo único que anhelaba era la nada. Odiaba mis manos temblorosas por no ser lo suficientemente fuertes para arrancar su toque ponzoñoso de mi piel, por no haber luchado con más fuerza. Odiaba mis labios por recordar con nauseabunda precisión los suyos, mi piel por guardar la memoria indeleble de sus caricias violentas como cicatrices invisibles.

Pero, sobre todo, lo odiaba a él. Un odio que me consumía como fuego, que me hacía temblar con su intensidad. Odiaba su falsa gentileza, la forma en que pretendía que esto era algo más que violencia disfrazada de deseo. Odiaba cómo susurraba mi nombre,

como si tuviera derecho a pronunciarlo, cómo sus manos me tocaban como si le perteneciera.

El agua se enfrió, pero no me importó, nada podía ser más frío que el vacío que sentía por dentro.

Incluso los recuerdos de Aeran, que antes me habían dado fuerza, ahora solo traían más dolor. Cada caricia tierna que recordaba estaba manchada por las manos violentas de Soren. Cada beso dulce profanado por sus labios crueles. Él había conseguido corromper hasta mis memorias más preciadas, envenenando el único refugio que me quedaba.

La grieta en la piedra me recordaba el precio de mi rebeldía. Ya no intentaría alcanzar a Aeran en sueños, no después de esta noche.

Las lágrimas se habían agotado hacía tiempo, dejando solo un vacío árido donde antes hubo emociones.

Solo quedaba nada, este cuerpo que ya no me pertenecía. Era propiedad de Soren ahora, un instrumento más de su crueldad, un trofeo de su victoria. Y lo peor era que él lo sabía. Lo había saboreado en cada marca que dejó en mi piel, en cada sollozo que arrancó de mi garganta.

Porque esto no terminaría aquí. La próxima vez que me llamara, tendría que ir. La próxima vez que quisiera marcarme, tendría que someterme. Todo por amor. Todo por proteger a aquellos que significaban más que mi propia vida, más que mi propia dignidad.

Y esa era la victoria más cruel de Soren: haber convertido mi amor, lo único puro que me quedaba, en las cadenas que me mantendrían en este infierno. Noche tras noche, marca tras marca, humillación tras humillación, hasta que no quedara absolutamente nada de mí, excepto lo que él quisiera que fuera, hasta que Nefely desapareciera completamente y solo quedara su juguete roto.

Ya no intentaba limpiarme, sabía que esta suciedad iba más allá de lo físico. Era una mancha en mi alma que ninguna cantidad de agua podría borrar.

Y así, mientras el sol ascendía en el cielo de Gélidia, mientras mi sangre teñía el agua y el aroma a lavanda se mezclaba con el olor a

él que no podía borrar de mi piel, comprendí la verdadera profundidad de mi prisión.

No eran las paredes de hielo, ni el collar en mi cuello, ni siquiera sus amenazas lo que me mantenían cautiva.

Era el amor.

El sonido casi imperceptible de la puerta al abrirse me sobresaltó. La doncella mayor se deslizó dentro de la habitación como una sombra, cerrando tras ella con un cuidado que hablaba de secretos y silencios necesarios. En sus manos, una taza humeante desprendía un aroma que despertó recuerdos enterrados de mi vida anterior.

Sus ojos grises me estudiaron un momento desde la entrada, y por primera vez vi algo más que frialdad profesional en ellos. Era una mirada que conocía bien, la había visto reflejada en mi propio rostro tantas veces, cuando las muchachas llegaban a mi cabaña en el bosque después de noches similares, con cuerpos mancillados y almas destrozadas. Era compasión cuidadosamente contenida, el tipo de piedad que debe ocultarse para sobrevivir en lugares como este, donde la compasión es una debilidad que nadie puede permitirse mostrar abiertamente.

Se acercó a la bañera. El agua ensangrentada no pareció sorprenderla, ¿cuántas veces había visto escenas similares en este castillo de hielo y crueldad? ¿Cuántas otras antes que yo?

—Bebed esto —murmuró, extendiendo la taza hacia mí como quien ofrece un antídoto prohibido—. Mientras aún esté caliente. Funciona mejor así.

Mis manos temblaban tanto que apenas pude sostener la taza sin derramarla. El aroma… dioses, conocía ese aroma como el de mi propia piel. Ruda, artemisa, raíz de tanaceto, corteza de sauce, quizás algo de angélica por el toque dulzón… las mismas hierbas que había usado tantas veces en mi cabaña, cuando las madres traían a sus hijas con ojos aterrados y cuerpos lastimados, o cuando mujeres desesperadas venían a buscar la libertad de un vientre que sería maldecido si diera fruto.

—¿Qué…?

—Oledla —interrumpió suavemente, sus ojos vigilaban la puerta por encima de su hombro—. Vos sabéis lo que es. Erais sanadora, ¿no? Una de las mejores, según dicen.

Acerqué la taza a mi nariz, inhalando profundamente pese al dolor que el simple acto de respirar me causaba. Sí, no había duda. La infusión que impedía que la semilla echara raíces, que arrancaba cualquier vida que intentara crecer en un vientre que no la había pedido ni deseado, que borraba el último vestigio de una violación antes de que pudiera transformarse en vida.

El pensamiento de llevar algo suyo dentro de mí, de que algo de él pudiera echar raíces en mis entrañas, de que su crueldad pudiera manifestarse en una nueva vida inocente pero maldita desde su concepción… Las náuseas volvieron con tal intensidad que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no vomitar en ese mismo instante.

—Está demasiado caliente todavía —advirtió la doncella cuando vio mi intención de beberla de un trago, desesperada—. Deberíais esperar un momento, podría…

No la dejé terminar. Bebí la infusión ardiendo, sin respirar, sin permitirme pensar en lo que hacía, dejando que el dolor físico del líquido hirviendo bajando por mi garganta se mezclara con el resto de mis heridas, casi agradeciendo este nuevo tormento que al menos tenía un propósito.

Conocía demasiado bien estas hierbas. Sabía que me destrozarían por dentro temporalmente, que los calambres serían tan intensos que desearía morir. Que la mezcla, en esta concentración, era prácticamente venenosa y podía debilitar seriamente a una persona. Había visto mujeres que, tras recurrir a estas infusiones demasiadas veces en su desesperación, habían quedado estériles, sus cuerpos arruinados por la repetición constante de este remedio extremo. Pero en este momento, el riesgo futuro me parecía insignificante comparado con el terror inmediato de llevar en mi vientre la semilla de un monstruo.

Pero no me importaba. Prefería destrozarme por dentro, envenenarme lentamente, perder para siempre la posibilidad de ser madre, antes que llevar en mi vientre al hijo de un monstruo. Antes que traer al mundo a una criatura concebida en el odio y el dolor, un ser que llevaría su sangre maldita, que tendría su rostro, sus ojos, sus rasgos grabados como una condena eterna. No podría soportar ver su cara reflejada en la inocencia de un niño, sería una tortura peor que cualquiera que él pudiera inventar.

Y si esa vida que acababa de impedir volvía a mí en mis pesadillas, si los dioses decidían castigarme por este acto, lo aceptaría como un precio justo. Cualquier tormento sería preferible a lo que significaría traer al mundo a un hijo de Soren, concebido en la violencia y marcado por ella.

—Deberíais salir del agua —murmuró la doncella con urgencia—. La infusión… os hará sentir mal muy pronto si no descansáis. Los efectos son rápidos y…

—Ya lo sé —respondí sin mirarla. No podía. No quería ver la compasión en sus ojos, la piedad que me rompería más de lo que ya estaba rota—. Conozco los efectos perfectamente. Conozco cada hierba de esta mezcla, cada reacción que provocará, cada dolor que causará.

¿Cuántas veces había preparado esta misma infusión para otras? ¿Cuántas veces había sostenido la mano de mujeres mientras la bebían, mientras el remedio hacía su trabajo purificador? ¿Cuántas habían venido a mi cabaña, con los ojos vacíos y el cuerpo marcado, buscando exactamente esto, esta liberación amarga que borraba la última huella del invasor? Y ahora… ahora era yo quien necesitaba la amarga medicina que una vez dispensé, quien se encontraba al otro lado de ese abismo infranqueable entre sanadora y víctima.

De pronto comprendí con brutal claridad por qué esas mujeres habían bebido la infusión con tanta determinación pese a mis advertencias sobre los riesgos, por qué habían elegido el dolor físico sobre la alternativa. No era solo el miedo a un niño no deseado, era el terror absoluto de llevar dentro algo del hombre que las había

violado, de que su cuerpo fuera usado una vez más contra su voluntad, ahora como instrumento para crear vida cuando solo había experimentado destrucción. Era el miedo de ver el rostro del violador reflejado en un niño inocente, de tener que explicar algún día a esa criatura cómo llegó al mundo, qué clase de monstruo fue su padre.

El agua seguía tiñéndose de rojo donde mis heridas no dejaban de sangrar, mezclándose con la suciedad que intentaba lavar sin éxito. Pero el dolor físico era casi un alivio, algo tangible a lo que aferrarme mientras todo lo demás se desmoronaba en mi interior. Quería que doliera. Necesitaba desesperadamente que doliera. Era mil veces mejor que ese vacío insondable que amenazaba con tragarme entera, con borrar lo poco que quedaba de mí.

Un espasmo repentino atravesó mi vientre, tan violento que me hizo jadear. La infusión ya estaba empezando a actuar, más rápido de lo que recordaba.

—Os traeré ropa limpia —ofreció la doncella, moviéndose hacia el armario con pasos silenciosos.

—No. No quiero… no puedo…

No podía soportar la idea de tela contra mi piel, no cuando cada roce me recordaba sus manos.

El odio era más seguro ahora, mi único refugio en este infierno. El odio no dolía tanto como el miedo, como la vergüenza, como esa sensación de suciedad indeleble que ninguna cantidad de agua podría jamás limpiar. El odio era fuego frío que congelaba todo lo demás, que me permitía seguir respirando cuando cada aliento era una agonía, cuando cada latido de mi corazón traidor era un recordatorio de que seguía viva cuando solo quería desaparecer.

Otro calambre, más intenso que el anterior.

—La infusión comenzará a hacer efecto pronto —insistió ella suavemente—. Necesitaréis estar en la cama cuando los verdaderos dolores comiencen. No querréis que os encuentren así.

—Lo sé —la corté. Claro que lo sabía mejor que nadie. Los calambres que ya comenzaba a sentir serían solo el preludio del verdadero tormento. Luego vendrían las náuseas imparables, los

temblores, la fiebre, y finalmente el sangrado violento que arrastraría cualquier posibilidad de vida que él hubiera intentado plantar en mí—. No es la primera vez que la preparo.

Pero era la primera vez que la bebía. La primera vez que entendía realmente por qué las mujeres que venían a mí temblaban tanto al tomarla, por qué algunas lloraban mientras el líquido amargo bajaba por sus gargantas.

El agua se había vuelto completamente fría, pero no me importaba. El frío era bueno. El frío adormecía, el frío no permitía sentir demasiado. Y yo no quería sentir nada nunca más si podía evitarlo.

—Las sábanas están limpias. Y he puesto hierbas para el dolor bajo la almohada. Ayudarán cuando… cuando lo peor comience.

Quería reír, pero solo conseguí una mueca grotesca. ¿Hierbas para el dolor? ¿Qué hierba en este mundo o en cualquier otro podía realmente curar esto? ¿Qué planta medicinal, por milagrosa que fuera, podía borrar las marcas de sus dientes de mi piel, el recuerdo de sus manos forzándome, el peso de su cuerpo sobre el mío, el olor de su aliento en mi cara mientras me susurraba promesas de más dolor si resistía…?

Un nuevo espasmo, tan intenso que por un momento vi estrellas tras mis párpados, me sacudió por completo.

—Odiar es más fácil —susurré, más para mí misma que para ella, mientras me abrazaba el vientre—. Si odio lo suficiente, quizás pueda olvidar cómo se siente todo lo demás.

La doncella no respondió, pero la sentí moverse por la habitación.

—El príncipe… —comenzó con cautela.

—No. —No podía escuchar su nombre. No podía pensar en él. No podía imaginar que tendría que volver a verlo, a soportarlo otra vez —. No existe. No ahora. No aquí.

La infusión trabajaba rápido, demasiado rápido. Podía sentir los calambres aumentando en intensidad, el calor abrasador extendiéndose por mi vientre, quemándome por dentro. Pronto el

dolor sería verdaderamente insoportable, me retorcería como un animal agonizante, pero era un dolor con propósito, un dolor que me aseguraría que nada de él, ninguna parte de su ser, pudiera jamás echar raíces en mí. Un dolor purificador que, por cruel que fuera, era preferible a la alternativa.

—Dejadme —susurré finalmente—. Por favor.

La doncella dudó un momento, pero finalmente asintió, reconociendo quizás que hay ciertos infiernos que una mujer debe atravesar sola.

Me quedé en el agua fría, observando cómo mi sangre creaba patrones en la superficie. El odio crecía con cada latido de mi corazón, con cada punzada de dolor que atravesaba mi vientre. Era lo único que me quedaba, lo único que podía sentir sin romperme por completo.

Nadie vendría a rescatarme. Lo supe entonces con una certeza absoluta que caló hasta mis huesos. No habría caballero en armadura brillante, no habría rey montado en su dragón, no habría salvación. Este era mi destino ahora, mi prisión, mi castigo. Quizás por algún mal que había cometido en otra vida, aunque no podía imaginar qué atrocidad podría merecer esto. O tal vez los dioses simplemente eran tan crueles como los hombres, y yo solo era otra víctima de su indiferencia.

En el fondo, una parte de mí seguía esperando, soñando que Aeran vendría con todo el poder de Dragio tras él. Que derretiría este castillo de hielo y crueldad, que me sacaría de este infierno. Pero él seguía ausente, seguramente ya olvidándome en brazos de su princesa de noble cuna, mientras yo me pudría aquí, usada y descartada. La esperanza, esa emoción traicionera, se evaporaba finalmente como el último aliento de un moribundo, dejando solo un vacío helado en su lugar.

Solo quería dejar de sentir. Quería volverme tan fría como el hielo que me rodeaba, tan dura como las paredes de esta prisión. Quería que nada me importase: ni Soren, ni Aeran, ni siquiera los niños por los que me sacrificaba día tras día. Quería ser una piedra, algo

inmóvil e insensible que simplemente existe sin sufrir, sin recordar, sin añorar lo que nunca tendría de nuevo.

Porque el odio no dolía tanto como el amor. El odio no te destrozaba desde dentro cuando te traicionaban. El odio no te dejaba vulnerable, expuesta, rota. Y yo ya no podía permitirme sentir nada más, no si quería sobrevivir un día más en este infierno del que nunca escaparía.

17

El rey lo necesita

Aeran

Mis consejeros parecían haberse quedado mudos después de enterarse de lo que había hecho, después de tomar los mandos de la situación por primera vez en semanas.

Pero no lo soportaba más. La pasividad, las excusas, los eternos debates sobre política y alianzas… todo se había desvanecido esta mañana cuando desperté con la marca ardiendo como fuego. El dolor en el pecho había sido tan intenso, tan visceral, que mis gritos habían atravesado los gruesos muros del castillo. Las doncellas habían irrumpido en mis aposentos creyendo que me estaban asesinando, solo para encontrarme doblado sobre mí mismo con la marca palpitando con un dolor que iba más allá de lo físico.

—¿Ha decidido un encuentro con Gélidia sin nuestra bendición? —La voz de Neval cortó el silencio—. ¿Sin siquiera consultarnos primero? Pensamos que era solo una idea pasajera, que recapacitaríais antes de tomar una decisión tan…

—Nos reuniremos pasado mañana al amanecer en el claro que separa los dos reinos —respondí sin titubear—. El mensaje ya ha sido enviado.

—¿Ya ha sido enviado? —Aldric se incorporó en su asiento, alarmado—. Pero hablamos de prepararlo adecuadamente, de negociar los términos, de establecer condiciones previas… No podéis simplemente…

Me levanté de mi asiento con movimientos deliberadamente lentos, estudiando los rostros de mis consejeros reunidos alrededor de la mesa. Podía ver el miedo en sus ojos, la preocupación, la incredulidad ante lo que consideraban una locura nacida de la desesperación.

—Llevamos semanas hablando, preparando, considerando opciones —dije con una calma peligrosa—. Y mientras tanto, ella sigue allí. Ya no habrá más retrasos.

—Mi señor… —Qued intentó intervenir, su voz era casi suplicante —. Las implicaciones diplomáticas de tal acción… la alianza con Ventara… Necesitábamos al menos discutir las condiciones, los términos de seguridad. No es prudente…

—Iré a recuperar a Nefely —dije con una autoridad que no había mostrado en semanas—. Iré a que nos la devuelvan. Y ni Ventara, ni la política, ni vuestros miedos me detendrán esta vez.

—¡Has perdido la cabeza! —Neval golpeó la mesa con tanta fuerza que las copas tintinearon—. ¡Esto podría desencadenar otra guerra! ¡Todo por una mujer que probablemente ya está…!

No terminó la frase. Mi mirada se clavó en él con tal intensidad que retrocedió instintivamente.

—Cuidado, Neval —susurré—. No quiero repetir el daño que te hice.

—Pero mi señor —intervino Zephyr con cautela—. ¿Y si las acusaciones fueran ciertas? ¿Si realmente fuera una espía, una traidora?

—Si es una traidora —respondí con voz fría como el acero—, quiero oírlo de sus propios labios. Quiero que me mire a los ojos y me lo diga ella misma. Y si fuera así, la reclamaré igualmente para que sea juzgada aquí, en Dragio, bajo nuestras leyes.

No añadí lo que realmente pensaba, lo que sabía en lo más profundo de mi ser: que era imposible. Nefely no podía haberme traicionado, no podía haberme engañado. La había visto en sus momentos más vulnerables, había visto su alma desnuda, había sentido su amor como una fuerza tangible entre nosotros. Sabía que no podía mentirme mirándome a los ojos; siempre había podido ver la verdad en ellos, leerla como un libro abierto. No, si Nefely me decía que había elegido a Gélidia voluntariamente, sabría que estaba siendo coaccionada, que algo terrible la obligaba a pronunciar esas palabras.

La marca en mi hombro palpitaba al ritmo de mi corazón acelerado, recordándome que estaba unida a ella. Este dolor no era una coincidencia, no era un simple malestar físico. Era una señal, un grito de ayuda que no podía seguir ignorando mientras jugaba a la política y las alianzas.

Y esta vez, nada ni nadie me impediría responder a ese llamado.

—¿Y qué hay de la princesa Cellina? —Zephyr habló.

Me mantuve de pie mientras ellos permanecían sentados, mi sombra proyectada por la luz del amanecer se extendía sobre la mesa como una presencia tangible de mi autoridad.

—Todo seguirá su curso —respondí con una calma que no sentía —. Los preparativos continuarán según lo planeado.

Vi el desconcierto recorrer los rostros reunidos alrededor de la mesa. Baldric se inclinó hacia adelante en su silla.

—Mi señor, no entiendo… Si vais a buscar a la dama Nefely…

—Si Nefely está con ellos voluntariamente, como algunos sugieren —Mi mirada se clavó en Neval, que se hundió ligeramente en su asiento—, si realmente ha elegido a Gélidia… entonces la alianza con Ventara procederá según lo acordado. —Hice una pausa, asegurándome de que todos entendieran la gravedad de mis palabras—. Os lo prometo solemnemente: si descubro que Nefely es una traidora, que todo fue un engaño, me casaré con la princesa Cellina en cuanto regrese a Dragio, sin más demoras.

Me acerqué a la ventana, observando como la primavera ya estaba aquí.

—Pero si está siendo retenida contra su voluntad —continué, mi voz se endureció como el acero—, si le han hecho daño… —La marca en mi hombro palpitó dolorosamente, enviando una oleada de fuego por todo mi cuerpo—. Entonces tomaremos otras medidas.

—¿Qué tipo de medidas exactamente? —Alastair se removió incómodo en su silla.

—El tipo de medidas que harán que la guerra anterior parezca un simple desacuerdo fronterizo —declaré sin vacilación—. El tipo de medidas que recordarán a todos por qué los dragones eligieron a Dragio como su hogar, por qué nuestro fuego es temido en todos los reinos.

—Mi señor —intervino Ezran desde su lugar en la mesa—, la venganza…

—No es venganza. Es honor. Es cumplir las promesas que le hice, no como rey a una súbdita, sino como hombre a la mujer que amo. Le juré que la protegería siempre, que nunca más tendría que enfrentarse sola a sus demonios. Le prometí un futuro juntos, un lugar a mi lado. Le di mi palabra, mi corazón, todo lo que soy.

Darius se inclinó hacia adelante.

—Las leyes antiguas —comenzó con cautela—. Cuando una Alisma es reclamada por la corona, existe un deber sagrado de protección. Si Gélidia realmente la tiene cautiva, estarían violando no solo leyes humanas, sino pactos antiguos con los propios dragones.

—Las leyes son claras en esto —añadió Thorak, sus dedos tamborileaban sobre la empuñadura de su espada en un ritmo nervioso—. Pero esto va más allá de leyes antiguas y pactos sagrados. La dama Nefely no es solo una Alisma. Es la mujer a quien nuestro rey entregó su corazón, a quien nuestros príncipes llaman madre, a quien los dragones eligieron no una, sino dos veces.

—Exactamente. —Me senté finalmente en mi lugar en la cabecera de la mesa—. Como rey, tengo un deber hacia Ventara, hacia las alianzas políticas que mantienen la paz. Pero como el

hombre que le prometió su vida, que le entregó su corazón, que la vio convertirse en el alma misma de esta familia… tengo una obligación que supera cualquier tratado político.

Thorak asintió gravemente desde su asiento.

—El rey tiene razón —declaró—. Necesitamos ver con nuestros propios ojos. Si la dama Nefely está realmente en Gélidia por elección propia, entonces procederemos con los planes actuales. Pero si está siendo retenida… —Su mano se apretó alrededor de su espada con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Entonces es nuestro deber, no solo por las leyes antiguas, sino por el amor que le tenemos todos, actuar en consecuencia.

Vi cómo sus palabras calaban en los demás consejeros. Incluso Neval parecía menos seguro de sus objeciones anteriores.

—No pido vuestra bendición —declaré finalmente—. Como rey, tomaré la responsabilidad de cualquier consecuencia que esta decisión pueda traer. Pero como el hombre que le juró amor eterno, que le prometió un futuro juntos, que la vio ganarse no solo mi corazón, sino el de todo este reino… Necesito verla. Necesito saber. Necesito entender.

El silencio que siguió fue diferente al anterior. Ya no era un silencio de desaprobación o miedo, sino de comprensión. Uno a uno, los consejeros comenzaron a asentir.

—Los preparativos para la boda continuarán —confirmó Qued suavemente—. Pero también nos prepararemos para… otras posibilidades.

—Y si Gélidia ha cometido el error de lastimar a la mujer que nuestro rey ama —añadió Thorak, su voz bajó hasta convertirse en poco más que un gruñido—, entonces que los dioses los ayuden, porque ni todos los ejércitos del mundo podrán protegerlos de la furia de Dragio.

Recorrí con la mirada la mesa del consejo, estos hombres que habían estado conmigo a través de guerras y paz, que habían visto crecer a mis hermanos, que habían sido testigos de cómo Nefely había transformado no solo mi vida, sino todo el reino.

—Pasado mañana al amanecer —repetí—. En el claro entre los reinos. Y que los dioses me ayuden si han tocado un solo cabello de su cabeza, porque no habrá poder en este mundo que pueda contener lo que desataré sobre ellos.

La marca palpitó una vez más, como si respondiera a mi promesa. Y esta vez, el dolor no fue solo mío, fue el eco de un amor más profundo que la sangre, más antiguo que las coronas, más poderoso que cualquier alianza política.

Un amor que ni siquiera la muerte podría romper.



La biblioteca siempre había sido un refugio para mis hermanos. El aroma a libros viejos y pergamino se mezclaba con la luz del sol que se filtraba por los ventanales, creando un ambiente casi sagrado. Me detuve en el umbral, observándolos sin que notaran mi presencia.

Kieran estaba sentado entre libros de historia, tenía su pequeño ceño fruncido en concentración mientras Avery le ayudaba con la lectura. Torin y Venya compartían un volumen de botánica, sus cabezas estaban juntas mientras señalaban diferentes ilustraciones de plantas. El maestre los supervisaba desde su escritorio, su pluma rascaba suavemente contra el pergamino mientras tomaba notas.

Por un momento, el peso en mi pecho se aligeró. Así era como solía ser, antes de que todo se desmoronara. Solo faltaba ella, sentada en su sillón favorito junto a la ventana, explicando las propiedades de cada hierba que Torin encontraba fascinante.

Observé a mi hermano un instante más, con la forma en que sus ojos brillaban mientras pasaba las páginas del libro de plantas. Nefely siempre decía que Torin tenía manos de sanador, que veía en él la misma curiosidad y compasión que ella sentía por todo ser vivo. «Será un gran maestre o un sanador aún mejor que yo», me había dicho una noche, mientras observábamos a los niños dormir. Y ahora, viéndolo tan absorto en su estudio de las plantas medicinales, sentí una punzada de esperanza. Quizás algún día, cuando todo esto terminara, Torin seguiría ese camino que ella había vislumbrado para él. Ojalá pudiera verlo convertirse en el sanador o maestre que estaba destinado a ser.

Avery fue la primera en notarme. Su rostro, antes suavizado por la concentración en ayudar a Kieran, se endureció instantáneamente. Los demás siguieron su mirada, y el cambio en el ambiente fue inmediato y doloroso.

Venya agachó la cabeza, ocultándose tras su cortina de cabello. Torin cerró el libro de golpe, como si mi presencia hubiera contaminado su estudio. Y Kieran… mi pequeño Kieran simplemente me dio la espalda, un rechazo tan claro como cualquier palabra.

—Maestre. ¿Podríais dejarnos un momento?

El hombre miró a mis hermanos con preocupación antes de asentir y retirarse silenciosamente, cerrando la puerta tras él.

—Si has venido a hablarnos de tu boda… —comenzó Avery, pero la interrumpí.

—Es sobre Nefely.

El cambio fue instantáneo. Kieran se giró tan rápido que varios libros cayeron al suelo. Venya alzó la cabeza, incluso Avery pareció olvidar momentáneamente su ira.

—¿Qué… qué sabes de ella? —Kieran temblaba al hablar.

Me acerqué lentamente.

—Está viva. La hemos… la hemos encontrado.

Venya soltó un sollozo ahogado. Torin se puso de pie tan bruscamente que su silla se tambaleó.

—¿Dónde? —exigió saber Avery—. ¿Cómo lo sabes?

Me senté en el suelo junto a ellos, ignorando la dignidad real. En este momento no era su rey, no era el hombre que los había decepcionado. Era solo su hermano, compartiendo una luz de esperanza en medio de tanta oscuridad.

—Está… —dudé, eligiendo mis palabras con cuidado—. Está en otro reino. Pero voy a traerla de vuelta. Voy a…

—¿Está bien? —interrumpió Kieran, arrastrándose más cerca—. ¿Está… está herida?

La imagen de los moretones en su rostro, del miedo en sus ojos, amenazó con ahogarme. Pero no podía, no debía compartir ese horror con ellos.

—Está viva —repetí, aferrándome a esa verdad fundamental—. Y voy a hacer todo lo que esté en mi poder para traerla a casa.

—¿Lo prometes? —Venya habló en un susurro—. ¿De verdad vas a traerla?

—Lo juro —respondí, extendiendo mis brazos hacia ella cuando vi las lágrimas comenzar a caer—. Por mi corona, por mi vida, por todo lo que soy… voy a traerla de vuelta con nosotros.

Venya se lanzó a mis brazos y rompió a llorar. Torin se dejó caer a mi lado, su cabeza se apoyó contra mi hombro. Kieran gateó hasta mi regazo, sus pequeños dedos se aferraron a mi camisa como si temiera que fuera a desaparecer.

Solo Avery permaneció apartada, aunque podía ver el anhelo en sus ojos.

—Si esto es una mentira —advirtió—. Si nos estás dando falsas esperanzas…

—No lo es. La he… la he sentido, Avery. A través de la marca. Está viva, y voy a traerla a casa.

Finalmente, mi hermana se derrumbó junto a nosotros.

—La echo tanto de menos —susurró Kieran contra mi pecho.

—Lo sé, pequeño —murmuré, besando su cabeza—. Yo también. Todos la extrañamos.

—¿Cuándo? —preguntó Torin—. ¿Cuándo irás por ella?

—Pasado mañana —respondí—. Al amanecer.

—Queremos ir contigo —declaró Avery.

—No. Necesito que estéis aquí, a salvo. Necesito saber que cuando la traiga de vuelta, estaréis esperándola.

—¿Y si nos ha olvidado?

—Nunca —respondí con más convicción de la que sentía—. Nefely nunca podría olvidarnos. Nos ama demasiado.

La había visto en mis sueños, había percibido su terror, había notado los moretones en su piel. Había sentido su miedo real cuando alcé la voz. No me importaba lo que dijeran los informes ni las teorías retorcidas de Neval. Yo sabía, tan cierto como que la corona pesaba sobre mi cabeza, que Nefely estaba retenida contra su voluntad. Si pensara por un solo instante que ella había elegido marcharse, que prefería la compañía de otro, jamás les habría dado esta esperanza a los niños. Jamás les habría prometido traerla de vuelta. Pero la conocía. La conocía mejor que a mí mismo. Y sabía que la mujer que nos había amado con tanta fiereza nunca nos abandonaría voluntariamente.

Los abracé más fuerte, sintiendo sus lágrimas empapar mi ropa. En ese momento, rodeado por mis hermanos, sentí que el vacío que su ausencia había dejado dolía un poco menos.

—Va a volver —susurré, tanto para ellos como para mí mismo—. Y esta vez, no dejaré que nada ni nadie nos la arrebate.

La marca en mi hombro palpitó suavemente, como si respondiera a una promesa que iba más allá de las palabras. Una promesa hecha no solo a la mujer que amaba, sino a los niños que la necesitaban tanto como yo.

Una promesa que cumpliría o moriría en el intento.

—Deberíais volver a vuestros estudios —dije suavemente, intentando que mi voz no traicionara la emoción—. Cuando Nefely regrese, querrá ver cuánto habéis avanzado.

Kieran asintió con tanto entusiasmo que varios mechones de cabello cayeron sobre sus ojos húmedos.

—¡Le mostraré que puedo leer los libros de historia sin ayuda! —declaró, arrastrando uno de los pesados tomos hacia sí—. ¡Y que ya

no confundo las fechas!

—Yo le enseñaré todas las plantas nuevas que he identificado —añadió Torin, su voz temblaba ligeramente mientras volvía a abrir el libro de botánica—. He estado estudiando sus propiedades, como ella me enseñó.

Venya se secó las lágrimas con la manga de su vestido.

—He practicado mis bordados —susurró—. Para que vea que ya no me pincho con la aguja.

Solo Avery permaneció en silencio. Podía ver la duda en su mirada, la lucha entre la esperanza y el miedo a ser decepcionada nuevamente.

Me dirigí hacia la puerta, necesitando escapar de ese escrutinio que amenazaba con desarmarme por completo. Pero cuando la abrí, mi corazón se detuvo.

Cleon estaba allí, su uniforme de guardia real arrugado como si hubiera estado apoyado contra la madera. Sus ojos… dioses, sus ojos estaban rojos e hinchados, pero ardían con furia.

Cerré la puerta suavemente tras de mí, asegurándome de que los pequeños no pudieran oír.

—Mentiroso —susurró con voz temblorosa—. Les estás mintiendo. A todos.

Di un paso hacia él, pero se apartó como si mi cercanía le quemara.

—Cleon…

—¡No! —Me empujó con tanta fuerza que mi espalda golpeó contra la puerta—. ¡No te atrevas a mentirles así! ¡No te atrevas a darles falsas esperanzas!

Sus manos se cerraron en puños a sus costados.

—¿De qué estás hablando? —intenté mantener mi voz baja, consciente de los niños al otro lado de la puerta.

—¡Ella no está secuestrada! —escupió—. ¡Está allí porque quiere! ¡Porque prefiere la cama de otro!

El mundo pareció detenerse por un momento. La sangre rugía en mis oídos mientras procesaba sus palabras. Las mismas dudas que

Neval había intentado plantar en mí, las mismas insinuaciones venenosas que había rechazado en mi mente una y otra vez.

—Cuida tu lengua —advertí, mi voz bajó varios grados—. No sabes de qué hablas.

—¿No? —Soltó una risa amarga—. Los rumores corren rápido, hermano. Incluso entre la guardia. Tu preciosa Nefely está calentando la cama del príncipe de Gélidia, y no precisamente contra su voluntad.

La furia explotó en mi pecho, pero me contuve. Era el dolor hablando, me dije. El dolor y la traición que todos sentíamos. Recordé el sueño, la forma en que había temblado ante mí, cómo se había encogido cuando levanté la voz. Eso no era amor. Eso era miedo. Miedo que conocía muy bien por haberlo visto en los ojos de madre tantas veces.

—Cleon, por favor…

—¡No me pidas que me calle! —Me di cuenta de que estaba a punto de llorar—. ¡No cuando les estás mintiendo! ¡No cuando les prometes traer de vuelta a una ramera que nos abandonó por otro!

El sonido de mi mano contra su mejilla resonó en el pasillo antes de que pudiera detenerme. No había sido mi intención golpearlo, pero la palabra… esa palabra aplicada a ella… La misma mujer que había sanado a Kieran cuando nadie más pudo, que había traído música de nuevo a la vida de Avery, que había enseñado a Torin sobre cada planta del jardín con infinita paciencia.

Cleon se tambaleó, más por la sorpresa que por la fuerza del golpe. Su mano voló a su mejilla mientras varias lágrimas escapaban de sus ojos.

—Cleon —Di un paso hacia él dándome cuenta de lo que acababa de hacer—. Lo siento, no quise…

—¿Por qué? ¿Por qué la defiendes cuando ella nos traicionó? ¿Cuando eligió a otro?

—No es lo que piensas —intenté explicar—. La he visto, Cleon. En sueños, a través de la marca. Está sufriendo, está aterrorizada. Vi

las marcas en su piel, sentí su miedo cuando alcé la voz. Eso no es amor, es cautiverio.

—¡Mentiras! —gritó, y tuve que abalanzarme sobre él para cubrir su boca, temeroso de que los pequeños pudieran oír—. ¡Todo son mentiras!

Forcejeamos un momento, hasta que finalmente se derrumbó contra mí y sus hombros comenzaron a sacudirse con sollozos contenidos.

—La amaba —susurró contra mi hombro—. La amábamos todos. Era nuestra familia. ¿Por qué nos abandonó? ¿Por qué eligió…?

—No lo hizo —respondí con firmeza, sosteniéndolo mientras lloraba—. Te lo juro por nuestra madre, Cleon. No fue su elección. He visto esas mismas marcas antes, en el rostro de nuestra madre. Conozco ese miedo. Estuve demasiado ciego para verlo entonces, pero ahora lo veo con claridad. Nefely está siendo retenida contra su voluntad, la están lastimando.

Se apartó lo suficiente para mirarme, y por un momento vi al niño que solía ser, no al guardia en que se había convertido.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque la conozco —respondí—. La conozco mejor que a mí mismo. Y la mujer que amamos, la mujer que se convirtió en nuestra familia, jamás nos abandonaría voluntariamente. La marca de la Alisma no miente. Está sufriendo, Cleon. Puedo sentirlo en mi propio cuerpo, como un eco de su dolor.

Su mano aún descansaba sobre su mejilla, donde mi golpe había dejado una marca rojiza.

—Lo siento —repetí—. No debí…

—No —dijo, limpiándose las lágrimas con la manga de su uniforme—. Yo lo siento. No debí… no debí llamarla así. Es solo que…

—Duele —completé por él—. Lo sé. A mí también me duele. Cada día sin ella es como morir un poco más.

Nos quedamos en silencio un momento.

—¿De verdad crees que está sufriendo?

La imagen de los moretones en su rostro, del miedo en sus ojos cuando grité, de cómo se encogió instintivamente, esperando un golpe que nunca llegó… Todo ello me atormentaba día y noche.

—Lo sé —respondí—. Y voy a traerla de vuelta, Cleon. Aunque tenga que reducir Gélidia a cenizas.

Se enderezó lentamente, limpiándose los últimos rastros de lágrimas.

—Entonces iré contigo —declaró.

Me quedé mirándolo un momento, realmente mirándolo. No era el niño que corría por los pasillos con una espada de madera. El uniforme de la guardia real no era un disfraz en él; se había ganado el derecho a llevarlo.

—No como mi hermano —respondí finalmente—. Como guardia real.

Se sorprendió.

—¿Me… me dejarás ir? ¿Sin discutir?

—Te ganaste tu lugar en la guardia —respondí, enderezándome —. Demostraste tu valía en la prueba, aunque yo… aunque yo no estuviera allí para reconocerlo formalmente.

La vergüenza por ese recuerdo me atravesó, pero la aparté. Este no era momento para arrepentimientos.

—Como guardia real —continué—, es tu deber proteger a la corona. Y Nefely… Nefely es tanto parte de esta corona como yo. Es mi Alisma, mi reina, aunque no haya habido ceremonia oficial. La marca nos une más profundamente que cualquier título o corona.

Cleon se irguió, y por un momento vi en él al hombre en que se estaba convirtiendo.

—Thorak me ha estado entrenando —dijo, su mano descansó instintivamente sobre la empuñadura de su espada—. Dice que nunca había visto a nadie aprender tan rápido.

—Lo sé. —Sonreí por ello—. Me lo dice cada día. Está orgulloso de ti. Todos lo estamos.

El rubor que cubrió sus mejillas casi ocultó la marca de mi bofetada.

—Sobre lo que dije antes… —comenzó, pero levanté una mano para detenerlo.

—Ya está olvidado —aseguré—. El dolor nos hace decir cosas que no sentimos. Pero Cleon… —Esperé hasta que sus ojos encontraron los míos—. Si vienes conmigo, si realmente quieres ser parte de esto, necesito saber que puedo confiar en ti. No solo como mi hermano, sino como mi guardia. Necesito que creas en lo que te he dicho sobre ella.

—Lo haré bien —prometió con una ferocidad que me recordó a mí mismo a su edad—. No te decepcionaré. No la decepcionaré. Y si tienes razón, si realmente está sufriendo allí, la defenderemos.

—No es cuestión de decepcionar a nadie —respondí suavemente —. Es cuestión de estar preparado para lo que podamos encontrar. Gélidia… Gélidia no es un enemigo cualquiera.

—Lo sé. Y estoy listo. Para lo que sea necesario.

Asentí lentamente.

—En el patio de armas nos reunimos antes de marchar.

Una pequeña sonrisa, la primera que veía en su rostro en semanas, iluminó sus facciones.

—Nunca llego tarde —respondió, y por un momento fue como si nada hubiera cambiado, como si fuéramos solo dos hermanos compartiendo una broma privada.

Pero todo había cambiado. Y mientras lo veía alejarse por el pasillo, su postura ya no derrotada, sino llena de propósito, me pregunté si estaba haciendo lo correcto al permitirle venir.

18

Juegos de poder

Nefely

El vestido, de un azul tan pálido que casi parecía blanco, había sido especialmente elegido por Soren para esta cena. «Para que combines con el hielo», había dicho mientras sus dedos trazaban el escote que dejaba ver demasiadas de sus marcas. «Para que todos vean a quién perteneces ahora».

El Rey Thorian presidía desde la cabecera, a su derecha, el príncipe heredero Caelum, cuya mirada fría parecía atravesarme cada vez que se posaba en mí. Y a mi lado, Soren, cuya mano descansaba posesivamente sobre mi muslo bajo la mesa, sus dedos se clavaban en mi piel cada vez que me tensaba.

—¿Entonces el gran Rey de Dragio quiere un encuentro? —La risa de Caelum resonó en el comedor—. ¿Después de tanto tiempo?

—Está desesperado —respondió Soren, su pulgar trazó círculos sobre mi pierna—. Como un perro buscando un hueso perdido.

Mantuve la mirada fija en mi plato, donde la comida permanecía intacta. Había aprendido que era mejor no comer cuando estaban así, cuando el vino soltaba sus lenguas y el cruel entretenimiento comenzaba.

—¿Qué opinas tú, querida? ¿Crees que tu antiguo amante vendrá suplicando por ti?

Las palabras eran una trampa, como todo lo que salía de sus labios. Cualquier respuesta sería usada en mi contra, transformada en un nuevo tormento.

—Como mi príncipe diga —respondí mecánicamente.

Caelum soltó una carcajada que me hizo estremecer.

—¡La has domesticado bien, hermano! ¿Quién diría que la salvaje del bosque podría convertirse en una mascota tan obediente?

—Todo es cuestión de incentivos apropiados. —Soren apretó su agarre en mi muslo—. ¿No es así, mi amor?

—Sí, mi príncipe.

El Rey Thorian observaba el intercambio con una expresión indescifrable, sus ojos oscuros estudiaban cada reacción, cada temblor que no podía contener.

—El encuentro podría ser interesante —comentó finalmente—. Ver la cara del Rey de Dragio cuando comprenda que su preciada Alisma ha encontrado un mejor partido.

—¿Recuerdas lo que debes decir, querida? —Soren arrastró las palabras—. Cuando tu antiguo amor te pregunte si quieres volver…

—Que nunca le amé —respondí con voz hueca—. Que siempre fui leal a Gélidia. Que todo fue una mentira.

—¿Y? —presionó, su mano subió peligrosamente por mi pierna.

—Que soy vuestra ahora. —Las palabras sabían a veneno—. Por elección propia.

Caelum soltó una carcajada que resonó en las paredes.

—¡Perfecta! —exclamó, alzando su copa en un brindis burlón—. Una actuación digna de la mejor cortesana. Diría que ahora tiene más modales que nunca.

—¿Y si intenta algo? —preguntó el Rey Thorian, sus ojos evaluándome con frialdad—. No ella ante su rey, sino ella intentando usar sus habilidades especiales. Ya hemos visto de lo que es capaz.

—No lo hará. —Soren sonrió con malicia mientras sus dedos se clavaban en mi piel—. Sabe perfectamente lo que pasaría si se

atreve. ¿Verdad, mi amor?

Un escalofrío recorrió mi espalda al recordar sus amenazas sobre los niños.

—Eventualmente —continuó Soren girándose hacia su hermano —, llegaremos a un acuerdo de intercambio favorable para Gélidia, cuando nos convenga. Pero primero tiene que sufrir la humillación de escuchar el rechazo de su preciosa Alisma delante de su gente.

—¿Y realmente la entregarás después? —Caelum enarcó una ceja con escepticismo.

Soren me miró como quien evalúa una posesión valiosa.

—Tal vez, cuando hayamos obtenido lo que queremos. Cuando los dragones nos obedezcan, cuando tengamos control sobre las fronteras que nos corresponden, cuando ya no nos sea útil. —Su sonrisa se ensanchó—. Siempre podemos encontrar otra mascota que entretenga nuestras noches.

—Pero, aun así, mantendrás la negativa mañana —aclaró el Rey, mirándome fijamente—. Sin importar lo que él ofrezca o prometa.

—Por supuesto, hermano. —Soren asintió—. Primero viene la humillación, luego las negociaciones. Debe entender claramente quién tiene el poder ahora.

El odio ardía en mi interior. Los odiaba a todos: a Soren por sus torturas, a Caelum por su crueldad casual, al Rey por su calculada indiferencia. Pero, sobre todo, me odiaba a mí misma. Por mi debilidad, por permitir que usaran mi amor como un arma contra mí, por no ser lo suficientemente fuerte para…

—La alianza con Ventara lo ha vuelto descuidado. —La voz del Rey cortó el hilo de mis pensamientos—. Está tan ocupado jugando a la política que ni siquiera se dio cuenta cuando pusimos la primera pieza en su tablero.

—Una pieza muy valiosa, debo decir. —Soren pasó su pulgar por mi mandíbula, forzándome a mirarlo—. Con acceso a sus secretos más íntimos, a sus hermanos, a sus dragones…

El odio hacia Aeran se mezcló con el resto, envenenando cada recuerdo dulce que aún guardaba. ¿Por qué no me había buscado

antes? ¿Por qué había permitido que pasara tanto tiempo? Y ahora que finalmente venía… ¿era por mí o por lo que representaba para su reino?

—Los dragones son la clave —declaró el Rey—. Dos dragones leales solo a ella. Imaginen el mensaje que enviaría al resto de los reinos si esos dragones sirvieran a Gélidia.

—¿Y bien, querida? —Soren tiró de mi cabello con falsa suavidad —. ¿Les dirás a tus preciosos dragones que tienen nuevos amos ahora?

La bilis subió por mi garganta. La idea de usar a Estros y Aliran contra Dragio, contra los niños… Pero ¿qué alternativa tenía?

—Como mi príncipe ordene —susurré, odiando cada sílaba.

—Tan obediente —ronroneó Soren contra mi oído—. Tan perfectamente sometida. ¿Ves, hermano? —se dirigió a Caelum—. Me ama, por eso me obedece. No es tan difícil que te ame una mujer.

Un sirviente se acercó a rellenar las copas, y contuve un escalofrío al reconocerlo como uno de los hombres que Soren había descrito con tanto placer cruel, uno de los que amenazaba con enviar tras Avery si yo desobedecía.

—La pregunta es —continuó el Rey, girando su copa entre sus dedos—, ¿realmente vendrá solo a un encuentro diplomático? El Rey de Dragio no es conocido por su paciencia y mucho menos por paz.

—Que traiga a sus dragones. —Soren se encogió de hombros como si nada, seguidamente su mano volvió a mi muslo—. Que traiga a su ejército entero si quiere. Solo hará más dulce el momento cuando comprenda que su preciada Alisma eligió el hielo sobre el fuego. Ningún reino le apoya, Ventara nos obedece, sin nosotros se hubiera muerto de hambre en invierno. Todo lo que vende a Dragio es nuestro, y Dragio sin Ventara… Bueno, el pueblo le odiaría por dejarlos morir de hambre.

Las palabras se mezclaron en mi mente con el roce de la seda contra mis heridas, con el peso de sus manos sobre mi cuerpo, con cada humillación y tortura que había soportado. El odio crecía con

cada latido de mi corazón traidor, congelando cualquier otro sentimiento.

Mi reflejo en la copa de vino me devolvió una mirada que apenas reconocía. Yo no era ella, o, más bien, no quería serlo.

—Una última cosa —dijo el rey—. Cuando lo veas mañana, cuando te pregunte por las marcas en tu cuello… —Sus ojos se posaron en los moretones que el vestido no lograba ocultar y después miró a su hermano Soren—. Asegúrate de que entienda exactamente cómo llegaron allí.

La risa de Soren era lo peor.

—Oh, sí —susurró—. Cuéntale cada detalle, mi amor. Cómo gritas mi nombre en la oscuridad, cómo súplicas por más…

El odio explotó en mi pecho con tanta fuerza que la copa en mi mano se agrietó. Una gota de sangre cayó sobre la seda azul donde el cristal había cortado mi palma. Todo se había reducido a esto: odio y hielo, dolor y mentiras.

Y mañana… mañana tendría que mirarlo a los ojos y destrozar no solo su corazón, sino el mío propio. Por amor. Siempre por amor.

El amor que se había convertido en mi prisión más cruel.



El pensamiento aún resonaba en mi mente mientras seguía a Soren por los pasillos de los calabozos como una sombra obediente. El eco de sus botas contra la piedra se mezclaba con las risas de los guardias, creando una sinfonía macabra que conocía demasiado bien. Mantuve la mirada fija en el suelo, mis manos cruzadas delante

de mi cuerpo en esa postura sumisa que tanto le complacía, porque tampoco podía poner otra.

—Las celdas del ala este necesitan refuerzos —comentaba el guardia—. Así podremos recibir más invitados después del encuentro con Dragio.

La palabra «invitados» provocó risas entre los demás guardias. Conocía esas risas, las había escuchado durante semanas mientras me «daban la bienvenida» a Gélidia. El recuerdo hizo que mi estómago se revolviera.

—¿Reconoces el lugar, amor? —dijo Soren mientras se giraba brevemente hacia mí—. Tantos recuerdos agradables, ¿verdad? Es donde comenzó nuestra historia.

No respondí. No había necesidad. Él no esperaba una respuesta, solo quería el placer de verme estremecerme ante la mención de mi tiempo en las mazmorras. Y lo consiguió.

—Aunque debo decir —continuó, volviendo su atención al guardia mientras aceleraba el paso—, que prefiero tenerla en mi cama que en una celda. Es mucho más complaciente así.

De nuevo las risas hasta que se callaron.

—Las celdas del nivel inferior están preparadas. Si las negociaciones no salen como esperamos…

—Si las negociaciones no salen como esperamos —interrumpió Soren con una sonrisa—, tendremos invitados muy especiales. Después de todo, los príncipes de Dragio merecen un trato acorde a su posición.

Las celdas del nivel inferior donde los gritos no llegaban a la superficie, donde las torturas más crueles tenían lugar.

—¿Has escuchado eso? —susurró Soren sobre su hombro—. Tus pequeños príncipes podrían ser nuestros huéspedes muy pronto. ¿No sería adorable? Una pequeña reunión familiar.

Mantuve la mirada fija en el suelo, aunque en realidad solo quería gritarle. La imagen de Kieran en estas mazmorras, de Venya en estas celdas… No. No podía permitirlo. Haría lo que fuera, diría lo que fuera, me convertiría en lo que fuera necesario para evitarlo.

—¿Las cadenas especiales están listas? —preguntó Soren al guardia.

—Sí, mi príncipe. Las más pequeñas para los niños.

Mi cuerpo entero se estremeció involuntariamente, y sentí la mirada de Soren sobre mí, saboreando mi reacción.

—Excelente —ronroneó—. Aunque esperemos que no sean necesarias. Todo depende de lo convincente que sea nuestra querida Alisma mañana, ¿verdad, amor? Es una buena chica, se comportará bien. Sabe lo que tiene que decir, todo está en sus manos.

Siguieron hablando mientras yo me quedaba cada vez más atrás, mis piernas temblaban con cada paso, quizás era el hambre, quizás el cansancio. La verdad es que ya no lo sabía.

—Por todos los dioses… —Un susurro roto, casi irreconocible, surgió de una de las celdas más oscuras—. No… no puede ser…

Me detuve. El tiempo pareció congelarse mientras esa voz, destrozada por años de tortura, pero aun así inconfundible, atravesaba años de dolor y separación.

«Padre».

La palabra explotó en mi mente como un grito silencioso, aunque mi rostro permaneció muerto, vacío. No podía reaccionar. No podía mostrar que ese susurro roto me había atravesado el alma.

—Eras tú. —Su voz temblaba, un hilo tan frágil que parecía a punto de romperse con cada sílaba—. Todas estas semanas, los susurros de las doncellas, esos gritos en la noche… eran tuyos. Estás… Mi niña… ¿qué te han…?

Las palabras murieron en su garganta mientras la luz de las antorchas iluminaba mi figura. Vi el horror atravesar su rostro demacrado cuando sus ojos —hundidos en un rostro que era poco más que piel sobre huesos— observaban cada marca visible en mi piel. Los mordiscos en mi cuello que el vestido no lograba ocultar. Los moretones en forma de dedos en mis brazos. La forma en que me movía, como un animal herido acostumbrado al dolor.

Quería gritar, correr hacia él, romper esos barrotes con mis propias manos. El hombre que me había enseñado a reconocer cada

planta del bosque, que me había llevado sobre sus hombros cuando mis piernas eran demasiado pequeñas para seguir su paso, que cantaba canciones inventadas mientras construía remedios a mi lado… reducido a esta sombra atormentada.

—Estás viva —susurró, pero la palabra se rompió a mitad de camino, transformándose en algo más oscuro—. No… esto no es vida. Esto es… ¿Qué haces aquí?

Sus manos, reducidas a poco más que huesos y tendones, se aferraron a los barrotes. La poca luz reveló cicatrices antiguas entremezcladas con heridas recientes, años de tortura escritos en su piel.

—Eras tú —repitió—. Durante aquellas semanas, cuando los gritos no paraban… cuando suplicabas… Era mi niña. Mi pequeña…

Todo este tiempo, mientras yo sufría en las mazmorras, mientras el eco de mis gritos rebotaba en las paredes de piedra… él había estado aquí, escuchando. Impotente. Reconociendo la voz de su hija entre los lamentos que llegaban en la oscuridad, sin poder hacer nada.

Mantuve la mirada fija en el suelo, aunque cada fibra de mi ser gritaba por correr hacia él, por decirle que lo había llorado durante años, que había intentado llenar el vacío que dejó ayudando a otros. Que creía que estaba muerto… Pero no podía. No podía mostrar que sus palabras me afectaban, que verlo así —el hombre que una vez fue un roble gigante, reducido a una sombra atormentada— me estaba desgarrando por dentro.

Sus ojos febriles recorrieron mi cuerpo otra vez, deteniéndose en cada marca visible de violencia. En el collar negro que me marcaba como propiedad. En la forma en que me mantenía, como un animal esperando el siguiente golpe. Su mirada era como la de un hombre que contemplaba sus peores pesadillas hechas realidad.

—No. No a ti. No a otra. No mi niña. No así… —Su voz se rompió en un sollozo ahogado, mientras sus manos huesudas se aferraban con más fuerza a los barrotes, como si intentara doblarlos con la pura fuerza de su desesperación paternal.

«¿No a otra?». ¿Había habido más? ¿Otras mujeres torturadas ante sus ojos? ¿Cuánto horror había presenciado durante estos años que creí que estaba muerto?

—¡Nefely! —El rugido de Soren atravesó los pasillos, rompiendo el frágil momento como un cristal bajo una bota—. ¡¿Qué demonios estás haciendo ahí atrás?! ¡¿Te he dado permiso para que te detengas?!

Los pasos del príncipe se iban acercando más y yo no podía moverme. Estaba incrédula, intentando saber si era verdad. Pero… No podía permitir que supieran que era mi padre. No podía darles otra arma para usar contra mí. No podían descubrirlo.

Mi padre pareció entender el peligro. Vi cómo intentaba componerse, cómo luchaba por borrar el horror y su mirada hacia mí. Aún en su estado deplorable, aún después de años de torturas inimaginables, seguía intentando protegerme.

—Los dioses me castigaron con la vida —susurró mi padre, las lágrimas corrían por su rostro devastado creando surcos en la suciedad acumulada—. Me mantuvieron vivo para ver esto… para ver en qué te han…

Las palabras murieron en su garganta cuando Soren apareció a mi lado, su mano se cerró como una garra alrededor de mi brazo haciendo que le mirase.

—¿Haciendo amigos entre los prisioneros? Qué descortés de tu parte, ignorándome por esta escoria.

Sé que él lo comprendió todo. La forma en que me encogí. Cómo mi cuerpo se doblegaba hacia él por puro reflejo. Las marcas de dientes en mi cuello, demasiado recientes para ser ignoradas.

Así no era como debía de verme y lo más curioso es que sentía vergüenza, como si yo hubiera querido esto, como si lo hubiese buscado. Pero no era así…

Recordaba a mi padre como un gigante, un hombre cuyas manos podían arrancar raíces del suelo con la misma facilidad con que separaban las hojas más delicadas de una planta medicinal. El hombre que me sentaba sobre sus hombros para que pudiera tocar

las ramas más bajas de los árboles, que me enseñó a distinguir el canto de cada pájaro del bosque, que me mostraba las estrellas en cada noche clara, nombrándolas una a una. Y ahora… este fantasma, esta sombra consumida por el dolor y el tiempo. ¿Cómo podía seguir vivo después de tantos años? ¿Qué clase de crueldad era esta, mantenerlo en agonía perpetua, al borde de la muerte pero sin permitirle cruzar ese umbral?

—Monstruo. —La palabra salió como un gruñido animal de su garganta, y por un momento reconocí al hombre de mis recuerdos en esa furia contenida—. ¡¿Qué le has hecho?!

Soren rio, ese sonido frío y metálico que hacía que mi estómago se contrajera.

—¿Conoces a mi mascota? —Sus dedos se clavaron en mi brazo con fuerza suficiente para dejar nuevos moretones, usándome como un trofeo que exhibía ante mi propio padre—. ¿O es que te recuerda a alguien? ¿Alguna ramera de dónde vivías?

Vi el esfuerzo sobrehumano que le costó a mi padre no lanzarse contra los barrotes, la forma en que sus ojos, aunque hundidos, brillaron con un odio que ni años de tortura habían podido extinguir. Debía protegerlo. Debía impedir que Soren supiera quién era realmente, o lo usaría contra mí como había usado a los niños.

—No, mi príncipe —me apresuré a responder, manteniendo la voz vacía, muerta, mientras mi corazón se desgarraba por dentro—. El prisionero debe estar confundiéndome con otra persona. Solo me ha susurrado y me he acercado por curiosidad.

Los ojos de mi padre brillaron con un dolor indescriptible ante mi negación, como si le hubiera clavado una daga directamente en el corazón, pero lo ocultó rápidamente. Años de tortura le habían enseñado bien cómo esconder sus emociones.

—Me… me recordáis a alguien que conocí hace tiempo —murmuró, captando el juego con una rapidez que demostraba que, incluso reducido a casi nada, seguía siendo astuto—. Una joven que solía recoger hierbas en el bosque… Que… Una sanadora.

—¿Quieres saber lo que le hago a esta que recoge hierbas? —continuó Soren, sus labios rozaron mi oído, pero habló alto, quería que mi padre escuchara cada palabra—. ¿Quieres que te cuente cómo grita mi nombre en la oscuridad? ¿Cómo suplica cuando…?

El vínculo entre padre e hija, esa conexión que trasciende incluso años de separación, hizo que sus ojos encontraran los míos por un instante fugaz. Y en esa mirada leí todo: su horror, su impotencia, su amor inquebrantable a pesar del tiempo y la distancia.

—Por favor. —Las palabras escaparon de la garganta de mi padre como un sollozo roto—. Por favor, no…

No estaba rogando por él mismo. Después de años soportando lo insoportable, su única súplica era por mí. Mi padre, que me había enseñado a ser fuerte, a no doblegarme ante nada ni nadie, ahora reducido a la súplica por su hija.

—Oh, ¿acaso es que te duele verla así? —Soren soltó una carcajada mientras sus manos se deslizaban por mi cuerpo de forma posesiva—. Venga, no es para tanto.

Sus dedos comenzaron a bajar el escote de mi vestido, revelando más marcas de mordidas y violencia. El sonido que escapó de la garganta de mi padre fue apenas humano, un lamento gutural que parecía venir de sus entrañas.

—Dile, amor —susurró Soren, sus dedos jugueteando con mi cabello de una manera que me revolvía el estómago—. Dile si le conoces. O quizás quieres conocerle.

—No, mi príncipe —respondí, rezando para que mi padre entendiera que esta negación era mi forma de protegerlo—. Nunca había visto a este prisionero y tampoco tengo interés de conocerlo ahora.

El dolor en los ojos de mi padre era insoportable, pero mantuve mi rostro vacío. Era por su bien, pero algo tenía que hacer por él. No podía dejarlo en estas mazmorras, no ahora que sabía que seguía vivo.

Mi mente trabajaba frenéticamente, evaluando opciones, calculando riesgos. Tal vez podría manipular a uno de los guardias,

usar el poco poder que me quedaba para abrir su celda. La grieta en el collar podía permitirme usar algo de magia sin que Soren lo supiera inmediatamente…

—Vámonos —ordenó Soren, tirando de mí con esa brusquedad que había llegado a esperar de él—. Tenemos preparativos que terminar para mañana.

Mientras me arrastraba lejos, pude escuchar los sollozos rotos del hombre que me había dado la vida, que me había enseñado a amar las plantas y la sanación. Sus gritos nos siguieron por el pasillo, cada vez más desesperados:

—¡No! ¡A ella también no! ¡Os lo suplico!

Sus palabras me atravesaron como cuchillos. «¿A ella también no?». ¿Qué quería decir con «también»?

Sus gritos se fueron desvaneciendo, pero su eco permanecería en mi mente para siempre, junto con todas las otras voces que me perseguían en la oscuridad.

«Perdóname, padre», pensé mientras las sombras nos engullían. «Perdóname por negarte. Perdóname por sobrevivir. Perdóname por convertirme en esto».

Pero ni siquiera en mi mente me atreví a llorar.

Mi padre estaba vivo.

Y eso significaba que Soren tenía una nueva forma de controlarme si lo descubría, un nuevo ser amado para amenazar si yo desobedecía.

En la habitación, las velas se habían consumido casi por completo, dejando una penumbra que hacía que las paredes se volvieran espectrales. Me removí inquieta en la cama, incapaz de encontrar una posición que no presionara contra alguna herida.

La imagen de mi padre en esa celda se repetía una y otra vez en mi mente. Sus ojos hundidos, su cuerpo devastado por años de tortura, la forma en que su voz se había roto al reconocerme… No podía dejarlo allí. No cuando por fin sabía que estaba vivo, no cuando había pasado años creyéndolo muerto mientras él sufría en esas mazmorras infernales.

Lo que más me atormentaba era su mirada. Esos ojos que siempre habían brillado con orgullo cuando me veía identificar correctamente una planta, cuando mezclaba un remedio siguiendo sus enseñanzas… ahora nublados por el horror y la culpa. Como si él, de alguna manera, se culpara por lo que me había sucedido. Como si, después de años de tortura inimaginable, su mayor dolor fuera verme en manos de Soren.

Cerré los ojos, concentrándome en mi respiración como había hecho tantas veces antes. El don de ver a través de otros ojos era peligroso ahora, cada uso de mi magia era registrado por la piedra en mi collar, cada intento de poder podía significar más dolor para aquellos que amaba. Pero tenía que intentarlo. Por él.

Lentamente, dejé que mi conciencia se expandiera, buscando entre las mentes que poblaban el castillo. Los guardias eran más fáciles de alcanzar, sus mentes simples, enfocadas en tareas básicas, eran como faros en la oscuridad. Encontré al que buscaba en las mazmorras, haciendo su ronda nocturna con el aburrimiento de quien ha repetido la misma tarea mil veces.

Me deslicé en su mente con el sigilo que da la desesperación. Como agua filtrándose entre las grietas de una roca, me introduje en sus pensamientos más superficiales, tomando control poco a poco hasta que sus ideas comenzaron a mezclarse con las mías.

«Qué noche más larga», pensaba el guardia mientras revisaba las celdas. «Y este frío que cala hasta los huesos…».

Forcé mis pensamientos dentro de los suyos, como veneno dulce infiltrándose en su consciencia: «Estos prisioneros… tantos años aquí… ¿por qué siguen aquí?».

El guardia se detuvo, confundido. Intentó sacudir la cabeza, pero yo ya estaba demasiado dentro. Sus pensamientos ya no eran completamente suyos.

«Esta celda…», susurré en su mente, forzándolo a mirar hacia donde estaba mi padre. «Este prisionero en particular… ¿cuántos años lleva aquí? ¿Por qué sigue aquí?».

—No… estos no son mis pensamientos —murmuró el guardia, pero su mano ya se movía hacia las llaves, sus dedos actuaban contra su voluntad.

«Sería tan fácil», continué, enterrando mis ideas más profundamente en su consciencia. «Un simple error. Una puerta mal cerrada. ¿Quién notaría la ausencia de un prisionero más?».

—No debería… no puedo… —Pero sus manos ya estaban seleccionando la llave correcta.

«La reina de Dragio», planté el pensamiento con fuerza, haciéndolo tan real que el guardia no podía distinguirlo de sus propias memorias. «La reina lo envía. Sí. Eso es. Debe llegar al rey. La reina lo envía buscando la protección del rey…».

La cerradura cedió. Mi padre alzó la cabeza, lo vi confuso y tenía miedo.

—¿Qué…? —susurró, su voz estaba ronca por el desuso.

—Silencio. —Las palabras salieron de la boca del guardia, pero era mi voluntad controlándolo—. Vas a escuchar con atención.

Mi padre se encogió instintivamente, años de cautiverio le habían enseñado a temer cualquier interacción con los guardias.

—No entiendo… —murmuró— ¿Por qué…?

—La reina de Dragio te envía —interrumpió el guardia—. Debes llegar al rey Aeran. Es vital que lo encuentres.

—¿La reina? —Mi padre parpadeó, confundido—. Pero Dragio no tiene reina… No todavía…

—¡Escucha! —El guardia se acercó, luchando contra mi control, pero incapaz de resistirse—. Toma el pasillo norte, junto a las cocinas. La tercera antorcha está floja; si la giras, se abre un pasaje. Te llevará a los establos exteriores.

Pude sacar toda la información de la mente de guardia, era tan fácil, me daba tantas opciones de escapar, pero las cadenas que Soren me había puesto me impedían hacerlo.

Mi padre se puso de pie con dificultad, apoyándose en la pared.

—No lo entiendo… ¿por qué me ayudas?

—Roba un caballo —continuó el guardia—. Sigue el río hacia el norte hasta que veas las torres de hielo. Entonces gira al este, hacia donde nace el sol. Dos días como mucho cabalgando te llevarán a Dragio en tu estado.

—Pero mi hija… —comenzó mi padre, y sentí mi corazón romperse— No puedo dejarla aquí, no cuando por fin…

—¡La reina te envía! —insistí con más fuerza a través del guardia, mientras luchaba por mantener el control—. Debes llegar al rey Aeran. Solo él puede ayudarte ahora.

El guardia se tambaleó, gotas de sudor corrían por su frente mientras yo forzaba las últimas instrucciones:

—Pasaje norte, tercera antorcha, establos exteriores. Sigue el río, luego al este. El rey debe saber…

—¿Debe saber qué? —insistió mi padre.

—¡Ve! —logré forzar una última orden—. ¡Ahora! Antes de que cambien los guardias. ¡Corre!

Mi padre dudó solo un segundo más, sus ojos recorrieron el pasillo como evaluando sus posibilidades. Luego, con una velocidad sorprendente para alguien tan debilitado, comenzó a moverse en la dirección indicada.

—Pasaje norte, tercera antorcha. —Lo oí murmurar mientras se alejaba—. Río al norte, luego este… La reina me envía… Dragio…

Mantuve mi control sobre el guardia hasta que los pasos de mi padre se perdieron en la distancia, forzándolo a mirar en la dirección opuesta, plantando recuerdos confusos de una noche tranquila. Cuando finalmente dejé que mi consciencia regresara a mi propio cuerpo, el dolor me golpeó con tanta fuerza que tuve que morder la almohada para no gritar.

El collar ardía contra mi piel, la grieta en la piedra negra palpitaba con cada latido de mi corazón atormentado. Sentía como si me hubieran partido el cráneo en dos.

Me hice un ovillo en la cama, temblando violentamente. Usar mi poder siempre tenía un precio, pero nunca había dolido tanto. Nunca había tenido que mantener el control durante tanto tiempo, forzando

mi voluntad a través de otra mente, plantando pensamientos y memorias que no le pertenecían.

Un líquido caliente comenzó a deslizarse por mi nariz, sangre, me di cuenta distantemente. La habitación giraba a mi alrededor y las náuseas me revolvían el estómago, pero no me atrevía a moverme. Cada pequeño movimiento era una nueva tortura.

—Corre, padre —susurré en la oscuridad—. Por favor… corre…

La inconsciencia comenzaba a reclamarme, manchas negras bailaban a mi alrededor. El dolor era demasiado, demasiado intenso, demasiado absoluto. Pero no importaba. Nada importaba, excepto que él estaba libre, que tenía una oportunidad.

Que quizás, llegaría a salvo y si no… Si no cualquier cosa era mejor que quedarse aquí.

Lo último que sentí antes de que la oscuridad me tragara por completo fue el collar ardiendo contra mi piel, una promesa silenciosa del infierno que me esperaba cuando Soren descubriera lo que había hecho.

Él era mi infierno.

Pero por primera vez en mucho tiempo, mientras me hundía en la inconsciencia, una pequeña chispa de esperanza se encendió en mi pecho. Mi padre estaba vivo. Estaba libre.

Y tal vez, solo tal vez, llegaría a Dragio antes de que fuera demasiado tarde para todos nosotros.

Tal vez le contase a Aeran lo que había visto en mí.

Tal vez Aeran viniera a buscarme de una vez por todas.

Tal vez me llevase a casa.

Mientras la oscuridad me engullía, un recuerdo flotó hacia mí como un pétalo llevado por la brisa. Mi padre, levantándome sobre sus hombros para que pudiera tocar los rayos de sol que se colaban entre las ramas de los árboles más altos. Me sostenía con manos firmes mientras yo estiraba los dedos hacia la luz, convencida de que podía atrapar el sol entre mis pequeñas manos.

—¡Más alto, papá! ¡Más alto! —gritaba yo, y él me elevaba aún más, mis risas mezclándose con las suyas.

—¡Cuidado, Lonan! —exclamaba mi madre entre risas—. No la subas tanto, que, si los dioses la ven tan cerca del cielo, se la querrán llevar con ellos.

—Que lo intenten —respondía mi padre con esa sonrisa desafiante que tanto amaba—. Ni los dioses me arrebatarían a mi pequeña sanadora.

Y ella, fingiendo exasperación, pero con ojos llenos de amor, sacudía la cabeza y se acercaba para acariciarme los pies que colgaban sobre los hombros de mi padre.

—Esta hija tuya tiene la misma terquedad que tú —decía, alcanzándome una flor azul del mismo tono que mis ojos—. Toma, mi vida. Guárdala en tu bolsillo, así siempre tendrás un pedacito del bosque contigo.

Y sentada sobre aquel tronco caído, nos observaba con ojos brillantes, su voz dulce convertía el momento en magia mientras cantaba:

«A la luz del sol, mi niña va,
con alas de hada, volando va.
Entre ramas y hojas, su risa suena,
como el viento que canta, cuando el bosque sueña.
Pequeña sanadora, de ojos de cielo,
cada flor te cuenta secretos a ti.
Duerme ahora tranquila, que el bosque te cuida,
y los brazos de madre, siempre te mecerán».

El recuerdo se desvaneció tan suavemente como había llegado, dejándome solo la sensación fantasmal de las manos de mi padre sosteniéndome, elevándome hacia la luz cuando el mundo era simple y el amor era todo lo que conocía.

19

Entre el deber y el corazón

Aeran

El amanecer se filtraba perezosamente por los ventanales de mis aposentos, tiñendo el vino de mi copa con tonos rojizos. Veinticuatro horas. Solo veinticuatro horas me separaban del momento en que finalmente la vería de nuevo, en que sabría la verdad que me atormentaba desde aquella visión en sueños.

Los golpes en la puerta interrumpieron mis pensamientos sombríos. Suaves, medidos, el tipo de golpes que hablaban de educación cortesana y años de protocolo.

—Adelante —gruñí, sin apartar la vista de mi copa.

La princesa Cellina entró con la gracia que la caracterizaba. Su vestido, de un azul pálido que hacía juego con sus ojos, se deslizaba por el suelo de mármol mientras se acercaba. No llevaba su séquito habitual de doncellas.

—Buenos días, mi señor —saludó con una reverencia perfecta—. Esperaba que pudiéramos compartir el desayuno.

Algo en su tono me hizo finalmente mirarla. No había la usual formalidad en su rostro.

—No creo que sea el mejor momento, princesa —respondí, más brusco de lo que pretendía.

—Al contrario. —Se acercó más—. Creo que es exactamente el momento adecuado para que tengamos una conversación honesta, ¿no crees?

La familiaridad del trato me sorprendió lo suficiente para que bajara la copa. Cellina aprovechó mi momentáneo desconcierto para sentarse en la silla frente a mí.

—Mañana partirás hacia Gélidia. Hacia ella.

El aire pareció abandonar la habitación de golpe. En todas nuestras interacciones previas, cuidadosamente orquestadas por los consejeros, nunca habíamos mencionado a Nefely. Era un fantasma que se interponía entre nosotros, un nombre que nadie se atrevía a pronunciar.

—Princesa… —comencé, pero ella levantó una mano para detenerme.

—Por favor. Creo que es hora de que dejemos las formalidades, al menos por un momento. No soy tonta, Aeran. Sé perfectamente qué tipo de matrimonio será el nuestro.

La observé mientras servía té de la bandeja que no había notado que traía consigo. Sus movimientos eran precisos, estudiados, como todo en ella.

—Seré la reina que Dragio necesita —continuó, sin levantar la vista de la taza que preparaba—. Daré herederos fuertes a la corona, mantendré las apariencias en la corte, seré el pilar diplomático que tu reino requiere.

Había algo en su tono, en la forma cuidadosa en que elegía sus palabras, que me puso en alerta.

—No tienes que…

—Por favor. —Me extendió una taza—. Déjame terminar. He sido educada toda mi vida para este papel, ¿sabes? Para ser la esposa perfecta, la reina perfecta. Sé exactamente lo que se espera de mí.

Sus ojos finalmente encontraron los míos.

—No buscaré tu amor, Aeran. No intentaré ocupar espacios que no me pertenecen. —Una pequeña sonrisa triste curvó sus labios—. Seré discreta, eficiente. Nunca te avergonzaré, nunca cuestionaré tus decisiones en público.

—Cellina… —comencé, pero ¿qué podía decir realmente?

—No necesitas explicarte. —Dejó su propia taza sin tocar—. Mañana irás a Gélidia, y lo que encuentres allí determinará muchas cosas. Solo quería que supieras que, pase lo que pase, cumpliré mi deber. Como esposa, como reina, como madre de tus herederos si es necesario.

La forma en que dijo «si es necesario» hizo que algo se retorciera en mi estómago. Había una resignación en su voz, una aceptación tan completa de su papel que resultaba dolorosa.

—Mereces más que esto.

Su risa fue suave, casi musical, pero teñida de amargura.

—¿Más que ser reina de uno de los reinos más poderosos? ¿Más que un esposo que, al menos, es honesto sobre dónde está su corazón? —Negó con la cabeza—. Hay muchachas que son vendidas por mucho menos, mi señor.

Se puso de pie.

—Solo quería que supieras que entiendo mi papel —dijo suavemente—. Que no tendrás que preocuparte por dramas o escenas de celos. Seré exactamente lo que necesites que sea: una reina para tu corte, una esposa para las apariencias, una madre para tus herederos.

La observé dirigirse hacia la puerta. Se detuvo con la mano en el pomo, sin girarse.

—Y cuando vuelvas de Gélidia… cuando hayas visto lo que necesitas ver… sabré aceptar cualquier decisión que tomes con la dignidad que corresponde a mi posición.

Ella ya había decidido que Nefely estaría allí por elección propia, que lo que encontraría en Gélidia confirmaría los rumores. Y, aun así…

—Que tengas un buen día, mi señor —dijo finalmente, y salió cerrando la puerta con suavidad tras ella.

Me quedé mirando el espacio vacío que había dejado, el té que había servido enfriándose sin tocar. Su perfecta aceptación de la situación, su disposición a ser exactamente lo que yo necesitara, sin pedir nada a cambio… De alguna manera, eso dolía más que cualquier escena de celos o reproches.

Porque en el fondo, una parte de mí sabía que merecía esos reproches. Merecía la ira, el resentimiento. No esta aceptación serena de una muchacha que se había criado para ser lo que otros necesitaran, sin importar el costo para ella misma.

El golpeteo frenético en la puerta rompió el silencio que había dejado la partida de Cellina. Esta vez eran repiqueteos urgentes que anunciaba problemas.

—¡Adelante! —grité, agradecido por la interrupción de mis pensamientos.

Un guardia joven irrumpió en la habitación con su rostro enrojecido por la carrera y su respiración entrecortada.

—¡Majestad! —jadeó, inclinándose apresuradamente—. Los dragones… es Aliran…

Me puse en pie de un salto, la taza de té olvidada se estrelló contra el suelo.

—¿Qué le sucede?

—No lo sabemos, mi señor. —El guardia tragó saliva—. Comenzó esta madrugada. No come, no responde a ningún llamado. Solo está ahí, tumbado, como si…

No esperé a que terminara. Salí disparado de la habitación hacia la explanada de los dragones. El guardia me seguía, intentando mantener el ritmo mientras continuaba su informe.

—Los cuidadores dicen que nunca habían visto nada igual —explicaba entre jadeos—. Sus escamas están perdiendo brillo, y hay una especie de niebla oscura que parece emanar de él…

Mi corazón latía desbocado y no era por la carrera. Un dragón enfermo era una señal terrible por sí misma, pero que fuera

precisamente Aliran, el dragón más reciente de Nefely…

Cuando llegamos a la explanada, la situación era peor de lo que imaginaba. Aliran yacía de costado, sus escamas plateadas, normalmente brillantes como estrellas, estaban opacas y sin vida. Una especie de bruma oscura parecía surgir de entre ellas, como si algo estuviera consumiéndolo desde dentro.

Draluz y Estros estaban a su lado, sus enormes cabezas inclinadas sobre su forma postrada. De vez en cuando, uno de ellos emitía un suave gemido que sonaba demasiado parecido a un lamento.

—¿Cuánto lleva así? —pregunté al cuidador jefe, que se retorcía las manos con nerviosismo.

—Lo encontramos así al amanecer, mi señor —respondió—. Al principio pensamos que solo estaba descansando, pero luego notamos la niebla y…

Me acerqué a Aliran con cautela. Sus ojos, tan vivos antes, ahora estaban vidriosos y sin foco. Cuando intenté tocar su costado, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Su piel, que debería estar cálida, estaba fría como el hielo.

—Esto no es natural —murmuré, más para mí mismo que para los demás.

Un rugido grave de Draluz confirmó mis sospechas. Mi dragona me miraba con una intensidad que conocía bien: ella también sentía que algo estaba terriblemente mal.

La marca en mi hombro comenzó a palpitar, un dolor sordo que se intensificaba con cada latido. La conexión era innegable: Aliran era el dragón de Nefely, unidos por un vínculo tan profundo como el que yo compartía con Draluz. Si él estaba así…

—No —susurré, dejándome caer de rodillas junto al dragón caído —. No, no, no…

Los ojos de Aliran se abrieron brevemente, un gemido débil escapó de su garganta mientras intentaba levantar la cabeza, solo para dejarla caer nuevamente con un golpe sordo.

—Mi señor. —El maestre de dragones se acercó cautelosamente —. Deberíamos revisar también a Estros. Si Aliran está así, y ambos son dragones de la misma jinete…

—Sí —interrumpí—. Sí, revisadlo. Y también a Draluz.

—Pero mi señor, a través de vuestro vínculo sabréis si…

—¡He dicho que los reviséis a todos! —rugí, sin apartar la mano del costado helado de Aliran—. Draluz lleva el huevo de Estros. No podemos… no podemos arriesgarnos.

El maestre asintió rápidamente, haciendo señas a sus ayudantes para que se acercaran a los otros dragones. Me mantuve junto a Aliran, observando cómo sus ojos se abrían y cerraban con un dolor que me partía el alma.

Los dragones eran criaturas de poder inmenso, su resistencia al dolor era legendaria. Si algo era capaz de reducir a Aliran a este estado…

—Revisad a Draluz primero —ordené—. El huevo… necesitamos asegurarnos de que el huevo está bien.

A través de mi vínculo podía sentir que Draluz estaba bien, pero el miedo me corroía. Ese huevo representaba demasiado: el futuro, la esperanza, la promesa de una unión que ahora parecía más lejana que nunca.

—Draluz está perfectamente, mi señor —informó uno de los ayudantes tras examinarla—. El huevo está seguro.

Asentí brevemente, volviendo mi atención a Aliran cuando otro gemido desgarrador escapó de su garganta. La niebla oscura que emanaba de sus escamas parecía más fuerte ahora.

—Estros también parece estar bien —añadió el maestre.

Por supuesto que lo estaban. El dragón que había pertenecido a mi madre antes de elegir a Nefely tenía una fortaleza que el joven Aliran aún no poseía, era mucho más fuerte y no mostraba su dolor si lo tenía. Pero eso solo hacía que la situación fuera más aterradora: ¿qué tipo de tormento era capaz de afectar así a Aliran?

—Necesita más mantas —ordené al ver que Aliran volvía a temblar—. Y necesito que alguien vaya a la biblioteca. Quiero todos

los textos sobre vínculos entre dragones y jinetes. Todo lo que tengamos.

—Mi señor —Thorak se acercó más—. Si el dragón está así… ella…

—Lo sé —corté—. Lo sé, Thorak.

Porque lo sabía. Sabía que cada temblor de Aliran, cada gemido de dolor, cada oleada de frío antinatural que emanaba de sus escamas, era un eco del sufrimiento de Nefely. Los dragones podían soportar torturas que romperían a cualquier humano. Si Aliran estaba en este estado siendo tan pequeño, no podía ni imaginarme cómo debía de estar ella.

—Resiste —susurré, tanto al dragón como a ella, dondequiera que estuviera—. Por favor, resiste. Solo un día más. Solo…

Pero incluso mientras las palabras dejaban mis labios, sabía que no podríamos esperar tanto. No cuando cada segundo que pasaba la niebla oscura parecía crecer, no cuando cada respiración de Aliran era más débil que la anterior.

No cuando la mujer que amaba estaba sufriendo lo suficiente como para atravesar el vínculo sagrado entre dragón y jinete.

Thorak pareció entender sin necesidad de palabras. Lo vi enderezarse, su mano en la empuñadura de su espada.

—Daré la orden —dijo simplemente—. Partiremos en cuanto…

—No —interrumpí, sin soltar la cabeza de Aliran—. No me moveré de su lado. No… no puedo dejarlo así. Un poco más.

Porque abandonar a su dragón en este estado sería como abandonarla a ella otra vez. Y eso… eso no podía hacerlo. No otra vez.

Mientras acariciaba las escamas frías de Aliran, mi mente comenzó a comprender lo que estaba sucediendo. Estros estaba inquieto desde que llegamos, sus movimientos eran erráticos, sus rugidos cada vez más desesperados. No era simple preocupación lo que mostraba; era la angustia de un dragón que sentía el sufrimiento de su jinete a través del vínculo sagrado que los unía.

El rugido de Estros sacudió los cimientos mismos del castillo. Se alzó en toda su magnificencia, sus escamas rosadas brillaron bajo el sol mientras extendía sus alas. No hubo advertencia, no hubo duda: en un momento estaba junto a Aliran, al siguiente se elevaba hacia el cielo con una furia que hizo temblar el aire mismo.

—¡Detenedlo! —grité, aunque sabía que era inútil. ¿Qué poder humano podría detener a un dragón decidido a marcharse?—. ¡No puede…!

Los guardias corrían frenéticos gritando órdenes que se perdían en el viento. Pero Estros ya era apenas una mancha rosada en el horizonte.

Sabía lo que estaba ocurriendo. Estros iba a por ella. Quizás el sufrimiento de Nefely se había vuelto insoportable para el dragón, o tal vez… un escalofrío me recorrió la espalda. Tal vez ella lo había llamado en su desesperación.

Recordé las antiguas enseñanzas sobre el vínculo entre dragón y jinete que mi madre me había transmitido. «Un dragón siempre responderá a la llamada de sangre de su verdadero jinete», me había dicho. «Por eso es tan importante ponerles nombre. El nombre es la orden, la sangre es el camino».

Si Nefely había cortado su mano y derramado su sangre mientras pronunciaba el nombre de Estros… el dragón sería capaz de sentirla, de encontrarla estuviera donde estuviese. Era un conocimiento reservado únicamente a los reyes y reinas jinetes de Dragio. Mi madre me lo había confiado en secreto poco antes de morir.

Nefely no podía saberlo. Era imposible. Mi padre, que nunca fue jinete, murió sin conocerlo siquiera.

Un gruñido grave atrajo mi atención. Draluz se había erguido, sus ojos estaban fijos en la dirección que había tomado Estros. Por un momento terrible, pensé que también ella partiría. La vi tensarse, sus músculos se preparaban para el vuelo, y mi corazón se detuvo.

—Por favor —susurré, aunque no sabía si le suplicaba que se quedara o que fuera tras él.

Draluz giró su cabeza hacia mí, luego hacia el horizonte donde Estros había desaparecido. Un gemido suave escapó de su garganta, un sonido que contenía tanto dolor como comprensión. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, se acomodó nuevamente junto a Aliran, su cuerpo enorme se curvó protectoramente alrededor del dragón más joven. Lo protegía como a su hijo.

—Estros —murmuró Thorak—. Va hacia ella, ¿verdad? La está buscando.

Asentí, incapaz de formar palabras. Por supuesto que iba hacia ella. El vínculo entre Nefely y Estros siempre había sido diferente, más profundo incluso que el que compartía con Aliran. Por supuesto que no podría soportar sentir su sufrimiento sin actuar.

Un gemido débil de Aliran me devolvió al presente. Sus ojos, cada vez más opacos, buscaron los míos con una súplica silenciosa que me partió el alma.

—Shh —susurré, acariciando sus escamas frías—. Estoy aquí. No te dejaré.

Pero una parte de mí ardía de envidia por Estros. Él podía ir a ella, podía hacer algo más que quedarse aquí, impotente, mientras el vínculo entre dragón y jinete se desvanecía lentamente.

La marca en mi hombro palpitó, como si quisiera recordarme que yo también tenía un vínculo con ella, uno que iba más allá de dragones y magia. Y ese vínculo me estaba gritando que algo terrible estaba sucediendo, algo que no podía esperar hasta el amanecer de mañana.

Sin embargo, mientras sostenía la cabeza cada vez más fría de Aliran, mientras observaba la niebla oscura que seguía emanando de sus escamas, supe que no podía moverme de aquí.

Y esa, quizás, era la tortura más cruel de todas: tener que elegir entre ir tras ella o quedarme con la criatura que era una extensión de su alma. Otra elección imposible, otro momento en que el deber y el amor se enfrentaban en una batalla que no tenía ganadores.

Solo perdedores. Y dragones que rugían su furia al cielo, llevándose consigo la poca esperanza que me quedaba.

Una parte de mí deseaba que Estros la encontrara, que llegara hasta ella con toda la furia de sus llamas y sus garras. Que si le habían hecho daño —y cada latido de la marca en mi hombro me gritaba que así era— quemase todo a su paso, que arrasara piedra por piedra el lugar donde la tenían cautiva. Que no quedase nada en pie. Que la trajera de vuelta entre sus alas, a salvo de quienes se habían atrevido a tocarla.

Si yo no podía estar allí para protegerla, que al menos Estros cumpliera la promesa que yo no había sabido mantener. Que la salvase cuando yo había fallado.

20

El latido antes de la tormenta

Aeran

El golpeteo de los cascos contra el suelo marcaba un ritmo constante, como un corazón que se aceleraba a medida que avanzábamos hacia el norte. Tormenta parecía sentir mi ansiedad; su paso era inquieto, nervioso.

Por encima de nosotros, Draluz surcaba el cielo en círculos amplios, sus rugidos ocasionales hacían eco en las montañas como si fueran truenos lejanos. Desde que Estros había partido, mi dragona parecía más agitada que nunca, dividida entre su instinto de seguir a su compañero y su deber de permanecer a mi lado.

—Aliran estaba más tranquilo cuando partimos —comentó Thorak, guiando su montura para emparejarla con la mía—. Las mantas calientes parecieron ayudar.

Asentí brevemente, aunque el nudo en mi garganta apenas me dejaba respirar. La imagen de Aliran, tendido en la explanada con esa niebla oscura emanando de sus escamas, me perseguiría hasta el día de mi muerte. Dejarlo atrás había sido como arrancarme un pedazo del alma, pero no había elección. No cuando los informes hablaban de movimientos masivos de tropas en la frontera.

—Los exploradores reportan actividad inusual —murmuró Thorak —. Parece que Gélidia está movilizando más que una simple escolta diplomática.

Mis manos se tensaron alrededor de las riendas. Detrás de nosotros, escuché el tintineo de armaduras mientras la guardia real se mantenía alerta. Entre ellos, Cleon cabalgaba con la espalda recta y el rostro tenso, tan joven y decidido que me dolía el corazón solo de mirarlo. Parecía incómodo, al menos respecto a llevar la espada en el lateral. A veces se le iban las riendas de su caballo y tenía que enderezarlo antes de que se desviara.

Me habían llegado rumores de que Cleon no se adaptaba bien a su papel en la guardia. Thorak había comentado discretamente que mi hermano a veces se distraía durante los entrenamientos, que seguía comportándose como un muchacho impulsivo con sus compañeros. Lo había visto yo mismo una tarde, riéndose y lanzando bolas de barro con otros guardias jóvenes, olvidando por completo sus tareas. Pero ahora, viéndolo forzar esa expresión grave, intentando parecer mayor de lo que era, me obligué a ignorar esas verdades. Necesitaba verlo como un hombre, como un aliado, no como el niño que apenas había dejado atrás los juegos de espadas de madera. Era egoísta, lo sabía, pero en ese momento necesitaba creer que todos éramos lo suficientemente fuertes para lo que venía. Para recuperarla.

—¿Cuántos? —pregunté, obligándome a concentrarme en los detalles tácticos.

—Es difícil saberlo con certeza —respondió Thorak—. Los exploradores hablan de movimientos de tropas en las montañas, más allá de lo que podemos ver. Se rumorea que el Rey mismo podría estar presente, junto con el Príncipe Heredero.

Un rugido ensordecedor de Draluz hizo que todos los caballos se encabritaran. Mi dragona había descendido lo suficiente para que pudiéramos ver la furia en sus ojos, el modo en que sus garras se flexionaban como si quisiera despedazar algo… o a alguien.

—Esto no parece un encuentro diplomático —murmuró Thorak—. Más bien…

—Una preparación para la batalla —completé.

Las señales estaban ahí, claras como el hielo que comenzábamos a ver a lo lejos: el movimiento de tropas, la posible presencia de toda la familia real de Gélidia, la tensión que podía sentirse incluso en el aire que respirábamos.

La marca en mi hombro ardió. En algún lugar más allá de estas montañas heladas estaba ella, y la verdad que tanto ansiaba y temía descubrir.

Draluz rugió nuevamente, un sonido que contenía tanta furia como dolor. ¿Sentía ella también lo que se avecinaba? ¿Podía oler la guerra en el aire como yo podía sentirla en mis huesos?

—Pase lo que pase —dije, mi voz llevaba el peso de una orden real—, nadie actuará sin mi orden directa. Si esto se convierte en lo que tememos…

Todos sabíamos lo que significaría: que el amanecer siguiente podría traer más que respuestas. Podría traer el inicio de una guerra nueva para la cual no había preparado a nadie, y eso caería en mi conciencia para toda la vida.

El viento helado azotaba nuestras capas mientras avanzábamos y cada ráfaga parecía susurrar su nombre como una promesa o una advertencia.

Nefely. Mi Nefely.

O quizás, la chispa que encendería un infierno de hielo, fuego y sangre.

El camino se volvió más traicionero a medida que avanzábamos hacia el norte. Las montañas se alzaban a nuestro alrededor, sus picos, cubiertos de nieve, parecían observarnos. El sol comenzó su lento descenso, tiñendo el cielo de tonos rojizos.

—Deberíamos acampar pronto —sugirió Thorak cuando las primeras estrellas comenzaron a asomar—. Los caballos necesitan descanso y la temperatura seguirá bajando.

Quería protestar, seguir cabalgando hasta el agotamiento, pero sabía que tenía razón. No podíamos arriesgarnos a llegar al encuentro con hombres y bestias exhaustos. No cuando cada señal indicaba que podríamos necesitar toda nuestra fuerza.

—Allí. —Señalé un claro protegido por formaciones rocosas—. Las rocas nos resguardarán del viento, y Draluz podrá aterrizar.

Como si hubiera escuchado su nombre, mi dragona descendió en espirales perezosas, sus alas enormes crearon remolinos en la nieve que caía suavemente. Se posó con una gracia que desmentía su tamaño, sus ojos escrutando el perímetro con una intensidad que me recordó que los dragones eran los mejores guardianes que podíamos desear.

El campamento se estableció con la eficiencia que caracterizaba a la guardia real. Thorak organizó los turnos de vigilancia mientras los hombres levantaban tiendas y encendían hogueras. El frío se había vuelto más intenso, mordiente, el tipo de frío que te calaba hasta los huesos y te recordaba que estábamos entrando en territorio de Gélidia.

Cleon se acercó a mi posición junto a la hoguera principal con dos cuencos de sopa caliente en sus manos.

—Deberías comer algo —dijo, extendiéndome uno—. No has probado bocado desde que dejamos el castillo.

Acepté el cuenco más por complacerlo que por hambre real. El calor del recipiente entre mis manos era un pequeño consuelo contra el frío que parecía venir tanto del exterior como de dentro de mí mismo.

—¿Crees que Aliran…? —comenzó Cleon, pero se detuvo, como si temiera completar la pregunta.

—Sobrevivirá —respondí con más convicción de la que sentía—. Tiene que hacerlo.

Un silencio pesado cayó entre nosotros, roto solo por el crepitar de las llamas y los sonidos ocasionales del campamento. A lo lejos, Draluz emitió un sonido bajo, casi un lamento, que me heló la sangre.

—¿Recuerdas cuando Nefely solía contarnos historias junto al fuego? Kieran siempre insistía en que hiciera las voces de los dragones.

Podía verla claramente: sentada junto al fuego en los jardines del castillo, Kieran acurrucado en su regazo, sus ojos adormilados, buscando instintivamente su calor. Recuerdo cómo sus manitas se aferraban a la tela de su vestido, negándose a soltarla incluso cuando sus párpados comenzaban a caer de sueño. Y ella, acariciándole el pelo con ternura mientras los demás formábamos un círculo a su alrededor.

—Y siempre tenía una historia diferente. Nunca repetía una, sin importar cuántas veces le pidiéramos que contara nuestras favoritas.

—Porque decía que cada noche merecía su propia historia —dijo Cleon con una pequeña sonrisa triste en sus labios—. Que las historias eran como las estrellas: había suficientes para nunca tener que repetir una.

El nudo en mi garganta se apretó. Nadie dedica tanto amor, tanto tiempo a inventar historias diferentes cada noche si todo es fingido. Nadie memoriza qué cuentos ya ha narrado para no repetirlos, nadie crea voces distintas para cada dragón si solo está interpretando un papel. Había días en que llegaba agotada tras pasar horas con Kieran en sus lecciones con el maestre, procurando que el pequeño mantuviera la atención en lugar de escaparse a cazar sapos, y, aun así, cuando el niño tiraba de su falda suplicando por un cuento, ella siempre encontraba la energía para crear mundos nuevos para él. No, ese tipo de entrega no podía fingirse. Me negaba a creerlo, por mucho que la evidencia pareciera apuntar en otra dirección. ¿Cuántos momentos así nos habían robado? ¿Cuántas noches de historias junto al fuego, de risas compartidas, de esa paz que solo su presencia podía traer?

—La recuperaremos —declaró Cleon con una ferocidad que me recordó dolorosamente a mí mismo a su edad—. Tiene que volver. Los niños la necesitan, el reino la necesita, tú…

Yo la necesitaba. Como el aire para respirar, como el sol para vivir. La necesitaba con una desesperación que me consumía desde dentro.

La noche avanzó lentamente, cada hora era una tortura de espera. Me negué a dormir, a pesar de las insistencias de Thorak. ¿Cómo podría descansar cuando cada vez que cerraba los ojos veía su rostro marcado por golpes, sus ojos llenos de miedo?

Draluz permaneció igualmente vigilante. De vez en cuando, giraba su cabeza hacia el norte y emitía un sonido bajo, como si llamara a Estros, como si pudiera sentir algo que nosotros no podíamos percibir.

Las horas se arrastraron con una lentitud exasperante. Vi la luna atravesar el cielo, las estrellas danzar su danza eterna, mientras mi mente no dejaba de dar vueltas a todas las posibilidades, todos los escenarios que podríamos enfrentar al amanecer.

Cuando los primeros rayos del sol comenzaron a teñir el horizonte de rosa pálido, el campamento cobró vida nuevamente. El tintineo de armaduras y el relincho de caballos rompieron el silencio de la madrugada mientras nos preparábamos para la última etapa del viaje.

—Los exploradores informan que el ejército de Gélidia está tomando posiciones —reportó Thorak mientras montábamos—. Han ocupado los puntos altos alrededor de la explanada.

—Por supuesto que lo han hecho —respondí, ajustando las riendas de Tormenta—. No esperaba menos. Quieren hacer su demostración de fuerza.

El camino final hacia la explanada fue como descender hacia un sueño febril. La niebla se arrastraba por el suelo, y el silencio… el silencio era absoluto, antinatural. Ni pájaros, ni viento, ni el más mínimo sonido, excepto el de nuestros propios pasos. En Gélidia nada vivía, nada podía vivir.

Draluz volaba más bajo ahora, tan cerca que podía sentir el batir de sus alas moviendo el aire helado.

Y entonces, finalmente, la explanada se abrió ante nosotros. Un espacio vasto y plano, rodeado por acantilados de hielo que brillaban como espejos bajo la luz del amanecer. El lugar perfecto para un encuentro diplomático, o una trampa mortal.

—Mi señor. Están aquí.

Y lo estaban. En el extremo opuesto de la explanada, figuras comenzaban a emerger de la niebla. Los estandartes de Gélidia ondeaban en el viento helado.

La marca en mi hombro ardió, y supe, con una certeza que iba más allá de la razón, que ella estaba entre esas figuras. Mi Nefely, tan cerca después de tanto tiempo, y, sin embargo…

Draluz rugió, un sonido que contenía toda la furia y el dolor que yo no podía expresar. El eco rebotó en los acantilados como si fuera un grito de guerra.

El amanecer había llegado.

Y con él, el momento de la verdad que tanto había temido y anhelado.

La tensión era casi palpable mientras avanzábamos por la explanada. Cada paso de Tormenta resonaba como un latido en el silencio sepulcral, mientras las figuras al otro lado se volvían cada vez más definidas. La niebla se disipaba lentamente, revelando primero estandartes, luego armaduras, y finalmente rostros.

El Príncipe Soren emergió primero de entre la bruma, su armadura azulada brillaba bajo la luz del amanecer. A su lado, el Rey Thorian se erguía como una estatua de hielo, su presencia era tan imponente como amenazadora. Pero mis ojos apenas se fijaron, porque allí, junto al príncipe…

Mi corazón se detuvo.

Nefely.

Estaba tan cambiada y a la vez tan dolorosamente familiar que el aire abandonó mis pulmones. Su vestido azul pálido ondeaba en el viento helado como si estuviera hecho de escarcha, pero era su postura lo que me destrozaba: la cabeza gacha, los hombros

hundidos, como si todo el fuego que siempre la había caracterizado se hubiera extinguido.

El viento jugaba cruelmente con su cabello, mechones negros danzaban frente a su rostro como un velo que intentaba ocultar lo que no debía verse. La vi alzar una mano temblorosa para apartarlos y entonces…

Los moretones. Dioses, los moretones. No eran las marcas antiguas que había visto en mi sueño. Estos eran frescos, violáceos, brutalmente recientes. Su mejilla derecha era un mapa de violencia que ninguna explicación inocente podría justificar.

La furia explotó en mi pecho con tanta fuerza que Tormenta se encabritó, sintiendo mi rabia. Draluz rugió desde las alturas, un sonido que contenía toda la violencia que amenazaba con consumirme. En ese momento, habría incendiado reinos enteros por ella.

Vi cómo Soren se inclinaba hacia ella, sus labios rozaron su oído mientras susurraba algo que la distancia me impedía escuchar. Su mano, enfundada en un guante negro, se alzó hacia el rostro de Nefely. Vi cómo ella se tensaba, un temblor casi imperceptible recorrió su cuerpo cuando los dedos del príncipe se cerraron alrededor de su barbilla. El efecto fue instantáneo y devastador: su espalda se enderezó como si hubieran tirado de hilos invisibles, toda expresión abandonó su rostro. Era como ver una estatua de hielo cobrar vida, perfecta y fría, vacía de toda emoción.

Pero sus ojos… sus ojos la traicionaban. Aunque mantenía la mirada fija en algún punto distante, pude ver el terror que habitaba en sus profundidades, un miedo tan visceral que hizo que la marca en mi hombro ardiera.

A mi lado, escuché a Cleon contener el aliento, un sonido estrangulado que contenía tanto horror como rabia. Thorak murmuró algo que sonó a maldición, su mano se tensó sobre la empuñadura de su espada.

Y allí estábamos, separados por apenas unos metros de distancia que se sentían como un abismo infinito. Ella, transformada en una

muñeca perfecta y rota. Y yo, consumiéndome por dentro mientras la veía interpretar este papel macabro, incapaz de alcanzarla, de romper lo que fuera que Soren le había susurrado para convertirla en esta versión helada de sí misma.

La marca en mi hombro palpitaba al ritmo de un corazón herido, respondiendo a un dolor que iba más allá de lo físico. Porque en ese momento, viendo cómo permanecía allí, inmóvil y perfecta en su fingida serenidad mientras los moretones en su rostro contaban una historia muy diferente, entendí con terrible claridad lo que significaba estar en el infierno.

Y supe, con una certeza que me heló la sangre, que este encuentro no terminaría con palabras diplomáticas ni acuerdos de paz.

Terminaría con sangre.

La única pregunta era cuánta tendría que derramar antes de recuperarla de ese infierno.

21

Heridas y mentiras

Nefely

El carruaje se mecía suavemente sobre el camino, cada movimiento incrementaba el dolor de todo mi cuerpo. Frente a mí, Soren me observaba con esa sonrisa que había aprendido a temer más que a sus golpes, la sonrisa que prometía que lo peor aún estaba por venir.

«Has sido una niña muy traviesa». Había susurrado la noche anterior con sus dedos acariciando el collar donde la grieta se había hecho más profunda. «¿Creíste que no me daría cuenta? ¿Que no sentiría la magia fluyendo a través de ti?».

El recuerdo me hizo estremecer involuntariamente y vi cómo su sonrisa se ensanchaba. Le complacía mi miedo, se alimentaba de él como otros hombres se alimentaban de vino.

—¿Pensando en anoche, querida? Fue instructivo, ¿no crees?

Mantuve la mirada fija en mis manos, donde los moretones en forma de dedos contaban la historia de su «instrucción». No había dormido, no realmente. El dolor era demasiado intenso, las amenazas demasiado frescas. Cada vez que cerraba los ojos, veía a Kieran, a Avery, a todos ellos sufriendo los horrores que había descrito con tanto placer.

—Respóndeme cuando te hablo —ordenó, su bota presionó contra mi pie con fuerza suficiente para hacerme jadear.

—Sí, mi príncipe.

Su risa llenó el espacio confinado del carruaje, haciendo que me encogiera instintivamente. Odiaba cómo mi cuerpo reaccionaba a su presencia ahora, cómo el miedo se había convertido en un reflejo tan arraigado como respirar. ¿Qué me había hecho? ¿Dónde quedaba yo?

—Aunque debo admitir —continuó, inclinándose hacia adelante hasta que pude oler el aroma a hielo y especias que siempre lo acompañaba—, que me decepcionó un poco que siguieras negando lo obvio. ¿No habría sido más fácil confesar? ¿Admitir que usaste magia para alcanzarlo en sueños? Porque eso fue lo que hiciste, ¿verdad?

Recordé sus «métodos de persuasión». Las horas interminables atada a aquella silla de hierro, las correas de cuero mágico cortándome la circulación en muñecas y tobillos. El brujo, una criatura esquelética con túnica negra y ojos tan vacíos que parecían absorber la luz, había trazado símbolos en mi frente con una sustancia pegajosa que ardía.

—Déjame entrar. —Había susurrado el brujo cuyo aliento olía a carne podrida—. Solo quiero ver lo que has hecho, pequeña criatura.

Sus dedos huesudos se habían clavado en mis sienes mientras Soren observaba. El brujo había comenzado a recitar encantamientos en una lengua antigua que hacía que el aire mismo se retorciera de dolor. Sentí cómo algo ajeno y viscoso intentaba penetrar en mi mente, como gusanos buscando pudrir mis pensamientos desde dentro.

Durante horas, el brujo había excavado en mi cabeza, arrancando recuerdos que no quería entregar: mis primeros días en el castillo, las sonrisas de Kieran, las noches junto al fuego contando historias a los niños… Pero yo había resistido. Cada vez que intentaba alcanzar el recuerdo de cómo había ayudado a mi padre a escapar, de cómo había roto momentáneamente el poder del collar, levantaba muros

mentales, desviaba sus búsquedas hacia otros recuerdos menos peligrosos.

El precio había sido devastador. Cuando finalmente me liberaron de aquella silla, mi nariz, oídos y ojos sangraban. Mi mente se sentía como un tapiz desgarrado, con hilos sueltos y agujeros donde antes había recuerdos intactos. Durante días, había sufrido dolores de cabeza tan intensos que vomitaba con el más mínimo movimiento, confundía nombres y rostros, y a veces olvidaba dónde estaba por completo.

No podía dar la confesión que buscaban, porque admitir que había usado magia significaría confirmar que el collar estaba fallando, que su control no era tan absoluto como creía. Soren no sabía exactamente qué había hecho y eso estaba a mi favor. Y más importante aún, significaba que mi padre estaba a salvo.

Aunque también podía empeorar las cosas.

«Si confiesas ahora», dijo Soren mientras sus manos dejaban nuevas marcas en mi piel tras la sesión con el brujo, «quizás sea misericordioso con el pequeño Kieran. Quizás solo lo haga mirar mientras mis hombres se divierten con su querida hermana Avery…».

El carruaje golpeó un bache y el dolor volvió sacándome de mi cabeza.

—Casi hemos llegado. ¿Recuerdas lo que debes hacer?

—Sí, mi príncipe —respondí, odiando cómo mi voz sonaba—. Si pregunta por los golpes, me caí del caballo en el bosque mientras recogía hierbas. Si pregunta por qué estoy aquí, le diré que quiero estar con vos. Que siempre quise estar con vos.

—¿Y sobre los dragones? —presionó, sus dedos jugaron con el collar en mi cuello—. ¿Qué dirás sobre tus preciosas bestias?

Tragué bilis. La sola idea de usar a Estros y Aliran contra Dragio, contra los niños, era demasiado, porque yo jamás lo haría.

—Que los dragones me pertenecen —susurré—. Que harán lo que yo ordene. Lo que vos ordenéis a través de mí.

—Excelente —ronroneó, su mano abandonó el collar para acariciar mi mejilla magullada—. ¿Y si pregunta por nosotros? ¿Por las noches que pasamos juntos?

El asco me revolvió el estómago, pero mantuve el rostro impasible. No podía permitirme mostrar lo que realmente sentía, no cuando las consecuencias serían pagadas por otros.

Porque quería hacerle daño, más daño del que él me hacía a mí.

—Le diré… —Mi voz tembló ligeramente—, que vos me hacéis feliz. Que cada noche en vuestra cama es un regalo.

Su sonrisa se volvió depredadora.

—¿Y si nota tu incomodidad? ¿Si ve cómo te estremeces cuando te toco?

—Es porque me afectáis profundamente. Porque vuestro toque me hace temblar de deseo.

—Casi suenas convincente, querida. Aunque anoche… anoche sonabas mucho más auténtica cuando suplicabas que me detuviera. Intenta que se parezca. Por supuesto —continuó—, si en algún momento sientes la tentación de decir la verdad. —Sus dedos se cerraron alrededor de mi garganta, justo encima del collar—. Recuerda que tengo hombres siguiendo a cada uno de tus preciosos príncipes. A cada uno de ellos, y comenzaré por Kieran.

No. No podía arriesgarme. No cuando las vidas de todos los que amaba pendían de un hilo tan frágil. Todos dependían de mí, y no podía fallarles.

—Lo entiendo, mi príncipe —respondí—. Sé exactamente qué debo decir.

—Demuéstramelo —ordenó—. Dime otra vez por qué estás aquí, por qué elegiste quedarte conmigo.

Alcé la mirada, encontrando sus ojos con una máscara de adoración que había aprendido a perfeccionar.

—Porque os amo, mi príncipe —mentí—. Porque siempre os he amado. El tiempo que pasé en Dragio fue solo una distracción. Una forma de llegar hasta vos y contaros todo lo que aprendí.

—¿Y los dragones?

—Son vuestros. —Las palabras me desgarraban por dentro—. Como yo soy vuestra. Harán lo que ordenéis, cuando lo ordenéis.

Su sonrisa se ensanchó, complacido con mi actuación. Se inclinó hacia adelante, su mano se enredó en mi pelo.

—Perfecta, amor —susurró contra mis labios—. Mi perfecta y obediente mentirosa.

Sus labios se estrellaron contra los míos con violencia. No me resistí, había aprendido que la resistencia solo traía más dolor, más amenazas contra aquellos que intentaba proteger. Me mantuve inmóvil, permitiendo que tomara lo que quisiera, como siempre hacía.

Cuando finalmente se apartó, la sonrisa en sus labios prometía más horrores por venir.

—Casi puedo saborear sus lágrimas —murmuró—. Cuando vea en lo que te has convertido, cuando entienda que su preciosa Alisma eligió el hielo sobre el fuego. Será un placer tan dulce como tus mentiras.

El carruaje comenzó a reducir la velocidad, y supe que habíamos llegado. El momento que tanto temía estaba aquí. Tendría que mirarlo a los ojos —a Aeran, a mi Aeran— y destrozar no solo su corazón, sino el mío propio.

Pero mientras Soren me ayudaba a bajar del carruaje me repetí la verdad que me mantenía en pie: todo era por amor. Por proteger a aquellos que significaban más que mi propia alma.

Incluso si eso significaba convertirme en la mejor mentirosa que Gélidia había visto jamás, aún mejor que el príncipe que me había enseñado el arte del engaño a través del dolor y el miedo.

Al comenzar a avanzar entre las líneas de soldados, cuyos ojos se posaban en mí con lástima y desprecio, la vi. Draluz surcaba el cielo, tan majestuosa como siempre, sus escamas plateadas brillaban bajo el sol naciente. Pero había algo diferente en ella, una intranquilidad en su vuelo que reconocí al instante: buscaba a Estros. Mi corazón se contrajo dolorosamente al darme cuenta de que no estaba con ellos. ¿Dónde estaría? La forma en que Draluz volaba, casi frenética,

me dijo que no obedecía a Aeran. Buscaba a su compañero con una desesperación que solo los dragones podían entender.

Nos detuvimos en medio de la explanada helada y agaché la cabeza instintivamente. No podía mirarlo, no me atrevía. Si veía sus ojos, si permitía que esa conexión que una vez nos unió se reavivara, aunque fuera por un instante… El viento helado jugaba cruelmente con mi cabello, y lo aparté del rostro con dedos temblorosos, odiando cómo incluso ese simple gesto revelaba los moretones.

Mis ojos se llenaron de lágrimas traicioneras, pero antes de que pudieran caer, sentí el aliento cálido de Soren contra mi oreja.

—Levanta la puta cabeza o te prometo que cuando volvamos los grilletes volverán a estar en tus muñecas —siseó—. Y sabes que esta vez no me detendré hasta que la sangre llegue a tus codos.

Su mano, enfundada en ese guante negro, se alzó hacia mi rostro con una violencia que conocía demasiado bien. Y, entonces, obligada por el miedo y las amenazas, lo vi. Sus ojos, su rostro, todo él… Estaba ahí, tan cerca y a la vez tan infinitamente lejos. Pero lo que sentí al verlo me aterró más que cualquier amenaza de Soren. No fue amor, no fue ese anhelo desesperado que esperaba. Fue odio, un odio tan intenso que me ahogaba, mezclado con un asco visceral que me revolvió el estómago. Sentimientos que no me pertenecían, emociones plantadas en mi mente como semillas venenosas que habían echado raíces profundas.

Soren volvió a acercarse, intentando que no quedase espacio entre nosotros.

—Vas a portarte bien, mi amor —susurró—, o de lo contrario… —Sus dedos se clavaron en mi brazo con fuerza—. Los niños chillan mucho cuando se les corta el cuello. Especialmente los más pequeños. Me pregunto si el pequeño Kieran gritará el nombre de su «mamá» mientras la sangre sale de su garganta.

El Rey Thorian dio un paso al frente. Su voz, profunda y autoritaria, cortó el aire helado:

—¿A qué debemos el honor de tu presencia, Rey de Dragio? ¿Qué asunto tan urgente requiere esta intrusión en nuestras tierras?

Como respondiendo a una señal invisible, Draluz descendió del cielo en espirales, aterrizó junto a Aeran con un golpe que hizo temblar la tierra y su cola se enroscó protectoramente alrededor de su jinete mientras sus ojos se clavaban en nosotros con furia. Los guardias de Gélidia retrocedieron instintivamente.

Pero Aeran… Aeran no apartaba sus ojos de mí. Su mirada estaba sobre mi piel magullada, y pude ver cómo inspeccionaba cada marca, cada moretón que el vestido no lograba ocultar.

—Vengo por ella —declaró—. Por Nefely. Mi Alisma. Mi reina. Mi mujer.

La risa del Rey Thorian resonó con fuerza. Soren, aprovechando el momento, me atrajo bruscamente contra su cuerpo, sus dedos se clavaron en mi cintura.

—¿Esta furcia? —escupió Soren, sus labios rozaron mi oído mientras hablaba lo suficientemente alto para que todos escucharan —. ¿Esta traidora que vino a nosotros por voluntad propia? ¿Que compartió no solo los secretos de tu reino sino también mi cama con tanto entusiasmo?

Vi cómo cada palabra dañaba a Aeran. Draluz rugió, un sonido que contenía toda la rabia que su jinete no podía expresar, y el hielo en los acantilados circundantes pareció vibrar en respuesta.

La risa del ejército de Gélidia resonó en la explanada, cada carcajada era un cuchillo más en mi alma. Los soldados intercambiaban miradas y codazos. Sabía lo que esas risas significaban, lo que esos hombres eran capaces de hacer.

Desde mi posición podía ver lo que Aeran no: las señales sutiles, el brillo de armaduras tras los acantilados, los estandartes apenas visibles entre la nieve. No solo estaban las tropas de Gélidia —muchísimas más de las que Aeran podía imaginar— sino también los colores de Ventara. La traición era completa. Si Aeran iniciaba un conflicto aquí, sería su fin. Estaba rodeado, superado en número, y no tenía idea.

Aeran dio un paso al frente, la nieve crujió bajo sus botas. Su rostro solo mostraba furia, pero sus ojos… sus ojos seguían buscando algo en los míos, una señal, una prueba de que todo esto era una mentira.

—Devolvédmela. Ahora.

—¿A cambio de qué? —chilló Soren—. ¿Qué podrías ofrecerme que valga más que el placer de tenerla en mi cama cada noche? —Sus dedos se clavaron más profundamente en mi cintura—. Además, siempre fue nuestra. Desde el principio. ¿No es así, mi amor?

Mantuve la mirada fija en el suelo, pero pude sentir los ojos de todos sobre mí, esperando mi respuesta. Las amenazas de Soren repicaban en mi mente: Kieran, Avery, todos ellos… Y ahora también Aeran, que no sabía que estaba caminando hacia una trampa mortal.

—Sí, mi príncipe.

—¿Lo ves? Tendría que ser algo verdaderamente jugoso para convencerme de ir contra sus deseos. Después de todo, ella vino a mí por voluntad propia. ¿No es así, querida? Cuéntales cuánto disfrutas nuestras noches juntos.

Fue entonces cuando lo sentí: la mirada de Thorak. Entre todos los rostros que me observaban, el suyo era el único que mostraba algo diferente a la burla o el desprecio. Parecía observar mi postura, la forma en que me encogía bajo el manoseo de Soren.

La lástima en su mirada era como un puñal más, pero diferente a los otros. Porque en sus ojos vi que entendía, que veía más allá de esta farsa cruel. Y eso… eso era más peligroso que cualquier burla o amenaza. Si Thorak convencía a Aeran de que estaba siendo retenida contra mi voluntad, comenzaría la batalla que le costaría la vida.

Aparté la mirada rápidamente, temerosa de que Soren pudiera notar ese momento de conexión. No podía permitirme ni siquiera eso, no cuando el precio del fracaso sería pagado con sangre inocente.

Los acantilados de hielo devolvieron el eco de la oferta de Aeran, su voz resonó con una desesperación que nunca le había escuchado:

—Las tierras del norte. Las que provocaron la guerra. Son vuestras. Y más si así lo deseáis. Todo lo que pidáis, pero devolvédmela.

Soren me soltó tan bruscamente que trastabillé, dando un paso al frente con esa sonrisa cruel que había aprendido a temer.

—¿Solo las tierras? ¿Quieres que te entregue a la mujer de mi vida, al amor de mi existencia, por unas simples tierras? —Se giró hacia mí, sus dedos rozaron mi mejilla en una caricia—. ¿Has oído eso, mi amor? Parece que tu antiguo rey no te valora tanto como yo. ¡No es suficiente! —gritó de vuelta.

—Os daré oro. —La voz de Aeran sonaba rota—. Riquezas. Lo que queráis.

—¿Y huevos de dragón? ¿Entregarías el futuro de tu reino por esta traidora?

—Lo que pidáis —repitió Aeran—. Todo. Pedídmelo, pero dejar que vuelva conmigo.

Mis ojos captaron un movimiento tras los acantilados. Más tropas de Ventara se posicionaban. La trampa estaba lista para cerrarse.

Soren se giró completamente hacia él, su sonrisa se ensanchó de una manera que me revolvió el estómago.

—Es que no lo entiendes, ¿verdad? —ronroneó—. No es suficiente porque ella no quiere irse contigo. Ella me eligió a mí. ¿No es así, mi amor? Necesitamos más, queremos más. ¿O acaso tu queridísima Alisma vale tan poco?

El silencio que siguió fue ensordecedor. Podía sentir el peso de todas las miradas sobre mí, especialmente la de Aeran, que parecía quemar a través de mi piel.

—Dejad que se lo pregunte yo. Dejad que ella me lo diga a la cara. Si realmente es una traidora, la llevaré de vuelta a Dragio para ser juzgada según nuestras leyes. Si está aquí contra su voluntad… —Su voz adquirió un tono gélido—, entonces no habrá lugar en este mundo donde podáis esconderos de mi furia. Os daré lo que deseéis, pero debo escuchar la verdad de sus propios labios.

Mi corazón se detuvo por un instante. Lo que Aeran no sabía es que cualquiera que fuera mi respuesta, él estaba condenado. Si confesaba la verdad, que estaba aquí contra mi voluntad, iniciaría una guerra que no podía ganar, superado en número y traicionado por sus supuestos aliados. Si mentía, confirmando que era una traidora, me llevaría de vuelta a Dragio, donde Soren había jurado que sus infiltrados matarían a los niños antes de que cruzáramos las puertas del castillo.

No había salida. Solo podía elegir qué tipo de dolor infligir.

Las carcajadas de Soren resonaron en la explanada helada.

—Por supuesto —declaró con falsa generosidad—. Adelante, pregúntale. Pregúntale todo lo que quieras saber. —Sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca con fuerza antes de empujarme hacia adelante—. Cuéntale a tu antiguo rey toda la verdad, mi amor.

Di un paso tambaleante, mis piernas temblaban bajo mi propio peso. Soren no había querido que comiera durante días, prometiendo premiarme si representaba bien mi papel. Mi mirada se desvió un instante hacia las tropas ocultas, rezando para que Aeran no cometiera el error fatal de pensar que podía ganar esta batalla.

La distancia entre nosotros seguía siendo considerable, un abismo de nieve y mentiras que parecía imposible de cruzar.

—Más cerca. —La voz de Aeran sonó como una súplica disfrazada de orden—. Quiero verla más de cerca. Necesito escucharla bien si es cierto lo que dices de su amor por ti. —Sus ojos recorrieron brevemente los acantilados, como evaluando el terreno—. A la mínima duda, la reclamo a cambio de lo que queráis, para que responda ante las leyes de Dragio. Pero tiene que acercarse más.

La risa de Soren no era de verdad.

—¿Me tomas por idiota? Ni de broma.

—¿Por qué no? —desafió Aeran, sus ojos nunca dejaron los míos —. Si decís la verdad, si ella está aquí por voluntad propia… ¿qué teméis? ¿Acaso dudas de lo que ella siente?

Me giré hacia Soren, conteniendo el aliento. La rabia deformaba sus facciones, sus puños se cerraron con tanta fuerza que el cuero

de sus guantes crujió. Por un momento terrible, pensé que se negaría, que ordenaría a sus hombres que iniciaran el ataque, revelando la emboscada que Aeran no sospechaba.

—Adelante —escupió finalmente—. Acércate más. Muéstrale a tu antiguo amante lo feliz que eres conmigo. Muéstrale toda la verdad.

Comencé a avanzar, cada paso era una agonía. Vi a Aeran hacer lo mismo desde su lado, acortando la distancia entre nosotros con paso firme. Los soldados de ambos ejércitos se tensaron visiblemente, llevándose las manos a las empuñaduras de sus espadas. El aire mismo parecía crepitar con la posibilidad de violencia. Sentí la presencia de los arqueros ocultos tras los riscos, preparados para disparar a una señal de Soren.

Draluz rugió suavemente desde su posición, sus ojos seguían cada uno de mis movimientos. Era como si ella también pudiera ver a través de esta farsa, como si entendiera el precio terrible de las mentiras que estaba a punto de decir. Su mirada me atravesaba, reconociendo algo que ni siquiera los humanos podían ver.

La nieve crujía bajo nuestros pies mientras nos acercábamos, y con cada paso, sentía cómo mi valor se desmoronaba un poco más. ¿Cómo iba a mentirle mirándole directamente a los ojos? ¿Cómo iba a negar todo lo que habíamos sido cuando cada fibra de mi ser gritaba por decirle la verdad? Pero tenía que hacerlo. Por él. Por los niños. Para evitar la masacre que Ventara y Gélidia habían planeado tan meticulosamente.

Me detuve a unos metros de él, una distancia que se sentía como un abismo infinito y a la vez demasiado corta. El viento helado jugaba con los bordes de nuestras capas, el único movimiento en esta escena congelada en el tiempo.

Aeran se encogió visiblemente al verme de cerca. Sus ojos grises, los que tanto había amado y añorado en la oscuridad de mi celda, se llenaron de lágrimas. Noté cómo sus manos temblaban a los costados, luchando contra el impulso de alcanzarme.

—Nefy… —susurró, y ese diminutivo que tanto significaba entre nosotros fue como una daga en mi corazón. Su voz contenía todo el

dolor de los meses perdidos, toda la desesperación de las noches en vela—. ¿Quién te ha hecho esto? —Su voz temblaba con furia y dolor mientras sus ojos recorrían los moretones en mi rostro. Cada herida parecía grabarse a fuego en su memoria.

—Me caí del caballo. Mientras recogía hierbas en el bosque.

Mis ojos suplicaban que viera más allá de la mentira, que recordara todas las veces que me había negado a montar, incluso con él.

Lo observé mientras procesaba mis palabras, conteniendo la respiración, rezando para que entendiera el mensaje oculto en esta mentira tan obvia. Él, que tantas veces había intentado enseñarme a montar, que había soportado mis negativas tercas y mis miedos irracionales a los caballos. «Date cuenta», supliqué internamente, «sabes que jamás montaría sola, que preferiría caminar kilómetros antes que subirme a un caballo».

—¡Más alto! —gritó Soren—. ¡Quiero oír cada palabra!

Aeran le miró con una violencia que hizo retroceder incluso a los guardias más cercanos. Su mano se movió instintivamente hacia la empuñadura de su espada.

—¡Si vuelves a interrumpir, te juro que ni mil arqueros impedirán que te arranque la lengua!

Su mano se alzó instintivamente hacia mi rostro. Quería inclinarme hacia su toque, dejar que sus dedos borraran cada marca, cada recuerdo oscuro. Una parte de mí deseaba gritarle la verdad: sobre la emboscada, sobre Ventara, sobre cómo todo esto era una trampa. Pero antes de que pudiera alcanzarme, la voz de Soren volvió a atravesar el aire.

—¡No la toques! —rugió Soren—. ¡Un solo roce y mis arqueros convertirán a tu guardia en alfileteros!

La mano de Aeran se detuvo a centímetros de mi mejilla, y vi cómo la impotencia luchaba contra la furia en su rostro. El aire entre nosotros vibraba con todo lo que no podíamos tocarnos, con cada caricia robada, con cada abrazo negado. Quería tocarlo, los dioses

sabían cuánto anhelaba sentir su calor una última vez, grabar en mi piel el recuerdo de su tacto para las noches oscuras que vendrían.

—Solo hazlo rápido —murmuró Soren con cruel diversión—. Pregúntale lo que quieras saber, pero no tientes a mi paciencia.

Me mordí el labio. Soren se acercaba lentamente. Cada paso suyo hacía que mi corazón latiera más rápido, que el collar en mi cuello pesara más. La desesperación en los ojos de Aeran me estaba destrozando, pero tenía que hacerlo. Tenía que herirlo tanto que nunca intentara volver por mí, que se marchara de esta trampa mortal sin iniciar una batalla que no podía ganar. Un sacrificio necesario, aunque eso significara arrancarme el corazón en el proceso.

Desde mi posición podía ver lo que él no: las señales ocultas entre los soldados, los arqueros apostados en lo alto que aguardaban la orden, la traición de Ventara escondida tras los acantilados de hielo. Si Aeran descubría la verdad, si intentaba rescatarme, no solo él moriría. Todos los que habían venido con él serían masacrados.

—¿Es verdad? —Alzó la voz para que todos oyeran, aunque cada palabra parecía causarle dolor físico. El viento helado llevaba su voz rota hasta los confines de la explanada—. ¿Siempre estuviste con Gélidia?

Le miré directamente a los ojos, y el esfuerzo de mantener la mirada vacía mientras mi corazón se desgarraba por dentro casi me destruyó. «Mírame bien», rogué en silencio, mis ojos fijos en los suyos. «Mira más allá de mis palabras. Tú me conoces mejor que nadie. Tú sabes que cada momento fue real, que cada sonrisa, cada caricia, cada susurro en la noche era verdadero».

—Sí. —Mi voz sonó extrañamente clara en el silencio helado, aunque por dentro gritaba tan fuerte que me sorprendía que nadie lo oyera—. Siempre fui leal a Gélidia. A su príncipe. —Una pequeña sonrisa cruel se dibujó en mis labios, mientras el sabor de la bilis subía por mi garganta—. ¿De verdad creíste que una simple

sanadora del bosque se enamoraría del gran Rey de Dragio? Eras tan predecible. Tan desesperado por amor que fue ridículamente fácil.

«Tan fácil amarte», quise gritar hasta quedarme sin voz. «Tan natural como respirar, tan inevitable como el amanecer». Pero las amenazas de Soren resonaban en mi mente como campanas fúnebres, y cada palabra de amor se convertía en veneno en mi lengua. Las imágenes que él había plantado en mi mente con sus descripciones gráficas de lo que haría a los niños si yo fallaba eran demasiado vívidas, demasiado terroríficas para arriesgarme.

Vi el dolor atravesar su rostro, cada palabra mía era una herida más profunda que cualquier espada. Y cada muestra de su sufrimiento era un espejo del mío propio, un eco del tormento que me consumía por dentro. Draluz rugió detrás de él, un sonido tan desgarrador que hizo temblar la tierra bajo nuestros pies, y me pregunté si la dragona podía sentir la verdad que su jinete no veía, si podía oler la mentira en mis palabras.

—Los niños… —susurró—. Todo lo que compartimos…

El amor por ellos explotó en mi pecho con tanta fuerza que por un momento temí que me traicionara. Sus rostros desfilaron ante mis ojos como fantasmas acusadores: Kieran y sus abrazos impetuosos, Avery con sus canciones bajo la luz de las velas, las risas de Venya resonando en los pasillos… El modo en que Torin me seguía por el jardín, aprendiendo sobre cada planta medicinal… Cada momento precioso que habíamos compartido, cada pesadilla que había calmado, cada historia contada junto al fuego… Todo amenazaba con destruir mi fachada, con hacer añicos esta máscara de crueldad que me estaba ahogando.

—Los niños eran el camino más fácil a ti. Tan hambrientos de amor maternal, tan fáciles de manipular. —«Tan fáciles de amar, tan imposibles de abandonar si no fuera por esto, tan profundamente grabados en mi alma que duele respirar sin ellos»—. Y tú…

Solté una risa que sonó hueca, porque por dentro estaba llorando tan fuerte que me sorprendía que nadie pudiera oír cómo se rompía mi alma. Podía sentir a Soren observándome, evaluando cada

palabra, cada gesto, listo para dar la señal de ataque al menor indicio de que yo revelara la verdad.

—Tan ocupado jugando a ser rey que ni siquiera notaste cómo estudiaba tus defensas, tus dragones, cada debilidad de tu preciado reino.

«Tan ocupado siendo el rey que necesitabas ser que no ves que esto me está matando», grité en silencio, mi alma desgarrándose con cada mentira. «Que cada palabra es una mentira para manteneros a salvo, que cada sílaba que pronuncio es un nuevo tipo de muerte».

—No… —Negó con la cabeza—. Te vi llorar por ellos. Te vi amarlos…

Su voz temblaba con una seguridad desesperada que me partió el alma. «Sí», quise gritar hasta quedarme sin voz. «Sí, me viste. Viste la verdad. La viste cada noche que mecía a Kieran después de una pesadilla, cada tarde que escuchaba a Avery tocar el arpa, cada momento que compartimos en silencio. ¿Por qué no la ves ahora? ¿Por qué no ves que me estoy desgarrando por dentro?».

—Soy mejor mentirosa de lo que pensabas. ¿Las noches que pasé consolando a Kieran? Practicando. ¿Los secretos que compartía con Avery? Recopilando información. ¿Los momentos contigo? Bueno, digamos que fue un sacrificio necesario.

«Necesario para manteneros vivos», supliqué silenciosamente mientras el collar en mi cuello parecía estrangularme. «El único sacrificio que importa, el precio que pagaría mil veces por manteneros a salvo. Y ahora mismo, necesito que te alejes, que no inicies esta guerra que perderás inevitablemente».

Aeran dio un paso atrás como si lo hubiera golpeado físicamente, y cada centímetro que se alejaba de mí era una victoria amarga que sabía a derrota. Sus ojos, esos ojos que tanto había amado, que me habían mirado con tanta ternura en noches interminables, buscaban desesperadamente algo en los míos. Tuve que usar cada gramo de fuerza que me quedaba para mantener la máscara de frialdad, para no romperme y correr hacia él, para no gritarle la verdad sobre las

tropas ocultas, sobre cómo toda esta reunión era una trampa mortal. «No encuentres lo que buscas», rogué en silencio, mi corazón martilleando contra mis costillas. «Por favor, no veas cuánto te amo todavía, cuánto me está destruyendo esto».

—¿Y ahora? —Su voz apenas era un susurro, tan rota, que cada sílaba era una herida—. ¿Con él…?

El odio explotó en mi pecho como un incendio descontrolado, tan intenso que por un momento temí que me consumiera por completo. Un odio abrasador hacia Soren por obligarme a hacer esto, hacia mí misma por ser el arma que destrozaría el corazón más puro que había conocido, hacia este mundo cruel que me obligaba a destruir lo único hermoso que había tenido.

—Con Soren encontré lo que siempre busqué. Poder real, no las migajas de afecto que tú ofrecías. —«No el amor verdadero que me diste, no esa ternura que me hacía sentir más valiosa que cualquier corona»—. Pasión verdadera, no tus caricias tímidas. —«No tu delicadeza que me mantenía viva, no ese respeto que me hizo volver a confiar»—. ¿Sabes qué es lo más patético? —Mi voz adoptó un tono burlón que me revolvió el estómago—. Que incluso ahora sigues creyendo que me retenía contra mi voluntad. Que estos golpes son otra cosa que no sean marcas de pasión.

«Por favor», supliqué silenciosamente mientras las palabras envenenadas salían de mi boca. «Ve más allá de esta actuación. Ve la verdad en estas marcas. Ve el terror en mis ojos cuando él se acerca, ve cómo tiemblo cuando alza la voz. Ve lo que realmente son estas heridas: la prueba de todo lo que he soportado para manteneros a salvo».

Mis ojos se desviaron brevemente hacia los acantilados, donde sabía que los arqueros de Ventara esperaban, listos para lanzar sus flechas al menor indicio de que Aeran intentara llevarme por la fuerza.

Detrás de él, Thorak había palidecido hasta parecer un fantasma, y pude ver en sus ojos que no creía ni una palabra. Por un momento terrible, nuestras miradas se encontraron como espadas cruzadas.

«No», rogué silenciosamente. «No lo entiendas. No veas a través de esta farsa. No intentes salvarme o los matará a todos».

—Los dragones… —Siguió Aeran.

—Son míos. —Esta traición era la peor de todas, porque los dragones eran sagrados, puros, el último vínculo incorruptible que nos unía. El collar en mi cuello pareció apretarse mientras las palabras salían como veneno de mis labios—. Y harán lo que yo ordene. Lo que Soren ordene a través de mí. —Me incliné ligeramente hacia él, bajando la voz hasta que fue apenas un susurro helado—. Estros me obedecerá porque yo se lo ordenaré. Porque cada dragón que me eligió ahora servirá a un nuevo amo.

El horror en su rostro era casi insoportable, como si hubiera enterrado una daga directamente en su corazón. Cada expresión de dolor era un reflejo del mío propio, cada lágrima no derramada un eco de mi propia agonía. Este era el golpe final, la traición definitiva. Porque él, mejor que nadie, sabía lo sagrado que era el vínculo con los dragones, lo profundo que llegaba este sacrilegio.

—No eras nada —susurré con crueldad, la mentira más grande que jamás había pronunciado quemaba mi garganta—. Solo un paso necesario en mi camino. Un rey tan desesperado por amor que ni siquiera cuestionó por qué una don nadie del bosque podría interesarse en él. —«Un hombre tan maravilloso que me enseñó lo que era el amor verdadero, tan perfecto que me hiciste creer en los cuentos de hadas»—. Tan patético en tu soledad que creíste cada mentira.

Aeran se tambaleó como si cada palabra fuera un golpe físico, como si estuviera desangrándose frente a mis ojos. Las lágrimas corrían libremente por su rostro, y cada una era una puñalada en mi corazón, un reflejo de las que yo no podía, no debía derramar. El odio y el amor luchaban dentro de mí como bestias salvajes, desgarrándome desde dentro, mientras intentaba mantener esta máscara de crueldad que nos mantendría a todos con vida.

Si él decidía no creerme, si decidía luchar… todos morirían aquí mismo.

—¿Todo fue mentira? —preguntó con voz rota, y en ese momento sonaba tan joven, tan vulnerable, que casi rompió mi valor —. ¿Cada momento? ¿Cada promesa?

Mi corazón se contrajo dolorosamente, amenazando con detenerse por completo. «No», gritó cada fibra de mi ser, cada latido, cada aliento. «Cada momento fue real. Cada promesa era verdadera. Cada latido era tuyo, siempre tuyo, eternamente tuyo».

—Todo —respondí, y esta vez no tuve que fingir el hielo en mi voz, porque el odio había congelado todo lo demás, era la única forma de sobrevivir a este momento sin romperme por completo—. Cada caricia, cada beso, cada momento que creíste especial… todo fue parte del plan.

Las palabras salían como dagas heladas, cada una diseñada para cortar los lazos que nos unían. Pero por dentro, los recuerdos me ahogaban: sus manos curando mis heridas, sus labios, la forma en que me miraba como si fuera la cosa más preciosa del mundo.

—Y ahora… —Giré mi rostro hacia Soren, forzando cada músculo de mi cara a formar una expresión de adoración que me hacía querer vomitar. El olor de su perfume me llegaba incluso a esta distancia, revolviendo mi estómago con memorias de noches interminables de horror—. Ahora finalmente estoy donde siempre quise estar. Con el hombre que siempre amé.

«En el infierno», gritó mi alma. «En una prisión construida con el amor que te tengo a ti y a los niños».

La marca de la Alisma en mi pecho ardió. ¿Podía él sentirlo también? ¿Podía sentir cómo nuestro vínculo se retorcía y sangraba con cada palabra envenenada?

Vi cómo mi traición lo consumía, cómo cada mentira cuidadosamente construida se clavaba en su corazón como flechas envenenadas. Sus ojos, esos ojos que una vez me miraron con tanto amor, ahora se oscurecían con algo que se parecía peligrosamente al odio.

Y mientras lo veía romperse frente a mí, mientras observaba cómo el amor en su mirada se transformaba en algo más oscuro,

más frío, me pregunté si algún día podría perdonarme. Si algún día entendería que cada palabra cruel, cada gesto de desprecio, nacía del mismo amor que intentaba negar. El mismo amor que me obligaba a destrozarlo para salvarlo.

Pero ese día no podía ser hoy. Hoy tenía que ser la villana de esta historia, la traidora que destrozó no solo su corazón sino también su confianza. El monstruo que él necesitaba creer que era para alejarse, para nunca intentar un rescate que solo traería más muerte y dolor. Aunque eso significara convertir nuestro amor en cenizas, aunque eso significara destruir todo lo que éramos, todo lo que podríamos haber sido.

Fue entonces cuando lo vi y el mundo pareció detenerse. Cleon estaba entre la guardia real, y algo dentro de mí se rompió con tanta violencia que apenas pude mantenerme en pie. Su uniforme nuevo y reluciente parecía una burla cruel, un disfraz que no lograba ocultar al niño que aún era. Aquel uniforme le quedaba grande en los hombros, y sus manos —dioses, sus manos— seguían siendo las de un chiquillo. Las mismas manos que apenas sabían sujetar correctamente la espada durante las prácticas.

Thorak me había asegurado de que no estaba preparado. Apenas días antes de mi caída al río, el capitán me había confesado que Cleon seguía luchando como un niño impulsivo, que perdía el equilibrio con facilidad, que se distraía observando pájaros en pleno combate. ¿Cómo podían haberlo aceptado en la guardia? ¿Cómo podían haberlo traído aquí, a esta trampa mortal?

—¿Por qué lo has traído? —dije de golpe. El aire helado quemaba mis pulmones mientras la desesperación se apoderaba de mí—. ¡Tiene quince años, por todos los dioses! ¡Quince!

—Dieciséis —corrigió Aeran, y ese detalle, esa simple corrección paternal, fue como una puñalada directa a mi corazón. El orgullo en su voz al mencionar la edad de su hermano solo hacía todo más doloroso—. Cumplió dieciséis hace dos lunas.

Me había perdido su cumpleaños. No había estado allí para entregarle el regalo que había preparado semanas antes: un

ungüento especial para curar rozaduras que le causaba la empuñadura de la espada en sus manos aún demasiado blandas. No había estado allí para ver cómo soplaba las velas, cómo sus hermanos le abrazaban, cómo Aeran le revolvía el pelo con ese orgullo que siempre mostraba…

La rabia explotó en mi pecho, mezclándose con el terror y el amor de una forma que amenazaba con destruirme. No era solo dolor lo que sentía, era una furia salvaje, primordial.

—¿Te has vuelto completamente loco? —rugí, y esta vez la furia era real, cruda, devastadora—. ¿Dieciséis? ¿Y eso lo hace mejor? ¿Lo hace lo suficientemente mayor para morir en una batalla que no le corresponde?

Miré a Cleon directamente, incapaz de contenerme. «No estás preparado», quería gritarle. «No sabes cómo Ventara ha traicionado a tu hermano, no sabes cuántos arqueros se esconden tras esos acantilados, esperando el momento».

—¡No sabe combatir en la nieve! ¡Thorak me lo dijo, siempre pierde el equilibrio! ¡Aún sostiene mal la espada! —Las palabras brotaban imparables, revelando conocimientos que solo alguien cercano a él podría tener—. ¡Por todos los dioses, apenas puede estar concentrado cinco minutos en un combate!

Vi cómo Aeran retrocedía, sorprendido por la violencia de mi reacción y la precisión de mis palabras. El crujido de sus botas sobre la nieve parecía marcar cada segundo de duda que cruzaba su rostro. Algo parpadeó en sus ojos, una pregunta silenciosa que amenazaba con destruir toda la farsa que había construido tan cuidadosamente.

—¿Qué te importa su edad o su entrenamiento? —escupió—. ¿No éramos todos piezas en tu juego? ¿No acababas de decir que los manipulaste, que nunca te importaron?

—¡Es un niño! —grité, y mi voz se rompió en un sollozo que ninguna actuación podría fingir. El sonido pareció rasgar el aire helado, haciendo que varios guardias se estremecieran—. ¡Un niño!

—¡Última advertencia! —Soren comenzaba a avanzar hacia nosotros, sus botas crujiendo sobre la nieve con un ritmo amenazante—. ¡Recuerda tu lugar! ¡Recuerda lo que hablamos!

Sabía exactamente a qué se refería: a las amenazas sobre los niños, a las descripciones gráficas de lo que les haría si yo fallaba. Pero ver a Cleon allí, expuesto a un peligro del que no tenía ni idea, había hecho que algo primordial se rompiera dentro de mí.

—¡Un niño que debería estar en el castillo, protegiendo a sus hermanos, aprendiendo a ser un hombre! ¡No aquí! ¡No en esta masacre! ¡No escuchando estas… estas…!

—¡Se acabó! —Soren cada vez estaba más cerca—. ¡Guardias! ¡Preparad los arcos!

Me detuve al darme cuenta de lo que había hecho. Porque Cleon había estado allí todo el tiempo, cada músculo de su joven rostro tenso mientras escuchaba cada palabra cruel, cada confesión de traición. Había oído cómo admitía haber usado a sus hermanos, cómo me burlaba del amor que nos habíamos tenido.

—¡Un paso más y ordeno disparar! —amenazó Soren a los guardias de Dragio que comenzaban a moverse—. ¡Nefely! ¡Aquí! ¡Ahora!

Pero ya no podía detenerme. Ver a Cleon allí, con su uniforme demasiado nuevo, la espada demasiado pesada a su costado y sus ojos demasiado viejos, pudo conmigo

—¿Cómo pudiste? —Me giré hacia Aeran, las lágrimas corrían libremente por mi rostro congelándose antes de llegar a mi barbilla —. ¿Cómo te atreves a ponerlo en peligro así? ¿A exponerlo a esto? ¡Eres su hermano mayor! ¡Se supone que debes protegerlo, no arrastrarlo a una guerra! ¿Qué clase de rey… qué clase de hermano…?

—¿Y desde cuándo te importa? Hace un momento eras la amante feliz del príncipe de Gélidia, ¿y ahora finges preocuparte por mi familia?

—¡No hables de lo que no entiendes! —Miré brevemente hacia los acantilados, consciente de cuántos ojos nos observaban, cuántas

flechas apuntaban hacia ellos, dispuestas a volar a una señal.

—¿Qué no entiendo? —Dio un paso hacia mí con rabia—. ¿La forma en que nos traicionaste? ¿O cómo fingiste amar a unos niños solo para…?

—¡He dicho aquí! —Soren estaba a punto de alcanzarme—. ¡No me hagas repetirlo!

—¡No te atrevas a acercarte a ella! —rugió Aeran, pero había algo más en su voz ahora, una duda que crecía con cada palabra mía—. ¡No finjas que te importa! ¡No cuando acabas de admitir que todo fue una mentira!

—¡Última oportunidad, Nefely! —gritó rabioso, Soren—. ¡Arqueros, apuntad a los guardias de Dragio!

—¿Una mentira? —Mi risa sonó histérica—. ¿Eso es lo que crees? ¿Que fue tan simple como eso?

—¿Qué más podría ser? —respondió Aeran—. Me dijiste que todo fue un engaño, que cada momento…

—¡Un niño! —sollocé, interrumpiéndolo—. ¡Hasta hacía poco seguía entrenando aún con la espada de madera! ¿Cómo pudiste traerlo aquí? ¿No era suficiente destruirnos a nosotros? ¿Tenías que arriesgar también su vida? ¿Tenías que hacerlo escuchar todo esto?

—¡Dispararé! —rugió Soren—. ¡Juro que lo haré!

Vi el odio floreciendo en los ojos de Cleon. Y ese odio… ese odio era peor que cualquier tortura que Soren pudiera infligirme. Porque significaba que había logrado mi objetivo: hacerles creer que nunca los había amado. Y aunque eso los mantuviera a salvo de la emboscada que Ventara y Gélidia habían preparado tan meticulosamente, también significaba que había perdido para siempre su confianza, su afecto, todo lo que habíamos construido juntos.

—Todo este tiempo… —susurró Cleon, y su voz ya no era la del niño que conocí, sino la de un hombre traicionado—. Cada historia que nos contaste, cada momento juntos… cada vez que me ayudaste con la espada, que me curaste las heridas del entrenamiento… ¿Todo fue mentira?

Me veía de nuevo arrodillada frente a él en el patio de armas, aplicando un ungüento sobre sus palmas ampolladas después de horas sosteniendo mal la espada. «Todavía no estás preparado», le había dicho mientras vendaba cuidadosamente sus manos. «Cuando vuelvas a sangrar así, vendré corriendo. No importa a qué hora sea». Y ahora estaba aquí, en una explanada rodeada de enemigos ocultos, con un uniforme que no merecía y un corazón roto por mi culpa.

—¡A mi señal! —gritó Soren a sus arqueros. El sonido de decenas de cuerdas tensándose fue como un coro macabro, un eco de la sentencia que yo misma estaba dictando.

—Cleon… —Su nombre fue una plegaria rota en mis labios. Quería decirle tanto, explicarle que cada momento había sido real, que cada curación, cada historia, cada abrazo había nacido de un amor genuino. Que las noches en que me senté junto a su cama cuando tenía fiebre no eran una farsa, que cada consejo sobre cómo mantener firme la espada había venido del deseo sincero de protegerlo.

—Nos hiciste creer… —Aeran fue el que habló—. Les diste una madre solo para…

—¡No te atrevas! —grité—. ¡No te atrevas a hablar de eso!

Mi reacción fue visceral, impulsiva, nacida del recuerdo de Kieran llamándome «mamá» por primera vez mientras lo mecía tras una pesadilla. De Venya trenzando flores en mi cabello «como hacía con mamá». De Torin mostrándome orgulloso cada planta medicinal que había identificado correctamente, buscando mi aprobación.

—¿Por qué no? ¿Duele escuchar la verdad? ¿Duele recordar cómo los manipulaste, cómo nos usaste a todos?

—¡Les contaré todo! —gritó Cleon, y cada palabra era un puñal en mi corazón—. ¡Les diré la clase de monstruo que eres!

—¡Preparados! —La orden de Soren resonó a mi espalda.

—¡Kieran sabrá que su «mamá» era una mentira! —continuó Cleon—. ¡Avery entenderá que cada secreto compartido era solo

información para el enemigo! ¡Todos sabrán la verdad sobre el monstruo que fingió amarnos!

—¡Listos! —Soren estaba casi sobre nosotros ahora.

—¡Cállate! —Me giré hacia Soren con una furia que sorprendió a todos, incluso a mí misma. La marca de la Alisma ardió en mi pecho —. ¡Cállate de una maldita vez! ¡No te atrevas a amenazarlos!

Era a los arqueros ocultos a quienes realmente gritaba, a las tropas traidoras de Ventara posicionadas para matarlos.

—¿Cómo te atreves…? —comenzó Soren. Su mano se detuvo a medio camino de la señal que ordenaría el ataque, confundido por mi arrebato.

—¡No los uses contra mí! ¡No te atrevas a usar mi amor por ellos como un arma!

—¿Amor? —Aeran se rio—. ¿Ahora lo llamas amor?

—¡Es suficiente! —Soren llegó a mi lado, sus dedos se clavaron en mi brazo con fuerza brutal mientras me arrastraba hacia él. El olor de su perfume me revolvió el estómago, trayendo recuerdos de noches que mi mente intentaba bloquear—. ¡Arqueros, mantened la posición! ¡Un solo movimiento y convertiré este lugar en un campo de tiro!

—Nefely… —La voz de Aeran sonaba extraña, como si algo en mi reacción hubiera despertado una duda que no podía permitirme alimentar.

Y mientras Soren me arrastraba lejos, mientras veía a mi familia romperse por mis mentiras, una parte de mí se preguntó si había algo peor que conseguir exactamente lo que pretendías. Porque los había salvado, sí. Los había protegido de Soren y sus amenazas. Pero el precio… el precio era verlos mirarme como al monstruo que había fingido ser.

22

Consecuencias

Nefely

Vi el cambio en sus ojos antes de que sucediera. El dolor y la confusión se transformaron en algo más oscuro, más peligroso. La mirada de Aeran se endureció hasta convertirse en fuego puro, y reconocí esa expresión: era la misma que tenía antes de tomar una decisión irreversible, cuando el rey sepultaba al hombre bajo capas de rabia y venganza.

—Esto lo has buscado tú. —Su voz sonó calmada, como el aire antes de una tormenta, y ese tono me aterrorizó más que cualquier grito. Era la voz del rey, no del hombre que me había amado, no del hermano que sus hermanos necesitaban—. Gélidia pagará las consecuencias de tu traición.

Miré desesperadamente hacia los acantilados de hielo.

—Aeran… —susurré su nombre como una plegaria, como lo hacía en las noches cuando despertaba de sus pesadillas, cuando el peso de la corona amenazaba con aplastarlo. «Mírame», rogué en silencio, mis ojos fijos en los suyos. «Mírame como antes, cuando podías ver a través de mis mentiras, cuando entendías que cada gesto de amor era real».

—¿Qué sucede, mi amor? —se burló con una sonrisa cruel que no le pertenecía, que nunca debería estar en ese rostro que conocía tan bien, que había memorizado bajo la luz de mil amaneceres—. ¿No querías esto? ¿No era este tu plan desde el principio?

«No», grité por dentro, la verdad quemando mi garganta. «Mi plan era manteneros a salvo, aunque me costara el alma. Aunque tuviera que convertirme en el monstruo que crees que soy».

La nieve crujía bajo mis pies mientras corría hacia Aeran desobedeciendo a Soren. Si decidía atacar ahora, si ordenaba a Draluz que lanzara su fuego sobre Soren o el Rey Thorian… Ventara revelaría su traición y las flechas lloverían desde todas direcciones. No habría escapatoria. Todos morirían, incluso Cleon, que no debería estar aquí, que no estaba preparado para esta emboscada mortal.

Lo había visto así antes, durante la guerra anterior, y las imágenes me perseguían como fantasmas: la forma en que la furia lo consumía hasta no dejar nada del hombre gentil que era, del hermano que velaba el sueño de los pequeños, del rey que ponía a su gente por encima de todo. El rey que quiso encerrarme.

—¡No! —grité—. ¡No lo hagas! ¡No te conviertas en esto!

—¡Nefely! —rugió Soren detrás de mí, y el sonido de sus pasos acercándose era como tambores de guerra—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Pero ya no podía obedecer, no cuando el costo sería el alma del hombre que amaba. El frío me calaba hasta los huesos mientras corría, pero apenas lo sentía comparado con el terror que me consumía. Aeran ya había alcanzado a Draluz, sus movimientos contenían esa fluidez letal que precedía al desastre.

—Por favor —supliqué, olvidando todo orgullo, toda pretensión. El vapor de mi aliento se congelaba en el aire mientras las lágrimas trazaban caminos helados por mis mejillas—. No hagas esto. Habrá consecuencias, siempre hay consecuencias… —«Estáis rodeados», quería gritar. «No es una simple escolta diplomática, es una emboscada. Ventara os ha traicionado».

Se detuvo un momento, su mano en las escamas plateadas de Draluz y me miró por encima del hombro. La frialdad en sus ojos me heló la sangre más que cualquier viento del norte. La dragona se agitó inquieta, sus alas estaban extendidas proyectando sombras amenazantes sobre la nieve.

—¿Consecuencias? —Soltó una risa que me recordó al sonido del hielo al romperse—. ¿Como las que sufriste tú en su cama? —Sus palabras eran puñales, pero no de la forma que él creía. Cada una me recordaba las noches de horror, las manos crueles, los gritos ahogados contra las almohadas—. ¿Como las que sufrirán mis hermanos cuando sepan la verdad?

—Aeran… —Di otro paso hacia él, ignorando los gritos cada vez más frenéticos de Soren, ignorando el sonido de espadas siendo desenvainadas a mi espalda. El tintineo metálico de los arqueros tensando sus arcos se mezclaba con el viento, tan claro para mí como si los viera. «Si supieras la verdad», grité en silencio mientras la marca en mi pecho ardía con cada latido. «Si supieras que cada noche es una tortura, que cada momento lejos de vosotros me mata un poco más. Que incluso ahora estoy intentando salvarte de una muerte segura»—. Te lo suplico…

—Es tarde para súplicas —declaró, montando a Draluz—. Demasiado tarde.

Me lancé frente a Draluz con los brazos extendidos, un gesto que parecería teatral si no fuera porque estaba dispuesta a morir allí mismo si eso evitaba que se destruyera. Si ordenaba atacar ahora, la señal que los arqueros esperaban se daría instantáneamente. Los gritos de la guardia de Gélidia resonaban a mi espalda, el tintineo del metal me recordaba que un solo movimiento en falso podría desatar el infierno. El terror me ahogaba al imaginar lo que pasaría si disparaban, si una sola flecha alcanzaba a Aeran…

—Por favor —supliqué con mis ojos fijos en los suyos, intentando transmitir todo lo que no podía decir en voz alta—. Por favor, vuelve a casa. Vuelve con los niños. Te necesitan más que nunca. —«Te necesitan vivo», grité en silencio, «te necesitan entero, no

consumido por esta venganza que te destruirá tanto como a ellos. No puedes ganar esta batalla, Aeran. Es una trampa. No sabes cuántos te esperan, escondidos, listos para atacar».

Su risa fue dolorosa, y Draluz se agitó bajo él, sintiendo su furia. Me pregunté si la dragona podía sentir también mi desesperación, si entendía que estaba intentando salvar a su jinete de sí mismo.

—¿Casa? —escupió la palabra como veneno—. No te atrevas a llamarlo así. Esa nunca fue tu casa, ¿verdad? Solo era otro escenario para tu actuación. Un teatro donde interpretaste el papel de la perfecta Alisma, de la madre amorosa, de la mujer que creí… Todo eran mentiras.

«Era mi casa», grité por dentro. «Era el único hogar verdadero que he conocido. Era donde por fin pertenecía, donde los niños corrían a mis brazos sin miedo, donde tus besos sabían a promesas que creí que podríamos cumplir».

—Aeran, escúchame… —supliqué. «Como solías hacerlo antes, cuando podías ver a través de mis silencios, cuando una sola mirada bastaba para entendernos».

—¿Escucharte? ¿Como te escuché cuando jurabas amor eterno? ¿Como te escuché cuando prometías nunca abandonarnos? ¿O prefieres que te escuche como escuchaba tus gemidos de placer en mi cama mientras planeabas traicionarnos?

Me mantuve firme. La nieve crujía bajo mis pies mientras luchaba por no retroceder, por no mostrar cómo cada acusación desgarraba mi alma. No podía dejar que hiciera esto, que iniciara una masacre que solo traería más dolor. No podía permitir que la oscuridad que tanto había temido lo consumiera y lo llevara a él y a los suyos a una masacre segura.

—Los niños te necesitan entero —intenté nuevamente, poniendo en esas palabras todo el amor que no podía expresar, toda la desesperación que me consumía—. No dejes que la rabia te consuma, no… —«No como me está consumiendo a mí, no como el odio devora mi alma cada noche que paso en esa cama que es mi prisión».

Vi por el rabillo del ojo cómo los capitanes de Gélidia intercambiaban señales con alguien oculto entre las rocas.

—¡No te atrevas a mencionarlos! —rugió, y Draluz rugió con él—. ¡No te atrevas a fingir que te importan! ¿Sabes lo que es ver a Kieran llevando comida a una torre vacía cada noche?

«Sí», lloré por dentro, mientras el collar en mi cuello parecía apretarse con cada latido, «sí lo sé, porque cada noche ruego que deje de hacerlo, porque cada bocado que desperdicia es como un puñal en mi corazón».

—¿Ver a Avery llorando sobre los libros de plantas que compartías con ella? ¿Ver cómo Venya…? —Draluz emitió un sonido suave, casi un lamento, como si el dolor de su jinete fuera demasiado para soportar—. No. No tienes derecho a hablar de ellos. No después de esto.

«Los amo tanto que me estoy destruyendo por mantenerlos a salvo», quise gritar mientras la marca de la Alisma ardía en mi pecho. «Los amo tanto que prefiero que me odien a verlos sufrir lo que yo sufro cada noche, a que conozcan el terror que me consume cuando escucho pasos en el pasillo».

El tintineo de las armas se intensificó. Las órdenes susurradas corrían por las filas de soldados escondidos. La emboscada estaba lista, perfectamente calculada. Si intentaba «recuperarme por la fuerza», como Soren me había dicho que amenazó en el consejo, o si decidía iniciar la guerra que tanto deseaba, sería su muerte y la de todos los que le habían acompañado hasta aquí.

Pero no podía decir nada de eso. Solo podía mantenerme firme, ser el monstruo que necesitaban que fuera para mantenerse lejos, para estar a salvo. La nieve caía más densamente ahora, como si el mundo mismo quisiera ocultar esta escena de traición necesaria.

Aunque eso significara ver al hombre que amaba convertirse en alguien que no reconocía, en la sombra del rey que tanto había temido que fuera. Aunque eso significara destruir todo lo que éramos para salvar lo que más importaba.

—Si haces esto, si desatas esta masacre… no habrá vuelta atrás —susurré, y las palabras tenían un doble filo que él no podía comprender. No se trataba solo de la guerra entre reinos, sino de la trampa mortal que lo rodeaba, invisible para él, pero dolorosamente evidente para mí. La verdadera masacre ocurriría aquí mismo, hoy, si no lograba hacerlo retroceder. Y la otra, la que ocurría cada noche en mi alma, cada vez que Soren…—. Por favor, Aeran. Por ellos. No les hagas esto.

«Por ti», grité en silencio mientras el viento helado se llevaba las lágrimas que no podía permitirme derramar. «Porque si supieras la verdad, si vieras lo que me hacen cada noche, te convertirías en el monstruo que tanto temes ser, y no podría soportar ver esa luz en tus ojos apagarse por mi culpa. Pero más que eso, morirías aquí mismo, sin saber nunca que te rodeaban por todas partes».

—¿Hacerles qué? ¿Mostrarles que su rey puede protegerlos? ¿Que hay consecuencias para quienes nos traicionan? ¿O te preocupa que lastime a tu amado príncipe?

¿Amado príncipe? Si supiera cómo temblaba cada vez que escuchaba sus pasos, cómo las náuseas me consumían cada vez que sus manos… Tenía que hacerlo. Por ellos. Por él. Aunque eso significara verlo partir odiándome, aunque eso significara que la última imagen que tendría de sus ojos sería esta: llenos de un odio que preferiría mil veces a la destrucción que vería en ellos si conociera la verdad.

—Me preocupa el hombre que eres —respondí—. El rey que eres. El hermano que ellos necesitan. —«El hombre que me enseñó que el amor podía ser gentil, aunque ahora esa gentileza sea solo un recuerdo que me atormenta»—. Si haces esto…

—El hombre que era murió cuando te vio en brazos de otro. El rey que era se ahogó en ese río contigo. Y el hermano… El hermano que necesitan sabrá protegerlos de traidoras como tú.

Draluz se agitó bajo el cielo gris. A mi espalda, las órdenes de Soren cortaban el aire como latigazos.

—Te lo suplico —avancé un paso más, adoptando instintivamente la postura de sumisión que había aprendido durante mi cautiverio—. No por mí. No merezco nada de ti. —«Porque cada noche me convierto en algo menos humano, una sombra de quien fui»—. Pero por ellos, por tu reino, por todo lo que eres… no hagas esto.

Los arcos tensándose eran como latidos siniestros en el aire helado. Un solo error, un momento de duda, y todo por lo que había sufrido se desvanecería. La masacre comenzaría con una sola palabra suya, con un solo movimiento de Draluz que los arqueros ocultos interpretarían como ataque. Y entonces las flechas lloverían, primero sobre los guardias, luego sobre él…

Por un instante fugaz, algo parpadeó en sus ojos, un destello del hombre que había trazado mapas de amor en mi piel, que había jurado que nuestro amor sería más fuerte que cualquier guerra. Pero se desvaneció tan rápido como el calor de un sueño al despertar, dejando solo una frialdad que me heló el alma.

—Apártate —ordenó—. O te juro por todos los dioses que Draluz te atravesará como el obstáculo que eres.

—No me moveré —declaré, y por primera vez desde que el collar había aprisionado mi cuello, las palabras salieron de un lugar auténtico dentro de mí. No una actuación para Soren, no una mentira para protegerlos, sino una verdad nacida del amor que me consumía—. No puedo dejar que hagas esto. —«No puedo ver cómo la oscuridad devora tu luz».

—¿No me has oído? —gruñó—. Apártate o te convertirás en cenizas con el resto.

Pero mi corazón se negaba a creerlo.

Con un movimiento brusco que hizo que la nieve crujiera bajo sus botas, desmontó de Draluz y avanzó hacia mí. Sus manos agarraron mis brazos, presionando justo donde los dedos de Soren habían dejado su marca la noche anterior.

—¡Por favor! —supliqué, aferrándome a su capa mientras me sacaba del medio como si pudiera anclar allí todo lo que estábamos perdiendo—. ¡No hagas nada insensato! ¡Lo pagarás muy caro!

«Lo pagaré en mi carne», quise gritar. «En noches interminables donde el dolor será el precio de tu venganza. Pero tú lo pagarás con tu vida, aquí mismo».

Se detuvo, mirándome con una sonrisa que era como un espejo oscuro de la crueldad que había aprendido a temer en otros ojos.

—¿Es una amenaza? —preguntó con un sarcasmo—. ¿Temes por mí, Nefely?

—No —susurré, mientras las lágrimas congelaban mis pestañas —. Por mí.

Su risa fue como hielo rompiéndose, como mi corazón cada vez que tenía que mentir para mantenerlos a salvo.

—¿Por ti? —se burló—. ¿La amante del príncipe de Gélidia teme las consecuencias de sus actos?

Pero antes de que pudiera responder, un rugido atravesó el aire, tan poderoso que hizo vibrar el suelo bajo nuestros pies.

Mi corazón se detuvo al reconocerlo: Estros. El dragón atravesó las nubes como una herida sangrante en el cielo, sus escamas rosadas captaban la luz del amanecer y la devolvían teñida de furia. El aire mismo parecía arder a su paso.

Vi el horror en el rostro de Aeran cuando lo comprendió. Este no era el Estros que conocía, el dragón noble que había servido a su madre. Esta era una criatura de furia primordial, despertada por el dolor de su jinete.

—No… —La palabra escapó de mis labios como una plegaria desesperada—. ¡Estros, no!

Pero el dragón estaba más allá de súplicas o razón. Sus ojos ardían ahora con un fuego que prometía destrucción. El aire mismo parecía congelarse ante su presencia mientras descendía, cada batir de sus alas enormes creaba ondas de poder que hacían temblar la tierra.

Draluz respondió al desafío con un rugido que sacudió las montañas. Se elevó hacia el cielo como una flecha, su figura esbelta contrastaba con la masa imponente de Estros. Los dos dragones se enfrentaban en el aire, poder contra poder, leyenda contra leyenda.

El primer choque fue como ver colisionar dos fuerzas de la naturaleza. Las escamas rosadas de Estros brillaron cuando la embistió, mientras Draluz se retorcía. Garras y dientes destellaban en el aire como relámpagos de plata y rubí, cada impacto resonaba como si fueran truenos en el cielo.

Era una danza mortal de una belleza terrible: Estros, todo poder bruto y furia, contra la velocidad y precisión mortífera de Draluz. Donde uno atacaba con la fuerza de una avalancha, la otra respondía con fluidez.

La ironía era clara: estos dragones, unidos por un vínculo tan profundo, ahora se desgarraban mutuamente. Como Aeran y yo, su amor se había transformado en algo terrible y hermoso, un reflejo retorcido de lo que una vez fueron.

Sangre cayó del cielo como si fuera lluvia. No podía distinguir de quién era, quizás de ambos, pero Draluz iba perdiendo.

—¡Tienes que irte! —grité a Aeran—. ¡Por favor!

Pero él desenvainó su espada con un movimiento que conocía demasiado bien, el mismo que había practicado con Cleon tantas tardes en el patio de armas, cuando el mundo aún tenía sentido.

Arriba, Estros embistió a Draluz con una fuerza que hizo crujir el aire mismo. Las escamas plateadas de Draluz refulgieron como estrellas moribundas mientras esquivaba, pero no fue lo suficientemente rápida, Estros le desgarró un costado.

—¿Para qué? —susurró él—. ¿Para que puedas seguir destruyendo todo lo que amo?

—Te lo suplico. —Me acerqué a él, ignorando el filo de su espada como ignoraba el dolor de mis propias heridas cada día—. Vuelve a casa. Los niños… los niños te necesitan.

Un rugido ensordecedor sacudió el cielo, Draluz había logrado hundir sus colmillos en el ala de Estros. La sangre cayó sobre todos los presentes que parecían sorprendidos al ver la batalla.

—¡Deja de mencionarlos! —rugió Aeran—. ¡Deja de fingir que te importan!

—¡Nefely! —Soren me reclamaba una y otra vez—. ¡Ven aquí ahora mismo!

Sobre nosotros, los dragones se enzarzaron de forma mortal. Era como vernos a Aeran y a mí, reflejados en el cielo, dos seres destinados a amarse, destrozándose mutuamente.

Los dedos de Soren se clavaron en mi cintura. Me alzó sobre su hombro como si fuera una de sus posesiones, que es lo que era para él, después de todo. Un trofeo, un juguete, un arma contra el hombre que realmente amaba.

En un instante de desesperación o locura, hice algo que jamás me había atrevido antes: luché. Mi codo se estrelló contra su mandíbula con toda la fuerza que pude reunir, mientras mis piernas pateaban salvajemente buscando liberarse. El gruñido de sorpresa y dolor que soltó fue casi satisfactorio, pero el terror helado que siguió cuando me dejó caer me recordó el precio de la rebeldía.

Ignorando el dolor de la caída, me lancé hacia Aeran. Sabía lo que vendría después, conocía demasiado bien el castigo por desafiar a Soren, pero en ese momento solo importaba una cosa: mantener a Aeran con vida, sacarlo de esta trampa antes de que los arqueros recibieran la orden final.

—¡Ordena a Draluz que se retire! —grité, aferrándome a su capa con desesperación—. ¡No lo entiendes! ¡Estros no se detendrá! ¡La matará si es necesario!

Arriba, como para confirmar mis palabras, Estros lanzó un rugido que hizo temblar los cielos mismos. Aeran se aterró cuando Estros logró atrapar a Draluz en sus garras, sus colmillos estaban cerca del cuello de ella.

—¡Nefely! —Nunca lo había oído así, ni siquiera en sus momentos más crueles.

Los comandantes de Ventara ya no esperaban órdenes. La situación era demasiado caótica. Vi cómo algunos de sus hombres comenzaban a retroceder, abandonando sus posiciones. La emboscada perfecta se desmoronaba por momentos.

Pero no importaba. Nada importaba excepto salvar a Aeran de sí mismo.

—Por favor —supliqué, apoyando mis manos en su rostro—. No dejes que muera por mi culpa. No dejes que tu dragona pague el precio de nuestras mentiras.

Por un momento, creí que se daría cuenta. Alzó sus manos como si quisieran tocarme, pero se detuvieron a medio camino.

Las manos de Soren se cerraron alrededor de mi cintura nuevamente, esta vez con mucha más fuerza haciéndome gemir de dolor.

—Una más —susurró en mi oído—. Una desobediencia más, mi amor, y ordenaré que traigan la cabeza de Kieran antes del anochecer.

El terror me paralizó completamente. Ya no luché cuando me arrastró hacia atrás, mi cuerpo se volvió dócil por el miedo que solo él sabía inspirar.

—Aeran —logré susurrar una última vez—. Por favor… vete. Vive.

Soren me apretó con más fuerza, sus dedos se clavaron en mi carne. Pero no me importaba. Solo quería que Aeran entendiera, que se fuera antes de que esto terminara en tragedia.

Vi la batalla en sus ojos, el rey luchando contra el hombre, el deber contra el corazón. Arriba, Draluz rugió de dolor cuando los colmillos de Estros se hundieron en su ala y más nieve comenzó a caer entre nosotros.

—¡Draluz! —gritó Aeran.

—Última oportunidad —dijo Soren hacia Aeran—. Ordena la retirada, o verás morir a tu dragona. Mi Nefely puede ordenarle a Estros que la despedace aquí mismo. ¿No es así, amor?

—No… —susurré, pero sus uñas se hundieron más.

Un chillido desgarrador cortó el aire. Estros había atrapado el cuello de Draluz entre sus fauces. La dragona se retorcía desesperadamente, sus alas se batían con furia impotente mientras Estros apretaba más, implacable. Sus garras dejaban surcos

profundos en las escamas plateadas, arrancando fragmentos brillantes que caían sobre la nieve.

—¡Detenlo! —rugió Aeran, y por primera vez vi verdadero miedo en sus ojos. No era el miedo de un rey por su reino, ni siquiera el miedo de un hombre por su vida. Era el terror primitivo, desgarrador, de quien ve sufrir a un ser amado sin poder hacer nada—. ¡Haz que se detenga!

Mi corazón se partió ante su sufrimiento. Sabía lo que Draluz significaba para él, el vínculo que compartían desde que era apenas un niño. La dragona no era solo una montura o un arma; era su compañera, su confidente silenciosa, una extensión de su propia alma. Verla sangrar, verla sufrir, era como si estuvieran desgarrando una parte de él mismo.

—Ordénale a Draluz que se retire. —Mi voz temblaba mientras las lágrimas corrían libremente por mis mejillas—. Por favor, Aeran. No dejes que esto termine así.

Arriba, Estros apretaba más sus fauces, y la sangre de Draluz brillaba al caer. La dragona emitió un sonido que nunca había escuchado antes, algo entre un gemido y un rugido apagado. Sus ojos empezaban a perder el brillo fiero que siempre los había caracterizado.

Nuestras miradas se encontraron una última vez, y en ese instante todo el odio, toda la rabia, se desvaneció de los ojos de Aeran.

—¡Draluz! —Su voz sonaba rota, derrotada. Era apenas un susurro, pero contenía el peso del mundo—. Retírate.

La dragona plateada soltó un último rugido de frustración antes de liberarse del agarre de Estros. Sus alas, aunque sangrantes, la llevaron lejos del campo de batalla, cada batido dejaba un rastro de sangre en el aire. Estros la observaba partir con ojos ardientes, su enorme cuerpo se cernía amenazante sobre nosotros, listo para atacar de nuevo si Aeran hacía el menor gesto de resistencia.

—Sabia decisión —ronroneó Soren—. Ahora márchate, Rey de Dragio. Vuelve a tu castillo vacío, a tus herederos huérfanos… y

recuerda quién tiene el verdadero poder aquí.

Los soldados de Aeran recogían los restos de su dignidad, preparándose para la retirada. La trampa ya no era necesaria; la humillación había sido completa sin derramar más sangre que la de los dragones.

La última imagen que tuve de Aeran fue su figura solitaria contra el amanecer sangriento, su espada bajada en señal de derrota. Y supe, con una certeza que me destrozó lo poco que quedaba de mi corazón, que esta victoria de Soren tendría consecuencias más allá de lo imaginable.

Porque había logrado lo que parecía imposible: hacer que el Rey de Dragio se retirara sin luchar. Y el precio de esa humillación sería pagado no solo por mí, sino por todos los que amaba.



El frío de la silla de hierro mordía mi piel a través del vestido empapado en sangre y sudor. Los grilletes se hundían tan profundo en mis muñecas y tobillos que podía sentir el metal rozando hueso. La habitación apestaba a muerte y magia, un hedor que se mezclaba con el humo violáceo de las velas negras que formaban un círculo perfecto a mi alrededor.

El brujo se deslizaba como una sombra, sus movimientos eran demasiado rápidos para ser naturales.

—Los recuerdos más profundos son como raíces enterradas en la mente. Y cuando las arrancamos…

Sus dedos hundieron en el líquido y después los clavó en mis sienes. El dolor fue instantáneo y demoledor. Mi grito resonó contra las paredes de piedra.

—¡El nido! —rugió Soren—. ¡Muéstrame dónde están los malditos huevos!

El brujo clavó sus dedos más profundamente y sentí como si garras de hielo me desgarraran desde el interior. Las imágenes comenzaron a parpadear violentamente:

La cúpula… Los dragones adultos protegiendo algo… Pero entonces…

—No —gruñí, resistiéndome a la invasión—. No verás… no te dejaré…

Otro recuerdo estalló tras mis ojos: Aeran besándome bajo las estrellas. El brujo siseó con frustración.

—¡Maldita sea, está bloqueándome! —Sus uñas se hundieron en mi piel hasta hacer brotar sangre—. ¡Necesito más poder!

Soren atravesó la habitación en dos zancadas, su mano se cerró alrededor de mi garganta.

—¡Deja de resistirte! —rugió—. ¡Dime dónde están o te juro que haré que Kieran vea mientras mis hombres destrozan a Avery!

El brujo aprovechó mi momento de dolor para hundir sus dedos más profundamente. El dolor se multiplicó hasta volverse insoportable, como si estuvieran arrancando mis recuerdos. Mis gritos se convirtieron en algo irreconocible mientras las imágenes se mezclaban caóticamente:

Kieran acurrucado contra mí después de una pesadilla… Avery tocando el arpa, su música ahogando los sollozos de sus hermanos… La marca de la Alisma ardiendo en el hombro de Aeran… Un destello de los huevos, pero no su ubicación exacta…

—¡Más fuerte! ¡Destrózale la mente si es necesario! ¡Quiero esos secretos!

El brujo comenzó a canturrear. El dolor se intensificó hasta que sentí que mi cabeza iba a partirse en dos. La sangre no solo manaba de mi nariz ahora, también brotaba de mis ojos y oídos.

Los recuerdos eran arrancados violentamente, dejando rastros de agonía en su despertar:

Los puntos débiles en las defensas del castillo… Los pasadizos secretos que solo la familia real conocía… Cada momento íntimo con Aeran, profanado por esta invasión brutal… Las rutinas de los guardias, los horarios de los cambios de turno…

—Suficiente —jadeó el brujo, sangre negra goteaba de su nariz —. Un poco más y la mataremos.

—¡No me importa! —Soren me agarró del pelo, forzándome a mirarlo—. ¡Dímelo! ¡Dime dónde están los malditos huevos!

El brujo retrocedió tambaleante, sus ojos negros mostraban por primera vez algo que se parecía al miedo.

—No… no puedo seguir. Hay algo en ella, algo que combate mi magia. Si continúo, podría…

—¡No me importan tus excusas! —Soren lo agarró por el cuello de su túnica—. ¡Sigue buscando!

—No lo entendéis. —El brujo se liberó con un movimiento brusco, manteniendo la distancia entre él y yo—. Es una criatura natural. Mi magia es… corrupta, oscura. Somos opuestos naturales. Si sigo presionando, ella podría…

—¿Criatura? —Soren me miró—. ¿De qué demonios hablas? Es una Alisma, nada más.

El brujo soltó una risa amarga mientras se limpiaba la sangre negra que seguía manando de su nariz.

—¿Una Alisma? No. Las Alisma son solo humanas marcadas por un destino particular. La mayoría ni siquiera tienen poder alguno. Lo que ella es… es algo más antiguo. Algo que existía antes que la magia misma.

—Explícate —ordenó Soren.

—No tienen nombre. —El brujo se movió nerviosamente, manteniendo siempre un ojo en mí—. Son criaturas escurridizas, tan parte de la naturaleza que es casi imposible estudiarlas. Y son inmunes a la magia oscura. De hecho —Se tocó la nariz sangrante—, pueden devolverla contra quien la usa.

Un silencio cayó sobre la habitación mientras Soren procesaba esta información. Podía sentir su furia creciendo, odiaba no tener el control total, odiaba los secretos que no podía comprender o dominar.

—Sus poderes —continuó el brujo—. La forma en que puede poseer momentáneamente a otros, cómo puede conectar con las criaturas mágicas…

—¿Y el collar? —Soren tiró de la cadena negra en mi cuello—. ¿Por qué funciona?

—Porque está hecho con materiales naturales corrompidos —explicó el brujo—. Es como encadenar la naturaleza con su opuesto. Pero incluso así —Señaló la grieta en la piedra—, está fallando. Su esencia es demasiado poderosa.

Los dedos de Soren se clavaron con más fuerza en mi cuello.

—¿Me estás diciendo que sus poderes no vienen del vínculo con el rey?

—El vínculo de la Alisma es incidental. —El brujo se alejó otro paso cuando vio algo en mis ojos que pareció asustarlo—. De hecho, me atrevería a decir que la marca la eligió precisamente por su naturaleza.

—Aun así —Soren sonrió con crueldad—, no ha podido evitar que la torture durante meses.

—Tened cuidado —advirtió el brujo.

El brujo dio otro paso atrás, pero sus ojos negros brillaban ahora con un interés casi científico.

—Aunque hay otra forma… —murmuró, más para sí mismo que para Soren—. El dolor prolongado, especialmente el que se inflige a sí misma… Las consume desde dentro. Como una planta privada de luz.

Soren se inclinó hacia adelante, intrigado.

—¿Qué quieres decir?

—Estas criaturas, cuando las obligas a actuar contra su naturaleza, cuando las fuerzas a dañar lo que aman… Se marchitan. Se apagan. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Ya está

sucediendo. ¿No lo veis? Cada vez que la obligáis a mentir a quienes ama, cada vez que la forzáis a usar sus dones para dañar… Se está destruyendo a sí misma.

Cada mentira a Aeran, cada vez que usaba mis poderes para espiar o dañar a Dragio… Era como arrancar un pedazo de mi alma.

—Fascinante. —Soren acarició mi mejilla con falsa ternura—. ¿Entonces podría usar sus propios poderes contra Dragio? ¿Hacerla destruir todo lo que ama?

—Si la presionáis lo suficiente. Podría poseer guardias para abrir puertas, usar dragones contra sus jinetes, envenenar mentes con pesadillas… Y cada acto la destruiría un poco más, hasta que no quede nada de lo que era.

Las lágrimas se mezclaron con la sangre en mi rostro. Porque sabía que tenía razón, ya podía sentirlo, ese vacío creciente donde antes había luz.

—Sin embargo —El brujo recogió sus instrumentos con manos temblorosas—, os aconsejo precaución. Incluso rotas, estas criaturas son impredecibles.

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo un momento:

—Una última advertencia. Si la rompéis completamente, si extinguís toda su luz… Lo que quede podría ser más terrible que cualquier oscuridad que hayáis conocido.

La puerta se cerró tras él, dejándome sola con Soren. Su sonrisa se ensanchó mientras sus dedos trazaban la línea de mi mandíbula.

—¿Has oído eso, mi amor? —susurró contra mi piel—. Y yo que pensaba que había terminado contigo… Parece que apenas estamos empezando.

Sus labios encontraron los míos en un beso brutal que sabía a sangre y lágrimas.

—Imagina las posibilidades —murmuró contra mi boca—. Todo ese poder, toda esa luz… Y yo seré quien te obligue a extinguirla. Quien te fuerce a destruir todo lo que amas, pedazo a pedazo, hasta que no quede nada de la criatura que eras.

Se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos, y vi en los suyos una crueldad que me heló hasta el alma.

—Vas a ayudarme a destruir Dragio desde dentro —declaró—. Usarás cada don, cada poder que posees, para desgarrar ese reino piedra a piedra. Y lo mejor… —Su sonrisa se volvió demoníaca—. Lo mejor es que cada acto te destruirá un poco más. Será como ver marchitarse una flor, pétalo a pétalo.

Sus dedos se cerraron alrededor de mi garganta, justo encima del collar.

—Y cuando no quede nada de ti —susurró—, cuando toda tu luz se haya extinguido… Entonces, mi amor, entonces serás verdaderamente mía.

Me besó nuevamente, bebiendo las lágrimas que no podía contener. Porque sabía que tenía razón, cada mentira, cada traición forzada, cada vez que usaba mis dones para dañar… Era como morir un poco más.

Las imágenes que el brujo había sembrado en mi mente durante la tortura volvieron como una avalancha, tan vívidas que tuve que morderme la lengua. Horas y días con mi cabeza inmovilizada, mis ojos forzados a permanecer abiertos mientras proyectaba visiones sobre mí: yo misma entrando en la habitación de Kieran en medio de la noche, mis manos cerrándose alrededor de su pequeño cuello mientras dormía; Avery suplicándome que me detuviera mientras yo ponía veneno en su copa; Venya llorando mientras yo arrastraba su cuerpo hacia las mazmorras.

El brujo me había mostrado estos horrores una y otra vez, distorsionando mi propia voz hasta que ya no sabía si los gritos que escuchaba eran míos o de los niños. Había creado recuerdos tan detallados que a veces despertaba convencida de que realmente había hecho esas cosas terribles. Me había obligado a ver a Aeran sangrando bajo mis propias manos mientras yo le arrancaba la vida.

Durante una de esas interminables sesiones, mientras sus dedos se hundían en mi cabello para mantener mi cabeza inmóvil, me había explicado por qué estas visiones eran tan efectivas: porque

una parte de mí temía que fuera verdad, que, en el fondo, fuera capaz de hacerles daño.

Me había mostrado también falsas escenas de rescate: Aeran irrumpiendo en la habitación, destrozando el collar de mi cuello, llevándome en brazos hacia la libertad… solo para transformarse en Soren en el último momento, riéndose de mi esperanza. Había visto a los niños correr hacia mí con los brazos abiertos, solo para que sus rostros se convirtieran en miedo al reconocerme.

Una y otra vez, hasta que ya no podía confiar en mis propios recuerdos, en mis propios sentidos.

Me había preguntado a mí misma una infinidad de veces durante esas noches interminables si el encuentro con Aeran en la explanada realmente había sucedido, o si había sido otra ilusión cruel. A veces me despertaba gritando, convencida de que había sido yo quien había herido a Draluz, quien había enviado a Estros a matarla. Otras veces creía que nunca había abandonado Dragio, que todo esto era una pesadilla interminable nacida de alguna enfermedad febril.

El brujo lo llamaba «reestructuración mental». Soren lo llamaba «limpieza». Yo lo llamaba por lo que era: la destrucción sistemática de mi cordura.

Mientras hacía símbolos ardientes sobre mi frente, el brujo había prometido que pronto no sabría dónde terminaba la mentira y dónde comenzaba la verdad. Y entonces sería perfecta: una herramienta sin voluntad propia, sin moral que la estorbara. Solo el instinto de obedecer y la necesidad de complacer.

Y mientras sentía mi llanto, esas falsas memorias se mezclaban con las verdaderas, envenenando cada recuerdo bonito, cada momento de felicidad. Era como si hubiera sembrado semillas de duda en el jardín de mi mente, y ahora crecían como maleza, estrangulando todo lo demás.

Una parte de mí había comenzado a creer que ellos me verían como él me veía. Que verían a un monstruo, a una criatura rota más allá de toda redención. Que quizás, después de todo lo que me habían hecho, después de todo lo que me habían obligado a hacer,

ya no merecía ser salvada. Que tal vez, todo lo que me habían mostrado no era una mentira sino una premonición de lo que me convertiría.

Las visiones del brujo me habían mostrado un futuro donde yo misma, bajo las órdenes de Soren, entraba en las mentes de los guardias de Dragio para que abrieran las puertas al enemigo. Me habían mostrado ordenando a Estros que quemara pueblos enteros, convirtiendo en cenizas hogares donde una vez había sido bienvenida como sanadora.

Y con cada visión, con cada pesadilla creada, sentía que algo dentro de mí se agrietaba un poco más. Esa luz que el brujo había mencionado, esa esencia que me definía como algo más que humana, se atenuaba con cada nuevo horror implantado en mi mente.

Lo peor era que me había llegado a sugerir que una parte de mí lo disfrutaría: el poder, la libertad de la oscuridad, la ausencia de culpa que viene cuando dejas de luchar. Eso era lo que más me aterraba: no que pudieran romperme por completo, sino que pudieran corromperme tanto que ya no quisiera ser reparada. Que la criatura en la que me estaba convirtiendo pudiera algún día mirar a Aeran, a los niños, con los mismos ojos vacíos con los que Soren me miraba a mí.

¿Era esto lo que el brujo había querido decir cuando advirtió sobre las consecuencias de extinguir toda mi luz? ¿Que lo que quedara podría ser algo más terrible que cualquier oscuridad?

La idea me heló hasta el alma. Porque en algún lugar, bajo todas estas capas de dolor y miedo, bajo las visiones falsas y las mentiras, seguía existiendo algún fragmento de quién había sido. Y ese fragmento estaba dispuesto a soportar cualquier tormento, cualquier humillación, cualquier horror, si eso significaba mantener a salvo a quienes amaba.

Incluso si eso significaba desaparecer completamente en el proceso.

Sus ojos parecían leer mis pensamientos, o quizás simplemente disfrutaba de la desesperación en los míos, pero en ese momento entendí que cada vez que usara mi poder para obedecer, cada vez que me obligara a dañar lo que amaba para protegerlo… estaría un paso más cerca de convertirme en lo que temía.

Y así, sin necesidad de más torturas físicas, sin más brujos ni pociones, la semilla de mi verdadera destrucción se había plantado: la idea de que, al final, yo misma me convertiría en el instrumento de la ruina de todo lo que había jurado proteger.

23

Odio mutuo

Aeran

Draluz se movía inquieta mientras le quitaba las escamas dañadas, cada una era como arrancar un pedazo de mi propio corazón. Sus rugidos de dolor resonaban en el patio vacío, mezclándose con los ecos de una batalla que no podía olvidar. La sangre seca había formado costras entre sus escamas plateadas. Estros, el dragón que una vez fue su compañero, la había atacado con una ferocidad que aún me helaba la sangre.

No podía sacarme las imágenes de la cabeza. El modo en que Estros había descendido del cielo como una tormenta de furia y fuego. La forma en que había atacado, como si algo más poderoso que su propio vínculo lo hubiera obligado. Y, sobre todo, la manera en que Nefely había destrozado cada promesa, cada momento compartido, con la misma precisión con que Estros había desgarrado las alas de Draluz.

Mi dragona soltó otro quejido desgarrador cuando mis dedos encontraron una escama particularmente dañada.

—Lo sé, lo siento —murmuré, mis manos temblaban mientras trabajaba—. Si no te las quito, se infectará. Perdóname, compañera.

Perdóname por no haberte protegido mejor.

Draluz agachó su cabeza majestuosa, dejándola caer sobre el prado con un suspiro que pareció nacer de lo más profundo de su ser. A través de nuestro vínculo, podía sentir su dolor, y no era solo físico. La traición de Estros la había herido más profundamente que cualquier garra o colmillo.

Seguía queriendo creer que todo era mentira, que en cualquier momento despertaría de esta pesadilla para encontrar a Nefely dormida a mi lado, su cabello negro esparcido sobre las almohadas como lo había estado tantas veces. Que sus palabras crueles, su confesión de traición, eran solo producto de un sueño febril. Pero el dolor era demasiado real, lo sentía en cada fibra de mi ser, en cada latido de mi corazón traicionado. No era un sueño, y ella no iba a volver.

Draluz emitió un sonido bajo, casi un sollozo, respondiendo a la agonía que emanaba de mí en oleadas.

—Lo siento —susurré con la voz rota—. Yo… creí que quería esto, Draluz. Creí que este era su hogar, que nos quería verdaderamente. —Mis manos se detuvieron sobre una escama particularmente maltrecha—. Estros te necesitaba, lo sé. Ese vínculo… no podía ser fingido. ¿O también eso era una mentira?

Apoyé mi cabeza contra su costado sano, inhalando el aroma familiar que siempre la acompañaba. No me permitiría llorar, no por ella, no por alguien que había convertido cada momento precioso en una mentira elaborada.

Cuando nos encontramos en aquella explanada helada, había estado dispuesto a reclamarla para juzgarla en Dragio, fuera culpable o inocente. Pero ahora… La idea de verla cada día, de someterla a un juicio donde tendría que escuchar nuevamente esas crueles revelaciones, donde tendría que mirar a los ojos a la mujer que había dormido en mis brazos mientras planeaba traicionarme… No. No tenía fuerzas para eso.

La humillación era demasiado profunda, y la herida, demasiado reciente. Si la hubiera traído aquí, habría sido imposible mantener la

compostura que se esperaba de un rey. Cada mirada, cada palabra, habría sido una tortura. Habría sido testigo de cómo mis hermanos se derrumbaban una y otra vez ante sus mentiras. Y quizás, lo más terrible, habría tenido que resistir la tentación constante de creer en cualquier excusa que ella inventara, porque una parte de mí seguía desesperada por encontrar alguna explicación que no destrozara todo lo que habíamos compartido.

No. No podía traerla. No porque la ley no lo permitiera, sino porque yo, el hombre detrás de la corona, no habría sobrevivido al proceso.

Draluz giró su cuello para rozar mi mejilla con su hocico, un gesto de consuelo que solo hizo que el nudo en mi garganta se apretara más. Porque incluso en su propio dolor, mi dragona intentaba aliviar el mío.

—¿Cómo pudo, Draluz? —susurré contra sus escamas—. ¿Cómo pudo usar algo tan sagrado como el vínculo con los dragones como parte de su engaño? ¿Cómo pudo mirarme a los ojos cada noche y jurar amor eterno mientras planeaba destruirnos?

Unos pasos rompieron el momento íntimo entre jinete y dragón. Me incorporé lentamente, sin apartar la mano de las escamas de Draluz, como si su contacto fuera lo único que me mantenía en pie.

—Majestad. —Era Thorak—. Los consejeros están reunidos en la sala del trono, como ordenasteis.

Asentí sin girarme, mis ojos fijos en una gota de sangre que se deslizaba entre las escamas plateadas de Draluz.

—Los sanadores se ocuparán de ella —continuó Thorak, dando un paso más cerca—. Y… del pequeño.

El dragón plateado de Nefely seguía tendido en el recinto de los sanadores con esa niebla oscura emanando de sus escamas.

—¿Han empeorado sus heridas? —pregunté, aunque la verdadera pregunta ardía en mi garganta: ¿está muriendo?

—El dragón… —Thorak dudó, eligiendo sus palabras con cuidado —. Los sanadores dicen que nunca han visto nada igual. La niebla se

ha vuelto más densa, y su temperatura sigue bajando. Es como si algo lo estuviera consumiendo desde dentro.

Me giré finalmente hacia mi capitán, y vi en sus ojos el reflejo de mi propio tormento.

—¿Y Draluz?

—Sus heridas son profundas, pero sanará —respondió—. Los sanadores dicen que Estros… Dicen que parecía estar conteniéndose, a pesar de todo.

Una risa amarga escapó de mis labios.

—¿Conteniéndose? —Señalé las heridas en el costado de mi dragona—. ¿A esto le llamas contenerse?

—Podría haberla matado. Todos lo vimos. Tenía su cuello entre sus fauces. Un movimiento y…

—Basta. Los sanadores se ocuparán de ambos. Y los consejeros…

—Esperan vuestro anuncio —completó—. Sobre la boda al amanecer.

La decisión ya estaba tomada: me casaría con Cellina al amanecer siguiente, sin ceremonia, sin celebración. Cada momento que perdíamos en rituales y protocolos era un momento que Gélidia podría aprovechar para atacar. Con Nefely de su lado, con su poder sobre los dragones…

—No podemos esperar —declaré, más para mí mismo que para Thorak—. Ventara debe estar de nuestro lado antes de que Gélidia decida usar su nueva arma.

Vi el dolor en el rostro de mi capitán ante la palabra «arma». Porque eso era ella ahora, ¿no? El arma que Gélidia usaría contra nosotros, contra todo lo que una vez juró proteger.

Si Nefely podía ordenar a Estros atacar a Draluz, ¿qué la detendría de ordenarle atacar el castillo? Un solo dragón adulto podía reducir a cenizas una aldea entera en cuestión de minutos. Y ella tenía poder sobre dos dragones, aunque uno de ellos todavía fuera demasiado pequeño.

Los informes de los exploradores eran claros: Gélidia estaba movilizando tropas hacia nuestras fronteras, más numerosas que nunca. Sin aliados, Dragio no resistiría un ataque de dragones y soldados. Por no hablar de que Nefely conocía cada pasadizo secreto, cada punto débil de nuestras defensas.

Aunque me destrozara por dentro, sabía que teníamos que sellar la alianza con Ventara de inmediato. Sus tropas, combinadas con las nuestras, podrían darnos una oportunidad de resistir. Y más importante aún, sus arqueros especializados eran los únicos con experiencia en derribar dragones, entrenados específicamente para esa tarea desde las antiguas guerras.

La idea de necesitar protección contra Estros —contra Nefely— era como un cuchillo retorciéndose en mis entrañas. Pero como rey, no podía permitir que mis sentimientos personales condenaran a un reino entero.

—Los niños…

—No estarán presentes. Nadie estará presente excepto los consejeros y los testigos necesarios. Esto no es una celebración, es una necesidad estratégica.

Draluz emitió un sonido bajo, casi un lamento, y mi fortaleza flaqueó. Porque ella, mejor que nadie, entendía lo que significaba esta decisión: el final definitivo de cualquier esperanza, la última esperanza de lo que Nefely y yo habíamos sido.

—Los sanadores se ocuparán bien de ellos, mi señor —insistió Thorak suavemente—. Deberíamos ir. Los consejeros esperan.

Asentí, permitiéndome un último momento junto a Draluz. Mis dedos rozaron sus escamas una vez más.

—Que cuiden también de Aliran —ordené mientras me alejaba—. A pesar de todo… a pesar de su jinete… no merece sufrir así.

Thorak asintió en silencio, y juntos nos dirigimos hacia la sala del trono.

Si Gélidia pensaba usar a Nefely como arma contra nosotros, necesitaríamos toda la ayuda posible. Y si para obtener esa ayuda debía sacrificar cualquier esperanza de amor verdadero… Bueno, ella

ya había demostrado que el amor no era más que otra arma para usar contra el enemigo.

Y yo ya no pensaba ser tan ingenuo como para creer en cuentos de hadas y promesas de amor eterno.



Me dejé caer en el trono. Un cansancio extraño se había apoderado de mí. Era como si cada latido de mi corazón requiriera un esfuerzo consciente.

Los consejeros permanecían de pie en un semicírculo frente al trono. Sabía lo que pensaban: por fin su rey había entrado en razón, por fin haría lo que debía hacerse.

—La decisión está tomada —anuncié—. La boda será al amanecer. Sin ceremonias, sin celebraciones.

—Una decisión sensata, mi señor —asintió Baldric, sus manos se retorcían nerviosamente frente a él—. La alianza con Ventara nos dará la fuerza que necesitamos.

—Sin embargo —intervino Zephyr, dando un paso adelante—, el Rey Aric podría ver esta premura como un insulto. Una boda real sin la celebración adecuada…

Una tos repentina me interrumpió antes de que pudiera responder. Era como si algo se hubiera alojado en mi garganta, algo frío y cortante. Levanté una mano para indicarles que continuaran mientras intentaba controlar los espasmos.

—El Rey Aric lo entenderá —logró decir Neval, aunque noté cierta inquietud en su mirada—. La situación requiere medidas extraordinarias, especialmente ahora.

La tos volvió con más fuerza, y esta vez trajo consigo una sensación de frío que se extendió por mi pecho. Algo estaba mal, muy mal. Era como si cada respiración fuera más difícil que la anterior.

—Los preparativos básicos ya están en marcha —continuó Qued —. La princesa Cellina ha sido informada y…

—La ceremonia será aquí en la sala del trono —dijo Thorak.

Otra oleada de tos me sacudió, esta vez tan violenta que me doblé sobre el trono. El frío en mi pecho se había convertido en algo pesado, como si fragmentos de hielo se estuvieran formando dentro de mí.

—¿Mi señor? —Thorak se acercó asustado—. ¿Necesitáis que llame a los sanadores?

Negué con la cabeza, pero eso solo empeoró el dolor. Algo estaba terriblemente mal, pero no podía permitir que esto interrumpiera los planes. No cuando cada momento de retraso nos hacía más vulnerables.

—La princesa aceptó —logré decir entre espasmos—. Comprende la necesidad de…

Las palabras murieron en mi garganta cuando una nueva oleada de frío me atravesó. Era diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado antes, como si algo estuviera intentando congelarme desde dentro.

—Majestad —Ezran dio un paso adelante—. Quizás deberíamos posponer esta discusión hasta que…

—No. No hay tiempo para… —Otra tos me interrumpió, y esta vez el frío fue tan intenso que sentí como si mi pecho estuviera lleno de cristales.

Los consejeros intercambiaron miradas preocupadas. Podía ver el miedo en sus ojos, la incertidumbre. Su rey, que debería estar mostrando fuerza, apenas podía mantenerse erguido en el trono.

—La boda será al amanecer —insistí—. Con o sin… —La tos me sacudió nuevamente—, con o sin la aprobación de Ventara.

—Pero mi señor —dijo Zephyr.

El resto de sus palabras se perdieron bajo una nueva oleada de tos. Esta vez, cuando aparté la mano de mi boca, vi algo que me heló la sangre más que cualquier frío: pequeños cristales de hielo, mezclados con gotas de sangre.

En lo profundo de mi ser, en ese lugar donde la marca de la Alisma palpitaba con un dolor sordo, sabía que esto tenía que ver con ella. Con lo que sea que estuviera sucediendo en Gélidia.

Pero no podía permitirme pensar en eso ahora. No cuando el futuro del reino dependía de mis siguientes acciones.

—La decisión está tomada —declaré, intentando que mi voz no traicionara el dolor que me consumía—. Al amanecer, me casaré con la princesa Cellina. Y que los dioses nos ayuden a todos si esto no es suficiente para…

Las palabras se perdieron en otra violenta oleada de tos, y esta vez, el frío que me atravesó fue tan intenso que por un momento temí que mi corazón se detendría. Porque algo me decía que este no era un simple malestar físico.

Era una advertencia. O quizás, un castigo.



El mundo volvió lentamente. Lo primero que sentí fue algo frío y húmedo contra mi frente, luego el peso de las mantas sobre mi

cuerpo que parecía arder y congelarse al mismo tiempo. El dolor era constante, como si cada hueso estuviera hecho de hielo quebradizo.

Abrí los ojos con esfuerzo, la luz de las velas era demasiado intensa, incluso en su suavidad. El maestre y Qued se inclinaban sobre mí, examinándome.

—Estoy bien —susurré—. Solo necesito…

—No estáis bien, mi señor —interrumpió el maestre—. Vuestra piel está helada, pero ardéis por dentro.

Intenté incorporarme, pero mi cuerpo parecía pesar demasiado. Me dolían los músculos, me dolía el pecho y parecía que iba creciendo cada vez más.

—La boda… —Logré articular—. Al amanecer…

—Mi señor. Hay algo que debéis saber. Algo que quizás explique lo que está sucediendo.

El consejero parecía luchar consigo mismo, como si las palabras que necesitaba decir fueran demasiado pesadas.

—¿Recordáis nuestra conversación sobre las Alisma? ¿Sobre su naturaleza, su propósito?

El frío en mi pecho se intensificó ante la mera mención de ese título.

—Ese título está prohibido —gruñí, aunque el esfuerzo me provocó otra oleada de tos—. Al igual que su nombre.

—Lo sé, mi señor, pero… —Qued se retorció las manos nerviosamente—. Las antiguas escrituras hablan de esto. De lo que sucede cuando el vínculo se rompe, cuando una Alisma a su rechaza a su compañero vinculado.

—No me importa —intenté que mi voz sonara firme, pero el frío que me consumía la hacía temblar—. No quiero oír nada sobre…

—Una se convierte en oscuridad —continuó Qued, como si no pudiera contener las palabras—. Y la otra… la otra muere.

El frío en mi pecho pareció intensificarse, como si respondiera a una verdad que no quería reconocer.

—Es ridículo —logré decir, aunque cada palabra era una lucha—. Ella nos traicionó. Eligió Gélidia. No hay ningún vínculo que…

—Los cristales de hielo en vuestra sangre —interrumpió el maestre suavemente—. El frío que os consume desde dentro… No es natural, mi señor. Es como si algo estuviera…

—¡Basta! —El grito me desgarró la garganta, provocando otra violenta oleada de tos. Cuando aparté la mano de mi boca, más cristales de hielo brillaban entre gotas de sangre—. No quiero oír más sobre vínculos o destinos. Ella tomó su decisión.

Pero incluso mientras pronunciaba esas palabras, una duda terrible comenzaba a crecer en mi mente. ¿Y si todo esto…? ¿Y si mi muerte era el precio de su traición? ¿O acaso…?

—No —susurré, más para mí mismo que para ellos—. No puede ser que me esté muriendo por su culpa. No después de todo lo que ha pasado.

Recordé algo: Aliran, tendido en la explanada, esa niebla oscura emanando de sus escamas… ¿Era esto lo mismo? ¿Estábamos ambos muriendo porque ella…?

—Mi señor —dijo Qued—. Si el vínculo está realmente roto, si ella ha elegido la oscuridad…

—No. La boda será al amanecer. Nada de esto importa.

Pero mientras pronunciaba esas palabras, mientras el frío seguía extendiéndose por mi cuerpo, una parte de mí sabía la verdad: estaba muriendo. Y lo peor no era el dolor físico, ni siquiera la posibilidad de la muerte misma.

Lo peor era saber que, incluso ahora, incluso después de su traición, nuestros destinos seguían entrelazados de una manera tan profunda que su elección podría costarme la vida.

Eso era lo que realmente me estaba matando: la idea de que ni siquiera en la muerte podría liberarme de ella.

El maestre carraspeó suavemente.

—Mi señor, nuestros remedios tradicionales no están funcionando, pero… La da… ella dejó algunas pociones preparadas. Para emergencias, para cada uno de vosotros.

Mi rabia creció en mi interior.

—¡No quiero nada que venga de ella! —rugí, aunque el esfuerzo me provocó otro ataque de tos violenta—. ¡Nada! ¿Me oís? ¡Destruid cada maldita gota de…!

—¿Aeran?

La voz pequeña y asustada me congeló más efectivamente que cualquier maleficio. En la puerta, mis hermanos se apiñaban como pájaros abandonados: Venya al frente con sus ojos enormes con lágrimas, Torin sosteniéndola por los hombros, Avery intentando mantener una compostura que se desmoronaba por momentos.

—No deberían estar aquí —susurré—. No pueden verme así.

Pero Venya ya se había adelantado, sus pequeños pies descalzos apenas hacían ruido contra el suelo. Sus mejillas estaban manchadas de lágrimas y su labio inferior temblaba de una manera que me partió el corazón.

—Por favor —suplicó—. Por favor, tómatelo. No quiero… no quiero que te vayas como mamá y papá. No quiero quedarme sola.

—No estás sola —intenté que mi voz sonara firme, tranquilizadora, aunque cada palabra era una batalla contra el hielo en mi garganta—. Nunca estarás sola.

—Entonces demuéstralo —intervino Avery, dando un paso adelante. Su voz temblaba, pero había fuerza en ella—. Demuestra que no nos dejarás. Toma la medicina.

Miré sus rostros, uno por uno. Venya, tan pequeña y vulnerable con sus ojos suplicantes. Torin, intentando parecer fuerte, aunque podía ver el miedo en la forma en que sus manos se aferraban a los hombros de su hermana. Avery, cuya máscara de fortaleza se agrietaba con cada lágrima que intentaba contener.

El pensamiento de dejarlos solos, de que tuvieran que enfrentar el mundo sin nadie que los protegiera… Era insoportable.

—Tráiganla —susurré finalmente.

El maestre se apresuró hacia un armario cercano, sus manos temblaban ligeramente mientras sacaba un frasco de cristal. El líquido en su interior brillaba con un tono verdoso que me resultaba dolorosamente familiar.

Venya se acercó más a la cama, sus pequeños dedos se entrelazaron con los míos. Estaban cálidos, tan cálidos comparados con el frío que me consumía.

—Ella siempre decía que sus medicinas sabían horribles —susurró mi hermana con una pequeña sonrisa triste—, pero que el sabor malo significaba que estaban haciendo bien su trabajo.

Nefely sentada junto a la cama de Kieran durante su última fiebre, susurrando las mismas palabras mientras lo convencía de tomar su medicina. Todo había sido una mentira, me recordé. Cada momento de aparente ternura, cada acto de cuidado…

Pero cuando el maestre acercó el frasco a mis labios, cuando el líquido amargo tocó mi lengua, algo extraño sucedió. El frío que me consumía pareció retroceder, como si reconociera la medicina. Como si mi cuerpo recordara, a pesar de mi voluntad, el toque sanador de quien lo había preparado.

—¿Ves? —La sonrisa de Venya era como un rayo de sol en medio de una tormenta—. Está funcionando. Te pondrás bien.

Y lo peor era que tenía razón. Podía sentir la medicina trabajando, combatiendo el hielo en mis venas. Incluso el dolor comenzaba a disminuir.

El colchón se hundió suavemente bajo el peso de mis hermanos, que se acomodaron a mi alrededor como solían hacer cuando eran más pequeños y las tormentas azotaban el castillo. Intenté protestar —un rey no debería mostrar tal debilidad, ni siquiera ante su familia —, pero mi cuerpo se negaba a cooperar, demasiado agotado por la batalla contra el frío que aún persistía en mis huesos.

Avery se acomodó a mi izquierda, con su cabeza apoyada en mi hombro como cuando era niña y buscaba consuelo después de una pesadilla. Torin y Venya se acurrucaron a mis pies.

El sonido de pasos rápidos resonó en el pasillo, y entonces Kieran apareció en la puerta, su rostro normalmente alegre, ahora estaba marcado por el miedo. Sin decir una palabra, corrió hacia la cama y se lanzó contra mi costado derecho, sus pequeños brazos me rodearon con una fuerza nacida de la desesperación.

Vi al maestre y a Qued intercambiar miradas antes de retirarse silenciosamente, cerrando la puerta tras ellos.

—Tu corazón suena diferente —murmuró Kieran contra mi pecho —. Como si estuviera congelado.

Era exactamente así como me sentía: congelado desde dentro, como si algo hubiera transformado mi sangre en hielo y mi corazón en cristal.

—Estoy bien —mentí—. Solo necesito descansar un poco.

—Mientes igual de mal que ella —susurró Avery, y el pronombre hizo que todos nos tensáramos.

—No quiero que te mueras. —Venya se rompió—. No quiero que nos dejes como… como…

—No voy a morirme —declaré—. No os dejaré solos. Os lo prometo.

Pero incluso mientras pronunciaba esas palabras, el hielo en mi pecho palpitó dolorosamente, como si me castigara por hacer promesas que no estaba seguro de poder cumplir.

—¿Por qué tienes tanto frío? —susurró Kieran—. ¿Es porque ella no está? A veces yo también tengo frío por las noches cuando la echo de menos.

El hielo en mi pecho pareció cristalizarse ante sus palabras. Venya se arrastró hasta quedar más cerca.

—¿Va a volver? —preguntó en un susurro—. Le dejé mi lazo favorito sobre su almohada, para que sepa que la estoy esperando.

Torin frunció el ceño.

—Algo malo pasó, ¿verdad? Por eso no quieres hablar de ella.

—No es tan simple… —comencé, pero Avery me interrumpió.

—La viste, ¿no? Por eso estás así. La encontraste y… ¿Está…está viva?

—Sí. Está viva.

—¿Entonces por qué no vuelve con nosotros? —preguntó Kieran con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Ya no nos quiere?

«No», quise gritar. «Nunca nos quiso. Todo fue una mentira». Pero, ¿cómo explicarles eso? ¿Cómo destrozar la imagen que tenían

de la mujer que los había arropado tantas noches, que había secado sus lágrimas y curado sus heridas?

—A veces —logré decir, eligiendo cada palabra con cuidado—, las personas toman decisiones que no podemos entender.

—¿Como mamá y papá cuando decidieron irse? —preguntó Venya, y su inocencia me partió el alma.

—No —respondí quizás demasiado bruscamente—. Mamá y papá no decidieron dejarnos. Ellos…

—Pero ella sí. —Torin me miró—. Ella sí decidió irse, ¿verdad?

Kieran comenzó a llorar silenciosamente contra mi pecho.

—Todavía voy a la torre —susurró entre sollozos—. Le dejo comida todas las noches, como cuando estaba allí. A veces… a veces imagino que viene a buscarla cuando duermo.

Mientras mi hermano pequeño dejaba comida para un fantasma, ella estaba en brazos de otro, riéndose de nuestra ingenuidad.

—Ya no llores, pequeño —murmuré, acariciando su cabello como ella solía hacer—. Estoy aquí. Siempre estaré aquí.

—Pero no es lo mismo —protestó Venya—. Tú no cantas como ella, ni cuentas historias de dragones, ni…

—Basta —cortó Avery—. ¿No veis que le estáis haciendo daño?

Sí, cada mención de ella, cada recuerdo compartido, era como cristales de hielo clavándose más profundo en mi corazón.

—Lo siento —susurró Kieran—. No quería ponerte más malito.

—No es tu culpa. Nada de esto es vuestra culpa.

«Es mía», pensé amargamente. «Por creer en ella. Por permitir que se acercara tanto. Por dejar que os robara el corazón como me robó el mío».

Pero no podía decirles eso. No podía contarles cómo la mujer que amaban, que todos amábamos, nos había traicionado de la peor manera posible. Así que solo los abracé más fuerte, dejando que su calor combatiera el hielo en mis venas, permitiendo que su amor incondicional fuera un bálsamo para las heridas que ella había dejado.

Y mientras la noche avanzaba, mientras sus respiraciones se volvían más profundas y regulares, me permití un momento de debilidad. Un momento para ser solo su hermano mayor, no su rey. Un momento para sostenerlos y ser sostenido, para recordar que, aunque ella nos había traicionado, aunque su ausencia era un vacío que amenazaba con consumirnos, aún nos teníamos los unos a los otros.

24

Sin sentir

Aeran

Draluz estaba de mal humor, su cuerpo estaba demasiado dolido para permitirme siquiera un roce de consuelo. La comprendía, por supuesto. Había pasado la noche entera quejándose, sus gruñidos de dolor resonaban en la explanada. No había querido comer, ni siquiera cuando los cuidadores le ofrecieron sus pescados favoritos. Los dragones eran criaturas de poder inmenso, pero el dolor les resultaba insoportable precisamente porque no estaban hechos para sentirlo. Y Draluz… ella estaba herida de formas que iban más allá de las marcas en sus escamas.

Se había hecho un ovillo en el suelo, su cola estaba enroscada protectoramente alrededor de su cuerpo maltratado, sus fauces se mostraban amenazantes cada vez que alguien se acercaba demasiado. La observé desde la distancia, envidiando su capacidad de mantener al mundo alejado con un simple gruñido. Ojalá yo pudiera espantar así a todos los que insistían en que este día era necesario, inevitable.

El frío en mi pecho persistía, aunque parecía haberse aplacado un poco después de la noche con mis hermanos. O quizás

simplemente me estaba acostumbrando a esta sensación de estar congelándome desde dentro. Me ajusté la capa ceremonial sobre los hombros, preparado. Una boda sin celebración, sin música, sin alegría. Solo mis consejeros como testigos de cómo sellaba mi destino con una mujer que no amaba.

Mis hermanos seguían durmiendo en mi cama, todos excepto Cleon, quien patrullaba el castillo cumpliendo con su deber. Le había pedido —no, suplicado— que se mantuviera alejado de la sala del trono. No podía soportar la idea de que me viera así, entregándome a un matrimonio sin amor mientras el hielo en mi pecho me recordaba que mi corazón solo latía por ella, aunque ese amor ahora fuera veneno en mis venas.

Me alejé de la explanada. Mi respiración se había acelerado, pero no por nervios. No quedaba espacio en mí para esas emociones tan humanas. Sabía exactamente lo que debía hacer, las palabras que debía pronunciar, el papel que debía interpretar. Yo, que había acusado a Nefely de actuar, ahora me preparaba para la actuación más importante de mi vida. Porque esto era mi realidad ahora: una vida atado a una mujer que, en el mejor de los casos, aprendería a tolerar. Mi corazón estaba demasiado destrozado para ofrecer más que eso, demasiado congelado para sentir algo que no fuera este dolor helado que ella había dejado como su última burla cruel.

Los guardias se inclinaron cuando entré en la sala del trono, el amanecer apenas comenzaba a teñir los vitrales de tonos rosados y dorados. Todos estaban en sus posiciones, tal como lo habíamos planeado la noche anterior. La princesa Cellina resplandecía en un vestido blanco que, en otras circunstancias, habría sido digno de admiración. Los consejeros esperaban con esa impaciencia mal disimulada de quien desea terminar rápido con un mal necesario.

Exhalé lentamente, preparándome para el papel que debía interpretar, aunque cada fibra de mi ser se revelaba contra esta farsa.

—Princesa —me incliné en una reverencia, la primera que le hacía, y ella me la devolvió con la gracia practicada de toda una vida

en la corte.

—Mi rey.

Nos detuvimos uno frente al otro, y fue entonces cuando la traición de mi mente me golpeó con toda su fuerza. No pude evitar imaginar cómo habría sido este momento con ella, con Nefely. Cómo sus ojos habrían brillado con ese amor que ahora sabía falso, cómo su sonrisa habría iluminado la sala más que cualquier amanecer. El frío en mi pecho se intensificó ante esos pensamientos traidores.

—Pues, deberíamos comenzar. —La voz de mi consejero matrimonial cortó el hilo de mis pensamientos tortuosos—. ¿Estáis de acuerdo?

Tanto Cellina como yo asentimos. ¿Qué otra opción teníamos? Ella, atada por el deber hacia su reino. Yo, encadenado por la necesidad de proteger al mío de la mujer que había convertido mi amor en un arma contra nosotros.

El consejero matrimonial desplegó el pergamino ceremonial.

—Como testigos del sagrado vínculo que hoy se forja —comenzó —, estamos aquí para unir al Rey Aeran de Dragio con la Princesa Cellina de Ventara. Esta unión no solo representa el lazo entre dos almas, sino la alianza entre dos reinos que…

Sus palabras se desvanecían en mis oídos mientras observaba a la mujer frente a mí. Cellina mantenía la compostura perfecta que le habían enseñado desde la cuna, pero podía ver en sus ojos que entendía exactamente lo que era esto: un acuerdo político disfrazado de matrimonio.

—Como reina consorte —continuó el consejero—, la Princesa Cellina tendrá los derechos y deberes correspondientes a su posición. Supervisará el funcionamiento del castillo, participará en las audiencias reales, y servirá como enlace diplomático con Ventara.

«Pero no tendrá poder real», pensé, recordando las condiciones que había impuesto. No habría trono para ella en la sala, no tendría voz en las decisiones importantes del reino. Sería una reina solo en nombre, un símbolo de una alianza necesaria pero no deseada.

—Los hijos nacidos de esta unión serán herederos legítimos al trono de Dragio, asegurando así la continuidad de la línea real y… Es fundamental que recordéis vuestro deber principal como consorte real. Debéis proporcionar herederos al reino lo antes posible. Según las leyes antiguas, cualquier hijo nacido de esta unión pertenece primero a Dragio, luego a la corona, y solo después a sus padres.

Un sudor frío recorrió mi espalda. De todos los deberes que este matrimonio implicaba, ése sería el más imposible de cumplir. Incluso con todo el vino del reino corriendo por mis venas, la idea de yacer con Cellina, de tocar su cuerpo, de engendrar vida con ella… Mi estómago se revolvió violentamente ante la imagen. ¿Cómo podría mi cuerpo responder cuando mi ser pertenecía a otra? ¿Cómo podría crear vida con una mujer que no fuera Nefely cuando incluso la idea me parecía una traición imperdonable?

—¿Aceptáis, Rey Aeran tomar a la Princesa Cellina como vuestra legítima esposa? ¿Juráis protegerla, respetarla y honrarla, como rey y como esposo, hasta que la muerte os separe?

¿Cómo podía jurar amor eterno cuando mi corazón yacía congelado en las mazmorras de Gélidia?

—Acepto.

—Princesa Cellina, ¿aceptáis al Rey Aeran como vuestro legítimo esposo? ¿Juráis serle fiel, apoyarlo y honrarlo, como reina y como esposa, hasta que la muerte os separe?

—Acepto.

—Por el poder que me confieren las leyes antiguas y nuevas —Qued alzó las manos en un gesto ceremonial—, os declaro unidos en matrimonio. Que los dioses bendigan esta unión y la hagan próspera.

Vi a Cellina inclinarse hacia mí, sus labios buscaron los míos para sellar el matrimonio con un beso. En el último momento, giré el rostro, permitiendo que sus labios rozaran mi mejilla en su lugar. El gesto no pasó desapercibido para nadie, pero ¿qué importaba ya? Todos sabían que esto era una farsa.

Las felicitaciones de los consejeros sonaban distantes, irreales. Mi mente ya estaba en lo que vendría después: la consumación. La tradición exigía que el matrimonio se completara, que no hubiera duda sobre su validez. Las jarras de vino que había ordenado llevar a mis aposentos esperaban como una promesa de olvido temporal, aunque sabía que ni todo el alcohol del reino podría hacer que mi cuerpo respondiera como debía.

—Mi señor, cuando vos digáis…

Asentí.

El frío en mi pecho se intensificó ante la perspectiva.

—Necesito un momento —murmuré, dirigiéndome hacia la mesa a lado del trono donde el vino esperaba. Necesitaría mucho más que un momento, mucho más que vino, para sobrevivir a lo que vendría después.

Pero ni siquiera el alcohol podría borrar la verdad que me consumía: que, aunque acababa de unirme a otra mujer, mi corazón, mi cuerpo, mi alma entera, seguían perteneciendo a la persona que nos había traicionado. Y esa lealtad inquebrantable, esa incapacidad de entregarme a otra, aunque fuera por deber, era la peor traición de todas.

Me aferré a la copa de vino mientras caminábamos hacia la habitación que serviría únicamente para este propósito: consumar el matrimonio y engendrar herederos.

La puerta se cerró tras nosotros con un sonido que me pareció ensordecedor en el silencio. Sin mirarla, sin poder hacerlo, me dirigí directamente hacia la mesa donde las jarras de vino esperaban. Llené una copa hasta el borde y la vacié de un trago. Inmediatamente serví otra y la bebí con la misma desesperación.

Me senté en el borde de la cama, mis dedos se cerraron alrededor de una tercera copa mientras mantenía la mirada fija en el suelo. El sonido de tela deslizándose me indicó que Cellina estaba desvistiéndose, y mi cuerpo entero se tensó. Por el rabillo del ojo, pude ver el vestido blanco caer, revelando un camisón del mismo color debajo.

Aparté la mirada bruscamente, el vino amenazaba con regresar. No podía. Era físicamente incapaz de mirarla, de contemplar su figura que debería despertar deseo, pero solo provocaba una sensación de traición tan profunda que me ahogaba.

Ella se acercó con pasos suaves. Se arrodilló frente a mí y su mano, pequeña y delicada, se posó en mi mejilla.

Con suavidad, demasiada suavidad, levantó mi rostro hasta que no tuve más remedio que mirarla.

No merecía su amabilidad, no cuando mi cuerpo entero se rebelaba, no cuando cada célula de mi ser anhelaba otras manos, otros ojos, otros labios.

Cuando se inclinó para besarme, el asco fue tan fuerte que tuve que luchar contra el impulso de apartarla bruscamente. Sus labios eran suaves, demasiado suaves, demasiado dulces. No eran los labios que conocía, que había memorizado en noches que ahora parecían pertenecer a otra vida. No tenían ese sabor a hierbas y libertad que mi cuerpo añoraba con una desesperación que me avergonzaba.

El beso fue breve, casto, y, aun así, sentí que me ahogaba. Mis manos temblaban alrededor de la copa, y el vino se derramó sobre mis dedos sin que pudiera evitarlo. El frío en mi pecho se había convertido en una agonía pura, como si mi corazón congelado estuviera intentando destrozarse a sí mismo.

—Lo siento —susurré—. No puedo… simplemente no puedo.

El asco no era hacia ella. Era hacia mí mismo. Por mi debilidad, por mi incapacidad de cumplir con mi deber, por seguir siendo esclavo de un amor que se había revelado como la más cruel de las mentiras.

Mi cuerpo recordaba demasiado bien otras caricias, otras noches. Cada roce de Cellina era como una profanación de esas memorias que, aunque envenenadas por la traición, seguían siendo sagradas para mi corazón maltrecho. Era como si mi piel misma desobedeciera contra la idea de ser tocada por manos que no fueran las que conocía, que no fueran las que habían trazado cada cicatriz, las que

habían memorizado cada línea de mi cuerpo como si fuera un texto sagrado.

—Mi señor… Aeran —susurró Cellina, y hasta su forma de pronunciar mi nombre estaba mal, todo estaba mal—. Entiendo.

Pero no entendía, no realmente. ¿Cómo podría entender que cada fibra de mi ser pertenecía a una mujer que nos había traicionado? ¿Que mi cuerpo se había convertido en una prisión de memorias que no podía borrar, de deseos que me avergonzaban, de una lealtad que persistía más allá de la razón?

El vino ya no era suficiente. Nada sería suficiente para hacer que mi cuerpo olvidara, que mi corazón dejara de latir por alguien que había convertido nuestro amor en un arma contra nosotros.

Me sentía sucio, corrompido por mi propia incapacidad de cumplir con mi deber como rey, como esposo.

La habitación, que debería haber sido testigo de la consumación de un matrimonio, se había convertido en la celda de mi propia traición. Porque eso era esto: una traición. No a Cellina, no al reino, sino a mí mismo. A todo lo que debería ser, a todo lo que se esperaba de mí.

Y lo peor era saber que, incluso si lograba superar este momento, incluso si el vino eventualmente nublaba lo suficiente mi mente para cumplir con mi deber, nunca sería más que una farsa. Un acto realizado por obligación, mientras mi corazón, mi alma, mi ser entero, seguían cautivos en Gélidia, encadenados a una mujer que había demostrado que el amor podía ser la más cruel de las prisiones.

Me levanté bruscamente, derramando el resto del vino sobre el suelo. La copa se estrelló contra la pared en un estallido de cristales que reflejaban mi propio caos interior. Con una desesperación nacida de la rabia y la vergüenza, la atraje hacia mí y estrellé mis labios contra los suyos. Antes era tan fácil, tan natural… Antes de ella, antes de Nefely, mi cuerpo respondía sin esfuerzo al toque de cualquier mujer hermosa. Las noches de placer eran simples, sin complicaciones, sin este vacío helado que ahora me consumía.

Mis manos se movieron por voluntad propia, buscando desesperadamente despertar algo, lo que fuera, dentro de mí. Recorrí su cintura, estrecha y bien formada. Acaricié su espalda, bajando hasta sus caderas. Incluso me atreví a rozar sus pechos por encima del vestido, un gesto que en otro tiempo habría encendido mi deseo como una llama incontrolable.

Cellina se tensó ligeramente, pero no me detuvo. ¿Cuántas veces la habrían instruido sobre este momento? ¿Cuántas lecciones habría recibido sobre cómo complacer a un rey, sobre cómo someterse a un hombre que claramente amaba a otra? La idea solo aumentó mi autodesprecio mientras mis dedos intentaban torpemente encontrar placer donde solo había vacío.

Su piel era suave, su figura indudablemente hermosa, su perfume sutil y agradable. Todo en ella estaba diseñado para despertar el deseo masculino. Cualquier hombre del reino se habría considerado bendecido por los dioses ante la oportunidad de poseerla. Cualquier hombre excepto yo, cuyo cuerpo se negaba a responder por más que intentara forzarlo.

La giré bruscamente, presionándola contra la pared mientras mis manos recorrían sus caderas, su vientre, subiendo nuevamente hacia sus pechos. Buscaba con desesperación algo que rompiera este hielo, alguna chispa que pudiera encender, aunque fuera una pálida imitación de deseo. Mis labios recorrieron su cuello, su mandíbula, volvieron a sus labios. Cada beso más desesperado que el anterior, cada caricia más frustrada.

Pero no había nada. Ni un destello de deseo, ni una chispa de pasión. Era como besar una estatua, como pretender sentir algo que simplemente no estaba allí. Mi cuerpo se mantenía frío, indiferente, traicionándome de la peor manera posible.

Nada. Solo vacío. Solo hielo. Solo la certeza de que mi cuerpo, al igual que mi corazón, pertenecía a una mujer que ahora estaba lejos, viviendo las consecuencias de su elección, mientras yo intentaba forzarme a desear a otra.

La rabia explotó en mi pecho. Me aparté bruscamente mientras mis manos temblaban por la furia.

—¡Vete! —rugí, incapaz de seguir soportando su presencia, su mirada compasiva, la suavidad con que intentaba tocarme—. ¡Sal de aquí!

—Pero… el matrimonio… —susurró, confundida y dolida.

—¡Si alguien pregunta, está hecho! —escupí—. ¡Diremos que está consumado! ¡Solo… vete! ¡No quiero verte!

La vi recoger su vestido con manos temblorosas, sus ojos brillaban con lágrimas contenidas mientras se apresuraba hacia la puerta. No merecía esto, lo sabía. No merecía mi furia, mi rechazo, mi incapacidad de ser el esposo que necesitaba. Pero en ese momento, solo quería estar solo con mi vergüenza, con este odio que me consumía desde dentro.

—Espera. —La detuve justo cuando su mano tocaba el pomo de la puerta—. Necesitamos… necesitamos que parezca real.

Cellina se detuvo, su espalda estaba rígida bajo la fina tela del camisón.

—¿Qué sugerís, mi señor?

Me acerqué a la cama tambaleante y deshice las sábanas con movimientos bruscos. Tomé la copa de vino que quedaba en la mesa y derramé parte de su contenido sobre el lecho, el líquido rojo se extendió sobre las sábanas blancas como una mancha acusadora.

—Ahí está la sangre —murmuré con amargura—. Las doncellas la verán mañana y los rumores comenzarán. —Pasé una mano temblorosa por mi rostro—. Si alguien pregunta, si las doncellas comentan… di que te dolió. Que fui… que no fui delicado.

Vi cómo sus hombros se tensaban aún más.

—No hace falta que mintáis sobre vuestra crueldad —respondió —. Sé que no me haríais daño. No deliberadamente.

—Jamás te forzaría a esto —declaré con vehemencia—. Ni a ti ni a nadie. Pero nuestros reinos necesitan esta alianza.

—Lo sé —asintió, resignada—. Y yo tampoco… tampoco deseaba esto realmente. Cumplimos nuestro deber, cada uno a su manera.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros. La vergüenza se mezclaba con el alivio en su mirada cuando finalmente se giró hacia mí.

—Gracias —susurró—. Estaba tan asustada como vos, aunque por razones diferentes.

—Lo lamento. Lamento no poder ser el esposo que mereces.

—Y yo lamento no ser la mujer que añoráis —respondió, su mano ya sobre el pomo de la puerta—. Pero quizás podamos ser aliados en esta farsa.

La puerta se cerró tras ella con un golpe suave. Me quedé mirando la mancha de vino en las sábanas, consciente de que podría no ser suficiente. Un matrimonio no consumado podría anularse; Ventara podría reclamar a su princesa si descubrían nuestra mentira.

Con un movimiento rápido, saqué la daga que llevaba en mi cinturón. Sin pensarlo demasiado, apreté la hoja contra la palma de mi mano y la deslicé con firmeza. El dolor fue agudo, pero clarificador. La sangre brotó y la dejé gotear sobre las sábanas, mezclándose con el vino.

—Por Dragio —murmuré mientras la sangre manchaba las sábanas—. Por mis hermanos.

25

Postre amargo

Nefely

El roce de los cubiertos contra la porcelana era como uñas arañando mi cordura. Cada sonido resonaba amplificado en mi mente exhausta, mezclándose con los ecos de los hechizos del brujo que aún reverberaban en mis pensamientos. La habitación de Soren olía a especias y vino, un aroma que me revolvía el estómago casi tanto como su presencia.

Me había obligado a quedarme de pie junto a su mesa mientras cenaba, vistiendo solo un camisón de seda tan fino que prácticamente no ocultaba nada. «Para abrir el apetito», había dicho con esa sonrisa que me helaba la sangre. Como si yo fuera solo otro plato en su festín, un postre que degustaría cuando terminara con el resto.

—¿No es fascinante? Cómo el brujo ni siquiera pudo acceder a todos tus secretos. Eres toda una caja de sorpresas, mi amor.

No respondí. No podía. Mi mente seguía siendo un caos de recuerdos profanados y dolor. El brujo había intentado arrancar cada momento precioso de mi memoria: las risas de los niños, las noches bajo las estrellas, los momentos robados en el jardín… Pero, sobre

todo, había intentado robar la ubicación de los huevos de dragón. Ese secreto que me llevaría a la tumba, sin importar cuánto me torturaran.

Durante días, me había mostrado visiones de los niños sufriendo, gritando mi nombre mientras les arrancaban la vida lentamente. Otras veces, plantaba en mi mente imágenes de Aeran irrumpiendo en el castillo para rescatarme, solo para ver cómo lo destrozaban ante mis ojos, una y otra vez. «Dime cómo hacer que los huevos eclosionen», susurraba el brujo mientras manipulaba mis recuerdos. «Enséñame a controlar a los dragones, y todo este sufrimiento terminará».

Pero ese conocimiento sagrado, esa conexión íntima entre jinete y dragón, era algo que jamás compartiría. No por lealtad a un reino que ahora me parecía tan lejano, sino porque sabía lo que Soren haría con ese poder.

Soren cortó un trozo de carne, el cuchillo brilló bajo la luz de las velas. El movimiento captó mi atención de una forma que me asustó. ¿Cuándo había empezado a pensar así? ¿En qué momento había comenzado a ver armas potenciales en los objetos más mundanos?

—Aunque debo admitir —continuó, limpiándose los labios—, que fue entretenido ver cómo te retorcías mientras intentaba entrar en tu mente. Tus gritos eran casi musicales.

La magia del brujo había dejado rastros helados en mi consciencia, como grietas en un espejo. A través de ellas, los recuerdos se filtraban distorsionados: el rostro de Kieran mezclándose con sus gritos de terror imaginados, las sonrisas de Avery transformándose en muecas de dolor…

—¿Sabes qué es lo mejor? —Soren se reclinó en su silla—. Que ni siquiera necesito que el brujo te arranque todos los secretos. Tenemos tiempo. Mucho tiempo. Y mientras sigas resistiéndote… Bueno, digamos que hace las noches más interesantes.

El cuchillo volvió a destellar mientras cortaba otro trozo de carne. El metal parecía cantar, llamándome. Sería tan fácil… estaba tan

cerca… Un movimiento rápido y todo terminaría. Ya no más dolor, no más amenazas contra los niños, no más noches interminables de terror…

«Los matará de todas formas», susurró una voz en mi mente. «Los torturará solo para castigarte, incluso después de muerta».

Mis ojos seguían fijos en el cuchillo mientras él bebía de su copa. El vino tinto brillaba como sangre bajo la luz de las velas. Mi sangre, derramada tantas veces en esta misma habitación. La sangre que seguiría derramando cada noche, mientras mi mente se rompía un poco más…

—Ven aquí —ordenó de repente, apartando su plato—. Es hora del postre.

La palabra me revolvió el estómago. Sabía lo que significaba, lo que vendría después. Más dolor, más humillación, más piezas de mi alma arrancadas en la oscuridad.

Mi cuerpo se movió automáticamente. Pero mientras me acercaba, mientras veía su sonrisa ensancharse, algo dentro de mí se rompió. Quizás fue el último rastro de cordura, o tal vez el último fragmento de mi voluntad cediendo bajo el peso de tanto horror.

El cuchillo seguía allí, tan cerca…

No pensé. No podía permitirme pensar o el miedo me paralizaría. Mi mano se movió por voluntad propia, los dedos se cerraron alrededor del mango con la decisión de quien no tiene nada más que perder.

La sorpresa en su rostro cuando me lancé hacia él fue casi satisfactoria. Por un glorioso instante, vi el miedo parpadear en sus ojos mientras el cuchillo descendía hacia su garganta. Ese segundo de terror en su mirada valía casi toda la tortura que había soportado, porque por primera vez, era él quien sentía la vulnerabilidad que me había obligado a vivir día tras día.

El metal alcanzó a rozar su piel antes de que su mano atrapara mi muñeca. Un fino hilo de sangre brotó de la pequeña herida, y algo en sus ojos cambió. La diversión cruel que siempre mostraba se

transformó en algo más primitivo, más terrorífico. Era pura furia animal, la rabia del depredador herido por su presa.

Con un rugido que resonó en las paredes, me lanzó contra el suelo con tanta fuerza que el aire abandonó mis pulmones. Me golpeé la cabeza y por un momento el mundo se volvió borroso, los contornos se desdibujaron y las luces se estiraron como estrellas fugaces. El cuchillo cayó en el suelo en algún lugar lejano, pero apenas me dio tiempo a saber dónde estaba porque Soren ya estaba sobre mí, su peso me aplastaba.

—¿Te atreves? —gruñó, sus dedos se clavaron en mis brazos con una brutalidad que me arrancó un grito—. ¿Te atreves a marcarme?

Sus manos se cerraron mi garganta, y esta vez no había nada de su usual control calculado. Esta era una furia primaria, salvaje. La sangre de su cuello goteaba sobre mi rostro mientras apretaba, sus ojos ardían con una promesa de dolor que me heló hasta el alma. Cada gota de su sangre que caía sobre mí parecía sellar mi sentencia.

«Mátame», quise gritar. «Termina con esto de una vez». Pero ningún sonido escapó de mi garganta estrangulada.

—Oh no, querida —susurró al ver la súplica en mis ojos—. La muerte sería demasiado misericordiosa. ¿Crees que puedes marcarme? ¿A mí? —Sus dedos se clavaron más profundamente en mi garganta—. ¡Mírame cuando te hablo, perra!

Justo cuando pensaba que la oscuridad me reclamaría, un último instinto de supervivencia despertó en mí. La furia me dio fuerzas que no sabía que tenía. Mi rodilla se alzó violentamente, buscando causarle daño, cualquier daño. Logré golpear su costado y su agarre se aflojó lo suficiente para permitirme respirar. Aproveché el momento para arañar su rostro.

—¡Zorra salvaje! —rugió, apartándose lo suficiente para evitar otro arañazo.

Intenté arrastrarme lejos de él, mis uñas se clavaron en el suelo mientras luchaba por alejarme. Pero su bota se estrelló contra mis

costillas con tanta fuerza que vi estrellas, un dolor agudo explotó en mi costado robándome nuevamente el aliento.

—¿Quieres pelear? —gruñó, agarrándome del pelo para levantarme—. ¿Quieres jugar a la salvaje? ¡Pues juguemos!

Me estrelló contra la mesa. Los platos restantes se hicieron añicos, los fragmentos se clavaron en mi piel. El dolor solo alimentó mi desesperación. Me retorcí violentamente, ignorando cómo los cristales rotos me desgarraban. Nada importaba excepto causar tanto daño como pudiera antes de que…

Mi mano encontró un trozo de cristal. Lo aferré sin importar cómo cortaba mi palma y me giré bruscamente, buscando su garganta nuevamente.

Soren esquivó el ataque, pero no completamente, el cristal dejó un corte sangriento en su mejilla, justo bajo el ojo.

—¡Maldita bestia! —Me lanzó al suelo con tanta violencia que el cristal se me escapó de los dedos ensangrentados—. ¡Eso es lo que eres! ¡Una bestia que necesita ser domada!

—¡Entonces mátame! —grité finalmente—. ¡Termina con esto de una vez!

Su pie se estrelló contra mi estómago, robándome el aliento. Pero ya no me importaba el dolor. Ya no me importaba nada. Solo quería que terminara, de una forma u otra.

—¡Vamos! —lo provoqué entre jadeos—. ¡Mátame! ¡Es lo que quieres! ¡Hazlo!

Su mano se cerró en mi pelo nuevamente, arrastrándome por el suelo mientras yo seguía luchando, arañando, intentando morder cualquier parte de él que pudiera alcanzar.

—Crees que me conoces —siseó—. Crees que sabes de lo que soy capaz. Pero no tienes idea… —Me levantó hasta que mi rostro quedó a centímetros del suyo—. No tienes ni puta idea de lo que puedo hacerte.

—¡No me importa! —escupí—. ¡Nada de lo que hagas importa ya!

Sus ojos se oscurecieron peligrosamente.

—¿Eso crees? Entonces quizás es hora de mostrarte exactamente cuánto puede importarte. Quizás es hora de que el pequeño Kieran aprenda lo que le pasa a quienes me desafían.

—No… —Toda mi bravuconería se evaporó en un instante—. No, por favor…

Su sonrisa fue como un cuchillo retorciéndose en mis entrañas.

—¿No? —Su mano libre acarició mi mejilla con falsa ternura—. ¿Ya no quieres jugar a la salvaje? ¿Ya no quieres que te mate?

Las lágrimas se mezclaron con la sangre en mi rostro. Porque incluso en mi locura, en mi desesperación, no podía arriesgarlos. No podía permitir que ellos pagaran el precio de mi rebeldía.

El sabor de la sangre en mi boca se mezcló con la amargura de la derrota. Pero algo había cambiado dentro de mí. El dolor, el miedo… todo se sentía distante, como si estuviera observando desde muy lejos lo que sucedía con mi cuerpo.

—Te mataré. Quizás no hoy, ni mañana. Pero encontraré la forma.

Soren soltó una carcajada que resonó en las paredes de piedra.

—¿Tú? —Sus dedos se clavaron más profundamente en mi pelo —. ¿La patética mascota que ni siquiera puede proteger a unos niños? No me hagas reír.

—Ríe mientras puedas. Porque cuando llegue el momento, tu risa será lo último que escuches.

Su diversión se transformó en algo más oscuro. Me arrastró más cerca, su aliento caliente contra mi rostro me dio náuseas.

—Hablando de risas… —susurró con malicia—. ¿Sabes qué es verdaderamente divertido? Que mientras tú juegas a la salvaje aquí, tu precioso rey está bastante ocupado en su cama nupcial.

El mundo pareció detenerse por un instante.

—Mientes.

—¿Oh? —su sonrisa se ensanchó, cruel y satisfecha al ver que había encontrado un punto débil más efectivo que cualquier tortura física—. El mensaje llegó hace unas horas. Una ceremonia íntima, dicen. La princesa Cellina ya es oficialmente reina de Dragio. —Se

inclinó más cerca, bajando la voz como quien comparte un secreto obsceno—. Dicen que las sábanas estaban manchadas esa mañana. Que la dulce princesa sangró como debe hacerlo una mujer pura en su noche de bodas.

Un sonido extraño escapó de mi garganta, algo entre un sollozo y una risa histérica. La imagen de Aeran con otra mujer se clavó en mi mente como una espina envenenada.

—¿Eso te duele? —continuó, saboreando cada palabra como un dulce especialmente delicioso—. ¿Saber que mientras tú sangras en mi suelo, él está disfrutando de su nueva esposa? ¿Que sus manos, las mismas que juraron no tocar a otra, ahora exploran un nuevo cuerpo? Aunque, supongo que debería agradecerle. Si no fuera tan fácil de reemplazar, nunca habrías terminado siendo mi juguete favorito.

Algo se rompió dentro de mí. El último fragmento de humanidad que me quedaba, quizás. O tal vez fue mi corazón finalmente rindiéndose a la realidad de que todo lo que amaba estaba perdido para siempre. Mi cuerpo se aflojó en su agarre, toda lucha abandonándome de golpe. Ya no importaba. Nada importaba.

—Ah, ¿por fin te has rendido? —ronroneó, notando el cambio—. ¿Por fin entiendes que esto es todo lo que serás? ¿Todo lo que mereces?

No respondí. No podía. Las palabras, las emociones, todo parecía haberse congelado dentro de mí. Era como si mi alma hubiera decidido abandonar mi cuerpo.

—Mucho mejor —murmuró, su mano aflojó el agarre en mi pelo para acariciarlo casi con ternura—. Así es como te prefiero. Rota. Vacía. —Sus labios rozaron mi oído—. Mía.

Me levantó del suelo como si no pesara nada, y esta vez no luché. ¿Para qué? El mundo se había reducido a esta habitación, a este momento, a este dolor que ya ni siquiera podía sentir realmente.

Mientras me arrastraba hacia lo que sería otra noche de tormento, una última lágrima se deslizó por mi mejilla. No por el

dolor, no por el miedo o la desesperación.

Sino porque finalmente entendí que Soren había ganado. No por su fuerza o su crueldad, sino porque ya no quedaba nada dentro de mí que valiera la pena salvar.



El frío de la habitación mordía mi piel desnuda, pero no me atrevía a moverme para cubrirme. No cuando el más mínimo movimiento podría despertarlo.

Soren dormía a mi lado, su respiración profunda era el único sonido en la habitación además de los latidos frenéticos de mi corazón. Su brazo descansaba posesivamente sobre mi cintura, el peso de su piel contra la mía me provocaba náuseas que había aprendido a contener. Las marcas de sus dientes y sus manos ardían en mi piel.

Un brillo repentino captó mi atención. La marca de la Alisma en mi pecho había comenzado a resplandecer con una intensidad que nunca había visto, palpitando con un ritmo que parecía seguir los latidos de un corazón que no era el mío.

Pero no sentía nada más. Ninguna conexión, ningún eco de los sentimientos que antes fluían tan libremente entre nosotros. Era como si algo se hubiera roto, como si el vínculo que una vez nos unió se hubiera congelado y roto en mil pedazos.

Soren se movió en sueños, sus dedos se clavaron en mi cadera con más fuerza. Contuve el aliento, rezando a dioses que hacía

tiempo habían dejado de escucharme para que no despertara. No podía soportar otra sesión de su «amor», no cuando mi cuerpo ya estaba tan maltratado que cada respiración era una agonía.

Mi mente intentaba no divagar sobre las posibilidades, sobre lo que este cambio podría significar.

¿Qué derecho tenía yo a llorar? Esta era mi elección, mi sacrificio. Cada noche en esta cama, cada marca en mi piel, cada pedazo de mi alma que moría bajo las manos de Soren… todo era por ellos. Para mantenerlos a salvo.

La mano de Soren se movió en sueños, deslizándose hacia arriba por mi costado en una caricia inconsciente que me hizo querer vomitar. Me quedé perfectamente inmóvil, conteniendo incluso la respiración. Había aprendido que cualquier reacción, incluso en su sueño, podía despertar sus instintos más oscuros.

La marca seguía brillando, su luz palpitaba como una estrella moribunda en mi pecho. El dolor era diferente ahora, más profundo, como si algo fundamental hubiera cambiado en el tejido mismo del vínculo. No era el ardor habitual que sentía cuando Aeran estaba cerca, ni el frío cortante que me atravesaba cuando pensaba en él. Era algo nuevo, algo roto.

Un gemido suave escapó de los labios de Soren, y mi cuerpo entero se tensó. Pero siguió durmiendo. Casi podría parecer hermoso, si no supiera la crueldad que habitaba detrás de esas facciones perfectas.

La luz del amanecer reveló nuevas marcas en mi piel que la noche había ocultado misericordiosamente. Moretones en forma de dedos, marcas de dientes, rasguños que él llamaba «señales de pasión». Mi cuerpo se había convertido en un mapa de su posesión, cada marca una frontera que delimitaba su territorio.

Los primeros sonidos del castillo despertando comenzaron a filtrarse por las ventanas. Pronto, demasiado pronto, Soren despertaría y comenzaría otro día de esta pesadilla que se había convertido en mi vida.

Los suaves golpes en la puerta anunciaron la llegada de la doncella mayor. Me deslicé con cuidado del agarre de Soren, conteniendo el aliento cuando gruñó en sueños.

La mujer me esperaba en el pasillo, sus ojos grises evitaron mirar directamente las marcas en mi piel mientras me cubría con la bata que había traído. Un ritual silencioso que se repetía cada amanecer, cada vez que Soren decidía «honrarme» con su presencia en su cama.

—La bañera está lista —susurró mientras caminábamos por los pasillos helados—. Y… la he preparado como siempre.

Mi estómago se retorció. La infusión se había convertido en otra parte más de esta rutina de supervivencia. Al principio había dudado, conociendo demasiado bien los efectos a largo plazo.

Los primeros días, esa idea me había atormentado. ¿No había soñado alguna vez con tener hijos propios? ¿No había imaginado, en momentos de debilidad, cómo serían los herederos de Dragio, con los ojos de Aeran y mi sonrisa? Pero esos sueños pertenecían a otra vida, a otra mujer que había muerto la primera vez que Soren me tocó.

Ahora ya no me importaban las consecuencias. Era incluso un consuelo perverso saber que estaba destruyendo mi propio cuerpo, negándole a Soren la posibilidad de que algún día pudiera engendrar vida en mí. Era el único control que me quedaba: envenenarme lentamente para que nada suyo pudiera germinar en mis entrañas.

Mi habitación olía a lavanda y a las hierbas amargas que conocía tan bien. El vapor que se elevaba de la bañera no podía ocultar el brillo verdoso de la infusión que esperaba en la mesa. La doncella no se marchó esta vez. Permaneció junto a la puerta.

Me hundí en el agua caliente, permitiendo que el calor aliviara temporalmente el dolor constante. Las hierbas medicinales en el agua comenzaron su trabajo de sanar las marcas más recientes, aunque algunas ya eran permanentes. Cicatrices que contaban una historia que nadie debería leer.

La taza me llamaba, su contenido brillaba débilmente bajo la luz del amanecer. El aroma me transportó brevemente a mi cabaña en el bosque, a los días en que usaba estos conocimientos para ayudar a otras mujeres. Solía advertirles sobre los riesgos, sobre cómo el cuerpo nunca olvidaba este tipo de magia. «Algunas decisiones», les decía, «dejan marcas que no se pueden borrar».

Ahora esas advertencias sonaban huecas en mi mente mientras bebía la infusión de un trago. El sabor amargo ya me resultaba familiar, casi reconfortante en su predictibilidad. Mi cuerpo sabía lo que vendría: los calambres, el sangrado, la certeza de que nada de Soren podría echar raíces dentro de mí.

—Es la quinta esta semana. —La voz suave de la doncella rompió el silencio mientras yo me sumergía más profundamente en el agua.

Levanté la mirada, sorprendida de que se atreviera a hablar. Normalmente nuestros rituales transcurrían en un silencio cómplice, sin palabras que pudieran delatarnos.

—El efecto ya no dura tanto —respondí, indiferente—. Necesito más.

Sus ojos mostraron una preocupación que no esperaba ver.

—¿Cuánto… cuánto tiempo lleváis sin vuestro periodo natural? —preguntó, acercándose un poco más a la bañera, como si temiera que las paredes pudieran escuchar.

Solté una risa amarga, vacía de todo humor.

—¿Ahora te preocupa eso? —Los calambres comenzaron a intensificarse, pero ya ni siquiera me molestaban—. No lo sé. Meses, quizás. He perdido la cuenta del tiempo.

La doncella se arrodilló junto a la bañera, sus ojos grises fijos en el agua que comenzaba a teñirse ligeramente de rojo.

—Eso significa… Las infusiones os han quemado las entrañas. Nunca podréis…

—¿Tener hijos? —terminé por ella, y la indiferencia en mi voz pareció sobresaltarla—. Ese era el objetivo, ¿no?

—Pero cuando salgáis de aquí algún día —susurró, sus dedos aferrándose al borde de la bañera—. Cuando esto termine…

No pude contener la risa, una carcajada rota que resonó contra las paredes de hielo.

—¿Algún día? —El agua se agitó mientras me incorporaba para mirarla directamente—. ¿No te ha quedado claro que no voy a salir de aquí? Este es mi destino ahora. —Me señalé el collar en el cuello —. Mi prisión permanente.

—Pero vuestro rey… él vendrá…

—Mi rey se ha casado con otra. Mi rey ha seguido adelante, como debe ser. Y yo… —Me hundí nuevamente en el agua, dejando que cubriera mis hombros—. Yo he tomado mi decisión. El único control que tengo es destruir mi capacidad de darle hijos a Soren. Y lo he hecho. Ya está hecho.

—¿No os importa? —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿No os importa saber que nunca podréis ser madre? ¿Nunca?

Mi mano se posó instintivamente sobre mi vientre. Hubo un tiempo en que la idea me habría destrozado, cuando la posibilidad de tener hijos propios, de crear vida en lugar de solo aliviar el sufrimiento, parecía el mayor regalo que los dioses podían ofrecer. Pero ahora…

—No me importa nada —confesé—. Nada importa ya. Mis sueños, mis deseos, mis esperanzas… todo eso murió en aquel río. —Mi mirada se endureció—. Al menos me he asegurado de que nunca pueda usar mi cuerpo para crear vida. Esa victoria, por pequeña que sea, es mía.

La doncella me miró como si estuviera viendo a una extraña, y quizás lo era. La mujer que había sido, la sanadora, la amante, la posible madre… esa mujer ya no existía.

—Es permanente —añadí, casi para mí misma—. No es solo que no pueda tener hijos con él. Es que no puedo tenerlos con nadie. Nunca. Y esa era exactamente mi intención.

La doncella secó una lágrima furtiva.

—Sois tan joven… —murmuró—. Habríais sido una madre maravillosa.

El dolor en mi vientre se intensificó, como si mi cuerpo quisiera recordarme lo que acababa de sacrificar voluntariamente. Pero no sentí arrepentimiento, solo una calma fría que se extendía desde mi centro hasta mis extremidades.

Los efectos comenzaron mientras me lavaba metódicamente, eliminando cada rastro de la noche anterior. Ya no me sorprendían los dolores, se habían convertido en otra constante en mi nueva vida. Como el collar en mi cuello, como las amenazas sobre lo que les pasaría a los niños si desobedecía, como el asco que sentía cada vez que Soren me tocaba.

Mi vientre se contraía dolorosamente, pero casi agradecía el dolor físico. Era más fácil concentrarse en eso que en el vacío que sentía dentro, que en el eco de una conexión que parecía haberse roto definitivamente esta mañana. La marca había dejado de brillar, pero la sensación de que algo fundamental había cambiado persistía.

Mientras me enjuagaba el cabello, mis pensamientos vagaron hacia las consecuencias de mis decisiones. La posibilidad de no poder tener hijos nunca, de haber destruido esa parte de mí junto con tantas otras, ya no era una duda, sino una certeza. Una certeza que abrazaba como si fuera un escudo.

Pero mientras el agua se teñía ligeramente de rojo, mientras los calambres se intensificaban recordándome que mi cuerpo estaba cumpliendo su propósito de rechazar cualquier semilla de Soren, solo podía sentir un alivio amargo. Este era un precio que estaba dispuesta a pagar, una más de las muchas formas en que me destruía a mí misma para mantener a otros a salvo.

La doncella mayor se retiró silenciosamente para traer ropa limpia y más pociones para el dolor. Comenzaría otro día en este infierno helado, otro día arrastrándome por los pasillos con mi vientre estéril y mis entrañas destruidas. Seguiría tomando las hierbas, no por necesidad —pues ya había logrado lo que quería— sino por hábito, por control, por recordarme que al menos en esto había vencido a Soren. El daño estaba hecho, irreversible. Mi cuerpo ya no sangraba con los ciclos de la luna. Había arrancado de mí esa

posibilidad con la misma determinación con que una vez recogía hierbas curativas. Solo que esta vez lo que había cosechado era mi propia destrucción.

¿Qué importaba mi futuro cuando el presente era una pesadilla de la que no podía despertar? ¿Qué importaba la posibilidad de tener hijos algún día cuando cada noche era una batalla por sobrevivir hasta el amanecer? Esa posibilidad ya no existía, la había inmolado en este altar de supervivencia, la había quemado con cada infusión, con cada dolor aceptado, con cada gota de sangre derramada.

La marca en mi pecho permanecía en silencio ahora, pero el cambio que había sentido persistía. Algo fundamental se había alterado en el tejido del mundo, como mi propio cuerpo se había alterado para siempre. Y yo no podía hacer nada más que seguir adelante, un día tras otro, pagando el precio de mantener a salvo a quienes amaba con cada pedazo de mi ser que sacrificaba en el proceso.

26

Qué hice

Aeran

Durante unos días iban a dejarme en paz, supuestamente por la celebración de mi luna de miel, pero no había nada que celebrar, solo un malestar creciente. Los regalos no dejaban de llegar una y otra vez, cada uno era como un recordatorio cruel de la farsa que ahora era mi vida. Cajas ornamentadas, joyas, telas finas… todos apilados en un rincón de mis aposentos, sin abrir, acumulando polvo como mis propias esperanzas muertas.

Me desperté más tarde de lo que debía, con la cabeza martilleando y la boca seca como pergamino. La botella de vino yacía volcada en la mesa, su contenido había dejado un charco oscuro que se había secado durante la noche. No recordaba cómo había llegado a la cama; las últimas horas eran una neblina confusa de alcohol y pensamientos amargos. Las sábanas estaban enredadas en mis piernas, como si hubiera estado luchando contra mis propios demonios en sueños.

Aunque cada fibra de mi ser rogaba por permanecer en la seguridad oscura de mis aposentos, me forcé a incorporarme. El mundo giró peligrosamente por un momento, pero me obligué a

mantenerme en pie. Un rey no podía esconderse eternamente, por mucho que lo deseara.

—¿Mi rey? —La voz de Cleon atravesó la puerta, demasiado fuerte para mis oídos sensibles.

Gruñí una respuesta ininteligible mientras luchaba con mis propios pies, que parecían haberse olvidado de cómo funcionar.

—¿Cleon?

—Esto… — Su voz denotaba una duda inusual—. Hay alguien que quiere una audiencia.

Me froté el rostro con ambas manos, intentando despejar la bruma del vino y la falta de sueño. Mi barba incipiente raspaba contra mis palmas, otro recordatorio de mi descuido reciente.

—¿Una audiencia? —Las palabras salieron ásperas—. ¿Quién?

Me vestí, mis dedos eran torpes con los botones y cordones. Cuando finalmente abrí la puerta, encontré a Cleon observándome preocupado.

—¿No saben que deben dirigirse a los consejeros? —gruñí, intentando mantener algo de dignidad pese a mi estado lamentable.

—Dice que no es un asunto del reino. —Cleon se removió incómodo—. Que quiere hablar contigo personalmente, que lo manda la reina… —Dudó un momento antes de continuar—. No lo sé, parece un vagabundo. Sus ropas están hechas jirones y tiene ese aire de quien ha visto demasiado. Pero hay algo en su mirada… Dice que es urgente, que solo puede comunicarte su mensaje a ti.

El frío en mi pecho, que se había vuelto mi compañero constante, pareció intensificarse. ¿La reina? ¿Qué reina? ¿Cellina? No, ella apenas me dirigía la palabra desde aquella noche desastrosa.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—En la sala de espera junto al salón del trono. Los guardias querían echarlo, pero hay algo en él… —Cleon volvió a dudar—. Parece derrotado, roto incluso.

—Llévame con él —ordené.

La sala del trono nunca me había parecido tan fría como aquella mañana. Los rayos del sol que se filtraban por los ventanales no

lograban calentar el aire ni disipar las sombras que parecían arrastrarse por las esquinas. Me dejé caer más que sentarme en el trono, agradeciendo en silencio que los consejeros no estuvieran presentes para presenciar mi estado lamentable.

—Hazlo pasar —ordené a Cleon, quien asintió brevemente antes de dirigirse hacia las puertas laterales.

El hombre que entró apenas parecía un ser humano. Sus ropas, que alguna vez debieron ser dignas, ahora eran poco más que harapos manchados y rasgados. Su pelo, largo y enmarañado, estaba salpicado de gris, aunque algo me decía que no era tanto por la edad como por el sufrimiento. Cojeaba ligeramente, y la forma en que mantenía su brazo derecho pegado al cuerpo sugería antiguas heridas mal curadas.

Pero fueron sus ojos los que me golpearon como un puño físico. Eran de un azul profundo, casi violáceo bajo cierta luz, enmarcados por arrugas de dolor y noches sin dormir. Ojos que me recordaban dolorosamente a otros que intentaba olvidar.

—¿Qué asunto te trae ante tu rey? —Mi voz resonó en la sala vacía, más dura de lo que pretendía.

El hombre se inclinó torpemente, y pude ver cicatrices antiguas en su cuello cuando su pelo se movió. Tenía las manos callosas y temblorosas, las marcas en sus muñecas hablaban de años de cadenas.

—Mi señor. —Su voz era ronca, como si no la hubiera usado en mucho tiempo—. Me envía la reina.

Algo en la forma en que pronunció esas palabras hizo que el frío en mi pecho se intensificara. Antes de que pudiera interrogarlo más, el sonido de pasos suaves llamó mi atención. Cellina entró en la sala.

—¿Conoces a este hombre? —pregunté, aunque algo en mi interior ya sabía la respuesta.

Cellina estudió al visitante con una mezcla de confusión y ligera repulsión. Sus ojos recorrieron las cicatrices visibles, la ropa gastada, la desesperación evidente en cada línea de su cuerpo.

—No, mi señor —respondió suavemente—. Nunca antes lo había visto.

—¡Mientes! —El hombre dio un paso adelante, y los guardias llevaron inmediatamente las manos a las empuñaduras de sus espadas. Sus ojos, de un azul cambiante que me resultaba dolorosamente familiar, brillaban con furia y desesperación—. ¡La reina me envió! ¡Me dijo que aquí encontraría ayuda! ¡Me juró que el Rey de Dragio no abandonaría a su gente!

Levanté una mano, listo para ordenar que lo sacaran de mi presencia. Este no era el primer loco que intentaba conseguir audiencia con historias fantásticas, y el dolor de cabeza que aún persistía no me dejaba con paciencia para tales tonterías. Mis sienes palpitaban al ritmo de mi corazón acelerado.

—¡Por favor! —Su grito desesperado me detuvo, una súplica tan descarnada que pareció rasgar el aire mismo de la sala—. ¡He escapado de Gélidia! Tienen… tienen a mi hija.

El mundo pareció detenerse por un instante. El frío en mi pecho se convirtió en hielo puro, congelando mi sangre en las venas.

—La vi allí. —Un sollozo desgarrador escapó de su garganta, tan profundo que parecía surgir de las entrañas mismas de la tierra—. Mi niña. Mi pequeña… La arrastran por los pasillos como si fuera menos que un animal. La exhiben ante la corte como un trofeo. Y él… por los dioses, él…

Se derrumbó de rodillas, y su cuerpo entero se sacudía con sollozos que parecían arrancarle el alma. Los guardias intercambiaron miradas incómodas, inseguros de cómo proceder.

—La forma en que tiembla cuando él se acerca —continuó entre lágrimas, sus manos agarraban el aire como si intentara aferrarse a algo, a cualquier cosa—. Cómo mantiene la cabeza baja, los ojos vacíos… Los guardias… —Su voz se rompió en un gemido animal que me heló la sangre—. Los guardias hablan de lo que le hace el príncipe casi todas las noches. De las cosas horribles que le hace… Se jactan de oír sus gritos, de cómo suplica que pare, de cómo la

fuerza una y otra vez hasta que pierde el conocimiento… Y yo… yo no puedo… estaba en la celda de al lado y no podía hacer nada…

Algo se retorció dentro de mí, una sospecha terrible que no me atrevía a nombrar. Mi estómago se contrajo dolorosamente mientras la bilis subía por mi garganta.

—¿Tu hija? ¿Quién…?

—La llaman su mascota —escupió las palabras como si fueran veneno, como si cada sílaba le quemara la lengua—. Su juguete favorito. «La zorra de Dragio», dicen algunos. «La puta del príncipe», dicen otros. Los guardias se ríen, hacen apuestas sobre qué nuevas marcas tendrá cada mañana, comentan las señales en su cuerpo, los mordiscos, los golpes… —Otro sollozo sacudió su cuerpo, tan violento que pensé que se rompería por la mitad—. La dejan apenas con vida, y luego la curan para que pueda soportar más… Mi pequeña que solía reír mientras recogía hierbas en el bosque, que cantaba mientras preparaba sus remedios… Y ahora se encoge como un animal asustado ante su presencia.

El frío en mi pecho se extendió por todo mi cuerpo, una escarcha mortal que paralizaba cada músculo, cada pensamiento. Sentí que me hundía, que me ahogaba en un mar helado de posibilidades horribles. No podía ser. No podía…

—Tiene algo, algún tipo de control sobre ella —continuó, aparentemente ignorando mi arrebato, cada palabra era como un puñal que se hundía más profundamente en mi corazón—. Un collar negro que nunca le quitan. Y ella… ella no puede irse, o no quiere, no lo sé… —Se tiró del pelo con desesperación—. La mantienen allí, usando algo contra ella. Cada vez que intenta resistirse, cada vez que desobedece… La castigan de formas que ni siquiera me atrevo a describir.

Se cubrió el rostro con manos temblorosas, pero no antes de que viera el dolor descarnado en sus ojos. Esos ojos tan familiares, tan terriblemente similares a…

—¿Cómo se llama? —pregunté, aunque una parte de mí ya sabía la respuesta, ya temía las palabras que destruirían mi mundo—.

¿Cómo se llama tu hija?

—Nefely — susurró, y el nombre fue como una daga en mi corazón, como un rayo que partiera el cielo en dos—. Mi pequeña Nefely…

El aire abandonó mis pulmones. Mis oídos zumbaban. Por un momento, todo desapareció excepto esas palabras resonando en mi mente.

—¡Mientes! —rugí, poniéndome de pie tan bruscamente que el mundo pareció girar bajo mis pies. El trono crujió a mis espaldas—. ¡Es imposible! —Mi voz retumbó en las paredes, haciendo eco como el rugido de un animal herido.

—¡No miento! —gritó con desesperación, su rostro contorsionado por el dolor y la súplica. Sus manos se extendieron hacia mí como si pudiera alcanzarme a través del abismo que nos separaba—. ¡Lo juro por todos los dioses! Por la memoria de mi esposa, por la sangre que corre por mis venas… Es mi hija, mi Nefely. —Su voz se rompió en la última sílaba del nombre, como si pronunciarlo fuera a la vez un consuelo y una tortura—. Está prisionera allí y le hacen cosas terribles… Cosas que ningún padre debería saber sobre su hija. No sé por qué no puede irse, qué la retiene, pero algo la obliga a quedarse… —Se arrastró unos centímetros más hacia mí, sus rodillas rozando el frío mármol del suelo—. Por favor… Por favor, ayudadla…

La desesperación en su voz era tan pura, tan descarnada, que sentí que me ahogaba en ella. Mi mirada encontró a Thorak en la entrada. Mi capitán, siempre estoico, siempre controlado, tenía una palidez mortal en el rostro, como si hubiera visto un fantasma. Sus ojos reflejaban el mismo horror que yo sentía crecer en mi pecho, la misma comprensión terrible que comenzaba a formarse en los bordes de mi consciencia.

— ¿Cómo… cómo puedes estar seguro?

El hombre alzó la mirada, y el dolor en sus ojos me atravesó como una espada. No era la angustia normal de un padre

preocupado; era el tormento puro de quien ha presenciado algo tan horrendo que ha quebrado algo fundamental en su interior.

—Porque lo mismo pasó con otra muchacha…

Se pasó una mano temblorosa por el rostro, como si intentara borrar los recuerdos, como si pudiera limpiar las imágenes grabadas a fuego en su mente. Sus dedos dejaron surcos en su piel sucia, como si quisiera arrancarse la carne misma.

—Era hermosa. Dulce. El matrimonio fue arreglado, por supuesto. Todos pensaron que sería una unión perfecta. El príncipe Soren parecía tan encantador, tan gentil al principio…

Mi estómago se revolvió. La historia de Lyanna… la recordaba vagamente, susurros en los consejos, advertencias veladas que nunca tomé en serio. Una princesa que había muerto en circunstancias misteriosas, una tragedia diplomática que casi había desatado una guerra.

—Le puso el mismo collar —continuó—. Negro, con una piedra que brilla cuando… cuando la están lastimando. —Su voz se redujo a un susurro estrangulado—. Les permite saber exactamente dónde están, qué hacen. No pueden quitárselo, no pueden escapar. Es como una condena perpetua.

Thorak dio un paso adelante, su mano apretada en la empuñadura de su espada con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Podía oír su respiración, pesada y controlada, pero bajo ese control, percibía la misma rabia ardiente que comenzaba a consumirme.

—Al principio eran pequeñas cosas. —El padre de Nefely se estremeció, abrazándose a sí mismo como si intentara protegerse del frío o quizás de sus propios recuerdos—. Un empujón aquí, un insulto allá. Pequeñas crueldades que podían pasarse por accidentes. Pero luego… Los guardias hablaban. Se reían. Compartían lo que habían visto, lo que habían oído. Comentaban los gritos en la noche, las marcas en su piel, cómo el príncipe…

—Cómo disfrutaba haciéndole daño —completé.

El hombre asintió, incapaz de repetir esa abominación.

El frío en mi pecho se había convertido en algo vivo, algo que me consumía desde dentro. Ya no era el hielo de la traición; ahora era el fuego helado de un odio más puro y destructivo que cualquier cosa que hubiera sentido antes.

—Resistió casi un año —susurró—. Un año de… de cosas que ningún ser humano debería soportar. —Sus ojos se perdieron en la distancia, como si estuviera viendo algo más allá de las paredes del castillo—. Hasta que una noche… —Cerró los ojos con fuerza, como si pudiera bloquear la imagen—. La encontraron al amanecer, bajo su balcón. En el patio de piedra. Se había arrojado desde lo alto… o la habían empujado. Nadie lo sabe con certeza. Dicen que sonreía. Era la primera vez que la veían sonreír en meses.

Un silencio terrible cayó sobre la sala. Podía oír la respiración agitada de Thorak, los sollozos contenidos del hombre ante mí.

—Y ahora… Ahora le está haciendo lo mismo a mi niña. Pero es peor, mucho peor. Los guardias dicen… dicen que nunca lo habían visto tan obsesionado, tan cruel. Hablan de cómo la usa para sus juegos enfermizos, cómo la rompe un poco más cada noche… —Su cuerpo se sacudió en un espasmo de dolor—. Se jactan de oírla gritar. Se ríen de cómo el príncipe la marca como a un animal, para que todos sepan a quién pertenece.

—El collar —interrumpí, mi propia voz sonaba extraña en mis oídos—. Dices que es negro, con una piedra. ¿La piedra… tiene una grieta?

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Sí —susurró—. ¿Cómo…?

Pero yo ya no lo escuchaba. Porque todo encajaba. Las piezas caían en su lugar con una claridad devastadora: su comportamiento en la explanada, el miedo en sus ojos cuando Soren la tocaba, la forma en que se encogía ante su voz, cómo su cuerpo temblaba cuando él se acercaba demasiado…

—Los moretones —murmuré, más para mí mismo que para los demás—. Las marcas en su cuello, en sus brazos…

—El príncipe las marca a propósito. Para que todos vean que son suyas. Para que todos sepan lo que les hace. Con Lyanna empezó igual: primero donde todos podían ver, luego… Luego en lugares que solo él podía ver.

Mi mente volvió a ese último encuentro, a cómo había interpretado cada gesto, cada palabra, completamente al revés. Lo que había tomado por traición era supervivencia. Lo que había visto como desprecio era terror puro. La forma en que evitaba mi mirada, cómo sus manos temblaban, cómo su voz sonaba muerta, vacía…

—Pero ella es fuerte —continuó su padre—. Mi Nefely siempre fue fuerte. Algo la mantiene allí, algo más que el collar. Los guardias hablan… dicen que el príncipe tiene algo sobre ella, algún tipo de amenaza que la hace someterse voluntariamente a… A cosas que harían que Lyanna pareciera afortunada en comparación.

Thorak soltó una maldición por lo bajo, y cuando lo miré, vi que había llegado a la misma conclusión que yo.

—Los niños —susurró mi capitán—. La está amenazando con los niños.

El mundo pareció detenerse por un instante. Porque por supuesto que era eso. Claro como el agua. Por supuesto que Nefely se sometería a cualquier horror, soportaría cualquier tormento, sufriría cualquier indignidad, si eso significaba mantener a salvo a mis hermanos. A esos niños que había amado como propios, que la adoraban, que la llamaban «mamá» en los momentos de mayor vulnerabilidad.

Y yo, ciego en mi dolor, sordo en mi orgullo herido, no había visto nada. Absolutamente nada.

La vergüenza me atravesó como una lanza, seguida por una furia tan intensa que sentí que mis entrañas se incendiaban. Cada instante que ella había pasado sufriendo bajo las manos de ese monstruo era culpa mía. Cada lágrima, cada grito, cada humillación… todo caía sobre mis hombros como una montaña de piedra.

De repente, recordé su reacción en la explanada, cómo su máscara de frialdad se había roto al ver a Cleon. Cómo se había enfurecido ante su presencia allí, cómo había intentado protegerlo incluso mientras fingía no importarle. La comprensión me golpeó con fuerza demoledora: incluso en medio de su propio infierno, su primer instinto había sido mantener a mi hermano lejos del peligro. Mientras yo la acusaba de traición, ella estaba sacrificando cada fragmento de su ser para proteger a los míos.

Mis manos temblaban incontrolablemente. La bilis subía por mi garganta. Necesitaba saberlo todo.

Una pregunta terrible se formó en mi garganta, una que necesitaba hacer, aunque temía la respuesta más que a nada en el mundo. Mi voz sonó extraña cuando por fin conseguí hablar, como si proviniera de las profundidades de una tumba.

—Los guardias… ¿Han dicho si él… si Soren ha…? —No pude terminar la pregunta, las palabras se negaban a salir. ¿Cómo poner en palabras algo tan atroz, tan impensable?

El rostro del hombre se contorsionó en una máscara de agonía pura. Su cuerpo entero parecía encogerse ante el horror de lo que estaba a punto de confirmar.

—Sí —susurró, y esa simple palabra contenía más horror que mil gritos—. Cada noche.

Cada palabra era como un cuchillo que se retorcía en mis entrañas. La imagen de Nefely, mi Nefely, sometida a tales abominaciones hizo que la rabia me consumiera. Mi visión se tiñó de rojo, el aire en mis pulmones ardía como si respirara llamas. Tuve que sujetarme para no caer de rodillas.

Bajo el horror, bajo la rabia, estaba el ácido corrosivo de la culpa. Porque yo la había abandonado. Yo la había condenado. Yo había creído lo peor de ella cuando debería haber visto la verdad.

Y yo… yo la había acusado de traición. La había abandonado a su suerte, creyendo sus mentiras porque era más fácil que ver la verdad. La había dejado en manos de un monstruo, creyendo que

era su elección, mientras ella soportaba horrores inimaginables para mantener a salvo a mi familia.

El frío en mi pecho se transformó en algo más oscuro, más peligroso. Ya no era el hielo de la traición, sino el fuego helado de una furia que amenazaba con consumir el mundo entero. Una rabia tan pura, tan devastadora, que trascendía cualquier cosa que hubiera sentido antes. Esta no era la ira de un rey ofendido. Era la furia primaria de un hombre que acababa de descubrir que la mujer que amaba estaba siendo torturada, violada, humillada, mientras él había estado lamentándose en su castillo.

Soren pagaría. Pagaría con sangre y dolor cada marca en su piel, cada lágrima derramada, cada grito en la noche. Pagaría por cada vez que había forzado a Nefely, por cada humillación, por cada momento de terror. Lo destrozaría con mis propias manos, lo desmembraría lentamente, le arrancaría la piel tira a tira. Haría que suplicara por una muerte que tardaría en llegar. Y cuando terminara con él, el mundo entero sabría lo que significaba despertar la furia de un rey que acababa de descubrir que el amor de su vida había estado sacrificándose en un infierno para mantener a salvo a quienes amaba.

Nunca había sentido el impulso de matar con tal ferocidad. No era una cuestión de justicia, ni siquiera de venganza. Era necesidad, pura y simple. Tan esencial como respirar.

El rugido de la sangre en mis oídos ahogaba todo lo demás mientras me dirigía hacia las puertas. Cada paso resonaba con una promesa de violencia, cada latido de mi corazón era un recordatorio más del tiempo que la había dejado sufrir. Mi mano ya buscaba la empuñadura de mi espada, ansiando sentir el peso del acero, imaginando cómo se hundiría en la carne de Soren.

—¡Mi señor! —La voz de Thorak cortó a través de mi furia—. ¡Aeran, detente!

Sus manos se cerraron sobre mis hombros, intentando frenarme. En cualquier otro momento, habría respetado su atrevimiento de

tocarme. Ahora solo quería apartarlo de mi camino, destruir cualquier obstáculo entre Nefely y yo.

—¡Suéltame! —rugí, intentando liberarme con una fuerza nacida de la desesperación—. ¡Tengo que ir por ella! ¡Ahora! ¡Cada momento que pasa es otro momento en sus manos!

Podía sentir la vena en mi sien pulsando, la presión de la sangre rugiendo en mis oídos. Si no hacía algo, si no actuaba ya, sentía que explotaría desde dentro.

—¡Draluz no puede volar! Sus alas aún no han sanado. ¿Cómo piensas llegar a Gélidia?

—¡No me importa! ¡Iré a pie si es necesario! ¡Arrastraré mi maldito ejército a través de la nieve! ¡La sacaré de allí, aunque tenga que derribar ese castillo piedra por piedra con mis propias manos! ¡No pasará ni una noche más en manos de ese monstruo! ¡No permitiré que la toque de nuevo! ¡Voy a despellejarlo vivo!

—¿Y qué crees que le hará Soren cuando te vea llegar? —La voz de Thorak bajó hasta ser apenas un susurro, sus ojos perforaron los míos con intensidad brutal—. ¿Qué le hará a ella, a los niños, si actuamos sin pensar? Si de verdad la está usando como escudo, como amenaza contra los pequeños… ¿qué crees que hará cuando vea acercarse a nuestro ejército?

Sus palabras fueron como agua helada sobre mi furia. Porque tenía razón. Por supuesto que tenía razón. Soren la tenía completamente a su merced, y cualquier movimiento en falso por mi parte podría significar más sufrimiento para ella, o algo peor.

Porque Soren no era solo un monstruo. Era un monstruo con poder, un monstruo con un rehén que yo amaba más que a mi propia vida.

Me giré bruscamente, encontrándome con la mirada atónita del hombre que seguía arrodillado en el suelo. El padre de Nefely. El hombre que ella había llorado durante años, creyéndolo muerto en una guerra que ahora parecía tan lejana.

—¿Conocéis a mi hija? —preguntó con voz temblorosa, y pude ver en sus ojos el mismo azul cambiante que tanto amaba en los de

ella.

¿Cómo explicarle que su hija, la pequeña que recordaba recogiendo hierbas en el bosque, se había convertido en algo más? ¿Que había sanado, no solo cuerpos, sino almas; que había dado amor y esperanza a una familia rota?

—Nefely… —Mi voz se rompió al pronunciar su nombre, como si las sílabas mismas estuvieran cargadas de todo el dolor y la culpa que sentía—. Nefely es la reina de Dragio.

El silencio que siguió fue absoluto.

—¿La reina? —susurró, mientras las lágrimas corrían libremente por su rostro demacrado—. Mi pequeña… ¿es tu reina?

—Lo es —confirmé—. Aunque nunca tuvimos tiempo de hacerlo oficial. La guerra… La perdimos justo antes de…

¿Cómo explicarle que su hija había estado dispuesta a dar su vida por nosotros? ¿Que incluso ahora, mientras soportaba horrores inimaginables, lo hacía para proteger a una familia que ni siquiera era la suya por sangre? ¿Cómo confesar que yo, el hombre que juraba amarla, la había abandonado creyendo una mentira?

Pero en ese momento, mirando a los ojos del hombre que le había dado la vida, juré silenciosamente que recuperaría a Nefely. La salvaría de ese infierno y luego pasaría el resto de mi vida intentando compensarla por mi ceguera, por mi traición a su lealtad.

El hombre se puso de pie con dificultad, sus piernas temblaban por el esfuerzo.

—Todo este tiempo… —murmuró—. Cuando los guardias hablaban de Dragio, de un rey que la había tenido primero… Era vos. Vos sois el hombre que ella… —No pudo encontrar las palabras adecuadas.

—El hombre que la abandonó —completé, y el sabor amargo de la culpa amenazaba con ahogarme—. El hombre que creyó sus mentiras porque era más fácil que ver la verdad. El hombre que la dejó en manos de ese monstruo porque estaba demasiado ciego para ver que se estaba sacrificando por todos nosotros.

Me giré bruscamente, estrellando mi puño contra la pared en un estallido de rabia que no pude contener. El dolor físico fue un alivio momentáneo ante la agonía que me quemaba por dentro.

—¡Maldita sea! —rugí, golpeando nuevamente la pared hasta que mis nudillos sangraron.

Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente encontraron su camino. Las dejé caer sin vergüenza, sin intentar ocultarlas. Porque aquí estaba, frente al padre de la mujer que amaba, confesando cómo había fallado en proteger a su hija.

—¿Sabéis lo que le dije cuando la vi allí? —Mi voz temblaba con una mezcla tóxica de autodesprecio y rabia mientras miraba a Thorak—. La acusé de traición. La miré a los ojos, vi su terror, vi los moretones en su piel, ¡y aun así la acusé! ¡Como si ella hubiera elegido ese infierno! ¡Como si prefiriera las manos de ese demonio a… a…!

No pude terminar. Me derrumbé de rodillas.

—Thorak. Prepara una habitación en el ala este. Que la acondicionen con todo lo necesario. Ropa limpia, un baño caliente, comida… —Miré las heridas apenas cicatrizadas en los brazos del hombre—. Y que venga el maestre.

—Mi señor… —comenzó él, pero lo interrumpí.

—No. No me llaméis así. No cuando soy tan responsable como Soren de lo que le está pasando a vuestra hija. No cuando mi orgullo herido la condenó a un destino peor que la muerte.

Me puse en pie aún sabiendo que merecía estar de rodillas.

—¿Qué clase de rey soy? —susurré, más para mí mismo que para los demás—. ¿Qué clase de hombre abandona a la mujer que ama en manos del enemigo porque no puede ver más allá de su propio dolor?

El hombre me miró con una intensidad que me recordó dolorosamente a ella. Sus ojos, del mismo azul cambiante que tanto había amado en los de Nefely, parecían atravesarme hasta el alma.

—Ella… ¿Era feliz aquí? ¿Antes de…?

La pregunta me atravesó como una daga. Imágenes de Nefely riendo mientras jugaba con los niños, sus ojos brillando mientras preparaba sus remedios en el jardín, la forma en que cantaba suavemente mientras peinaba el cabello de Venya…

—Más que feliz —respondí suavemente—. Era… era luz pura. Este castillo había sido un lugar frío, muerto. Mis hermanos apenas se atrevían a reír. Pero ella… ella trajo vida a estas piedras. Los niños volvieron a jugar, a soñar. Las doncellas la adoraban, aunque no lo mostraran abiertamente. Incluso los guardias más hoscos sonreían cuando ella pasaba. Era como si… como si hubiera descongelado algo que llevaba años enterrado bajo el hielo.

—¿La amabais?

—La amo —corregí con fiereza—. La amo más que a mi propia vida. Más que a mi corona, que a mi reino. Ella es… es el aire que respiro, la luz que guía mis pasos.

Me acerqué a él, mis manos temblorosas se cerraron sobre sus hombros.

—La amo tanto que preferiría ver arder este reino hasta los cimientos antes que vivir un día más sabiendo que está sufriendo por mi culpa. La amo tanto que el frío en mi pecho se ha convertido en un infierno helado que me consume con cada respiración. La amo y la he condenado con ese amor. La he condenado porque no supe verla realmente, porque no supe… no supe protegerla como ella nos ha protegido a todos.

Un sollozo ahogado desde la puerta me hizo girar bruscamente. Cleon estaba allí, las lágrimas corrían libremente por su rostro mientras se apoyaba en el marco para no caer. Debía haber escuchado toda la conversación, cada terrible revelación.

Mi corazón se contrajo al ver a mi hermano así, tan joven y destrozado. En dos zancadas llegué hasta él, atrapándolo cuando sus rodillas cedieron.

—Lo siento. —Sollozó contra mi pecho—. Lo siento tanto… Yo… yo la odiaba. Creí que nos había traicionado, que todo había sido mentira. Le dije cosas horribles…

—Shh. —Lo abracé con fuerza, sintiendo sus lágrimas empapar mi camisa—. No es tu culpa. Ella… ella quería que la odiáramos. Era la única forma de mantenernos a salvo.

—La llamé… la llamé traidora. Le grité que éramos su familia y que nos había vendido. Que todo el amor que nos mostró era mentira. ¡Le dije que ojalá nunca hubiera venido a nuestras vidas! —Sus palabras terminaron en un grito desgarrador—. ¡Y todo el tiempo ella estaba protegiéndonos! ¡Todo el tiempo estaba sacrificándose para que ese monstruo no nos hiciera daño! ¡Su mirada, Aeran! Sus ojos… eran como los de un animal atrapado. ¡Debí darme cuenta!

—Ninguno nos dimos cuenta —murmuré—. Estábamos tan cegados por el dolor de su supuesta traición que no vimos lo que estaba justo frente a nosotros. Yo más que nadie. Yo que la conocía mejor que nadie, yo que había visto su corazón, su alma… yo que juré amarla, protegerla…

Cleon se apartó lo suficiente para mirarme.

—La traeremos de vuelta, ¿verdad? —preguntó—. La salvaremos de ese monstruo.

—Sí —prometí, y cada palabra era un juramento escrito en sangre—. La traeremos de vuelta. Y entonces… entonces le mostraremos a Soren exactamente lo que significa meterse con nuestra familia.

Me giré hacia Thorak, que había permanecido en silencio, observando la escena con rabia.

—Reúne al consejo —ordené—. Y quiero que Cleon esté presente.

Thorak frunció el ceño, sus ojos se posaron en mi hermano que aún temblaba por los sollozos.

—¿Está seguro? —preguntó suavemente—. ¿No ha escuchado ya suficiente horror por hoy?

—No. Necesita estar allí. Necesita entender cómo funcionan realmente las cosas, cómo se toman las decisiones que cambian reinos. Y sobre todo… —Miré a Cleon—. Necesita ver que haremos

esto bien. Que no dejaremos que la furia nos ciegue y pongamos a Nefely en más peligro.

Por primera vez desde que conocía a Thorak parecía derrotado, cansado, como si hubiera fallado en su misión.

—Haré que las doncellas preparen todo —dijo—. Un baño caliente, ropa limpia, comida y llamaré al maestre para que atienda esas heridas.

—Quiero que use los aposentos del ala este real —añadí—. Los que tienen vista al jardín de hierbas medicinales.

El padre de Nefely ahogó un sollozo.

—Siempre amó las plantas —susurró—. Desde pequeña… La encontraba dormida entre sus libros de herbolaria, estudiando cada propiedad, cada uso posible. Tan pequeña que apenas podía cargar los tomos, pero tan testaruda…

Su voz se quebró, y por un momento vi el reflejo del mismo dolor desgarrador que me consumía. El dolor de un padre que ha visto sufrir a su hija sin poder hacer nada para protegerla.

—Cuando la oí gritar por primera vez… Desde mi celda… No sabía que era ella, pero algo en esos gritos me partía el alma. Noche tras noche, los guardias se reían, comentaban lo que le estaba haciendo. Yo… yo intentaba taparme los oídos, pero las paredes… las paredes eran tan delgadas…

—No podías hacer nada. Estabas encadenado, prisionero. Como ella lo está ahora.

—Pero tú puedes. —Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad feroz—. Tú tienes un ejército. Dragones. Poder. Tú puedes salvarla. Puedes hacer lo que yo no pude hacer durante todos estos años: protegerla.

—La traeremos de vuelta a su jardín, a sus plantas, a su familia. —Me giré hacia Thorak—. Asegúrate de que tenga todo lo que necesite. Y que las doncellas sean discretas. No quiero que nadie fuera de nuestro círculo más cercano sepa de su presencia aquí.

Thorak asintió, su mano descansando inconscientemente sobre la empuñadura de su espada.

27

Nadie obedece siempre

Nefely

Ya no sentía las rodillas, el frío se había colado por todos los huecos del vestido mientras veía a Estros ante mí, gruñendo como un animal herido. El muy estúpido nos había seguido después del encuentro, incapaz de abandonar a la jinete que había elegido, aunque esa elección ahora fuera una cadena más en mi prisión.

—¡Díselo! —chilló Soren detrás de mí.

Me giré para enfrentarlo; el cansancio y el frío habían erosionado cualquier instinto de autopreservación. Su figura imponente, protegida del frío con una capa gruesa y guantes de piel, contrastaba brutalmente con mi vestido fino empapado por la nieve. «En algún momento tendría que dejarme entrar», me dije. No podía permitir que su juguete favorito muriera congelado.

—¡Ordénaselo! —volvió a gritar, esta vez a ambos, como si Estros y yo fuéramos simples mascotas que debían bailar a su son.

Suspiré; el aire helado quemaba mis pulmones.

—No sé.

El príncipe Caelum, parado junto a su hermano como una sombra más alta y cruel, comenzó a reírse como si acabara de escuchar el

mejor chiste de su vida. Estos dos príncipes de hielo, convencidos de que podrían conquistar reinos con una jinete que apenas podía mantenerse sobre un caballo, que seguía cerrando los ojos cuando volaba demasiado alto, que estaba tan lejos de ser la villana que necesitaban como el sol lo estaba de la luna.

—Entonces, me estás diciendo que la chica no puede darle órdenes al puñetero dragón —Caelum siguió riendo.

Mis ojos se posaron en Estros, en los grilletes que aprisionaban sus patas y su hocico. Metal forjado con magia, habían dicho, capaz de contener incluso a un dragón enorme. Pero yo sabía la verdad: esas cadenas eran tan inútiles como las amenazas de Soren si decidía ordenarle que los redujera a cenizas. El pensamiento me tentó durante un instante terrible.

La mano de Soren se cerró alrededor de mi brazo, arrancándome del suelo con una violencia que se había vuelto rutinaria.

—Puta insolente, haz que te obedezca —siseó Soren contra mi oído.

—Ya te he dicho que no puedo, que no sé.

Caelum dio un paso hacia nosotros, sus botas crujieron sobre la nieve como huesos rompiéndose.

—¿El poderoso rey Aeran no te enseñó a controlar a tu dragón?

—No quise nada que tuviera que ver con dragones, me aterraban.

Vi la risa formándose en los labios de Caelum antes incluso de que el sonido escapara. Era como su hermano en eso: ambos encontraban un placer perverso en el sufrimiento ajeno.

—No sabe controlar a los dragones y te deja la cara marcada, hermano —se burló, señalando los surcos sangrantes que mis uñas habían dejado en el rostro de Soren—. Esto es maravilloso.

Los dedos de Soren se clavaron más profundamente en mi brazo, y esta vez no pude contener el gemido de dolor. El sonido pareció despertar algo en Estros. El dragón gruñó con una furia que hizo temblar el aire mismo, su enorme cabeza se acercó lentamente mientras abría las fauces tanto como los grilletes le permitían. El

fuego brillaba en su garganta, preparado para que yo se lo ordenase.

—¿Qué hace? —La nota de miedo en la voz de Soren fue casi satisfactoria.

—Estás haciendo daño a su jinete —respondí, permitiéndome una pequeña sonrisa. Era peligroso provocarlo, lo sabía, pero algo dentro de mí se había roto—. Puede romper esos grilletes y reducirte a cenizas en un instante.

—¡¿Eso sí que puedes y quieres, verdad?! —rugió.

Negué con la cabeza mientras observaba cómo Estros no apartaba sus ojos del príncipe que se atrevía a lastimar a su jinete.

—No, es puro instinto, y si me haces daño… —No terminé la frase porque Soren apretó con más fuerza, arrancándome otro gemido que hizo que el fuego en la garganta de Estros brillara con más intensidad.

Me lanzó contra el suelo helado, un gesto de desafío tanto hacia mí como hacia el dragón que gruñía cada vez más amenazante.

—Dile que se calme —ordenó.

—No… —Por un glorioso momento, imaginé cómo sería dejar que Estros hiciera lo que claramente deseaba, cómo sería ver a estos príncipes crueles reducidos a cenizas bajo el fuego de un dragón… De mi dragón.

Soren se giró hacia su hermano, que parecía estar disfrutando del espectáculo.

—Dile a mi infiltrado en Dragio que vaya a por…

—Vale… Vale… —me rendí.

Me incorporé lentamente mientras no dejaba de pensar en él ardiendo.

—Estros… —No necesité decir más.

Cerró sus fauces con un sonido metálico, el fuego en su garganta se extinguió como una estrella muriendo. Vi cómo se contenía, cómo cada fibra de su ser luchaba contra el instinto de proteger a su jinete.

Pero al final, como yo, no tenía más opción que obedecer. Porque así era como funcionaba el amor: te convertía en prisionero de tus propios miedos, te forzaba a someterte para proteger a otros. Y mientras veía a Estros retroceder, mientras sentía la satisfacción cruel de Soren irradiando a mi espalda, me pregunté si algún día encontraríamos la forma de liberarnos de estas cadenas que nosotros mismos nos habíamos forjado.

La sonrisa de Soren se ensanchó mientras se acercaba.

—Ahora que has aprendido a ser más obediente —susurró—, tengo una misión especial para ti, mi amor.

No pregunté. Había aprendido que las preguntas solo lo provocaban, que cualquier muestra de curiosidad o resistencia sería pagada con sangre… generalmente no la mía.

—La nueva reina de Dragio —pronunció—. Tu reemplazo. Quiero que entres en su mente. Que la… persuadas de tomar ciertas decisiones.

Lo miré esperando que terminase.

—Quiero que la mates —declaró—. Que la hagas saltar desde su balcón, tal vez. O quizás… podrías hacer que se ahogue en su baño. Sería poético, ¿no crees? Como tú deberías haber muerto.

Una risa histérica, inesperada incluso para mí, brotó de mi garganta. Comenzó como un pequeño espasmo y creció hasta convertirse en una carcajada demencial que resonó contra las paredes de hielo. No era alegría, sino la culminación del dolor transformado en algo irreconocible, como el hielo que se quiebra bajo demasiada presión.

—No. No lo haré.

Pero incluso mientras mi boca pronunciaba la negativa, algo oscuro y retorcido en mi interior susurraba otras verdades. Porque sí quería. Que los dioses me perdonaran, pero una parte de mí ansiaba destruir a la mujer que ahora ocupaba mi lugar. Que dormía en la cama que debería haber sido mía, que besaba los labios que me habían jurado amor eterno.

La imagen de ella, perfecta y noble, vistiendo la corona que debería haber sido mía, me revolvía las entrañas con una mezcla de odio y envidia que me asustaba. ¿Cómo sería su vida? ¿Aeran la amaría como me había amado a mí?

—Oh, pero lo harás. Porque, si no, podemos hacer que el pequeño Kieran pruebe lo que es volar sin dragón.

Por mucho que odiara a esta nueva reina, por mucho que mi corazón gritara por venganza, no podía convertirme en esto. No podía ser el monstruo que Soren quería hacer de mí.

—He dicho que no —le repetí en la cara—. Mátame si quieres, tortúrame, pero no me convertiré en una asesina.

Ahora fue él quien se rio.

—¿Una asesina? Mi dulce Nefely, ¿crees que tienes elección? ¿Crees que tu moral, tus pequeños escrúpulos, significan algo cuando las vidas de esos niños están en juego?

¿Qué era mi alma comparada con la vida de Kieran?

—No puedes obligarme —susurré—. Ni siquiera con el collar. No puedes forzarme a usar mis dones para matar.

—¿Estás segura de eso, mi amor?

Algo dentro de mí se liberó entonces.

—Podría hacerlo ahora mismo —dije encogiéndome de hombros —. Podría ordenarle a Estros que te redujera a cenizas antes de que pudieras parpadear. Sin amenazas, sin advertencias. Solo… fuego.

Me golpeó. Mi cabeza giró bruscamente hacia un lado. Estros rugió, las cadenas crujieron peligrosamente.

Soren agarró el rostro, forzándome a mirarlo.

—Oh, podrías —susurró, mientras su pulgar limpió la sangre—. Podrías matarme aquí mismo. Pero ¿sabes qué pasaría entonces? Tengo órdenes muy específicas esperando a ser ejecutadas. Si algo me sucede, si un solo pelo de mi cabeza es tocado… Dragio arderá. No quedará piedra sobre piedra, no habrá supervivientes. Cada hombre, cada mujer, cada niño… Todo reducido a cenizas.

Lo decía en serio. Podía verlo en sus ojos, en la forma en que saboreaba cada palabra.

—No te atreverías. Tu padre no permitiría…

—¿Crees que mi padre se opondría a la destrucción total de nuestro mayor enemigo? ¿A la oportunidad de borrar a Dragio del mapa para siempre?

—No.

—Sí. Y lo mejor es que ni siquiera tendrían que saber por qué mueren. Morirían maldiciendo a su rey, preguntándose qué hizo para provocar tal venganza. —Su mano libre acarició la mejilla donde me había golpeado—. ¿Te imaginas cómo se sentiría tu amado Aeran? ¿Ver su reino reducido a cenizas sin siquiera saber por qué?

—Eres un monstruo —susurré.

—Y tú eres mía —respondió con esa sonrisa que había aprendido a temer—. Mi pequeña asesina en entrenamiento. Y harás exactamente lo que te ordene.

Estros gruñó nuevamente, pero incluso él parecía entender la futilidad de nuestra situación. Porque, ¿qué era el poder de un dragón contra la crueldad calculada de un hombre dispuesto a destruirlo todo?

Exhalé lentamente, dejando que el frío me llenara mis pulmones. Cerré los ojos por un momento, permitiéndome un último instante de resistencia antes de someterme completamente.

—¿Qué quieres que haga exactamente?

—Espera. —Caelum dio un paso hacia nosotros—. Hermano, deberías reconsiderar esto.

Soren se giró bruscamente.

—¿Reconsiderar qué?

—Ventara. No son nuestros enemigos, son nuestros aliados, ¿lo recuerdas?

—¿Y?

—Y si su princesa muere en circunstancias sospechosas tan poco después de su boda con Dragio… El Rey Aric no es estúpido. Sabrá dónde buscar a los culpables.

Caelum, notando la vacilación de su hermano, presionó más:

—Piénsalo. ¿Vale la pena arriesgar nuestra alianza con Ventara solo para torturar a Aeran? Hay otras formas de hacerlo sufrir que no impliquen…

—No hay otra manera. De hecho, hermano, esto podría beneficiarnos más de lo que crees.

—¿Beneficiarnos? —Caelum arqueó una ceja.

—El Rey Aric tiene más hijas. Una de las princesas, dicen que es incluso más hermosa que Cellina. Y una tiene dieciséis años, pero ya está en edad casadera.

Caelum pareció comprender algo que yo no.

—Cuando su preciosa Cellina muera tan trágicamente —continuó Soren—, Ventara estará desesperado por mantener sus alianzas. ¿Y qué mejor manera que ofrecer otra de sus hijas en matrimonio?

—Padre siempre ha admirado a sus princesas —murmuró Caelum.

—Exactamente. Y tú, hermano… bueno, la pequeña podría ser una esposa adecuada para el príncipe heredero de Gélidia, ¿no crees?

El brillo en los ojos de Caelum me revolvió el estómago. Porque podía verlo calculando, sopesando los beneficios potenciales contra los riesgos.

—Ventara tiene los mejores puertos del continente —reflexionó en voz alta—. Y sus rutas comerciales…

—Serían nuestras —completó Soren—. Todas nuestras. Dragio destruido por el dolor, Ventara atado a nosotros por matrimonio… Un pequeño sacrificio por un premio tan grande, ¿no crees?

—¿Y si sospechan? —Pero la duda en la voz de Caelum era cada vez menor.

—¿Cómo podrían? —Soren me sacudió ligeramente—. Mi pequeña Nefely aquí presente se asegurará de que parezca un accidente perfectamente creíble. Después de todo, ¿quién sospecharía que la dulce reina de Dragio fue empujada a la muerte por una fuerza invisible? ¿Que sus propios pensamientos fueron envenenados hasta que el suicidio parecía la única salida?

No solo querían que matara a una mujer inocente; querían usar su muerte como una pieza más en su juego de poder, como una excusa para forjar nuevas alianzas sobre sangre derramada.

—Las princesas de Ventara son conocidas por su belleza —continuó Soren—. Qué tragedia que la más hermosa de ellas sucumbiera a la presión de ser reina tan joven. Que la soledad del matrimonio con un rey que claramente seguía enamorado de su anterior amor la llevara a tomar tan drástica decisión…

—Y cuando Ventara busque consuelo y nuevas alianzas… —Caelum sonrió.

—Estaremos allí —completó Soren—. Como los aliados comprensivos que somos, dispuestos a fortalecer lazos a través del matrimonio. Después de todo, ¿qué padre no querría asegurar el futuro de sus hijas restantes después de perder una tan trágicamente?

Esto era más que un asesinato: era el comienzo de una cadena de eventos que destruiría múltiples vidas, que alteraría el destino de reinos enteros.

Y yo sería el instrumento de toda esa destrucción. La mano invisible que empujaría la primera ficha del dominó, iniciando una caída que no podría detenerse.

Una parte de mí se preguntaba si realmente merecía perdón. Porque incluso mientras el horror de sus planes me revolvía el estómago, una voz oscura en mi interior susurraba que tal vez, solo tal vez, el mundo sería un lugar más justo si todos sufrían como yo había sufrido.

Estros gruñó suavemente a mis espaldas, como si sintiera la oscuridad creciendo en mi alma.

28

El precio de la ceguera

Aeran

Recorrí la sala del consejo una y otra vez, incapaz de mantenerme quieto.

—Y nosotros lo interpretamos como sumisión voluntaria —masculló Thorak con disgusto—. Como si ella hubiera elegido esto. Era más fácil que ver la verdad.

—Su mirada —añadió Thorak, pasándose una mano por el rostro con evidente pesar—. En la explanada, cuando estábamos frente a frente con Gélidia… Sus ojos, mi señor. Por un momento me miró directamente y vi… vi una súplica silenciosa. Como si quisiera decirme algo, como si intentara… pedir ayuda sin palabras.

Mis manos se cerraron en puños tan apretados que mis nudillos se volvieron blancos. La rabia se expandía en mi pecho como un incendio fuera de control, consumiéndolo todo a su paso.

—¿Y por qué, por todos los infiernos, no me lo dijiste? —rugí, golpeando la mesa con tanta fuerza que las copas se tambalearon—. ¡¿Por qué te lo guardaste?!

Thorak sostuvo mi mirada, sin acobardarse.

—Porque no estaba seguro, mi señor. Porque apenas fue un instante, un destello tan fugaz que podría haberlo imaginado. Porque teníamos tantas… tantas pruebas de lo contrario. Su comportamiento, sus palabras crueles, la forma en que dijo que nunca os había amado…

—¡Maldita sea! —estallé, barriendo con el brazo las copas y pergaminos de la mesa. El estruendo resonó en la sala como un trueno mientras el vino se derramaba como sangre sobre los mapas —. ¡Mientras nosotros debatíamos sobre su supuesta traición, mientras la odiábamos por abandonarnos, ella estaba sufriendo un infierno para protegernos! ¡Para proteger a mis hermanos!

—Cada señal estaba allí —susurró Ezran—. La manera en que su voz cambiaba cuando él hablaba, cómo sus ojos buscaban constantemente una ruta de escape…

—La forma en que se tensaba cuando él la tocaba —añadió Thorak, frotándose la nuca—. Como si cada contacto le provocara dolor físico. Y esa vez que intentó interponerse cuando Cleon estaba demasiado cerca… Maldita sea, debí verlo. Debí entender que intentaba protegerlo.

—¡Todos debimos verlo! —grité, incapaz de contener la ira que hervía en mis venas—. Todos nosotros, con nuestra supuesta sabiduría, con nuestra experiencia… y dejamos que una mujer inocente fuera sacrificada en el altar de nuestro maldito orgullo.

Me detuve abruptamente en medio de la sala.

—Ella nunca montaba a caballo —susurré—. Odiaba montar. Le aterrorizaba.

Los consejeros me miraron desconcertados por este aparente cambio de tema.

—¿Mi señor? —inquirió Ezran cautelosamente.

—Cuando dijo que se había caído del caballo, que los moretones eran por una caída mientras recogía hierbas… —Me reí, qué estúpido de mí mismo—. Era una mentira tan obvia. Ella nunca montaba. Ni siquiera se acercaba a los establos.

Porque todos recordaban: las veces que la habían visto en los establos, siempre a mi lado, nunca sola. La forma en que palidecía cuando alguien sugería que montara por su cuenta.

—¿Y ninguno de vosotros se dio cuenta? —pregunté con voz baja y peligrosa—. ¿Ninguno pensó que era extraño que alguien que apenas podía mirar a un caballo sin temblar de repente decidiera montar sola para recoger hierbas?

Nadie respondió.

—Y ese maldito collar —gruñó Thorak—. La forma en que sus manos iban constantemente hacia él, como si le quemara la piel…

—Era más que un collar —interrumpió el maestre de dragones, que había permanecido en silencio hasta ahora—. La piedra… la forma en que brillaba cada vez que ella se resistía a una orden… Es magia antigua. Magia corrupta.

—¿Magia corrupta? —Me giré bruscamente hacia el maestre—. ¿Qué tipo de magia?

El anciano se removió incómodo en su asiento.

—Los textos antiguos hablan de artefactos similares —explicó con voz temblorosa—. Collares diseñados para doblegar voluntades. Para convertir seres de poder en esclavos obedientes.

—Como el que llevaba la princesa Lyanna —dijo Thorak, recordándola.

Un escalofrío recorrió la sala. La imagen de Lyanna, la dulce princesa de Floralia que había terminado sus días destrozada en el patio del castillo de Gélidia, parecía flotar entre nosotros como un presagio terrible.

—Pero hay algo diferente en este caso —continuó el maestre—. La grieta en la piedra… Nunca había oído hablar de algo así. Es como si el poder de Nefely fuera demasiado para contenerlo completamente.

—Al menos Neval no está aquí para ver esto —murmuró Qued, rompiendo el tenso silencio—. Siempre tuvo debilidad por ella, a pesar de sus sospechas iniciales.

—¿Dónde está? —preguntó Thorak, y noté un filo extraño en su voz.

—En la capital —respondió Garrick—. Asuntos familiares, como siempre. Aunque últimamente sus visitas son más frecuentes…

—Es comprensible —intervino Baldric—. Con todo lo que está pasando, es natural querer estar cerca de la familia.

Pero algo en la forma en que Thorak había preguntado me hizo detener mis pasos.

—¿Cada cuánto va exactamente? —pregunté, intentando recordar el patrón de sus ausencias.

—Cada luna nueva —respondió Zephyr distraídamente—. Dice que su madre está enferma…

—¿Y alguien ha verificado alguna vez esa historia? —Thorak me miró y después a los consejeros—. ¿Alguien ha visto realmente a su familia en la capital?

Todos guardaron silencio.

—Imposible —susurró Baldric—. Ha estado con nosotros durante años…

—Como Nefely estuvo con nosotros. Como confié en ella, la amé, le entregué mi corazón… y todo el tiempo había alguien susurrando mentiras en su oído, amenazando a quienes amaba…

—Mi señor. —Thorak parecía entenderlo mejor que ninguno—. No podemos estar seguros…

—No. No podemos. Como no podemos estar seguros de nada ahora. —Me giré hacia los consejeros—. Quiero que revisen cada detalle de los últimos meses. Cada mensaje que salió del castillo, cada visitante, cada ausencia…

Me volví hacia Thorak, mi mirada tan intensa que incluso él, pareció inquietarse.

—Thorak, quiero que hables personalmente con cada trabajador del castillo. Cada doncella, cada mozo de cuadra, cada guardia, cada cocinero… hasta el último barrendero. Nadie queda fuera de sospecha. —Mi voz descendió hasta convertirse en un susurro amenazante—. Si alguien llegó en los últimos años, si alguien

cambió sus rutinas, si alguien muestra el más mínimo comportamiento extraño… quiero saberlo.

—¿Y si encontramos algo sospechoso, mi señor? —preguntó Thorak.

—Fuera —sentencié con una frialdad que hizo que varios consejeros se estremecieran—. No quiero riesgos, no quiero dudas. Si alguien levanta la más mínima sospecha, quiero que desaparezca del castillo antes de que caiga la noche. Sin excepciones. Sin importar su rango o cuánto tiempo lleve a nuestro servicio.

—¿Incluso sin pruebas concluyentes? —se atrevió a preguntar Baldric.

Me giré hacia él con tal ferocidad que retrocedió en su asiento.

—¿Pruebas? —repetí—. ¿Queréis hablarme de pruebas después de condenar a Nefely sin ninguna? ¿Cuando la obligamos a soportar torturas inimaginables porque preferimos creer lo peor de ella? —Miré a cada uno de los presentes—. No arriesgaré una sola vida más. No permitiré que Gélidia tenga un solo espía más en mi castillo. Prefiero expulsar a cien inocentes que permitir que un solo traidor permanezca cerca de mis hermanos.

Las horas habían pasado mientras desentrañábamos cada detalle, cada pista que habíamos ignorado.

Una tos repentina me sacudió, el frío en mi pecho parecía intensificarse con cada hora que pasaba. Thorak se puso de pie inmediatamente.

—Necesitáis descansar, mi señor. Lleváis horas sin probar bocado, y esa tos…

—No. Aún tengo que hablar con él.

—¿Con el padre de Nefely? —Ezran se inclinó hacia adelante—. Mi señor, seguramente podría esperar hasta mañana…

—¿Cómo ella espera cada noche en ese infierno helado? ¿Como ha esperado durante meses?

—Está en el comedor del ala este —informó Thorak suavemente —. Las doncellas informan que se ha aseado y cambiado. El maestre ha atendido sus heridas más urgentes.

Me dirigí hacia la puerta, ignorando el mareo que amenazaba con hacerme tropezar. Otro ataque de tos me obligó a detenerme, apoyándome contra el marco.

—Al menos permitid que os acompañe —insistió Thorak, dando un paso hacia mí.

—No. Esto es algo que debo hacer solo. Le debo al menos eso: enfrentarlo como el hombre que falló en proteger a su hija, no como el rey rodeado de consejeros.

Thorak pareció dudar.

—Como deseéis —cedió finalmente—. Pero estaré cerca.

Ambos sabíamos que mi estado empeoraba con cada hora que pasaba, que este frío sobrenatural que me consumía no era algo que pudiera ignorarse indefinidamente.

El camino hacia el comedor nunca me había parecido tan largo.

¿Estaría pensando en mí ahora? ¿Me odiaría por no haberla rescatado ya? ¿Por haber dudado de ella, por haberla creído capaz de traicionarnos?

«¿Qué te están haciendo, Nefy?», pensé mientras me apoyaba en la pared para recuperar el aliento. «¿Qué horrores estás soportando mientras yo camino libremente por este castillo?». La culpa me atravesaba como una espada cada vez que recordaba que, mientras yo dormía en nuestra cama, ella probablemente era obligada a compartir la de Soren. Mientras yo cenaba con mis hermanos, ella quizás pasaba hambre o era alimentada como un animal. Mientras yo gobernaba un reino, ella sacrificaba su dignidad, su cuerpo, su alma por proteger a quienes amaba.

El pequeño comedor del ala este… Cuántos recuerdos guardaban estas paredes. Aquí solíamos comer cuando mis padres vivían, lejos del protocolo y la formalidad del gran salón. Aquí Nefely había intentado devolver la vida a estas piedras, reuniendo a los niños cada noche, convirtiendo las cenas en momentos de risas y cuentos susurrados.

Me detuve en el umbral al oler el estofado. Era la receta de la cocinera real, la misma que Nefely había elogiado tanto la primera

vez que la probó que la anciana mujer había llorado de alegría.

Su padre estaba sentado donde ella solía sentarse, y el parecido me robó el aliento por un momento. La misma forma de inclinar la cabeza, el mismo azul cambiante en sus ojos cuando la luz de las velas los alcanzaba. Las ropas limpias que le habían proporcionado no podían ocultar completamente las cicatrices en sus brazos.

Levantó la mirada al sentir mi presencia, y algo en su expresión me recordó dolorosamente a ella: esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad, de dignidad inquebrantable incluso en las peores circunstancias.

—Mi señor. —Hizo ademán de levantarse, pero le detuve con un gesto.

—No. Por favor, no os levantéis.

Di un paso dentro del comedor y el alivio del fuego fue instantáneo. La mesa estaba dispuesta con sencillez: una olla humeante de estofado, una jarra de vino, otra de agua clara. Las doncellas habían recordado colocar hierbas frescas en el centro, como a ella le gustaba.

—Deberíais comer algo, mi señor —dijo suavemente, y el tono me recordó tanto a Nefely regañándome por saltarme comidas que tuve que tragar el nudo en mi garganta—. Las doncellas dicen que no habéis probado bocado en todo el día.

Una risa amarga escapó de mis labios mientras me dejaba caer en la silla frente a él.

—¿También vos vais a regañarme por no cuidarme? Vuestra hija solía…

¿Qué derecho tenía yo a hablar de ella con esta familiaridad? ¿A recordar momentos tiernos cuando mi ceguera la había condenado a horrores inimaginables?

Observé cómo sus manos luchaban con una manzana roja. El filo del cuchillo temblaba ligeramente mientras intentaba pelarla, un acto tan simple convertido en una batalla por dedos que habían olvidado cómo realizar las tareas más básicas.

Las doncellas habían hecho un buen trabajo. Con el pelo recortado y la barba arreglada, el parecido con Nefely era innegable: la misma línea en la mandíbula, la misma forma de fruncir el ceño en concentración. Incluso la manera en que sus dedos sostenían el cuchillo me recordaba a ella cuando preparaba sus hierbas medicinales.

—Antes era mejor en esto —murmuró, más para sí mismo que para mí, mientras la manzana resbalaba entre sus dedos—. La espada también… podía blandirla como si fuera una extensión de mi brazo. Ahora apenas puedo sostener un simple cuchillo.

Intenté forzar una risa, pero el sonido murió en mi garganta, transformándose en otra tos que me sacudió entero.

—Hay… —dije, tragando saliva—. Hay cosas que debo contaros. Cosas que no os gustarán.

Sus manos se detuvieron, la manzana a medio pelar quedó olvidada sobre la mesa.

—Por favor —supliqué—. Necesito que me odiéis cuando termine. Necesito que me miréis con el desprecio que merezco.

Me miró como si no comprendiese lo que le decía.

—¿Por qué querríais mi odio? —preguntó suavemente—. Sois el rey que mi hija eligió amar.

Me reí amargamente.

—¿El rey que eligió amar? No. Soy el monstruo que la encerró en una torre porque estaba demasiado cegado por el miedo y los prejuicios para ver la verdad.

Sus manos se tensaron alrededor del cuchillo, pero su rostro permaneció cuidadosamente neutral.

—Cuando la encontramos —continué—, creí que era una amenaza. Una bruja que había venido a destruir mi reino. La encerré en la torre más alta, en una celda fría y húmeda, porque estaba demasiado asustado para ver la luz que era.

Se hizo un largo silencio, pero no dejaba de mirarme.

—La dejé pasar hambre. —Las palabras salían ahora como una confesión febril—. Los guardias le llevaban apenas lo suficiente para

mantenerla viva. Si no fuera por Kieran, mi hermano pequeño, que le llevaba comida a escondidas… Un niño de seis años fue más sabio y compasivo que su rey.

Vi cómo apretaba más el cuchillo, pero siguió en silencio, esperando.

—La interrogué durante días —continué—. La acusé de los peores crímenes, la amenacé, la traté como si fuera menos que humana. Y ella… ella soportó todo con una dignidad que no merecía presenciar.

La manzana rodó sobre la mesa cuando sus manos finalmente soltaron el cuchillo. Una gota de sangre donde el filo había cortado su palma manchó la fruta.

—Incluso después, cuando finalmente vi la verdad, cuando me di cuenta de quién era realmente… Seguí fallándole. La mantuve en las sombras, demasiado cobarde para declararla abiertamente como mi reina. La dejé luchar sola contra los prejuicios de la corte, contra las miradas de desprecio de quienes la consideraban inferior por sus orígenes humildes. Y cuando más me necesitaba —Dejé que las lágrimas cayeran por mi rostro—, cuando estaba sufriendo bajo las manos de ese monstruo, creí sus mentiras. Creí que nos había traicionado porque era más fácil que ver la verdad. La abandoné a un destino peor que la muerte porque estaba demasiado ciego, demasiado herido en mi orgullo para ver que cada palabra, cada gesto, era para protegernos.

Esperé su ira, su desprecio, cualquier reacción que validara el odio que sentía hacia mí mismo.

—Hay más —continué cuando el silencio se volvió insoportable—. Cosas que… cosas que ni siquiera me atrevo a decir en voz alta. La forma en que permití que otros la trataran, las veces que miré hacia otro lado cuando los guardias…

—Basta —suplicó.

Alcé la mirada, esperando ver el odio que había estado buscando. En cambio, sus ojos mostraban algo más complejo, más doloroso: comprensión.

—No necesito oír más —dijo suavemente—. No necesito saber cada detalle de vuestros errores para entender que os están consumiendo vivo.

—Pero… —intenté protestar, pero él levantó una mano para silenciarme.

—Miradme —ordenó, y había tanto de ella en ese gesto que me robó el aliento—. Mírame bien, muchacho, porque tengo algo que decirte y necesito que lo entiendas.

Sus ojos eran dolorosos.

—He pasado años en una celda —comenzó—, escuchando los gritos de otras personas siendo torturadas. He visto horrores que ningún ser humano debería presenciar. Y lo peor… Lo peor ha sido ver a mi propia hija sufrir sin poder hacer nada para ayudarla.

Vi sus lágrimas correr con rabia.

—Así que no, no voy a odiarte por tus errores pasados —declaró —. No cuando veo cómo te están destruyendo por dentro. No cuando cada palabra que pronuncias está cargada de un arrepentimiento tan profundo que casi puedo tocarlo.

—Deberíais —susurré—. Deberíais odiarme tanto como yo me odio.

—¿Y de qué serviría ese odio? —preguntó suavemente—. ¿Ayudaría a mi hija? ¿La sacaría de ese infierno?

Otro ataque de tos me sacudió.

—El odio no salvará a mi hija —declaró—. Ni el tuyo hacia ti mismo, ni el mío hacia ti, ni siquiera nuestro odio compartido hacia quienes la están lastimando. Lo que ella necesita ahora es acción, no culpa.

—Pero… —intenté hablar, pero me interrumpió nuevamente.

—¿Sabes qué vi cuando entraste en esta habitación? —preguntó —. Vi a un hombre consumiéndose por dentro. Vi el mismo tipo de dolor que veo en los ojos de mi hija cuando cree que nadie la está mirando. Y me pregunto… Me pregunto si ese dolor compartido no será la prueba más clara de cuánto la amas realmente.

—La amo tanto que me está matando —confesé—. La amo tanto que cada respiración sin ella es una agonía. Y aun así… aun así no fue suficiente para protegerla.

—Mi hija… —suspiró su padre—. Cuando me marché a la guerra contra Gélidia, creí que no sobreviviría al invierno. Era tan pequeña, tan frágil… Solo una niña que necesitaba a su padre, y ese padre no pudo regresar.

Se detuvo un momento, sus ojos perdidos en recuerdos distantes. La manzana a medio pelar yacía olvidada entre nosotros, como un puente roto entre el pasado y el presente.

—Elowen… —Su voz se rompió al pronunciar el nombre—. Su madre… ¿Está…?

No necesitó terminar la pregunta. Negué con la cabeza, sintiendo cómo el peso de otra verdad dolorosa se asentaba entre nosotros.

—Enfermó —expliqué suavemente—. Nefely me contó que intentó salvarla, que usó cada hierba que conocía, cada remedio que había aprendido. Pasó noches enteras velando su sueño, buscando nuevas formas de ayudarla, pero…

—Pero no fue suficiente —completó él, una sonrisa triste curvó sus labios—. Y conociendo a mi hija, se ha estado culpando por ello desde entonces.

—Cada día —confirmé, recordando las noches en que la había encontrado llorando en el jardín de hierbas, murmurando disculpas a una madre que ya no podía escucharla—. Dice que, si hubiera sabido más, si hubiera sido mejor sanadora…

—Típico de ella —interrumpió su padre, y el orgullo en su voz se mezclaba con una tristeza infinita—. Siempre poniendo a los demás por encima de sí misma. Siempre creyendo que debía hacer más, ser más, dar más… sin importar el coste personal.

—Era tan pequeña cuando os perdió a ambos —murmuré, imaginando a una Nefely más joven, enfrentándose sola al mundo—. Y, aun así…

—Aun así, sobrevivió —completó él—. No solo sobrevivió, sino que siguió cuidando de otros. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—.

Elowen solía decir que nuestra hija tenía demasiada luz dentro, que algún día esa luz la consumiría si no aprendía a guardar algo para sí misma.

Un escalofrío me recorrió la espalda, porque no estaba equivocado.

—Elowen siempre supo que nuestra hija era especial —continuó su padre, como si leyera mis pensamientos—. No por la magia o los dones, sino por su corazón. Ese corazón que no sabe cuándo dejar de dar, cuándo dejar de sacrificarse por otros.

—Y ahora ese corazón la está destruyendo —susurré, el frío en mi pecho palpitó dolorosamente—. Cada día que pasa en ese infierno, sometiéndose a horrores inimaginables para proteger a mis hermanos…

—Porque los ama —interrumpió su padre—. Y el amor, para Nefely, siempre ha sido una forma de magia más poderosa que cualquier don o habilidad.

—Igual que su madre —murmuré, recordando cómo Nefely hablaba de Elowen.

—Igual que su madre —confirmó él, y por un momento pude ver el eco de un dolor antiguo en sus ojos—. Elowen también creía en el poder sanador del amor.

Se hizo un silencio entre nosotros, pesado con el peso de vidas perdidas y amores interrumpidos.

—¿Sabéis qué es lo que más me duele? —preguntó finalmente—. Que ni siquiera pude despedirme de Elowen. Que mi hija tuvo que enfrentar esa pérdida sola, creyendo que también me había perdido a mí.

—Ella os honra —dije suavemente—. Cada vez que cura a alguien, cada vez que usa sus dones para ayudar… Es el legado de ambos viviendo a través de ella.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, perdiéndose en su barba recién recortada.

—Y ahora está usando ese mismo don, ese mismo amor, para proteger a una nueva familia —murmuró—. Pagando un precio

terrible por mantener a salvo a quienes ama.

Lonan me observó por un largo momento, como si evaluara si debía expresar el pensamiento que claramente rondaba su mente.

—Durante mi tiempo en Dragio —dijo con cautela—, antes de la guerra… escuché historias sobre vuestro padre.

Me tensé instintivamente. Nadie hablaba del anterior rey en mi presencia, al menos no de esa manera.

—Su temperamento era… conocido entre el pueblo —continuó, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Los guardias susurraban sobre lo que ocurría tras las puertas cerradas del castillo.

—No sois el único que guarda secretos dolorosos —respondí con amargura—. Mi padre era un monstruo con corona.

—¿Sois como él? —preguntó directamente—. Con mi hija, quiero decir.

La pregunta me golpeó como un puñetazo físico, robándome el aliento.

—Jamás. Nunca levanté la mano contra ella. Nunca podría…

—¿Y en vuestro lecho? —Su voz bajó, pero sus ojos no abandonaron los míos—. ¿Alguna vez tomasteis lo que no se os ofrecía libremente?

Un sollozo escapó de mi garganta antes de que pudiera contenerlo.

—Nunca —logré articular entre respiraciones entrecortadas—. Cada roce, cada beso… siempre con su consentimiento, siempre con su deseo. La respetaba… la amaba y la amo demasiado…

No pude continuar. El pensamiento de lo que Soren podría estar haciéndole ahora me destrozaba por dentro.

Lonan asintió lentamente, y vi el alivio en sus ojos.

—Os creo —dijo finalmente—. No habláis como un hombre que disfruta del sufrimiento ajeno. Y Nefely… mi hija siempre ha tenido un don para ver el corazón de las personas. Si os eligió, si os amó… debió ver algo que merecía la pena.

—A veces temo —confesé, sorprendiéndome por mi propia honestidad—, que la sangre de mi padre corra por mis venas. Que

un día despierte y me convierta en él.

—Un hombre que teme convertirse en monstruo —respondió Lonan con sabiduría—, rara vez lo hace. Es cuando dejamos de temer a la oscuridad que esta nos consume.

El estruendo de la puerta abriéndose de golpe rompió el momento solemne. Kieran irrumpió en el comedor como un torbellino.

—¡Aeran! ¡Aeran! —gritó sin aliento, y con las mejillas sonrojadas —. ¡Las doncellas dicen que ha venido alguien muy importante! ¡Dicen que es el papá de…!

Se detuvo abruptamente, sus pequeños ojos se abrieron como platos al ver al hombre sentado a la mesa. Por un momento se quedó completamente inmóvil.

—Pero… pero… —Su labio inferior comenzó a temblar—. Los papás no vuelven cuando se van al cielo. Mamá y papá no volvieron…

El padre de Nefely me miró. Por supuesto, él no sabía que los niños creían que estaba muerto, como Nefely lo había creído durante tanto tiempo.

—Ven aquí, pequeño dragón —dije suavemente—. Hay alguien que quiero presentarte.

Kieran se acercó cautelosamente, sus pequeños dedos se aferraron a mi manga como hacía cuando estaba nervioso.

—¿Es… es de verdad? —susurró, sus ojos no se apartaban del rostro del hombre—. Tiene los mismos ojos que ella. Los que cambian de color con la luz, como el cielo.

Una sonrisa suave curvó los labios del padre de Nefely.

—Me llamo Lonan —dijo gentilmente—. Y tú debes ser el príncipe Kieran.

—No estabas en el cielo —declaró Kieran—. Nefely lloraba porque creía que estabas en el cielo, como nuestros papás.

—No, pequeño —respondió suavemente—. Estaba… estaba perdido. Durante mucho tiempo. Pero ahora he encontrado el camino de vuelta.

—¿Entonces Nefely también va a volver? —preguntó Kieran—. ¿Va a venir contigo? Porque… porque la echo mucho de menos. Y Fulgor también. Ya casi no quiere volar conmigo porque dice que ella no está.

Las lágrimas que Lonan había estado conteniendo finalmente encontraron su camino.

—¿Fulgor es tu dragón? —preguntó, claramente intentando cambiar de tema.

—¡Sí! —Los ojos de Kieran se iluminaron—. ¡Es el dragón más rápido de todos! Bueno… —se corrigió con un puchero— Aeran dice que todavía no puedo montarlo yo solo, pero cuando sea más grande… ¡Y es rojo! ¡Como el fuego! Y cuando el sol le da en las escamas, ¡brilla como si tuviera estrellas! Nefely decía que era el dragón más bonito que había visto, después de Estros, claro, porque Estros es rosa y…

—Mi príncipe. —Una voz agitada interrumpió desde la puerta. Dos nodrizas jadeaban en el umbral, claramente habían estado corriendo—. Os habéis escapado de nuevo durante la lección.

—¡Pero tenía que ver! —protestó Kieran, aferrándose a la manga de Lonan—. ¡Tenía que saber si era verdad!

—Lo sentimos mucho, mi señor —se disculpó una de las nodrizas, dirigiéndose a mí—. El príncipe Kieran escuchó a las doncellas hablar y salió corriendo antes de que pudiéramos detenerlo.

—Es hora de vuestro baño, alteza —añadió la otra nodriza con firmeza.

—¡No quiero! —Kieran hizo un puchero—. ¡Quiero quedarme! ¡Quiero que me cuente cosas de cuando Nefely era pequeña! ¿Era traviesa? ¿También se escapaba de los baños?

Una risa suave escapó de los labios de Lonan.

—Ve con ellas, pequeño —dijo gentilmente—. Prometo contarte todas las historias que quieras en otro momento.

Kieran lo miró.

—¿Lo prometes? ¿De verdad?

—Por supuesto —asintió Lonan—. Las promesas son sagradas.

—Vamos, alteza. —Una de las nodrizas se acercó para tomar su mano.

—¡Hasta luego! —gritó Kieran mientras era prácticamente arrastrado fuera del comedor—. ¡No te vayas sin contarme las historias!

El silencio que siguió comenzó a ser incómodo.

— Os pido disculpas por mi matrimonio —dije finalmente—. Sé que ya lo habréis notado, con la presencia de la princesa Cellina. Fue una decisión… Una decisión nacida de la desesperación y la ceguera. Pero necesitáis saber que mi corazón pertenece únicamente a vuestra hija. Cellina es una reina solo en nombre, sin trono ni poder real. Porque ese lugar… ese lugar le pertenece a Nefely. Siempre le ha pertenecido.

—No tenéis que…

—Sí, tengo que decirlo —interrumpí con fiereza—. Necesito que entendáis que cuando traigamos a Nefely de vuelta, cuando la rescatemos de ese infierno, ella será la única reina que Dragio reconocerá. La única que mi corazón reconoce ya. Este matrimonio… Este matrimonio es solo un medio para un fin. Una herramienta para conseguir los aliados que necesitamos.

Me detuve, dudando un instante antes de continuar.

—Quiero que sepáis que… —Me aclaré la garganta, incómodo por la naturaleza íntima de la confesión—, no he tocado a Cellina. El matrimonio no se ha consumado, no realmente. —Una risa amarga escapó de mis labios—. Mi cuerpo se niega a traicionar a Nefely, incluso cuando mi mente intentó convencerlo de que era necesario.

Una sombra de alivio cruzó el rostro de Lonan, aunque intentó disimularlo.

—La princesa sigue siendo pura —continué, queriendo que quedara absolutamente claro—. Y así permanecerá. Mi corazón, mi cuerpo… todo mi ser pertenece a vuestra hija, aunque el deber de rey me obligue a esta farsa temporal.

—Las alianzas son el pilar sobre el que se sostienen los reinos —respondió suavemente, y había algo en su tono, en la forma en que pronunció esas palabras…

Me quedé mirándolo, sorprendido por la sofisticación de su respuesta.

—Sin embargo —continuó, sus ojos fijos en las llamas—, incluso las alianzas más fuertes pueden tambalearse cuando los cimientos están podridos. Gélidia lo sabe bien. Han estado jugando este juego durante generaciones, destruyendo reinos desde dentro.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Sus palabras, la forma en que las pronunciaba… había un conocimiento allí, una comprensión de la política que iba más allá de lo que cualquier aldeano podría poseer.

—Las rutas comerciales del norte —siguió, como si estuviera pensando en voz alta—. Los pasos de montaña que han permanecido cerrados durante décadas. La forma en que manipulan las lealtades de las casas nobles…

Se detuvo un momento, frotándose el rostro con evidente cansancio.

—Por eso tardé tanto en llegar hasta aquí —murmuró—. En otros tiempos, el viaje desde Gélidia hasta Dragio habría tomado apenas dos días siguiendo los caminos del bosque, pero ahora… —Negó con la cabeza— Todos los senderos que conocía han cambiado. Las rutas antiguas están bloqueadas o vigiladas. Tuve que rodear los puestos de guardia, evitar aldeas enteras que ahora son poco más que guarniciones de Gélidia.

—¿Cuánto tiempo…? —comencé a preguntar.

—Nueve días —respondió antes de que pudiera terminar—. Nueve días escondiéndome, avanzando solo de noche, bebiendo agua de arroyos helados y alimentándome de lo poco que podía cazar sin hacer ruido. —Sus ojos se oscurecieron con el recuerdo—. Y todo ese tiempo, sabiendo que cada hora que pasaba era una hora más que mi hija sufría en manos de ese monstruo.

—¿Cómo…? —comencé, pero una tos violenta me interrumpió. Los cristales de hielo esta vez estaban más rojos que nunca.

Lonan me observó con preocupación.

—Cada día que pasa… —murmuró— Cada día que mi hija permanece en manos de ese monstruo es un día más en que le fallo. Como padre, como protector… —Sus manos se cerraron en puños sobre la mesa—. Que Elowen me perdone, pero no puedo mantener mi promesa por más tiempo.

—¿Qué promesa? —pregunté, limpiando la sangre de mis labios.

Sus ojos cambiantes, tan similares a los de Nefely, se endurecieron con una determinación que transformó completamente su rostro.

—Le juré a Elowen que protegería ciertos secretos hasta la tumba —confesó—. Un juramento que he mantenido incluso en las mazmorras de Gélidia, bajo torturas que… —Se detuvo, respirando profundamente—. Pero ahora… ahora mi hija está sufriendo lo inimaginable, y quizás… quizás sea tiempo de romper algunas promesas para mantener otras más importantes. Porque si tuviera fuerza en estas manos —Levantó sus dedos temblorosos, marcados por cicatrices antiguas—, si aún pudiera sostener una espada como antes… Le cortaría la cabeza a Soren yo mismo, sin importar las consecuencias.

—No os falta voluntad —respondí, reconociendo el fuego en su mirada—. Lo comprendo demasiado bien. Cada fibra de mi ser grita por ir a Gélidia ahora mismo, por reducir ese maldito castillo a cenizas y traer a Nefely de vuelta, sin importar quién tenga que morir en el proceso.

Lonan me estudió con una mirada calculadora que no encajaba con la imagen de un simple campesino de aldea.

—Sería un suicidio. —Su voz cambió sutilmente, adquiriendo un tono más autoritario—. Gélidia ha fortalecido sus defensas. Sus torres de vigilancia tienen capacidad para derribar dragones con ballestas especiales, sus muros interiores están diseñados para crear

un laberinto mortal, aunque lograras superar la primera línea defensiva. —Se detuvo al ver mi expresión sorprendida.

—¿Qué estáis diciendo exactamente? —pregunté, cada vez más intrigado por este hombre que no era en absoluto lo que aparentaba.

Una sonrisa triste curvó sus labios.

—Estoy diciendo, mi señor, que quizás pueda ayudaros más de lo que imagináis. Y que tal vez… Tal vez haya más de una forma de hacer caer un reino.

29

Voces en la oscuridad

Nefely

Las cuerdas se hundían en mi carne. Había aprendido a no luchar contra ellas —la resistencia solo traía más dolor—; pero esta vez no podía evitarlo. Cada fibra de mi ser se rebelaba contra lo que pretendían que hiciera.

—Deja de resistirte, mi amor. Solo harás que esto sea más difícil para ti.

La sala de rituales apestaba a magia corrupta y especias dulzonas que me revolvían el estómago. Las velas negras me rodeaban. El brujo se movía en los rincones, preparando sus brebajes oscuros.

—No. No lo haré. No me convertiré en una asesina.

—¿Una asesina? —Sus dedos se deslizaron hasta mi garganta, justo encima del collar—. Mi dulce e inocente Nefely, ¿realmente crees que tus manos están limpias?

Sus dedos se cerraron ligeramente, no lo suficiente para ahogarme, pero sí para recordarme quién tenía el control.

—¿Y qué hay de aquel guardia en cuya mente te infiltraste? —susurró contra mi oído—. No me dijiste qué le dijiste, pero el caso es

que cayó de muy alto.

Me estremecí involuntariamente. Había intentado enterrar ese recuerdo, como tantos otros, pero sus palabras lo trajeron todo de vuelta: el grito del hombre, el crujido terrible, la sangre sobre la nieve…

—O quizás prefieras que hablemos de la doncella que te sacó antes de mi cama antes de lo debido —continuó—. Y tú no te negaste.

—Eso es diferente —protesté—. No tuve elección. Tú… tú amenazaste a los niños.

—¿Y eso hace que sus muertes sean menos reales? —Sus labios rozaron mi mejilla—. El resultado es el mismo, mi amor. Están muertos por tu causa. Sus vidas terminaron porque tú lo quisiste así.

—No lo quise. Nunca quise que nadie muriera.

—Pero murieron. Y ahora te pido una muerte más. Una sola vida a cambio de salvar tantas otras. ¿Es realmente tan terrible?

El brujo se acercó entonces en silencio.

—La línea entre el bien y el mal —murmuró, sus dedos huesudos preparaban algo en un cuenco que humeaba con un vapor violáceo —, no es tan clara como crees, criatura de luz. A veces, la mayor bondad nace del acto más oscuro.

—No. —Sacudí la cabeza violentamente—. No me convertiré en esto. No me convertiré en un monstruo como vosotros.

—Mi amor. —Sus dedos limpiaron una lágrima de mi mejilla—. Ya eres un monstruo. La única diferencia es que sigues negándolo.

Un golpe en la puerta interrumpió la respuesta que ardía en mi garganta. Soren se apartó ligeramente, aunque sus dedos permanecieron en mi mejilla.

—Adelante —ordenó, y algo en su tono me dijo que esperaba esta interrupción.

—Mi príncipe. —Neval se deslizó en la habitación—. Lamento interrumpir, pero traigo noticias interesantes de Dragio.

¿Cuántas veces lo había visto hacer lo mismo en el consejo de Aeran? ¿Cuántas veces había presenciado esa misma sonrisa falsa,

ese aire de suficiencia mal disimulada?

—Ah, Neval. —Soren sonrió como quien recibe a un viejo amigo —. Justo a tiempo. Estábamos teniendo una conversación fascinante sobre moralidad con nuestra querida Nefely.

—¿Moralidad? —Neval soltó una risa que me erizó la piel—. Qué apropiado, considerando las noticias que traigo.

Se acercó más, y pude ver el placer cruel en sus ojos cuando notó las cuerdas que me ataban, las marcas en mi piel.

—Vaya, vaya —ronroneó—. Qué diferente te ves de la orgullosa sanadora que solía pavonearse por los pasillos del castillo.

—Y tú sigues siendo la misma rata rastrera —escupí—. Arrastrándote en las sombras, traicionando a quienes confiaron en ti.

—¿Traicionar? Mi querida Nefely, no puedes traicionar a quien nunca has jurado lealtad. A diferencia de ti, yo siempre he sabido dónde están mis verdaderas lealtades.

Soren observaba nuestro intercambio con el interés de quien mira una pelea de perros callejeros.

—¿Qué noticias traes de nuestro querido rey? —preguntó, aunque algo en su tono sugería que ya sabía la respuesta.

La sonrisa de Neval se ensanchó.

—El matrimonio va espléndidamente. La princesa Cellina es todo lo que una reina debe ser. Elegante, sumisa, perfectamente dispuesta a cumplir con sus deberes conyugales.

Algo se retorció en mi interior.

—Mientes —susurré.

Neval me miró y cerró los ojos un momento.

—¿Miento? —Volvió a abrir los ojos negando con la cabeza—. Oh, querida. Los rumores en el castillo hablan de cómo gime su nombre en la oscuridad, de cómo sus cuerpos se entrelazan cada noche. El rey parece más que satisfecho con su nueva esposa.

La bilis subió por mi garganta mientras las imágenes que evocaban sus palabras sacaban lo peor de mí.

—¡Cállate! —rugí, las cuerdas se hundieron más profundamente en mi carne mientras me retorcía—. ¡Mentiroso! ¡Serpiente rastrera!

¡Traidor sin honor!

—¿Me habla de honor la puta del príncipe de Gélidia? ¿La que se revuelca en su cama mientras su supuesto amor consuma su matrimonio con otra?

La rabia explotó en mi pecho con tanta fuerza que por un momento olvidé el dolor de las cuerdas, el miedo, todo.

—¡Al menos yo lo hago para proteger a otros! ¡Tú traicionas por pura cobardía! ¡Por poder! ¡No eres más que un perro hambriento lamiendo las botas de sus amos!

Mi insulto dio en el blanco. La sonrisa abandonó su rostro, reemplazada por una mueca de furia.

—Cuida tu lengua, zorra —siseó—. O quizás deba contarte con más detalle cómo gime la princesa Cellina cuando tu precioso rey la…

—¡Hazlo! —Me giré hacia Soren—. ¡Hagámoslo ahora! ¡Que muera! ¡Que mueran todos!

Soren, que había estado observando el intercambio con esa sonrisa cruel que tanto odiaba, dio un paso hacia mí.

—¿Estás segura, mi amor? —ronroneó—. ¿Ya no te importa manchar tus manos de sangre inocente?

—¡Que se pudran todos! ¡Ella, él, todo el maldito reino! ¡Ya no me importa nada!

El brujo se acercó preparado.

—El odio es el catalizador más poderoso para la magia oscura. Y el tuyo, criatura de luz… —inhaló profundamente, como si pudiera oler mi furia—. Tu odio es tan puro que casi puedo saborearlo.

—Haz lo que tengas que hacer —gruñí—. Ya no quiero sentir nada. Ya no quiero ser yo. Solo… terminemos con esto.

—Como desees. —Las manos huesudas del brujo comenzaron a trazar símbolos en el aire mientras murmuraba en una lengua antigua—. Pero recuerda: una vez que crucemos esta línea, no hay vuelta atrás. La oscuridad que estás invitando… se quedará contigo para siempre.

—Bien —susurré—. Que así sea. Que la oscuridad me consuma. Que borre todo lo que fui, todo lo que soy. Ya no quiero esta luz. Ya no quiero este amor que solo trae dolor.

Nada importaba excepto este odio que me consumía, esta oscuridad que prometía borrar todo el dolor, toda la traición.

El brujo hundió sus dedos huesudos en el líquido negro y se acercó a mis sienes.

—Cierra los ojos —ordenó con voz ronca—. Déjate llevar por la oscuridad. Deja que te guíe hasta ella.

Un frío antinatural se extendió desde mis sienes hasta consumir todo mi ser. Las voces a mi alrededor se volvieron distantes, como si estuviera hundiéndome en aguas profundas.

—La veo —murmuró el brujo—. En el pasillo de la realeza. Está sola y vulnerable. Sus pensamientos son suaves, ordenados, fáciles de infiltrar.

—Susúrrale —ordenó Soren—. Haz que camine hacia sus aposentos.

Mi consciencia se deslizó hacia la mente de Cellina. Era extraño, como mirar a través de otros ojos, sentir con otro cuerpo. Podía percibir su confusión mientras caminaba por el pasillo, sus preocupaciones superficiales sobre preparativos y protocolos.

«Qué cansada estás», susurré en su mente, mis pensamientos se mezclaron con los suyos. «Qué peso tan grande sobre tus hombros».

—Está respondiendo. —La voz del brujo llegaba como desde muy lejos—. Sus pasos se vuelven más pesados, más lentos.

«Nadie te aprecia realmente», continué, alimentando las dudas que ya existían en su mente. «Él nunca te amará. Su corazón pertenece a otra».

Vi a través de sus ojos cómo sus manos temblaban ligeramente mientras abría la puerta de sus aposentos.

—Excelente —siseó Soren—. Llévala al balcón.

«El balcón», susurré. «El aire fresco te ayudará a pensar. A ver las cosas con claridad».

La sentí moverse como en trance hacia las puertas de cristal. El viento helado agitó sus faldas cuando las abrió.

—Se resiste —advirtió el brujo—. Hay miedo en ella.

«No hay nada que temer», murmuré en su mente. «La paz está tan cerca… solo un paso más. Un paso y todo este dolor, toda esta farsa, terminará».

La sentí acercarse a la barandilla, sus manos se aferraron al mármol frío.

«Mira qué hermoso es todo desde aquí arriba», susurré. «Qué pequeños parecen los problemas desde esta altura. Qué fácil sería simplemente dejarse ir».

—Está funcionando. Sus pensamientos se nublan, se rinden ante tu voluntad.

«Él nunca te amará», repetí, y esta vez las palabras llevaban todo mi propio dolor, toda mi propia agonía. «Nunca serás más que un reemplazo, una sombra de lo que él realmente desea».

La sentí inclinarse sobre la barandilla, el vértigo se mezcló con una extraña paz en su mente.

«Un paso», susurré. «Solo un paso y serás libre. No más pretensiones, no más noches frías en una cama que nunca será realmente tuya».

Sus pies se movieron, alzándose sobre las puntas para ver mejor el vacío que la llamaba…

—¡Cellina! —La voz infantil atravesó la conexión como un rayo de luz—. ¡Aeran te está buscando!

A través de los ojos de la princesa, lo vi. Kieran, mi pequeño dragón, de pie en el umbral de la habitación. Pero no era exactamente el mismo niño que recordaba. Había crecido durante estos meses de separación; sus rasgos habían perdido algo de esa redondez infantil, su cabello castaño estaba más largo, cayendo en rizos desordenados sobre su frente. Se había vuelto más alto, el borde de sus pantalones quedaba demasiado corto, como si hubiera crecido más rápido de lo que las doncellas podían ajustar su ropa. Y, sin embargo, esos ojos brillaban con la misma luz que recordaba,

esa mezcla perfecta de inocencia y curiosidad que tanto había amado.

Mi corazón se contrajo dolorosamente al notar estos cambios. Había perdido tantos momentos de su vida, tantas pequeñas transformaciones cotidianas que jamás recuperaría.

—No… —susurré, mientras la conexión se tambaleaba—. No puedo. No delante de él.

—¡Termínalo! —rugió Soren—. ¡Ahora!

Pero algo dentro de mí se rebeló. No podía dejar que Kieran presenciara una muerte así. En lugar de empujarla hacia el vacío, hice que Cellina se girara hacia él. Mis pensamientos guiaron su cuerpo como si fuera una marioneta, haciéndola avanzar hacia el niño.

«Abrázalo», ordené en su mente. «Abrázalo como yo ya no puedo».

A través de sus ojos, vi cómo sus brazos se extendían hacia Kieran, pero él retrocedió bruscamente.

—¡No me toques! —gritó—. ¡Te odio! ¡No eres ella! ¡Nunca serás ella!

—Kieran… —susurró Cellina.

—¡No digas mi nombre! ¡No quiero que me abraces! ¡No quiero nada de ti! ¡Nunca serás mi mamá!

Cada palabra era un puñal, cada lágrima una herida que sangraba. A través de Cellina, sentí el rechazo como si fuera mío propio.

—¡Vete! —continuó Kieran—. ¡No quiero verte! ¡Quiero a Nefely!

La conexión se rompió con la violencia de un cristal estallando. Volví bruscamente a mi cuerpo, las cuerdas mordiendo mi carne mientras me sacudía con sollozos incontrolables.

—Patético —escupió Soren—. Todo ese poder y no puedes ni siquiera matar a una simple princesa porque un mocoso apareció.

El rechazo de Kieran, aunque no dirigido realmente a mí, había abierto heridas que creía cicatrizadas. El anhelo de abrazarlo, de

consolarlo, de ser nuevamente la figura maternal que él tanto extrañaba…

—Mátame —susurré—. Por favor, solo… mátame.

El brujo y Neval permanecieron inmóviles, sin saber cómo reaccionar.

—Oh no, mi amor. —Sus dedos se clavaron en mi barbilla, forzándome a mirarlo—. La muerte sería demasiado misericordiosa. No cuando hay tantas formas de romperte todavía más.

—Deberíais romperle las manos, mi príncipe. —Neval me señaló con desprecio—. Una sanadora que no puede curar… tiene cierta poesía, ¿no creéis?

El terror me atravesó como un rayo helado mientras veía a Soren desenvainar su daga, sopesando la pesada empuñadura en su mano.

—No —susurré—. Por favor, no.

—Es una idea fascinante. —Soren giró la daga, admirando cómo la luz de las velas se reflejaba en el metal—. Después de todo, ¿para qué necesita una bruja mental unas manos perfectas?

—Por favor. —supliqué con desesperación—. Las necesito. Es lo único… es todo lo que me queda.

—¿Las necesitas? —Neval se acercó—. ¿Para qué exactamente? Ya no curas a nadie. Ya no preparas tus preciosas pociones. Solo necesitas tu mente para deslizarte en las cabezas de otros, para controlar dragones.

—Por favor —supliqué mientras Soren se acercaba con la daga—. Haré lo que queráis. Mataré a quien me ordenéis. Solo… no esto.

—Pero ese es precisamente el punto, mi amor. —Soren acarició mi mejilla con su mano libre—. No hiciste lo que te ordené. Y la desobediencia debe ser castigada.

—No necesitas dedos ágiles para meterte en la mente de otros —continuó Neval, y el placer en su voz me revolvió el estómago—. No necesitas manos perfectas para ordenar a tus dragones. De hecho, no necesitas manos en absoluto.

—No, por favor. —Rompí en un llanto desesperado—. Es lo único que sé hacer. Lo único que me hace sentir… útil. Por favor, no me

quitéis eso también.

—Tu utilidad, mi amor, no está en tus manos. Está en ese don oscuro que los dioses te dieron. Y me aseguraré de que nunca lo olvides.

—Por favor. —Las lágrimas nublaban mi visión mientras Soren colocaba la empuñadura sobre mi muñeca derecha—. Haré lo que sea. Lo que ordenéis. Solo… no esto.

—Oh, lo sé. —Soren se inclinó hasta que sus labios rozaron mi oído—. Harás exactamente lo que ordene. Y cada vez que el dolor te recuerde tu pérdida, cada vez que intentes sostener algo y no puedas… recordarás el precio de la desobediencia.

El primer golpe cayó antes de que pudiera gritar. El crujido del hueso rompiéndose se mezcló con mi alarido de agonía. El segundo golpe llegó de inmediato, y el mundo se volvió rojo de dolor.

—Qué sonido tan hermoso —murmuró Neval—. Como música.

—Los huesos deben quedar bien astillados —ordenó Soren mientras mis gritos resonaban en la sala—. Debo de asegurarme que nunca vuelva a poder sostener una hierba medicinal. Que nunca más pueda preparar una poción.

El dolor era insoportable, pero peor era saber que nunca volvería a hacer lo único que me daba un propósito más allá de ser su instrumento de destrucción. Nunca más podría curar, nunca más podría crear vida en lugar de muerte.

—Por favor… —supliqué una última vez, aunque sabía que era inútil—. Por favor…

La empuñadura de la daga descendía con un ritmo implacable sobre mis muñecas. Un golpe, un crujido, un grito. Otro golpe, otro crujido, otro grito. Cada impacto transformaba mis manos en algo irreconocible mientras el dolor ascendía por mis brazos. Y Soren… Soren observaba con ojos brillantes, saboreando cada uno de mis alaridos como si fueran notas de su melodía favorita.

—Por favor —sollocé entre golpes—. Por favor, ya basta… ya basta…

Pero él continuó, metódico en su crueldad. La empuñadura golpeaba primero una muñeca, luego la otra.

—Suplica más fuerte —ordenó Soren—. Quiero oír cómo se rompe tu orgullo junto con tus huesos.

—¡Por favor! —grité cuando la empuñadura destrozó otro hueso —. ¡Haré lo que queráis! ¡Lo que sea! ¡Solo parad!

Mis dedos ya no respondían, colgaban inertes. Cada intento de moverlos enviaba lanzas de dolor tan intenso que me robaba el aliento.

—¡Ya no puedo más! —Mi voz era apenas reconocible entre los sollozos—. ¡Por favor, mi príncipe! ¡Os lo suplico!

Soren se detuvo finalmente, admirando su obra. Mis muñecas estaban irreconocibles, hinchadas y deformadas. La sangre goteaba sobre las cuerdas que me ataban.

—Creo que es suficiente —declaró, limpiando la empuñadura de su daga con un pañuelo de seda—. Por ahora.

Me derrumbé contra las cuerdas, los sollozos sacudían mi cuerpo mientras el dolor palpitaba con cada latido de mi corazón. Cada respiración era una batalla contra la náusea que me provocaba ver mis manos destrozadas.

—Permitiré que los maestres te venden —dijo Soren con falsa benevolencia—. No queremos que mueras por una infección, ¿verdad?

—Gracias —susurré, y odiaba la gratitud que sentía por esta pequeña misericordia—. Gracias, mi príncipe.

Su sonrisa fue como hielo afilado mientras hacía un gesto a los guardias para que me desataran.

—Llévensela —ordenó—. Y asegúrense de que los maestres entiendan que deben mantenerla viva…, pero que el dolor es parte de su castigo.

Los guardias me arrastraron fuera de la sala mientras Soren y Neval reían, el sonido de su diversión me persiguió por los pasillos helados como un eco de mi propia desesperación.

Y mientras me llevaban hacia los maestres, mientras cada paso enviaba nuevas oleadas de agonía a través de mis muñecas destrozadas, solo podía pensar en una cosa: que ya nunca volvería a sentir la satisfacción de curar, de crear, de dar vida. Soren había destruido las manos que sanaban heridas, que mezclaban hierbas para aliviar el dolor, que acunaban a un niño asustado tras una pesadilla. Las mismas manos que jamás podrían sostener a un hijo propio, un vientre que nunca podría crear vida después de tantas infusiones abortivas, tantos venenos autoinfligidos para protegerme de lo peor.

Ya no me quedaba nada. Ni mi don para sanar, ni mi capacidad para crear vida. Ni siquiera me quedaba mi humanidad. El dolor me había transformado en algo irreconocible, una criatura que ya no era mujer, ya no era sanadora, ya no era nada.

Quizás la muerte sería misericordiosa ahora. Quizás debería rogar por ella en lugar de temerla. Porque lo que Soren realmente había destruido hoy no era solo mis manos, sino la última conexión que me quedaba con la mujer que una vez fui.

30

Pueden ayudarnos

Aeran

No podía soportarlo ni un minuto más despierto. Las doncellas apenas habían terminado de preparar los aposentos de Lonan cuando prácticamente le ordené ir a descansar, insistiendo en que podría contarme todo al día siguiente. Pero, aunque lo mandé a dormir y yo intenté hacer lo mismo, pero el sueño me eludió por completo.

Me encontré vagando por los pasillos del castillo como un espectro, un rey atormentado por sus propios demonios. Mis pasos me llevaron inevitablemente hacia la explanada de los dragones. Draluz, mi fiel compañera, seguía rechazándome. Pero fue Aliran quien me partió el alma. El dragón plateado de Nefely yacía en el nido que los cuidadores habían preparado, envuelto en mantas como un animal herido. Ya ni siquiera abría los ojos, solo emitía débiles gruñidos cuando alguien se acercaba demasiado. La niebla oscura que emanaba de sus escamas parecía más densa que nunca.

Se estaba muriendo. El dragón se consumía lentamente, igual que su jinete se consumía en ese infierno helado. Y yo, ciego y

sordo a todas las señales, lo había permitido. ¿Qué clase de rey era? ¿Qué clase de hombre?

Cuando el amanecer finalmente llegó, en lugar de encerrarme en mi despacho como cada mañana, mis pies me llevaron al comedor. Los gritos de mis hermanos resonaban por el pasillo, una cacofonía familiar de disputas infantiles sobre tostadas y chocolate, sobre quién había comido más y quién debía qué a quién. Pero en el momento en que crucé el umbral, el silencio se hizo. Vi el miedo en sus ojos, el mismo que yo sentía cuando era niño y nuestro padre entraba con esa mirada que helaba la sangre, esa presencia que ahogaba toda risa.

Por un momento terrible, me vi reflejado en él. ¿Me había convertido en eso? ¿En una figura que inspiraba más miedo que amor?

—Torin —dije, forzando una sonrisa que esperaba no pareciera tan falsa como se sentía—, las cocineras me han dicho que ya has estado robando chocolate esta mañana.

Torin comenzó a negar frenéticamente con la cabeza, provocando que sus hermanos lo acusaran entre risas. Pronto las disputas se reanudaron, las voces se elevaron en ese caos ordenado que caracterizaba nuestros desayunos cuando éramos felices, cuando ella estaba con nosotros.

Me senté en mi lugar habitual, observándolos discutir sobre quién había robado la última galleta, quién había escondido el tarro de mermelada. Por un momento, casi pude pretender que todo estaba bien, que en cualquier momento Nefely entraría por esa puerta con su sonrisa radiante, regañándolos suavemente mientras deslizaba trozos extra de pastel en sus platos cuando creía que no la veía.

Pero el asiento vacío a mi derecha gritaba su ausencia más fuerte que cualquier palabra.

Los gritos de protesta de los niños cuando las nodrizas vinieron a llevárselos a sus lecciones resonaron en el comedor. Pero por primera vez, su resistencia habitual a abandonar la mesa tenía otro

motivo: sus ojos no se apartaban de la figura de Lonan, que acababa de aparecer en el umbral.

—¿A que es verdad que nos contarás historias? —Kieran se escabulló del agarre de su nodriza—. ¿Historias de cuando Nefely era pequeña como yo?

—Lo prometí, ¿no? Y las promesas son sagradas.

—¿Más tarde? —insistió Venya, uniéndose a su hermano—. ¿Después de las lecciones?

—Si vuestro hermano lo permite. —Lonan me miró, y había tanto en esa mirada que tuve que apartar los ojos.

—Por supuesto —logré decir—. Después de las lecciones.

Los niños finalmente permitieron que las nodrizas se los llevaran, aunque no sin volver la cabeza varias veces para asegurarse de que Lonan seguía allí, como si temieran que desaparecería si lo perdían de vista.

Lonan se sentó a unos asientos de distancia, manteniendo una separación respetuosa que me dolió más que cualquier acusación directa. Las doncellas aparecieron inmediatamente, sirviendo té y pasteles.

—¿Ha… ha dormido bien? —pregunté, odiando lo inadecuada que sonaba la pregunta.

Una risa amarga escapó de sus labios mientras observaba a una doncella servir té en su taza.

—¿Dormir? No, mi señor. No he podido cerrar los ojos. Todos estos años… todos estos años creyendo que había muerto en aquel invierno cruel. Me torturaba pensando que mi pequeña habría sucumbido al frío.

La doncella que servía más pasteles se detuvo un momento dándose cuenta de quién hablábamos, pero enseguida siguió con lo que estaba haciendo.

—Y ahora… —continuó Lonan—. Ahora descubro que está viva, pero sufriendo un destino peor que la muerte. Que mientras yo me consumía en esa celda, mi niña… mi pequeña.

Sus manos temblaban tanto que el té se derramó sobre el mantel, pero ninguna doncella se movió para limpiarlo. El silencio en el comedor era ensordecedor.

—Al menos en mis pesadillas sobre su muerte había… había paz —continuó finalmente—. Podía imaginarla reunida con su madre, libre de todo dolor. Pero esto… Saber que está sufriendo, que cada noche es un nuevo tormento… y que no pude protegerla…

—No es su culpa —interrumpí—. Si alguien falló en protegerla fui yo.

—Ni siquiera puedo odiarlo como debería. Porque veo vuestro tormento, veo cómo os está destruyendo por dentro. Y me pregunto si esto no es precisamente lo que ese monstruo quería: romper no solo a mi hija, sino a todos los que la aman.

Las doncellas se retiraron silenciosamente, dejándonos solos con nuestras culpas compartidas. El sol que entraba por los ventanales parecía una burla, demasiado brillante para el dolor que nos consumía.

—Ella solía sentarse allí —señalé el asiento vacío a mi derecha—. Todas las mañanas. Y aunque nunca lo hicimos oficial, aunque nunca le di el lugar que merecía… ese era su sitio. El lugar de la reina.

—Mi pequeña —susurró Lonan—. Mi niña que solo quería ayudar a otros, que encontraba alegría en las cosas más simples… ¿Cómo ha terminado así? ¿En qué momento el destino decidió ser tan cruel?

Ambos sabíamos que no había sido el destino, sino nuestros propios errores, nuestras propias cegueras, lo que había llevado a Nefely a ese infierno helado.

Lonan tomó un largo sorbo de té, como si necesitara el calor para encontrar las fuerzas necesarias.

—Hay algo que debo contarle —comenzó—. Algo que juré a Elowen que nunca revelaría. Solo una vez estuvimos a punto de romper ese juramento…

Parecía que el recuerdo le doliera.

—Nefely enfermó gravemente cuando tenía cinco años —continuó—. La fiebre la consumía, y el dolor… Decía que le dolía todo

el cuerpo, que sentía como si la estuvieran quemando por dentro. Elowen y yo… fue la única vez que consideramos romper nuestro juramento. Pensamos que quizás, si revelábamos la verdad, alguien podría ayudarla.

Me incliné hacia adelante.

—¿Puedo preguntarle algo, mi señor? —dijo Lonan abruptamente —. ¿Cómo son vuestras relaciones con Floralia?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—Son… complicadas —respondí, eligiendo cuidadosamente mis palabras—. Desde que mi padre traicionó sus acuerdos durante la guerra, han mantenido una distancia deliberada con Dragio. El Rey Sylvan responde a nuestros mensajes con fría cortesía, pero rechaza cualquier intento verdadero de alianza. Sus flores aún adornan nuestros jardines como muestra de comercio básico, y mi madre… — me detuve, notando cómo Lonan contenía el aliento—. Mi madre fue la única que logró mantener una correspondencia algo más personal con él, a pesar del rencor.

Vi el alivio atravesar su rostro, aunque mezclado con preocupación.

—El Rey Sylvan —murmuró Lonan, y había algo en su tono que captó mi atención—. Un hombre sabio, pero con larga memoria para las traiciones. Muchos temen que os vea como reflejo de su padre, no como el hombre que realmente sois.

—He intentado demostrar que soy diferente —admití—. Pero las heridas del pasado son profundas.

Lonan guardó silencio por un momento, como si sintiera el peso de la desaprobación de Elowen a pesar de su ausencia.

—Cuando su padre me reclutó para la guerra —continuó finalmente—, la situación en la frontera de Ventara era… complicada. Gélidia había invadido territorios que no le pertenecían, y Ventara había solicitado ayuda a Dragio. Pero la verdadera guerra… —suspiró pesadamente—, la verdadera guerra era entre Floralia y Gélidia.

Sus dedos trazaron patrones ausentes en la superficie de la mesa mientras continuaba:

—Vi cómo se oscurecía el horizonte. Los informes que llegaban del frente eran cada vez más sombríos. Sabía, en lo profundo de mi ser, que probablemente no volvería a casa. Pero no podía… no podía dejarlas desprotegidas, sin saber la verdad.

Se detuvo, tomando aire antes de continuar:

—Escribí una carta. Puse en ella todo lo que necesitaban saber, todo lo que Elowen y yo habíamos jurado mantener en secreto. Pensé… pensé que, si algo me sucedía, al menos deberían tener la verdad. Intenté escabullirme hacia una aldea cercana, donde había un mensajero de confianza.

Su risa fue amarga, cargada de arrepentimiento.

—Los soldados de Gélidia me interceptaron antes de llegar. Encontraron la carta, vieron el sello… —Cerró los ojos con fuerza—. Asumieron que era un espía de Floralia. La guerra entre Floralia y Gélidia era tan antigua, tan llena de odio, que ni siquiera se molestaron en verificar. Me arrastraron a sus mazmorras, convencidos de que tenía información vital sobre las defensas de Floralia.

—¿Y no la tenía? —pregunté, aunque algo me decía que la respuesta no sería tan simple.

—No —confirmó Lonan—. No tenía esa información. Y eso… eso fue lo peor. Las dejé solas, desprotegidas, sin poder enviar siquiera un mensaje a Floralia.

—¿Por qué Floralia? —pregunté, incapaz de contener la pregunta que ardía en mi mente—. ¿Por qué Floralia habría de proteger a su esposa y a su hija?

Lonan pasó una mano por su rostro cansado, y una sonrisa nerviosa, casi histérica, se dibujó en sus labios.

—Porque yo era el capitán de la guardia real de la princesa de Floralia —dijo finalmente—. La hija menor del Rey Sylvan. La que se negó a aceptar un destino impuesto.

—Elowen —murmuré—. Elowen era…

—La princesa que decidió forjar su propio camino —completó—. Cuando su padre arregló su matrimonio con uno de los lores más

poderosos del reino, ella simplemente… desapareció. En medio de la noche, sin decir una palabra a nadie. —Una sonrisa triste curvó sus labios—. Excepto a mí, por supuesto. Era su guardia personal, debía saber todos sus movimientos.

—¿Y la siguió?

—Era mi deber protegerla —asintió—. La seguí hasta Dragio, donde pensaba comenzar una nueva vida, lejos de las imposiciones y las tradiciones. Al principio, me mantuve en las sombras, vigilando, asegurándome de que estuviera a salvo.

Su mirada se perdió en recuerdos lejanos.

—Ella lo sabía, por supuesto. Siempre fue demasiado perspicaz. Comenzó a hacerme salir de mi escondite con provocaciones infantiles. —Una risa suave escapó de sus labios—. Me retaba a duelos con palos en el bosque, me dejaba mensajes burlones, incluso llegó a robar mi espada una vez, solo para ver si podía atraparla.

—Y se enamoraron —dije suavemente.

—Los dioses me perdonen, pero me enamoré perdidamente de la princesa que debía proteger —Su voz se rompió con emoción—. Y ella… ella también me amó. Contra toda lógica, contra toda tradición…

—¿El Rey Sylvan lo supo?

—Por supuesto. Le escribía regularmente, informándole sobre su hija. Era mi deber, aunque Elowen fingía enfadarse cada vez que me veía enviar un cuervo. —Sonrió ante el recuerdo—. Le contaba que estaba a salvo, que era feliz, aunque vivía sin los lujos a los que estaba acostumbrada. Un día… Un día llegó una carta del rey. Había cancelado el matrimonio arreglado, ofrecía a Elowen todo lo que quisiera si regresaba.

—¿Y ella?

—No lo creyó. —Negó con la cabeza—. Pensó que era una trampa para hacerla volver. Prefirió su vida simple, su libertad duramente ganada. Y yo… yo seguí escribiendo al rey, contándole

sobre su nueva vida, sobre cómo florecía lejos de las restricciones de la corte.

—Sobre cómo se enamoraron —añadí.

—Sí —admitió—. Aunque me costó meses reunir el valor para confesárselo. Temía su ira, su decepción. Pero el Rey Sylvan… Era un padre antes que un rey. Solo quería la felicidad de su hija. Era diferente a cualquier otro rey que haya conocido. Para él, ser padre siempre fue más importante que ser monarca. Se negó a dejar que las nodrizas criaran a sus hijas, como era costumbre en la nobleza. Las educó él mismo, las preparó para gobernar.

Se detuvo, tomando otro sorbo de té antes de continuar:

—Desde pequeñas, las princesas tenían su lugar en los consejos. Las voces de sus hijas eran tan respetadas como la de cualquier consejero. Elowen… —Sonrió con nostalgia— Elowen tenía una mente brillante para la política. Era la más astuta de las dos, aunque nunca le interesó el poder.

—¿Por qué huyó entonces? —pregunté—. Si su padre era tan comprensivo…

—Porque el amor de un padre, por grande que sea, a veces no es suficiente contra el peso de las tradiciones —respondió con pesar —. Cuando Elowen cumplió diecisiete años, las presiones del consejo se volvieron insoportables. El reino necesitaba alianzas, decían. Un matrimonio estratégico fortalecería Floralia.

Su mirada se perdió en la distancia.

—El rey intentó resistirse, pero… hay decisiones que ni siquiera un monarca puede evitar eternamente. Cuando anunciaron el compromiso, algo se rompió en Elowen. No era solo el matrimonio —explicó—. Era todo lo que representaba: una vida planificada, un destino sellado, una jaula dorada.

—Pero estaba preparada para sobrevivir —añadí, recordando sus palabras anteriores.

—Oh, sí. —Una sonrisa orgullosa curvó sus labios—. El rey se había asegurado de que sus hijas pudieran defenderse solas. Elowen sabía manejar la espada, conocía las hierbas medicinales y los

venenos, podía leer mapas y rastrear como el mejor explorador. Era perfectamente capaz de sobrevivir sola…, pero no podía sobrevivir a una vida sin libertad.

—¿Por qué nunca le dijo a su padre dónde estaba? Después de que cancelara el compromiso…

—Orgullo, principalmente —respondió—. Y terquedad. Quería demostrar que podía construir su propia vida sin ayuda de nadie, sin los privilegios de su nacimiento. —Negó con la cabeza—. Vivíamos con lo justo, pero éramos felices. Elowen aprendió a coser sus propios vestidos, a cultivar hierbas medicinales para vender en el mercado. Y cada vez que llegaba una carta de su padre ofreciendo ayuda…

—Las rechazaba —completé.

—Todas y cada una —confirmó—. «Si acepto su ayuda ahora», decía, «estaré admitiendo que no puedo valerme por mí misma». Era terca como solo una princesa de Floralia puede serlo.

—Cuando se fue… —dudé—. ¿Cómo lo tomó el rey?

La expresión de Lonan se ensombreció.

—Perdió parte de su alma ese día —respondió suavemente—. Pero nunca… nunca intentó forzarla a volver. Envió exploradores, sí, pero solo para asegurarse de que estuviera a salvo. Cuando mis cartas comenzaron a llegar, confirmando que su hija estaba bien, que era feliz… El alivio en sus respuestas era palpable. No le importaba que su hija viviera como una simple sanadora de aldea, solo le importaba que fuera libre y feliz.

—¿Nunca intentó encontrarla personalmente? —pregunté, intrigado por el comportamiento de un padre que amaba tanto a su hija, pero permanecía distante.

Una sonrisa triste cruzó el rostro de Lonan.

—El Rey Sylvan era tan orgulloso como su hija —respondió—. Creía que Elowen debía volver por su propia voluntad, no porque la encontrara o la presionara. «Si quiere su libertad, se la daré por completo», me escribió una vez. En sus cartas siempre terminaba

diciendo que las puertas de Floralia estarían abiertas eternamente para ella, pero nunca cruzó la frontera para buscarla personalmente.

—Un orgullo que les costó años —murmuré.

—Ambos creían estar haciendo lo correcto —suspiró Lonan—. Elowen pensaba que su padre finalmente entendería que jamás volvería a la vida de la corte, y él esperaba que eventualmente ella reconociera que su hogar siempre sería Floralia.

Se pasó una mano por el rostro canoso, el cansancio evidente en sus gestos.

—Y entonces… —Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras una sonrisa suave curvaba sus labios—, entonces nació Nefely. Los dioses, nunca olvidaré ese día. Elowen estaba radiante, más hermosa que nunca mientras sostenía a nuestra pequeña. La forma en que la miraba… como si todo el universo se hubiera concentrado en ese pequeño ser que acabábamos de traer al mundo.

Se detuvo un momento, perdido en el recuerdo. Sus dedos trazaban patrones ausentes en la mesa, como si intentara dibujar la escena en la madera pulida.

—El primer llanto de Nefely… —continuó—, fue como música. Elowen decía que sonaba como las campanas de cristal que adornaban los jardines de Floralia en primavera. Y sus ojos… sus ojos eran exactamente cambiantes como el cielo mismo, una mezcla de los de su madre y los míos.

Su expresión se oscureció levemente.

—Pero entonces la vimos. —Su voz bajó hasta ser apenas un susurro—. La marca. Era tan pequeña, apenas visible en su pecho diminuto. Como un copo de nieve, decía Elowen, intentando encontrar belleza incluso en aquello que tanto temía.

—La marca de la Alisma —murmuré, recordando la forma en que brillaba en la piel de Nefely.

—Sí —asintió pesadamente—. Elowen la reconoció al instante. Como princesa de Floralia, había crecido escuchando las leyendas, conocía cada profecía, cada historia sobre las Alismas. La forma en

que abrazó a nuestra pequeña en ese momento… como si temiera que alguien fuera a arrancársela de los brazos en cualquier instante.

Se pasó una mano temblorosa por el rostro antes de continuar:

—Esa noche, mientras Nefely dormía en su cuna… Elowen lloró como nunca la había visto llorar. «No es justo», repetía una y otra vez. «No es justo que apenas la tenga en mis brazos y ya tema perderla».

—¿Por qué tanto miedo? —pregunté suavemente.

Una risa amarga escapó de sus labios.

—Porque conocíamos la leyenda. Sabíamos que, en algún lugar, alguien llevaba la otra mitad de esa marca. Y cuando despertara, la reclamarían. Elowen había visto cómo funcionaban estas cosas en la corte. Cómo el poder podía corromper incluso los vínculos más sagrados. «Si mi padre se entera», me dijo aquella noche, «planeará toda su vida antes de que aprenda a caminar». Temía que el Rey Sylvan, aunque con buenas intenciones, intentara usar la marca para forjar alianzas, que arreglara un matrimonio con quien fuera que llevara la otra mitad, sin importar si ese hombre era digno del amor de nuestra hija.

—¿Creía que su padre haría eso? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—No intencionalmente —respondió Lonan—. Pero Elowen había visto demasiadas veces cómo la política se imponía a los deseos personales, incluso en Floralia. «Un día ese bebé será una mujer», decía, «y quiero que elija su propio camino, como yo elegí el mío. Sin legados, sin expectativas, sin destinos predeterminados por sangre o marcas». Y rezábamos cada noche para que la marca nunca despertara. Para que permaneciera dormida, permitiendo que nuestra pequeña viviera una vida normal, libre de destinos impuestos y profecías antiguas.

Sus ojos encontraron los míos, y el dolor en ellos me atravesó como una daga.

—La noche que Nefely nació, quise enviar un mensaje a Floralia —confesó—. Pensé que el Rey Sylvan tenía derecho a saber que

tenía una nieta. Que quizás… quizás era momento de tender puentes, de permitir que nuestra hija conociera su herencia.

Se detuvo, su mano se cerró en un puño sobre la mesa.

—Pero Elowen… Elowen se negó rotundamente. «No condenaré a mi hija a la misma jaula de la que escapé», dijo. «No dejaré que la política y el poder la alejen de mí como intentaron alejarme de mi padre».

—¿El Rey Sylvan nunca supo…?

—No —respondió con pesar—. Nunca supo que tenía una nieta. Que la sangre de Floralia corría por las venas de una pequeña que crecía libre y salvaje en los bosques de Dragio. Elowen estaba determinada a proteger a Nefely no solo del destino de la Alisma, sino también del peso de su herencia real.

—Una princesa de Floralia —murmuré, comprendiendo finalmente la verdadera magnitud de lo que teníamos entre manos —. Todo este tiempo… Nefely no era solo una Alisma, era…

—La heredera legítima de uno de los reinos más poderosos — completó Lonan—. La nieta del Rey Sylvan, nacida de su hija menor, la princesa que eligió la libertad sobre el deber.

Era demasiado para asimilarlo de golpe. La mujer que había amado, a quien había creído una simple sanadora del bosque, era en realidad la nieta del Rey Sylvan, heredera de sangre real. Y no de cualquier reino: Floralia, la tierra de magia antigua, de jardines que florecían incluso en invierno, de flores que brillaban bajo la luz de la luna.

De repente, tantas cosas cobraban sentido. Sus habilidades para sanar que parecían rozar lo milagroso, su capacidad de ver a través de los ojos de otros, de entrar en sueños, de comunicarse con los dragones… No eran simples dones de una Alisma, sino el legado mágico de Floralia corriendo por sus venas. Ese poder que tanto había asustado a mi padre y a los consejeros, esa luz interior que atraía a todos hacia ella como polillas a la llama, venía de sus raíces en el reino donde la magia nacía de la tierra misma.

Nefely, mi Nefely, era una princesa por derecho propio, incluso antes de que yo soñara con hacerla mi reina.

—La educamos lo mejor que pudimos —continuó finalmente—. Entre los dos. Elowen le transmitió todo el conocimiento que había traído consigo de Floralia: literatura, historia, etiqueta… —Una sonrisa nostálgica iluminó brevemente su rostro—. Intentaba enseñarle los modales de la corte como si fuera un juego. «Así se sostiene la copa en la mesa del rey», le decía mientras usaban tazas de madera en nuestra humilde cabaña. «Y así se hace una reverencia ante un embajador extranjero».

Se detuvo un momento, perdido en el recuerdo.

—Pero Nefely… —continuó con voz suave—. Nefely siempre prefirió la libertad y la naturaleza. Aprendía las lecciones para complacer a su madre, pero en cuanto podía, escapaba a los árboles, a las flores, al viento. Era como si la sangre de Floralia la llamara hacia la tierra y sus secretos.

Sus ojos se humedecieron ligeramente.

—Aunque no lo creerías viéndome ahora, antes era un hombre grande, fuerte. Un guerrero entrenado. —Se miró las manos temblorosas con cierta ironía—. Y mi pequeña Nefely… era tan asustadiza de niña. Temía a las tormentas, a los ruidos fuertes, incluso a su propia sombra a veces. Ante cualquier miedo, cualquier pequeño susto, corría a buscarme. «Papá, papá», gritaba con sus bracitos extendidos, «defiéndeme de los monstruos».

Su voz se quebró ligeramente.

—La alzaba sobre mis hombros, tan alto como podía, y le decía que desde allí podía ver que no había ningún monstruo. Solo el viento, solo las sombras de los árboles. Y ella se aferraba a mi cabello como si fuera lo único que la mantenía a salvo en el mundo.

Una sonrisa triste curvó sus labios.

—Debí haberlo sabido —murmuró—. La forma en que Nefely absorbía cada conocimiento, su facilidad natural para la diplomacia incluso siendo niña, la gracia innata en sus movimientos… La sangre

real no puede ocultarse completamente, por mucho que intentemos disfrazarla.

«Y ahora», pensé con un dolor que me atravesaba el alma, «esa misma sangre real fluía mezclada con lágrimas y sangre en las mazmorras de Gélidia».

Entonces lo comprendí.

—La hermana mayor de Elowen —murmuré, recordando los informes diplomáticos que había estudiado tantas veces—. Murió de una enfermedad hace años.

—Sí —confirmó Lonan—. Y su única hija…

—Lyanna —completé, sintiendo cómo el horror de la situación se desplegaba ante mí—. La princesa Lyanna, que se casó con el príncipe Soren de Gélidia. La que…

—La que se lanzó desde su balcón —terminó Lonan—. Después de meses de… —Cerró los ojos con fuerza, como si intentara borrar imágenes demasiado horribles—. Después de que Soren la destruyera completamente.

Ambos sabíamos que ahora era Nefely quien estaba en las garras de ese monstruo, sufriendo el mismo destino que su prima.

—Entonces… el Rey Sylvan no tiene herederos. Salvo…

—Salvo Nefely. Si es que decide reconocerla.

—¿Lo haría? —pregunté, aunque algo en mi corazón ya sabía la respuesta—. Después de tantos años, después de que Elowen eligiera mantenerla alejada de todo esto…

Una sonrisa suave curvó los labios de Lonan.

—El Rey Sylvan —dijo con una certeza que me sorprendió—, es el hombre más sabio y compasivo que he conocido. Pondría mi mano en el fuego a que no solo la reconocería, sino que la amaría con la misma fiereza con que amó a sus hijas.

—¿Cómo podemos estar seguros? —insistí—. ¿Cómo podemos siquiera contactar con él sin poner a Nefely en más peligro?

—Una carta —respondió simplemente—. Una invitación formal del Rey de Dragio, solicitando su presencia para discutir asuntos de suma importancia.

—¿Y cómo sabrá que no es una trampa? ¿Que hay algo más detrás de una simple invitación diplomática?

Los ojos de Lonan brillaron con una chispa de astucia que me recordó dolorosamente a Nefely.

—Incluirás una flor en la carta —dijo suavemente—. Una flor de color morado.

—¿Una flor? —repetí, confundido—. ¿Por qué…?

—Porque era el color favorito de Elowen —explicó, y su voz se suavizó con el recuerdo—. Cuando vivíamos en Floralia, los jardines reales estaban llenos de flores moradas. El Rey Sylvan las hacía plantar especialmente para ella. Incluso después de que huyera, siguió manteniendo esos jardines. Como un recordatorio, como una promesa silenciosa de que siempre habría un lugar para ella en casa.

—Y cuando vea la flor morada… —comencé, comprendiendo.

—Sabrá que hay más en esta invitación de lo que parece —completó Lonan—. El morado no es solo un color para el Rey Sylvan. Es el símbolo de la hija que perdió, de la libertad que ella eligió por encima de todo.

—¿Y si no recuerda? Han pasado tantos años…

La risa de Lonan fue suave, casi tierna.

—Un padre nunca olvida los pequeños detalles que hacían feliz a su hija —respondió—. Cada primavera, cuando las flores moradas florecían en los jardines de Floralia, el Rey Sylvan pasaba horas entre ellas. Los sirvientes decían que a veces les hablaba a las flores, como si pudieran llevar sus palabras hasta Elowen.

Algo se retorció en mi pecho ante esa imagen: un rey poderoso, manteniendo vivo el recuerdo de su hija a través de simples flores.

—Y ahora… —continué suavemente— esas mismas flores podrían llevarlo hasta su nieta.

—Si los dioses son misericordiosos —asintió Lonan—. Aunque me temo que necesitaremos más que misericordia divina para salvar a mi hija.

—La salvaremos —declaré—. Con la ayuda de Floralia o sin ella, la sacaremos de ese infierno. Aunque eso signifique iniciar una

guerra que cambie el destino de todos los reinos.

—El amor de un padre —murmuró—. El amor de un hombre que daría su vida, su reino, todo lo que tiene, por salvar a quien ama… Ese es un poder que ni siquiera Gélidia puede combatir.

31

Sin miedo a morir

Nefely

Los grilletes mordían mis muñecas vendadas mientras observaba los huevos sobre la mesa de Soren. Cinco joyas robadas, cada una más grande que la anterior. Las vendas ocultaban la verdadera extensión del daño en mis manos, pero el dolor no desaparecía.

—Hazlos nacer —ordenó Soren desde su asiento.

Una risa amarga escapó de mis labios.

—¿Que los haga nacer? ¿Acaso crees que los dragones son como gallinas? ¿Que puedo simplemente ordenarles salir del cascarón?

¿Qué más podía hacerme? ¿Qué dolor podría ser peor que el que ya me había infligido?

—Cuidado con tu lengua, mi amor —siseó, inclinándose hacia adelante—. O quizás deba recordarte el precio de la desobediencia.

—¿Vas a romperme las manos otra vez? —pregunté—. ¿O prefieres amenazar a los niños? Ya no importa. No puedo hacer lo que pides porque es imposible.

Forcé mis dedos a moverse bajo las vendas, ignorando las punzadas de dolor que atravesaban mis muñecas destrozadas. El maestre había dicho que debía mantenerlos en movimiento si no

quería perder la movilidad completamente, aunque cada flexión era una agonía.

Neval, parado en las sombras como la rata que era, dio un paso adelante.

—Los robé del nido más protegido de Dragio —declaró con ese orgullo insufrible que tanto odiaba—. Son los últimos huevos de dragón que quedaban. Deben valer algo.

—Valen más de lo que tu mente rastrera puede comprender —respondí, girando mi cabeza para mirarlo—. Cada uno de esos huevos contiene magia, poder que viene desde el inicio de los tiempos. No son juguetes para satisfacer la codicia de un príncipe malcriado.

El golpe de Soren llegó tan rápido que apenas lo vi venir. Mi cabeza giró bruscamente hacia un lado. Pero ni siquiera eso podía compararse con el dolor constante en mis manos.

—Te he permitido demasiadas libertades —gruñó, agarrando mi barbilla con fuerza—. Parece que has olvidado tu lugar.

—¿Te refieres a este suelo al que me tienes encadenada? ¿O quizás hablas de tu cama?

Sus dedos se clavaron en mi piel con más fuerza, pero el dolor era casi bienvenido. Al menos esto podía sentirlo, a diferencia de mis manos que parecían pertenecer a otra persona.

—Los dragones —insistió—, nacerán. Y tú harás que suceda.

—Los dragones —repliqué, manteniendo su mirada—, nacen cuando eligen nacer. No puedes forzarlos. No puedes obligarlos. Son criaturas de magia, no tus mascotas.

—Eres su jinete —intervino Neval—. Tienes poder sobre ellos. Como lo tienes sobre Estros.

Esta vez mi risa fue genuina, aunque cargada de amargura.

—¿Poder sobre Estros? —giré mis muñecas vendadas, haciendo tintinear los grilletes—. ¿Crees que si tuviera verdadero poder sobre él estaría aquí? ¿Crees que permitiría esto? —Levanté mis manos destrozadas—. No tengo poder sobre los dragones. Tengo un vínculo

con ellos, una conexión que vuestra mente limitada no puede comprender.

—Entonces forja ese vínculo con estos —ordenó Soren, señalando los huevos—. Conéctate con ellos. Haz lo que sea necesario.

Negué con la cabeza, sintiendo una extraña calma extenderse por mi cuerpo. Era casi liberador no tener nada más que perder.

—No funciona así. El vínculo no se forja, se nace con él. Y estos dragones… —Miré los huevos con tristeza y reverencia—, estos dragones ya tienen sus jinetes destinados. No puedes cambiar eso, no puedes forzarlo. Es más antiguo que tú, que yo, que todos los reinos juntos.

—¡Mentiras! —rugió Soren, poniéndose de pie tan bruscamente que su silla cayó hacia atrás—. ¡Todo son mentiras para proteger a Dragio!

—¿Crees que me queda algo de lealtad hacia ese reino? ¿Hacia el rey que me abandonó aquí? No. Esto no es sobre lealtad o protección. Es sobre verdades que existen más allá de tus pequeños juegos de poder.

Vi su mano alzarse nuevamente para golpearme, pero esta vez mantuve mi mirada fija en la suya. Ya no me encogía, ya no temblaba. El miedo se había consumido junto con mis lágrimas, dejando solo esta fría determinación.

—Golpéame si quieres —dije suavemente—. Tortúrame, rómpeme, haz lo que te plazca. No cambiará la verdad: estos dragones nacerán cuando estén listos, y elegirán a sus jinetes según las leyes antiguas que ni tú ni yo podemos cambiar.

Neval suspiró exasperado, pasándose una mano por el rostro con gesto cansado.

—Mi príncipe —dijo, apartándose de las sombras—. Debo volver a Dragio antes de que mi ausencia levante sospechas. El rey ya está inestable. Si comienza a hacer preguntas incómodas…

—Ve —ordenó Soren—. Mantén los ojos abiertos. Cualquier información me la harás llegar.

—Por supuesto, sobre todo si empiezan a correr rumores sobre una rata traidora escabulléndose por los pasillos —Sonreí sin descaro —. ¿Qué se siente, Neval? ¿Arrastrarte en las sombras del castillo que juraste servir? ¿Traicionar cada juramento que hiciste?

Neval se giró hacia mí.

—Al menos yo no me revuelco en la cama del enemigo —escupió, aunque noté cómo retrocedía un paso.

—No. Tú solo te arrastras a sus pies como el gusano que eres. Al menos yo tengo la excusa de las cadenas y las amenazas. ¿Cuál es la tuya? ¿Codicia? ¿O simple cobardía?

—¡Suficiente! —rugió Soren—. Vete, Neval. Y recuerda: cualquier movimiento sospechoso…

—Lo sabrá de inmediato, mi príncipe. —Neval hizo una reverencia tan profunda que casi rozó el suelo con la nariz.

—Lame botas —murmuré mientras se dirigía hacia la puerta—. Rastrero traidor. Que los dragones te encuentren antes que Aeran, será una muerte más misericordiosa.

La puerta se cerró tras él con un golpe seco, dejándome sola con Soren.

—Nos estás resultando bastante inútil, mi amor —dijo finalmente, sus dedos trazaban el contorno de uno de los huevos—. No puedes hacer nacer a los dragones, no puedes controlar completamente a Estros…

—Porque no entiendes nada —interrumpí—. Los dragones no son herramientas, no son armas que puedas empuñar a voluntad.

—Y, sin embargo, tú tienes poder sobre ellos.

—¿Llamas poder a esto? —Levanté mis manos vendadas—. No puedo obligar a Estros a hacer nada que no quiera. No puedo forzar a estos huevos a nacer. Y aunque pudiera… ¿de qué serviría? No sabes montar, no sabes volar. Los dragones no son caballos que puedas domar con espuelas y látigo.

Vi la furia crecer en sus ojos, pero continué. Ya no tenía nada que perder.

—Un jinete que no sabe volar con su dragón no puede pretender controlarlo —declaré—. Es como intentar dirigir una tormenta con las manos desnudas. El vínculo requiere confianza, requiere respeto mutuo. Cosas que tú, con tu mente retorcida por el poder, nunca podrías comprender.

—¿Y tú sí? ¿La salvaje que temblaba sobre el lomo de un caballo?

—Yo entiendo algo que tú nunca entenderás —respondí, manteniendo su mirada—. Que hay poderes más antiguos que tu corona, que tu ambición. Los dragones no nacieron para ser controlados. Nacieron libres, salvajes, y así permanecerán sin importar cuántas cadenas intentes ponerles.

Se inclinó sobre mí, su rostro tan cerca que podía sentir su aliento contra mi piel.

—Entonces quizás —susurró—, deberíamos investigar qué otras formas hay de usar tu… conexión especial con ellos. Después de todo, hay más de una manera de romper a un dragón.

Sus dedos tamborileaban nerviosamente sobre la mesa mientras miraba los huevos, y una gota de sudor resbalaba por su sien pese al frío habitual de la habitación.

—No tenemos suficientes hombres, no tenemos…

Una risa escapó de mis labios mientras me acomodaba mejor en el suelo, los grilletes tintinearon con el movimiento. Había algo casi liberador en ver así a Soren: asustado, vulnerable, perdiendo ese control que tanto se esforzaba en mantener.

—¿Qué sucede, mi príncipe? —me burlé—. ¿Las cosas no están saliendo según tus planes? ¿Tu pequeño juego de poder se está desmoronando?

Se giró hacia mí con la velocidad de una serpiente, pero no me aterrorizó. Ya no. Ya no quedaba nada en mí capaz de sentir ese tipo de miedo.

—Pagarás por esto —siseó—. Te haré suplicar, te haré…

—¿Más de lo que ya has hecho? —Suspiré cansada de sus amenazas—. ¿Qué más puedes quitarme? ¿Mis manos? ¿Mi

dignidad? ¿Mi voluntad?

—Los niños —gruñó—. Puedo hacer que traigan a tus preciosos príncipes aquí. Puedo…

Esta vez me reí sin control.

—No, no puedes —declaré—. No ahora. No con Ventara y Dragio unidos. Cualquier movimiento contra los herederos de Dragio sería una declaración de guerra, y ambos sabemos que no estás en posición de permitirte eso.

Apretó su mandíbula y frunció el ceño.

—Acabas de darte cuenta, ¿verdad? —continué, incapaz de detener las palabras que fluían como veneno de mis labios—. Tu mejor amenaza, tu control más efectivo sobre mí… se está desvaneciendo. Cada día que pasa, cada alianza que Dragio forja, es un día más que los niños están fuera de tu alcance.

—¡Cállate! —rugió, su mano se alzó para golpearme.

—¿Por qué? ¿Porque sabes que tengo razón? —me incliné hacia adelante tanto como los grilletes me permitían—. Puedes golpearme, torturarme, romperme hasta que no quede nada de mí. Pero no puedes tocarlos. No ahora. Y eso te está matando por dentro. Porque si pudieras, ya hubieras hecho daño a alguno de ellos, pero no puedes.

Volvió a golpearme, pero ni siquiera eso podía borrar la satisfacción de ver a Soren así: descontrolado, furioso, perdiendo el dominio que tanto se enorgullecía de mantener.

—Te destruiré —prometió—. Te romperé de formas que ni siquiera puedes imaginar.

—Ya lo has intentado —respondí suavemente, escupiendo sangre a sus pies—. Y mírame: sigo aquí. Rota, sí. Destrozada, también. Pero ya no me tienes completamente bajo tu control, ¿verdad? Ya no puedes amenazarme con lo único que realmente me importaba.

Soren se dirigió hacia la puerta con pasos rápidos, la furia emanaba de cada uno de sus movimientos. Por un momento pensé que se iría, que me dejaría sola con mi pequeña victoria. Pero debería haber sabido que no sería tan simple.

—¡Guardia! —rugió, abriendo la puerta de golpe.

Un hombre entró inmediatamente, su armadura negra brillaba tenuemente bajo la luz de las velas. Reconocí su rostro: era uno de los que solían vigilar mi celda en los primeros días, cuando aún creía que el dolor físico sería lo peor que podría pasarme.

—Mi príncipe —se inclinó profundamente.

—Envía un mensaje a nuestros amigos en Dragio —ordenó Soren —. La nueva reina debe tener un accidente. Algo limpio, algo que parezca natural. Veneno, quizás. O una caída desafortunada. Que parezca que fue el rey. Después de todo, ¿quién no sospecharía del hombre que perdió a su amor y se vio forzado a un matrimonio político?

Si hacía eso, la alianza con Ventara se rompería, la confianza del pueblo en su rey se desmoronaría…

—Sí, mi príncipe. —El guardia se inclinó nuevamente—. ¿Alguna preferencia sobre el método?

—Algo que deje rastros. Suficientes pistas para levantar sospechas, pero no tantas como para ser obvio. Quiero que la duda corroa a todos desde dentro. Que se pregunten si realmente conocen a su rey.

—Se hará —prometió el guardia antes de retirarse, cerrando la puerta tras de sí.

Soren se giró hacia mí, su sonrisa era como un cuchillo.

—¿Ves, mi amor? —ronroneó—. Siempre tengo un plan. Siempre tengo el control. Y cuando la dulce Cellina muera, cuando todos señalen a Aeran como el culpable… ¿quién crees que sufrirá más? ¿El rey que perderá todo lo que le queda? ¿O tú, sabiendo que podrías haberlo evitado?

—No te saldrás con la tuya —susurré—. Aeran no es estúpido, sabrá que…

—¿Que hay traidores en su corte? ¿Que no puede confiar en nadie? Oh, mi amor… Eso solo lo destruirá más rápido. La paranoia es un veneno más efectivo que cualquier poción.

Se apartó, dirigiéndose hacia los huevos de dragón que seguían sobre la mesa.

—Y cuando todo se derrumbe —continuó—, cuando su reino se desmorone bajo el peso de la traición y la duda… entonces, solo entonces, comprenderá verdaderamente lo que significa perderlo todo.

—Eres un monstruo, Soren.

—No, mi amor. Soy un estratega. Y tú… tú eres solo otra pieza en mi tablero. Una pieza que acaba de comprender que su pequeña victoria era, en realidad, otra derrota más.

Se acercó nuevamente, agachándose hasta que su rostro quedó a la altura del mío.

—Aún puedo detenerlo, sabes —susurró con falsa dulzura—. El guardia apenas habrá llegado a las escaleras. Una palabra mía y la dulce Cellina vivirá para ver otro amanecer.

—Por favor. No hagas esto.

—Entonces haz que nazcan. —Señaló los huevos sobre la mesa —. Demuéstrame que vales más viva que muerta.

—¡No puedo! —grité, y esta vez la desesperación en mi voz era real—. ¡No sé cómo! ¡No está en mi poder!

—¡Mientes! —rugió, agarrando mi barbilla con fuerza—. Neval me contó sobre el nido en Dragio. Cómo los huevos que llevaban décadas dormidos eclosionaron en tu presencia. ¿Fue coincidencia? ¿O acaso…?

—¡No lo sé! Sí, estaba allí. Sí, los huevos nacieron. Pero no sé por qué, no sé cómo. No fue algo que yo hiciera conscientemente.

Sus dedos se clavaron más profundamente en mi piel.

—Debe estar en tu poder —insistió—. Los dragones te responden, te eligen. Incluso Estros te obedece.

—No me obedece. —Negué con la cabeza tanto como su agarre me permitía—. Me eligió. Hay una diferencia.

Se puso de pie bruscamente, pasándose una mano por el pelo con frustración.

—Los huevos nacerán —declaró, aunque sonaba más como una súplica que como una orden—. Tienen que nacer. Es la única forma…

—Lo siento —susurré, y lo más aterrador era que realmente lo sentía—. No puedo darte lo que pides. No porque no quiera, sino porque verdaderamente no está en mi poder.

Se giró hacia mí, y por un momento vi algo en sus ojos que nunca había visto antes: miedo puro y descarnado.

—Entonces no me dejas otra opción.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, se detuvo.

—Cuando todo se derrumbe —dijo sin girarse—, recuerda que tuviste la oportunidad de evitarlo.

La puerta se cerró tras él, dejándome sola con los huevos y el peso aplastante de mi propia impotencia. Miré las joyas inertes sobre la mesa, tan cerca y a la vez tan infinitamente lejos.

—Lo siento —susurré a los pequeños seres que dormían dentro —. Lo siento tanto.

32

Espera infinita

Aeran

Observé desde las almenas cómo Lonan seguía con la mirada cada movimiento de Cleon en el patio de entrenamiento. Mi hermano ejecutaba una serie de movimientos con la espada que yo mismo le había enseñado, su hoja brillaba bajo el sol de la tarde como un relámpago de plata.

—Se mueve bien —comentó Lonan suavemente—. Tiene el tipo de gracia que no se puede enseñar.

Algo en su tono me recordó dolorosamente a Nefely, la forma en que solía observar a los niños con ese orgullo que iba más allá del deber.

—Entrena desde que puede sostener una espada —respondí, intentando que mi voz no traicionara la emoción que me embargaba —. Aunque últimamente…

—¿Últimamente? —presionó gentilmente.

—Entrena como si intentara exorcizar demonios —completé, viendo cómo Cleon atacaba al poste de entrenamiento con una ferocidad que me preocupaba—. Como si cada golpe pudiera borrar la culpa que siente.

Lonan asintió, comprendiendo sin necesidad de más palabras. Todos cargábamos esa culpa, ese peso aplastante de no haber visto la verdad a tiempo.

Recordé la carta que habíamos enviado a Floralia hacía ya unos días. Las palabras que había escrito daban vueltas en mi mente, cada una cuidadosamente elegida:

«Mi estimado Rey Sylvan, A pesar de las dificultades y malentendidos que han ensombrecido las relaciones entre nuestros reinos durante décadas, me veo obligado a dirigirme a vos con un asunto que trasciende antiguas desavenencias. Hay un tema de suma importancia que requiere vuestra presencia inmediata en Dragio. Un asunto que solo puede ser discutido en persona, con la máxima discreción y urgencia que merece…».

Lonan había insistido en mantener el mensaje vago, en no mencionar nada sobre Elowen o Nefely. «Cualquier carta puede ser interceptada», había advertido. «Y hay secretos que podrían costar vidas si caen en las manos equivocadas».

La flor morada que habíamos incluido, presionada entre las páginas, era nuestro único mensaje real. Una señal que esperábamos despertara memorias antiguas, que trajera de vuelta el recuerdo de una hija perdida.

—¿Aún no hay respuesta? —preguntó Lonan, aunque sabía la respuesta. Sus ojos no se apartaban de Cleon, que ahora practicaba una secuencia particularmente compleja.

—Nada. Los cuervos vuelan hacia Floralia, pero ninguno regresa con respuesta.

—Quizás no los recibe —murmuró, más para sí mismo que para mí—. O quizás…

El miedo que ninguno se atrevía a nombrar flotaba entre nosotros: ¿y si el Rey Sylvan había cambiado tanto que ya no recordaba el significado de las flores moradas? ¿Y si los años habían endurecido su corazón hasta el punto de no querer saber nada de la hija que lo abandonó?

Abajo, Cleon finalmente dejó caer la espada, su respiración agitada era visible incluso desde nuestra posición. El sudor brillaba en su frente pese al frío del día.

—Tiene tu misma determinación —comentó Lonan—. La misma forma de canalizar el dolor en algo productivo.

—También tiene la compasión de Nefely —respondí suavemente —. Su capacidad de ver lo mejor en otros, incluso cuando…

Me detuve, el frío en mi pecho se intensificó ante el recuerdo de cómo Cleon había defendido a Nefely incluso después de su supuesta traición, cómo se había negado a creer lo peor de ella hasta que las circunstancias lo obligaron.

—Deberíamos tener noticias ya —murmuré, apretando los puños —. Una semana es más que suficiente para que un cuervo llegue a Floralia y regrese.

—El Rey Sylvan siempre fue cuidadoso con sus decisiones — Lonan intentó que su voz sonara tranquilizadora—. Especialmente cuando se trataba de su familia.

—No tenemos tiempo para la cautela. Cada día que pasa es un día más que ella está allí.

La imagen de Nefely en las garras de Soren, sufriendo horrores que ni siquiera me atrevía a imaginar, me perseguía día y noche.

—Ya podría haberla rescatado —gruñí, pasándome una mano temblorosa por el rostro—. Si hubiera partido el mismo día que supimos la verdad, ahora mismo estaría a salvo, aquí, entre nosotros.

—Y estaríamos en guerra abierta con Gélidia —replicó Lonan—. Sin aliados, sin preparación.

—¡No me importa la guerra! —estalló mi voz—. No puedo comer, no puedo dormir. Cada momento que respiro sabiendo que ella está sufriendo es una tortura. —Mi respiración se volvió irregular mientras la rabia y la impotencia me consumían.

El agotamiento de noches sin dormir, de días enteros apenas probando bocado, pesaba sobre mí.

—Si pudiéramos enviar otra carta —comencé, pero Lonan negó con la cabeza.

—Demasiado arriesgado. Si la primera fue interceptada, una segunda solo confirmaría que hay algo más detrás de esta invitación. No podemos poner a Nefely en más peligro.

Abajo, Cleon había recogido su espada y comenzaba una nueva serie de ejercicios. Su determinación me recordaba dolorosamente a mí mismo a su edad, buscando en el entrenamiento una forma de escapar del peso de las responsabilidades.

—A veces —murmuró Lonan— lo veo moverse y por un momento… por un momento veo a Elowen en Floralia, en su campo de entrenamiento. Tiene la misma forma de girar, la misma gracia natural.

—¿También era guerrera? —pregunté suavemente.

Una sonrisa triste curvó sus labios.

—El Rey Sylvan se aseguró de que sus hijas pudieran defenderse —respondió—. Elowen sobresalía con la espada tanto como con las hierbas medicinales. Era parte de lo que la hacía única: esa capacidad de combinar la gentileza de una sanadora con la fuerza de una guerrera.

—Como Nefely —murmuré, y el nombre fue como una puñalada en mi corazón.

—Como Nefely —confirmó—. La sangre de Floralia corre fuerte en sus venas, aunque ella nunca lo supo.

Cada día sin respuesta era un día más de tortura, no solo para Nefely, sino para todos los que la amábamos.

—Vendrá —declaró Lonan finalmente, aunque noté la duda en su voz—. Si queda algo del hombre que conocí, del padre que amaba tanto a sus hijas… vendrá.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si estamos perdiendo un tiempo precioso esperando ayuda que nunca llegará?

Lonan apartó finalmente la mirada de Cleon para enfrentarme, y vi en sus ojos el mismo tormento que me consumía.

—Entonces encontraremos otra manera. Porque no pienso perder a mi hija dos veces. No pienso fallarle otra vez.

El sonido de las trompetas atravesó el aire como un trueno, tan repentino y poderoso que todos nos sobresaltamos. Abajo, vi cómo Cleon dejaba caer su espada por la sorpresa.

El estruendo de pies pequeños corriendo por los pasillos llegó hasta nosotros, acompañado de gritos excitados de los niños. Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, Thorak apareció en las almenas, su respiración agitada sugería que había corrido todo el camino.

—¡Mi señor! —exclamó—. ¡Han llegado! El Rey Sylvan… toda su comitiva… Ni siquiera esperamos… no hubo carta de respuesta…

Intercambié una mirada atónita con Lonan. La esperanza y el miedo se mezclaban en un torbellino que amenazaba con ahogarme.

—¿Sin aviso? —logré preguntar.

—Nada —confirmó Thorak, pasándose una mano por el rostro—. Los vigías apenas tuvieron tiempo de avisar. La caravana real de Floralia acaba de cruzar las puertas exteriores. Son… son cientos de ellos.

El sonido de botas contra la piedra anunció la llegada de Cleon, que subía las escaleras de dos en dos.

—¿Es cierto? —preguntó sin aliento—. ¿El Rey de Floralia está aquí? Pero pensé que esperábamos una respuesta, que…

—No hay tiempo —corté, aunque mi mente daba vueltas con las implicaciones de esta llegada sin anunciar—. Thorak, ¿Neval ha regresado de su viaje familiar?

Una sombra cruzó el rostro de mi capitán.

—No, mi señor. Parece que los asuntos con su madre enferma se han prolongado.

Era raro que Neval se ausentase tanto tiempo, a la vuelta tendría que hablar con él, no era apropiado.

—Debemos ir a la sala del trono —declaré, comenzando a moverme—. Ahora. No podemos hacer esperar al Rey Sylvan.

Mientras descendíamos las escaleras a toda prisa, mi mente era un caos de preguntas sin respuesta. ¿Por qué venir sin avisar? ¿Había reconocido el significado de la flor morada? ¿O esta visita repentina tenía otro propósito?

Los pasillos eran un torbellino de actividad: sirvientes corriendo con sábanas limpias, cocineros gritando órdenes, guardias ajustando apresuradamente sus armaduras. Los niños se habían pegado a las ventanas, sus pequeñas caras estaban presionadas contra el cristal mientras intentaban ver la caravana que llegaba.

—¡Aeran! —llamó Venya al verme pasar—. ¡Hay caballos blancos! ¡Y banderas con flores!

—¡Y guardias con armaduras doradas! —añadió Torin.

No tenía tiempo para detenerme, pero me aseguré de que las nodrizas estuvieran cerca. Esta visita inesperada ponía en marcha demasiados engranajes, demasiadas posibilidades tanto buenas como terribles.

—Los aposentos de la torre este —murmuré a Thorak mientras caminábamos—. Asegúrate de que estén preparados. Y dobla la guardia en…

—Ya está hecho —interrumpió—. Y he enviado exploradores a vigilar los caminos. Si hay más visitas inesperadas, lo sabremos.

Lonan caminaba en silencio a mi lado. Después de tantos años, estaba a punto de enfrentarse al hombre que había sido no solo su rey, sino también el padre de la mujer que amaba.

Llegamos a la sala del trono justo cuando los consejeros comenzaban a reunirse, todos parecían tan desconcertados como yo por esta llegada sin anunciar. El protocolo dictaba que una visita real debía ser precedida por semanas de preparación, de intercambios diplomáticos…

El sonido de trompetas volvió a llenar el aire, esta vez más cercano, más real.

—Pase lo que pase —susurré a Lonan mientras me dirigía al trono—, mantente cerca, pero no…

—No me reconocerá —completó suavemente—. Han pasado demasiados años, y he cambiado demasiado.

Asentí brevemente antes de sentarme, sintiendo el peso de la corona más que nunca. Porque lo que estaba a punto de suceder podría cambiarlo todo o destruir nuestra última esperanza.

Las puertas se abrieron completamente, y el heraldo de Floralia dio un paso adelante, su voz resonó clara y fuerte en la sala del trono:

—¡Su Majestad, el Rey Sylvan de Floralia, Señor de los Jardines Eternos, Protector de las Tierras Florecientes!

Me habían preparado desde niño para esto. Años de lecciones sobre protocolo, sobre cómo mantener la compostura ante cualquier situación. Pero nada, absolutamente nada, podría haberme preparado para este momento.

Los guardias con sus armaduras de reflejos violetas fueron los primeros en inundar la sala. Eran demasiados, tantos que por un momento temí que las paredes mismas de la sala no pudieran contenerlos. Sus armaduras brillaban como pétalos de flores bajo la luz que se filtraba por los ventanales, un espectáculo que en cualquier otra ocasión habría sido hermoso. Pero hoy, cada destello era como un recordatorio más de lo que estaba en juego.

Dos jóvenes portaestandartes entraron después, sus banderas florecidas ondeaban suavemente con cada paso. Pero antes de que pudieran completar el tradicional recorrido ceremonial, él entró.

El Rey Sylvan de Floralia.

No esperó el anuncio formal, no se detuvo para las reverencias protocolarias. Entró como una tormenta contenida, sus ojos —de un morado tan intenso que parecían absorber la luz— recorrían la sala con una urgencia mal disimulada. Buscaba algo. No, me corregí mentalmente, buscaba a alguien.

Era más alto de lo que esperaba, su presencia llenaba la sala de una manera que ninguna cantidad de guardias podría igualar. Su pelo, una mezcla de negro y plata, enmarcaba un rostro marcado

tanto por el tiempo como por el dolor. Sesenta años, quizás más, pero se movía con la vitalidad de un hombre mucho más joven.

A mi lado, sentí más que vi cómo Lonan contenía el aliento. Su cabeza estaba gacha, como si el peso de los años y los secretos lo empujara hacia el suelo. Pero el Rey Sylvan… el Rey Sylvan se detuvo al pie de los escalones que llevaban a mi trono, y sus ojos encontraron inmediatamente a su antiguo capitán.

Lo reconoció al instante. No hubo duda, no hubo vacilación.

—Mi querido Lonan… —Su voz, apenas un susurro, contenía décadas de dolor y añoranza.

Sentí la mirada de Lonan buscar la mía. Con un gesto casi imperceptible, asentí. Lo vi descender los escalones, cada paso parecía costarle un esfuerzo monumental. Se inclinó en una reverencia que hablaba de años de servicio y lealtad, pero el Rey Sylvan no permitió que se completara. Su mano se posó en el hombro de su antiguo capitán, deteniéndolo, y en un movimiento que rompía todo protocolo, lo atrajo hacia sí en un abrazo que contenía años de pérdida y reencuentro.

La sala entera contuvo el aliento. Los guardias, los consejeros, incluso los sirvientes que se asomaban discretamente por las puertas laterales… todos fuimos testigos de este momento que trascendía cualquier etiqueta real.

Y mientras observaba a estos dos hombres reunirse después de tanto tiempo, mientras veía cómo el Rey de Floralia abrazaba a quien una vez protegió a su hija perdida, sentí el peso de mi propia responsabilidad crecer. Porque este momento, este reencuentro, era solo el principio. La verdadera prueba estaba por venir.

La verdad sobre Nefely, sobre su herencia, sobre el horror que estaba viviendo… todo tendría que revelarse. Y la reacción del Rey Sylvan a esas verdades podría significar la diferencia entre la vida y la muerte de la mujer que amaba.

El abrazo finalmente se rompió, aunque la mano del Rey Sylvan permaneció sobre el hombro de Lonan, como si temiera que al soltarlo completamente pudiera desvanecerse.

—¡Oh, mis más sinceras disculpas, joven rey! —exclamó girándose hacia mí con una vitalidad sorprendente para su edad—. ¡Qué terrible falta de protocolo por mi parte! Pero ver a mi querido Lonan después de tantos años… —Soltó una risa que llenó la sala como música—. ¡Me ha hecho olvidar todos mis modales!

Se irguió en toda su estatura, aunque la sonrisa no abandonó su rostro.

—Soy Sylvan, Rey de Floralia, aunque supongo que eso ya lo habían anunciado con toda esa palabrería pomposa. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano que arrancó algunas risas sorprendidas de los presentes—. Ver a Lonan es como ver un pedazo de mi pasado volver a la vida. Tiempos más felices, ¿verdad, viejo amigo?

Lonan asintió.

—No se disculpéis —respondí, sintiendo una calidez inmediata hacia este hombre que rompía tan alegremente todo protocolo—. Hay momentos que trascienden cualquier etiqueta.

Como si mis palabras hubieran sido una señal, el sonido de pies pequeños corriendo por los pasillos llenó la sala. Los consejeros se giraron alarmados, pero yo conocía demasiado bien ese sonido.

Las puertas laterales se abrieron de golpe y mis hermanos entraron en tropel, intentando mantener algo de dignidad mientras prácticamente corrían a sus posiciones.

—¡Por todos los jardines florecientes! —exclamó el Rey Sylvan, sus ojos se iluminaron al ver a los niños—. ¡Qué maravillosa visión!

Sin esperar invitación, se acercó a ellos. Kieran lo miraba con ojos enormes, claramente impresionado por su presencia.

—¿Y quién podría ser este joven príncipe? —preguntó Sylvan con una sonrisa cálida, agachándose para estar a su altura.

—Kieran —respondió mi hermano con voz tímida, pero clara—. Tengo casi siete años.

—¡Kieran! —exclamó el rey como si acabara de recibir el regalo más maravilloso—. Un nombre fuerte para un príncipe valiente.

De algún lugar en su túnica, sacó una flor de un azul brillante que parecía brillar con luz propia.

—Un regalo para ti, príncipe Kieran —dijo, ofreciéndole la flor con una reverencia que hizo que mi hermano soltara una risita.

—¡Brilla! —exclamó Kieran, olvidando toda timidez—. ¡Mira, Aeran! ¡La flor brilla como las estrellas!

—Es una Estrella Nocturna —explicó Sylvan con una sonrisa cómplice—. Solo florece bajo la luz de la luna, pero esta es especial. Mantendrá su brillo mientras su dueño mantenga la esperanza en su corazón.

Se giró hacia mi hermana, que lo observaba con una mezcla de timidez y fascinación.

—¿Y quién es esta encantadora princesa? —preguntó con genuino interés.

—Venya —susurró ella, haciendo una pequeña reverencia que hizo que el Rey Sylvan sonriera con ternura.

De su túnica sacó otra flor, esta vez de un rosa suave que parecía cambiar de color con cada movimiento.

—Para la princesa Venya —dijo con otra reverencia que arrancó más risitas—. Una Danza del Amanecer. Dicen que sus pétalos bailan con la primera luz del día. ¿Y tú, joven príncipe? —preguntó, volviéndose hacia Torin.

—Torin —respondió mi hermano, irguiéndose en toda su altura—. Y tengo nueve años.

—¡Nueve años! —exclamó Sylvan como si fuera la edad más impresionante que hubiera escuchado—. Entonces necesitas una flor especial.

Sacó una flor dorada que emanaba un suave calor, perfecta para un niño que siempre estaba explorando el bosque.

Se giró hacia mi hermana mayor, que observaba todo con una mezcla de curiosidad y cautela.

—¿Y esta joven dama?

—Avery —respondió ella—. Es un honor conocerlo, Majestad.

—El honor es mío, princesa Avery —respondió, sacando una flor que, para asombro de todos, comenzó a emitir una suave melodía cuando la brisa la acarició.

Finalmente, se volvió hacia Cleon, que se mantenía ligeramente apartado, intentando mantener la compostura de un guardia real pese a su evidente fascinación por las flores mágicas.

—¿Y este joven guerrero?

—Cleon, Majestad —respondió mi hermano con una reverencia formal—. De la guardia real.

—Ah, un guerrero y un príncipe. —Sylvan asintió con aprobación —. Entonces necesitas algo especial.

De su túnica extrajo una flor de un rojo profundo que parecía contener el fuego mismo.

—Esta —explicó—, solo crece en las cumbres más altas de Floralia, donde el aire es tan fino que pocos se atreven a llegar. Los guerreros más valientes la buscan como prueba de su coraje.

Los niños se arremolinaban emocionados, mostrándose sus flores unos a otros, sus rostros estaban iluminados por el brillo sobrenatural de los regalos. Sus risas llenaban la sala del trono de una vida que hacía tiempo no tenía.

El Rey Sylvan volvió junto a Lonan, pero sus ojos seguían recorriendo la sala, como si buscara algo, o a alguien, entre las sombras. El peso de lo que debíamos decirle me oprimía el pecho.

—Majestad —comencé, eligiendo cuidadosamente mis palabras —. Lo he convocado porque necesitamos su ayuda. Hay asuntos de suma importancia…

—No, mi señor —interrumpió Lonan suavemente—. Soy yo quien necesita la ayuda del Rey Sylvan. —Sus ojos encontraron los de su antiguo monarca—. El Rey Aeran ha sido increíblemente generoso al arriesgar tanto para facilitarme esta audiencia.

El Rey Sylvan observó a Lonan largamente, y noté cómo su mirada se detenía en las cicatrices, en el peso de los años y el sufrimiento en su rostro.

—Han pasado tantos años… —murmuró—. ¿Ella…? —se detuvo, como si la pregunta fuera demasiado dolorosa para formularla completamente.

—¡Oh! —La voz aguda de Kieran cortó el aire—. ¿Hablas de la madre de mamá Nefely? Está descansando en el panteón, con papá y mamá.

Vi cómo el Rey Sylvan procesaba las palabras de mi hermano.

—¿Madre de…? —Sus ojos se movieron de Kieran a Lonan, y luego a mí—. Este niño… ¿está diciendo que…?

Avery se apresuró a tapar la boca de Kieran, pero él se liberó.

—¡Sí! ¡Mamá Nefely nos cuida! ¡O nos cuidaba… antes de…! —La voz de Kieran se rompió, y esta vez cuando Avery lo abrazó, no se resistió.

Vi cómo el Rey Sylvan daba un paso atrás, como si las palabras lo hubieran golpeado físicamente. Sus ojos recorrieron los rostros de mis hermanos con una nueva intensidad, como si buscara en ellos rastros de algo familiar.

—¿Estos niños…? —susurró, su voz temblaba—. ¿Ellos son…?

—No, mi señor —me apresuré a aclarar—. Son mis hermanos. Nefely… ella es…

—Mi hija —completó Lonan suavemente—. Nuestra hija. De Elowen y mía.

El Rey Sylvan se tambaleó ligeramente, y varios consejeros se movieron para sostenerlo, pero los detuvo con un gesto.

—Una nieta —susurró, y la palabra parecía contener todo el peso del mundo—. Todo este tiempo… todo este tiempo he tenido una nieta…

Lo observé atentamente, incapaz de descifrar su reacción. El Rey Sylvan permanecía inmóvil. Sus ojos se movían entre sus guardias, Lonan y yo, como si estuviera evaluando una situación compleja en un juego de estrategia.

Y entonces, como si alguien hubiera encendido una luz dentro de él, su rostro entero se transformó. Una carcajada resonó en la sala, tan fuerte y repentina que varios de mis consejeros dieron un respingo. Con una vitalidad sorprendente para su edad, se lanzó hacia Lonan, atrapándolo en un abrazo que casi lo levanta del suelo.

—¡Una nieta! —exclamó con una alegría desbordante, girándose hacia sus guardias—. ¡Tengo una nieta!

Sus guardias sonrieron ampliamente, claramente acostumbrados a los arranques entusiastas de su rey. Varios incluso aplaudieron, y uno de los más veteranos exclamó «¡Que los jardines florezcan con la noticia, mi señor!».

—¡Por todos los jardines florecientes! —continuó Sylvan, prácticamente bailando de alegría—. ¡Una nieta! ¡Y pensar que hemos venido sin regalos apropiados!

—¡Podemos enviar a buscar las Estrellas del Crepúsculo, mi señor! —sugirió uno de sus guardias más jóvenes, contagiado por el entusiasmo de su rey.

—¡Y las Lágrimas de Luna! —añadió otro—. ¡Las que crecen junto al estanque real!

Los guardias de Floralia comenzaron a sugerir flores y regalos, cada uno más maravilloso que el anterior, mientras su rey asentía con aprobación a cada sugerencia. Mis hermanos observaban la escena fascinados, las flores mágicas en sus manos momentáneamente olvidadas ante este despliegue de alegría contagiosa.

—¡Lonan, mi querido Lonan! —continuó el Rey Sylvan, separándose lo suficiente para mirar a su antiguo capitán a los ojos —. ¡Me has dado el regalo más precioso! Una parte de mi Elowen vive… ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Tantos años perdidos! Tendremos que compensarlos todos, por supuesto.

Se giró hacia mí tan bruscamente que casi me hizo dar un paso atrás.

—¿Dónde está? —preguntó, prácticamente rebotando de emoción—. ¿Está preparándose? ¿Quizás dando un paseo por los jardines? Mi Elowen siempre amaba los jardines… ¿Se parece a ella? ¿Tiene sus ojos?

La sonrisa de Sylvan se hizo aún más amplia, si eso era posible.

—¡Capitán! —Se giró hacia uno de sus guardias—. ¡Regresa al contingente! Que preparen las mejores flores que tengamos. ¡No,

mejor aún! Envía un mensajero a Floralia. ¡Quiero los jardines reales prácticamente vacíos! Mi nieta merece todas las maravillas que su madre nunca pudo…

Se detuvo, notando por primera vez nuestros rostros tensos.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Por qué esas caras largas? ¿Dónde está mi nieta?

Exhalé profundamente. Cuando Lonan dio un paso adelante para hablar, levanté una mano deteniéndolo. Esta responsabilidad era mía.

—Majestad —comencé—. Su nieta… la tiene Gélidia. La tienen prisionera y…

Miré a mis hermanos. ¿Cómo podía explicar los horrores que estaba sufriendo sin usar palabras que ningún niño debería escuchar? Cleon, que ya conocía la verdad, había palidecido visiblemente.

El Rey Sylvan lo comprendió sin tener que decir nada. Su expresión cambió completamente: toda la alegría, toda la calidez que lo había caracterizado se evaporó. Sus ojos, antes brillantes de felicidad, se volvieron duros como amatistas pulidas.

Se giró hacia mis hermanos haciendo una reverencia formal que habría sido ridícula en cualquier otra circunstancia.

—Mis jóvenes príncipes y princesa. Creo que estas flores mágicas se verían mucho más hermosas bajo la luz del sol. ¿Por qué no vais a contemplarlas en el jardín? Estoy seguro de que descubriréis maravillas que aquí dentro podrían pasar desapercibidas.

Los niños intercambiaron miradas confusas, pero las nodrizas, comprendiendo la situación, se apresuraron a guiarlos hacia la salida. Kieran se resistió un momento, pero Avery lo tomó de la mano, entendiendo con una madurez más allá de sus años que había cosas que no debían escuchar.

Cuando las puertas se cerraron tras ellos, el Rey Sylvan se giró hacia mí. La furia en sus ojos era tan intensa que varios de mis consejeros retrocedieron instintivamente.

—Eso no es todo —dije—. La culpa es mía. Yo… yo no vi la verdad a tiempo. No vi que cada acto de supuesta traición era en realidad un sacrificio para protegernos.

Mis dedos temblaban ligeramente mientras desabrochaba los primeros botones de mi camisa. Lonan me miró confuso, que no entendía qué estaba haciendo, hasta que aparté la tela revelando la marca en mi hombro.

33

Confesiones

Aeran

El jadeo que escapó de los labios de Lonan fue como un puñal en mi corazón. Durante todo este tiempo, nunca le había dicho que yo era la otra mitad del vínculo que había marcado a su hija.

—La marca de la Alisma —susurré, aunque las palabras apenas podían salir de mi garganta—. Su nieta lleva la otra mitad. Y yo… yo la dejé en manos de ese monstruo. La abandoné cuando más me necesitaba porque estaba demasiado ciego para ver la verdad.

El Rey Sylvan miraba la marca en mi piel como si fuera una serpiente venenosa, mientras Lonan parecía luchar por procesar esta nueva revelación.

—No —susurró, y su voz contenía décadas de dolor—. No, por favor… decidme que no está con ninguno de los príncipes. Ya perdí una nieta en sus manos, ya vi lo que son capaces de hacer…

Se giró hacia Lonan, y por primera vez desde su llegada, toda pretensión de fortaleza real se desvaneció de su rostro.

—¿Cuál de ellos? —preguntó, y el temblor en su voz era desgarrador—. Caelum es un monstruo que disfruta con el dolor ajeno, pero Soren… Soren destruyó a Lyanna tan completamente

que cuando finalmente saltó… cuando la encontraron bajo su balcón… Estaba sonriendo. Mi pequeña estaba sonriendo porque la muerte era preferible a un minuto más en sus manos.

Lonan dio un paso adelante, y el dolor en su rostro rivalizaba con el del rey.

—Soren. La tiene Soren.

El grito que escapó de los labios del Rey Sylvan fue como el de un animal herido. Sus rodillas cedieron, y solo los rápidos reflejos de sus guardias evitaron que cayera al suelo.

—Las vi a ambas —continuó Lonan—. En las mazmorras… vi lo que le hicieron a Lyanna. Escuché sus gritos cada noche, impotente tras los barrotes de mi celda. Y ahora… Ahora ese mismo monstruo tiene a mi pequeña.

—Mi señor —intervino uno de los guardias de Sylvan—. ¿No es esta la sanadora de la que hablaban los prisioneros? La que aparecieron en los informes que nos llegaron.

—Sí —dijo Lonan—. La que él usa para sus juegos enfermos. La que marca cada noche para que todos sepan que es suya. Mi niña… mi pequeña que solo quería ayudar a otros…

El Rey Sylvan se incorporó lentamente, apoyándose en sus guardias y se giró hacia mí.

—¿Por eso me llamaste? —preguntó suavemente—. ¿Para decirme que otra nieta mía está en las garras de ese monstruo?

—Lo llamé porque necesitamos vuestra ayuda —respondí, manteniendo su mirada—. Porque no permitiré que la historia se repita. No dejaré que Nefely termine como Lyanna.

—Perdóname —susurró Lonan—. Perdóname, mi rey. Les fallé a ambas. A Lyanna, a mi propia hija… Debí protegerlas. Era mi deber como guardia, como padre…

—No —el Rey Sylvan se acercó a su antiguo capitán, tomando su rostro entre sus manos—. La culpa no es tuya, mi querido Lonan. La culpa es mía. Yo permití que esa alianza se forjara. Yo entregué a Lyanna a ese monstruo creyendo que podría traer paz.

Sus ojos encontraron los míos.

—Pero no volveré a cometer el mismo error —declaró—. No perderé otra nieta ante esos demonios. No permitiré que la historia de Lyanna se repita.

Se giró hacia sus guardias, y toda la calidez anterior había desaparecido de su voz, reemplazada por un frío mortal.

—¡Capitán! —llamó, y uno de los guardias dio un paso adelante —. Envía cuervos a Floralia. Quiero cada soldado, cada espada, cada gota de sangre real movilizada antes del próximo amanecer.

—Mi señor —intervine suavemente—. Cualquier movimiento precipitado podría ponerla en más peligro. Soren la tiene completamente a su merced. Si sospecha…

—Lo sé. Sé exactamente lo que ese monstruo es capaz de hacer cuando se siente acorralado. Vi lo que le hizo a Lyanna cuando intentamos rescatarla, él le hizo cosas que ningún ser humano debería sufrir. Solo para demostrar que podía, que tenía el control.

Lonan se había derrumbado en una silla, su rostro estaba enterrado entre sus manos.

—La última vez que la vi —susurró—. Antes de que me llevaran a las mazmorras… Era tan pequeña, tan frágil. Elowen decía que tenía demasiada luz dentro, que algún día esa luz la consumiría si no aprendía a guardar algo para sí misma.

—Y ahora —Sylvan parecía estar conteniéndose—. Ahora esa luz está siendo devorada por la misma oscuridad que consumió a Lyanna.

—No —declaré—. No permitiré que eso suceda. Encontraremos la forma de sacarla de allí. Debe haber una manera…

—La hay —el Rey Sylvan se irguió, y por un momento vi al estratega que había mantenido a Floralia fuerte durante décadas—. Pero necesitaremos ser más inteligentes que la última vez. Más cuidadosos. —Sus ojos encontraron los míos—. Y necesitaremos que el Rey de Dragio esté dispuesto a arriesgarlo todo.

—Lo estoy —respondí sin dudar—. Mi reino, mi corona, mi vida… todo es un precio que estoy dispuesto a pagar.

Una sonrisa triste curvó sus labios.

—El amor de un rey —murmuró—. Es tanto una bendición como una maldición. Puede construir reinos o destruirlos por completo.

Se giró hacia Lonan, que seguía hundido en su silla.

—Necesito saberlo todo —dijo suavemente—. Cada detalle de lo que viste en esas mazmorras, cada palabra que escuchaste. Por horrible que sea necesito entender contra qué nos enfrentamos.

Lonan alzó la mirada, y el dolor en sus ojos era como un abismo sin fondo.

—Se lo contaré —susurró—. Pero os advierto… hay cosas que nunca podréis borrar de vuestra mente una vez las escuchéis. Horrores que os perseguirán en sueños como me persiguen a mí.

—Lo sé —respondió el Rey Sylvan, sentándose junto a su antiguo capitán—. Pero necesito saberlo. Necesito entender qué le están haciendo a mi nieta.

Me alcé de la silla donde había estado escuchando el relato de Lonan.

—Mi guardia está preparada —declaré con firmeza—. Cada soldado, cada espada. Y los dragones… los dragones responderán a mi llamada cuando llegue el momento.

El Rey Sylvan se giró hacia mí, estudiándome con esos ojos que parecían ver a través del alma.

—¿Y qué buscáis a cambio, joven rey? —preguntó suavemente—. ¿Tierras? ¿Oro? ¿Alguna alianza ventajosa para vuestro reino?

Se puso de pie, dirigiéndose hacia sus guardias.

—¡Capitán! Envíe un cuervo a Floralia. Que vacíen las arcas reales si es necesario. Y las tierras del norte… —comenzó, pero levanté una mano, interrumpiéndolo.

—No quiero nada de eso. No busco riquezas ni territorios.

—Entonces… ¿La marca? ¿Es por el vínculo de la Alisma? Porque debo advertirle, joven rey, que no cometeré el mismo error dos veces. No forzaré a nadie de mi sangre a un matrimonio que no desee, sin importar las profecías o las tradiciones.

Una sonrisa suave curvó mis labios.

—La amo —declaré simplemente—. La amo con cada latido de mi corazón, con cada respiración. Y sé… espero… que ella me ame con la misma intensidad.

Me acerqué a la ventana, observando cómo los últimos rayos del sol teñían el cielo de tonos rojizos.

—Nuestro comienzo no fue ideal —continué—. La encerré en una torre, cegado por el miedo y los prejuicios. Pero ella… ella transformó ese miedo en amor con cada acto de bondad, con cada sonrisa que regalaba a mis hermanos, con cada vida que salvaba con sus dones.

Me giré para enfrentar al Rey Sylvan, que me observaba con una intensidad casi dolorosa.

—Es y será la única reina que Dragio reconocerá —declaré—. No por la marca, no por ninguna profecía o alianza. Sino, porque mi corazón, mi alma, mi ser entero le pertenecen completamente.

—¿La amáis? —preguntó el Rey Sylvan—. ¿Realmente la amáis?

—Con todo lo que soy —respondí sin dudar—. Con cada latido, cada respiración, cada pensamiento. La amo con una intensidad que me asusta, que me consume desde dentro.

Di un paso hacia él, permitiendo que viera toda la verdad en mis ojos.

—La amo en sus momentos de fuerza, cuando desafía al mundo entero por proteger a quienes ama. La amo en sus momentos de vulnerabilidad, cuando sus manos tiemblan mientras cura a otros. La amo cuando ríe con mis hermanos, cuando canta para calmar sus pesadillas, cuando se pierde entre sus plantas medicinales.

Mi voz se rompió ligeramente, pero continué:

—La amo incluso ahora, especialmente ahora, cuando está sufriendo horrores inimaginables para mantenernos a salvo. La amo con una devoción que trasciende la razón, que va más allá de cualquier vínculo mágico o marca antigua. Y si pudiera —proseguí—, cambiaría lugares con ella en este instante. Soportaría cada golpe, cada herida, cada horror que ese monstruo le está infligiendo. Porque verla sufrir es peor que morir mil veces.

El Rey Sylvan dio un paso hacia mí, sus ojos estudiando los míos con intensidad penetrante. Su expresión mostraba una mezcla de duda y recelo.

—Hermosas palabras —murmuró—. Pero he escuchado declaraciones similares antes. Tu padre también hablaba del amor con gran elocuencia cuando le convenía.

La comparación con mi padre fue como un golpe físico, pero me mantuve firme.

—No soy él —declaré—. Y lo que siento por Nefely no son simples palabras. Es una verdad que me consume desde dentro, que da sentido a cada latido de mi corazón. La amo más allá de reinos o coronas —continué—. La amo más allá de la vida o la muerte. La amo como el mar ama a la luna, como la tierra ama al sol. Es un amor que no conoce límites, que no entiende de imposibles.

Me acerqué a la ventana nuevamente, observando cómo las primeras estrellas comenzaban a aparecer en el cielo.

—Cuando la tenga de vuelta —continué suavemente—, pasaré el resto de mi vida compensándola por cada momento de dolor. La adoraré como la reina que es, la protegeré como la mujer que amo, la veneraré como el milagro que representa en mi vida.

—Y si no sobrevive. —La voz del Rey Sylvan era apenas un susurro—. Si ese monstruo…

—Entonces no quedará piedra sobre piedra en Gélidia. Porque un mundo sin ella… un mundo sin su luz, sin su bondad, sin su amor… no es un mundo que merezca existir.

El Rey Sylvan se irguió, y por un momento vi todo el poder de Floralia concentrado en su figura. Sus ojos brillaban con una determinación feroz mientras se giraba hacia sus guardias.

—¡Capitán! Envíe un mensaje a Floralia. Que se sepa que, desde este momento, mi nieta Nefely es la heredera legítima al trono. La última de la sangre real de Floralia. Y que todos sepan que cualquier ataque contra ella será considerado un ataque contra la corona misma.

Se volvió hacia mí, y había algo en su mirada que me heló la sangre.

—Podéis tener cualquier reina, joven rey —declaró—. De hecho, tengo entendido que hace apenas unos días os casasteis con la princesa de Ventara. —Sus labios se curvaron en una sonrisa sin humor—. Pero yo… yo no tendré más herederos. Ni los quiero, ahora que sé que tengo a Nefely. A la hija de mi amada Elowen.

—Tiene dragones —interrumpí suavemente—. La eligieron. Estros y Aliran, un dragón plateado nacido de los huevos antiguos.

Se sorprendió, pero le dio igual.

—Los dragones son irrelevantes en este momento —declaró con firmeza—. No puedo hablar de tu valía como pretendiente, joven rey, porque no los he visto juntos. No he visto cómo la tratas, cómo la respetas. Solo sé que eres el hijo del hombre que se quedó de brazos cruzados cuando le pedí ayuda para salvar a mi nieta de ese monstruo. El hijo del rey que se quedó de brazos cruzados mientras maltrataba a tu madre, una mujer inocente, era…

—¡Yo no soy mi padre! —interrumpí—. No soy el hombre que permaneció impasible mientras mi madre sufría. No soy el rey que entregó a Lyanna a su destino.

—¿No lo eres? ¿Entonces por qué mi nieta está ahora en las manos del mismo monstruo que destruyó a Lyanna? ¿No crees que hay muchas coincidencias? ¿Por qué la abandonaste a su suerte cuando más te necesitaba?

Era una verdad que no podía negar.

—Cometí errores —admití—. Errores que me atormentarán hasta el día de mi muerte. Pero todo lo que he hecho desde que descubrí la verdad…

—La verdad es que mientras tú jugabas a la política haciendo alianzas con Ventara y te casabas con otra, mi nieta ha estado sufriendo horrores inimaginables. —Su mirada se volvió distante—. Como Lyanna… Como mi sangre.

—Mi señor —intervino Lonan suavemente—. El joven rey no es responsable de los pecados de su padre.

—¿No lo es? —Sylvan se giró hacia su antiguo capitán—. ¿Acaso no lleva la misma sangre?

—Mi señor. —Mi voz temblaba, pero me obligué a continuar, quería suplicarle—. Entiendo su dolor, su rabia. Los comparto. Cada noche me atormenta el pensamiento de lo que está sufriendo. Pero os juro por todo lo sagrado que daría mi vida, mi corona, todo lo que soy, por salvarla.

—Palabras —escupió—. Tu padre también tenía palabras hermosas, palabras que siempre convencían al resto. Juramentos solemnes sobre proteger a mi Lyanna, sobre asegurar su felicidad, que hacía lo correcto casándola con ese monstruo y él sabía la verdad… —Se detuvo, el dolor antiguo mezclándose con la furia presente—. Y ahora tú vienes con los mismos juramentos, mientras mi otra nieta sufre el mismo destino.

—No es lo mismo —intervine con fiereza—. Lo que siento por Nefely va más allá de cualquier juramento o promesa. Es el aire que respiro, la sangre en mis venas, el latido de mi corazón.

El Rey Sylvan me estudió largamente antes de hablar:

—Ahora está bajo la protección de Floralia —declaró finalmente, su voz adquiriendo ese tono autoritario que solo los reyes verdaderos poseen—. Su hogar por sangre y magia está allí, donde los jardines florecen eternos y donde su madre una vez corrió libre entre las flores. Es mi nieta, heredera legítima de la corona de Floralia, no una posesión de Dragio.

—Nunca la he considerado una posesión —respondí, conteniendo la frustración—. Ella es…

—Ella es sangre de mi sangre —interrumpió Sylvan con dureza—. Lleva la marca de la casa real de Floralia en sus ojos, tiene el poder antiguo de nuestro reino corriendo por sus venas. No concederé ninguna bendición ni la entregaré a nadie, ni siquiera al Rey de Dragio. No esta vez. No después de lo que pasó con Lyanna.

—¿Y si elige Dragio? —pregunté suavemente—. ¿Si elige el reino que ya considera su hogar, los niños que ya considera sus hermanos? Está sufriendo por protegerlos.

—Precisamente por eso está sufriendo —contraatacó, dándose cuenta—. No culpo a los niños, pero ahora son sus cadenas a Soren, y seguramente porque sabe que el rey que tanto dice que la ama, no puede protegerles de verdad.

El golpe fue brutal, pero me mantuve firme.

—Los mismos niños por los que está dispuesta a sacrificarlo todo —respondí—. Los que la aman como a una madre, los que llevan meses llorando su ausencia.

—Esos niños son de Dragio, no de Floralia —replicó sin piedad—. Son tu responsabilidad, no la suya. Como rey, deberías protegerlos tú, no arriesgar la vida de mi nieta en su lugar.

Lonan se adelantó un paso, su rostro tensado por la angustia.

—Mi señor —intervino—. Nefely ama a esos niños. No es una carga para ella, es…

—Es lo que siempre ha hecho —cortó Sylvan—. Sacrificarse por otros. Elowen era igual. Y mira dónde acabó: en una tumba prematura, sin que su padre pudiera siquiera despedirse de ella.

Sylvan se giró hacia la ventana.

—Si sobrevive… —murmuró, y el dolor en su voz era desgarrador —. Si logramos sacarla de allí antes de que ese monstruo la destruya completamente… ¿qué quedará de ella? ¿Qué quedará de la niña que Elowen y Lonan criaron con tanto amor?

—Su luz —respondí sin dudar—. Por muchas sombras que Soren intente imponer sobre ella, su luz interior es inextinguible. Es parte de quien es, de su esencia misma.

—¿Y si esa luz se apaga? —La voz de Lonan era apenas un susurro—. ¿Si el dolor y el horror finalmente han acabado con ella?

—Entonces la amaré igual —declaré con fiereza—. La amaré en la luz y en la oscuridad, en la alegría y en el dolor. La amaré completa o rota, radiante o consumida por las sombras. La amaré como es, como será, como el destino o la crueldad la hayan moldeado.

El Rey Sylvan se giró hacia mí, su rostro una máscara de determinación férrea.

—No la reclamarás como si fuera un premio —sentenció—. No es una corona que puedas ceñir a tu cabeza, ni un tesoro para tu reino. A partir de ahora, Floralia es su guardián por derecho de sangre. Mis soldados, mis recursos, mi poder… todo estará a su servicio.

Tomó una profunda respiración antes de continuar:

—Si quieres ayudar a Floralia a rescatar a mi nieta, a pesar de no tener mi bendición, adelante. Pero no te confundas, Rey de Dragio: cuando la salvemos, será ella quien decida su destino. No tú, no yo. Solo ella.

—Jamás me echaría atrás —respondí, manteniendo su mirada—. Lucharía por ella, aunque supiera que no me elegirá al final. Lucharía por ella, aunque me odiara por el resto de mi vida. Porque lo único que importa es que esté a salvo, que sea libre, que tenga la oportunidad de elegir.

Una risa amarga escapó de sus labios.

—¿Y qué buscas a cambio? —insistió—. ¿Tierras? ¿Oro? ¿Una alianza más ventajosa que la que te ofrece Ventara?

Negué con la cabeza, sintiendo una tristeza profunda ante su obstinada desconfianza.

—No busco nada —respondí suavemente—. Solo a ella.

Pero mientras el Rey Sylvan se daba la vuelta para hablar con sus capitanes, comprendí que no había nada que pudiera decir para cambiar su opinión sobre mí. En su mente, yo seguiría siendo siempre el hijo de mi padre, el heredero de sus traiciones, la sombra de su crueldad. No importaba cuánto jurara mi amor por Nefely, cuánto demostrara mi devoción, cuánto sangrara por ella… Para el Rey Sylvan, yo siempre sería sospechoso, siempre indigno de su nieta.

Y quizás, pensé con una punzada de dolor, quizás tenía razón. Quizás nunca sería suficiente para ella. Pero eso no cambiaría nada. La rescataría igualmente, lucharía por ella con la misma desesperación, la amaría con la misma intensidad.

Porque algunas verdades trascienden cualquier duda, cualquier prejuicio. Y mi amor por Nefely era la única verdad inquebrantable

que me quedaba en este mundo de mentiras y traiciones.

34

No es real

Nefely

Un estruendo repentino sacudió mi consciencia, arrancándome del sopor inquieto en que me había sumido. El silencio que siguió fue más aterrador que el ruido mismo, como la calma engañosa antes de una tormenta. Y entonces, los gritos. Docenas de voces entremezcladas resonando por los pasillos del castillo, acercándose.

El miedo, mi eterno compañero en este infierno, me hizo incorporarme en la cama, ignorando el dolor que protestaba en cada músculo, en cada hueso mal sanado. Busqué con la mirada un lugar donde esconderme, aunque sabía que era inútil. En esta habitación que se había convertido en mi prisión, no había rincón que Soren no conociera.

El sonido de la puerta abriéndose me heló la sangre en las venas. Pero cuando vi quién estaba en el umbral, mi corazón se detuvo por completo.

—¿Aeran? —El nombre escapó de mis labios como una plegaria, tan suave que temí que se desvanecería como todas las otras veces que había soñado con este momento.

Allí estaba él, mi rey, mi amor, mi tormento. La espada en su mano goteaba sangre fresca, pero su sonrisa… oh, su sonrisa era exactamente como la recordaba en mis momentos más oscuros.

—Hola, amor —susurró mientras entraba, y esas dos palabras contenían todo lo que había anhelado escuchar durante meses—. Nos vamos a casa.

Las lágrimas nublaron mi visión antes de que pudiera evitarlo. Después de tanto tiempo, después de tanta oscuridad y dolor, después de haber perdido toda esperanza… ¿podía ser real?

No pude contenerme. Me acerqué a él, bebiendo cada detalle de su presencia. Su armadura estaba salpicada de sangre, el sudor brillaba en su frente, y cuando tomó mi mano… por todos los dioses, cuando tomó mi mano sentí que podía respirar por primera vez en meses.

—Nos tenemos que dar prisa. Draluz nos espera en la explanada.

Me arrastró hacia la puerta con una brusquedad que me sorprendió, que hizo que algo en mi interior se estremeciera. Esperé… no sé qué esperé exactamente. ¿Un abrazo? ¿Un beso? ¿Alguna señal de que me había extrañado tanto como yo a él? Pero solo hubo ese tirón violento que envió oleadas de dolor a través de mis heridas apenas cicatrizadas.

El pasillo era una pesadilla de sangre y muerte. Cuerpos… tantos cuerpos. Las doncellas que me habían mostrado pequeños actos de bondad en secreto, que habían arriesgado la ira de Soren para traerme ungüentos cuando los golpes eran demasiado brutales… yacían como muñecas rotas en el suelo de mármol.

—¿Qué has hecho?

Se detuvo, girándose para mirarme, y algo en sus ojos me provocó un escalofrío.

—Lo he hecho por ti —declaró con una frialdad que no recordaba en él—. No podía dejarlas con vida, son enemigas.

—¡Eran doncellas, Aeran!

—¿Qué?

Me detuve desconcertada, el anhelo por mis niños aún latiendo en mi pecho.

—Los huevos —insistió, aunque mantuvo ese tono dulce—. Los necesitamos para protegerlos mejor. Para que nadie pueda volver a separarlos de ti.

Una parte de mí quería creerle. Oh, cómo quería creer que este era realmente Aeran, que todo este horror finalmente terminaría…

—Están… —comencé, pero algo me detuvo. Un instinto, quizás. O tal vez el modo en que su mano apretó la mía con demasiada fuerza.

—¿Sí, amor? —presionó, inclinándose más cerca—. ¿Dónde están? Dímelo y podremos irnos a casa. Los niños nos esperan.

Su insistencia despertó algo en mi mente. Como una grieta en un espejo perfecto.

—¿Para qué los necesitas? —pregunté suavemente.

Me soltó entonces, y el frío que dejó su ausencia fue como una bofetada.

—Recuerda cómo los hiciste nacer… Recuérdalo y vuélvelo a hacer.

No, había algo terriblemente mal. Este no era mi Aeran. No era el hombre que había jurado protegerme, que me había amado a pesar de todo…

—No —susurré, retrocediendo—. No voy a hacerlo.

Su espada cayó con un estruendo metálico mientras avanzaba hacia mí.

—Debes hacerlo —gruñó—. Te lo ordeno.

—No sé cómo.

El golpe dispersó la ilusión como niebla bajo el sol. La realidad volvió con toda su brutalidad: las cuerdas en mis muñecas, el sabor de la sangre en mi boca, los dedos del brujo en mis sienes…

Grité. Grité hasta que mi garganta ardió, hasta que el eco de mi propia voz se mezcló con las risas de Soren. Ya no sabía qué era real. Las visiones de Aeran, los recuerdos de los niños, el dolor constante… todo se mezclaba en una pesadilla interminable.

Y mientras el brujo preparaba su siguiente hechizo, mientras Soren observaba con esa sonrisa cruel que había aprendido a temer, comprendí que la verdadera tortura no eran los golpes ni las cuerdas.

Era la esperanza.

La esperanza que cada falso rescate encendía en mi corazón, solo para apagarla brutalmente. La esperanza que me hacía creer, aunque fuera por un momento, que volvería a ver a mis niños, que sentiría el verdadero abrazo de Aeran…

Pero ya no quedaba nada de la mujer que ellos habían amado. Nada excepto esta oscuridad, atrapada entre sueños y pesadillas, sin saber dónde terminaba una y comenzaba la otra.

Las lágrimas corrían libremente por mi rostro mientras otra oleada de magia corrupta me atravesaba. El brujo seguía murmurando sus encantamientos. Ya había perdido la cuenta de cuántas veces me había hecho ver a Aeran, cada visión más convincente que la anterior.

—Otra vez —ordenó Soren, sus dedos se clavaron en mi hombro con fuerza brutal—. Hazlo otra vez.

—Por favor… —supliqué, aunque sabía que era inútil—. Ya no más…

—¿No más? Apenas estamos empezando, mi amor.

Los dedos del brujo volvieron a presionar mis sienes, y sentí ese frío antinatural extenderse por mi mente. El líquido negro que goteaba de sus manos olía a muerte y decadencia.

—Esta vez —susurró el brujo—, haremos que sea más real. ¿Qué tal si añadimos a los niños? ¿Quieres ver a tu pequeño Kieran?

—¡No! ¡A ellos no! ¡No los uses así!

Pero era demasiado tarde. La oscuridad ya me envolvía, y con ella venían las voces. Las risas de los niños, el sonido de sus pasos corriendo por pasillos que ya no existían…

—Déjame morir —susurré mientras la siguiente visión comenzaba a formarse—. Por favor, solo déjame morir…

La risa de Soren fue lo último que escuché antes de que la oscuridad me reclamara por completo.

—Oh, mi amor. —Sus labios rozaron mi oído con falsa ternura—. La muerte sería demasiado misericordiosa. Y tú aún no has terminado de sufrir.

Docenas de falsos rescates se mezclaban en mi mente, cada uno más cruel que el anterior. A veces, Aeran venía solo, espada en mano y promesas de libertad en sus labios. Otras, llegaba con los niños, sus voces eran un coro de «mamá Nefely» que me destrozaba el alma. Hubo veces en que simplemente aparecía en medio de la noche, deslizándose en mi habitación como un fantasma, sus besos eran tan reales que el despertar dolía más que cualquier tortura física.

Las peores visiones eran aquellas donde su rostro, antes amable, se transformaba ante mis ojos. Donde sus manos, que solo conocía por su gentileza, se volvían violentas y crueles. El brujo parecía disfrutar especialmente creando estas pesadillas donde Aeran me forzaba, donde sus ojos reflejaban la misma oscuridad que veía en los de Soren. Esas noches despertaba gritando, el dolor fantasma tan real que mi cuerpo entero temblaba, incapaz de distinguir entre la memoria fabricada y la realidad de mi prisión. El «¿por qué te resistes? Siempre has sido mía» susurrado por un Aeran irreconocible me perseguía durante días, envenenando hasta los recuerdos más dulces que me quedaban.

Le había visto morir docenas de veces también. Soren lo atravesaba con su espada mientras me sujetaban para ver, su sangre salpicaba mi rostro mientras gritaba mi nombre. O eran los guardias quienes lo acribillaban con flechas, su cuerpo caía como una marioneta con los hilos cortados. A veces, era yo misma quien lo mataba, mis manos poseídas por la magia del brujo mientras él me miraba con confusión y traición en sus ojos.

Los niños… los dioses me perdonen, pero las visiones con los niños eran las peores. Kieran corriendo hacia mí con los brazos abiertos, solo para que mis propias manos hundieran una daga en su

pequeño pecho. Venya suplicándome que parara mientras yo misma prendía fuego a su habitación, observando impasible cómo las llamas la consumían. Torin mirándome con confusión y traición cuando mis manos lo empujaban desde la torre más alta. Avery intentando respirar mientras yo la mantenía bajo el agua del río helado donde yo debería haber muerto. Y Cleon… mi valiente Cleon, siempre intentando proteger a sus hermanos, siempre siendo el último en caer bajo mi implacable ataque, sus ojos preguntando «¿por qué?», hasta que la vida los abandonaba.

Ya no sabía qué era real. ¿Había estado realmente en esa habitación donde Aeran me besaba como si nada hubiera cambiado? ¿O había sucedido aquella otra noche, la que no me atrevía a recordar, donde sus manos dejaron de ser gentiles? ¿Era real el recuerdo de sus dedos enjugando mis lágrimas o aquellos que se clavaban en mi piel con una crueldad que no creía posible en él? Las pesadillas y los recuerdos se entrelazaban hasta que ya no podía distinguir dónde terminaba la tortura del brujo y dónde comenzaba la realidad.

Las visiones se mezclaban y se confundían. A veces, Aeran venía a rescatarme solo para transformarse en Soren en el último momento. Otras veces, llegaba hasta las puertas del castillo de Dragio para descubrir que todo era una trampa, que mis niños ya estaban muertos, que él se había casado con otra y ya no quedaba lugar para mí. O peor aún, encontraba un Aeran irreconocible que me culpaba por todo, que me reclamaba como una posesión más, con la misma crueldad que ahora conocía tan bien.

—No puedo más —susurró el brujo—. La magia corrupta requiere demasiada energía mantener las ilusiones por tanto tiempo.

—¡No te he dado permiso para detenerte! —rugió Soren, pero incluso en mi estado podía notar el agotamiento en la voz del brujo.

—Mi príncipe —el brujo tosió, y olí el aroma metálico de la sangre —. Si quiere que las visiones sean lo suficientemente convincentes para romperla, necesito descansar. La magia oscura tiene un precio, y si me fuerza demasiado…

Soren soltó un gruñido de frustración. Sus dedos se clavaron en mi barbilla, forzándome a mirarlo.

—¿Has visto lo que te espera, mi amor? —susurró con falsa dulzura—. Cada rescate, cada esperanza, cada momento de felicidad… todo será una mentira. Y cuando finalmente él venga, si es que viene alguna vez… No sabrás si es real o solo otra ilusión.

Me soltó bruscamente, mi cabeza golpeó contra el respaldo de la silla.

—Llevarla a su habitación —ordenó a los guardias—. Y asegúrense de que no duerma. Quiero que cada momento de descanso esté plagado de dudas sobre qué es real y qué no.

Mientras los guardias me desataban, mientras mi cuerpo se desplomaba sin fuerzas contra ellos, un pensamiento terrible se formó en mi mente: ¿y si todo era una ilusión? ¿Y si nunca había habido un rescate real? ¿Y si Aeran nunca había intentado salvarme? ¿Y si los niños ya me habían olvidado?

¿Y si esta, esta pesadilla interminable de dolor y desesperación, era la única realidad que quedaba?

Las risas de Soren y el brujo me siguieron por el pasillo, mezclándose con los ecos de docenas de falsos «te amo» susurrados por labios que ya no sabía si eran reales o imaginarios. Porque esa era la verdadera victoria de Soren: no solo había destruido mi cuerpo, había envenenado cada recuerdo, cada momento de felicidad, hasta que ya no podía confiar ni en mis propios pensamientos.

Y si algún día Aeran realmente venía a rescatarme… ¿cómo podría creer que era él? ¿Cómo podría distinguir la verdad de las mentiras cuando todas se sentían igual de reales?

Los guardias me arrojaron en la habitación, sus risas resonaron en el pasillo mientras cerraban la puerta. Intenté arrastrarme hasta la cama, pero mis músculos no respondían. El suelo helado contra mi mejilla era casi un consuelo comparado con las cuerdas que habían mordido mi carne durante horas.

El sonido suave de la puerta abriéndose me hizo encogerme instintivamente. ¿Más visiones? ¿Más torturas? Pero el aroma a pan recién horneado que inundó la habitación era demasiado real para ser una ilusión.

—No te muevas. —La voz áspera de mi doncella Maren cortó el silencio—. Solo conseguirás hacerte más daño.

Sus pasos firmes cruzaron la habitación hasta el armario donde guardaba sus ungüentos. La había visto tantas veces hacer lo mismo que casi podía imaginarla sin mirar: espalda recta, mentón alto, como si atender a una prisionera rota fuera la tarea más digna del mundo.

—¿Eres real?

El sonido de frascos tintineando se detuvo por un momento.

—Tan real como el desastre que has hecho con esas heridas —respondió secamente, pero sus manos fueron sorprendentemente gentiles cuando me ayudó a incorporarme—. Veamos qué tenemos aquí.

Sus dedos examinaron las marcas en mis muñecas. Solo el leve temblor en sus manos traicionaba alguna emoción.

—Come —ordenó, sacando pan y queso de su delantal—. No puedo curarte si te desmayas de hambre.

Mientras comía, ella comenzó a limpiar las heridas.

—Te pareces a ella —murmuró tan bajo que casi no la escuché—. A mi Lenna. Misma terquedad para aguantar el dolor sin quejarte.

Alcé la mirada, sorprendida. Maren nunca hablaba de su hija.

—Auch —me quejé cuando presionó con demasiada fuerza una herida particularmente profunda.

—No seas quejica —reprendió, pero sus dedos se suavizaron—. Mi Lenna aguantaba mejor que tú, y eso que era más pequeña cuando…

Se detuvo abruptamente, sus labios se apretaron en una línea fina.

—¿Cuando qué? —pregunté suavemente.

—Cuando nada —cortó, pero después de un momento añadió—: Cuando la fiebre invernal la consumía y seguía insistiendo en curar a otros. Testaruda hasta el final.

Sus manos nunca dejaron de trabajar mientras hablaba, limpiando, vendando, curando.

—¿Era sanadora? —pregunté, agradecida por esta pequeña conexión, esta conversación que me hacía sentir humana de nuevo.

—Mm-hmm —asintió mientras aplicaba un ungüento que olía a hierbas silvestres—. Demasiado buena para su propio bien. Como otra tonta que conozco.

Me pellizcó suavemente el brazo, y por un momento casi sonreí. Casi.

—No deberías arriesgarte así por mí —susurré—. Si Soren descubre que me ayudas…

—Si Soren esto, si Soren aquello —interrumpió con un resoplido —. Ese principito malcriado no me asusta. He visto venir y partir a peores que él.

Pero noté cómo sus manos temblaron ligeramente al decir su nombre.

—Además, alguien tiene que mantenerte con vida. Los dioses saben que tú no haces un buen trabajo en eso.

Se levantó para buscar más vendas, y aproveché para observarla. Su cabello gris recogido en un moño severo, su uniforme impecable a pesar de las horas de trabajo, su postura orgullosa que desafiaba a cualquiera a cuestionarla. Era como una roca en medio de una tormenta, inamovible, inquebrantable.

—El brujo…

Ella chasqueó la lengua.

—No hablemos de ese demonio —dijo mientras volvía a arrodillarse frente a mí—. Bastante tengo con limpiar su desastre. Ahora, déjame ver ese corte en tu frente.

Sus dedos apartaron el pelo de mi cara.

—Mi Lenna tenía el mismo color de ojos —murmuró, tan bajo que casi pareció que hablaba consigo misma—. Ese azul que cambia

con la luz. Aunque ella no era tan dramática como tú.

—No soy dramática —protesté débilmente.

—Oh, por supuesto que no. Desmayarte cada vez que ese brujo te tortura no es nada dramático.

Pero sus dedos fueron increíblemente suaves mientras limpiaba la sangre de mi rostro.

—Al menos no grito —murmuré, intentando mantener su humor cortante.

—No, solo te desangras silenciosamente como una mártir —replicó mientras aplicaba un ungüento que escocía—. Como si eso fuera mejor.

Sus manos se detuvieron un momento en una marca particularmente profunda en mi cuello, justo debajo del collar negro.

—Ese monstruo… —murmuró, y por primera vez escuché verdadera ira en su voz antes de que la controlara—. Necesitarás hierbas más fuertes para estas marcas. Y para dormir.

Se levantó bruscamente, sus faldas crujieron con el movimiento. La observé rebuscar en el armario hasta sacar un pequeño frasco de cristal.

—Agua de sueños —explicó secamente ante mi mirada interrogante—. Para cuando… Para cuando sea demasiado.

—No puedo —susurré—. Si me duermo profundamente, si bajo la guardia…

—Si no duermes, morirás. Y me niego a perder a otra… A otra paciente por pura terquedad.

Se arrodilló nuevamente frente a mí.

—Lenna era igual. «Solo un paciente más, madre», decía. «Solo una vida más que salvar». Hasta que su propia vida se le escapó entre los dedos.

Sus manos se detuvieron, y por un momento vi todas las pérdidas, todos los dolores que ocultaba tras esa fachada de dureza.

—Al menos ella eligió su final —murmuró, más para sí misma que para mí—. Murió como vivió: salvando a otros.

—Lo siento —susurré, sin saber qué más decir.

—No lo sientas —respondió bruscamente—. Solo… no te rindas. No dejes que te quiebre.

Sacó más comida de su delantal: un trozo de queso, algunas manzanas, un pedazo de pastel.

—Come —ordenó—. La comida ayuda más que cualquier medicina.

Mientras comía, ella comenzó a desenredar mi cabello. Era algo que hacía a menudo, aunque nunca lo mencionábamos. Este pequeño ritual que nos permitía pretender, por un momento, que éramos solo una madre peinando a su hija.

—Tienes el mismo pelo rebelde que ella. Nunca se quedaba en su lugar, no importaba cuánto intentara domarlo.

Sus dedos encontraron un nudo particularmente difícil y lo deshizo con paciencia infinita.

—Las otras doncellas hablan, ¿sabes? —dijo después de un momento—. Sobre cómo las proteges. Cómo aceptas más castigos para evitar que Soren las lastime a ellas.

—No deberían…

—No, no deberían. Pero lo hacen. Como Lenna solía hacer. —Sus manos se detuvieron un momento—. Los dioses nos mandan a veces almas demasiado buenas para este mundo cruel.

El silencio cayó entre nosotras mientras terminaba de arreglar mi cabello. Finalmente, se puso de pie, recogiendo los implementos de curación.

—El agua de sueños —dijo, señalando el frasco—. Úsala. Es una orden.

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir.

—Y no te atrevas a morirte —añadió sin girarse, su voz engañosamente ligera—. Ya he enterrado a una hija. No pienso enterrar a otra.

La puerta se cerró tras ella antes de que pudiera responder, dejándome con el eco de esas palabras que significaban tanto más de lo que ninguna de las dos se atrevía a admitir.

35

Voluntad y sangre

Aeran

Me apoyé contra el marco de la puerta del comedor, observando la escena que se desarrollaba ante mí. El Rey Sylvan había convertido el desayuno en algo que se parecía más a un festival que a una comida real. Las risas de mis hermanos llenaban la sala de una forma que no había escuchado en meses.

—¡Y entonces! —exclamaba Sylvan, gesticulando dramáticamente mientras contaba otra historia—. ¡El dragón dorado voló tan alto que casi toca las estrellas!

Kieran lo miraba con ojos enormes, su desayuno estaba completamente olvidado. Incluso Avery, que últimamente se esforzaba tanto en mantener una fachada de madurez, se inclinaba hacia adelante con interés.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Torin, prácticamente rebotando en su asiento.

—¡Ah! —Sylvan sonrió misteriosamente, sacando otra flor mágica de su aparentemente interminable suministro—. El dragón encontró algo más precioso que todas las estrellas juntas.

La flor comenzó a brillar con luz propia, proyectando sombras doradas que danzaban en las paredes como si contaran su propia historia.

Hasta los guardias, tanto los míos como los de Floralia, parecían haber olvidado su trabajo. Los vi intercambiar sonrisas y miradas divertidas mientras su rey ejecutaba movimientos exagerados para ilustrar su historia.

Una punzada de algo oscuro me atravesó el pecho. ¿Así sería cuando recuperáramos a Nefely? ¿Se la llevaría a Floralia, lejos de todo lo que le había causado tanto dolor? ¿Lejos de mí?

No podría culparla. No después de todo lo que había sufrido por mi ceguera, mi estupidez. El Rey Sylvan podría ofrecerle un hogar donde nunca más tendría que temer, donde sería una princesa verdadera, no la consorte secreta de un rey cobarde.

—¡Mira, Aeran! —Venya me arrancó de mis pensamientos sombríos—. ¡El abuelo Sylvan puede hacer que las flores canten!

¿Abuelo? Ya los estaba perdiendo a ellos también. ¿Cómo no iban a preferir a este rey que traía magia y risas, que los trataba como los niños que eran, en lugar del hermano ausente en que me había convertido?

Sylvan les estaba mostrando ahora cómo hacer que las flores bailaran en el aire, una exhibición de magia antigua que arrancaba exclamaciones de asombro de todos los presentes. Hasta Thorak sonreía como un niño.

—Siempre se le dieron bien los niños. —Lonan a mi lado me sobresaltó. No lo había oído acercarse.

Asentí secamente, incapaz de apartar los ojos de la escena. Kieran ahora estaba sentado en el regazo de Sylvan, mientras el rey le enseñaba cómo hacer que una de sus flores mágicas cambiara de color.

—¿Se encuentra bien, mi señor? —preguntó Lonan suavemente.

¿Bien? ¿Cómo podría estar bien cuando cada risa de mis hermanos era un recordatorio de lo que Nefely había sacrificado por

protegerlos? ¿Cuando cada momento que pasaban con su abuelo recién descubierto era un paso más lejos de mí?

—Cuando la recuperemos… —comencé, y noté cómo Lonan se tensó ante mi uso de «cuando» y no «si»—. Cuando la traigamos de vuelta, no querrá quedarse.

—No podéis saber eso —respondió, pero había algo en su tono…

—¿No? Mírelos. Mírame a mí. ¿Qué puedo ofrecerle excepto recuerdos de dolor y traición? —Pasé una mano temblorosa por mi rostro—. ¿Cómo querría volver conmigo después de lo que hice? Lo último que le dije fue que la encadenaría si era necesario, que le prohibiría ir a la batalla. La traté como a una posesión, no como a una igual. ¿Quién elegiría quedarse junto a un monstruo que le arrebata su libertad? Yo mismo le cerré las puertas del único hogar que había conocido.

Sylvan ahora tenía a Venya en un brazo y a Kieran en el otro, mientras les susurraba secretos que los hacían reír. Era la viva imagen de un abuelo amoroso, el tipo de figura que estos niños nunca habían tenido.

—El Rey Sylvan puede darle un hogar real —continué—. Un reino donde será amada y respetada, no escondida como un secreto vergonzoso. Una familia que nunca dudará de ella. Un abuelo que jamás le prohibiría ser quien es realmente.

—Una familia que incluye a estos niños. —Señaló Lonan con suavidad—. Que ella ama como propios.

—Y que claramente adorarían Floralia —respondí, observando cómo Torin intentaba hacer bailar una de las flores mágicas—. ¿Quién no lo haría? Un reino de magia y maravillas, tan diferente de este lugar frío.

Lonan me estudiaba con una intensidad que me recordaba dolorosamente a su hija.

—¿Es eso lo que realmente le preocupa? —preguntó—. ¿O teme que ella lo culpe por lo que ha sufrido?

El golpe dio directamente en el blanco. Porque sí, eso era exactamente lo que me atormentaba. ¿Cómo podría no culparme?

¿Cómo podría volver a confiar en el hombre que la había abandonado a un destino peor que la muerte?

—Debería hacerlo. Debería odiarme con cada fibra de su ser.

—¿Como usted se odia? —su pregunta fue suave, pero me golpeó como una bofetada.

Ante nosotros, Sylvan había comenzado a cantar una antigua canción de Floralia, su voz se mezclaba con el tintineo de las flores mágicas. Los niños lo miraban embelesados, y por un momento pude ver el futuro: Nefely en Floralia, rodeada de la magia y el amor que siempre debió tener, mientras yo me consumía en este castillo frío que nunca volvería a ser un hogar sin ella.

—Es lo justo —murmuré—. Es lo que merece.

—¿Y si ella no quiere lo que es justo? —preguntó Lonan—. ¿Y si quiere lo que ama?

—¿Cómo podría amarme después de esto? ¿Cómo podría siquiera mirarme?

Lonan guardó silencio por un momento, observando cómo Sylvan hacía aparecer más flores de la nada, cada una más espectacular que la anterior.

—El amor —dijo finalmente—, no siempre elige el camino más fácil. O el más sensato.

—O el más seguro —añadí, recordando cómo ella había elegido el dolor y la tortura para mantener a salvo a quienes amaba.

—No —concordó suavemente—. Pero quizás eso es lo que lo hace verdadero.

Las risas de los niños llenaron el silencio que siguió. Sylvan ahora les enseñaba cómo hacer que las flores formaran patrones en el aire, una danza de luz y color que parecía burlarse de la oscuridad en mi corazón.

—Si ella elige Floralia… —comencé.

—Si ella elige, será su elección. No la suya, no la mía, no la del Rey Sylvan. —Sus ojos encontraron los míos—. Ya ha sufrido suficientes decisiones tomadas por otros, ¿no cree?

Tenía razón, maldita sea, tenía toda la razón. ¿No era eso exactamente lo que me atormentaba en mis noches de insomnio? ¿Que otros habían decidido por ella una y otra vez, arrancándole cada fragmento de libertad hasta que no quedó nada más que dolor y sacrificio? Primero yo con mi ceguera y prejuicios, luego Soren con su crueldad calculada… ¿Y ahora qué? ¿Más decisiones tomadas sobre su vida?

—Solo quiero que sea feliz.

—Lo sé —respondió Lonan—. Es lo único que un padre quiere para su hija. O un hombre para la mujer que ama.

Ahora todo cobraba un nuevo sentido. La forma en que la magia fluía naturalmente a través de ella, como si fuera una extensión más de su ser. No era una bruja como la había acusado en mi ignorancia, no era una criatura extraña que debía ser temida y controlada. Era la heredera de un reino donde la magia corría tan libre como el aire, lo llevaba en la sangre tan seguramente como llevaba los ojos de su madre y la determinación de su padre. Y por más que ambos se hubieran esforzado en ocultarle su verdadera naturaleza, esta siempre encontraba la manera de manifestarse, de romper las barreras que intentaban contenerla. Tal como ella.

—El problema, mi señor… —comenzó Lonan.

—Por favor, llámame Aeran —supliqué—. No estoy por encima de ti, no después de todo esto. No después de haber fallado tan completamente en proteger a tu hija.

Una sonrisa triste curvó sus labios mientras asentía.

—El problema, Aeran —continuó, y la familiaridad con que pronunció mi nombre me golpeó con más fuerza que cualquier reprimenda—, es… ¿qué harás con Ventara? —Su mirada se posó en algún punto más allá de mi hombro, donde sabía que la princesa Cellina solía pasear en solitario—. Dudo mucho que acepten cancelar el matrimonio. Veo a la reina… a la princesa, como quieras llamarla, aguardando, esperando cualquier migaja de atención. ¿Qué pasará si Nefely regresa? No puedes sumar otro enemigo a tu lista.

—Sin ella puedo morir… Ya estoy muriendo.

—No —Sylvan irrumpió nuestra conversación—. La Alisma no funciona así. —Se acercó a nosotros dejando a los niños entretenidos con las flores—. Ambos pueden vivir una vida plena separados, lo importante es que encuentren la felicidad al unísono. La Alisma es un símbolo de poder, siempre lo ha sido. Desde tiempos inmemoriales se ha creído que era una unión tan sagrada que hasta los dioses la poseían. Es cierto que cualquier desequilibrio podría traer consecuencias para ambos, pero… ¿Esperas que permita que mi nieta se quede con un rey desposado?

—No fue su elección —intervino Lonan, y la ferocidad con que defendió mi causa me sorprendió—. No tuvo más opción, debía sobrevivir.

—No, no lo fue —concedió Sylvan—. No tuvo elección, como tantas otras cosas en su vida. Pero ¿es justo?

No, no lo era y yo lo sabía mejor que nadie. Podría haber alargado la ceremonia, retrasado los preparativos, ganar tiempo de alguna manera. Pero el enfado, la traición que sentía, había nublado mi juicio. Había sido mi forma de vengarme del destino, de ella, de todo… y al final solo me había herido a mí mismo. Y potencialmente a ella, si alguna vez lográbamos traerla de vuelta.

—Si me disculpáis —logré decir—, debo atender asuntos en mi despacho y reunirme con mi consejero personal.

Hice una reverencia breve, casi mecánica, y me retiré antes de que pudieran ver cómo me desmoronaba. Mi mente era un torbellino de dudas e inseguridades, de planes medio formados y miedos que me ahogaban. Porque la conocía, conocía a Nefely mejor que ellos, y esa era la verdad que me atormentaba. Por eso dudaba, por eso el miedo me consumía… Pero más que nada, solo quería ponerla a salvo. Cada noche mi mente daba vueltas una y otra vez a los horrores que ese monstruo podría estar infligiéndole, y el pensamiento me revolvía las entrañas con una violencia que me hacía vomitar hasta que solo quedaba bilis. Las arcadas se habían vuelto tan habituales que Thorak ya dejaba un cubo junto a mi cama sin decir palabra.

Me encerré en mi despacho como un animal herido buscando refugio. La copa de vino temblaba en mis manos mientras los recuerdos me asaltaban sin piedad: Nefely sirviéndome esa misma bebida, sus ojos con ese desafío que tanto había llegado a amar, la forma en que me provocaba deliberadamente para sacarme de quicio. Cómo la había llamado bruja, cómo la había acusado de los peores crímenes imaginables… La copa se estrelló contra la pared con un estruendo que ni siquiera se acercaba al caos en mi interior.

Me derrumbé en mi silla, enterrando el rostro entre mis manos. La necesitaba conmigo con una desesperación que rayaba en la locura, y ese pensamiento solo me hacía odiarme más. Porque era puro egoísmo, mis sentimientos, mis necesidades… no lo que ambos compartíamos, no lo que ella merecía.

Los golpes suaves en la puerta me sobresaltaron. La madera crujió suavemente al abrirse, y allí estaba ella… la reina. No, la princesa. Ni siquiera en mi mente podía otorgarle ese título que solo le pertenecía a una.

—Mi rey. —Entró con una bandeja de comida—. Pensé que podría tener hambre.

Cerró la puerta tras ella y se acercó a mi escritorio. Dejó la bandeja con movimientos precisos sobre el escritorio. Sus ojos se posaron en los restos de la copa en el suelo, y sin decir palabra se agachó para recogerlos. La observé mientras servía más vino en una copa limpia y me la ofrecía con una sonrisa practicada.

Demasiado sumisa, demasiado perfecta… tan diferente de la mujer que había desafiado a un rey hasta hacerlo amarla. No era ella, por más que intentara convencerme, nunca sería ella.

Se acercó por detrás de mi silla, sus manos se deslizaron por mis hombros en lo que pretendía ser una caricia seductora. El roce de sus dedos, que deberían despertar deseo, solo me provocó un escalofrío de repulsión que me costó disimular.

—Mi señor —susurró contra mi oído—. Permítame ayudarlo a relajarse.

Sus labios rozaron mi cuello y fue como si me hubieran echado un cubo de agua helada. Me aparté bruscamente, casi volcando la silla en el proceso. La imagen de Nefely sufriendo bajo las manos de Soren me golpeó con tanta fuerza que tuve que sujetarme al escritorio para no caer.

—No. No me toques.

Cellina retrocedió un paso, pero no se marchó como esperaba. En su lugar, se alisó el vestido con dedos nerviosos, sus ojos fijos en un punto por encima de mi hombro.

—Las doncellas hablan, mi señor —dijo en voz baja con vergüenza—. Todo el castillo murmura sobre… sobre mi vientre vacío.

Ahora comprendía su insistencia. No era deseo lo que la había traído a mi despacho, sino el peso de las expectativas ajenas.

—La reina sin heredero —continuó—. Así me llaman cuando creen que no escucho. El consejo espera… todos esperan que yo… que nosotros…

—¡No me importa lo que esperen! —rugí con asco—. No me importa el consejo, ni las doncellas, ni sus rumores, ni las malditas alianzas.

Ella retrocedió un paso más, el miedo era claro en sus ojos. No era su culpa, me recordé. Ella también era una pieza más en este juego cruel, una princesa criada para cumplir un propósito, para ser juzgada por su capacidad de dar herederos.

—Mi padre envía cartas cada semana —confesó—. Pregunta si estoy… si estamos… si hay señales de un heredero. No sé qué responderle ya.

—Lo siento —logré decir—. Pero no va a suceder. No contigo.

Su rostro palideció ante mi crudeza.

—¿Por ella? ¿Por la sanadora que lo traicionó? ¿Sacrificará un heredero, la estabilidad del reino, por una mujer que eligió a otro?

La risa que escapó de mis labios fue tan amarga que nos sorprendió a ambos.

—No tienes ni idea —murmuré, más para mí mismo que para ella —. No tienes ni idea de lo que es la traición, o el amor, o el sacrificio.

—¡Sé lo que es el deber! —exclamó, irguiéndose como la reina que habían entrenado para ser—. ¡Sé lo que se espera de una esposa real! No necesito amor, ni siquiera afecto. Pero necesito respeto. Necesito que al menos…

—No eres la reina. Nunca lo serás.

Vi el momento exacto en que la verdad la golpeó, en que comprendió finalmente su posición en todo esto.

—¿Qué soy entonces? —susurró—. ¿Un vientre para albergar herederos? ¿Un escudo político? ¿Una figura decorativa para mantener la paz con Ventara?

—Eres lo que ambos debemos ser. Una pieza más en este tablero de poder donde otros mueven las fichas.

Vi un destello de la dignidad que su educación real le había inculcado.

—Al menos podría intentarlo —dijo suavemente—. Por el bien del reino. Por su deber como rey. Un heredero aseguraría que…

—¿De qué? —interrumpí—. ¿De reemplazarla? ¿De fingir que puedo tocar a otra mientras ella sufre? ¿De engendrar un hijo mientras ella está cautiva de ese monstruo?

Vi cómo las lágrimas comenzaban a formarse en sus ojos, pero no pude encontrar compasión en mi corazón congelado. No cuando cada momento de comodidad que Cellina disfrutaba era un recordatorio más del infierno que Nefely estaba viviendo.

—Vete —ordené, girándome hacia la ventana—. Por favor, vete.

La escuché moverse hacia la puerta y se detuvo en el umbral.

—No puedo competir con un fantasma —susurró—. Ni con el amor que le tiene. Pero tampoco puedo seguir viviendo así, humillada por los rumores, cuestionada en mi papel más fundamental.

—No es tu castillo —respondí sin girarme—. Como no es tu corona, ni tu trono… ni tu rey.

Me giré hacia ella, que aún permanecía junto a la puerta como una sombra pálida.

—Al amanecer enviaré una carta a Ventara —declaré—. Dejaré claro que el matrimonio no se consumó, que sigues siendo pura. Que todo pacto queda anulado.

—Mi padre no lo aceptará —susurró, y había verdadero miedo en su voz—. Las alianzas, los acuerdos comerciales… Todo se vendría abajo.

—No me importa. Que se venga abajo todo. Que arda cada maldito puente si es necesario.

—Le declararán la guerra —insistió, dando un paso hacia mí—. Ventara no perdonará esta humillación.

Una risa amarga escapó de mis labios mientras vaciaba la copa de un trago.

—¿Guerra? —El cristal tintineó cuando lo dejé sobre la mesa con demasiada fuerza—. ¿Crees que me importa una guerra más o menos? Ya estoy en guerra. Conmigo mismo, con este frío que me consume, con cada pensamiento que me tortura…

—Mi señor…

—¡No me llames así! —rugí, y la copa se estrelló contra la pared junto a su cabeza—. ¡No soy tu señor! ¡No soy nada tuyo!

Ya no podía detener las palabras que brotaban como veneno.

—Vuelve a Ventara —continué—. Encuentra un marido que pueda darte lo que necesitas, que pueda cumplir con lo que esperan de ti. Porque yo… —Me derrumbé en la silla—. Yo solo puedo amar a una mujer. Y ella está sufriendo horrores inimaginables mientras nosotros jugamos a este teatro absurdo.

—No le queda otra opción —susurró, negando con la cabeza mientras retrocedía hacia la puerta—. Las alianzas son lo único que mantiene la paz.

—La paz. ¿Qué paz puede haber mientras ella sufre?

No pude terminar. La bilis subió por mi garganta ante las imágenes que mi mente conjuraba sin piedad. Alcancé la botella con

manos temblorosas, necesitando ahogar esos pensamientos en alcohol.

Escuché la puerta cerrarse suavemente. El vino corría por mi garganta, pero ni siquiera eso podía quemar las visiones que me atormentaban.

Nefely, mi Nefely, en las garras de ese demonio. ¿Estaría gritando ahora mismo? ¿Estaría suplicando que se detuviera mientras él… mientras él…?

La botella se vació demasiado rápido. Encontré otra en el cajón del escritorio, y otra más. El mundo comenzó a girar, pero las imágenes no cesaban.

Sus manos, esas manos gentiles que habían curado tantas heridas, que habían acariciado mi rostro con tanto amor…

El sollozo que escapó de mi garganta fue tan violento que me sorprendió. Las lágrimas que había estado conteniendo durante semanas finalmente encontraron su camino, mezclándose con el vino derramado sobre los papeles del escritorio.

—Lo siento —susurré a la habitación vacía—. Lo siento tanto, amor mío. Debí protegerte, debí ver la verdad…

Cada noche era igual. El vino, las lágrimas, las disculpas que ella no podía escuchar. Y las imágenes, siempre las imágenes…

La veía encadenada en una celda helada, su piel marcada por golpes y mordiscos. La veía temblando en una esquina mientras Soren se acercaba con esa sonrisa cruel que tanto recordaba. La veía intentando defenderse, intentando mantener algo de dignidad mientras él…

—¡Basta! —El grito desgarró mi garganta mientras lanzaba la botella contra la pared.

Pero no se detenía. Mi mente torturada seguía conjurando escenas cada vez más horribles. La escuchaba gritar mi nombre en la oscuridad, suplicando una ayuda que no llegaba. La veía llorando en silencio mientras curaba sus propias heridas, esas manos temblorosas intentando arreglar lo que él rompía cada noche.

El mundo giraba sin control, pero no me importaba. Quizás si bebía lo suficiente, si me hundía lo suficientemente profundo en la inconsciencia, las visiones cesarían por un momento.

—Te amo —murmuré contra la madera del escritorio, las lágrimas empapaban los documentos importantes que ya no significaban nada—. Te amo tanto que me está matando.

El frío en mi pecho palpitaba con cada latido de mi corazón borracho, como si respondiera a un eco lejano de su dolor. ¿Estaría sintiendo ella lo mismo? ¿Estaría este vínculo maldito transmitiéndole mi agonía, añadiendo más peso a su tormento?

—Perdóname. Perdóname, amor mío. Perdóname…

Lo último que recuerdo antes de caer bajo los efectos del alcohol fue su rostro, no como debía estar ahora, marcado por el dolor y el miedo, sino como lo recordaba en momentos más felices: sonriendo mientras jugaba con los niños, sus ojos brillando con amor mientras me miraba por encima de una copa de vino, sus labios curvándose en esa sonrisa traviesa que tanto había llegado a adorar.

36

Sangre en el amanecer

Aeran

El grito atravesó la niebla del alcohol arrancándome brutalmente de la inconsciencia. Por un momento, el mundo giró salvajemente mientras intentaba orientarme. El escritorio bajo mi mejilla estaba pegajoso con vino derramado, y el sabor amargo en mi boca me recordó cuánto había bebido la noche anterior.

Otro estruendo resonó en los pasillos, seguido de un grito que me heló la sangre. Me incorporé demasiado rápido, y el dolor que explotó en mi cabeza casi me hizo caer. Mis ojos recorrieron el despacho, registrando las botellas rotas, los papeles desperdigados… y la ausencia de Neval. Mi consejero debería haber venido a despertarme al amanecer, como siempre hacía cuando me quedaba dormido sobre el escritorio.

Un tercer grito, más cercano esta vez, me hizo olvidar todo lo demás. Alcancé mi espada que descansaba en la esquina, agradeciéndoles silenciosamente a los dioses que al menos hubiera tenido la sensatez de no guardarla lejos incluso en mi estupor etílico.

El pasillo me recibió con una escena sacada de mis peores pesadillas. Marian, una de las doncellas, yacía inmóvil en un charco

de sangre que se extendía lentamente sobre la piedra. La daga que sobresalía de su pecho brillaba con una crueldad metálica bajo la luz del amanecer. A su lado, otra doncella, se cubría el rostro con manos temblorosas.

Pero fue la tercera figura la que me arrancó un grito ahogado. Lonan yacía desplomado contra la pared, un hilillo de sangre manaba de una herida en su sien.

—¡Guardias! —grité con fuerza—. ¡Thorak!

Me arrodillé junto a Lonan, mis dedos temblorosos buscaron su pulso mientras mantenía la espada en alto. El latido débil, pero constante bajo mis yemas me arrancó un suspiro de alivio que duró poco. Porque si alguien se había atrevido a atacar al padre de Nefely dentro de mi propio castillo…

El sonido de botas contra la piedra anunció la llegada de los guardias. Thorak apareció primero, con su espada ya desenvainada.

—¡Asegurad el castillo! —ordené mientras intentaba detener la sangre que manaba de la herida de Lonan—. ¡Que nadie entre o salga! ¡Y traed al maestre ahora!

Los guardias se dispersaron como una bandada de pájaros. Solo Thorak permaneció, su presencia era un ancla en medio del caos.

—La doncella… —comenzó.

—Está muerta. —Porque conocía esa daga, conocía el ángulo preciso del golpe que había acabado con su vida—. Una muerte rápida, un solo golpe. Obra de alguien que sabe exactamente dónde apuntar.

Un ataque de tos sacudió el cuerpo de Lonan, haciendo que la sangre en su sien corriera con más fuerza. Sus ojos se abrieron brevemente, desenfocados y confusos, mientras intentaba incorporarse.

—Trai… traidor —susurró entre espasmos—. Está… él está…

El Rey Sylvan apareció seguido de su guardia personal. Su rostro palideció visiblemente al ver a Lonan tendido en el suelo.

—¡Por todos los jardines florecientes! —exclamó, arrodillándose junto a nosotros—. ¿Qué ha sucedido?

Pero Lonan seguía murmurando, sus palabras eran cada vez más urgentes, aunque apenas comprensibles.

—Tra… traidor… lo vi… —Sus dedos se aferraron a mi manga con una fuerza sorprendente—. Él… él está…

De repente, un pensamiento terrible me golpeó como un rayo.

—Los niños —susurré, y el terror en mi voz hizo que Thorak se tensara visiblemente—. ¡Los niños! —rugí, poniéndome de pie tan bruscamente que el mundo giró por un momento—. ¡Thorak! ¡Ve a buscarlos! ¡Ahora!

Mi capitán no necesitó que se lo dijera dos veces. Salió corriendo por el pasillo. Los guardias de Floralia se dispersaron también, siguiendo las órdenes silenciosas de su rey que asintió gravemente.

—No… —Lonan intentó incorporarse nuevamente, el esfuerzo hizo que más sangre manara de su herida—. No entienden… él… Kieran…

—No te muevas —ordené, intentando mantenerlo quieto mientras el Rey Sylvan presionaba con un pañuelo la herida en su sien—. El maestre está en camino.

Pero había algo en su mirada, una desesperación que iba más allá del dolor físico. Sus dedos se clavaron en mi brazo.

—Neval… —logró decir antes de que otro ataque de tos lo sacudiera—. Él… él es…

¿Neval? ¿Qué tenía que ver él con todo esto?

El sonido de más pasos acercándose me arrancó de mis pensamientos. Un guardia joven, apenas un recluta, apareció jadeando en el pasillo.

—¡Mi señor! —exclamó el guardia—. ¡Los aposentos del príncipe Kieran…! La princesa Venya… la encontramos escondida bajo la cama, temblando. Tiene un golpe en la mejilla y…

—¿Dónde está Kieran?

—No… no lo encontramos, mi señor. —El guardia tragó saliva nerviosamente—. Hemos buscado en cada rincón de sus aposentos, en los pasillos cercanos, en…

Un sonido ahogado escapó de los labios de Lonan, que luchaba por mantenerse consciente. Sus dedos se cerraron nuevamente sobre mi manga.

—Neval… —logró decir entre espasmos de tos—. Se lo llevó… Gélidia… él trabaja para…

—¿Qué? —El rugido que escapó de mi garganta hizo que el guardia retrocediera instintivamente—. ¿Neval? ¿Mi consejero?

—Lo vi… —Lonan tosió, y gotas de sangre salpicaron su barbilla —. Cuando entró en los aposentos… Lo reconocí de las mazmorras de Gélidia… Siempre encapuchado, pero su voz… —Otro ataque de tos lo sacudió—. Visitaba a Soren… llevaba mensajes…

Todas las piezas encajaban con una claridad terrible: las ausencias frecuentes de Neval, sus «visitas familiares», la forma en que siempre parecía saber más de lo que debería sobre los movimientos de Gélidia…

—Por eso Soren siempre iba un paso por delante —susurré—. Por eso supo exactamente cómo usar a los niños contra Nefely… Neval se lo contó todo.

—Intenté… intenté detenerlo. —Lonan se aferró a mi brazo con más fuerza—. Cuando lo vi llevándose a Kieran… Pero me golpeó… Y la doncella… ella nos vio…

Sus ojos se desviaron hacia el cuerpo de Marian. Por eso la había matado. Ella había sido testigo.

—Mi rey. —El guardia dio un paso adelante—. La princesa Venya… dice que el consejero Neval entró en los aposentos antes del amanecer. Que le dijo a Kieran que tenía que mostrarle algo importante, algo sobre la señorita Nefely.

El nombre de ella en este contexto hizo que mi sangre hirviera. Por supuesto. ¿Qué mejor manera de hacer que Kieran lo siguiera voluntariamente? El niño haría cualquier cosa por una pista sobre su adorada Nefely.

—Neval quiso llevarse también a Venya —continuó el guardia—. Pero ella… ella se resistió. La golpeó con tanta fuerza que la dejó casi inconsciente. Cuando la hemos encontrado estaba debajo de la

cama, temblando y llorando. Han pasado ya varias horas según Venya, pero no se atrevía a salir porque estaba asustada, mi señor.

—¿Venya está bien? —pregunté con un nudo formándose en mi garganta—. ¿Dónde está ahora?

—La princesa está siendo atendida, mi señor —respondió el guardia con una ligera inclinación de cabeza—. Las nodrizas están con ella, y uno de los sanadores que el Rey Sylvan ha traído de Floralia la está examinando. También hemos duplicado la guardia en sus aposentos.

Un pequeño alivio se abrió paso entre el caos de emociones que me consumía. Al menos Venya estaba a salvo.

—Bien —asentí secamente—. Que no se quede sola ni un momento.

La imagen de mi pequeña Venya golpeada, de Kieran engañado con falsas promesas…

—Usó su amor por ella —gruñí—. El muy bastardo usó a Nefely para…

—Aeran. —Sylvan me miró esperando—. El tiempo es esencial. Si realmente trabaja para Gélidia, cada momento que pasa gana ventaja.

La imagen de mi hermano pequeño en las garras de Soren era suficiente para helarme la sangre en las venas.

—¡Thorak! —rugí, y mi capitán apareció casi instantáneamente—. ¡Quiero jinetes en cada camino que lleve al norte! ¡Que revisen cada carruaje, cada carro, cada maldito arbusto si es necesario! ¡Y prepara a Draluz! No pueden haber llegado lejos.

Pero incluso mientras daba las órdenes, una voz en mi mente susurraba que podría ser demasiado tarde. Neval conocía el castillo, conocía las rutas secretas, los pasadizos olvidados… ¿Cuánto tiempo había estado planeando esto?

—Mi señor. —Lonan intentó incorporarse nuevamente—. Hay algo más… algo que debes saber sobre Neval…

Pero sus palabras se perdieron en otro ataque de tos, y esta vez la sangre que manchó sus labios era más oscura, más preocupante.

—El maestre —ordené al guardia que seguía paralizado en el pasillo—. ¡Ve a buscar al maestre ahora!

Porque no podía perder a Lonan. No cuando finalmente comenzábamos a entender la magnitud de la traición que había estado ocurriendo bajo nuestras propias narices. No cuando cada palabra suya podría ser la clave para encontrar a Kieran antes de que fuera demasiado tarde.



El mapa desplegado sobre la mesa del consejo mostraba las fronteras entre los reinos. Cada ruta posible hacia Gélidia había sido marcada con tinta roja, cada puesto de guardia señalado. Y, sin embargo, después de horas de búsqueda, seguíamos sin nada.

Me pasé una mano por el rostro, sintiendo la barba incipiente bajo mis dedos. El vuelo con Draluz había sido infructuoso; ni siquiera desde las alturas habíamos podido detectar señal alguna de Neval o Kieran. Era como si la tierra se los hubiera tragado.

—Tiene que haber algo que estamos pasando por alto —murmuré, mis ojos recorriendo el mapa por enésima vez—. Alguna ruta que no hayamos considerado…

Lonan, más pálido de lo habitual, pero al menos consciente, se inclinó sobre el mapa desde su asiento. El vendaje que le recorría toda la cabeza resplandecía con un suave brillo violáceo. Los sanadores de Floralia se habían ocupado de él con una eficiencia que rayaba en lo milagroso.

—Los sanadores de mi reino tienen dones especiales. —Había explicado Sylvan mientras atendían a Lonan—. La magia de curación fluye por sus venas como el agua por un río.

Era la misma cantinela que repetía desde que llegó: cómo en Floralia todo era mejor, cómo sus sanadores podían curar heridas que otros considerarían mortales, cómo sus jardines mágicos ayudaban a sanar no solo el cuerpo sino también el espíritu.

«Como los que necesitará Nefely cuando la recuperemos», había añadido más de una vez, con esa mirada que dejaba clara su intención de llevársela en cuanto tuviera oportunidad.

Pero ahora no podía concentrarme en esa batalla. No cuando Kieran estaba en peligro. No cuando cada momento que pasaba significaba que Neval estaba más cerca de entregar a mi pequeño hermano a las garras de Soren.

—Lo veía regularmente en las mazmorras —contó Lonan—. Siempre encapuchado, pero su manera de moverse, esa arrogancia característica. Nunca olvidé su voz, la forma en que hablaba con los guardias como si fueran inferiores.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, aunque temía la respuesta—. ¿Cuánto tiempo ha estado jugando este papel?

—La primera vez que lo vi fue poco después de que tomaras el trono —respondió—. Recuerdo… recuerdo que los guardias comentaban sobre el nuevo rey de Dragio, sobre cómo las cosas finalmente cambiarían.

El Rey Sylvan, que había estado estudiando otro mapa con sus propios consejeros, se giró bruscamente.

—¿Después de que tomaras el trono? —preguntó—. ¿No antes?

—No —confirmó Lonan—. Nunca lo vi durante el reinado anterior.

Neval no había traicionado a mi padre… me había traicionado específicamente a mí. Aunque había permanecido en el consejo durante años —mi padre siempre había confiado en él—, su lealtad a Gélidia había comenzado después de mi coronación. Había sido enviado como espía precisamente cuando asumí el poder, cuando

era más vulnerable, más propenso a confiar en quienes mostraban lealtad…

Recordé cómo Neval se había opuesto sutil, pero firmemente cuando nombré a Thorak capitán de la guardia. «Es demasiado blando, mi señor», había susurrado. «Vuestro padre siempre lo consideró débil para el puesto». Pero yo había confiado en mi instinto, en la lealtad innegable de Thorak. Una de las pocas decisiones que no me había dejado manipular por Neval.

—Neval les contaba todo —asintió Lonan, su rostro se oscureció con el recuerdo—. Lo escuché hablar con los guardias sobre los niños, sobre cómo te habías vuelto más protector desde la muerte de tus padres. Sobre cómo Nefely había ocupado un rol maternal con ellos. Hablaba de ella constantemente. «La amante del Rey de Dragio», la llamaba. Decía que estaba resurgiendo a Dragio de las cenizas, ganándose el corazón de todos.

—Pero tú no sabías quién era ella —dije, comprendiendo de repente.

—No —admitió Lonan con amargura—. Si hubiera sabido que hablaban de mi propia hija… —Sus manos se cerraron en puños temblorosos—. Planeaban matarla, ¿sabes? Lo oí claramente. Neval era quien más insistía. Les daba toda la información: dónde dormía, qué hacía durante el día, sus rutinas con los niños… todo. Tenían cada detalle para atacarla cuando fuera más vulnerable.

—Pero entonces ocurrió lo del río —murmuré, recordando aquel fatídico día.

—Sí —confirmó Lonan—. La batalla, su caída… les dieron una oportunidad mejor. Decidieron que era más valioso secuestrarla. —Su mirada se encontró con la mía—. Créeme cuando te digo que la muerte habría sido más misericordiosa que lo que le han hecho.

Me aparté bruscamente de la mesa, incapaz de contener la furia. Cada momento, cada decisión de los últimos años cobraba un nuevo y terrible significado. ¿Cuántas veces había compartido mis dudas con Neval? ¿Cuántos secretos, cuántas vulnerabilidades había expuesto sin saberlo?

—Los informes sobre los movimientos de Gélidia —intervino Thorak—. Siempre parecían llegar demasiado tarde, o ser inexactos…

—Porque él los filtraba —completé—. Probablemente alertaba a Gélidia de cada decisión, cada plan que hacíamos.

—Y cuando capturaron a Nefely… —Lonan se detuvo, como si las palabras fueran demasiado dolorosas—. Lo vi más a menudo. Siempre con Soren, siempre susurrando sobre… sobre cómo romperla.

La imagen de Neval conspirando con Soren, planeando la tortura de Nefely, usando la información que yo mismo le había confiado…

—¿Por qué ahora? —preguntó el Rey Sylvan—. ¿Por qué arriesgarlo todo llevándose al niño en este momento?

—Porque sabía que lo descubriríamos —respondió Lonan—. Me vio reconocerlo. Sabía que ya no podría mantener su fachada.

—Y Kieran era su seguro —añadí—. Su garantía de que llegaría a Gélidia con vida.

Cada uno de nosotros comprendía lo que significaba: mientras Kieran estuviera a salvo, teníamos una ventaja sobre Nefely. Ahora… ahora Gélidia tendría a ambos.

—No llegarán al castillo de Gélidia —declaró el Rey Sylvan—. He enviado jinetes a cada paso de montaña, cada ruta conocida…

—Las rutas conocidas no importan —interrumpí—. Neval conoce cada pasaje secreto, cada túnel olvidado… Los túneles. Por supuesto.

Me incliné sobre el mapa nuevamente.

—Aquí. —Señalé un punto aparentemente insignificante—. Hay una red de túneles antiguos que conectan con las minas abandonadas. Mi padre los usaba para enviar mensajeros durante la guerra. Neval… Neval conocía su existencia porque yo mismo se los mostré.

—¿Están vigilados? —preguntó Thorak, ya moviéndose hacia la puerta.

—No. ¿Por qué vigilarlos? Solo la familia real y los consejeros más cercanos conocían su existencia.

El Rey Sylvan se acercó al mapa, sus ojos estudiaron la ruta con intensidad militar.

—Si tomaron ese camino —murmuró—, podrían estar ya cerca de la frontera con Gélidia.

Las horas que habíamos perdido buscando en los caminos principales, enviando jinetes en todas direcciones… mientras Neval se llevaba a mi hermano pequeño por túneles olvidados.

—Es solo un niño —susurré—. Tiene seis años… y lo tienen ellos.

Mi hermano pequeño. Era mi hermano pequeño por todos los dioses.

—Si le hacen daño… Si se atreven a tocar un solo cabello de su cabeza…

—Le harán daño —dijo Sylvan—. Lo usarán como usaron a Lyanna, como están usando a Nefely. El dolor de los inocentes es el arma favorita de Soren.

—¡Es un niño! —rugí, golpeando la mesa con tanta fuerza que los mapas se dispersaron—. ¡Mi hermano pequeño! Él… él aún cree en cuentos de hadas, aún piensa que los monstruos pueden ser vencidos…

—Y lo serán —declaró Sylvan—. Porque ya no tienen solo a un rey desesperado contra ellos. Tienen a todo el poder de Floralia respirando en sus nucas.

Se giró hacia uno de sus capitanes, que había permanecido en silencio hasta ahora.

—¿Las tropas están en posición?

—Sí, mi señor —respondió el hombre—. Cinco mil de nuestros mejores guerreros esperan en los bosques del norte. No los verán hasta que sea demasiado tarde.

—¿Cinco mil? —Me sorprendí—. ¿Cuándo…?

—¿Creías que vine solo con una guardia de honor? —Una sonrisa feroz curvó los labios de Sylvan—. He estado moviendo tropas desde que recibí tu mensaje.

Lonan se inclinó sobre el mapa nuevamente, sus dedos trazaron una ruta que no había notado antes.

—Los túneles tienen varias salidas —murmuró—. Pero conociendo a Neval, tomará la más cercana al Paso del Cuervo. Es la ruta más directa hacia el castillo de hielo.

—También es la más vigilada —señaló Thorak—. Los puestos de guardia de Gélidia…

—Precisamente por eso la usará —interrumpí—. No esperará que lo busquemos allí. Es demasiado obvio, demasiado arriesgado…

—Y tendrá una escolta esperando —completó Sylvan—. Guardias de Gélidia listos para escoltarlo al castillo como el héroe que entrega otro premio a su príncipe.

La bilis subió por mi garganta ante la imagen. Kieran, mi pequeño Kieran, siendo arrastrado como un trofeo ante Soren…

—No llegarán tan lejos —declaré—. No permitiré que mi hermano sufra el mismo destino que Nefely. No esta vez.

—Entonces —Sylvan se irguió en toda su estatura, y por un momento vi al rey guerrero que había mantenido a Floralia fuerte durante décadas—. Es hora de mostrarle a Gélidia que han cometido su último error. Han secuestrado al hermano del Rey de Dragio, tienen prisionera a la heredera de Floralia… Es hora de que aprendan lo que significa despertar la ira de dos reinos. Los recuperaremos a ambos. A tu hermano y a mi nieta.

—Tenemos la ventaja numérica —añadió Thorak, señalando los puntos en el mapa donde las tropas de Floralia aguardaban—. Y con el elemento sorpresa…

—No es solo cuestión de números —interrumpí, mi mano se cerró sobre la empuñadura de mi espada—. Es sobre hacer que paguen. Por cada lágrima que Nefely ha derramado, por cada pesadilla que atormenta a mis hermanos, por cada gota de sangre inocente que han derramado.

—Y pagarán —susurró Lonan—. Por Lyanna, por mi Nefely, por el pequeño Kieran… Esta vez no habrá misericordia.

—Entonces. Que empiece la verdadera guerra.

Por fin íbamos a hacerlo. Después de tantos meses de angustia, de noches sin dormir imaginando su sufrimiento, por fin rescataríamos a Nefely. Y a Kieran. La idea de mi pequeño hermano en ese lugar de pesadilla me helaba la sangre, pero al menos no había estado allí durante meses como ella. No había tenido que soportar lo que Nefely había soportado.

Esta noche, pasara lo que pasara, terminaría su calvario. Recuperaría a mi familia, a toda mi familia. Y Gélidia conocería el precio de su crueldad.

Porque esta vez no luchábamos solo por poder o territorios. Esta vez era personal. Era por familia, por amor, por venganza.

Y que los dioses ayudaran a quien se interpusiera en nuestro camino.

37

Cadenas y silencios

Nefely

El sol se arrastró perezosamente por el suelo de la habitación, su luz pálida apenas alcanzaba el rincón donde yacía encadenada. Mis muñecas destrozadas palpitaban con cada latido de mi corazón, el metal frío de los grilletes mordía mis manos ya en carne viva. Había perdido la cuenta de los días que llevaba así, tirada en el suelo como un animal, demasiado débil incluso para sentarme.

El hambre había dejado de ser un tormento agudo para convertirse en un vacío constante, un compañero silencioso que me recordaba la nueva táctica de Soren. «Si no quieres cooperar, entonces no mereces comer».

Intenté mover los dedos de mi mano derecha, observando con mórbida fascinación cómo los huesos mal soldados se negaban a responder correctamente. El maestre había hecho lo que pudo, pero las fracturas habían sido demasiado graves, demasiado brutales. Mis manos, que una vez habían curado y dado vida, ahora eran poco más que garras inútiles.

—Al menos podrían limpiar esto —murmuré al aire vacío. El olor de mi propio cuerpo, la suciedad acumulada, era otro recordatorio

de mi degradación.

Los recuerdos de la última visita de Soren me asaltaron sin piedad. Sus dedos hundiéndose en mis mejillas mientras exigía saber más sobre los dragones, sobre cómo hacerlos nacer, sobre secretos que ni siquiera yo comprendía. Y cuando mis respuestas no lo satisfacían…

Me estremecí, las cadenas tintinearon con el movimiento. Los nuevos moretones en mis costillas protestaron, recordándome por qué era mejor quedarse quieta.

Un rayo de sol alcanzó el collar en mi cuello, haciendo brillar la grieta en la piedra negra. Era más grande ahora, extendiéndose como una telaraña de fracturas diminutas. A veces, en la oscuridad de la noche, me parecía ver un brillo violáceo emanando de esas grietas, pero siempre lo atribuía a la falta de sueño, a las alucinaciones provocadas por el hambre.

—Patético. —Soren me sobresaltó. No lo había oído entrar—. ¿Aún no has aprendido tu lección?

No respondí. Las palabras requerían energía que no tenía, y la experiencia me había enseñado que mi silencio lo enfurecía más que cualquier respuesta.

Vi sus pies acercarse.

—Mírame cuando te hablo —ordenó, mientras aplastaba con sus pies mi costado.

Levanté la mirada lentamente.

—Así que la pequeña bruja aún tiene algo de espíritu —se burló, agachándose para agarrar mi barbilla—. ¿Cuánto más necesitas sufrir antes de entender tu lugar?

El olor de su desayuno en su aliento hizo que mi estómago se retorciera dolorosamente. Pan recién horneado, el aroma dulce de la miel… Mi cuerpo reaccionó traicioneramente, la saliva inundó mi boca reseca.

—Los huevos no nacerán —logré decir—. No puedo forzarlos. No funciona así.

Su agarre se intensificó hasta que sentí que mi mandíbula crujía bajo la presión.

—Todo puede ser forzado —siseó—. Todo puede ser quebrado. Es solo cuestión de encontrar el punto exacto donde la voluntad se rompe.

Me soltó bruscamente, mi cabeza golpeó contra el suelo. El mundo giró por un momento.

—Quizás —continuó, poniéndose de pie—, necesitas un recordatorio de lo que está en juego.

No. No, por favor. Conocía ese tono, esa forma particular en que su voz se suavizaba cuando estaba a punto de…

—Los niños están tan lejos —musitó, como si hablara consigo mismo—. Tan fuera de mi alcance ahora. Pero pronto, muy pronto tendré algo mejor. Un nuevo juguete para recordarte tu lugar.

¿Un nuevo juguete? El miedo se arrastró por mi espina dorsal. ¿Qué estaba planeando?

—No más juegos mentales —declaró, dirigiéndose hacia la puerta —. No más visiones ni trucos del brujo. Esta vez será algo real, algo que podrás ver y tocar, algo que te romperá por completo.

La puerta se cerró tras él con un golpe que resonó en mis huesos. Me permití entonces el lujo de temblar, de dejar que el miedo que había estado conteniendo me atravesara como una tormenta.

¿Qué había querido decir? ¿Qué nuevo horror estaba planeando? La incertidumbre era casi peor que el dolor físico, que el hambre que me carcomía las entrañas.

Un sonido escapó de mis labios, algo entre un sollozo y una risa histérica. Porque eso era lo que él quería, ¿no? Mantenerme en este estado constante de terror y espera, nunca sabiendo cuándo o cómo llegaría el siguiente golpe.

El sol continuó su lento arrastrar por el suelo, marcando el paso de otra mañana interminable. Mi mente divagaba, saltando entre recuerdos y pesadillas hasta que ya no podía distinguir unos de otros.

¿Era real el recuerdo de Aeran sosteniéndome bajo las estrellas? ¿O había sido otra ilusión creada por el brujo? ¿Realmente había sostenido a Kieran mientras lloraba por pesadillas, o era solo otro truco cruel de mi mente hambrienta?

Las cadenas tintinearon suavemente cuando intenté cambiar de posición, buscando alivio para mis músculos entumecidos. El metal se había vuelto casi cálido contra mi piel, como si fuera una extensión más de mi cuerpo. Me había convertido en una criatura encadenada, reducida a poco más que un animal en el suelo de su amo.

—Por favor —susurré a la habitación vacía, aunque ya no sabía a quién le rezaba—. Por favor, que termine pronto.

En algún momento, mi cuerpo tendría que rendirse. Era inevitable, ¿no? La falta de comida, el frío que se colaba a través del fino camisón, las heridas que nunca terminaban de sanar… Todo ello tenía que conducir a un final.

—Solo es cuestión de tiempo —susurré, observando cómo mi aliento formaba pequeñas nubes en el aire helado—. El cuerpo humano no está diseñado para soportar tanto.

Una risa amarga escapó de mis labios agrietados. ¿Cuántas veces había explicado esto mismo a mis pacientes? «El cuerpo tiene límites», solía decir mientras preparaba mis remedios. «Hay que escucharlo cuando nos dice que es suficiente».

Ahora mi propio cuerpo gritaba, cada fibra de mi ser suplicaba un descanso que sabía que no llegaría mientras respirara. Porque Soren no me dejaría morir, no realmente. Me mantendría en este limbo entre la vida y la muerte, lo suficientemente fuerte para sufrir, demasiado débil para resistir.

—Cobarde —me susurré a mí misma—. ¿Es esto en lo que te has convertido? ¿En alguien que anhela la muerte como una amante?

El frío se intensificó mientras el sol comenzaba su descenso. Mi camisón, manchado de sangre, ofrecía tan poca protección como mi dignidad destrozada.

Ya ni siquiera podía sentir verdadero dolor. Todo se había fundido en una especie de entumecimiento general, una niebla gris que envolvía tanto mi cuerpo como mi mente. ¿Era esto lo que sentían todos los que acababan en las mazmorras de Gélidia? ¿Este vacío, esta ausencia total de sentimiento?

—Ya no queda nada —murmuré, mis palabras se mezclaron con el tintineo suave de las cadenas—. Nada que romper, nada que torturar…

Porque esa era la verdad, ¿no? La mujer que había sido, la sanadora que encontraba alegría en ayudar a otros, que creía en la bondad inherente del mundo… esa mujer había muerto hace tiempo. Quizás en aquella primera noche cuando Soren… O tal vez fue más gradual, cada pequeña muerte sumándose hasta que no quedó nada de quien solía ser.

«Los niños… Ellos te necesitan…».

Pero ¿realmente me necesitaban? ¿O era solo otra mentira que me contaba para seguir respirando? Probablemente ya me habrían olvidado, reemplazado por alguien más digno, alguien que no estuviera roto más allá de toda reparación.

El frío se había vuelto casi acogedor ahora, como un abrazo helado que prometía paz. Mis párpados pesaban tanto… ¿Cuándo fue la última vez que realmente dormí? ¿La última vez que cerré los ojos sin temer lo que encontraría al abrirlos?

—Perdóname, Aeran. Perdóname por no ser más fuerte.

¿Me perdonaría? ¿Entendería que había límites para el sufrimiento humano, líneas que una vez cruzadas no permitían retorno? ¿O me odiaría por rendirme, por elegir la paz del olvido sobre la agonía de la resistencia?

Las cadenas tintinearon una última vez mientras me acurrucaba en el suelo, buscando una posición que hiciera el proceso más llevadero. El frío… el frío no era tan malo. Casi podía pretender que estaba de vuelta en el jardín de hierbas medicinales, recostada bajo el sol de invierno mientras los niños jugaban cerca…

—Al final —susurré a la oscuridad que comenzaba a reclamarme —, al final todo se reduce a esto. A la nada.

Porque eso era lo que quedaba de mí: nada. Ni amor, ni odio, ni miedo… Solo este vacío interminable que prometía, al menos, un final al dolor.

Las sombras se alargaron, el frío se intensificó, y yo… yo simplemente me dejé llevar, esperando que esta vez, finalmente, mi cuerpo entendiera que era suficiente.

Que era hora de descansar.

El chirrido de la puerta me arrancó violentamente de mi sopor. La luz de las antorchas del pasillo inundó la habitación, cegándome momentáneamente. Cuando mis ojos finalmente se adaptaron, vi a Soren de pie en el umbral.

—Mi amor. Lamento haberte descuidado estos días.

Se acercó y yo me encogí instintivamente cuando se agachó junto a mí, sus dedos jugando con la cadena que me mantenía anclada al suelo.

—Pero tengo una sorpresa para ti —continuó mientras manipulaba el cerrojo—. Un regalo muy especial que estoy seguro de que te encantará.

El metal tintineó cuando la cadena finalmente se soltó. Los grilletes seguían en mis muñecas, pero al menos podía mover las manos.

—Vamos —ordenó, tirando de mi brazo para ponerme de pie—. No querrás hacer esperar a nuestro invitado.

Mis piernas, débiles por días de inmovilidad, apenas podían sostenerme. Me tambaleé, y su agarre se intensificó hasta que sentí que los huesos crujían bajo sus dedos.

En el pasillo, la figura de Neval emergió de las sombras. Su sonrisa era como la de una serpiente satisfecha, y algo en la forma en que me miraba hizo que mi estómago se revolviera. Pero ya no tenía energía para el odio, ni siquiera para el miedo. Todo lo que quedaba era este vacío interminable.

Soren prácticamente me arrastró hacia sus aposentos, mis pies descalzos tropezaban con cada piedra del suelo helado. Conocía este camino demasiado bien, cada paso era un eco de noches anteriores de horror y dolor.

«Otra vez», pensé mientras la puerta de su habitación se abría. «Va a empezar todo otra vez».

El mundo se detuvo cuando vi la pequeña figura encogida en el suelo. El tiempo, el dolor, el frío… todo desapareció excepto esos ojos verdes llenos de lágrimas que me miraban desde el rincón.

—¿Nefely? —Su voz temblorosa atravesó la habitación como una daga directa a mi corazón.

Kieran. Mi pequeño dragón. Encadenado al suelo como un animal, un moretón oscuro florecía en su mejilla. Su ropa estaba sucia y desgarrada, y temblaba visiblemente en el aire frío de la habitación.

El pánico fue tan intenso que por un momento olvidé respirar. Porque esto… esto era peor que cualquier tortura que Soren hubiera ideado. Peor que los golpes, que las violaciones, que las noches interminables de dolor.

—No. No, no, no…

—¡Sorpresa! ¿No es esto mejor que todas esas visiones falsas? Un reencuentro real con tu pequeño príncipe.

Instintivamente retrocedí, intentando alejarme de Kieran, de la habitación, de esta nueva pesadilla. Mis piernas temblaban mientras buscaba desesperadamente la puerta con la mirada. No podía permitir que viera esto, que formara parte de este infierno que había sido mi existencia.

Pero Soren me sujetó con fuerza, sus dedos se clavaron en mis hombros impidiéndome escapar.

—¡Suéltame! ¡Es solo un niño!

Me agarró del pelo y me lanzó al suelo con tanta fuerza que mi cabeza rebotó contra la piedra. El mundo giró por un momento.

—¡Nefely! —Kieran gritó entre sollozos—. ¡Déjala en paz! ¡No le hagas daño!

Me arrastré hacia él, ignorando el dolor que atravesaba cada parte de mi cuerpo. Solo necesitaba alcanzarlo, tocarlo, asegurarme de que realmente estaba allí y no era otra ilusión cruel.

Pero cuando me acerqué, Kieran retrocedió tanto como sus cadenas le permitían. El miedo en sus ojos fue desgarrador. No me reconocía. Esta criatura rota y sucia en el suelo no era la Nefely que recordaba. La mujer que él conocía, que le contaba cuentos junto al fuego y cantaba para ahuyentar sus pesadillas, había desaparecido hace mucho tiempo.

Me detuve, paralizada al darme cuenta de lo que Soren había logrado: no solo me había roto a mí, sino que ahora estaba destruyendo el recuerdo que Kieran tenía sobre mí.

—¡Este no era el trato! —grité hacia Soren—. ¡Prometiste no tocarlos si obedecía! ¡Lo juraste!

—¿Llamas obedecer a resistirte a cada orden? ¿A negarte a hacer nacer los dragones? ¿A intentar morir de hambre como una mártir?

—¡Te dije que no puedo! —grité llena de impotencia—. ¡No puedo forzar a los dragones! ¡No tengo ese poder!

—Entonces. —Sus dedos se enredaron en mi pelo, forzándome a mirarlo—. Supongo que necesitas un recordatorio de lo que está en juego.

—¡No! —Kieran tiró de sus cadenas, sus pequeñas manos ya mostraban marcas rojas donde el metal mordía su piel—. ¡Déjala! ¡Por favor!

—Shh, pequeño dragón. —Intenté que mi voz sonara tranquilizadora a pesar del dolor—. No mires. Cierra los ojos. No mires.

—Qué considerada —se burló Soren—. Intentando protegerlo hasta el final. Pero ¿sabes qué? —Su agarre se intensificó hasta que sentí que me arrancaría el cuero cabelludo—. Quiero que mire. Quiero que vea exactamente lo que le pasa a quienes me desobedecen.

—Son solo niños —supliqué—. Ellos no tienen nada que ver con esto. Por favor…

—Oh, pero tienen todo que ver. Son tu debilidad. Tu punto de quiebre. Y ahora tengo a uno aquí mismo para demostrártelo.

Me puse de pie, ignorando el dolor que atravesaba cada fibra de mi ser, cada herida mal curada.

—¡Mentiroso! —rugí—. ¡Prometiste dejarlos en paz! ¡Juraste que no los tocarías!

Me golpeó con fuerza y caía al suelo.

—¡No! —Kieran sollozaba con fuerza—. ¡Déjala! ¡Por favor, déjala!

—Cállalo —ordenó Soren—. No soporto a los niños llorones. Y si no lo callas tú, lo haré yo.

Miré a Kieran, mi pequeño dragón, temblando en el rincón. Sus ojos, siempre tan brillantes y llenos de vida, ahora estaban nublados por el miedo y la confusión. Su ropa desgarrada apenas lo protegía del frío de la habitación, y el moretón en su mejilla parecía más oscuro bajo la luz de las antorchas.

—Shh, mi vida —intenté que mi voz sonara tranquila, tragándome el dolor y la rabia—. Todo está bien. Mírame, solo mírame a mí.

Pero Soren ya se movía hacia él. Sus dedos se cerraron alrededor del pequeño brazo de Kieran, arrancándole un grito de dolor.

—¡No! —Me arrastré hacia ellos—. ¡Está bien! ¡Lo haré! ¡Haré lo que quieras!

¿Qué podía hacer yo en este estado? Mi cuerpo temblaba por la debilidad, no había probado alimento en días y hasta respirar me costaba un esfuerzo sobrehumano. Un soplo de aire podría derribarme. Mis músculos eran poco más que jirones doloridos, incapaces de sostenerme. Pero nada de eso importaba. No permitiría que le hiciera daño a Kieran, aunque tuviera que arrastrarme con las uñas y los dientes, aunque fuera lo último que hiciera en esta vida.

—¿Lo harás? ¿Harás nacer los huevos?

—¡Sí! Lo intentaré, lo juro. Haré todo lo que pueda. Pero por favor… por favor, suéltalo.

—¿Todo lo que puedas? —Su agarre se intensificó, haciendo que Kieran gimiera de dolor—. No es suficiente. Quiero resultados.

—¡Los tendrás! —prometí desesperadamente—. Solo… solo no le hagas daño. Es un niño, Soren. Solo un niño pequeño y asustado.

Sus ojos se clavaron en los míos, buscando cualquier signo de engaño. Debió encontrar la desesperación que buscaba, porque una sonrisa cruel curvó sus labios.

—Un niño pequeño y asustado —repitió, soltando finalmente el brazo de Kieran—. Como tú una vez fuiste, ¿verdad? Antes de que te convirtiera en lo que eres ahora.

Kieran se encogió en el rincón, frotándose el brazo donde los dedos de Soren habían dejado marcas rojas. Sus sollozos se habían reducido a hipidos silenciosos, pero el terror en sus ojos…

—Nefely… —susurró, y la forma en que pronunció mi nombre, como si ya no estuviera seguro de quién era yo, me destrozó por dentro—. ¿Qué está pasando? Quiero ir a casa…

—Lo sé, mi pequeño dragón —respondí suavemente—. Lo sé. Todo estará bien, te lo prometo.

—No hagas promesas que no puedes cumplir —interrumpió Soren—. Después de todo, ya has roto tantas…

Me giré hacia él, y algo en mi expresión debió sorprenderlo, porque dio un paso atrás.

—Las cumpliré —declaré—. Haré lo que pides. Trabajaré con los huevos. Solo no le hagas daño.

Soren me estudió por un momento con su cabeza ladeada. Seguidamente se movió hacia el rincón donde había dejado una mochila de cuero. La manipulaba con delicadeza y supe lo que había dentro antes de que incluso la abriese.

Los cinco huevos brillaban tenuemente bajo la luz de las antorchas.

—Aquí tienes —dijo Soren, dejando la mochila en el suelo frente a mí—. Muéstrame ese poder del que tanto presumes.

Con manos temblorosas, alcancé el primer huevo. Mis dedos destrozados apenas podían sostenerlo por el dolor, pero me obligué

a ello.

Fingí observarlo, como si pudiera ver algo más allá de su superficie brillante. En realidad, pensaba en un plan, cualquier cosa…

—Necesito un cuchillo.

Soren soltó una carcajada cruel.

—¿Me crees estúpido? —se burló—. Darte un arma sería lo último que haría.

—Mira mis manos. —Levanté mis dedos torcidos, mostrándole su propia obra—. Apenas puedo sostener el huevo. ¿Crees que podría hacerte daño aunque quisiera?

Sus ojos se entrecerraron.

—Necesito acceder a la magia exterior —continué, rezando porque mi voz no traicionara la mentira—. La capa protectora debe ser… debe cortarse con precisión.

—¿La capa protectora? —repitió.

—Es como… —Busqué frenéticamente las palabras correctas— como una membrana mágica. Sin cortarla, no puedo alcanzar el núcleo. No puedo conectar con el dragón en su interior.

Soren se pasó una mano por la barbilla, considerando mis palabras. Sus ojos se movían entre mis manos destrozadas y la daga en su cinturón.

—Si intentas algo… —comenzó, apoyando su mano en la empuñadura de la daga.

—¿Qué podría intentar? —interrumpí—. ¿Atacarte? ¿Correr? —Una risa amarga escapó de mis labios—. Ambos sabemos que no llegaría ni a la puerta.

Sus ojos se desviaron hacia Kieran, que observaba todo en silencio desde su rincón.

—Además —añadí suavemente—, ambos sabemos que no arriesgaría su vida.

Con un movimiento fluido, desenvainó la daga.

—Un solo movimiento sospechoso, un solo intento de usar esto contra mí…

No terminó la amenaza. No era necesario. La forma en que sus ojos se desviaron hacia Kieran fue más que suficiente.

Soren sopesó la daga en su mano, jugueteando mientras me miraba.

—¿Sabes? —murmuró, acercando la hoja a mi rostro—. Podría cortarte la garganta tan fácilmente…

—Pero no lo harás —respondí—. No hasta que tengas lo que quieres.

Me ofreció la daga por el mango. Mis dedos destrozados temblaron al tomarla, cada movimiento era una agonía. El metal se sentía extrañamente frío contra mi piel febril.

Los sollozos silenciosos de Kieran resonaban a mi espalda mientras fingía trabajar con el huevo. Me puse de pie lentamente pese a que me crujía todo el cuerpo.

—Necesito más luz —murmuré, acercándome a la antorcha más cercana—. La magia es más visible con el fuego.

Soren me seguía como una sombra, sus ojos no se apartaban de mis movimientos.

—La capa exterior —expliqué—, solo responde a la magia antigua. Giré el huevo bajo la luz danzante—. Mira, cuando paso la daga por aquí, ¿ves cómo las escamas se mueven?

Su curiosidad pudo más que su cautela. Se acercó, inclinándose sobre mi hombro para observar mejor. Podía sentir su aliento en mi cuello, el calor de su cuerpo demasiado cerca del mío. Cada fibra de mi ser gritaba por apartarme, pero me obligué a permanecer quieta.

—Aquí —susurré, trazando un patrón imaginario con la punta de la daga—. La magia fluye en espiral. Si sigues el patrón…

Se inclinó aún más, sus ojos fijos en el huevo. Tan cerca. Tan confiado. Tan seguro de su control sobre mí.

El movimiento fue torpe, mis dedos destrozados apenas podían mantener el agarre en la daga. Apunté a su corazón, buscando ese punto donde sabía que la muerte sería rápida. Pero mis manos, esas manos que él había roto con tanto placer, me traicionaron en el último momento.

La hoja se hundió en su hombro en lugar de su corazón.

El huevo se deslizó de mis manos, estrellándose contra el suelo. Los fragmentos de cáscara se dispersaron revelando su interior vacío. Por supuesto que estaba vacío. Siempre lo había estado.

El rugido de Soren resonó en la habitación como el de una bestia herida. Su mano voló hacia la herida, la sangre salía de entre sus dedos.

Intentó alcanzarme, pero el dolor de la puñalada en su hombro lo hizo tambalearse. Soren cayó de rodillas frente a mí, momentáneamente vulnerable, y en ese instante toda la rabia, todo el odio que había estado conteniendo durante meses explotó dentro de mí como una tormenta desatada.

Con un movimiento rápido, hundí la daga en su pierna. La hoja penetró en la carne con un sonido húmedo que debería haberme repugnado, pero solo alimentó mi furia. Cada movimiento era una agonía para mis manos rotas, pero ese dolor ya no importaba, se había convertido en fuerza para mi venganza. Lo apuñalé otra vez, y otra, y otra. Su hombro, su costado, cualquier parte que pudiera alcanzar mientras él intentaba protegerse.

La sangre salpicaba mi camisón, caliente y viscosa. Manchaba mis manos, mi rostro, pero no me importaba. Cada grito suyo era música para mis oídos, cada gemido de dolor una pequeña venganza por todas las noches de horror que me había hecho vivir.

—¿Te duele? —siseé mientras la daga encontraba su hombro nuevamente—. ¿Sientes el miedo? ¿La impotencia?

Intentó arrastrarse hacia la puerta, dejando un rastro en el suelo.

—¡Guardias! ¡Guardias!

Los sollozos de Kieran me devolvieron a la realidad. Me giré hacia él, y lo que vi me heló la sangre en las venas.

Mi pequeño dragón me miraba con ojos enormes llenos de terror. Y no era para menos. Cubierta de sangre, con una daga en mis manos temblorosas… debía parecer un monstruo salido de sus peores pesadillas.

Pero no había tiempo para suavidad, no ahora.

Me lancé hacia Kieran y comencé a golpear las cadenas que lo retenían con el mango de la daga. Cada impacto contra el metal enviaba oleadas de agonía a través de mis brazos, pero la desesperación me daba fuerzas para no detenerme. Mis manos temblaban y sangraban con el esfuerzo, pero seguí golpeando el mecanismo del cerrojo hasta que, finalmente, el metal cedió con un chasquido, liberando sus pequeñas muñecas enrojecidas.

—Nefely… —susurró—. Tengo miedo.

—Lo sé, pequeño —respondí, intentando que mi voz sonara tranquilizadora a pesar de la sangre que goteaba de mis manos—. Pero necesito que seas valiente ahora. ¿Puedes hacer eso por mí?

Asintió débilmente mientras lo levantaba en brazos. Sus pequeñas piernas se enrollaron alrededor de mi cintura y gemí de dolor. Sus brazos rodearon mi cuello con tanta fuerza que casi me cortaba la respiración, pero no me importaba.

Podía sentir sus lágrimas empapando mi cuello, sus pequeños dedos aferrándose a mi camisón ensangrentado como si temiera que fuera a desaparecer. Su cuerpo temblaba contra el mío, tan frágil, tan asustado… y, sin embargo, se aferraba a mí con una fuerza nacida de la desesperación.

—Me haces daño —susurró contra mi cuello, y por un momento pensé que se refería a la sangre en mis manos, a la violencia que acababa de presenciar.

—¿Te hago daño? ¿Dónde, mi pequeño dragón? —pregunté suavemente mientras ajustaba mi agarre, intentando ignorar el dolor que atravesaba cada fibra de mi ser.

—Tus costillas y huesos —murmuró—. Están… están duras. Y calientes.

Por supuesto que las sentía. Las fracturas apenas habían comenzado a sanar, y ahora el peso de su pequeño cuerpo las presionaba sin piedad. Pero ni siquiera el dolor más intenso me haría soltarlo.

—¿Puedes soportarlo? —pregunté y él asintió, lo apreté más contra mí a pesar de la agonía—. Solo sigue agarrándote fuerte,

muy fuerte, todo lo que puedas. No te soltaré. Nunca más te soltaré.

Sus piernas se apretaron aún más alrededor de mi cintura, como si entendiera la promesa en mis palabras. Cada paso era una batalla contra el dolor, cada movimiento amenazaba con hacerme colapsar. Pero su peso en mis brazos, su corazón latiendo contra el mío… era todo lo que necesitaba para seguir adelante.

38

La furia del rey

Aeran

La sala del consejo, normalmente un espacio de orden y protocolo, se había convertido en un campo de batalla silencioso. Los consejeros, sentados alrededor de la mesa, estaban sin creérselo, evitaban mi mirada mientras procesaban la magnitud de la traición de Neval.

—¿Nadie? ¿Ninguno de vosotros notó algo extraño en todos estos años?

Baldric fue el único que se atrevió a hablar.

—Mi señor. Neval siempre fue… reservado. Incluso durante el reinado de su padre, rara vez compartía más de lo necesario.

—¿Es así como llamamos ahora a la traición? ¿A vender información a Gélidia mientras fingía lealtad?

—Aeran. —Sylvan se interpuso entre yo y mis consejeros quitándome potestad—. Esto no ayuda. Lo importante ahora es…

—¿Lo importante? —Me giré hacia él—. ¿Va a decirme qué es importante, cuando planeáis arrebatarme lo único que me mantiene en pie?

Los consejeros intercambiaron miradas nerviosas mientras el Rey de Floralia se erguía en toda su estatura.

—Mi nieta —declaró con una calma que solo aumentó mi furia—, necesita estar en un lugar seguro. Lejos de las manipulaciones políticas, lejos de los juegos de poder que casi la han destruido.

—¿Y cree que alejarla de todo lo que ama la ayudará? —Di un paso hacia él, ignorando las miradas de advertencia de Thorak—. ¿Arrancarla de los niños que considera sus hermanos? ¿Del hogar que ha construido aquí?

—El hogar donde fue encerrada en una torre. Donde fue tratada como una criminal por el mismo hombre que ahora clama amarla.

—No se atreva —logré decir entre dientes apretados—. No se atreva a usar mis errores contra mí cuando ni siquiera estabais aquí para protegerla.

—¿Como tú la protegiste? —contraatacó.

—¡No tiene derecho! ¡No cuando aparece después de años pretendiendo ser el abuelo preocupado!

Lonan dio un paso adelante.

—Mi señor… —comenzó, pero lo interrumpí con un gesto brusco.

—No. No permitiré que me la arrebaten. No cuando finalmente tenemos una oportunidad de rescatarla.

—¿Una oportunidad? —Sylvan soltó una risa amarga—. ¿Es eso lo que ves? Porque lo que yo veo es a un rey que ni siquiera pudo proteger a su propio hermano de la traición bajo su techo. Tengo diez mil guerreros esperando en las fronteras de Gélidia —continuó Sylvan implacablemente—. Los mejores de Floralia, entrenados en magia y tácticas de guerra que Gélidia ni siquiera imagina. ¿Qué tienes tú? ¿Un ejército debilitado? ¿Consejeros que no pueden distinguir la traición cuando la tienen delante?

—¡Tengo su amor! —rugí—. ¡Tengo sus risas, su dolor, la vida que íbamos a construir juntos!

—¿Y de qué ha servido ese amor si no la ha mantenido a salvo?

Di un paso hacia él, mi mano instintivamente buscó la empuñadura de mi espada. Los guardias de Floralia se tensaron por

si yo hacía alguna locura.

Sylvan hizo un gesto tranquilizador a sus guardias, que retrocedieron, aunque mantuvieron sus manos cerca de las empuñaduras.

—En Floralia —comenzó con voz suave—, tenemos lugares sagrados donde la magia fluye tan naturalmente como el aire que respiramos. Los Jardines de Luna, donde las sanadoras cultivan flores que curan heridas del alma. Las Cascadas Cantoras, donde la magia ayuda a los atormentados a encontrar paz.

—Lugares bonitos. Jardines mágicos que no conocen el dolor real.

—Lugares donde podría sanar —contraatacó—. Donde Serilda la Guardiana de Recuerdos podría ayudarla a procesar su trauma, donde Thalia la Susurradora podría calmar sus pesadillas.

—No necesita desconocidos con títulos grandiosos. Necesita a los niños que la llaman madre, las pequeñas manos que secan sus lágrimas, las risas que iluminan sus días oscuros.

—Necesita su herencia —insistió Sylvan—. La magia que corre por sus venas es de Floralia. Cada don que posee, cada poder que apenas comprende… todo viene de su sangre real.

—Su magia viene de su corazón —respondí—. De su compasión, de su voluntad de ayudar. No de un linaje que nunca conoció.

Sylvan suspiró pesadamente.

—¿Acaso tienes la menor idea de cómo cuidar de una mujer que ha sido violada? —Su voz descendió a un susurro peligroso—. ¿Sabes siquiera qué hacer cuando despierte gritando en mitad de la noche, convencida de que él sigue allí? ¿O cuando no soporte que la toquen? ¿O cuando no pueda distinguir la realidad de las pesadillas que le han implantado?

—Haré lo que sea necesario —respondí—. Aprenderé.

—¿Aprenderás? —Rio al aire—. ¿Como aprendiste a protegerla? El mismo patrón, la misma arrogancia… Lo llevas en la sangre, exactamente igual que tu padre. Él también creía saberlo todo mientras mi nieta sufría.

—No me compare con…

—¿Y por qué no? —me interrumpió, acercándose—. En Floralia tenemos sanadores especializados en heridas del alma, mujeres sabias que han ayudado a sobrevivientes de la guerra durante generaciones. ¿Qué tienes tú? ¿Tus buenas intenciones? ¿Tu amor autoproclamado que no impidió que ella sufriera lo inimaginable?

Quería defenderme, los dioses sabían cuánto deseaba defenderme.

—En Floralia tendría aliados que la entenderían —continuó—. Guardianes como Áine la Tejedora de Luz, que podrían enseñarle a controlar sus dones. Una familia que nunca la juzgaría por quien es, ni por lo que le hayan hecho. Sanadores que comprenden las cicatrices invisibles que Soren ha dejado en ella.

—Ya tiene una familia. Una que la ama por quien es, no por la sangre que corre por sus venas.

—¿Y ese amor será suficiente? —preguntó suavemente—. ¿Cuando las pesadillas la despierten gritando? ¿Cuando el trauma sea demasiado para soportar sin la ayuda de nuestra magia? ¿Cuando ni siquiera soporte que le toquen la mano? ¿Creéis acaso que un rey educado para conquistar sabe algo sobre cómo sanar a alguien que ha sido destrozada de las formas más íntimas posibles?

El silencio que siguió a nuestro enfrentamiento fue denso.

—¿Sabes qué es lo peor? —continuó—. Que eres exactamente igual que él. Tu padre también hablaba de amor y protección mientras permitía que mi otra nieta sufriera a manos del mismo monstruo. Parece que Dragio tiene una tradición de entregar a sus mujeres a los lobos de Gélidia.

—Yo no sabía…

—No hay nada que discutir —declaró Sylvan finalmente—. No eres nada para ella. Ni su esposo, ni su prometido. Solo un rey que la mantuvo en las sombras.

—Me casaré con ella. Cuando la rescatemos… Seré su esclavo, me postraré a sus pies. Será mi reina, como siempre debió ser, nadie

en Dragio desconocerá quién es ella. La coronaré frente a todo el reino si es necesario.

—¿Casaros? —Sylvan se burló—. ¿Después de todo? ¿Después de que otra haya ocupado tu lecho, después de que el reino entero haya presenciado tu boda con la princesa de Ventara? ¿Crees realmente que ella desea volver a ser encadenada, aunque sea con cadenas de oro esta vez?

Di un paso hacia él, indignado por su insinuación.

—¡Jamás! —rugió Sylvan con furia inesperada, alzando una mano para detenerme—. ¡Jamás permitiría que un hombre de Dragio se case con alguien de mi sangre! Ya vimos cómo terminó eso antes.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, desconcertado por su repentina rabia.

—Tu madre —escupió las palabras como veneno—. Ella pagó las consecuencias de vincularse con un hombre de este maldito reino. ¿Sabías que intentamos salvarla? Cuando enfermó, enviamos a nuestras mejores sanadoras. Manteníamos buenas relaciones con ella, la única persona sensata en este castillo.

Me quedé paralizado, intentando procesar sus palabras.

—Tu padre nos cerró las puertas —continuó implacablemente—. Llamó brujas a nuestras sanadoras, les escupió en la cara. Les negó el acceso a ella mientras se consumía en fiebre. Prefirió verla morir antes que aceptar nuestra ayuda.

Un recuerdo borroso emergió de las profundidades de mi mente: una mujer que olía a flores siendo arrastrada por guardias mientras mi padre gritaba sobre brujería.

—Miente —murmuré, pero la duda ya se había sembrado en mi mente.

—Y luego —su voz tembló de indignación—, tuvo el descaro de culpar a una «bruja» por su muerte. A una de nuestras sanadoras que había logrado entrar a escondidas para intentar salvarla. Le dio la vuelta a la verdad, la usó como excusa para su odio mientras sus propias manos goteaban la sangre de su esposa.

Di un paso hacia él, pero Lonan se interpuso entre nosotros.

—Mi nieta —continuó Sylvan implacablemente— merece más que ser una segunda opción. Más que un matrimonio apresurado nacido de la culpa y el remordimiento.

—No es así —protesté—. Lo que siento por ella…

—Lo que sientas es irrelevante. Los hechos son simples: estás casado. Y ninguna nieta mía será la amante de un rey, por mucho que este clame amarla.

—Puedo anular el matrimonio —insistí—. Cellina y yo nunca…

—¿Y crees que eso lo hace mejor? ¿Humillar públicamente a una princesa inocente para tomar a mi nieta como esposa? ¿Convertirla en el centro de rumores y murmuraciones cortesanas? ¿Exponerla a las miradas lascivas de los cortesanos que murmurarán sobre cómo la conquistaste, sobre qué clase de artes usó ella para desplazar a una princesa legítima?

Sabía que tenía razón. Cualquier intento de anular mi matrimonio con Cellina para casarme con Nefely solo la expondría a más dolor, más juicios, más susurros a sus espaldas. Después de todo lo que había sufrido, ¿cómo podía someterla al escrutinio cruel de una corte que devoraría su historia como buitres?

—No tiene por qué ser así —murmuré—. Podría… podríamos…

—¿Qué? ¿Pretender que nada ha pasado? ¿Fingir que no la mantuviste en las sombras mientras coqueteabas con la política matrimonial? Las cortes tienen memoria, joven rey. Y son despiadadas con las mujeres que se atreven a elevarse por encima de su posición asignada. Y como su abuelo, mi deber es protegerla, darle el lugar que merece. No como la segunda esposa de un rey que ya hizo su elección, sino como la princesa que es por derecho propio. En Floralia será recibida con honores, tratada como la heredera que siempre debió ser. Sin susurros, sin miradas de soslayo, sin el peso de ser «la otra».

—Ella no querría eso —logré decir—. No querría ser apartada de todo lo que ama.

—Lo que quiera ahora está nublado por el trauma y el dolor —respondió—. Mi deber es hacer lo mejor para ella, aunque no pueda

verlo en este momento. Nefely necesita sanar, y eso no puede hacerlo aquí, donde cada pasillo, cada habitación le recordará lo que sufrió por tu ceguera.

—¿Arrancarla de su hogar? ¿De los niños que la necesitan tanto como ella a ellos? ¿De la vida que construyó aquí a pesar de todos los obstáculos?

—Su hogar está en Floralia —declaró con una finalidad que me heló la sangre—. Con su familia de sangre, con quienes pueden entender y sanar sus heridas. Con sanadores que comprenden las cicatrices invisibles que ninguna hierba puede curar. Con mujeres sabias que la guiarán a través del laberinto de pesadillas en que se ha convertido su mente.

—Su hogar está donde su corazón elija estar —contraataqué—. Y su corazón… su corazón está aquí. Con mis hermanos, con los dragones que la eligieron, con… —Fui incapaz de añadir «conmigo», sabiendo que no tenía derecho a reclamarla.

—Su corazón ha sido destrozado —respondió Sylvan con una tristeza que parecía antigua—. Y las piezas están demasiado dispersas para que manos inexpertas intenten repararlas.

Un guardia entró apresuradamente en la sala. Se inclinó hacia Thorak, susurrando algo en su oído que hizo que mi capitán se irguiera de inmediato.

—Mi señor —anunció Thorak—. Las tropas están en posición. Es hora de partir hacia Gélidia.

El ambiente en la sala cambió instantáneamente. Todas las discusiones, todas las amenazas se desvanecieron ante la inminencia de la batalla.

—Recupera a tu hermano —ordenó Sylvan—. Pero Nefely… ella es asunto nuestro ahora. Floralia se encargará de recuperarla y llevarla a nuestro reino donde podrá sanar adecuadamente.

—Pero… —intenté protestar.

—No es negociable —dijo, alzando una mano—. Mis guardias acompañarán a las tropas de Dragio para asegurar que el príncipe

Kieran sea rescatado en condiciones óptimas. Pero Nefely vendrá con nosotros, bajo nuestra protección.

Sus ojos se suavizaron ligeramente al ver mi expresión desolada.

—Podrás verla más adelante —añadió, como quien ofrece migajas a un perro hambriento—. Cuando esté a salvo, cuando haya sanado… podrás visitarla en Floralia, si ella lo desea.

Quise gritar, rebelarme contra esta imposición, pero la mirada de Thorak me recordó que no había tiempo para disputas. Cada minuto que perdíamos en discusiones ponía a Kieran y Nefely en mayor peligro.

—Bien —declaré con los dientes apretados—. Partiremos de inmediato.

Mientras salíamos de la sala del consejo, Cleon se acercó a mí.

—Draza está lista —anunció—. Sus alas nunca han estado más fuertes.

Asentí, intentando ignorar el nudo en mi garganta. La idea de enviar a mi hermano a la batalla, incluso montando un dragón, hacía que mi estómago se revolviera. Pero era la única forma de asegurarme de que pudiera escapar si las cosas salían mal.

—¿Estás bien? —preguntó Cleon suavemente—. Pareces…

—Estoy bien —mentí—. Solo preocupado por la batalla que nos espera.

No me creyó, por supuesto. Me conocía demasiado bien para eso. Pero tuvo la cortesía de no presionar.

Lonan se detuvo en los pasillos.

—Cuida de los niños —le dije, apretando su hombro—. Están aterrorizados por lo de Kieran.

—Los protegeré con mi vida —prometió, y la fiereza en su voz me recordó que este hombre había sido capitán de la guardia real de Floralia—. Rescátalos. A ambos.

—Lo haremos —juré, aunque una parte de mí se preguntaba si tendría la fuerza para cumplir esa promesa.

En el patio principal, los guardias ya estaban formados.

Un rugido familiar hizo que alzara la vista. Draluz sobrevolaba el castillo en círculos impacientes.

—Está tan enfadada como tú —comentó Cleon, siguiendo mi mirada—. Nunca la había visto así.

—Los dragones sienten lo que sienten sus jinetes —respondí mientras observaba a Draza descender junto a su hermana—. Y ahora mismo yo estoy furioso.

Mientras montaba a Draluz, las palabras de Sylvan se repetían en mi mente como una letanía cruel. «Recuperad a vuestro hermano», había ordenado con esa voz que no admitía discusión. «Pero Nefely… ella es asunto nuestro ahora».

El carro que habían preparado para ella esperaba en la retaguardia, custodiado por los mejores guerreros de Floralia. Una jaula, me pareció, aunque pretendieran llamarlo refugio. Las almohadas, las mantas bordadas con hilos de oro, las pociones curativas… todo cuidadosamente dispuesto para transportar a una princesa herida.

«Podrás verla más adelante», había añadido Sylvan. «Cuando esté a salvo, cuando haya sanado…».

¿Cuándo esté a salvo? ¿Como si yo fuera una amenaza para ella? ¿Como si mi presencia pudiera lastimarla más que todo lo que ya había sufrido?

Draluz gruñó bajo de mí, sintiendo mi nerviosismo. Sus músculos se tensaron, lista para despegar, para llevarme lejos de estas órdenes imposibles, de estas restricciones que me ahogaban.

—No pueden impedírmelo —susurré contra sus escamas—. No pueden prohibirme salvarla.

Porque eso era lo que pretendían, ¿no? Mantenerme alejado mientras sus guerreros la «rescataban», llevársela antes de que pudiera siquiera intentar explicar, antes de que pudiera suplicar su perdón.

El plan de Sylvan era simple en su crueldad: yo lideraría el ataque frontal, una distracción para que sus hombres pudieran infiltrarse y sacarla del castillo. Para cuando llegara a ella, si es que

llegaba, ya estaría en ese carro, rumbo a un reino que nunca había conocido, lejos de todo lo que amaba.

Lejos de mí.

Draluz rugió nuevamente, más fuerte esta vez, como si compartiera mi indignación. Por supuesto que la compartía. Ella también había visto crecer ese amor, había sido testigo de cada momento, cada sonrisa, cada lágrima…

Una cosa era reconocer mis errores, aceptar que no la merecía, que había fallado en protegerla. Pero otra muy distinta era permitir que la apartaran de todo lo que ella había elegido ser, de la familia que había construido con tanto amor.

«Podrás verla más adelante», la voz de Sylvan se burlaba en mi mente. Como si pudiera conformarme con migajas de su presencia, como si pudiera vivir sabiendo que estaba allí, en algún lugar de Floralia, rodeada de extraños que clamaban ser su familia por el simple accidente de la sangre.

No. No permitiría que la historia se repitiera. No dejaría que otros decidieran su destino nuevamente, que la apartaran de todo lo que amaba por lo que otros consideraban «mejor» para ella.

Esta vez, sería su elección. Su decisión. Y si eso significaba desobedecer las órdenes de un rey, desafiar la voluntad de su abuelo recién descubierto… que así fuera.

Draluz extendió sus alas, sintiendo mi valor a través de nuestro vínculo. Estaba lista, tan lista como yo para desafiar al mundo entero si era necesario.

39

La huida

Nefely

La puerta se abrió con un chirrido que me pareció ensordecedor. El pasillo se extendía ante nosotros como una garganta helada, cada sombra era un peligro. Kieran se aferró más fuerte a mi cuello cuando la joven doncella soltó un grito ahogado al vernos.

Mi corazón se detuvo. En mis brazos, Kieran comenzó a temblar con sollozos ahogados.

—Nefely, tengo miedo —susurró.

—Shh, pequeño dragón —murmuré, apoyando mi mano libre, la que no sostenía la daga ensangrentada, sobre su cabeza—. Todo estará bien, te lo prometo.

La doncella nos miraba con ojos enormes, su rostro pálido como la muerte mientras registraba la sangre que manchaba mi camisón, que goteaba de mis manos, y la ternura con que acunaba al niño aterrorizado contra mi pecho…

—Por los dioses —susurró, retrocediendo un paso.

Este era el final, pensé. Gritaría. Alertaría a los guardias. Todo habría sido en vano…

Pero entonces sus ojos se movieron hacia algo detrás de mí, hacia la figura inmóvil de Soren en el suelo de sus aposentos, y algo cambió en su expresión.

—El pasillo izquierdo, el de las doncellas —susurró tan bajo que apenas la escuché—. No hay guardias. Corred.

La miré sin comprender, confusa por el dolor y el miedo.

—¡Ahora! —insistió, empujándome suavemente—. Antes de que…

El sonido de botas contra la piedra la interrumpió. Venían guardias. Muchos, a juzgar por el eco que resonaba en los pasillos helados.

—¡Por aquí! —La doncella prácticamente me empujó hacia la izquierda—. ¡Corred!

No necesité que me lo dijera tres veces. Mis piernas se movieron por voluntad propia, cada paso era una agonía que amenazaba con hacerme colapsar. Kieran enterró su rostro en mi cuello, sus pequeños brazos me apretaban con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—¿Te duele? —susurró contra mi piel mientras doblaba una esquina, mis costillas protestando con cada movimiento.

—No —mentí—. Estoy bien, mi pequeño dragón. Sigue sosteniéndote fuerte.

Los pasillos se sucedían unos a otros, cada vez más fríos, cada vez más oscuros. ¿Hacia dónde estaba corriendo? ¿Había alguna salida de este laberinto, o solo estaba llevándonos más profundo en nuestra prisión?

El grito que resonó tras nosotros hizo que mi sangre se helara en las venas.

—¡Guardias! —Era la voz de Soren—. ¡La bruja escapa! ¡Tiene al príncipe!

El sonido de pasos y gritos se multiplicaba tras nosotros, pero algo extraño estaba sucediendo. En cada intersección, en cada pasillo, aparecía una doncella que nos señalaba el camino correcto antes de desaparecer.

—Por aquí —susurró una mujer mayor, señalando una escalera de servicio—. Los guardias vigilan las principales.

La daga en mi mano goteaba sangre mientras descendíamos, la bolsa con los huevos golpeaba rítmicamente contra mi cadera. Mientras que cada paso era una batalla contra el dolor y el agotamiento. No obstante, no sabía de dónde sacaba tantas fuerzas. Solo sentía el aliento nervioso de Kieran en mi cuello, el latido acelerado de su pequeño corazón contra mi pecho, sus lágrimas calientes mezclándose con la sangre seca en mi piel… y me sentía invencible. Como si todo el dolor fuera irrelevante mientras él estuviera a salvo en mis brazos.

—La cocina —murmuró otra doncella, emergiendo de las sombras como un fantasma—. Hay una puerta… los guardias nunca la vigilan.

Kieran se aferraba a mí con la fuerza de la desesperación, su pequeño cuerpo temblaba con cada sonido, con cada sombra que se movía. La sangre de Soren en mi camisón manchaba su ropa, pero no se quejaba, no hacía un solo sonido.

—Mira —susurré contra su pelo mientras otra doncella nos guiaba por un pasillo estrecho—. Todas nos están ayudando. No estamos solos. Vamos a salir de aquí, pequeño dragón —continué, apretándolo más cerca de mí—. Te lo prometo. Pronto estaremos lejos de este lugar.

Sus pequeños dedos se aferraron con más fuerza a mi camisón ensangrentado mientras un sollozo desgarrador escapaba de su garganta.

—Tengo mucho miedo, Nefely —lloró sin contenerse, las lágrimas empapando mi cuello—. No quiero que ese hombre malo nos encuentre otra vez. No quiero volver a esa habitación fría.

Lo abracé más fuerte, ignorando el dolor punzante en mis costillas. Su vulnerabilidad, la confianza absoluta que depositaba en mí para protegerlo, avivaba algo feroz en mi interior.

—Nadie volverá a hacerte daño —juré—. Nadie. Nunca más.

Las mujeres del castillo, aquellas que habían sido testigos silenciosas de mi tormento, ahora formaban una cadena invisible de

ayuda. Cada una arriesgando su vida para mostrarnos el camino.

—Rápido. —Una voz joven nos urgió desde una puerta entreabierta—. Los guardias acaban de subir, pero volverán pronto.

La bolsa con los huevos se balanceaba peligrosamente mientras corríamos. ¿Por qué los había cogido? No lo sabía. Quizás porque representaban algo más que poder o magia… representaban una posibilidad de futuro, de libertad.

—¿Por qué nos ayudan? —susurró Kieran contra mi cuello mientras otra doncella nos señalaba un pasadizo oculto tras un tapiz.

—Porque saben —respondí, mientras apretaba la daga ensangrentada—. Saben lo que es vivir con miedo.

Las cocinas aparecieron ante nosotros, enormes y frías como todo en este castillo maldito. Una mujer mayor nos esperaba junto a una puerta pequeña, casi invisible entre las sombras.

—Esta salida —explicó apresuradamente— lleva a los establos. De ahí podréis…

El sonido de botas en el pasillo la interrumpió. Los guardias se acercaban.

—¡Rápido! —presionó, empujándonos hacia la puerta—. ¡Y que los dioses os protejan!

Salimos a un aire tan frío que paralizaba. La nieve crujía bajo mis pies descalzos, pero apenas sentía el dolor. Todo mi ser estaba concentrado en mantener a Kieran seguro, en alejarnos lo más posible de ese infierno.

—¡Por allí! —Un grito resonó desde alguna ventana superior—. ¡Están escapando a la explanada!

—Cierra los ojos, mi amor —susurré a Kieran mientras corría entre los establos—. No mires. Pase lo que pase, no mires.

Sus pequeños brazos se apretaron más alrededor de mi cuello.

La nieve crujía bajo mis pies descalzos mientras corría entre los establos. Los caballos relinchaban nerviosos a nuestro paso, haciendo que Kieran se sobresaltase.

—¡Por allí! —Los gritos de los guardias sonaban cada vez más cerca—. ¡No pueden haber ido lejos!

Mis pies sangraban por el frío y las piedras, dejando un rastro que brillaba oscuramente contra la blancura inmaculada. No importaba. Nada importaba excepto alejarnos de allí.

La explanada apareció ante nosotros como una visión del infierno helado. Entonces vi las antorchas clavadas en el suelo nevado formaban un círculo grotesco, y en el centro… Oh, dioses. En el centro estaba Estros.

Mi corazón se detuvo por un momento al ver a mi dragón con cadenas mágicas en sus patas y su hocico, tan apretadas que podía ver la sangre manchando sus escamas rosadas.

—¡Estros! —grité desgarrándome la garganta.

Su cabeza se alzó bruscamente al oír mi voz. Nuestras miradas se encontraron a través de la explanada nevada, y pude sentir su furia y su dolor como si fueran míos. Las cadenas tintinearon cuando intentó moverse hacia mí.

—¡Estros! —volví a gritar, y esta vez fue un ruego, una súplica desesperada.

El rugido que emergió de su garganta, incluso amortiguado por las cadenas en su hocico, hizo temblar la montaña misma. La nieve se desprendía en pequeñas avalanchas a nuestro alrededor, pero no me importaba. Todo mi ser estaba concentrado en mi dragón, en su lucha contra las cadenas que lo aprisionaban.

Mis brazos temblaban violentamente bajo el peso de Kieran. Ya no podía más. Cada músculo de mi cuerpo gritaba, mis piernas amenazaban con ceder en cualquier momento. El frío se filtraba a través de mi camisón empapado, congelando la sangre en mis heridas abiertas. Mi vista se nublaba por momentos. Pronto dejaría caer a Kieran. Pronto me derrumbaría en la nieve y todo habría sido en vano. Estaba tan cansada… tan terriblemente cansada de luchar, de resistir, de soportar este dolor que parecía no tener fin.

El sonido de botas acercándose me devolvió brutalmente a la realidad. Los guardias nos habían alcanzado, sus sombras se proyectaban amenazantes contra la nieve. Estábamos atrapados entre ellos y el precipicio.

—Shh, mi pequeño dragón —susurré a Kieran, que temblaba violentamente en mis brazos—. No mires. Pase lo que pase, no mires.

Estros rugió nuevamente, y esta vez… esta vez fue diferente.

El sonido del metal rompiéndose resonó como truenos en la noche helada. Una a una, las cadenas que aprisionaban a Estros cedieron ante su furia. El metal mágico, forjado para contener a la criatura más poderosa del reino, se hacía añicos.

Cuando las últimas cadenas cayeron, el rugido de Estros hizo que la nieve de las montañas siguiera cayendo. Las antorchas parpadearon violentamente, algunas se apagaron, sumiendo parte de la explanada en la oscuridad. Y entonces, como si los dioses mismos hubieran contenido el aliento hasta este momento, Estros desató su furia.

El fuego brotó de su garganta en una columna que iluminó la noche como un segundo sol. Las llamas rosadas se elevaron hacia el cielo estrellado, tan altas que por un momento pareció que intentaba incendiar las mismas estrellas. El calor era tan intenso que la nieve a nuestro alrededor comenzó a derretirse, creando un círculo de tierra desnuda en medio del invierno eterno.

El movimiento a mi espalda me alertó demasiado tarde. Más guardias se acercaban por detrás, sus espadas desenvainadas brillaban con la luz del fuego de Estros. No tendría tiempo de correr, no con Kieran en mis brazos y mi cuerpo al borde del colapso. Pero entonces vi la mirada de mi dragón, el brillo en sus ojos, la forma en que inhalaba profundamente mientras sus fosas nasales se dilataban. Supe exactamente lo que iba a hacer.

Me lancé al suelo, cubriendo el pequeño cuerpo de Kieran con el mío, enterrando su rostro contra mi pecho para protegerlo del calor abrasador que estaba por venir. El instinto me hizo cerrar los ojos y hundir la cabeza, resguardándonos lo mejor posible mientras sentía el aire calentarse a nuestro alrededor hasta volverse casi insoportable.

El infierno se desató sobre nosotros. Pude sentir las llamas pasando a centímetros de mi espalda, escuché los gritos de los guardias que no tuvieron tiempo de escapar, el sonido de las armaduras derritiéndose y las armas cayendo sobre la nieve con estrépito. El calor era tan intenso que sentí mi piel arder incluso sin ser tocada directamente por el fuego, pero Estros calculó su ataque con una precisión imposible. Ni una sola chispa nos alcanzó.

Cuando me atreví a levantar la cabeza, la explanada se había transformado. Donde antes había guardias ahora solo quedaban sombras oscuras sobre la nieve derretida. Las paredes del castillo cercanas a nosotros estaban ennegrecidas, algunas piedras habían estallado por el calor repentino, y el hielo eterno que decoraba las torres se había convertido en cascadas de agua que se congelaban nuevamente al caer.

Me lancé hacia Estros, mis brazos temblaban por el esfuerzo de sostener a Kieran. La silla de montar, diseñada para un solo jinete, parecía burlarse de mi desesperación.

No podría hacer el viaje entero con Kieran en mis brazos. La realidad era innegable. Mis músculos temblaban sin control, mi visión se nublaba por momentos, y el dolor en mis costillas era como cuchillos retorciéndose con cada respiración. Apenas podía mantenerme en pie, mucho menos sostener a un niño durante horas de vuelo. Con las fuerzas que me quedaban, no lograría sujetarlo si se dormía o si Estros hacía algún movimiento brusco. Caería al vacío. Y la silla, esa maldita silla diseñada para un solo jinete, no ofrecía ninguna protección, ningún apoyo para mantener a un pequeño a salvo durante el vuelo.

—Vamos, mi amor —susurré, intentando que Kieran se soltara de mi cuello—. Necesito que seas valiente una vez más.

Pero cuando intenté subirlo a la silla, Estros retrocedió con un gruñido que me heló la sangre. Sus ojos brillaban con una furia que no reconocía. No veía al pequeño príncipe que tantas veces había jugado en los jardines del castillo; solo veía una amenaza, un intruso que intentaba montarlo.

—No, no, no… —El pánico amenazaba con ahogarme mientras las antorchas se multiplicaban tras los ventanales del castillo. Cada luz era una cuenta regresiva hacia nuestra captura—. Por favor, Estros, por favor…

El dragón volvió a gruñir y sus escamas rosadas brillaban con un fuego interno.

Las voces se acercaban. Pronto estarían aquí.

«La sangre», susurró algo en mi mente. «La sangre es más antigua que cualquier magia».

Sin pensarlo dos veces, aferré la daga con mis dedos temblorosos. El metal aún estaba manchado con la sangre de Soren, pero no importaba. Con un movimiento rápido, deslicé el filo por mi palma. El dolor fue agudo, limpio, casi reconfortante comparado con todo lo que había sufrido.

—¡Mírame, Estros! —grité, mientras alzaba mi mano sangrante—. ¡Mira lo que somos, lo que compartimos!

Los ojos del dragón siguieron el movimiento de mi sangre y con manos temblorosas, extendí mi sangre sobre la frente de Kieran.

—Es mi sangre —declaré mientras marcaba las pequeñas manos de Kieran—. Mi sangre corre por sus venas tanto como por las mías. Soy tu jinete, Estros. Tu compañera. Y él…, él es parte de mí.

Estros inclinó su enorme cabeza, sus fosas nasales se dilataron mientras olía la sangre en las manos extendidas de Kieran.

—Por favor —susurré, y esta vez no era una súplica, sino un recordatorio—. Eres mi dragón. Mi compañero. Mi otra mitad. Y él es mi hijo en todo menos sangre. —Las lágrimas corrían libremente por mi rostro—. Llévalo a casa. Llévalo donde pertenece. Aléjalo de aquí, protege a mi sangre, como protegerías a tu jinete, a mí.

El gruñido de Estros cambió, transformándose en algo más suave, más parecido al sonido que solía hacer cuando quería que me montase en él. Sus ojos se suavizaron mientras miraba a Kieran.

Las antorchas ya iluminaban el pasillo que llevaba a la explanada. En cualquier momento, los guardias emergerían por esas puertas. No teníamos más tiempo.

Estros bajó su cabeza completamente, ofreciéndome acceso a la silla. Esta vez, cuando intenté subir a Kieran, no hubo resistencia. El dragón permaneció perfectamente quieto mientras acomodaba al niño en la silla, asegurándome de que las correas lo mantuvieran firme.

—Te mantendrá a salvo —prometí mientras ajustaba las últimas correas—. Te llevará a casa, con Aeran y los demás.

Los ojos de Kieran se abrieron con pánico cuando comprendió lo que estaba diciendo.

—No —susurró, sus pequeñas manos intentaron alcanzarme—. No, Nefely, por favor. Ven conmigo. Por favor…

Me apresuré a colocar la bolsa con los huevos en el regazo de Kieran, asegurándola con las correas adicionales de la silla. Mis manos temblaban tanto que apenas podía abrochar las hebillas, pero me obligué a ser metódica, a asegurarme de que todo estuviera perfectamente sujeto.

—Escúchame bien, mi pequeño dragón —susurré mientras guiaba sus manos hacia las riendas—. Tienes que agarrarte muy fuerte, ¿me oyes? Tan fuerte como puedas.

—No —sollozó, sus dedos intentando alcanzar mi rostro—. No quiero irme sin ti. Por favor, mamá Nefely, por favor…

El «mamá» me atravesó.

—Cierra los ojos —logré decir con voz temblorosa—. Mantén los ojos cerrados hasta que estés en casa. Estros te protegerá. Te llevará con Aeran y los demás.

—¡No! —gritó, las lágrimas corrían libremente por su rostro mientras intentaba desabrocharse las correas—. ¡No te dejaré! ¡No pueden hacerte daño otra vez! ¡No pueden…!

El sonido de metal resonó desde el castillo, acompañado de gritos y el estruendo de armaduras chocando. Algo estaba pasando allí dentro, algo que hacía que el tiempo se nos acabara más rápido.

—Estros. Cuida de él. Llévalo a casa.

El dragón se irguió en toda su altura, pero no se movió. Sus ojos, fijos en mí, mostraban una reticencia que nunca había visto en él.

Los gritos se intensificaron. Podía escuchar pasos acercándose, órdenes gritadas en la oscuridad, el tintineo de espadas siendo desenvainadas.

—¡Vuela! —rugí—. ¡Vuela a Dragio! ¡Ahora!

Estros gruñó, resistiéndose a mi orden. Podía sentir su conflicto, su deseo de protegerme luchando contra el mandato de su jinete. Sacudió su enorme cabeza, negándose a acatar la orden. Un sonido ronco salió de su garganta, casi como una súplica. No quería dejarme. No quería abandonarme a mi suerte.

—¡Vuela! —Esta vez fue un grito desgarrador, cargado con todo el poder que me quedaba—. ¡Vuela, Maldita sea! ¡Llévatelo de aquí!

El dragón se irguió sobre sus patas, sus alas se extendieron con frustración y rabia. Un rugido desgarró la noche, haciendo temblar las ventanas del castillo. Tan terrible fue el sonido que incluso Kieran se encogió contra la silla, sollozando de miedo.

—Por favor —supliqué—. Los guardias vendrán. Lo matarán. Sálvalo, Estros. Por mí. Por favor.

Algo cambió en la mirada. Una comprensión, una resignación terrible. Sus alas se extendieron como velas rosadas bajo la luz de las antorchas. El aire se arremolinó a nuestro alrededor, levantando la nieve en pequeños torbellinos.

—¡Nefely! —El grito de Kieran se mezcló con el rugido del viento cuando Estros finalmente alzó el vuelo—. ¡Nefely, no! ¡Por favor!

Los vi elevarse hacia el cielo nocturno, cada aleteo los llevaba más lejos de mí, más cerca de la seguridad. Las lágrimas se congelaban en mis mejillas mientras observaba a mi dragón y mi pequeño príncipe convertirse en poco más que una sombra contra las estrellas.

Mis piernas finalmente cedieron y caí de rodillas en la nieve. Estaban a salvo. Eso era todo lo que importaba. Estaban…

Me derrumbé por completo, mi frente tocó la nieve mientras los sollozos sacudían mi cuerpo roto. El alivio y el dolor se mezclaban en mi pecho hasta que ya no podía distinguir uno del otro. Las lágrimas

caían sobre la nieve, formando pequeños cráteres que inmediatamente se congelaban.

—Vuela, mi pequeño dragón —susurré al aire helado—. Vuela lejos de este infierno.

Cerré los ojos con fuerza, dejando que la oscuridad me envolviera. Ya no importaba lo que me sucediera. Kieran estaba a salvo, los huevos fuera del alcance de Soren. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, había logrado algo real, algo que ni siquiera las torturas más crueles podrían arrebatarme.

Un rugido atravesó la noche como un trueno, tan poderoso que hizo vibrar la nieve bajo mi cuerpo. Luego otro, y otro más. El aire se volvió repentinamente cálido, como si el invierno mismo retrocediera ante algo más poderoso.

«No», me dije a mí misma, manteniendo los ojos firmemente cerrados. «No mires. No caigas en esto otra vez».

Pero el calor se intensificó, y con él llegó un aroma que conocía demasiado bien: fuego de dragón. No el fuego rosado de Estros, sino algo diferente.

Los sonidos de batalla en el castillo aumentaron. Metal contra metal, gritos de guerra, el estruendo de armaduras cayendo. Diferentes a los usuales sonidos de los guardias patrullando. Más caóticos, más reales.

«Es otra ilusión», me repetí mientras apretaba más los ojos. «Como todas las otras veces. Como todos los falsos rescates, los falsos amaneceres, las falsas esperanzas…».

El suelo tembló bajo mi cuerpo. Una ráfaga de aire caliente me envolvió, tan fuerte que levantó mi pelo ensangrentado. El sonido de alas enormes batiendo el aire era tan cercano que casi podía sentir el viento que generaban.

«No mires», me ordené, aunque mi corazón latía tan fuerte que dolía. «Si miras, si crees, cuando despiertes en esa celda… cuando Soren vuelva…».

Más rugidos. Más gritos. El sonido de piedra rompiéndose, de cristal haciéndose añicos. El castillo mismo parecía estar bajo

ataque, pero me negué a abrir los ojos. Había visto demasiadas batallas falsas, demasiados rescates que terminaban en pesadilla.

El calor se volvió casi insoportable. Podía sentir las llamas danzando a mi alrededor, pero no me quemaban. Nunca lo hacían en estas visiones. El brujo siempre se aseguraba de que pareciera real, de que la esperanza floreciera antes de aplastarla brutalmente.

«Cuando abra los ojos», pensé con una calma nacida de la desesperación, «estaré de vuelta en esa habitación. Soren estará allí, sonriendo. Y todo esto… todo esto habrá sido solo otro truco cruel».

Los gritos se acercaban. Pasos en la nieve. Voces llamando, ordenando, maldiciendo. Y sobre todo ello, el rugido de dragones que sonaban tan reales, tan familiares, que hacían que mi corazón sangrara.

Pero me mantuve firme, con los ojos cerrados y la frente presionada contra la nieve. Porque era lo único que me quedaba: la certeza de que, si no veía la ilusión, si no la dejaba entrar completamente en mi mente, quizás el despertar no dolería tanto.

Quizás esta vez, cuando la pesadilla terminara, podría aferrarme al recuerdo de Kieran volando hacia la libertad sobre el lomo de Estros. Ese momento, al menos, había sido real. Tenía que serlo.

¿Verdad? ¿O no? ¿Kieran había estado aquí?

Los sonidos de batalla se intensificaron, mezclándose en mi mente cada vez más confusa. El frío y el agotamiento finalmente comenzaban a reclamar su precio, arrastrándome hacia una oscuridad que prometía paz.

Mi cuerpo, llevado más allá de sus límites por semanas de tortura y la carrera desesperada de esta noche, empezaba a rendirse. Cada latido de mi corazón parecía más lento, más pesado, como si la nieve bajo mi rostro estuviera infiltrándose en mis venas, congelando la poca vida que me quedaba.

«Al menos hice algo bien», pensé mientras la consciencia comenzaba a abandonarme. «Al menos los salvé. A Kieran. A los huevos. A…».

Los rugidos de dragón sonaban cada vez más distantes, como si vinieran de otro mundo, uno donde las esperanzas no dolían y los rescates no eran crueles ilusiones. El calor de las llamas se sentía como una caricia lejana, casi reconfortante en su irrealidad.

La oscuridad me envolvió, arrastrándome hacia sus profundidades. No luché contra ella. ¿Para qué? Si esto era real, la inconsciencia era una bendición. Y si era otra ilusión… bueno, al menos el despertar dolería menos si no veía el final de este sueño.

Lo último que escuché fue un grito. Un grito que sonaba dolorosamente familiar, que llevaba mi nombre en un tono que había aprendido a no anhelar.

Pero ya no importaba. Nada importaba excepto la certeza de que, por una vez, había logrado hacer lo correcto.

La oscuridad me reclamó por completo, y me dejé llevar sin resistencia hacia sus profundidades silenciosas.

40

Furia ciega en batalla

Aeran

Desde el lomo de Draluz, el ejército de Gélidia parecía un río de luciérnagas serpenteando entre los árboles nevados. La furia ardía en mi pecho con más intensidad que el fuego de mi dragona, consumiendo cada pensamiento racional, cada estrategia cuidadosamente planeada.

Detrás de mí, Draza rugió. El dragón marrón de Cleon brillaba a la luz de la luna y las estrellas como un segundo sol en la oscuridad, sus escamas reflejaban la luz de las antorchas mientras sobrevolábamos las líneas enemigas. Podía sentir la impaciencia de mi hermano, su deseo de lanzarse al combate tan feroz como el mío propio.

Los guerreros de Sylvan ya se movían entre los árboles, sus armaduras violetas apenas eran visibles en la penumbra. El plan era simple: debíamos proporcionar cobertura aérea mientras ellos se infiltraban en el castillo. Debíamos ser precisos, estratégicos. Debíamos…

Un grupo de arqueros enemigos emergió del bosque, sus flechas silbaron en la oscuridad.

—¡Ahora! —rugí, y Draluz respondió instantáneamente.

El fuego plateado brotó de su garganta. Las llamas convirtieron la noche en día mientras caían sobre las tropas de Gélidia, transformando la nieve en vapor y los árboles en antorchas gigantes. Los gritos de los hombres se mezclaban con el crepitar del fuego.

«Kieran», una voz en mi mente intentó recordarme. «Viniste a por Kieran. Debes encontrarlo antes…».

Pero entonces vi más tropas emergiendo del bosque, más enemigos que se atrevían a interponerse entre mi hermano y yo.

—¡Todos! —grité mientras Draluz descendía para otra pasada—. ¡Quémalos a todos!

Las llamas plateadas volvieron a iluminar la noche. A mi derecha, Draza desató su propio infierno marrón.

Debajo de nosotros, el ejército de Sylvan aprovechaba el caos para avanzar. Sus espadas brillaban brevemente bajo la luz de nuestro fuego mientras se abrían paso hacia el castillo. Era el momento perfecto para aterrizar, para unirnos a la búsqueda de Kieran, para…

Un grito de batalla resonó desde las murallas. Más soldados. Más enemigos. Más objetivos para mi venganza.

«Debes concentrarte», la voz de la razón intentó atravesar la niebla roja de mi furia. «Kieran te necesita. Nefely…».

El nombre fue como una puñalada. La imagen de ella en las garras de Soren, sufriendo mientras yo jugaba a la guerra… La rabia se intensificó hasta que creí que me consumiría desde dentro.

—¡Quémalos! —grité más fuerte a mi dragona—. ¡Convierte este maldito castillo en cenizas!

Las llamas plateadas seguían brotando de la garganta de Draluz, convirtiendo el bosque en un mar de fuego. El calor era tan intenso que podía sentirlo incluso a través de mi armadura, como si mi propia sangre hirviera en sincronía con la furia de mi dragona.

—¡Por ella! —grité mientras señalaba hacia el castillo—. ¡Por cada noche que pasó en ese infierno!

Draluz rugió en respuesta, las llamas ahora tan brillantes que convertían la noche en día. Bajo nosotros, las estructuras comenzaban a derrumbarse, el hielo se derretía bajo el calor implacable del fuego de dragón.

Pero mi mente ya estaba en otro lugar. En los pasillos helados de ese castillo maldito, en las mil formas en que haría pagar a Soren.

Lo encontraría. Lo arrastraría fuera de cualquier agujero donde se escondiera. Y entonces… entonces le enseñaría que el fuego de dragón podía ser misericordioso comparado con la furia de un rey traicionado.

—¡Aeran! —El grito de Cleon atravesó la niebla roja de mi venganza—. ¡Basta! ¡Estás perdiendo el control!

Parpadeé, volviendo a la realidad. El bosque bajo nosotros era un infierno ardiente. ¿Cuánto tiempo había estado…?

—¡Kieran! —Volvió a gritar mi hermano—. ¡Vinimos por Kieran! ¡Es nuestra oportunidad!

La vergüenza me inundó. Tenía razón. Mientras me perdía en mi sed de venganza, mi hermano pequeño seguía atrapado. Kieran, que ni siquiera entendería por qué…

Un rugido familiar cortó el aire nocturno como un trueno, tan poderoso que hizo que Draluz girara bruscamente en el aire. Luego otro, más cercano, más desesperado.

Y entonces lo vimos.

Emergiendo de un lado del castillo como una estrella rosa en la oscuridad, Estros se elevaba hacia el cielo nocturno. Sus escamas brillaban con un fuego interno que hacía parecer pálidas nuestras llamas. Y sobre su lomo…

—¡Kieran! —el grito escapó de mi garganta antes de que pudiera contenerlo.

Mi hermano pequeño estaba firmemente sujeto a la silla de montar, era tan pequeño en comparación que apenas era visible sobre Estros. Estaba vivo. Estaba a salvo.

Draluz rugió un saludo hacia Estros, pero no había tensión en su llamado. No había amenaza.

«Está a salvo», me repetí mientras observaba a Estros alejarse hacia el norte. «Está…».

Si Kieran estaba sobre Estros, si estaba volando hacia la seguridad… ¿dónde estaba Nefely?

—¡No! —Me gritó Cleon—. ¡Aeran, no!

Pero ya había girado a Draluz hacia el lugar de donde había emergido Estros. Una explanada helada se extendía en la parte trasera del castillo, iluminada por antorchas que formaban un círculo. Y en el centro…

—¡Detente! —Cleon intentó interponerse con Draza, pero lo esquivé—. ¡Es una trampa! ¡Lo sabes!

Lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Era exactamente el tipo de trampa que Soren prepararía, el tipo de juego cruel que disfrutaría. Pero no me importaba.

Porque allí, en medio de esa explanada helada, una figura yacía inmóvil en la nieve. Y aunque la distancia hacía imposible distinguir sus rasgos, mi corazón la reconoció al instante.

—No intentes detenerme —gruñí mientras dirigía a Draluz hacia el descenso.

—¡Al menos espera refuerzos! —La voz de Cleon sonaba desesperada—. ¡No puedes…!

Pero ya no escuchaba. El mundo entero se había reducido a esa figura en la nieve, a ese cuerpo roto que conocía mejor que el mío propio. Todo lo demás —la batalla, la venganza, incluso la victoria de haber recuperado a Kieran— se desvaneció ante la visión de Nefely tendida en ese círculo de antorchas como un sacrificio en un altar.

Draluz pareció entender. Sus alas se plegaron mientras descendíamos en picado, el aire silbaba a nuestro alrededor como un lamento. Los gritos de Cleon se perdieron en la distancia, ahogados por el rugido de la sangre en mis oídos.

«Por favor», rogué a cualquier dios que quisiera escuchar mientras nos acercábamos. «Por favor, que no sea demasiado tarde. Por favor…».

El viento helado azotaba mi rostro mientras descendíamos, cada segundo una eternidad. Los gritos de batalla y el crepitar del fuego se desvanecían bajo el martilleo de mi corazón.

«Por favor», repetía como un rezo desesperado. «Por favor, resiste. Solo un poco más…».

Draluz rugió, un sonido que hizo temblar el aire. Sus alas cortaban el viento mientras nos acercábamos a esa figura inmóvil en la nieve. El círculo de antorchas proyectaba sombras danzantes sobre su cuerpo, y la sangre… Oh, dioses, había tanta sangre manchando la nieve a su alrededor.

La distancia se acortaba con cada latido. Veinte pies. Diez. Cinco. Draluz extendió sus garras, preparándose para aterrizar. Desmonté antes de que tocara el suelo, mis botas golpearon la nieve con un crujido que resonó en el silencio repentino.

El aire helado quería paralizarme mientras daba los primeros pasos hacia ella. Mi mano se cerró instintivamente sobre la empuñadura de mi espada.

Fue entonces cuando emergieron.

Como espectros en la noche, los primeros guardias aparecieron desde el interior del castillo. Sus armaduras negras los hacían parecer sombras, el reflejo de las antorchas bailaba sobre el metal. Eran cinco… no, siete. Con sus espadas ya desvainadas.

—Ni un paso más —advirtió el que parecía liderar el grupo—. La prisionera pertenece al príncipe.

Mi espada salió de su vaina con un siseo. El metal cantó en mis manos, ansioso por probar sangre.

—Su nombre —Mi voz sonó irreconocible—, es Nefely.

El primer guardia se lanzó hacia adelante con un grito de batalla. Su espada describió un arco descendente que habría partido a un hombre normal por la mitad. Pero yo ya no era ese hombre. La furia me había transformado en algo más, algo alimentado por semanas de insomnio imaginando su sufrimiento, de días enteros consumidos por la culpa y la impotencia.

El tiempo pareció ralentizarse. Veía cada movimiento con una claridad sobrenatural, como si mi cuerpo hubiera estado entrenando toda la vida para este preciso momento.

Mi hoja encontró el hueco entre la hombrera del guardia y su garganta. La sangre salió cuando retiré el acero. El hombre ni siquiera tuvo tiempo de gritar mientras caía, sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa bajo el yelmo.

Los otros atacaron en grupo, pensando que el número les daría ventaja. Idiotas.

Giré bajo el golpe del segundo guardia, mi espada hizo una curva perfecta que cortó los tendones detrás de su rodilla. El hombre aulló de dolor mientras se desplomaba. Sin perder un instante, agarré su cuerpo como escudo justo cuando el tercer guardia lanzaba su estocada. El metal contra metal produjo un fuerte estrépito al atravesar la armadura de su compañero. Aproveché ese segundo de confusión para lanzar mi propia estocada, rápida y precisa, que atravesó el ojo del yelmo de mi atacante.

Un cuarto guardia intentó flanquearme por la izquierda, confiado al verme brevemente desequilibrado. Elevé mi brazo izquierdo por instinto, bloqueando su golpe con el brazal de mi armadura. La vibración del impacto recorrió mi brazo, sacudiendo hasta mis huesos. No importaba. El dolor era insignificante comparado con la necesidad de llegar a ella.

Mi contraataque fue brutal e inmediato. La espada cortó el aire con un silbido, atravesando su guardia como si no existiera. La hoja encontró el hueco vulnerable bajo su axila y se hundió profundamente. Empujé hacia arriba con toda mi fuerza, sintiendo cómo el acero atravesaba órganos y cartílago. La punta emergió por su espalda en una explosión de sangre y metal destrozado.

Sin tiempo para recuperar el aliento, detecté que el quinto y sexto guardia atacaban simultáneamente. Sus espadas silbaron en el aire mientras intentaban atraparme en un movimiento. Por instinto puro, me dejé caer hacia atrás. Las hojas pasaron sobre mi rostro tan cerca que pude sentir el aire desplazado acariciando mis mejillas.

Rodé sobre la nieve ensangrentada, mis músculos protestaron por el movimiento brusco tras días de agotamiento. Pero la furia era más fuerte que cualquier dolor físico. Me incorporé, mi espada encontró la parte posterior de la rodilla de uno de los guardias mientras mi puño enguantado se estrellaba contra la garganta expuesta del otro. El sonido de cartílago rompiéndose resonó en el aire gélido.

El séptimo guardia, viendo a sus compañeros caer uno tras otro en cuestión de segundos, retrocedió. El miedo finalmente superaba su entrenamiento. Su espada temblaba visiblemente en sus manos mientras intentaba mantener una guardia que sabía inútil.

—El príncipe… —comenzó, pero nunca terminó la frase.

Mi hoja lo atravesó de parte a parte con un solo movimiento, limpio y definitivo. La punta emergió por su espalda con un sonido húmedo.

Más guardias emergieron de las sombras. Draluz rugió desde arriba e inmediatamente el fuego plateado salió de su garganta creando una barrera ardiente entre nosotros y la nueva oleada de enemigos.

Draluz rugió nuevamente, y esta vez fue diferente. Su fuego parecía que jamás se acababa. Las llamas danzaban a nuestro alrededor como un muro, reduciendo a cenizas a cualquier enemigo que se atreviera a acercarse.

Mi dragona giró su enorme cabeza hacia mí. Gruñó, un sonido bajo y apremiante que conocía demasiado bien. Ve a por ella, parecía decir. Yo mantendré alejados a los demás.

Como para enfatizar su punto, otra oleada de fuego iluminó la noche. Los gritos de los soldados enemigos se perdieron bajo el rugido de las llamas y el crepitar de armaduras derritiéndose.

Corrí hacia ella, cada paso era una eternidad. La nieve crujía bajo mis botas, manchada de rojo donde la sangre había goteado de mi espada. Y entonces… entonces finalmente la vi claramente.

Mi corazón se detuvo.

Nefely yacía sobre la nieve como una muñeca rota y abandonada, tan inmóvil que por un momento terrible pensé que había llegado demasiado tarde. Su camisón, desgarrado hasta ser apenas reconocible, dejaba expuesta gran parte de su piel al frío brutal. La tela, que alguna vez fue blanca, ahora estaba teñida de tantos tonos de rojo que parecía un lienzo macabro: sangre seca, sangre fresca, sangre en diferentes estados de coagulación contaba la historia de un tormento continuado.

Su cuerpo… por todos los dioses, su cuerpo estaba tan demacrado que apenas la reconocí. Sus costillas sobresalían dolorosamente bajo la piel, cada hueso visible como si la carne se hubiera fundido entre ellos. Sus brazos, antaño fuertes y ágiles, ahora parecían ramas secas a punto de romperse con el menor viento.

Su piel era un mapa grotesco de crueldad sistemática. Moretones de todos los colores imaginables se superponían unos a otros. Entre ellos, cicatrices en diferentes estados de curación, algunas crudas y abiertas, otras hinchadas y rojas, formaban patrones que no podían ser accidentales.

Marcas de mordidas —humanas, sin duda— mancillaban su cuello y hombros. Sus muñecas estaban en carne viva.

—No… —La palabra escapó de mis labios como un sollozo roto mientras caía de rodillas junto a ella—. No, no, no…

Un rugido primitivo surgió de mi garganta, desgarrando el aire. Ni siquiera sonaba humano. Era el aullido de una bestia herida, de un alma rota ante la visión del horror indescriptible. Draluz respondió desde el cielo, su rugido hizo temblar la montaña misma mientras un torrente de fuego más intenso que nunca iluminaba el cielo nocturno.

—¡Quémalos a todos! —grité hacia mi dragona—. ¡Reduce este maldito lugar a cenizas! ¡Que no quede nada!

Las llamas plateadas redoblaron su intensidad, convirtiendo parte del castillo en un infierno ardiente. Podía sentir el calor incluso desde aquí, pero no me importaba. Nada importaba excepto ella.

Me arrodillé junto a su cuerpo roto, pero por un momento terrible no me atreví a tocarla. Parecía tan frágil, tan brutalmente maltratada, que temía que el más mínimo contacto pudiera terminar de romperla. Mis manos temblaban incontrolablemente, mientras las lágrimas que no podía contener caían sobre la nieve manchada de sangre.

—Nefely. —Su nombre fue una plegaria susurrada al aire helado —. Nefely, por favor…

Golpeé el suelo con tanta fuerza que mis nudillos crujieron dentro del guante. El dolor no era nada comparado con lo que sentía al verla así.

No respondió. Su rostro, más pálido que la nieve que la rodeaba, permanecía inmóvil. Sus labios, partidos y manchados de sangre, mostraban un tinte azulado que me heló el alma. Su pelo, antes negro como la noche y brillante como las estrellas, ahora estaba apelmazado por la sangre y el hielo, enmarañado y quebradizo.

—Por favor —supliqué, esta vez a todos los dioses que pudieran estar escuchando—. Tomad mi vida. Tomad mi corona, mi reino, todo lo que soy. Pero no os la llevéis. Por favor, no os la llevéis…

Con dedos temblorosos, me arranqué el guante con los dientes y acerqué mi mano a su cuello. Su piel estaba tan fría, tan terriblemente fría… como el hielo que nos rodeaba. Me tomó varios intentos desesperados encontrar el pulso, mis dedos recorriendo su cuello con pánico, y cuando finalmente lo sentí…

Era tan débil. Apenas un susurro bajo mi tacto, como el aleteo de un pájaro moribundo. Su corazón luchaba por seguir latiendo, cada pulso más lento que el anterior, cada momento robándole más vida.

—No te atrevas —susurré contra su pelo ensangrentado, meciéndola suavemente—. No te atrevas a dejarme, ¿me oyes? No después de todo… no así…

Su respiración era tan superficial que apenas movía su pecho esquelético. Cada inhalación parecía costarle un esfuerzo sobrehumano, cada exhalación podría ser la última. Había muescas

de costillas rotas visibles bajo la piel translúcida, formando bultos grotescos que habían sanado mal.

Me arranqué la capa con movimientos frenéticos, mis manos temblaban tanto que apenas podía controlarlas. La tela estaba manchada de sangre enemiga, pero era mejor que nada, mejor que dejarla expuesta al frío brutal que parecía querer arrebatarla con cada respiración.

—Nefy —susurré mientras la envolvía con todo el cuidado que mis manos temblorosas podían manejar, deslizando la tela bajo su cuerpo roto como si fuera el tesoro más frágil del mundo—. Nefy, por favor… vuelve a mí.

La levanté del suelo nevado como si estuviera hecha de cristal, cada movimiento medido con el terror de causarle más daño. Su cuerpo pesaba tan poco, tan terriblemente poco que las lágrimas volvieron a brotar. La mujer que había desafiado dragones y dominado a reyes ahora apenas parecía más que un soplo de vida entre mis brazos. Estaba tan fría, tan terriblemente inerte contra el metal helado de mi armadura. Su cabeza cayó hacia atrás sin resistencia y su pelo ensangrentado colgaba como una cortina oscura contra la nieve.

—No —murmuré, ajustando desesperadamente mi agarre para sostener su cabeza, acunándola contra mí—. No, no, así no. Vamos, pequeña guerrera. Demuéstrame esa fuerza que tanto admiro. Esa terquedad que me volvía loco. Esa mirada que podía derretir mi ira con solo un destello.

Pero no hubo respuesta. Ni un parpadeo, ni un cambio en su respiración agonizante, ni el más mínimo estremecimiento que indicara que me escuchaba. Solo este silencio terrible, este peso muerto en mis brazos que no se parecía en nada a la mujer vibrante que recordaba, a la criatura de fuego y valor que había entrado en mi vida como una tormenta y lo había cambiado todo.

—Maldita sea, Nefy. —Mi voz se rompió mientras la apretaba contra mi pecho, enterrando mi rostro en su pelo que ya ni siquiera olía a ella—. No puedes rendirte ahora. No cuando finalmente te he

encontrado. No cuando hay tantas cosas que nunca te dije, tanto que nunca te demostré. No puedes…

La armadura entre nosotros era como hielo contra su piel ya congelada. Maldije mientras intentaba crear alguna barrera con la capa, envolviéndola una y otra vez, desesperado por protegerla de alguna manera del metal frío de mi pecho, pero era inútil. Todo en este maldito lugar parecía conspirar para robarle el poco calor que le quedaba, para arrancarla de mis brazos cuando apenas la había recuperado.

—Por favor. —Esta vez mi súplica fue dirigida a los cielos, a cualquier dios que pudiera estar escuchando, mi voz rota por los sollozos que ya no intentaba contener—. Ya me habéis quitado tanto… Mi madre, mi inocencia, mi dignidad… No os la llevéis también. No así. No cuando ni siquiera ha tenido la oportunidad de saber cuánto… cuánto la…

Un sollozo me impidió hablar. Las lágrimas finalmente encontraron su camino, congelándose en mis mejillas antes de caer sobre su rostro inmóvil. Algunas se derritieron al contacto con su piel, creando senderos cristalinos que parecían las lágrimas que ella no podía derramar.

—Escúchame, Nefy —susurré contra su pelo, meciéndola suavemente como había visto que ella mecía a Kieran tras sus pesadillas—. Sé que estás cansada. Sé que el dolor… sé que ha sido demasiado. Sé que quizás entregarse a la oscuridad parece más fácil ahora. Pero necesito que luches. Una vez más. Solo una vez más. Por mí. Por ellos. Por ti.

Nada. Ni un movimiento, ni un cambio en esa respiración cada vez más débil. Su pulso bajo mis dedos era como el aleteo de una mariposa moribunda, cada latido más distante que el anterior, cada segundo robándome otra pequeña parte de esperanza.

—Los niños te necesitan —continué, desesperado por alcanzarla dondequiera que su mente se hubiera refugiado, por encontrar las palabras que pudieran atraerla de vuelta—. Kieran está a salvo, ¿me oyes? Lo salvaste. Lo liberaste. Como siempre haces, salvaste a

todos menos a ti misma. Pero ahora… ahora es tu turno. Es nuestro turno de salvarte a ti.

Su piel estaba adquiriendo un tono azulado que me aterrorizaba hasta lo más profundo de mi ser. Sus labios, partidos y manchados de sangre, apenas se movían con cada respiración superficial, cada vez más espaciada, cada vez más débil.

—Venya pregunta por ti cada noche. Aún guarda esa flor que le diste, la que nunca se marchita. Torin sigue dejando flores en tu habitación, esas hierbas medicinales que le enseñaste a reconocer. Avery… dioses, Avery intenta ser fuerte, pero la escucho llorar cuando cree que nadie la oye. Te ha compuesto una canción, ¿sabes? Una melodía tan hermosa que hace llorar hasta a los guardias más duros. Te necesitan, Nefy. Te necesitamos. Yo… yo te necesito más que el aire para respirar.

Me incorporé con ella en brazos, cada movimiento una batalla entre la necesidad de darme prisa y el terror de lastimarla más. Su cuerpo inerte se balanceaba con cada paso, su cabeza estaba apoyada contra mi pecho como si simplemente estuviera dormida. Pero no lo estaba. El frío que emanaba de ella era demasiado profundo, demasiado mortal, como si la muerte ya hubiera comenzado a reclamarla y solo por pura terquedad —esa terquedad que tanto amaba en ella— se negara a rendirse completamente.

—¡Draluz! ¡Baja! ¡Ahora!

Mi dragona giró su enorme cabeza hacia nosotros desde el cielo donde vigilaba. El rugido que soltó parecía pura agonía al ver el estado de Nefely. Las llamas plateadas que aún danzaban a nuestro alrededor parecieron menguar, como si hasta el fuego mismo llorara por ella, como si la naturaleza entera contuviera el aliento ante la visión de tanto sufrimiento.

—¡Maldita sea, bájate! —grité nuevamente—. ¡Se muere! ¡Se está muriendo! ¡Ya no puedo sentir su pulso!

Draluz respondió inmediatamente, lanzándose en picado desde las alturas con un rugido ensordecedor que pareció sacudir la

montaña misma. Se agachó al instante, su enorme cuerpo creó un escudo entre nosotros y el viento helado.

—Juro por todos los infiernos —gruñí mientras intentaba subir sin soltarla—, que haré que cada persona en este maldito castillo pague por esto. Los haré arder tan lentamente que suplicarán la muerte como una bendición. Convertiré Gélidia en un recuerdo, en cenizas que el viento barrerá hasta que nadie recuerde que existió.

Me acerqué al costado de Draluz, cada paso medido con el terror de perturbar el cuerpo frágil en mis brazos. Subir a un dragón ya era difícil en circunstancias normales, hacerlo mientras sostenía a alguien tan gravemente herido parecía casi imposible. El peso de toda mi armadura, las horas de batalla, el agotamiento emocional, todo conspiraba para hacer que mis movimientos fueran torpes cuando más precisos necesitaban ser.

—No puedo soltarte —murmuré contra su pelo ensangrentado—. No me pidas que te suelte, Nefy. No ahora. No nunca. Si te vas, me voy contigo. Si caes, caigo contigo. Ya no hay un yo sin ti, ¿me entiendes?

Con una mano sostuve su cuerpo contra mi pecho, apretándola tan cerca como me atrevía, mientras la otra buscaba a tientas los mangos de la silla. El metal estaba frío bajo mis dedos, pero no tanto como su piel. Nada podría ser tan frío como su piel en ese momento, ni siquiera el hielo que formaba las murallas de Gélidia.

Apoyé mi pie en el estribo, maldiciendo internamente la armadura que hacía cada movimiento más torpe, más difícil, más desesperadamente lento cuando cada segundo era vital. Su cabeza se balanceó sin vida contra mi hombro cuando intenté impulsarme hacia arriba, y el pánico fue absoluto. Un sollozo escapó de mi garganta al ver cómo su brazo caía inerte, balanceándose en el vacío.

Draluz gruñó suavemente, comprendiendo mi dilema. Se agachó aún más, prácticamente tumbándose sobre la nieve para facilitarme el ascenso. Sus ojos no se apartaban de Nefely, y pude ver mi propio

terror reflejado en ellos, el mismo miedo visceral a perderla para siempre.

Con un esfuerzo que hizo que mis músculos protestaran, logré subir la pierna sobre el lomo de Draluz sin soltarla. El movimiento fue torpe, pero no me importaba. Solo me importaba que ella seguía en mis brazos, que su pecho aún se movía con esas respiraciones cada vez más débiles, que todavía había una chispa de vida a la que aferrarme.

—Por todos los dioses, por todos los infiernos —murmuré mientras ajustaba su cuerpo contra el mío, sintiendo cada hueso bajo su piel—. Aférrate a la vida, Nefy. Aférrate a ella con esa misma terquedad con la que te aferraste a tu libertad.

Pero las amenazas y súplicas eran huecas, inútiles. ¿De qué servía la venganza cuando podía sentir su vida escapándose entre mis brazos? Su cuerpo ya ni siquiera temblaba, como si hubiera perdido hasta la fuerza para luchar contra el frío que la consumía desde dentro.

—No te atrevas —susurré mientras finalmente lograba acomodarme, sosteniéndola contra mi pecho como el tesoro infinito que era—. No te atrevas a rendirte ahora, Nefy. No cuando estamos tan cerca. No cuando finalmente…

Rompí a llorar. Porque «cerca» era una mentira, ¿no? El castillo más cercano estaba a horas de vuelo, y ella… ella apenas respiraba ya. Cada inhalación era más débil que la anterior, cada latido de su corazón una batalla perdida contra el frío que la consumía impasible, como la muerte misma.

—Vamos, pequeña guerrera —supliqué mientras aseguraba las correas con una mano temblorosa, mientras con la otra las sostenía firmemente contra mí como si pudiera retener su alma con la simple fuerza de mi abrazo—. Solo un poco más. Solo…

Pero no hubo respuesta. Ni un suspiro, ni un gemido, ni la más leve tensión en sus músculos. Su cabeza cayó hacia atrás sin resistencia cuando Draluz se preparó para despegar, y el ángulo me permitió ver claramente su rostro bajo la luz de las llamas. Sus

labios estaban casi negros ahora, su piel tan pálida y translúcida que podía ver las venas azules debajo como ríos congelados en un paisaje invernal.

—No me hagas esto —susurré mientras mis dedos luchaban torpemente con las correas, cada segundo era una eternidad en la que podía sentir su vida desvanecerse—. No te rindas, Nefy. Eres la persona más terca que conozco, la más fuerte, la más valiente. La que desafió a un rey arrogante hasta hacerlo amarla como un idiota.

El viento helado azotaba a nuestro alrededor mientras aseguraba las últimas hebillas con dedos entumecidos por el frío y el miedo. Su cuerpo inerte pesaba contra mi pecho como todos mis fracasos juntos, como todas las promesas que no había podido cumplir, como todos los «te amo» que nunca me atreví a pronunciar.

—¿Recuerdas la primera vez que volamos juntos? —murmuré contra su pelo ensangrentado—. Estabas aterrada, aunque intentabas disimularlo. Te aferrabas a la silla con tanta fuerza. Pero aun así me desafiabas, me llamabas tirano arrogante entre dientes. Nunca nadie me había hablado así…

Nada. Ni un parpadeo, ni el más mínimo cambio en esa respiración cada vez más superficial. Sus manos, esas manos que habían sanado a tantos con tanta delicadeza, yacían rotas sobre su regazo como pájaros con las alas destrozadas.

—Maldita sea, Nefy —murmuré mientras ajustaba la última correa con desesperación—. No puedes dejarme así. No sin darme la oportunidad de demostrarte que puedo ser mejor, que puedo ser el hombre que mereces. No sin permitirme reparar todo el daño que te he hecho.

Su cabeza se movió sin vida contra mi hombro cuando Draluz se preparó para el despegue. El ángulo me permitió ver las marcas en su cuello, los moretones con forma de dedos, esos que alimentaría mis pesadillas hasta el fin de mis días.

—Te prometo que arderán —susurré mientras la sostenía más fuerte, envolviéndola completamente con mis brazos—. Cada uno de ellos. Cada persona que te tocó, que te lastimó… Los encontraré.

Los haré sufrir tanto que sus gritos se escucharán hasta en el último rincón de este maldito mundo. No quedará nada de ellos, ni siquiera el recuerdo.

Observé a mi alrededor, la batalla que seguía en marcha mientras Draluz se preparaba.

—Despierta y grítame —supliqué desesperado—. Despierta y chíllame por haberte impedido ir a la batalla, por haberte encerrado en la torre. Regáñame como solo tú sabes hacerlo. Insúltame, ódiame, escúpeme a la cara si quieres. Te prometo que no diré nada, que aceptaré cada palabra como la bendición que sería solo por oír tu voz de nuevo.

Mi voz se rompió en sollozos incontrolables mientras mi mente se llenaba de imágenes de todo lo que nunca sería, de todos los momentos que nos habían sido robados.

—Si despiertas, puedes encerrarme a mí si quieres —continué, aferrándome a cualquier promesa que pudiera traerla de vuelta—. Puedes convertirme en tu prisionero, puedes castigarme como desees. Seré tu esclavo, tu sirviente más humilde. Solo… solo abre los ojos. Solo respira. Solo vive, maldita sea. Por favor —supliqué, mientras acercaba mis labios contra su frente helada que ya no parecía humana—. Los niños te necesitan. Yo te necesito. Este maldito reino que no te merece te necesita.

Mi cuerpo comenzó a temblar con violencia cuando sentí lo débil que era su siguiente respiración. Era como sostener un soplo de vida que se desvanecía entre mis dedos, como intentar atrapar el último rayo de sol antes del anochecer, como ver cómo se apagaba la última estrella en el firmamento.

—Eres mi Alisma. Mi otra mitad. La única que ha visto a través de todas mis máscaras, de todas mis defensas. La única que conoce al hombre bajo la corona y, aun así, increíblemente, decidió amarlo. No puedes dejarme. Te necesito…

Draluz comenzó a moverse.

—Te amaré mejor esta vez —prometí mientras Draluz extendía sus enormes alas, preparándose para el vuelo que podría ser nuestra

última oportunidad—. Te daré el lugar que siempre mereciste, a la vista de todos. Serás mi reina, mi igual, mi todo. Solo tienes que vivir, Nefy. Solo tienes que resistir un poco más.

Pero ella seguía alejándose, su vida escapándose con cada latido débil de su corazón moribundo. Y yo, que había comandado ejércitos y gobernado un reino, que había decidido el destino de miles con una simple palabra, nunca me había sentido tan absolutamente impotente como en ese momento, sosteniendo el cuerpo roto de la mujer que amaba mientras la muerte nos pisaba los talones.

—No me dejes. No sin darte la oportunidad de gritarme, de odiarme por haberte fallado. No sin que puedas decirme cuánto me detestas por cada error que cometí.

Pero mientras nos elevábamos hacia el cielo nocturno, mientras el viento helado azotaba nuestros rostros congelando las lágrimas en mis mejillas, solo podía pensar en lo terriblemente frágil que se sentía en mis brazos, en lo increíblemente ligera, como si su esencia misma se estuviera evaporando. En lo cerca, tan dolorosamente cerca que estaba de perderla para siempre.

Y en cómo, después de todo lo que había sufrido por mi culpa, ni siquiera tendría la oportunidad de despedirme. Ni siquiera tendría la posibilidad de decirle, una última vez, lo que significaba para mí. De explicarle que no había sido solo mi Alisma, sino el centro mismo de mi existencia desde el momento en que la encontré.

La sujetaba contra mí como si pudiera mantener su vida con la pura fuerza de mis brazos, como si pudiera evitar que la muerte me la arrebatara solo con aferrarme más fuerte, con amarla más desesperadamente. El viento helado nos azotaba sin piedad mientras Draluz hendía el cielo nocturno con poderosos aleteos, cada uno llevándonos más lejos de aquel castillo maldito, pero no lo suficientemente rápido, nunca lo suficientemente rápido.

—¡Aeran! —El grito de Cleon atravesó la noche—. ¡Espera!

Draza volaba junto a nosotros, sus alas marrones casi rozando las de Draluz. Podía ver el cambio en la expresión de mi hermano mientras sus ojos se posaban en el cuerpo inmóvil que sostenía.

—¡No puedes llevártela así! —gritó sobre el rugido del viento—. Los sanadores de Floralia… tienen todo preparado. Podrían…

Lo miré directamente, y algo en mi expresión lo hizo callar instantáneamente. No era una mirada de rey o de hermano mayor. No era la mirada de un gobernante o de un comandante. Era la mirada de un hombre que sostenía su propio corazón moribundo en los brazos, que sentía cada latido cada vez más débil como una cruel cuenta regresiva hacia el abismo.

Cleon lo comprendió. Sus ojos se movieron del rostro azulado de Nefely a mis manos que temblaban incontrolablemente mientras la sostenía, y todo el color abandonó su rostro de golpe, como si él mismo hubiera sido herido mortalmente.

—Está…

—Diles que ya está —murmuré fríamente—. Pero que no hemos ganado. Diles que el Rey de Dragio no habrá vencido hasta que reduzca Gélidia a cenizas, hasta que no quede ni un solo maldito rincón de ese reino en pie. Que esto es solo el principio.

¿Qué más podía decir? ¿Qué palabras podrían transmitir el horror de lo que estaba sucediendo? ¿Que la mujer que amaba se estaba muriendo lentamente en mis brazos? ¿Que podía sentir su vida escapándose con cada respiración cada vez más débil, con cada latido más distante de su corazón?

Cleon asintió solemnemente, mientras veía las lágrimas congelarse en sus mejillas antes de ser arrastradas por el viento. Nunca lo había visto llorar así desde la muerte de nuestros padres, y el hecho de que lo hiciera ahora solo confirmaba lo que yo ya sabía: que ella significaba tanto para él como para mí, aunque de formas diferentes.

—¿Qué les digo sobre…? —Su mirada volvió a Nefely.

—Diles que está bajo mi protección —respondí con ferocidad—. Bajo la custodia y protección de Dragio y sus dragones. Que vuelve a su hogar, donde debió permanecer siempre.

Tomé aire, sintiendo cómo el poco control que me quedaba amenazaba con desvanecerse.

—Y si Sylvan insiste, dile que si sobrevive… —Mi voz tembló al pronunciar ese «si» que me aterrorizaba hasta lo más profundo—, ella decidirá dónde quiere estar. Será su elección, solo suya. No la de un rey, ni la de un abuelo, ni siquiera la mía. Pero hasta entonces, vuelve a su reino, a su hogar.

—Por los dioses, Aeran —susurró Cleon, sus ojos fijos en el rostro demacrado de Nefely—. ¿Qué le han hecho?

—Cosas por las que arderán —respondí con una calma aterradora —. Cosas por las que todo Gélidia pagará, hasta que no quede ni el recuerdo.

La marca en mi hombro ardía.

No me atrevía a buscar su pulso nuevamente con mis dedos temblorosos. No cuando la última vez apenas había podido sentirlo.

—Ve —le dije a Cleon—. Diles que nos retiramos, pero que no acabará hasta que el último de ellos pague por esto.

Cleon asintió una última vez antes de girar a Draza con un movimiento brusco. Lo vi alejarse hacia el campo de batalla, hacia los gritos de victoria que comenzaban a elevarse en la noche como un coro macabro. Gritos que sonaban como una burla cruel, como un insulto personal mientras la muerte se cernía sobre nosotros, amenazando con arrebatarme lo único que realmente me importaba en este mundo o cualquier otro.

La marca seguía ardiendo, cada vez más intensa, una agonía que se extendía desde mi hombro hasta cada rincón de mi cuerpo. Era como si intentara desesperadamente advertirme, como si gritara que la estaba perdiendo con cada segundo que pasaba. Como si no lo supiera ya. Como si no pudiera sentirlo en cada fibra de mi ser, como si no estuviera grabado a fuego en mi alma.

—No me dejes —susurré contra su pelo—. Por favor, Nefy.

La noche se extendía ante nosotros mientras volábamos hacia una esperanza cada vez más lejana.

Como si el amor desesperado de un rey roto pudiera ser suficiente para mantener con vida a la mujer que había dado

absolutamente todo por salvarnos a todos, que había sacrificado su propio cuerpo y alma por proteger lo que amaba.

Y todo lo que podía hacer era sostenerla, suplicar en silencio, y odiarme por cada decisión que había llevado a este momento, por cada instante en que no la había protegido como debería.

41

Lamento poco real

Nefely

El aire entró en mis pulmones como fuego, arrancándome de la oscuridad con una violencia que me hizo jadear. El mundo giró a mi alrededor en una espiral confusa de sombras y luces danzantes. Demasiado calor. Había demasiado calor después de tanto frío.

Me incorporé bruscamente, el movimiento hizo que me doliera todo el cuerpo. Las mantas a mi alrededor pesaban, eran sofocantes después del hielo al que mi cuerpo se había acostumbrado. El pánico se apoderó de mí mientras intentaba orientarme en esta nueva alucinación.

La habitación de Aeran. Por supuesto. El brujo se estaba volviendo más cruel con sus ilusiones, más detallista. La chimenea ardía con ese fuego controlado que recordaba tan bien. Incluso había recreado el aroma característico de la madera de roble que Aeran siempre prefería.

«No mires», me ordené, cerrando los ojos con fuerza. «No caigas en esto. No otra vez».

Pero el calor era tan real… Las mantas pesaban sobre mi cuerpo con una solidez que hacía difícil mantener la cordura. ¿Desde cuándo

las alucinaciones tenían peso? ¿Desde cuándo el fuego ilusorio calentaba la piel hasta hacerla sudar?

Me deslicé hasta el suelo porque mis piernas estaban demasiado débiles para sostenerme. El camisón manchado de sangre y sudor se pegaba a mi piel y el hedor de mi propio cuerpo era insoportable.

«Es un truco», me repetí mientras me abrazaba a mí misma, sintiendo cada costilla bajo mis dedos destrozados. «Como todas las otras veces. Como todos los falsos rescates, los falsos amaneceres, las falsas esperanzas…».

Me arrastré hacia el espejo. El brujo nunca podía mantener mi reflejo constante en sus ilusiones, siempre había pequeños fallos, detalles que…

La imagen que me devolvió el espejo me arrancó un sollozo ahogado. Mi rostro estaba cubierto de sangre seca y suciedad, el pelo era una masa enmarañada que apestaba a días de cautiverio. Los moretones florecían en cada centímetro visible de mi piel, algunos tan viejos que habían adquirido tonos verdosos, otros tan recientes que aún palpitaban con cada latido de mi corazón.

«Mejor», pensé mientras estudiaba mi reflejo. «Más real. El brujo está aprendiendo».

Me senté en el suelo, apoyando la espalda contra la pared. El calor de la chimenea era casi insoportable después de tanto frío, pero me negué a moverme. Pronto despertaría. Pronto estaría de vuelta en mi celda helada, y este calor sería solo otro recuerdo tortuoso.

«¿Cuánto durará esta vez?», me pregunté mientras observaba las llamas danzar. «¿Cuánto antes de que la ilusión se rompa? ¿Antes de que sus manos vuelvan a…?».

Las grietas en la piedra negra del collar brillaron. Pronto. Pronto el brujo terminaría este juego cruel, y Soren…

Cerré los ojos, permitiendo que las lágrimas corrieran libremente. Era más fácil así. Más fácil que luchar, que intentar creer que esta vez era diferente. Porque no lo era. No podía serlo.

«Al menos salvé a Kieran», pensé mientras el calor me adormecía lentamente. «Al menos eso fue real. Tiene que haberlo sido».

Pero, ¿y si no? ¿Y si Kieran nunca había estado allí? ¿Y si todo —su pequeño cuerpo tembloroso, sus ojos aterrorizados, el sonido de los grilletes al abrirse— había sido otra cruel fabricación del brujo? Las dudas se arrastraban por mi mente. Ya no podía distinguir mis propios recuerdos de las pesadillas implantadas.

¿Realmente había apuñalado a Soren? ¿Había sentido la daga hundirse en su carne, visto la sorpresa en sus ojos cuando la sangre brotaba de su hombro? ¿O era solo otro recuerdo falso, otra semilla plantada para romperme cuando la esperanza empezara a florecer?

Las llamas seguían danzando tras mis párpados cerrados. Pero no me moví. No abrí los ojos. No me permití creer.

Porque creer significaba esperanza… y la esperanza dolía más que cualquier tortura física.

Así que me quedé sentada en el suelo, sintiendo cómo la suciedad de mi cuerpo manchaba la perfecta ilusión de esta habitación que tanto había amado.

El brujo se estaba volviendo mejor en sus juegos mentales. Cada detalle era perfecto: el crepitar del fuego, el peso de las mantas que había dejado en la cama, incluso el olor de los libros viejos que Aeran siempre mantenía en su escritorio.

Pero no me engañaría. No esta vez.

Porque cuando la ilusión se rompiera, cuando volviera a esa celda helada, al menos tendría la certeza de que había salvado lo que importaba. Kieran estaba a salvo. Los huevos estaban fuera de su alcance.

El resto… el resto no importaba.

Me acurruqué más contra la pared, ignorando el dolor que atravesaba cada parte de mi cuerpo. Las lágrimas seguían corriendo por mis mejillas, mezclándose con la sangre y la suciedad que cubrían mi rostro.

«Déjame despertar», supliqué silenciosamente. «Por favor, solo… déjame despertar ahora. Antes de que la ilusión se vuelva más cruel. Antes de que empiece a creer…».

Pero el fuego seguía ardiendo, el calor seguía envolviéndome, y yo… yo solo podía esperar el momento en que todo se desvanecería, dejándome nuevamente en la fría realidad de mi prisión.

Era mejor así. Mejor no creer. Mejor no esperar. Mejor solo… existir en este momento, sabiendo que no era real, que no podía serlo.

Las voces en el pasillo atravesaron mi consciencia.

—¡Debiste obedecer mis órdenes! —Una voz que no conocía resonó con autoridad—. ¡El carro esperaba con todo preparado! ¡Mis sanadores podrían haberla ayudado!

«Otra ilusión», pensé mientras hundía más la cabeza entre mis rodillas. «El brujo probando nuevos trucos».

—¡No me importan tus órdenes! —La voz que sonaba como él respondió con furia—. ¡No pienso enviarla lejos de su hogar!

—¡Este no es su hogar! —La voz desconocida vibró con rabia—. ¡Debería estar donde puede sanar apropiadamente, no en este castillo lleno de recuerdos que la atormentarán!

Me balanceé suavemente, intentando no escuchar. Las voces nunca eran reales. El brujo siempre jugaba con mi mente así, haciéndome creer que…

—¡No sé ni cómo sobrevivió al viaje sobre un dragón en su estado! —exclamó la voz desconocida—. ¡El frío, la altura, sus heridas… cualquiera de esas cosas podría haberla matado!

—La protegí. —La respuesta de la voz que sonaba como Aeran fue tan feroz que casi pude sentir su calor a través de la puerta—. Con mi cuerpo, con mi alma, con todo mi ser. La cubrí con mi capa, la sostuve contra mi pecho, respiré mi calor sobre su piel helada. ¡Habría dado mi vida mil veces para que llegara con vida!

—Por favor. —Una tercera voz interrumpió, y algo en ella hizo que mi estómago se retorciera. La conocía, de algún lugar en mis

recuerdos fragmentados—. Esta discusión no ayuda a nadie. Ella necesita paz, no más conflictos.

«Las voces cambiarán pronto», me recordé. «Siempre cambian. Siempre se vuelven más crueles hasta que…».

—¡No tienes derecho a retenerla aquí! —El desconocido continuó —. Mi reino puede ofrecerle la paz que necesita, la sanación que…

—¡Ya he dicho que no! —El que sonaba como él rugió—. ¡No la enviaré con desconocidos!

—¡Somos su familia! ¡Tenemos más derecho que…!

—¡Se acabó! —Esa tercera voz, la que provocaba ese dolor en mi memoria, interrumpió—. ¡Los dos! ¡Esto solo empeorará su estado!

—Si es que despierta algún día —murmuró amargamente el desconocido, negándose a ceder—. Después de ese viaje en dragón, después de todo lo que ha sufrido… Es posible que tu afán por mantenerla aquí sea lo que termine por matarla.

Me encogí más contra la pared, deseando poder fundirme con la piedra. El brujo nunca había creado voces tan convincentes antes. Nunca había tejido una ilusión tan completa…

«Pronto despertaré», me repetí mientras las lágrimas corrían silenciosamente por mis mejillas. «Pronto estaré de vuelta en mi celda, y todo esto será solo otro truco cruel».

Porque tenía que serlo. No podía ser real. Nada de esto podía ser real.

Me incorporé del suelo con piernas temblorosas, apoyándome en la pared. Las voces seguían discutiendo en el pasillo, pero me obligué a ignorarlas. El brujo siempre hacía esto: crear distracciones, tejer ilusiones cada vez más elaboradas hasta que comenzaba a dudar de mi propia cordura.

Me acerqué al fuego con pasos inseguros. «Esto terminará pronto», me dije. «Como todas las otras veces».

El fuego danzaba hipnóticamente, las llamas se retorcían en patrones que parecían burlarse de mí. En las otras ilusiones, el brujo nunca se molestaba en hacer que el fuego quemara realmente. Era

solo una imagen, luz sin calor, como todo lo demás en sus juegos mentales.

Extendí mi mano destrozada hacia las llamas, esperando sentir… nada.

El dolor fue instantáneo y brutal. Retiré la mano con un grito ahogado, las lágrimas nublaron mi visión mientras observaba la marca roja que comenzaba a formarse en mi palma. El fuego… el fuego había quemado.

«No», sacudí la cabeza, negándome a creer. «Es otro truco. Más elaborado, más cruel, pero solo un truco».

Mis ojos se posaron en la jarra de vino sobre la mesa. Mi garganta se cerró dolorosamente. ¿Cuánto tiempo había pasado desde mi última bebida real? ¿Días? ¿Semanas?

Me tambaleé hacia la mesa, mis dedos temblorosos apenas podían sostener la copa. El aroma del vino era tan real que hizo que mi estómago vacío se retorciera. La sed me consumía después de tantos días de raciones mínimas en aquella celda helada. «No es real», me recordé mientras llevaba la copa a mis labios. «Nada de esto es…».

El primer trago fue insoportable. Tosí y jadeé, pero no pude detenerme. La sed era demasiado intensa, el hambre que me carcomía por dentro demasiado feroz. Una copa tras otra, bebí como si el vino pudiera lavar todos los horrores que llevaba dentro. Era tan real… el sabor, la textura, la forma en que el alcohol comenzaba a nublar mis sentidos, a enturbiar la rabia y el miedo constantes…

Demasiado real.

Mi estómago vacío, acostumbrado a la inanición y el agua helada, se rebeló violentamente ante el alcohol caliente. Apenas tuve tiempo de alcanzar el barreño junto a la cama antes de que todo el vino volviera a subir, mezclado con bilis y sangre. Las arcadas sacudían mi cuerpo con tanta fuerza que sentía que mis costillas mal curadas se romperían de nuevo.

Yo estaba tan acostumbrada al vacío, que mi cuerpo protestaba con violencia ante el vino que había intentado forzar dentro de él.

«El dolor nunca había sido tan real en las otras visiones», susurró una voz traicionera en mi mente. «Las ilusiones del brujo nunca…».

—No —gruñí entre arcadas—. No es real. No puede ser real.

Cuando finalmente no quedó nada más que expulsar, me derrumbé junto al barreño. El sabor amargo en mi boca, el ardor en mi garganta, el temblor en mis extremidades… todo se sentía demasiado vívido, demasiado presente.

Las voces en el pasillo habían cesado, reemplazadas por un silencio pesado. ¿Era así como el brujo planeaba romperme esta vez? ¿Haciéndome dudar de cada sensación, de cada momento de dolor?

Me encogí más contra la pared cuando vi la ropa sobre la cama. Los vestidos —tan similares a los que él había mandado hacer para mí hacía lo que parecía una vida entera— parecían burlarse de mí con su perfección inmaculada.

Estiré mi mano temblorosa hacia la cama, mis dedos destrozados apenas podían agarrar el borde de una de las mantas. Si esto era otra ilusión, al menos podría pretender por un momento que el calor de la manta era real.

La tela cayó pesadamente sobre mis hombros, y el aroma… oh dioses, el aroma. Olía a cuero, a dragón y a sol, a días más felices cuando aún creía en la bondad del mundo. Me envolví en ella como si pudiera esconderme de todo: de las voces, de los recuerdos, de la posibilidad terrible de que esto fuera real.

Mis ojos recorrían la habitación frenéticamente, esperando ver las paredes derretirse, la realidad doblarse como siempre ocurría en las visiones del brujo. En cualquier momento, todo se desvanecería y estaría de vuelta en esa celda helada, con las manos de Soren…

Un sonido en la puerta hizo que mi corazón se detuviera. El raspar suave de metal contra metal, el crujido de madera…

Hundí mi cabeza entre mis rodillas, apretando los ojos con tanta fuerza que veía manchas de color bailando en la oscuridad. No miraría. No esta vez. Si no veía quién entraba, tal vez la ilusión se

rompería más rápido. Tal vez el dolor sería menor cuando despertara.

Temblaba dentro de la manta mientras esperaba lo inevitable. Porque no importaba si era real o no, siempre dolía igual cuando la esperanza moría.

—Nefely. —Su voz atravesó la habitación como una daga directa a mi corazón. Era tan similar, tan perfecta en su dolor y anhelo que me hizo temblar con más fuerza.

—Por favor —susurré contra mis rodillas—. Por favor, para. Ya no… ya no puedo más.

Un paso. Otro. Sus botas resonaban contra la piedra exactamente como recordaba.

—Haré lo que quieras —supliqué entre jadeos desesperados—. Lo que sea. Solo… solo para. Por favor, para. Vuelve a la celda, vuelve a las torturas, pero no me des esto… no me des esperanza para luego arrebatármela.

Podía olerle, dioses, podía olerle. Ese aroma a cuero y metal y algo indefinible que era puramente él. El olor a dragón, a libertad. El brujo nunca había logrado recrear eso en sus ilusiones. Nunca…

—¡Ya basta! —grité—. ¡Castígame! ¡Hazme daño! ¡Lo que sea! ¡Pero deja de pretender que…!

Un golpe sordo me interrumpió. Algo —alguien— había caído al suelo. El sonido fue tan inesperado, tan fuera del patrón usual de estas visiones, que levanté la cabeza por puro instinto.

Y entonces lo vi.

Aeran estaba de rodillas, su frente contra el suelo en una postura de total sumisión que jamás le había visto adoptar. Sus hombros se sacudían con sollozos violentos que parecían desgarrarlo desde dentro.

—No —susurré, incapaz de procesar lo que veía—. No, esto no… esto no es lo que…

—Perdóname. —Su voz estaba tan rota que apenas la reconocí—. Por los dioses, Nefely, perdóname.

Me encogí contra la pared, la manta se apretó más alrededor de mi cuerpo tembloroso.

—Las ilusiones no… —Tragué con dificultad—. Las ilusiones no lloran así.

Levantó la cabeza entonces, y lo que vi en sus ojos me robó el aliento. No era la mirada fría y calculadora del brujo pretendiendo ser él. No era la crueldad burlona de Soren jugando con mi mente. Era puro dolor.

—No soy una ilusión —susurró, y las lágrimas seguían corriendo por su rostro sin ningún intento de ocultarlas—. Soy yo, Nefy. Soy…

—¡No! —grité, presionándome más contra la pared—. ¡No me llames así! ¡Él es el único que…!

—El único que te llamaba así —completó suavemente—. El único que te veía realmente, incluso cuando era demasiado ciego para admitirlo.

Algo en su voz, en la forma en que temblaba… Las ilusiones del brujo siempre eran perfectas, demasiado controladas. Esto era… esto era caótico, desordenado, dolorosamente humano.

—Tus manos —susurré, mirando sus dedos que se clavaban en la piedra del suelo—. Estás… estás sangrando.

Y lo estaba. Sus uñas se habían partido contra la piedra, pequeños hilos de sangre corrían por sus dedos. El brujo nunca… nunca había incluido detalles así en sus visiones.

—No me importa —respondió—. Nada importa excepto que estás viva. Que estás…

Se interrumpió con un sollozo tan violento que hizo que su cuerpo entero se sacudiera. Seguía de rodillas, pero ahora sus manos se habían cerrado en puños tan apretados que los nudillos se habían vuelto blancos.

—No sé qué es real —admití—. Ya no… ya no puedo distinguir…

—Lo sé —respondió suavemente—. Lo sé, amor mío. Y es mi culpa. Todo… todo es mi culpa.

—Por favor —supliqué—. No me llames… no me llames así.

Pareció comprenderlo al instante.

—Oh, dioses —susurró, y parecía que iba a vomitar—. Él… él te llamaba…

Asentí, incapaz de formar palabras. La manta se apretó más alrededor de mi cuerpo como si pudiera protegerme de los recuerdos.

—Nunca más —juró—. Nunca… nunca volveré a…

Se interrumpió, asintiendo frenéticamente. Sus manos temblaban contra la piedra del suelo, pero no hizo ningún movimiento para acercarse.

Algo en eso —en la forma en que mantenía su distancia, en cómo contenía cada impulso de alcanzarme— hizo que una grieta diminuta apareciera en el muro de mi incredulidad. El brujo nunca… nunca había hecho que sus ilusiones respetaran mi espacio así.

—¿Realmente eres tú? —susurré—. ¿Esto es…?

—Sí —respondió suavemente—. Soy yo, Nefely. Estás en casa.

Casa. ¿Todavía tenía un hogar? ¿Todavía quedaba suficiente de mí para pertenecer a algún lugar?

—Kieran. ¿Él…?

—Está a salvo —respondió rápidamente—. Lo salvaste. Como siempre haces, salvaste a todos menos a ti misma.

Seguí llorando de forma impotente.

—¿Los huevos?

—También a salvo —asintió—. Todo… todo lo que intentaste proteger está a salvo.

Me permití creerle, solo un poco. Solo lo suficiente para que el nudo en mi pecho se aflojara ligeramente.

Extendió una mano hacia mí, un gesto instintivo que pretendía ser reconfortante. Sus dedos apenas se movieron en mi dirección, pero fue suficiente para que todo mi cuerpo se tensara en pánico.

—¡No! —chillé, encogiéndome contra la pared—. ¡No me toques! ¡Te lo suplico, no lo hagas!

Retiró la mano de inmediato, como si mi voz le hubiera quemado.

—No te acerques —susurré—. Por favor, no… no puedo…

Se congeló al instante, volviendo a su posición anterior. No preguntó por qué. No exigió explicaciones. Solo… respetó mi necesidad de espacio.

Y eso, más que cualquier otra cosa, me hizo considerar que tal vez… tal vez esto era real después todo.

—No me acercaré —prometió con voz ronca—. No me moveré de aquí. No te tocaré. Haré exactamente lo que me pidas, sin rechistar, sin preguntar. Estoy a tus pies, Nefely, como debí estar siempre. Te debo… te debo tanto que no hay palabras para expresarlo.

Las lágrimas corrían por mi rostro sin control mientras lo observaba, aún insegura de la realidad de este momento.

—Casi te pierdo —susurró mirándome—. Te sostenía en mis brazos y sentía cómo te desvanecías. Cada latido de tu corazón era más débil que el anterior, y yo… yo sentía que me moría contigo. —Los sollozos sacudían su cuerpo con violencia—. El frío… estabas tan fría. Y no podía hacer nada, no podía…

Se detuvo, ahogándose con sus propias lágrimas.

—Lo siento —susurró entre sollozos—. Lo siento tanto. Por no verte, por no entender, por no llegar antes…

Quería decirle que parara. Que sus disculpas dolían más que cualquier tortura física.

—Sé que no merezco tu perdón —continuó—. No merezco ni siquiera estar en tu presencia. Pero por favor… por favor, créeme cuando te digo que esto es real. Que estás a salvo. Que nunca más permitiré que nadie te lastime.

«A salvo». ¿Existía tal cosa para alguien tan roto como yo? ¿Podría alguna vez volver a sentirme segura cuando el simple pensamiento de ser tocada me hacía temblar de terror?

Aeran se puso en pie lentamente, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. Sus ojos recorrieron la habitación, deteniéndose en el barreño y la jarra de vino vacía.

—¿Cuánto…? ¿Cuánto tiempo llevas sin comer? ¿Sin beber?

Me encogí de hombros.

—No lo sé —susurré—. Los días… No sé cuánto tiempo ha pasado.

Vi cómo las lágrimas volvían a correr por su rostro, silenciosas y constantes. Su respiración se volvió irregular mientras luchaba por mantener la compostura.

—Mandaré a una doncella que te traiga comida y…

—¡No! Por favor, no… no me dejes aquí. No me encierres. No puedo… no puedo soportar más paredes, más…

—No estás encerrada. Eres libre, Nefy. Completamente libre. Puedes ir donde quieras, cuando quieras.

Un sollozo sacudió mi cuerpo. Libre. La palabra sonaba extraña, irreal después de tanto tiempo.

—Quizás… Quizás querrías bajar al comedor. Comer algo caliente. Lo que desees. Todo lo que pidas. Pero no te dejaré aquí sola, no si no quieres.

—¿Puedo… puedo salir? —Mi voz sonaba tan pequeña, tan rota —. ¿De verdad?

—Sí —respondió con fiereza—. Puedes ir donde quieras en este castillo. Es tu hogar, si… si aún lo quieres.

Seguía creyendo que iba a despertar, que todo esto era una ilusión.

—No puedo… —Miré mi camisón sucio, mi cuerpo cubierto de sangre—. No puedo salir así. No quiero que nadie me vea así. —Tragué con dificultad, las palabras sabían amargas en mi boca—. No quiero que tú me veas así.

—Hay ropa —señaló suavemente hacia la cama—. Y puedo hacer que preparen un baño, si quieres. O no. Lo que te haga sentir más cómoda. Todo a tu ritmo, Nefely. Todo según lo que necesites.

La idea de un baño hizo que mi estómago se retorciera. El agua caliente en mi piel lastimada…, pero la suciedad, el hedor…

—¿Los niños? —pregunté en su lugar—. ¿Están…?

—Están bien —respondió rápidamente—. Preocupados por ti. Te extrañan terriblemente. Pero no tienes que verlos hasta que estés lista. No tienes que hacer nada hasta que estés lista.

Asentí lentamente, procesando sus palabras. Todo era… demasiado. Demasiadas opciones después de tanto tiempo sin ninguna.

—No… no puedo ver a los niños —susurré—. Podría… podría hacerles daño.

Vi que quería protestar, pero se contuvo. Y eso, más que nada, me convenció de que realmente era él.

—Necesito comer —murmuré, mirando al suelo—. Antes del baño, si… si es posible. Sé que huelo mal, que estoy sucia, pero…

—Estás perfecta. Para mí siempre estás perfecta, Nefy.

Se acercó a la cama lentamente. Cogió uno de los vestidos que reposaban sobre las mantas.

Negué con la cabeza antes de que pudiera ofrecérmelo. No podía… no podía soportar la idea de un vestido.

Sin decir palabra, dejó caer el vestido al suelo como si le quemara los dedos. Se giró hacia el armario y sacó unos pantalones y una camisa de manga larga, el cuello alto y cerrado.

Asentí levemente al ver la ropa. Cubriría todo. No dejaría nada expuesto.

—Te esperaré fuera —dijo suavemente, moviéndose hacia la puerta—. Cuando estés lista…

—Por favor. Por favor, no… no entres cuando me esté cambiando. No dejes que nadie…

—No entraré —prometió—. Ni yo ni nadie. Tienes mi palabra, Nefely. Nadie cruzará esa puerta sin tu permiso expreso.

Me quedé en el suelo, la manta aún envuelta firmemente a mi alrededor, mientras él se dirigía a la salida. Cada paso que daba resonaba en la habitación como un eco de todas las promesas que acababa de hacer.

—¿Aeran? —Lo llamé justo antes de que alcanzara la puerta.

Se detuvo, pero no se giró. Como si supiera que verlo directamente sería demasiado en este momento.

—¿Esto es real? ¿De verdad estoy aquí?

—Es real —respondió suavemente—. Y nunca más permitiré que nadie te haga dudar de lo que es real y lo que no.

Pronuncié su nombre de nuevo, esta vez solo para mí, saboreando cómo se sentía en mi lengua después de tanto tiempo de silencio forzado, de gritos y súplicas. «Aeran». Quería ver cómo su rostro reaccionaba al sonido de mi voz diciendo su nombre, si sus ojos se iluminarían como antes, si sus labios se curvarían en esa sonrisa que solo me dedicaba a mí. Pero no me atreví a pedirle que se girara. No estaba lista para enfrentar todo lo que su mirada podría contener.

42

Sumiso a ti

Aeran

Los pasillos del castillo se volvían interminables mientras corría con Nefely en mis brazos, su cuerpo tan liviano que parecía que fuera a desvanecerse con cada paso. La mantenía firme contra mi pecho, intentando transmitirle algo de mi calor, rogando a todos los dioses que siguiera respirando hasta que pudiera ponerla a salvo.

—¡Abrid paso! —gritaba Thorak frente a mí, despejando el camino de sirvientes curiosos y guardias aturdidos—. ¡Dejad paso al rey!

Las miradas de terror que nos seguían contaban la historia que yo no podía expresar con palabras. El estado de Nefely, las marcas visibles en cada centímetro de piel expuesta, la forma en que su cabeza colgaba inerte contra mi hombro… Todo hablaba del infierno del que la habíamos rescatado.

Al doblar la esquina hacia el ala real, Avery apareció frente a nosotros. Mi hermana se detuvo en seco, sus ojos se agrandaron al ver lo que quedaba de la mujer que había sido una figura maternal para ella.

—¿Es…? —Su voz se rompió mientras se cubría la boca con las manos, ahogando un sollozo—. ¿Nefely?

No respondí. No podía. Cada segundo que perdía hablando era un segundo más cerca de perderla para siempre. Avery se pegó a la pared para dejarnos pasar, las lágrimas corrían libremente por su rostro mientras sus ojos seguían fijos en el cuerpo destrozado en mis brazos.

—Los sanadores…

—Ve con tus hermanos, ve con Kieran —ordené—. Mantenlos lejos de aquí. No deben verla así.

Avery asintió, aunque pude ver la batalla en sus ojos: el deseo de seguirnos, de estar con Nefely, luchando contra la comprensión de que los más pequeños necesitaban ser protegidos de esta realidad brutal.

Una vez en mi habitación, deposité a Nefely en la cama con cuidado, como si fuera de cristal. La cubrí con mantas hasta el cuello, ocultando las marcas que narraban su tortura, enfermamente agradecido de que estuviera inconsciente y no tuviera que ver la rabia y el pánico en mi rostro.

—Encended el fuego —ordené a los sirvientes que nos habían seguido—. Mantenedlo ardiendo toda la noche. Traed más mantas, agua caliente, todo lo que pueda combatir el frío.

Mientras cumplían mis órdenes, me arrodillé junto a la cama con mis ojos fijos en su rostro, buscando desesperadamente algún signo de mejoría. Pero seguía tan pálida, tan inmóvil…

—Los sanadores dicen que no sobrevivirá la noche —murmuró Thorak a mi espalda—. El frío y las heridas son muy graves, comentan.

—Vivirá. Tiene que vivir.

Cuando los sirvientes terminaron, me incorporé lentamente. Por mucho que deseara quedarme junto a ella, sabía que invadir su espacio no era lo que necesitaba en ese momento. Si despertaba y me encontraba observándola mientras dormía, después de todo lo que había sufrido…

—Nadie entra —instruí a Thorak mientras me dirigía a la puerta —. Nadie la toca. Nadie se acerca a ella sin su permiso expreso.

Mi capitán asintió, comprendiendo la gravedad de mis palabras. No más fallos. No más dolor para la mujer que ya había soportado demasiado.

Una vez fuera de la habitación, la rabia que había mantenido a raya mientras estaba con Nefely finalmente explotó. Las lágrimas se secaron en mis mejillas mientras un fuego diferente ardía en mi interior.

—Los traidores —gruñí—. Encuentra a cada uno de los infiltrados de Gélidia. Ahora.

La sangre goteaba de mi espada mientras atravesaba los pasillos del castillo horas más tarde, la mirada fija en un punto invisible frente a mí. El primer infiltrado lo encontramos en las cocinas. Leoren, un ayudante que llevaba apenas unos meses en el castillo. Cuando Thorak lo confrontó, confesó de inmediato, temblando ante mi presencia silenciosa.

—Yo no hice nada, mi señor —suplicó, cayendo de rodillas—. Solo escuchaba, solo informaba. Nunca toqué a nadie, lo juro por todos los dioses.

Pero sus palabras cayeron en saco roto. Solo podía ver a Nefely, inmóvil en la nieve, su cuerpo maltratado. ¿Cuántos informes había enviado este hombre? ¿Cuántas veces su información había contribuido al sufrimiento de Nefely?

Ni siquiera recuerdo haber dado la orden. Solo el rugido de Draluz fuera de las ventanas, el brillo de las llamas iluminando el patio, y el silencio que siguió.

El segundo fue un guardia. El tercero, un cuidador de caballos. El cuarto, un ayudante menor que llevaba años en la corte. Cada uno tenía una excusa, una razón, una súplica. Algunos juraban no haber hecho nada malo. Otros, ya sabiendo su destino, me escupían veneno antes de morir.

—Gélidia es más fuerte que nunca —rugió uno de ellos mientras lo arrastrábamos al patio—. Habrá más como yo. La sangre de

Dragio regará nuestros campos y tu preciosa sanadora será solo un recuerdo.

No recuerdo su rostro. Solo el momento en que mis hombres lo arrojaron ante Draluz, y el instante fugaz en que las llamas plateadas lo envolvieron, transformándolo en cenizas que el viento dispersó como si nunca hubiera existido.

Thorak permanecía a mi lado, su expresión era tan implacable como la mía. Por primera vez desde que lo conocía, no había dudas en sus ojos, no había advertencias sobre moderación o justicia. Solo había rabia. Rabia y dolor por la mujer que todos habíamos fallado en proteger.

—Siete —informó después de horas de interrogatorios y ejecuciones—. Siete traidores confirmados. Puede que haya más, pero estos son los que tenemos pruebas.

Asentí mecánicamente, con mi mente ya en otro lugar. Con ella. ¿Seguiría respirando? Los sanadores habían dicho que no pasaría la noche, que el frío y las heridas eran demasiado graves. Que debía prepararme para lo inevitable.

En mi camino hacia ella, Sylvan me interceptó.

—¿Dónde está? —exigió saber—. ¿Dónde has puesto a mi nieta?

La discusión que siguió fue breve y amarga. Él exigía que Nefely fuera trasladada a un carro especializado, preparado con hierbas y pociones de Floralia. Que fuera llevada a su reino, donde sus sanadores podrían atenderla adecuadamente. Donde estaría «a salvo de la incompetencia de Dragio».

Sus amenazas no me afectaron. Sus promesas de sanadores mejores, de lugares más seguros, de magia… Nada importaba. Solo ella. Solo la necesidad de tenerla cerca, de saber que respiraba bajo el mismo techo, de poder escuchar su corazón latiendo, aunque fuera a través de una puerta cerrada.

Finalmente, fue Lonan quien intervino. Con palabras suaves convenció a su rey de que Nefely necesitaba despertar en un lugar familiar, rodeada de recuerdos que pudieran anclarla a la realidad después de tanto horror.

Con esa batalla ganada temporalmente, volví al pasillo frente a mi propia habitación donde había dejado una guardia. Thorak había dispuesto a los mejores hombres, aquellos cuya lealtad estaba más allá de toda duda, para vigilar cada esquina, cada posible entrada.

Me informó que había escuchado movimiento dentro de la habitación, que Nefely parecía haber despertado. Con el corazón martilleando en mi pecho, me arriesgué a entrar después de tantas horas fuera.

Lo que encontré me destrozó más que todos los horrores que había presenciado. Nefely estaba despierta, pero apenas me reconocía. Encogida en un rincón, temblaba violentamente ante mi presencia. Sus ojos, antes tan llenos de vida y desafío, ahora estaban vacíos de todo excepto terror. Intenté acercarme, hablarle con suavidad, pero cada paso que daba hacia ella la hacía encogerse más, como si esperara un golpe, un castigo por simplemente existir.

Me retiré de la habitación con el alma hecha pedazos. En cuanto la puerta se cerró tras de mí, mis piernas cedieron. Me deslicé contra la pared hasta el suelo, los sollozos sacudían mi cuerpo con tanta violencia que apenas podía respirar. Las lágrimas corrían libremente por mi rostro mientras la imagen de Nefely, encogida en ese rincón, temblando ante mi presencia, se grababa a fuego en mi mente.

Thorak se encontraba al final del pasillo. Mi capitán tuvo que girarse para ocultar su propio dolor. Sus hombros temblaban ligeramente, y el movimiento brusco con que se secó el rostro me dijo que no era el único luchando contra las lágrimas.

Me obligué a ponerme en pie, aunque cada músculo de mi cuerpo protestaba.

—Thorak —ordené intentando controlar mis lágrimas—. Necesito… necesito que…

Me detuve, tragando con dificultad. La imagen de su cuerpo destrozado, de sus manos rotas, del terror en sus ojos cuando la llamé «amor»… Todo se mezclaba en mi mente hasta que apenas podía formar pensamientos coherentes.

—Las cocinas —logré decir finalmente, forzándome a mantener la compostura—. Quiero que preparen todo. La mejor comida que tengamos. Llena una mesa entera si es necesario.

Mi capitán asintió.

—Y después… —continué—. Necesito que las doncellas preparen un baño. Con hierbas curativas, ungüentos… todo lo que pueda ayudar con…

¿Cómo explicar que necesitábamos algo que pudiera lavar no solo la suciedad, sino también los horrores que habían marcado su piel? ¿Cómo pedir que prepararan agua suficientemente caliente para quemar los recuerdos de manos crueles y noches interminables?

—Me ocuparé personalmente, mi señor —respondió Thorak.

—Sylvan… —comencé, pero me detuve. El rey de Floralia había estado furioso cuando le pedí tiempo, cuando insistí en que debía ser yo quien le dijera a Nefely sobre su herencia, sobre su abuelo. Pero Lonan… Lonan lo había entendido. Había visto en mis ojos la necesidad desesperada de hacer esto bien, de no abrumarla con más verdades.

—Esperan en sus aposentos —confirmó Thorak—. El príncipe Lonan… Convenció al rey de que necesitaba tiempo.

—¿Los niños? —pregunté, aunque temía la respuesta.

—Kieran duerme —respondió suavemente—. El maestre le dio una poción para ayudarlo a descansar. Los demás esperan. Cleon está con ellos.

Asentí, agradecido por mi hermano que siempre sabía qué hacer cuando yo me perdía en mi propio dolor. Todavía me parecía un milagro la forma en que Kieran había llegado, montado sobre Estros como si hubiera nacido para volar. Los sanadores de Floralia lo habían recibido inmediatamente, tratando las heridas en sus muñecas y el golpe en su cabeza con una eficiencia que agradecí en silencio. Cuando mis hermanos lo vieron, fue como si un rayo de luz atravesara la oscuridad que nos había envuelto. Venya no se había despegado de él, aferrándose a su mano como si temiera que fuera

a desaparecer nuevamente. Y los huevos… esos huevos de dragón que Nefely había protegido a costa de su propia seguridad, ahora estaban custodiados en la cámara más segura del castillo.

—Ella… Ella cree que podría lastimarlos. El brujo… le hizo ver cosas. La hizo creer…

No pude continuar. La furia y el dolor se mezclaban en mi pecho hasta que apenas podía respirar. Thorak dio un paso hacia mí, como si quisiera ofrecer consuelo, pero se detuvo. Ambos sabíamos que no lo merecía.

—Las cocinas —repitió, dándome la oportunidad de recomponerme—. Me ocuparé de todo, mi señor.

—Gracias —susurré.

Mientras lo veía alejarse por el pasillo, me permití un momento más de debilidad. Me apoyé contra la pared, dejando que las lágrimas salieran libremente. Porque detrás de esa puerta, la mujer que amaba temblaba ante mi presencia, incapaz de distinguir la realidad de las pesadillas que otros habían plantado en su mente.

Y todo… todo era mi culpa.

La puerta se abrió suavemente y ella emergió como una sombra de sí misma. Su pelo estaba completamente recogido, un intento de orden que solo servía para hacer más visibles las marcas en su cuello y rostro.

La ropa que había elegido le quedaba grande, flotaba sobre su cuerpo como fantasmas de la figura que una vez tuvo. Sus ojos no paraban quietos, saltando de un rincón a otro del pasillo, como si en cualquier momento las paredes pudieran desvanecerse y revelar que todo esto era solo otro cruel engaño de su mente torturada.

No comprendía de dónde sacaba tanta fuerza. Yo apenas podía mantenerme en pie, el impulso de caer de rodillas y llorar era casi insoportable. Pero ella… ella seguía avanzando, cada paso una batalla contra el dolor que claramente atravesaba todo su cuerpo.

Caminamos en silencio por el pasillo. Me mantuve a una distancia prudente, lo suficientemente cerca para ayudarla si lo necesitaba, pero sin invadir el espacio que ahora parecía vital para ella. Mis

manos temblaban ligeramente con el deseo de tocarla, de comprobar que realmente estaba allí, que no era un espejismo creado por mi mente desesperada. Pero me contuve. Había visto el terror en sus ojos cuando me acerqué demasiado, y me había jurado no volver a causarle más dolor, ni siquiera involuntariamente.

Su respiración era ligeramente irregular, y pude ver cómo se apoyaba sutilmente en la pared mientras avanzábamos. Las escaleras fueron una prueba particularmente cruel, cada escalón parecía costarle un esfuerzo monumental, aunque se negaba a mostrar debilidad.

Al llegar al pasillo inferior, las primeras doncellas que nos vieron reaccionaron instantáneamente. Sus susurros de respeto llenaron el aire mientras hacían reverencias profundas. El «mi señora» que pronunciaban estaba cargado de genuina devoción.

Nefely se detuvo en las puertas del comedor, y el movimiento me rompió el corazón. Esperaba mi permiso. Como si necesitara autorización para existir en su propio hogar.

—Lo siento —susurró—. No debería… no sé si puedo…

—No. No te disculpes. Nunca te disculpes. Esta es tu casa. Tú eres…

No podía llamarla como antes. Cada título de afecto que quería darle había sido contaminado por ese monstruo. «Mi amor», «mi vida», «mi reina»… todas esas palabras que una vez fluyeron tan naturalmente de mis labios ahora eran armas potenciales que podían hacerla encogerse de terror.

Sus ojos recorrían la mesa llena de comida mientras se sentaba con movimientos calculados para minimizar el dolor. Podía ver el hambre en su mirada, la forma en que sus manos destrozadas temblaban ligeramente ante la vista de tanto alimento. Pero algo la detenía, como si esperara que todo fuera a desaparecer en el momento que intentara tocarlo.

Llené una copa con agua y se la ofrecí, intentando no reaccionar cuando vi cómo sus dedos luchaban por sostenerla. Cada

movimiento torpe, cada mueca de dolor era una puñalada directa a mi corazón.

—Ordené que prepararan todo lo que recordaba que te gustaba —dije, intentando llenar el silencio—. Aunque quizás… quizás tus gustos hayan cambiado.

—Sé que quieres hacerme preguntas —susurró, ignorando mi comentario—. Sobre lo que pasó, sobre…

—No —mentí rápidamente, aunque por dentro ardía por saber cada detalle, por conocer cada herida para poder vengarla debidamente—. No necesitas…

—No es cierto. —Por un momento vi un destello de la Nefely que conocía, la que siempre podía ver a través de mis mentiras, la que nunca me permitía esconderme detrás de mi corona.

Una sonrisa triste se formó en mis labios mientras las lágrimas amenazaban con caer nuevamente.

—Es posible —admití—. Pero ahora mismo, lo único que quiero es verte comer y beber hasta hartarte. Nada más importa.

La vi dudar, sus ojos moviéndose entre la comida y mi rostro como si buscara la trampa oculta. Esa desconfianza, tan ajena a la mujer que una vez había sido, me destrozaba por dentro.

—¿Y si…? —se detuvo, tragando con dificultad—. ¿Y si no puedo mantenerla dentro? ¿Si vomito otra vez?

—Entonces comerás más despacio —respondí suavemente—. O probaremos algo diferente. O esperaremos hasta que tu estómago se asiente. Lo que necesites, Nefely. A tu ritmo.

Ella asintió levemente, como procesando esta nueva versión de mí que se presentaba ante ella.

—¿Y si nada de esto es real? ¿Si cuando intente comer, todo desaparece?

—Es real. La comida es real. El agua es real. Y seguirá aquí, sin importar cuántas veces necesites comprobarlo. Yo seguiré aquí.

Sus manos temblaban tanto que algo de agua se derramó de la copa. La vi encogerse, como esperando un castigo por su torpeza.

Ese gesto insignificante me reveló más sobre el infierno que había vivido que cualquier palabra hubiera podido.

—No pasa nada —dije rápidamente—. Es solo agua. Hay más. Hay tanto como quieras.

La vi procesar mis palabras, como si no se creyera lo que estaba diciendo.

—¿De verdad puedo…? —Señaló débilmente hacia la comida—. ¿Cualquier cosa?

—Todo —confirmé, sintiendo cómo mi corazón se fracturaba un poco más ante esa pregunta tan simple y devastadora—. Cada plato, cada bocado. Es tuyo, Nefely. Todo lo que desees.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras miraba la abundancia frente a ella. Y pude ver el momento exacto en que el hambre ganó la batalla contra el miedo.

Con dedos temblorosos, alcanzó un pedazo de pan. El movimiento era claramente doloroso, pero el coraje en su rostro me impidió intervenir. Esto era algo que necesitaba hacer por sí misma.

La observé llevar el pan a sus labios con una lentitud agonizante, como si cada momento fuera una prueba de la realidad de este momento. Y cuando finalmente dio el primer bocado, comenzó a llorar.

—Está caliente —susurró con asombro—. El pan está realmente caliente.

Mi corazón se rompió un poco más. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su última comida decente? ¿Cuántos días de hambre y frío hasta que algo tan simple como pan caliente se convirtiera en una maravilla?

—Hay más —dije con un nudo en la garganta—. Tanto como quieras. Y cuando esto se enfríe, haremos que traigan más. Siempre habrá más, Nefely.

La vi asentir levemente mientras seguía comiendo, cada bocado un poco más seguro que el anterior. Y aunque mi corazón sangraba por cada muestra de su cautiverio, una pequeña parte de mí se

aferraba a esta victoria minúscula: estaba comiendo. Estaba bebiendo. Estaba viva.

—¿Kieran está bien? —preguntó suavemente, sus ojos llenos de preocupación—. Sus heridas, los grilletes… ¿estaba muy asustado?

—Está bien —me apresuré a asegurarle—. Le hemos vendado las muñecas donde las heridas… —me detuve, la furia amenazando con ahogarme—. Tiene un chichón en la cabeza, pero el maestre dice que no es grave. Está descansando ahora.

Kieran había descrito cómo Nefely había atacado a Soren, cómo la sangre cubría su camisón mientras lo protegía. Pero en su voz no había miedo, solo admiración. «¡Fue tan rápida!», había exclamado con ojos brillantes. «¡Como un guerrero de verdad!».

—Lo siento por enviarlo solo con Estros —murmuró, bajando la mirada hacia sus manos destrozadas—. No podía… mis fuerzas no daban para sostenerlo durante el vuelo. Quería ir con él, pero no habríamos…

Me quedé inmóvil, incapaz de creer lo que estaba escuchando. Por todos los dioses, esta mujer me desgarraba por dentro. Después de todo lo que había sufrido, después de salvar a mi hermano arriesgando su propia vida, después de quedarse atrás sabiendo lo que le esperaba… ¿se estaba disculpando? Quería gritar, quería arrodillarme ante ella, suplicarle que nunca, jamás volviera a disculparse por algo así.

—¿Me… me tiene miedo? —Su voz temblorosa me arrancó de mis pensamientos—. Por lo que vio, por lo que hice…

—No —respondí con firmeza, luchando por mantener la compostura—. Todo lo contrario. Se ha convertido en tu mayor admirador. No deja de hablar de lo rápida y fuerte que eres, de cómo lo protegiste. —Una pequeña sonrisa se formó en mis labios—. Dice que quiere ser exactamente como tú cuando crezca.

La vi sonreír entonces, una sonrisa pequeña y temblorosa, pero real. Las lágrimas brillaban en sus ojos, pero por primera vez no eran solo de dolor.

Mi propia visión se nubló mientras intentaba disimular las lágrimas. Y aunque era apenas una sombra de su sonrisa anterior, era como ver el primer rayo de sol después de una tormenta interminable.

—¿De verdad? —susurró, y había tanta vulnerabilidad en su voz que sentí que mi corazón se partía un poco más—. ¿No está… no está traumatizado por…?

—Está preocupado por ti —respondí suavemente—. Como todos. Pero no está asustado, Nefely. Está orgulloso. Orgulloso de tener una… Orgulloso de tenerte.

Sus manos temblaban tanto que tuvo que dejar la copa.

—Lo salvé —murmuró, como si necesitara confirmarlo—. Realmente lo salvé. No fue otro sueño, otra visión…

—Lo salvaste. Como siempre haces, te sacrificaste por proteger a otros. Eres la persona más valiente que conozco.

Aquí estaba ella, preocupada por Kieran cuando su propio cuerpo era un mapa de tortura y dolor. Pensando en otros cuando apenas podía sostener una copa sin temblar.

La vi alcanzar otro pedazo de pan, sus movimientos aún cautelosos, pero con un poco más de seguridad. Y me permití aferrarme a esta pequeña victoria: estaba comiendo, estaba sonriendo, estaba viva.

Continuamos en silencio mientras ella comía lentamente, saboreando cada bocado como si fuera el último. Sus ojos se cerraban brevemente con cada trozo de queso o fruta que probaba, como si estuviera memorizando los sabores. Con cada minuto que pasaba, parecía recobrar un poco más de color en sus mejillas, un atisbo de fuerza en sus manos.

Noté que su mirada se desvió hacia la puerta, donde Thorak permanecía en silencio. Mi capitán, al ver que ella lo había descubierto, hizo una reverencia profunda, más pronunciada de lo que jamás le había visto hacer, incluso ante mí. Era el tipo de reverencia reservada para héroes de guerra, para salvadores del reino.

—Mi señora —dijo con una voz cargada de emoción contenida—. Es un honor verla de nuevo entre nosotros.

Nefely no respondió, simplemente lo observó con esos ojos que habían visto demasiado. Pero noté que no se tensó ante su presencia. Quizás porque Thorak mantenía la distancia, o quizás porque algo en su postura comunicaba un respeto que trascendía las palabras.

—He ordenado que te preparen un baño —dije suavemente, intentando llenar el silencio—. Con las hierbas curativas que te gustan… bueno, las que el maestre recordaba que utilizabas.

—Gracias —murmuró, tan bajo que apenas pude escucharla.

El agua de su copa se terminó y, sin pensar, me levanté para coger la jarra cercana. El movimiento, aunque suave, provocó que se encogiera violentamente, echándose hacia atrás como si esperara un golpe. Abrió los ojos asustada y sus manos se alzaron instintivamente para protegerse.

Me quedé inmóvil. Lentamente, levanté mis propias manos donde pudiera verlas claramente.

—Solo… solo iba a servirte más agua —expliqué.

Bajó las manos y la mirada, pero sus hombros seguían tensos.

—Lo siento —susurró.

—No —respondí demasiado rápido, demasiado alto, causando que se tensara nuevamente—. No, por favor. No te disculpes —continué, más suavemente.

Con movimientos lentos, tomé la jarra y llené su copa. Mis manos temblaban casi tanto como las suyas, y me mordí el interior de la mejilla para contener las lágrimas. Volví a sentarme, manteniendo la distancia que ella necesitaba.

Mientras la observaba beber con pequeños sorbos cautelosos, me di cuenta: esta no era la Nefely que recordaba. La mujer que había desafiado reyes y mirado dragones a los ojos sin pestañear, ahora se encogía ante un movimiento repentino. La sanadora que una vez se había enfrentado a mí en esta misma sala, exigiendo respeto y dignidad, ahora apenas podía levantar la mirada del plato.

Y, sin embargo, comprendí que no importaba. No importaba si nunca volvía a ser la Nefely que conocí. No amaba a una versión específica de ella, a una colección de recuerdos y esperanzas. Amaba a la mujer frente a mí, en cualquier forma que adoptara, con cada cicatriz visible e invisible.

La amaría en sus momentos de fuerza y en sus momentos de debilidad. Cuando pudiera enfrentar el mundo y cuando el mundo fuera demasiado para enfrentar. La amaría cuando se encogiera de miedo y cuando finalmente pudiera reír sin sombras.

Yo me encargaría personalmente de cazar y destruir a cada uno de sus demonios. Los que la perseguían en sus pesadillas y los que aún respiraban en Gélidia. Buscaría las sombras que la aterrorizaban y las quemaría con el fuego de mi dragona hasta que no quedara ni el recuerdo de su existencia.

Porque no era su fortaleza lo que siempre había amado, sino su corazón. Y ese corazón, aunque maltrecho y herido, seguía latiendo. Seguía preocupándose por otros más que por sí misma. Seguía siendo, en su esencia más profunda, Nefely.

Y me encargaría personalmente de que nadie volviera a lastimarla jamás. Ya había empezado, con las cenizas de los traidores que aún manchaban el patio del castillo, con la sangre que había limpiado de mi espada esta misma mañana. Cualquiera que intentara acercarse a ella con malas intenciones, cualquier sombra del pasado que intentara alcanzarla… conocerían el lado de mí que ni siquiera sabía que existía hasta que la perdí. La parte oscura, implacable, capaz de ver arder ciudades enteras sin pestañear si eso significaba mantenerla a salvo.

Draluz había ardido con la misma furia que yo sentía, convirtiendo en cenizas a quienes habían ayudado a convertir su vida en un infierno. Y aún quedaban muchos más por pagar. Gélidia entera pagaría, cada piedra, cada alma que permitió que esto ocurriera. Cuando llegara el momento, me aseguraría de que no quedara ni el recuerdo de quienes la habían dañado.

Pero por ahora, esa furia tendría que esperar. Ahora ella necesitaba tranquilidad, paciencia, un refugio seguro mientras intentaba reconstruirse. Y si me llevaba el resto de mi vida demostrarle que era digna de amor exactamente como era ahora, entonces eso es lo que haría. Un día a la vez, un momento a la vez, sin expectativas, sin presiones.

Solo amor. Paciente, constante, inquebrantable.

Y para aquellos que le habían hecho daño, para los que habían creado los demonios que ahora la atormentaban… fuego. Implacable, inevitable, purificador.

43

Calidez extraña

Nefely

El agua caliente me envolvía como un abrazo que no me atrevía a aceptar del todo. Mi mejilla descansaba contra mis rodillas mientras observaba las llamas de las velas danzar. No recordaba la última vez que había estado así, sin sentir ese frío aterrador.

El silencio en la habitación era diferente al de mi celda. Allí, el silencio siempre había sido una amenaza, un preludio a más dolor. Aquí… aquí solo existía, sin promesas ni amenazas ocultas. Solo el ocasional crujir de la madera en la chimenea y el suave tintineo de la armadura de Aeran cuando cambiaba su peso de un pie a otro fuera de la puerta.

Lo había visto diferente: el pelo más largo, una barba incipiente que nunca antes le había visto Pero sus ojos… sus ojos me desconcertaban. Me miraban con una intensidad que no sabía cómo interpretar. ¿Era el mismo brillo de antes? ¿Era amor lo que veía en ellos? Ya no estaba segura. Había olvidado cómo se sentía que te mirasen con amor, cómo distinguirlo de la lástima o la culpa. Tantos meses viendo solo crueldad, tantas ilusiones rotas, habían borrado esos recuerdos que una vez creí imposibles de olvidar.

No se había movido en lo que parecían horas. Ni un paso, ni un intento de entrar, ni siquiera cuando el agua comenzó a enfriarse y tuve que pedir más agua caliente en un susurro que apenas reconocí como mi propia voz. Simplemente transmitió la orden y volvió a su posición, una presencia que debería haberme aterrorizado, pero que, de alguna manera retorcida, me ayudaba a creer que esto era real.

—¿Sigues ahí? —dije después de una docena de veces que había hecho la misma pregunta en las últimas horas.

—Sigo aquí —respondió suavemente desde el otro lado de la puerta—. No me moveré hasta que tú me lo pidas.

Asentí, aunque no podía verme, hundiendo más la mejilla en mis rodillas. El agua se movió suavemente alrededor de mi cuerpo, y el calor… el calor seguía siendo tan extraño. Tan irreal después de tanto frío.

Una parte de mí quería gritar. Gritar hasta que mi garganta sangrara, hasta que todo el dolor y la rabia y el miedo salieran de alguna manera. Pero otra parte, una que se había vuelto más fuerte durante mi cautiverio, sabía que gritar solo traería más preguntas, más miradas de lástima que no estaba preparada para enfrentar.

Las velas seguían ardiendo, docenas de ellas colocadas por toda la habitación. No había rincones oscuros, no había sombras donde pudieran esconderse más pesadillas. Y, sin embargo…

—¿La puerta sigue cerrada? —pregunté nuevamente, odiando lo pequeña que sonaba mi voz.

—Sigue cerrada —confirmó—. Nadie entrará sin tu permiso expreso. Tienes mi palabra.

Su palabra. ¿Cuándo su palabra había comenzado a significar algo otra vez? ¿En qué momento había empezado a creer que sus promesas podían ser reales?

El agua se enfrió un poco más, y un temblor involuntario recorrió mi cuerpo. No era nada comparado con el frío de mi celda, pero la memoria muscular era más fuerte que la lógica.

—¿Nefely? ¿Necesitas más agua caliente?

Negué con la cabeza, luego recordé que no podía verme.

—No —logré decir—. Estoy… estoy bien.

Una mentira. Ambos lo sabíamos. Nada en mí estaba bien, nada en mí funcionaba como debería. Solo sentía rabia. Solo quería romper cosas. Quería gritar. Quería…

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué? —respondió suavemente.

—¿Por qué sigues ahí? ¿Por qué… por qué te quedas cuando soy… cuando estoy…?

No pude terminar. El nudo en mi garganta se apretó hasta sofocarme. ¿Cómo podía explicarle que cada momento que pasaba sin que él intentara entrar, sin que intentara controlarme o tocarme o lastimarme, destrozaba algo dentro de mí? Cada minuto de ese respeto absoluto por mis límites era mortal.

El silencio se extendió por varios latidos antes de que respondiera:

—Porque es lo que necesitas —dijo simplemente—. Y porque es lo mínimo que te debo después de todo.

Más silencio. Más sombras danzando en las paredes. Más calor que no sabía cómo tratar.

—Estoy enfadada —admití finalmente.

—Lo sé. Y tienes todo el derecho a estarlo. Tienes derecho a odiarme, a odiar al mundo entero si eso es lo que necesitas.

Una risa amarga escapó de mis labios.

—¿Y si lo que necesito es romper cosas? —pregunté, y había algo salvaje en mi voz—. ¿Y si quiero destrozar cada maldito objeto en esta habitación hasta que nada quede entero?

Resultaba extrañamente liberador hablarle así, con la puerta entre nosotros. Sin tener que enfrentar sus ojos, sin ver su expresión. Como si las palabras fluyeran más fácilmente cuando no tenía que preocuparme por las reacciones que provocaban en su rostro. Era más sencillo ser honesta cuando solo éramos dos voces en la oscuridad.

—Entonces —respondió sin dudar—, mandaré traer más cosas para que las rompas. Todo lo que necesites, Nefely. Todo lo que te

ayude a sacar ese dolor.

Las lágrimas comenzaron a caer antes de que pudiera detenerlas, mezclándose con el agua del baño. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué tenía que sonar tan sincero, tan… tan él?

—No sé qué es real —confesé—. A veces creo que lo es, que realmente estoy aquí, que realmente me sacaste de ese infierno. Pero otras veces… Otras veces espero despertar en esa celda, y todo esto habrá sido solo otro truco cruel.

Lo oí tomar aire bruscamente.

—Es real —respondió—. Cada momento, cada respiración. El calor del agua, la luz de las velas, mi voz a través de esta puerta… todo es real, Nefely.

Las palabras no salían de mi garganta mientras mis dedos recorrían las marcas de mi cuerpo. Los moretones más recientes. Las mordidas… las mordidas eran lo peor…

Mis costillas sobresalían bajo mis dedos temblorosos. Las cicatrices más antiguas se unían con las nuevas, creando patrones que contaban historias que no estaba segura de poder soportar recordar.

Mis manos… mis pobres manos destrozadas apenas podían moverse como yo quería. Los huesos mal soldados protestaban con cada flexión, con cada intento de recuperar algo de lo que había sido. Las uñas arrancadas comenzaban a crecer de nuevo, pero el dolor… el dolor seguía ahí, como todo lo demás.

El collar yacía roto en el suelo, donde lo había lanzado en un arrebato de furia. Los fragmentos de la piedra negra brillaban débilmente bajo la luz de las velas, como si incluso en la muerte se burlaran de mí.

Me sentía sucia. Más allá de lo que el agua caliente y los jabones perfumados pudieran limpiar. Era una suciedad que iba hacia dentro, que se había instalado en mis huesos, en mi alma misma. Cada vez que cerraba los ojos podía sentir sus manos sobre mí, su aliento en mi cuello, su…

Las lágrimas caían silenciosamente mientras mi mente se llenaba de cosas que no me atrevía a decir en voz alta. De recuerdos que me ahogaban, de miedos que me consumían. ¿Cómo podría alguien quererme después de todo esto? ¿Cómo podría alguien mirarme sin ver lo rota, lo profanada que estaba?

—¿Nefely? ¿Sigues ahí?

Un sollozo escapó de mis labios antes de poder contenerlo. ¿Cómo podía seguir ahí, esperando, preguntando? ¿Cómo podía soportar estar del otro lado de esa puerta durante horas, sin exigir nada?

—Sigo aquí —logré susurrar entre lágrimas—. Aunque no sé… no sé si soy la misma persona que recuerdas.

—Eres tú. No importa lo que te hayan hecho, no importa cuánto intenten romperte. Sigues siendo tú. Mi valiente, mi fuerte Nefely.

—No. No soy valiente. No soy fuerte. Soy… Soy lo que él hizo de mí —susurré finalmente.

—No —gruñó—. Eres lo que has sobrevivido. Eres cada «no» que dijiste en tu mente mientras tu cuerpo no tenía opción. Eres cada momento que te negaste a darle lo que quería, cada pedazo de ti que mantuviste a salvo en lo más profundo de tu ser.

Limpié mis lágrimas con violencia al escucharle.

—¿Y si no quedó nada a salvo? ¿Y si todo lo que era… todo lo que fui… está demasiado roto para arreglarse?

—Entonces —respondió suavemente—, estaré aquí. Sin presiones, sin expectativas. Solo… aquí. El tiempo que necesites, de la forma que necesites.

Me hundí más en el agua, permitiendo que el calor envolviera mi cuerpo tembloroso. Las velas seguían ardiendo, las sombras seguían danzando, y él… él seguía ahí, del otro lado de esa puerta, esperando.

Esperando por una mujer que ya no estaba segura de ser.

Me levanté lentamente del agua, cada movimiento era un recordatorio de las heridas que aún no terminaban de sanar. La toalla se sentía extrañamente suave contra mi piel maltratada

mientras me secaba intentando no mirar demasiado las marcas que cubrían mi cuerpo.

Frente al espejo, comencé a peinarme con dedos temblorosos. El pelo se desprendía en mechones enteros, cayendo sobre mis hombros.

El pijama de Aeran descansaba sobre la cama donde lo había dejado. Era grande, demasiado grande para mí, pero eso solo lo hacía mejor. Los pantalones largos y la camiseta de manga larga cubrirían todo, no dejarían nada expuesto. El tejido olía a él, a ese aroma que tantas veces había intentado recordar en mi celda.

Me vestí con movimientos lentos, ignorando el dolor que atravesaba cada músculo. La tela se sentía extraña contra mi piel, demasiado suave después de tanto tiempo con aquel camisón áspero y sucio.

—Ya… ya está. Voy a intentar dormir.

—Nadie te molestará —respondió desde el otro lado de la puerta —. Me aseguraré de ello.

—Puedes irte —susurré mientras me acercaba a la cama, aunque cada paso hacia ella hacía que mi estómago se retorciera—. No tienes que…

—Me quedaré aquí —interrumpió suavemente—. Si tú… si estás de acuerdo con eso.

Quería protestar. Decirle que no tenía sentido que se quedara toda la noche sentado en el suelo del pasillo. Que su reina lo estaría esperando, que tenía obligaciones, que…

La reina. El pensamiento fue doloroso. Esta era su habitación. Su cama. Donde él y ella… donde ellos…

Me senté en el borde del colchón, las náuseas volvieron. ¿Cuántas noches habían compartido aquí? ¿Cuántas veces ella se había recostado en estas mismas almohadas mientras él…?

Pero cuando mi cabeza finalmente tocó la almohada, el aroma que me envolvió era puramente él. No había otros perfumes mezclados, no había rastro de otra presencia. Solo él. Solo… Aeran.

Las lágrimas volvieron a salir. Porque esto… esto se sentía real. Demasiado real. El olor de Aeran en las almohadas, el calor de las mantas, el sonido casi imperceptible de su respiración al otro lado de la puerta.

Cerré los ojos mientras las lágrimas seguían cayendo silenciosamente. El miedo se arrastraba por mi pecho, susurrando todas las formas en que esto podría ser otra cruel ilusión. Porque ya había estado aquí antes, ¿no? En sueños, en visiones, en los juegos retorcidos del brujo. Había sentido esta misma calidez, este mismo aroma, esta misma falsa seguridad…

Solo para despertar en esa celda helada, con la risa de Soren resonando en mis oídos y sus manos…

Un temblor involuntario sacudió mi cuerpo y me encogí más bajo las mantas, intentando hacerme lo más pequeña posible. No me atrevía a expresar en voz alta el terror que me consumía. No podía… no podía darle forma con palabras al miedo de que todo esto fuera otro truco elaborado.

Porque si lo decía, si admitía cuánto temía despertar de nuevo en ese infierno, quizás el hechizo se rompería. Quizás las paredes comenzarían a derretirse como en tantas otras visiones, y el calor se convertiría en hielo, y la voz de Aeran se transformaría en la de Soren…

¿Y si las torturas nunca habían terminado realmente? ¿Y si seguía en esa celda con mi mente finalmente rota, inventando este elaborado escape? ¿Y si Kieran nunca había estado realmente allí, si nunca lo había salvado, si todo había sido otra alucinación nacida de la desesperación? ¿Y si mi padre nunca estuvo en Gélidia, si nunca lo había encontrado en aquellas mazmorras? ¿Y si nunca había vuelto a Dragio, nunca había sentido el fuego de Draluz o el viento helado en mi rostro mientras volábamos sobre las montañas?

Me aferré a la almohada como si eso fuera a retenerme en esta cama, inhalando profundamente ese aroma que mi mente había intentado recrear tantas veces durante mi cautiverio. Pero nunca lo había logrado, ¿verdad? Nunca había podido capturar exactamente

la forma en que el cuero y el metal se mezclaban con algo indefinible que era puramente Aeran.

Las velas seguían ardiendo y en las otras visiones, la luz siempre había sido demasiado perfecta, demasiado constante. Estas llamas parpadeaban de forma irregular.

Los sonidos del castillo llegaban amortiguados a través de las gruesas paredes: pasos lejanos, el ocasional tintineo de una armadura, el viento silbando entre las almenas. Sonidos que mi mente torturada nunca había podido recrear con tanta precisión, con tantos matices y capas.

Y su respiración… su respiración al otro lado de la puerta era tan real, tan imperfecta. A veces se volvía más pesada, como si estuviera luchando contra sus propias emociones. A veces se entrecortaba ligeramente, como si también él temiera que todo esto fuera a desvanecerse.

Pero el miedo seguía ahí, agazapado en los rincones de mi mente. Porque había creído antes, ¿no? Había bajado la guardia en otras visiones, había permitido que la esperanza floreciera, solo para que el despertar fuera más cruel, más devastador.

No podía permitirme creer completamente. No podía entregarme a esta sensación de seguridad, a este calor que amenazaba con derretir el hielo que se había instalado en mis huesos.

Porque el dolor de despertar otra vez en esa celda, de enfrentar la risa cruel de Soren y las manos del brujo en mis sienes… No podría soportarlo. No otra vez. No después de haber sentido este calor, este aroma, esta falsa promesa de libertad.

Las mantas pesaban sobre mi cuerpo como un escudo, pero también como una amenaza. ¿Y si me ahogaban en mi sueño? ¿Y si se transformaban en cadenas de hielo, en grilletes que me arrastraban de vuelta a ese infierno?

Quería gritar. Quería suplicarle a Aeran que entrara, que me tocara, que me probara que era real. Pero el miedo era más fuerte. Porque si lo hacía, si permitía que me tocara y resultaba ser otra ilusión…

No. No podía. No me atrevía. Era mejor este limbo, esta incertidumbre. Mejor fingir que tal vez, solo tal vez, esto era real. Que tal vez había escapado, que tal vez estaba a salvo.

Aunque una parte de mí, esa parte que había aprendido a sobrevivir en el frío y la oscuridad, susurraba que la seguridad era una mentira. Que el dolor siempre volvería, que las pesadillas nunca terminarían realmente. Que algunas heridas eran demasiado profundas para sanar.

Un trueno retumbó en la distancia, arrancándome violentamente del sueño. El latido de mi corazón se aceleró de inmediato, golpeando contra mis costillas como un animal enjaulado. Por un momento no supe dónde estaba. Las paredes parecían respirar, acercándose y alejándose con cada inspiración entrecortada que tomaba.

Y entonces lo sentí.

Sus manos. Sus manos sobre mi piel, dedos como garras dejando marcas invisibles que ardían más que las visibles. Su peso sobre mí, aplastándome, robándome el aire. Su olor, esa mezcla de especias caras y vino agrio que había aprendido a temer más que a cualquier otro aroma en el mundo.

Mi estómago se retorció violentamente. Me lancé hacia el borde de la cama, buscando a tientas el barreño que alguien —¿Aeran? ¿Una doncella?— había dejado allí. Lo alcancé justo a tiempo, mientras la primera oleada de náuseas me sacudía sin piedad.

Vomité con tanta fuerza que sentí que me desgarraba por dentro, expulsando bilis y los pocos bocados que había logrado ingerir durante la cena. Mi cuerpo se sacudía en espasmos incontrolables, mientras los recuerdos seguían asaltándome como cuchilladas.

Podía sentirlo. Podía sentirlo por todas partes. En mi pelo, en mi cuello, en mis muslos. Sus dientes hundiéndose en mi piel hasta hacerme sangrar, su voz susurrándome al oído palabras que había intentado olvidar.

—No estás aquí —gemí entre arcadas—. No eres real. No eres real.

Pero las sensaciones no se disipaban. Era como si mi piel estuviera manchada con él, como si su contacto hubiera dejado una marca que ni el agua ni el fuego podrían borrar jamás.

La lluvia golpeaba contra los cristales de la ventana, un repiqueteo constante que en otra época me habría resultado reconfortante. Ahora cada gota sonaba como pasos acercándose, como el tintineo de llaves, como el chirrido de una puerta abriéndose.

Otro trueno iluminó brevemente la habitación con un resplandor fantasmal. Las llamas de las velas se habían extinguido, dejándome en una penumbra que poblaba los rincones con sombras danzantes. Sombras que parecían moverse por voluntad propia, sombras con rostros y manos y voces.

Una nueva arcada me dobló sobre el barreño, pero ya no quedaba nada en mi estómago. Solo espasmos secos y dolorosos, solo el sabor amargo del miedo en mi boca.

—Por favor —supliqué a la oscuridad, sin saber a quién o a qué le rogaba—. Por favor, que pare. No puedo… no puedo…

No podía respirar. Las paredes se cerraban a mi alrededor, un recordatorio constante de mi celda en Gélidia. Incluso esta habitación, enorme comparada con aquella prisión helada, me ahogaba. Necesitaba salir. Necesitaba aire. Necesitaba saber si era real, si realmente estaba en Dragio, si realmente era libre.

Me levanté a tientas, mis piernas tan débiles que casi cedieron ante el primer paso. El suelo estaba frío bajo mis pies descalzos, pero no era el frío mortal de Gélidia. Era diferente. Era… familiar.

—Si es real, puedo salir —murmuré, la idea formándose como una certeza desesperada—. Si es real, las puertas no estarán cerradas.

Avancé hacia la puerta, mis dedos destrozados luchando para asir el pomo. Lo giré, conteniendo el aliento, esperando encontrar resistencia, esperando que el sueño se disolviera en ese preciso momento…

Pero la puerta se abrió.

El pasillo estaba sumido en la oscuridad, apenas iluminado por alguna antorcha lejana. No había guardias, no había sirvientes, no había… nadie. El silencio era absoluto, roto únicamente por el golpeteo constante de la lluvia contra los ventanales y mi propia respiración entrecortada.

¿Dónde estaba Aeran? ¿No había prometido quedarse? O quizás… quizás nunca había estado allí. Quizás todo había sido otra ilusión, otra mentira para quebrar mi voluntad.

En un arrebato de pánico, comencé a caminar. Mis pies me llevaban sin rumbo fijo, alejándome de la habitación, de las memorias, de esas cuatro paredes que amenazaban con aplastarme. Las lágrimas corrían libremente por mis mejillas mientras avanzaba, pegada a la pared para mantener el equilibrio.

Me sentía como una fugitiva en lo que supuestamente era mi hogar. Cada sombra parecía moverse por cuenta propia, cada crujido del castillo sonaba como pasos acercándose. Pero seguí adelante, guiada solo por ese deseo incontrolable de sentir algo real, algo que ni siquiera el brujo más hábil pudiera falsificar.

Llegué a las escaleras y comencé a descender. Un escalón. Otro. Otro más. El camino parecía interminable, como si estuviera bajando hacia las entrañas mismas de la tierra. Mi mano se aferraba a la piedra de la pared, buscando sustento, buscando algo sólido en un mundo que seguía pareciéndome incierto, fluctuante.

Puertas. Puertas que conocía. El gran salón. Las cocinas. La armería. Lugares que habían sido parte de mi vida diaria, ahora extraños y amenazantes en la penumbra. Seguí avanzando, casi corriendo, como si algo me persiguiera, como si pudiera dejar atrás el dolor y el miedo si me movía lo suficientemente rápido.

Finalmente, llegué a la última puerta. La que daba a la explanada de los dragones. Empujé con todas mis fuerzas, y la pesada madera cedió con un gemido que se mezcló con el rugido de la tormenta que arreciaba fuera.

El viento me golpeó como un látigo, llevando consigo gotas de lluvia que me salpicaron el rostro. Pero no retrocedí. Al contrario, di

un paso hacia adelante, y luego otro, y otro más, hasta que estuve completamente bajo la lluvia torrencial.

El agua caía sobre mí con furia, empapándome en segundos. Mi pijama se pegó a mi cuerpo como una segunda piel, pero no me importó. El frío que sentía no era nada comparado con el de Gélidia. Este frío estaba vivo, era real, me hacía sentir.

Y entonces lo vi. Estros. Su enorme figura se recortaba contra el cielo nocturno, sus escamas rosadas brillando tenuemente bajo la escasa luz. Cuando me acerqué, el dragón comenzó a agitarse, percibiendo mi presencia. Un gruñido grave escapó de su garganta, pero no era amenazante. Era… preocupado.

Gruñó nuevamente, esta vez hacia el cielo, como si desafiara a la tormenta misma. Se movió hacia mí, y yo hacia él, nuestros pasos sincronizados como si siguiéramos una danza olvidada.

Mis rodillas cedieron cuando estuve a unos metros de él. Caí sobre el barro, mis manos hundiéndose en la tierra húmeda. Y entonces, como si algo dentro de mí se hubiera roto definitivamente, comencé a llorar. No eran las lágrimas silenciosas de antes, ni los sollozos contenidos que me habían acompañado durante mi cautiverio. Era un llanto desgarrador, primario, que nacía desde lo más profundo de mi ser.

Estros rugió con tanta fuerza que sentí la vibración en mis huesos. Un instante después, una columna de fuego rosado iluminó la noche, tan brillante que por un momento pareció que el día había nacido prematuramente. El rugido y el fuego expresaban todo lo que yo no podía: rabia, dolor, desesperación.

Un grito emergió de mi garganta, tan potente y quebrado que casi no lo reconocí como propio. Era el grito que había contenido durante meses, el grito que Soren nunca había logrado arrancarme a pesar de todas sus torturas. Porque gritar entonces habría sido darle la satisfacción de saber que me había roto. Pero ahora… ahora podía gritar. Estaba lejos de él, de sus manos, de sus ojos crueles.

Estros volvió a escupir fuego, iluminando la explanada y haciendo retroceder las sombras. Luego, con un movimiento

sorprendentemente gentil para una criatura tan grande, extendió su ala sobre mí, creando un refugio contra la lluvia incesante.

—Lo siento —sollocé, levantando mi rostro hacia él—. Lo siento tanto, Estros. Gracias por salvarme. Gracias por salvar a Kieran. No sé cómo… no sé cómo compensarte jamás.

El dragón emitió un ronroneo profundo, un sonido que parecía imposible para una bestia de su tamaño. Acercó su enorme cabeza a mí, sus ojos brillantes fijos en los míos. Sin pensarlo, extendí mis manos destrozadas y las apoyé sobre su cabeza, sintiendo la calidez de sus escamas bajo mis palmas.

—Te fallé —susurré—. Te dejé solo, te dejé encadenado, te… — La culpa me ahogaba—. Perdóname, por favor. Te juro que te lo compensaré. Seré la mejor jinete que haya existido. No volveré a abandonarte jamás. No volveré a…

No pude continuar. El llanto me sacudía con tanta fuerza que apenas podía respirar. Estros se acercó más, su enorme cabeza rozando mi hombro con delicadeza, como si temiera romperme.

Y entonces lo escuché. Un rugido diferente, más agudo, casi infantil. Giré la cabeza, mis lágrimas mezclándose con la lluvia que aún caía bajo el ala protectora de Estros.

Aliran. El pequeño dragón plateado se acercaba dando saltitos, sus alas aún demasiado pequeñas para volar con soltura, sus escamas brillando bajo la luz ocasional de los relámpagos.

—Aliran…

Verlo allí, tan vivo, tan presente, me dejó sin aliento. Lo último que recordaba de él eran imágenes confusas, fragmentos en mi memoria de un dragón pequeño que había eclosionado entre mis manos. Recordaba haberle puesto nombre, recordaba la sensación de ese vínculo formándose, pero todo lo demás… todo lo demás estaba envuelto en la bruma que Soren y sus torturas habían creado en mi mente.

Un nuevo llanto, aún más intenso y desgarrador que el anterior, me sacudió por completo. Aliran llegó a mi lado y se acomodó contra mi cuerpo, su calor contrastando violentamente con el frío de la

lluvia y la noche. Su pequeño cuerpo vibraba con un ronroneo continuo, mientras Estros nos cubría a ambos con su ala, creando un refugio en medio de la tormenta.

El pequeño dragón parecía conocerme, recordarme, anhelarme. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que nos separaron? ¿Cómo había sobrevivido sin su jinete? ¿Qué había sido de él mientras yo estaba cautiva? Tantas preguntas que no podía formular, tantos meses perdidos, tantos momentos robados.

Abracé a Aliran contra mi pecho, sintiendo sus escamas cálidas contra mi piel fría. Estros seguía protegiéndonos con su ala, su presencia imponente manteniéndonos a salvo de la lluvia, del viento, de la noche misma.

Por primera vez desde mi rescate, por primera vez en lo que parecía una eternidad, sentí algo diferente al miedo, al dolor, a la desesperación. Era pequeño, frágil, apenas un destello en la oscuridad abrumadora de mi alma. Pero estaba allí.

Esperanza.

No era una esperanza brillante y poderosa. No era la confianza ciega que alguna vez había tenido en el futuro, en mí misma, en el mundo. Era algo más humilde, más vacilante. La posibilidad de que, quizás, solo quizás, no todo estuviera perdido. La posibilidad de que, con el tiempo, pudiera encontrar un camino a través de este laberinto de oscuridad.

Y mientras seguía abrazando a Aliran, mientras Estros nos protegía con su ala enorme, mientras la lluvia continuaba cayendo a nuestro alrededor, me permití aferrarme a ese pequeño destello, a esa minúscula promesa de que algún día, de alguna manera, volvería a sentirme viva.



Me senté en la cama, envuelta en un pijama limpio de Aeran. No recordaba haberme cambiado. En un rincón, vi el otro pijama, el que había llevado anoche, tirado en el suelo y aún húmedo, chorreando un pequeño charco. Fragmentos confusos de la noche anterior comenzaron a volver a mí: la lluvia torrencial, Estros protegiéndome con su ala, Aliran acurrucándose contra mi cuerpo.

Mis dedos recorrieron mi pelo, ahora seco. Debía haberme cambiado y secado antes de volver a la cama, aunque no recordaba cómo lo había hecho. Durante mi cautiverio, el agotamiento y el trauma habían borrado trozos enteros de tiempo. Quizás seguía ocurriendo.

El dolor atravesó mi cuerpo con cada movimiento, pero era diferente al dolor de la celda. Este era… más limpio, de alguna manera. Como si mi cuerpo finalmente se permitiera sentir, sanar.

El sonido de pasos rápidos en el pasillo me sobresaltó. Risas infantiles, gritos alegres, el eco de una persecución juguetona. La voz de Venya resonaba clara como una campana, regañando a alguien —probablemente Torin— por correr dentro del castillo. Una sonrisa involuntaria se formó en mis labios.

Pero el silencio alrededor de mi puerta era absoluto. Como si hubiera una burbuja invisible que mantenía los sonidos de la vida cotidiana a raya, protegiéndome de un mundo para el que aún no estaba preparada.

—¿Aeran? —susurré.

—Aquí estoy —respondió inmediatamente desde el otro lado de la puerta, y algo en mi pecho se aflojó.

Había vuelto. Ahora estaba aquí, manteniendo su promesa.

El sol entraba por las ventanas en ángulos que sugerían que era mucho más tarde de lo que pensaba. ¿Cuánto había dormido? ¿Horas? ¿Un día entero? El tiempo seguía siendo un concepto resbaladizo, difícil de atrapar.

Más risas en el pasillo, más pasos rápidos. La voz de Cleon esta vez, fingiendo ser un dragón mientras perseguía a los más pequeños. El sonido era tan… normal. Tan cotidiano. Como si el mundo hubiera seguido girando mientras yo estaba atrapada en ese infierno.

—¿Cuándo… cuándo te fuiste anoche? —pregunté, intentando llenar los vacíos en mi memoria.

Hubo una pausa, como si estuviera considerando su respuesta.

—Tuve que reunirme brevemente con la guardia —dijo finalmente —. Para reforzar las defensas del castillo. Cuando volví… no estabas. Te busqué por todas partes hasta que Thorak me dijo que te había visto en la explanada de los dragones.

Mi corazón dio un vuelco. Entonces no había sido un sueño. Realmente había salido, había sentido la lluvia, había estado con Estros y Aliran.

—No quise interrumpir —continuó—. Parecías… parecías más en paz con ellos que conmigo. Te observé desde lejos, para asegurarme de que estuvieras bien, pero no quise imponerme.

—Gracias —murmuré—. Por dejarme ese espacio.

—Siempre, Nefely. Todo lo que necesites, cuando lo necesites.

Quería decirle que se fuera, que descansara, que no necesitaba un guardián. Pero no podía, porque la verdad era que sí lo necesitaba. Necesitaba saber que estaba ahí, que esta realidad no se desvanecería en el momento en que me quedara sola.

El collar roto seguía en el suelo y no quería volver a verlo.

Me levanté con cuidado, mis pies descalzos no hacían ruido sobre la piedra mientras me acercaba a la ventana. El patio se extendía

bajo ella, lleno de vida y movimiento. Guardias haciendo sus rondas, sirvientes yendo y viniendo con sus tareas…

Era tan… normal. Tan terriblemente normal que por un momento sentí que me faltaba el aire. ¿Cómo podía el mundo seguir así, tan ordinario, tan cotidiano, cuando dentro de mí todo estaba roto y cambiado para siempre?

—¿Tienes hambre? —preguntó Aeran suavemente—. Han preparado mucho desayuno. Quizás querrías comer algo.

Me quedé en silencio, mirando por la ventana mientras un odio irracional me inundaba. El desayuno. La peor comida del día. La que marcaba el inicio de cada jornada de tormento en aquella celda, cuando el hambre era más aguda, cuando el frío parecía más cruel…

—Sí —respondí finalmente.

Lo escuché moverse.

—¡Thorak! —gritó hacia el pasillo—. ¡Mantén a los niños en el ala oeste! ¡Que desayunen en sus habitaciones!

Mi corazón se encogió. Sabía por qué lo hacía, por qué mantenía a los niños lejos.

Quería verlos. Los dioses sabían cuánto necesitaba verlos, comprobar con mis propios ojos que estaban bien, que eran más que las pesadillas que el brujo había plantado en mi mente. Necesitaba tocarlos, abrazarlos, asegurarme de que eran reales y no otra ilusión cruel.

Pero no podía. No me atrevía. Porque ¿y si les hacía daño? ¿Y si toda la violencia que había absorbido, toda la oscuridad que se había instalado en mi alma, se desbordaba y los lastimaba? ¿Y si mis manos, que habían derramado sangre para salvar a Kieran, ya no sabían cómo dar amor sin causar dolor? El brujo me había hecho verme a mí misma hiriéndolos tantas veces en aquellas visiones falsas… Mis propias manos destrozando lo que más amaba, una y otra vez, hasta que ya no sabía qué recuerdos eran reales y cuáles eran inventados. No podía arriesgarme. No podía exponerlos a la bestia rota en que me había convertido.

—Están bien —susurró Aeran—. Te extrañan, pero están bien. Cuando estés lista. Ellos también lo entienden, a su manera. Esperarán. Todo el tiempo que necesites.

Pero ¿cuánto tiempo sería suficiente? ¿Cuánto hasta que pudiera mirarlos sin ver sangre en mis manos? ¿Hasta que pudiera abrazarlos sin temer romperlos?

Las risas seguían llegando desde el ala oeste, lejanas, pero claras. Tan llenas de vida, tan inocentes… Y yo aquí, manchada y rota, incapaz siquiera de ofrecerles el consuelo que sabía que necesitaban.

Era otra forma de tortura, me di cuenta. Una que Soren probablemente no había previsto, pero que era igual de efectiva. Mantenerme alejada de ellos no por cadenas o muros, sino por mi propio miedo. Por el terror de que la oscuridad que ahora vivía dentro de mí pudiera contaminar su luz.

Kieran estaría esperando verme, lo sabía. Después de todo lo que habíamos pasado juntos… Pero ¿cómo podría mirarlo a los ojos?

—Cuando quieras bajar…

—Necesito un momento más.

Un momento, una hora, una vida entera… ¿Qué diferencia había cuando el abismo entre quien fui y quien era ahora parecía imposible de cruzar?

44

Espera silenciosa

Aeran

El despacho se sentía demasiado grande, demasiado vacío mientras mantenía la mirada fija en la pila de mensajes sin abrir sobre mi escritorio. Los sellos de las cartas me miraban con ojos acusadores, pero no podía… no podía enfrentarme a ellos ahora. No cuando cada pensamiento, cada latido de mi corazón estaba centrado en la habitación donde ella dormía.

Thorak y cuatro de mis mejores hombres vigilaban su puerta. Era excesivo, lo sabía. Nadie en el castillo se atrevería a acercarse. Pero la imagen de su cuerpo tembloroso, de sus ojos escaneando constantemente las sombras en busca de amenazas… No podía arriesgarme. No otra vez.

Aún sentía el pánico que me había invadido anoche, cuando al pasar por su habitación descubrí la puerta entreabierta. El terror me había cegado mientras entraba precipitadamente, encontrando solo la cama vacía, las sábanas revueltas como si hubiera luchado con sus demonios antes de huir.

—¡Thorak! —Había gritado, con una voz que no parecía la mía—. ¡Thorak, maldita sea!

El capitán había aparecido en cuestión de segundos, su mano ya en la empuñadura de su espada.

—Ha desaparecido. ¡Encuentra a cada maldito guardia y búscala!

Mientras recorría los pasillos, con el corazón latiéndome tan fuerte que apenas podía respirar, todas las posibilidades habían cruzado mi mente. ¿Y si había decidido huir? ¿Y si las pesadillas la habían empujado a buscar una salida permanente? ¿Y si…?

Entonces la había visto, una figura solitaria bajo la lluvia torrencial en la explanada de los dragones. Me detuve en la entrada, paralizado por la escena ante mis ojos.

Aliran, que había permanecido inmóvil durante meses, se alzaba sobre sus patas. Y junto a él, Estros, extendía su ala para protegerla de la lluvia. Nefely estaba arrodillada entre ellos, su cuerpo sacudido por sollozos que me partían el alma.

Cuando Thorak y dos guardias aparecieron detrás de mí, alcé mi mano para detenerlos.

—Ni un paso más —ordené, en voz baja, pero cargada de una amenaza que rara vez usaba con mis propios hombres—. El primero que se acerque a ella perderá la lengua y ambas manos.

Thorak retrocedió sin cuestionar, haciendo una señal a los otros guardias para que se alejaran.

Me había retirado a uno de los balcones que daban a la explanada, incapaz de dejarla completamente sola, pero respetando su necesidad de ese momento privado. La lluvia caía con fuerza, pero permanecí allí, inmóvil, observando cómo Nefely liberaba todo su dolor.

Sus gritos habían rasgado la noche, haciendo que mi propia garganta ardiera. La había visto derrumbarse, golpear el suelo embarrado con puños temblorosos, gritar palabras que el viento y la lluvia se llevaban antes de que pudiera descifrarlas.

No me acerqué. No intenté consolarla ni llevarla de vuelta al castillo. Algo en la forma en que los dragones la rodeaban, en cómo sus gritos parecían liberar una parte de su alma que había estado aprisionada, me había hecho entender que esto era algo que

necesitaba. Que quizás, por primera vez desde su rescate, estaba realmente conectando con algo más profundo que el miedo.

Horas después, la había visto regresar por su propio pie, tambaleándose ligeramente, con Aliran siguiéndola como un cachorro fiel. Desde mi posición en las sombras, la había observado dirigirse a su habitación, con una expresión que parecía en paz.

Hundí el rostro entre mis manos, intentando contener las lágrimas. El cansancio de una noche sentado en el suelo del pasillo se mezclaba con un agotamiento más profundo, más devastador.

No me di cuenta de que Lonan había entrado hasta que lo escuché servir vino en una copa. Solo entonces levanté la mirada, encontrándome con los ojos que tanto me recordaban a ella.

Se sentó frente a mí en silencio.

—¿Crees que Sylvan volverá a dirigirme la palabra alguna vez? —pregunté.

Lonan soltó una risa suave.

—Lo hará —respondió, dando un sorbo a su vino—. En algún momento. Cuando deje de estar furioso porque te negaste a enviarla a Floralia inmediatamente.

Una risa escapó de mis propios labios, aunque sonaba más como un sollozo contenido.

—Debería odiarte —continuó Lonan—. Por mantenerla aquí, por no dejar que los sanadores de Floralia hagan su trabajo.

—Lo sé. Tienes todo el derecho. Tú más que nadie.

Lonan negó con la cabeza, contemplando el vino en su copa como si contuviera todas las respuestas que buscábamos.

—Pero no te odio —dijo finalmente—. Porque anoche os vi a escondidas cuando le llevaste la comida. Vi cómo te miraba, como si fueras lo único real en un mundo de pesadillas.

Comencé a llorar de nuevo.

—No la merezco —susurré—. Después de todo lo que he hecho, después de haberla abandonado allí en ese infierno.

—No. No te atrevas a hundirte en la autocompasión. No es lo que ella necesita ahora.

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón. Este hombre, que había sobrevivido años en las mazmorras de Gélidia, que había visto los horrores que ese lugar podía infligir… él entendía mejor que nadie.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cómo ayudo a alguien que tiembla ante mi presencia? ¿Que no puede soportar que la toquen, que apenas puede mirarme a los ojos sin encogerse?

—Con paciencia —respondió simplemente—. Con constancia. Estando ahí, como lo estuviste anoche. Sin presionar, sin exigir. Solo con tu presencia.

Asentí lentamente, recordando las horas interminables sentado fuera de su puerta. Cada sollozo ahogado, cada pesadilla silenciosa había sido como una puñalada directa a mi corazón.

—Es más complicado de lo que imaginas —añadió Lonan, girando la copa entre sus dedos—. Tratar con alguien que ha sido… abusada y maltratada requiere una delicadeza especial.

Su mirada se perdió en algún punto distante, como si estuviera recordando algo doloroso.

—En Floralia, como capitán de la guardia, vi muchos casos —continuó—. Doncellas, mujeres de la corte, incluso algunas nobles… El miedo las consumía. A veces pasaba semanas acompañándolas a sus habitaciones, escoltándolas por los jardines, porque no podían soportar estar solas o encontrarse con desconocidos.

—¿Cómo las ayudabas? —pregunté, aferrándome a cualquier conocimiento que pudiera servirme para ayudar a Nefely.

—Respetando sus tiempos, sus espacios —respondió—. Algunas tardaban meses en poder caminar solas por el castillo. Otras no volvían a confiar nunca plenamente. —Se inclinó hacia mí—. Pero todas necesitaban saber que cuando dijeran «no», ese «no» sería respetado. Que su voz importaba, que sus límites serían honrados.

Aquello tenía sentido. La forma en que Nefely reaccionaba a movimientos bruscos, a voces altas, a cualquier gesto que pudiera interpretarse como una imposición…

—Sylvan no lo entiende —continué después de un momento—. Cree que alejarla de aquí, llevarla a Floralia, le devolverá la paz. Como si la distancia pudiera curar lo que le hicieron.

—Mi rey siempre ha sido un hombre de acción —Lonan sonrió tristemente—. Le cuesta entender que algunas heridas necesitan tiempo. Que algunos demonios solo pueden enfrentarse en el lugar donde nacieron.

—¿Es por eso por lo que me apoyaste? —pregunté suavemente —. ¿Por eso convenciste a Sylvan de que la dejara quedarse?

—La apoyé a ella —corrigió—. Porque vi en sus ojos que necesitaba esto. Necesitaba despertar en un lugar familiar, rodeada de recuerdos que no están todos manchados por el horror. —Hizo una pausa, bebiendo más vino—. Incluso los malos recuerdos aquí son suyos, reales. No pesadillas plantadas por ese brujo maldito.

—¿Por qué no quieres que sepa que estás aquí? —pregunté, recordando su petición expresa de mantenerse oculto hasta que ella estuviera más estable—. Es tu hija. Te ha creído muerto durante años.

Lonan suspiró profundamente, frotándose las manos con gesto cansado.

—Cuando estás en las mazmorras tanto tiempo como yo estuve —respondió finalmente—, aprendes que la esperanza puede ser tan peligrosa como la desesperación. Si ella me ve ahora, querrá explicaciones, querrá saber por qué no volví, por qué no la protegí… Y no estoy seguro de que pueda soportar mis respuestas mientras aún está luchando por encontrarse a sí misma.

—Pero te necesita —insistí.

—Me necesita fuerte —respondió con firmeza—. No roto por la culpa. Primero debo verla, confirmar con mis propios ojos que está a salvo. Luego, cuando esté preparada, cuando ambos estemos preparados…

El silencio cayó entre nosotros, pesado, pero no incómodo. Este hombre, que tenía todo el derecho de odiarme, de culparme por el sufrimiento de su hija, en cambio, me ofrecía comprensión.

—Cuando la encontramos en aquella explanada helada —comencé, pero mi voz se quebró al recordar la imagen de su cuerpo roto sobre la nieve.

—Lo sé —interrumpió suavemente—. Thorak me contó todo. Sobre el frío que la rodeaba, sobre cómo apenas respiraba, sobre cómo tu dragona rugía de impotencia al verla así.

—Creí que la perdería. La sostenía en mis brazos y podía sentir cómo se desvanecía, cómo cada latido de su corazón era más débil que el anterior, cómo el hielo parecía consumirla desde dentro.

—Pero no la perdiste. Está aquí. Está viva. Y mientras respire, hay esperanza. No olvides eso ni por un instante.

—Está tan rota —susurré—. Tan… cambiada.

—¿Y quién no lo estaría? —preguntó retóricamente—. Después de lo que vivió en manos de ese monstruo… El milagro es que aún pueda sonreír, aunque sea brevemente. Que aún pueda confiar lo suficiente para dejarte vigilar su puerta, para aceptar la comida que le llevas.

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón. Cada pequeño gesto de confianza, cada momento en que no se encogía de terror, era una victoria que debería celebrar en lugar de lamentar lo que se había perdido.

—Los niños preguntan por ella —dije después de un momento—. Especialmente Kieran. No entiende por qué no puede verla cuando ella lo salvó.

—Les explicaremos —respondió Lonan con una serenidad que envidiaba—. A su tiempo, cuando ella esté lista. Son más fuertes y sabios de lo que crees, Aeran. Los niños suelen comprender el dolor mejor que los adultos.

—Como ella —sonreí tristemente.

—Como mi hija. —Había tanto orgullo en su voz que hizo que mi corazón doliera—. Que incluso en medio de su propio tormento, encontró la fuerza para salvar a un niño. Para proteger esos huevos.

El grito nos interrumpió. Un sonido desgarrador que reconocería en cualquier parte, que me perseguiría en mis propias pesadillas. Me

levanté bruscamente, y vi que Lonan ya estaba en pie también.

—Nefely.

Porque ese grito… ese grito contenía todo el horror, todo el miedo, todo el dolor que le habían infligido. Y yo… yo solo podía correr hacia ella, sabiendo que no podría entrar, que no podría tocarla, que no podría hacer nada excepto estar ahí.

Como debí haber estado desde el principio.

Los guardias se apartaron de la puerta cuando llegamos y Thorak dio un paso al frente.

—Ha empezado a chillar, mi señor —informó en voz baja—. Escuchábamos gemidos y de repente… empezó a gritar como si…

Intercambié una mirada con Lonan y con el corazón martilleando en mi pecho, me acerqué a la puerta y di unos golpes suaves, intentando que mi voz sonara lo más calmada posible.

—¿Nefely? —llamé suavemente—. ¿Estás…?

—¡No! ¡No entres! ¡Por favor, no… no entres!

Los sollozos que siguieron me hicieron preguntarme por qué no había reducido Gélidia a cenizas.

Un movimiento en el pasillo captó mi atención. Mi corazón se hundió aún más al ver las pequeñas figuras emergiendo de sus habitaciones, rostros somnolientos transformándose en expresiones de miedo y preocupación. Venya se aferraba al marco de su puerta. Torin la abrazaba protectoramente, aunque podía ver el temblor en sus propios labios.

Avery apareció intentando mantener alejados a los más pequeños. Pero fue la expresión de Kieran lo que me destruyó por completo.

—Vamos, pequeños. —Cleon surgió de la oscuridad mientras se acercaba a sus hermanos—. Volved a la cama. Nefely está… está teniendo una pesadilla. Estará mejor por la mañana.

—Pero está llorando —susurró Venya, su voz temblaba mientras intentaba soltarse del agarre de Cleon—. ¡Aeran! ¡Tengo miedo! ¡Quiero ir contigo!

Cleon la sujetó con firmeza, aunque su propio rostro reflejaba el mismo dolor.

—No puedes pasar, Venya —murmuró—. Nefely necesita espacio ahora.

—¡Pero tengo miedo! —insistió ella, con lágrimas mientras extendía sus brazos hacia mí—. ¡Quiero a mi hermano! ¡Quiero que todo vuelva a ser como antes!

Intercambié una mirada con Lonan. Él asintió levemente, un gesto silencioso que decía «ocúpate de ellos».

—Ve —dijo en voz baja—. Tus hermanos te necesitan. Ya es hora de que yo ayude a mi hija. Demasiado tiempo he estado escondido.

—Deberías… deberías decir algo —susurré, sintiendo cómo cada sollozo al otro lado de la puerta me desgarraba por dentro—. Tu voz… quizás tu voz…

Lonan temblaba visiblemente. Dio un paso hacia la puerta, su mano se detuvo a medio camino, como si el simple acto de llamar pudiera quebrar algo irreparable.

—¡No! —El grito histérico atravesó la madera—. ¡Iros! ¡Todos! ¡Por favor… por favor, iros…!

Los sollozos que siguieron eran tan violentos que parecían arrancarle el alma. Lonan cerró los ojos.

—Mi pequeña flor de luna —susurró entonces—. Mi valiente recolectora de estrellas…

El silencio que siguió fue tan repentino que pareció antinatural. Los sollozos cesaron, reemplazados por una tranquilidad extraña.

—¿Papá? —Su voz sonaba tan pequeña, tan vulnerable, que hizo que mi corazón se encogiera.

Una sonrisa triste se dibujó en los labios de Lonan mientras más lágrimas corrían libremente por su rostro.

—Aquí estoy, mi pequeña —respondió suavemente—. Aquí estoy.

Me aparté de la puerta, haciendo un gesto a los guardias para que se retiraran. Este momento… este momento no era mío para presenciar. Era algo sagrado, algo que padre e hija necesitaban compartir sin testigos.

Me dirigí hacia donde los niños esperaban, sus rostros mostraban una mezcla de miedo y esperanza que me rompió el corazón. Venya corrió hacia mí tan pronto me vio, sus pequeños brazos extendidos en una súplica silenciosa. La alcé sin dudarlo, notando cómo temblaba mientras se aferraba a mi cuello. Sus mejillas estaban empapadas de lágrimas que me mojaban.

—Venid —dije, extendiendo mi mano libre hacia los demás—. Os contaré una historia.

Yo, que apenas tenía tiempo para desayunar con ellos, que siempre estaba demasiado ocupado con asuntos del reino… ¿ofreciendo contar una historia?

—¿Tú? —Torin no pudo contener su asombro—. Pero tú nunca lo haces.

—Esta noche sí. Esta noche os contaré una historia muy especial. Sobre una mujer que cambió el corazón de un rey.

Kieran se acercó tímidamente. Las vendas en sus muñecas me partían el corazón.

—¿Es… es sobre Nefely? —preguntó en un susurro como si fuera un secreto.

Asentí mientras los guiaba hacia la biblioteca, Venya aún aferrada a mi cuello como si temiera que fuera a desaparecer.

—Es sobre cómo una valiente sanadora enseñó a un rey arrogante que el verdadero poder no está en una corona —respondí, sintiendo cómo todos se acercaban más—. Sino en la capacidad de amar sin condiciones.

Kieran tomó la mano de Torin mientras me seguían, y pude ver en sus ojos que entendía. Entendía que esta historia no era solo para distraerlos de los gritos y el llanto. Era una forma de mantener viva la esperanza, de recordarles que la mujer que amaban seguía allí, en algún lugar tras esas lágrimas y ese dolor.

—¿Empieza con «érase una vez»? —preguntó Venya al llegar a la biblioteca, acurrucándose contra mi lado mientras nos sentábamos en uno de los grandes sillones de la biblioteca.

—No —respondí, y Kieran se subió a mis piernas—. Empieza con una noche fría, cuando un rey demasiado orgulloso para ver la verdad encontró a una bruja que no era bruja en el bosque…

Y así, mientras la voz de Lonan murmuraba palabras de consuelo a través de una puerta cerrada, comencé a contar nuestra historia. La verdadera historia. De cómo el amor puede nacer del odio, de cómo la confianza puede florecer en el suelo más árido, de cómo una mujer con el corazón más grande que había conocido me enseñó que la verdadera magia no estaba en los hechizos o los dragones.

Estaba en la capacidad de seguir amando, incluso cuando el mundo te había dado mil razones para dejar de hacerlo.

45

Rabia contenida

Nefely

La puerta se abrió con un crujido suave. No me sobresalté. De alguna manera, sabía que era él incluso antes de verlo.

Mi padre se quedó inmóvil en el umbral, como una aparición que teme desvanecerse si se mueve demasiado rápido. La luz del pasillo dibujaba su silueta, más delgada de lo que recordaba, pero inconfundible. En sus ojos solo había lágrimas.

—Mi pequeña flor de luna —susurró.

Esas palabras, ese nombre que solo él usaba… Me transportaron instantáneamente a tardes lejanas en nuestra cabaña, a sus manos enseñándome a distinguir hierbas, a su voz contándome historias mientras trenzaba mi pelo. A una vida que parecía pertenecer a otra persona.

Permanecí sentada en la cama, incapaz de moverme, de hablar, de respirar siquiera. ¿Cuántas veces había susurrado su nombre en la oscuridad de nuestra cabaña vacía? ¿Cuántas noches había pasado rogando a los dioses que no estuviera muerto, que de alguna forma hubiera sobrevivido a la guerra?

—Nefely —pronunció mi nombre como una invocación.

Dio un paso hacia la habitación, y la luz reveló las cicatrices en su rostro, las marcas que hablaban de años en las mazmorras. Sus manos —esas manos que una vez me habían parecido invencibles, capaces de arreglar cualquier cosa rota— temblaban ligeramente a sus costados.

—Lo siento tanto. Lo siento tanto, mi niña. Si hubiera podido… si hubiera sido más fuerte, más rápido… Si hubiera estado allí cuando…

No pudo continuar. Los sollozos sacudían su cuerpo con tal violencia que parecía a punto de derrumbarse. Y algo dentro de mí, algo que había permanecido congelado desde aquella noche en el río, comenzó a romperse.

Me levanté de la cama sin saber cómo mis piernas lograban sostenerme. Cada paso que daba hacia él parecía durar una eternidad, como si estuviera moviéndome a través de agua espesa. Vi cómo se tensaba, cómo sus ojos se abrían con sorpresa y miedo. Miedo de tocarme, de romperme más de lo que ya estaba.

—Sigues siendo mi niña bonita —susurró cuando estaba a solo un paso de distancia, y su voz sonaba exactamente como en mi infancia, cuando me encontraba llorando por una rodilla raspada o una pesadilla—. Mi valiente recolectora de estrellas.

Mis rodillas cedieron. Caí frente a él, y él se derrumbó conmigo al instante. Estábamos tan cerca que podía sentir su respiración entrecortada, pero aún no me tocaba, sus manos temblaban a centímetros de mis hombros.

—Abrázame —supliqué, la palabra salió como un sollozo desesperado—. Por favor… te necesito… necesito que me abraces… por favor, papá…

No pude decir más. Las palabras se ahogaron en mi garganta mientras extendía mis brazos temblorosos hacia él, como cuando era niña y despertaba de una pesadilla, implorando el refugio de sus brazos.

No dudó ni un segundo más. Con un movimiento brusco, casi violento en su desesperación, me estrechó contra su pecho tan

fuerte que casi me robó el aliento. Sus brazos me rodearon como si quisiera fundirme con él, protegerme de todo mal.

—Mi niña —sollozó contra mi pelo—. Mi pequeña. Estoy aquí. Estoy aquí.

Me deshice en sus brazos. Años de dolor soportado, de miedo, de soledad, estallaron. Lloré como no me había permitido llorar en Gélidia, donde cada lágrima era una victoria para mi torturador. Lloré por la niña que fui, por la mujer que podría haber sido, por todo lo que nos habían arrebatado, por las noches solitarias que pasé en mi cabaña creyendo que nadie me quería, que me habían arrebatado a mi madre y padre porque no merecía a nadie.

—Creí que nunca volvería a verte —sollocé, aferrándome a él—. Cada noche, en nuestra cabaña, miraba las estrellas y te buscaba entre ellas. Te hablaba como si pudieras oírme, te contaba mi día, mis miedos… te suplicaba que no estuvieras muerto.

Sus brazos se estrecharon aún más, y sentí cómo su cuerpo entero temblaba con sollozos.

—Nunca dejé de buscarte —susurró con voz rota—. Ni un solo día. Incluso en las mazmorras, cuando ya no tenía esperanza de salir con vida, seguía rezando para que estuvieras a salvo, para que nunca tuvieras que saber lo que era ese infierno.

Me meció suavemente, como cuando era pequeña y tenía pesadillas. Y por un momento, por un breve y precioso momento, volví a ser esa niña. La niña que se escondía tras sus piernas cuando los desconocidos venían a nuestra cabaña, que le creía cuando decía que no había nada que temer.

—Puedo verte ahora —murmuró—. Mi niña de cinco años, aferrándote a mi mano mientras visitábamos el mercado. ¿Recuerdas cómo te escondías detrás de mí cada vez que el viejo panadero te hablaba?

Una risa rota escapó entre mis sollozos.

—Decías que no debía tener miedo —recordé—. Que siempre me protegerías, que nunca dejarías que nada malo me pasara.

Sentí cómo se tensaba, cómo su cuerpo entero se estremecía con un dolor que iba mucho más allá de las lágrimas.

—Te fallé. Te fallé de todas las formas posibles.

Me aparté lo suficiente para mirarlo a los ojos, esos ojos que había heredado y que ahora estaban inundados de un dolor tan profundo que hacía que mi corazón se encogiera.

—No. No me fallaste. Te arrebataron de mi lado. Te perdí a ti, y luego a mamá. Y tuve que aprender… tuve que aprender a vivir sin vosotros.

Vi cómo el dolor en sus ojos se transformaba en algo más oscuro. Sus manos, ásperas por años de trabajo y prisión, acunaron mi rostro con tanta delicadeza que apenas podía sentirlas.

—Cuando te vi en esa celda —susurró—. Cuando reconocí tu voz entre los gritos… Quería morir. Quería morir mil veces si eso significaba ahorrarte un solo momento de dolor.

Sus dedos recorrieron mi cara como si intentara memorizar cada detalle, deteniéndose ocasionalmente sobre los moretones que aún no habían desaparecido por completo.

—Los mataré a todos —prometió, y había una ferocidad en su voz que no recordaba—. A todos los que te tocaron, a todos los que miraron hacia otro lado. Los encontraré y…

—Papá —interrumpí, y la palabra sonaba extraña en mis labios tras tantos años—. Ahora no. Por favor… ahora solo… solo abrázame.

Volvió a rodearme con sus brazos, y me encontré hundiéndome en su pecho como solía hacer de niña. Su corazón latía contra mi oído en un ritmo constante, tranquilizador, el sonido que me había arrullado en tantas noches de tormenta.

—¿Recuerdas las estrellas? —preguntó suavemente—. ¿Cómo salíamos al claro en las noches despejadas y te subía a mis hombros para que pudieras «recogerlas»?

Asentí, incapaz de hablar por el nudo en mi garganta.

—Decías que cada estrella era un deseo —continuó, su voz se volvió más suave, más distante, como si él también estuviera

perdiéndose en recuerdos más amables—. Y que, si recogías suficientes, podrías hacer que cualquier cosa fuera posible.

Cerré los ojos, dejando que sus palabras me transportaran lejos de esta habitación, de este castillo, de todo el horror. Por un momento, casi pude sentir la brisa nocturna en mi rostro, el olor a hierba fresca, la risa de mi madre resonando desde la puerta de nuestra cabaña.

—¿Y recuerdas lo que me dijiste cuando te pregunté qué deseo pedirías si pudieras juntar todas las estrellas del cielo? —preguntó, y había una sonrisa en su voz a pesar de las lágrimas.

—Que siempre estuviéramos juntos —susurré—. Tú, mamá y yo. Para siempre.

Su abrazo se tensó ligeramente, y sentí cómo un temblor recorría su cuerpo.

—Siempre estuvimos contigo —murmuró contra mi pelo—. Cada día, cada noche. Incluso cuando no podías vernos, incluso cuando creías estar sola.

Permanecimos así, abrazados en el suelo, durante lo que pareció una eternidad. El tiempo perdió significado mientras me dejaba mecer por su voz, por el ritmo constante de su corazón contra mi oído.

—Deberías descansar —susurró finalmente, apartándose lo suficiente para mirarme a los ojos—. Has pasado por tanto… demasiado. Necesitas recuperar fuerzas.

—No quiero dormir —confesé—. Las pesadillas…

—Lo sé —respondió, y en sus ojos vi que realmente lo entendía —. Las conozco bien. Te despiertas gritando, convencida de que sigues allí, de que todo esto es solo otro sueño cruel.

Asentí, sorprendida de que pudiera comprender tan exactamente lo que sentía. Pero claro, él también había estado en esas mazmorras, también había sufrido bajo la crueldad de Gélidia.



El estofado daba vueltas y vueltas en mi plato, hipnótico en su movimiento circular. No podía arrancar la sensación de vergüenza que me quemaba por dentro. Toda la noche anterior había sido una sucesión de pesadillas, gritos ahogados y el consuelo de mi padre como si fuera una niña pequeña otra vez… Odiaba sentirme así de vulnerable, así de rota.

Aun así, bajo esa vergüenza palpitaba una alegría feroz que no había sentido en meses: mi padre estaba vivo. Yo lo había liberado aquella noche en Gélidia, con mis últimas fuerzas, arriesgándolo todo. «Me has devuelto la vida», me había susurrado entre lágrimas mientras me sostenía. «Te debo todo, mi pequeña flor de luna. Todo». Ese pensamiento era lo único que me daba fuerzas para seguir adelante.

Thorak se movió ligeramente en su posición junto a la puerta. Podía sentir su mirada sobre mí, aunque intentara disimularlo, ese tipo de vigilancia nacida de la preocupación más que del deber. Había sido mi propia decisión salir de la habitación esta mañana, enfrentar el mundo más allá de esas cuatro paredes. Una decisión que ahora parecía simultáneamente valiente y estúpida. Aeran probablemente ni siquiera sabía que había salido. O quizás sí lo sabía y estaba observándome desde algún rincón, esperando ver si

me derrumbaba. Todo era tan extraño ahora. Las miradas, los silencios, las conversaciones a medias. Ya no sabía cuál era mi lugar aquí. Quizás nunca lo supe realmente. ¿Era la sanadora? ¿La prisionera? ¿La Alisma del rey? ¿O simplemente un fantasma de algo que nunca llegó a ser?

Las doncellas habían reaccionado antes incluso de que terminara de bajar las escaleras. Como una bandada de pájaros asustados, habían revoloteado por el comedor llenando la mesa de platos humeantes. Órdenes de Aeran, sin duda. Siempre intentando alimentarme, como si la comida pudiera llenar el vacío que sentía dentro.

La cuchara tintineó contra el borde del plato mientras seguía revolviendo mecánicamente. El sonido metálico me recordó al de la daga hundiéndose en la carne de Soren, y un escalofrío de satisfacción oscura recorrió mi espalda.

¿Habría muerto? La pregunta se repetía en mi mente como una letanía obsesiva. ¿Se habría desangrado en el suelo de sus propios aposentos, rodeado de los fragmentos de huevos vacíos? La imagen me provocaba una mezcla nauseabunda de placer y horror. Quería que hubiera sufrido. Que hubiera sentido aunque fuera una fracción del dolor que me había infligido.

—Mi señora. —Thorak interrumpió mis pensamientos oscuros—. ¿Necesitáis algo más?

Negué con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras. ¿Qué podría necesitar además de la certeza de que ese monstruo ya no respiraba? ¿De que sus manos nunca volverían a tocar, a lastimar, a destruir? De que jamás pudiera acercarse a otra mujer, de que Venya o Avery nunca conocieran ese terror entre sus manos, de que ninguna niña tuviera que sentir lo que yo sentí mientras él… No. No podía permitir que esos pensamientos me dominaran, no aquí, no ahora. Estaba a salvo.

El comedor estaba demasiado silencioso, demasiado grande. Las sombras en las esquinas parecían moverse con vida propia, y cada

crujido de la madera me hacía tensarme como un animal acorralado. Me sentía expuesta aquí, vulnerable de una manera que odiaba.

«Mírate», susurró una voz cruel en mi mente, «sentada aquí como una dama delicada mientras él podría estar vivo en algún lugar». El pensamiento hizo que mi estómago se retorciera. La idea de que Soren pudiera estar respirando, riendo, planeando… La cuchara se dobló ligeramente bajo la presión de mis dedos.

Una doncella se acercó para rellenar mi copa, y el movimiento repentino me hizo sobresaltar. La pobre chica retrocedió asustada.

—Lo siento —murmuré—. No pretendía…

Pero ella ya se había alejado, y la vergüenza volvió a arder en mi pecho, mezclándose con la rabia. ¿En esto me había convertido? ¿En alguien que hacía temblar a doncellas inocentes? ¿En alguien que soñaba despierta con sangre y muerte?

Thorak seguía observando, y me parecía irónico: antes me había considerado una amenaza y ahora me protegía como si fuera algo precioso y frágil.

El estofado se había enfriado, pero seguía removiéndolo con las mismas preguntas una y otra vez: ¿habría muerto? ¿Habría sufrido lo suficiente? ¿Habría…?

—Debí cortarle la garganta —el susurro escapó de mis labios antes de que pudiera detenerlo.

Vi cómo Thorak se tensaba, aunque intentó disimularlo.

La rabia seguía allí, burbujeando bajo la superficie, mezclándose con el miedo y la vergüenza hasta que ya no podía distinguir dónde terminaba una emoción y empezaba la otra. Era un monstruo creciendo en mi pecho, alimentándose de pesadillas y recuerdos, de la incertidumbre de no saber si mi torturador seguía respirando.

Y lo peor era que una parte de mí disfrutaba de esta oscuridad. Se deleitaba en imaginar su sufrimiento, en recordar el sonido de la daga hundiéndose en su carne una y otra vez.

¿En esto me había convertido? ¿En alguien que encontraba consuelo en pensamientos de sangre y venganza?

El sonido de pasos me sobresaltó, haciendo que levantara la cabeza bruscamente. Allí estaba él, mi padre, de pie en la entrada del comedor. Estaba limpio y arreglado, aunque la delgadez extrema de su cuerpo resultaba difícil de pasar por alto. Era tan diferente al hombre que recordaba… al gigante que me subía sobre sus hombros para que pudiera tocar las ramas más altas de los árboles, que me hacía sentir que podía alcanzar las nubes con solo estirar los brazos.

Sus ojos recorrieron mi rostro, y supe exactamente lo que estaba viendo: los moretones que aún no terminaban de desaparecer, las marcas que ni siquiera el cuello alto de la camisa podía ocultar completamente. Todo el mundo las veía, aunque intentaran disimularlo.

—¿Puedo? —preguntó suavemente, señalando la silla frente a mí.

Asentí, incapaz de encontrar mi voz. La noche anterior me había contado todo: cómo lo habían capturado intentando enviar un mensaje, cómo los años en las mazmorras de Gélidia se habían convertido en una pesadilla interminable, por qué nunca pudo regresar a casa. Cada palabra había sido como una puñalada, recordándome que no era la única que cargaba cicatrices invisibles. Y yo le había narrado todos estos años sin él, cómo monté una consulta ilegal en nuestra cabaña, sanando a escondidas, siempre con miedo a que me descubrieran practicando lo que consideraban brujería. Le dije que la casa seguía exactamente igual, que había mantenido intactas sus cosas, su ropa, sus herramientas, como si en cualquier momento fuera a regresar. También supe que ya había visitado la tumba de mamá. Kieran lo había llevado, cogiéndole de la mano como si lo conociera de toda la vida, mostrándole orgulloso dónde habían colocado las flores que él mismo cuidaba junto a la lápida.

—Tienes la misma mirada —comentó después de un momento, y algo en su voz me transportó a tardes lejanas en nuestra pequeña cocina—. La misma que ponías cuando te servía esos nabos que tanto odiabas.

Bajé la vista hacia el estofado, donde varios trozos de nabos flotaban entre las zanahorias y la carne.

—Siguen sin gustarme —murmuré, apartándolos con la cuchara hacia un lado del plato.

Una risa suave escapó de sus labios, el sonido más cercano a la felicidad que le había escuchado desde nuestro reencuentro.

—Eso no cambiará nunca, ¿verdad? —Sus ojos brillaron con un destello de nostalgia—. De pequeña era imposible hacértelos comer. Tu madre y yo probamos de todo: esconderlos bajo la carne, disfrazarlos con salsas, prometerte historias extra si te los comías… Nada funcionaba. Eras la niña más obstinada de toda la aldea.

—Solo con los nabos —me defendí, sorprendida por lo natural que resultaba esta conversación trivial en medio de tanto horror—. El resto de verduras siempre me las comía sin protestar.

—Excepto las judías verdes —me recordó, alzando una ceja—. Y los guisantes. Y aquella vez que intenté que probaras las setas silvestres…

Quise sonreír. Los dioses sabían cuánto quería darle, aunque fuera eso, un pequeño gesto que le dijera que su niña seguía aquí, en algún lugar bajo todas estas cicatrices. Pero mis labios parecían haber olvidado cómo formar una sonrisa real.

El estofado seguía enfriándose entre nosotros y la rabia seguía allí, habitando bajo mi piel.

¿Cómo podíamos recuperar todos esos años perdidos? ¿Cómo podíamos volver a ser padre e hija cuando ambos estábamos tan rotos, tan cambiados por el horror que habíamos vivido?

Lonan extendió su mano sobre la mesa, como si quisiera tocar la mía, pero se detuvo a medio camino. Era el mismo gesto tentativo que yo veía en todos ahora, ese miedo a tocarme, a romperme más de lo que ya estaba.

—Tu madre solía hacer el mismo gesto —dijo suavemente, señalando la forma en que revolvía la comida—. Cuando algo le preocupaba, podía pasarse horas dando vueltas al estofado.

¿Qué pensaría ella de mí ahora? ¿De la oscuridad que sentía crecer en mi interior, del placer retorcido que encontraba imaginando la muerte de Soren?

—Yo… No puedo dejar de pensar en si está muerto.

Vi cómo sus ojos se oscurecían, cómo sus manos se cerraban en puños sobre la mesa.

—Lo apuñalé —continué—. Una y otra vez. Quería que sufriera. Quería que sintiera en su carne el mismo dolor que me infligió durante todos esos meses.

La vergüenza y la rabia se mezclaban en mi garganta, ahogándome.

—¿Sabes qué es lo peor? —añadí en un susurro—. Que no me arrepiento. Si pudiera volver atrás, lo haría de nuevo. Solo que esta vez me aseguraría de que no sobreviviera.

Mi padre me miró largamente antes de responder, sus ojos escrutando cada detalle de mi rostro como si buscara algo.

—Cuando me tenían en las mazmorras —comenzó finalmente con calma—, pasaba horas imaginando formas de hacerles pagar. Formas de destrozarlos como ellos me habían destrozado a mí.

Lo miré, sorprendida por su confesión. Este hombre que me había enseñado a curar, a sanar, a ver la belleza en cada ser vivo…

—Me imaginaba arrancándoles los dedos uno a uno. —Su mirada estaba perdida en algún punto distante—. Les cortaba la lengua para que no pudieran gritar, les cegaba para que conocieran la oscuridad en la que yo vivía. Y lo peor es que esas fantasías eran lo único que me mantenía cuerdo algunos días.

—¿Cómo puedes decir eso? —susurré—. Tú siempre me enseñaste que toda vida era sagrada, que nuestra misión era sanar, no dañar.

—Y lo sigo creyendo —respondió, volviendo su mirada hacia mí —. Pero también creo que hay una diferencia entre quitar una vida por placer y hacerlo por justicia. Lo que ese hombre te hizo… No merece misericordia. No eres un monstruo por querer que sufra —continuó suavemente—. No eres menos digna de amor por desear

venganza. Eres humana, mi pequeña estrella. Y te hicieron daño de formas que nadie debería soportar.

Había llorado suficiente la noche anterior, había sido suficientemente débil.

—Pero la rabia que siento —susurré—. A veces siento que me consume. Que no queda nada más dentro de mí excepto este odio, este deseo de verlo sufrir. De destrozarlo con mis propias manos. De hacerle sentir cada momento de terror que me hizo vivir.

Levanté la mirada, enfrentando a mi padre directamente.

—¿Y si ya no sé cómo ser otra cosa? ¿Y si esta rabia es todo lo que me queda?

—Entonces la usaremos —respondió con firmeza—. La convertiremos en algo que puedas llevar sin que te destruya.

—¿Cómo? —pregunté, y por primera vez en mucho tiempo, sentí algo parecido a la esperanza.

—Canalizándola —explicó—. Mi maestro en… ¿Recuerdas que te contaba que venía de Floralia?

Asentí lentamente. Recordaba las historias de mi infancia, cuando me hablaba de un lugar lleno de flores y árboles impresionantes, tan diferentes a nuestro bosque. Siempre pensé que eran cuentos para niños, pero ahora…

—Sí —murmuré—. Mamá decía que te quedaste en Dragio por ella. Que abandonaste tu hogar.

Algo pasó por sus ojos, una emoción que no supe identificar, pero rápidamente regresó al presente.

—Mi maestro en Floralia decía que las emociones son como ríos: no puedes detenerlos, pero puedes dirigir su curso. Tu rabia puede convertirse en valor, en fuerza para reconstruirte.

—¿Es eso lo que hiciste tú? —pregunté—. ¿Convertir tu odio en algo más?

Negó lentamente con la cabeza.

—No exactamente. Durante años lo alimenté, lo mantuve vivo porque me daba un propósito: sobrevivir para vengarme. Pero al final comprendí que eso solo me estaba consumiendo por dentro. El

día que supe que estabas viva… Ese día encontré algo más fuerte que el odio: la esperanza de volver a verte. Se merecía cosas mucho peores —añadió después de un momento—. Si está muerto, si se desangró en ese suelo helado, se lo tenía más que merecido. Y si fuera por mí, le habría hecho sufrir mucho más. Le habría hecho sentir cada momento de dolor que te causó, cada lágrima que te hizo derramar.

Lo miré, sorprendida por la ferocidad en sus palabras. Este era un lado de mi padre que nunca había conocido.

—¿No te asusta ver ese lado en ti? —pregunté quedamente.

—Me aterroriza —confesó—. Porque durante mucho tiempo, creí que esa oscuridad me definiría para siempre. Que nunca volvería a ser el hombre que una vez fui, el que tu madre amaba, el que tú recordabas.

—No sé si puedo volver a ser quien era —admití—. No sé si esa chica sigue existiendo en alguna parte.

—No tienes que volver a ser quien eras —respondió, extendiendo su mano sobre la mesa, acercándola a la mía sin llegar a tocarla—. Solo tienes que descubrir quién eres ahora. Y sea quien sea esa persona, yo la amaré exactamente igual.

Quise extender mi mano hacia él, pero no pude.

—Los escuchaba, ¿sabes? En las mazmorras. Escuchaba sus risas, sus planes. La forma en que hablaban de ti.

El estofado seguía enfriándose entre nosotros, olvidado. La rabia en su voz alimentaba la mía propia, como si juntas pudieran incendiar el mundo entero.

—Cada noche cuando cerraba los ojos —susurré—, soñaba con matarlo. Con hacerle sentir, aunque fuera una fracción del miedo que yo sentía. Y ahora, ahora no sé si está muerto o vivo, y esa incertidumbre me está volviendo loca. ¿Y si sobrevivió? ¿Y si está allí afuera, recuperándose, planeando su venganza?

—Si vive, lo encontraremos. Y esta vez no será una daga rápida en la oscuridad. Esta vez nos aseguraremos de que pague por cada marca en tu piel, por cada pesadilla que te atormenta.

Sus palabras deberían haberme horrorizado. Este hombre que me había enseñado a respetar toda forma de vida, que curaba incluso a los animales más pequeños… Y aquí estaba, hablando de venganza y muerte con la misma naturalidad con que una vez me había enseñado sobre hierbas curativas.

—Jamás te había oído hablar así —dije—. Creía que valorabas la vida por encima de todo.

—Y lo hago —respondió—. Pero hay excepciones para todo. Y Soren ha cruzado cada línea, ha roto cada regla que me hacía valorar su existencia.

Se inclinó hacia delante.

—Tu madre me dijo una vez que la naturaleza siempre busca el equilibrio. Que cuando algo se rompe, el mundo encuentra la forma de restaurarlo. Quizás tú y yo seamos los instrumentos para restaurar ese equilibrio. Para asegurarnos de que pague por lo que ha roto.

—A veces —confesé en un susurro—, cuando cierro los ojos, puedo sentir la daga hundiéndose en su carne. Puedo oír su gemido de sorpresa, ver la sangre deslizándose entre mis dedos. Y una parte de mí disfruta con ese recuerdo. ¿Eso me convierte en un monstruo como él?

—No —cortó firmemente—. Eso te convierte en superviviente. En alguien que encontró la fuerza para luchar, para protegerse y proteger a otros. —Sus ojos brillaron con algo feroz—. No fueron golpes al azar, mi pequeña flor. Cada puñalada la calculaste. Incluso en medio de tu furia, tu mente de sanadora sabía exactamente dónde golpear para causar el mayor daño.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Era cierto. Incluso en medio de la rabia cegadora, había una parte de mí que recordaba cada lección de anatomía, cada punto vital…

—La última vez que te vi —continuó suavemente—, eras una niña que lloraba por pájaros heridos. Que no podía soportar ver sufrir a ninguna criatura viviente. Y él, él intentó quitarte eso. Intentó

convertir tu compasión en debilidad, tu bondad en algo que pudiera usar contra ti.

Me limpié las lágrimas con rapidez.

—Creí que lo había conseguido —confesé—. Creí que me había convertido en lo que él quería: alguien tan roto por dentro que solo podía sentir odio.

—Mírate ahora —respondió, y había tanto amor en su voz que hizo que mi corazón doliera—. Estás aquí, hablando de tu dolor, luchando con tu rabia. Alguien verdaderamente roto no tendría esta batalla interior. Estaría vacío, sin conflicto, sin remordimientos.

—Duele —admití—. Todo el tiempo. Como si hubiera algo en mi pecho que nunca dejará de sangrar.

—Lo sé —asintió—. El dolor te acompañará siempre. Se volverá más manejable con el tiempo, pero nunca desaparecerá del todo. Y eso está bien. Ese dolor te recordará quién eres, qué has sobrevivido.

Estiró su mano un poco más, casi rozando la mía.

—Y no estarás sola para llevarlo. Yo estaré ahí, cada paso del camino. Si quieres gritar, gritaré contigo. Si necesitas llorar, lloraré a tu lado. Y si decides que es hora de hacer justicia…

—Estarás allí también —completé.

—Hasta el final —prometió—. Porque fallé una vez. Fallé al no protegerte, al permitir que ese monstruo te tocara. Pero te juro por la memoria de tu madre que no volveré a fallar.

La voz suave de una doncella nos interrumpió.

—Mi señora —Hizo una reverencia nerviosa—, los niños están despertando. Bajarán pronto a desayunar. El rey Aeran dijo que debía preguntaros si queríais acompañarlos o preferíais desayunar sola.

Negué con la cabeza antes de que pudiera terminar, el pánico cerró mi garganta. No estaba lista. No podía enfrentarme a sus miradas inocentes, no cuando la sangre aún manchaba mis pensamientos, no cuando la violencia seguía ardiendo bajo mi piel.

—No puedo hacerlo —susurré, mirando a mi padre—. No estoy preparada para enfrentarme a ellos todavía. No confío en mí misma ahora.

Me levanté bruscamente. Necesitaba escapar, refugiarme en la seguridad de esas cuatro paredes que se habían convertido en mi única zona segura.

Los pasos de Thorak sonaban tras los míos mientras subía las escaleras. No me dejaba sola, ni un momento, como una sombra protectora que me seguía a todas partes. Debería irritarme su presencia constante, pero había algo reconfortante en la forma en que mantenía su distancia mientras seguía cerca.

Me detuve frente a la puerta del despacho de Aeran. Sabía que estaría allí, podía sentirlo. ¿Cuántas veces me había encontrado con él aquí antes? ¿Cuántas discusiones, cuántas reconciliaciones silenciosas habían tenido lugar tras esa puerta?

Miré hacia atrás, encontrándome con los ojos comprensivos de Thorak. El capitán suspiró suavemente, acercándose a la madera. Alcé mi mano temblorosa. Debería llamar. Quería llamar. Pero…

El golpe suave resonó en el pasillo antes de que pudiera arrepentirme. El silencio que siguió fue ensordecedor. Ni un sonido, ni un movimiento tras la puerta.

Miré a Thorak, que me devolvió una mirada de aliento. Respiré hondo y, contra todo instinto, giré el pomo.

—¿Quieres que entre contigo? —preguntó Thorak en voz baja.

Negué con la cabeza. Esto era algo que necesitaba hacer sola. Inspiré profundamente y di un paso al interior, cerrando la puerta tras de mí.

La habitación estaba sumida en penumbra, con apenas unos rayos de sol filtrándose entre las cortinas entornadas. Aeran estaba de pie junto a la ventana, su silueta recortada contra la luz grisácea del amanecer. No se giró al escuchar la puerta, sus hombros tensos reflejaban la rigidez de su postura.

—He dicho que no quiero que nadie me moleste. —Su voz sonó áspera, cargada de una rabia que nunca le había oído usar—. Si son

asuntos del reino, que se ocupen los malditos consejeros.

Un sollozo ahogado escapó entre sus palabras, y me di cuenta de que estaba llorando. El poderoso Rey de Dragio, el hombre que había ordenado mi encarcelamiento, que había enfrentado ejércitos enteros sin pestañear, estaba llorando como un niño pequeño.

—No es la guardia —respondí suavemente.

Se giró tan rápido que casi perdió el equilibrio. Sus ojos, enrojecidos e hinchados, se abrieron de par en par.

—Nefely. —Mi nombre escapó de sus labios como una plegaria desesperada.

Verlo así, con los ojos llenos de lágrimas y el rostro descompuesto por el dolor, hizo que algo se rompiera dentro de mí. No era el rey arrogante que recordaba. Parecía más joven, más vulnerable. Se había afeitado, notando los pequeños cortes que hablaban de manos temblorosas, pero la barba incipiente ya comenzaba a ensombrecer su mandíbula. Su pelo seguía largo, cayendo en mechones desordenados sobre su frente.

Con un gesto brusco, intentó limpiarse las lágrimas, pasándose la manga por el rostro como un niño avergonzado de que lo vieran llorar.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? ¿Ha ocurrido…?

—No soy yo quien está llorando —respondí.

Él negó con la cabeza, intentando recomponerse.

—No es nada.

—No se llora por nada —respondí, observándolo con atención.

Una sonrisa triste se dibujó en sus labios, y eso bastó para que sus ojos volvieran a llenarse de lágrimas que luchaba por contener. Apartó la mirada rápidamente, como si temiera que pudiera ver demasiado en ellos.

Mis ojos se desviaron hacia su escritorio, donde un mapa desplegado ocupaba casi toda la superficie. Podía distinguir los diferentes reinos, las fronteras marcadas con líneas de tinta de distintos colores. Las zonas boscosas, los ríos, las montañas… todo representado con precisión minuciosa. Lo que llamó mi atención

fueron las marcas rojas sobre lo que parecía ser un reino al oeste. Un reino lleno de símbolos de flores que no había visto antes.

—¿Has desayunado? —preguntó de repente—. ¿Necesitas algo?

—Iban a bajar los niños a desayunar —respondí—. No podía verlos aún.

Asintió lentamente, como si comprendiera perfectamente.

—No te preocupes. Cuando estés lista…

Mi atención se desvió hacia el carrito de bebidas en una esquina. La jarra estaba bocabajo, al igual que las copas. No había bebido nada, me di cuenta. El Aeran que conocía habría vaciado al menos una botella entera.

Por el rabillo del ojo, noté que daba un paso hacia mí, pero se detuvo bruscamente, como si hubiera chocado con una barrera invisible.

—Jamás debí amenazar con encerrarte —dijo de pronto—. Durante la batalla, cuando te negaste a quedarte, yo… No debí decir esas cosas. Lo lamento con toda mi alma. Fui un idiota que…

—¿Dónde está tu esposa? —le interrumpí.

Su rostro reflejó una mezcla de emociones antes de responder.

—No hay esposa —dijo con firmeza—. Cancelé el matrimonio. La envié de regreso a su hogar al día siguiente de encontrarte.

Sus ojos buscaron los míos.

—Nunca se consumó, Nefely. Nunca la toqué. No podía.

Suspiró con fuerza.

—La princesa debe haberse sentido insultada —comenté, fijando mi mirada en el mapa, incapaz de mirarlo directamente.

—No me importa. Ella tampoco quería este matrimonio. Era política, nada más. Una alianza necesaria cuando creíamos… cuando yo creía…

—Cuando creías que yo estaba muerta —completé por él, trazando con la mirada las líneas que marcaban fronteras.

El silencio cayó entre nosotros. Aeran se pasó una mano por el pelo, desordenándolo aún más.

—Lo siento tanto. Si te hubiera dejado ir a la batalla como querías… Si te hubiera enseñado a montar adecuadamente a Estros, no habrías caído. Si hubiera hecho una silla apropiada para ti…

—Yo no quería aprender a montar —le recordé sin emoción—. Siempre me dio miedo la altura.

—Debí insistir. Debí hacer una silla especial para ti, con correas de seguridad. Debí protegerte mejor. Debí…

Sus palabras se apagaron, ahogadas por el remordimiento. Lo miré de reojo. Parecía más delgado, con profundas sombras bajo los ojos.

—Por favor —suplicó de repente—. Insúltame. Grítame. Ódiame por lo que te hice, por haberte amenazado, por haberte fallado. Cualquier cosa sería mejor que este silencio.

Me detuve junto al escritorio, todavía observando el mapa. Había algo en él que me resultaba extrañamente familiar, pero no lograba identificar qué era.

—¿Por qué llorabas cuando entré? —pregunté finalmente, girándome para mirarlo directamente.

Sus ojos se ensombrecieron. Inspiró profundamente, como si estuviera reuniendo fuerzas para lo que iba a decir.

—Descubrí por qué mi madre murió. Y por qué mi padre siempre dijo que había sido por culpa de una bruja.

Algo en su tono hizo que me tensara. Me enfrenté completamente a él, olvidando por un momento mis propios miedos.

—El reino de Floralia —continuó, señalando con un gesto cansado hacia el mapa, hacia las marcas rojas que había estado observando—. Enviaron sanadoras cuando mi madre enfermó. Las mejores que tenían, con conocimientos que habrían podido salvarla.

Sus manos temblaban mientras hablaba.

—Mi padre las rechazó. Las echó del castillo, las llamó brujas, les escupió en la cara. —No dejaba de llorar—. Y cuando intentaron colarse para llegar hasta ella, para salvarla… las mandó azotar públicamente. Las acusó de brujería, de intentar embrujar a la reina.

Se cubrió el rostro con las manos, incapaz de contener los sollozos.

—¿Sabes qué es lo peor? Que recuerdo algo… un recuerdo que había enterrado tan profundo que creí haberlo inventado. Una mujer de cabello oscuro y ojos violetas siendo arrastrada por los guardias mientras mi padre gritaba sobre brujas y venenos. Yo tenía miedo, me escondí tras una columna. Y esa mujer me miró, me miró directamente a los ojos y me dijo: «No es culpa tuya, pequeño príncipe. Nunca es culpa de los niños».

Su cuerpo entero temblaba ahora.

—La dejé morir, Nefely. Dejé que mi madre se consumiera en fiebre mientras mi padre alejaba a quienes podían salvarla. Y luego… luego crecí creyendo que una bruja la había matado. Odié durante años a unas mujeres que solo intentaban ayudar.

—No eras más que un niño —murmuré.

—Pero me convertí en el mismo hombre —respondió con amargura—. Te encerré cuando solo intentabas ayudar. Te amenacé, te alejé, te desconfié… Me convertí en mi padre. Y ahora… Ahora entiendo por qué mi madre me miraba así algunas noches, cuando creía que dormía. Como si quisiera decirme algo, como si guardara un secreto que la estaba matando por dentro.

Se acercó a la ventana, apoyando la frente contra el cristal frío.

—Ella lo sabía. Sabía que podría haber sido salvada, que había esperanza… y se resignó a su destino para no provocar la ira de mi padre. Para protegernos a nosotros. Igual que tú te resignaste al tuyo para proteger a mis hermanos.

Su voz se rompió completamente en la última frase. Me quedé inmóvil, observándolo, sin saber qué decir. Este dolor era tan antiguo y nuevo a la vez… La herida de un niño pequeño que nunca terminó de sanar, y la revelación de un hombre adulto que acababa de descubrir que toda su vida se había construido sobre una mentira.

—La historia se repite. Mi padre dejó morir a mi madre por orgullo y miedo. Y yo casi te pierdo por exactamente las mismas

razones. Te negué la libertad que merecías, te encerré, te amenacé… ¿En qué me convierte eso?

—En alguien que puede cambiar —respondí—. A diferencia de tu padre.

Se giró lentamente, sus ojos buscaron los míos con una intensidad que me hizo temblar.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó, y había tanto asombro en su voz que casi dolía—. ¿Cómo puedes siquiera mirarme después de todo lo que te he hecho?

No tenía respuesta para eso. Ni yo misma entendía por qué estaba aquí, por qué seguía en esta habitación cuando cada instinto me gritaba que huyera.

—No lo sé —admití—. Quizás porque vi algo en ti que tu padre nunca tuvo. Te vi cambiar. Te vi aprender. Te vi… escuchar.

No podía evitar recordar: las noches en los jardines hablando de estrellas, tardes con los niños, amaneceres robados cuando todos dormían…

—Quiero odiarte —confesé al fin—. Sería más fácil. Más sencillo. Podría culparte de todo, convertirte en el monstruo de mis pesadillas junto a él.

—Hazlo —suplicó—. Ódiame si eso te ayuda a sanar. Me lo he ganado mil veces.

—Pero no puedo —suspiré intentando controlar mi respiración—. Y eso me enfurece más que nada. Porque mientras yo estaba allí, soportando cada noche, cada tortura, me aferraba a la imagen de tu rostro. Me aferraba al recuerdo de tus manos, de tu voz… Y ahora no puedo ni soportar que me toques sin que el pánico me ahogue.

Dejé que las lágrimas salieran, dejé que cayeran al suelo sin limpiármelas.

—¿Qué clase de amor enfermo es este, que sobrevive a través del infierno solo para morir cuando finalmente estamos a salvo?

Aeran dio un paso hacia mí, pero se detuvo, respetando la distancia invisible que necesitaba.

—Te avisé sobre Neval —le recordé su traición—. Te lo advertí muchas veces, y, aun así, cuando desaparecí, volviste a admitirlo en el castillo. Permitiste que se quedara con los niños.

Asintió violentamente.

—Lo sé. Lo siento tanto… Creía que decía la verdad, que realmente estaba intentando ayudar a encontrarte.

—¿Entonces yo mentía?

—No —se apresuró a responder—. No, Nefely. Estaba asustado. Aterrado. Necesitaba toda la ayuda posible, y él… él me trajo tu anillo. El anillo que te di antes de la batalla. Lo encontraron en el río y él me lo trajo, como prueba de que estaba buscándote.

—Me lo arrancó del dedo —murmuré, y el recuerdo provocó un escalofrío que recorrió mi cuerpo entero—. Mientras yo estaba inconsciente en esa celda helada.

Aeran sollozó con más fuerza.

—Lo siento, lo siento tanto… Si lo hubiera sabido, si hubiera sospechado por un instante…

—Acogiste a mi padre cuando vino a pedir ayuda —dije, cambiando abruptamente de tema, incapaz de seguir viendo tanto dolor en su rostro.

—Era lo mínimo que podía hacer —respondió, pasándose una mano temblorosa por el rostro para secar las lágrimas—. Le he dado una habitación en el ala real. Es un hombre maravilloso, tal y como me contabas.

Me miró con tanta intensidad que tuve que apartar la vista.

—Ojalá yo fuera algo similar —añadió en voz baja—. Ojalá lo hubiera sido desde el principio, cuando llegaste aquí. No ese rey arrogante, ese hombre cruel que te encerró sin escuchar.

Se acercó un poco más, aunque seguía manteniendo la distancia.

—Por favor, perdóname —suplicó, y antes de que pudiera reaccionar, cayó de rodillas ante mí, inclinando la cabeza hasta casi tocar el suelo—. Te lo ruego. No merezco tu perdón, pero necesito pedirlo. Necesito que sepas cuánto lamento cada momento de dolor que te causé.

El movimiento repentino me sobresaltó. Retrocedí instintivamente, tropezando con la silla a mis espaldas y casi cayendo. El pánico subió por mi garganta, y por un momento terrible, no estaba en el despacho de Aeran sino de vuelta en esa celda, con Soren abalanzándose sobre mí.

Aeran me miró con pánico al verme tropezar. Se apartó inmediatamente, llevándose una mano al corazón como si quisiera contenerlo dentro de su pecho.

—Jamás te haría daño, Nefely. Jamás, lo juro por mi vida. Eres todo para mí. Te amo. Te sigo amando con cada latido de mi corazón.

«Te amo». Después de todo lo ocurrido, después del infierno, después de los meses de ausencia y sufrimiento, después de su matrimonio… él seguía amándome.

Me agarré a la silla con dedos temblorosos, pero mis piernas ya no pudieron sostenerme. Me deslicé lentamente hasta el suelo, necesitando sentarme, necesitando anclarme a algo mientras el mundo parecía girar a mi alrededor.

—Te amo, Nefely —repitió—. Te amo como nunca creí posible amar. Eres mi vida, mi alma, mi razón para seguir respirando.

Permanecía arrodillado a distancia, como si temiera que cualquier movimiento pudiera quebrarme.

—Si quieres que me aleje, lo haré —continuó—. Me alejaré tanto como necesites. Si deseas marcharte con tu padre, lo comprenderé. Os proporcionaré todo lo que necesitéis hasta el día de mi muerte. Tierras, una casa, oro… todo lo que pida tu corazón.

Sus manos se abrieron en un gesto de entrega total.

—No te pido que me perdones —murmuró—. Sé que eso es pedir demasiado, que quizás sea imposible. Solo quiero que sepas que jamás volveré a ser ese monstruo que te encerró, que te amenazó, que te trató como menos de lo que eres. Te juro por la memoria de mi madre, por mis hermanos, por todo lo que me es sagrado, que ese hombre ha muerto.

Me miró con tanta intensidad que sentí que podía ver cada rincón de mi alma herida.

—Cada día, cada hora que me permitas estar cerca de ti, será un regalo que no merezco. Y si me pides que me vaya, que abandone mi propio reino para no volver a verte, lo haré sin dudarlo. Porque tu paz, tu bienestar, son más importantes para mí que cualquier corona o trono.

—¿Y si no me quiero ir? —pregunté—. ¿Y si me quiero quedar?

Algo parecido a la esperanza brilló en sus ojos, tan frágil que casi dolía mirarlo.

—Entonces este reino será tuyo —respondió sin dudar—. Yo seré tuyo. Todo lo que poseo, todo lo que soy, te pertenecerá si así lo deseas. Pasaré cada día de mi vida intentando compensar el daño que te hice, luchando por ser digno de cada mirada, de cada palabra que me concedas.

Su voz se volvió más suave, más íntima.

—No hay rincón de este castillo que no haya llorado tu ausencia. No hay habitación donde no haya escuchado el eco de tu risa. Dragio nunca ha sido un hogar verdadero hasta que llegaste tú. Y cuando te perdí…

Se detuvo, ahogándose con sus propias palabras.

—Cuando te perdí, fue como si el sol se hubiera negado a volver a salir. Los niños preguntaban por ti cada día. Y yo… yo me ahogaba en vino y remordimiento, incapaz de aceptar que te había fallado de la forma más terrible.

Tragué con dificultad, intentando ordenar mis pensamientos.

—¿Aún viéndome así me sigues amando? —pregunté, señalando con un gesto tembloroso mi cuerpo maltrecho, mis manos destrozadas, mi rostro marcado por cicatrices y dolor—. ¿Después de todo lo que me han hecho? ¿De lo que me han convertido?

—Más que nunca —respondió sin un instante de duda—. Te amo en cada una de tus formas, Nefely. Te amé cuando eras una prisionera orgullosa que me desafiaba desde una torre. Te amé

como sanadora y madre para mis hermanos. Te amé incluso cuando no estabas aquí.

Se limpió las lágrimas que caían sin parar, pero continúo:

—Y te amo ahora, con cada cicatriz, con cada herida visible e invisible. Te amo por tu fortaleza, por haber sobrevivido lo inimaginable. Te amo por haber protegido a Kieran cuando ni siquiera podías protegerte a ti misma.

Se llevó una mano al hombro, justo donde sabía que estaba su marca, la mitad de la Alisma que complementaba la mía.

—Este amor no es por la marca —continuó—. No es por una profecía o un destino impuesto. Es por ti, Nefely. Por la mujer que eres, por la luz que llevas dentro incluso en la oscuridad más profunda.

Se acercó un poco más, aunque seguía manteniendo una distancia respetuosa.

—Te amo por cómo miras las estrellas, por cómo susurras a las plantas mientras las curas. Te amo por cómo tus ojos cambian de color según la luz, por cómo frunces el ceño cuando algo te confunde. Te amo por tu valentía. Te amo por tu fuerza.

Respiró profundamente, como si necesitara tomar fuerzas para lo que iba a decir.

—Y te amaré si decides quedarte. Te amaré si decides irte. Te amaré si nunca puedes volver a soportar que te toque, o si algún día me permites sostenerte de nuevo. Te amaré incluso si nunca puedes amarme como antes, porque este amor no pide nada a cambio. Solo quiere tu felicidad, tu sanación, tu paz.

Sus palabras caían sobre mí como lluvia después de una sequía, penetrando grietas que creía selladas para siempre.

—Nunca te merecí —continuó—. Ni antes, cuando era demasiado arrogante para verlo, ni ahora, cuando soy dolorosamente consciente de ello. Pero si me das la oportunidad, pasaré el resto de mi vida intentando ser el hombre que mereces, el hombre que viste en mí incluso cuando yo no podía verlo.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano, sintiendo cómo todo mi cuerpo temblaba incontrolablemente. Era como si cada palabra suya hubiera desatado algo dentro de mí, algo que había mantenido encadenado para sobrevivir.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó con preocupación al verme así —. ¿Necesitas agua? ¿Aire? ¿Quieres que me vaya?

—Quédate ahí —logré decir entre respiraciones entrecortadas—. Solo… dame un momento.

—No voy a tocarte —prometió inmediatamente—. No me moveré ni un centímetro si tú no me lo pides.

Asentí, intentando controlar mi respiración mientras me limpiaba las lágrimas que no dejaban de caer. Mis manos destrozadas temblaban, pero necesitaba hacer esto, necesitaba enfrentar este momento.

—Lo sé —dije finalmente—. Sé que jamás me harías daño voluntariamente.

Levanté la mirada para encontrarme con la suya.

—Pero él me lo hizo creer —confesé—. Me mostró visiones donde tú… donde tus manos…

No pude continuar. El recuerdo de aquellas falsas visiones, de Aeran transformándose en Soren, me ahogaba.

Aeran se acercó un poco, con movimientos lentos y deliberados, dándome tiempo para rechazarlo si lo deseaba. Asentí, permitiéndole acortar la distancia entre nosotros. Ahora estaba de rodillas ante mí, con las manos extendidas y las palmas hacia arriba, en un gesto de completa rendición.

—Corta mis manos —dijo con una intensidad que me sobresaltó —. Átame. Inmovilízame. Haz lo que necesites para sentirte segura. Me da igual. Jamás haría nada que tú no quisieras.

Miré sus manos, miré cómo temblaban y que de verdad parecía decirlo en serio.

—Te lo prometí la primera vez que dormimos juntos. Y te lo prometeré el resto de mi vida, cada día, cada noche.

Esta vez me rompí liberando todo lo que había estado conteniendo durante meses.

Rompí a llorar sin control, inclinándome hacia delante casi sin darme cuenta. Mi frente encontró su hombro, justo donde sabía que estaba su marca. Su aroma me envolvió: cuero, dragón, naturaleza… un olor tan familiar que mi corazón dolió de reconocimiento.

Lloré más intensamente, aferrándome a ese olor que había extrañado con desesperación durante mi cautiverio. Cada noche en aquella celda helada, había intentado recordarlo, aferrarme a esa esencia que significaba seguridad, que significaba hogar.

Y él permaneció completamente inmóvil, sin tocarme, sin mover sus brazos para rodearme como habría hecho antes. Respetando mis límites hasta en este momento de vulnerabilidad absoluta. Solo su voz, suave como una caricia, se permitió acercar.

—Te amo, Nefely —susurró, y sentí su aliento cálido sobre mi pelo—. Te amaré siempre. Hasta mi último aliento.

46

Amaneceres sin paz

Nefely

Las pesadillas me persiguieron toda la noche, como manos heladas que se negaban a soltarme. Una y otra vez me encontraba en aquella celda, sintiendo sus manos, escuchando su risa, reviviendo cada momento de horror hasta que la línea entre el sueño y la vigilia se volvió tan difusa que ya no sabía qué era real.

Desperté sobresaltada por tercera vez, con la bilis subiendo por mi garganta. Apenas logré llegar al cuenco que había dejado junto a la cama —una precaución nacida de noches anteriores— antes de que mi cuerpo expulsara lo poco que había conseguido comer.

El ciclo se repetía con una crueldad implacable: pesadilla, despertar, vomitar, temblar, intentar respirar, caer rendida de agotamiento, y volver a empezar. Mi garganta ardía, mi estómago era un nudo de dolor, y mis ojos escocían de tanto llorar.

El amanecer me encontró enredada entre las sábanas, empapada en sudor frío, con el eco de mis propios gritos ahogados resonando en mis oídos. La habitación, que durante el día parecía un refugio, se había convertido en otra prisión durante la noche. Las paredes parecían demasiado cercanas, el aire demasiado denso.

No podía seguir allí. No podía seguir fingiendo que el sueño vendría cuando cada vez que cerraba los ojos veía su rostro, sentía el peso de su cuerpo, escuchaba…

Me incorporé bruscamente, apartando las mantas como si quemaran. Aún estaba amaneciendo. Era temprano, demasiado temprano. Los niños aún estarían dormidos.

Los niños.

Mi corazón se aceleró con solo pensarlo. Hacía días que los evitaba, que me escondía en esta habitación cada vez que escuchaba sus voces en el pasillo. No era que no estuviera preparada, me di cuenta mientras buscaba ropa limpia en el armario. Era miedo. Miedo puro y simple al rechazo.

Mis manos temblaban mientras me cambiaba, sin apartar la vista de la puerta ni un segundo. Los pantalones y la camisa se sentían como una armadura, cubriendo cada marca, cada cicatriz que no quería que nadie viera.

Aun así, debía admitir que algo en mí estaba cambiando. Mis mejillas ya no se hundían tanto como las primeras noches tras mi regreso. La comida regular —aunque fuera poco lo que mi estómago toleraba— y las horas de sueño entre pesadillas estaban surtiendo efecto lentamente, como un remedio que tarda en actuar, pero va haciendo su trabajo. Las costillas que antes se marcaban dolorosamente bajo mi piel ahora estaban menos pronunciadas. Mis manos seguían destrozadas, pero al menos ya no temblaban constantemente por la debilidad extrema.

Todavía faltaba mucho para volver a ser la que era, si es que eso era posible, pero al menos mi cuerpo parecía estar respondiendo a los cuidados, recuperándose físicamente, aunque mi mente siguiera atrapada en aquella celda.

Me recogí el pelo en un moño apretado, odiando la sensación de llevarlo suelto.

La puerta pareció pesar una tonelada cuando finalmente me atreví a abrirla. Mantuve la mirada fija en el suelo mientras la

cerraba tras de mí, reuniendo el valor para enfrentar el día. Cuando finalmente levanté la vista, mi corazón se detuvo.

Thorak estaba allí, por supuesto. Mi guardián silencioso, siempre vigilante. Pero no estaba solo. A su lado, vestido con el uniforme de la guardia real, Cleon me miraba como si hubiera visto un fantasma.

El tiempo pareció congelarse mientras nos observábamos. La última vez que nos vimos fue en aquella explanada helada, cuando Soren me obligó a mentir, a fingir traición. Recordaba perfectamente la mirada de odio en sus ojos entonces, cómo me había mirado como si fuera una extraña, una enemiga que había jugado con sus sentimientos.

Se encontraba a mitad del pasillo, y el impulso de huir fue tan fuerte que mis pies dieron un paso atrás instintivamente. Pero me detuve. No podía seguir huyendo, no de él.

No intentó disimular. Sus ojos recorrieron cada marca visible, cada cicatriz que la ropa no alcanzaba a ocultar.

Dio un paso hacia mí. Luego otro.

—¡Cleon! —ordenó Thorak—. ¡Detente! ¡El rey fue muy claro sobre esto!

Pero Cleon no parecía escucharlo. Seguía avanzando como en trance, sus ojos fijos en mí llenos de dolor. Quería decirle que se detuviera, que no se acercara más, que no estaba lista para…

El sonido de sus rodillas golpeando contra el suelo de piedra me sobresaltó. Se derrumbó frente a mí como si todas sus fuerzas lo hubieran abandonado de golpe. Los sollozos que sacudían su cuerpo eran tan violentos que parecían desgarrarlo desde dentro.

«Es solo un niño», pensé mientras lo observaba. A pesar del uniforme, a pesar de la espada en su cintura, seguía siendo ese niño. Un niño que ahora lloraba a mis pies como si el mundo entero se estuviera desmoronando.

—Cleon —susurré rompiéndome al verle así.

Levantó la mirada al escuchar mi voz, y las lágrimas corrían por su rostro mientras negaba una y otra vez con la cabeza.

—Perdóname —sollozó—. Por favor, perdóname. Debí… debí haber estado allí. Debí haber ido a buscarte. Debí…

Thorak se giró bruscamente, dándonos la espalda.

—No —logré decir—. No tenías que…

—¡Sí! ¡Sí tenía! Eres… eres mi hermana. No de sangre, pero eres… siempre has sido…

Se detuvo, ahogándose con sus propias lágrimas. Verlo así, tan destrozado, me partía el alma. Este muchacho que siempre había sido tan fuerte, tan seguro de sí mismo…

—Te fallé —continuó entre sollozos—. Como te fallamos todos. Y ahora… ahora mira lo que te hicieron. Mira cómo…

—Mírame —pedí suavemente, sorprendiéndome a mí misma—. Cleon, mírame.

Antes de poder pensarlo demasiado, mi mano se alzó hacia su barbilla, guiándolo suavemente para que me mirara. El contacto fue instintivo, sorprendiéndome. Intenté ayudarlo a ponerse en pie, pero sus piernas parecían incapaces de sostenerlo.

—Lo siento tanto —repetía una y otra vez—. Lo siento, lo siento…

—No has hecho nada malo —susurré, y apoyé mis manos en sus mejillas casi por voluntad propia—. Escúchame bien, Cleon. No has hecho nada malo.

—¡Sí lo hice! —insistió—. Te odié, Nefely. Te odié cuando nos dijiste esas cosas en la explanada. Creí que nos habías traicionado, que habías fingido querernos. Le dije a Kieran que te olvidara, que todo había sido mentira…

Mi corazón se encogió ante sus palabras, aunque sabía que era exactamente lo que yo había querido provocar aquel día. Que me odiaran, que me olvidaran, que estuvieran a salvo.

—Era lo que tenía que pasar —respondí con un hilo de voz—. Necesitaba que me odiaras. Necesitaba que él —No podía decir su nombre todavía—, creyera que todos me odiabais.

—Pero debí haberlo sabido. Debí haber visto más allá de tus palabras. Debí recordar cómo eras con nosotros, cómo nos protegías siempre. Debí…

Mis manos parecieron desatar algo en él. Los sollozos se volvieron más violentos, sacudiendo todo su cuerpo. Bajo ese uniforme y esa espada seguía siendo el mismo joven que había intentado enseñarme a usar la espada en aquellas tardes robadas en el patio de entrenamiento, que me había defendido frente a los guardias que aún desconfiaban de mí.

—No te lo merecías —logró decir entre lágrimas—. Nada de esto. Tú solo… solo intentabas cuidar de nosotros. Solo querías protegernos y nosotros… yo…

Con dedos temblorosos, limpié las lágrimas de sus mejillas. El gesto surgió naturalmente, y en lugar del miedo que esperaba sentir ante el contacto físico, una calidez inesperada se expandió por mi pecho. Era la primera vez que tocaba a alguien así, con ternura, desde mi cautiverio, y algo dentro de mí pareció despertar.

—Yo habría hecho lo mismo —susurró, levantando la mirada—. Por ti, por mis hermanos. Si alguien amenazara con haceros daño, yo… yo mentiría, traicionaría, me sometería a cualquier tormento. Y aun así no tuve la capacidad de ver que eso era exactamente lo que estabas haciendo.

Su honestidad me desarmó por completo. Sin pensarlo dos veces, lo atraje hacia mí en un abrazo. Mi mano se enredó en su nuca mientras lo sostenía, sintiéndolo temblar.

—Cuando Aeran te trajo —sollozó contra mi hombro—, cuando te vi así… casi muerta… Yo no podía… No sabía si volverías a despertar. Si volverías a mirarnos como antes, cuando nos contabas historias de sanación, cuando nos enseñabas sobre hierbas…

—Lo sé —susurré—. Lo sé.

—Entreno todos los días —confesó de tal forma que me recordó tanto a Aeran—. Hasta que las manos me sangran. Para que nadie pueda volver a hacernos daño. Para que nadie pueda volver a llevarte.

Sus brazos me rodearon con fuerza, como si temiera que fuera a desvanecerme. Y aunque una parte de mí esperaba sentir pánico ante el contacto, ante la presión, lo único que sentía era… paz.

Como si algo que se había roto dentro de mí comenzara lentamente a sanar.

—Perdóname —volvió a susurrar—. Por no haber sido más fuerte. Por no haber estado allí cuando nos necesitabas.

—No necesito que me protejas —respondí suavemente—. Solo… solo necesito que sigas siendo tú.

Una risa ahogada se mezcló con sus sollozos.

Cleon abrió la boca para responder, pero sus palabras fueron interrumpidas por el estruendo de voces que resonaron desde el otro extremo del pasillo. Las discusiones se elevaban como una tormenta acercándose, y sentí cómo cada músculo de mi cuerpo se tensaba instintivamente.

—¡Es demasiado pronto! —La voz de Aeran resonaba con una autoridad que conocía bien—. ¡No podéis simplemente…!

—¡Es mi nieta! —Otra voz, una que no reconocí—. ¡He esperado demasiado tiempo!

—¡Mi señor, por favor! —Esa era la voz de mi padre, intentando mediar—. Debemos darle tiempo…

Cleon se separó de mí al instante, su mano voló hacia la empuñadura de su espada. En un movimiento, se colocó delante de mí y desvainó su espada.

Las voces se acercaban, demasiado altas, demasiado agresivas. Mi espalda encontró la pared mientras retrocedía instintivamente, buscando una salida, una ruta de escape. Thorak también había desenvainado su espada, su postura tensa reflejaba la misma inquietud que sentía crecer en mi pecho.

Y entonces lo vi.

Apareció en el pasillo como una visión imposible: un hombre alto, vestido con ropas que brillaban en tonos violetas y dorados. Pero fueron sus ojos los que me robaron el aliento. Eran de un violeta tan profundo que parecían contener universos enteros.

Se detuvo en seco al verme, y el aire pareció congelarse en sus pulmones. Sus ojos —esos ojos imposibles que de alguna manera

me resultaban familiares— recorrieron mi rostro con una intensidad que me hizo temblar.

—Elowen —susurró, y había tanto dolor en esa palabra que sentí mi corazón encogerse—. Por todos los jardines florecientes…

Aeran apareció tras él, su rostro estaba pálido. Mi padre también estaba allí, sus ojos se movían entre el desconocido y yo como si temiera que uno de los dos fuera a romperse.

—Es… es como verla otra vez. —El hombre dio un paso hacia mí, llorando—. La misma manera de moverse, el mismo rostro… incluso la forma en que sostiene la barbilla cuando está confundida…

No entendía. No entendía nada de lo que estaba pasando. ¿Por qué este desconocido me miraba como si hubiera visto un fantasma? ¿Por qué pronunciaba el nombre de mi madre con tanta reverencia y dolor?

Di un paso atrás instintivamente, desconcertada por la intensidad en la mirada de aquel desconocido.

—Quizás deberíamos trasladarnos a un lugar más privado —dijo Aeran—. Cleon, baja la espada, por favor.

Pero Cleon permaneció firme frente a mí. Podía sentir el temblor en su mano, la forma en que su cuerpo entero se había convertido en un escudo entre yo y este extraño que no dejaba de llorar al mirarme.

—Está bien —susurré, posando mi mano sobre su hombro—. Puedes bajar el arma, pero… ¿te quedarías conmigo?

Asintió lentamente bajando la espada, pero sin envainarla.

—La sala del consejo —sugirió Aeran—. Será más… apropiado.

Asentí mecánicamente, agradecida por tener un destino, una dirección que seguir cuando todo parecía dar vueltas a mi alrededor. Cleon se mantuvo cerca mientras avanzábamos por el pasillo.

La sala del consejo parecía más grande de lo habitual, más fría. Me quedé de pie, incapaz de sentarme, mientras los demás dudaban sobre qué hacer. El desconocido —tan elegante en sus ropas violetas y doradas— parecía querer decir algo, pero las palabras morían en sus labios cada vez que me miraba.

Mi padre se movía inquieto, sus ojos saltaban entre el desconocido y yo como si estuviera viendo una pesadilla desarrollarse frente a él. ¿Por qué? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué todos parecían saber algo que yo no podía comprender?

—Deberíamos… —comenzó mi padre, pero no pudo continuar.

Las lágrimas seguían corriendo por el rostro del desconocido, y cada vez que me miraba, su rostro se contraía con una emoción tan profunda que hacía que mi pecho doliera sin entender por qué.

El desconocido dio otro paso hacia mí, y Cleon se tensó visiblemente.

—Eres igual a ella —susurró el hombre—. Que mi Elowen.

El pánico comenzaba a crecer en mi pecho. ¿Quién era este hombre? ¿Por qué hablaba de mi madre como si la conociera tan íntimamente?

—No entiendo —logré decir—. ¿Por qué… por qué me mira así? ¿Quién es usted?

Vi cómo Aeran y mi padre intercambiaban miradas, como si estuvieran teniendo una conversación silenciosa sobre quién debería hablar primero. El desconocido parecía incapaz de contener sus emociones.

—Quizás deberíamos sentarnos —sugirió Aeran suavemente.

Negué con la cabeza. No podía. La idea de sentarme, de ponerme en una posición vulnerable cuando todo mi mundo parecía estar tambaleándose…

—Nefely —susurró mi padre—. Hay… hay cosas que necesitas saber. Cosas sobre tu madre, sobre sus orígenes.

El desconocido contuvo la respiración visiblemente cuando mi padre mencionó a mi madre, como si el simple recuerdo le provocara un dolor insoportable. Sus ojos violetas —tan inusuales, tan familiares de alguna forma que no lograba entender— no se apartaban de mi rostro.

El desconocido me observaba con una intensidad abrumadora. Y fue entonces cuando lo vi: aquella sonrisa triste, la misma curva en las comisuras de los labios que mi madre tenía cuando recordaba

algo doloroso. Los mismos pómulos altos, la misma manera de inclinar levemente la cabeza al estudiar a alguien. Pero, sobre todo, aquellos ojos violáceos… tan idénticos a los de ella, tan inusuales, tan imposibles de olvidar.

Mi respiración se detuvo. Era como estar mirando un reflejo distorsionado de mi madre, como si alguien hubiera tomado sus rasgos más distintivos y los hubiera plasmado en el rostro de este hombre.

—¿Quién…? —Tenía mil preguntas en mi mente.

—Es… es como verla otra vez —susurró el hombre, dando un paso vacilante hacia mí.

Retrocedí instintivamente, chocando con Cleon que se mantuvo firme a mi espalda.

—No es posible —murmuré para mí—. Pero… ella siempre me dijo que era huérfana. Que apenas tenía recuerdos de su familia, que estaban demasiado lejos para buscarlos, que… que solo nos teníamos la una a la otra.

Me detuve, porque la verdad empezaba a revelarse ante mis ojos con una claridad dolorosa. El parecido era demasiado evidente para negarlo. La forma en que este hombre miraba cada detalle de mi rostro, como quien contempla un tesoro perdido hace mucho tiempo.

—¿Quién sois? —logré preguntar, aunque una parte de mí ya sabía la respuesta, ya la temía.

El desconocido se irguió en toda su altura, y a pesar de las lágrimas, había una dignidad regia en su porte que resultaba imposible ignorar.

—Mi nombre es Sylvan —declaró—. Soy el Rey de Floralia. Y Elowen… tu madre… Era mi hija. Mi hija menor. Mi princesa.

—No. No, eso no… eso no puede ser cierto. Mi madre era una sanadora. Una mujer del bosque que…

—Que escapó del castillo una noche de primavera —interrumpió Sylvan suavemente—. Que eligió la libertad por encima de una

corona. Que prefirió vivir entre hierbas medicinales que entre joyas y cortesanos.

Mis piernas temblaron. Si no fuera por Cleon sosteniéndome, probablemente habría caído. Los recuerdos se arremolinaban en mi mente: mi madre enseñándome a reconocer las flores más raras, contándome historias sobre bailes y ceremonias que ahora comprendía no eran simples cuentos… La manera en que se comportaba a veces, con una elegancia que parecía fuera de lugar en nuestra humilde cabaña; cómo conocía detalles sobre la corte que ninguna campesina debería saber; esas miradas melancólicas hacia el horizonte en noches claras…

—Entonces tú eres…

—Tu abuelo —respondió, y la palabra parecía contener todo el dolor del mundo.

Me giré hacia mi padre, buscando… ¿qué? ¿Una negación? ¿Una confirmación? Él solo me devolvió la mirada, sin atreverse a decir nada.

—Tú… tú lo sabías. —No era una pregunta—. Todo este tiempo, tú…

—Era su capitán de la guardia —confesó suavemente—. El hombre en quien el Rey Sylvan más confiaba para proteger a su hija. La seguí cuando se escapó de una vida que la estaba consumiendo, la seguí para asegurarme de que estuviera a salvo y… terminé enamorándome de ella.

Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas sin que pudiera detenerlas. Era demasiado. Demasiada información, demasiadas revelaciones, demasiados secretos saliendo a la luz de golpe.

—¿Por qué? —logré preguntar—. ¿Por qué mantenerlo en secreto? ¿Por qué nunca decirme que yo era…?

—Una princesa —completó Sylvan—. La heredera de Floralia. La última de mi linaje.

Negué con la cabeza, el pánico creciendo en mi pecho. No podía… no podía procesar esto. No ahora. No cuando apenas estaba

aprendiendo a existir de nuevo en este mundo, cuando cada día era una batalla contra mis propios demonios.

—Tu madre quería protegerte —explicó mi padre—. No quería que cargaras con el peso de una corona que ella había elegido abandonar. Quería que fueras libre de elegir tu propio camino, como ella lo había hecho.

—Libre —repetí—. ¿Libre? ¿Llamabas a nuestra vida libertad?

—Si hubiera sabido —susurró Sylvan—. Si hubiera sabido que mi única nieta estaba sufriendo…

Me giré bruscamente, alejándome de todos ellos. Las imágenes golpeaban mi mente sin piedad: mi madre tosiendo sangre en aquella cabaña diminuta, sus manos —manos de princesa, ahora lo entendía— temblando mientras intentaba preparar remedios que no podíamos permitirnos.

—Todas esas noches —susurré, sollozando—. Todas esas noches de hambre, de frío… Cuando mamá enfermó y yo… yo no podía… No teníamos suficiente para las medicinas. Apenas podíamos mantener el fuego encendido.

—Nefely… —comenzó mi padre, pero levanté una mano para detenerlo.

—¡No! —Las palabras estallaron de mí con una furia que ni yo misma sabía que guardaba—. ¡No te atrevas! Mientras ella moría en esa cabaña, mientras yo sostenía sus manos cada vez más frías, mientras veía cómo la vida se escapaba de su cuerpo sin poder hacer nada… ¡Me pasaba días enteros en el bosque buscando hierbas que no podíamos permitirnos comprar! ¡Cazaba con trampas que apenas sabía cómo hacer para que pudiéramos comer algo más que pan duro!

No me podía creer que esto fuera verdad.

—¿Sabes lo que es pasar tres inviernos sin suficiente leña? ¿Compartir una manta raída entre las dos porque no había dinero para otra? ¿Ver cómo tu madre se debilita día tras día mientras tú, con doce años, intentas recordar todas las recetas de pociones que nunca conseguías hacer porque nos faltaban los ingredientes?

Las lágrimas corrían por mi rostro, pero ya no me importaba.

—La enterré yo sola. —Mi voz se rompió—. Cargué con su cuerpo porque nadie más lo haría. Cavé la tumba con mis propias manos mientras me repetía que debía ser fuerte, que ya no quedaba nadie en el mundo para mí. Y ahora me dices… —Miré directamente a Sylvan—. ¡Teníamos un maldito castillo! ¡Una familia! ¡Recursos que podrían haberla salvado!

Los sollozos sacudían mi cuerpo, pero seguí hablando a través de ellos.

—Dejé que mi orgullo de sanadora me consumiera. Me esforcé tanto por ser digna, por demostrar que podía valerme por mí misma… ¿Y todo este tiempo era una princesa? ¿La heredera de un reino entero?

Solté una risa amarga que sonó más como un sollozo.

—Cuando enfermaba no había nadie que me cuidara. Cuando tenía miedo no había nadie que me sostuviera. Cuando no podía más, no tenía donde apoyarme. Y me decía a mí misma que era suficiente, que debía ser fuerte, que ese era mi destino.

Di un paso hacia Sylvan, toda la ira y el dolor de años condensados en mi mirada.

—Me encerraron en una torre por bruja. Me torturaron en Gélidia por meses, creyendo que no era nadie, que no tenía a nadie que viniera a buscarme… —Mi voz tembló de rabia—. ¡Y todo este tiempo tenía un abuelo rey! ¡Un ejército entero que podría haber…!

No pude continuar. El peso de todo lo que podría haber sido diferente me aplastaba. Cada humillación, cada momento de desesperación en aquella celda helada… todas las noches de soledad absoluta creyendo que mi destino era morir olvidada.

—Mi vida entera ha sido una mentira —susurré, retrocediendo hacia la puerta—. Cada momento, cada lucha, cada vez que me sentí menos que los demás… Todo basado en una mentira.

—Por favor. —Sylvan parecía querer defenderse—. Si me dejaras explicarte…

—¿Explicar qué? —interrumpí—. ¿Cómo dejaste que tu hija huyera? ¿Cómo permitiste que tu nieta creciera en la miseria? ¿Por qué no hiciste nada?

La habitación parecía demasiado pequeña, demasiado llena de secretos y mentiras y verdades que llegaban demasiado tarde.

—No puedo —susurré, retrocediendo otro paso—. No puedo con esto ahora. No puedo… no puedo mirarlos.

Vi el dolor en sus rostros, la forma en que Sylvan extendió una mano hacia mí como si quisiera detenerme. Pero no podía. No podía soportar un segundo más en esa habitación, un momento más de revelaciones que hacían que todo mi pasado pareciera una burla cruel.

Me giré y corrí. Corrí como no lo había hecho desde aquella noche en Gélidia. Corrí dejando atrás sus voces llamándome, sus explicaciones, sus disculpas que llegaban años tarde. Corrí hasta que mis pulmones ardieron y mis piernas temblaron.

Porque toda mi vida, todo lo que creía saber sobre quién era y de dónde venía, se había convertido en cenizas en mis manos. Y ni siquiera las lágrimas que nublaban mi visión podían lavar el sabor amargo de una verdad que llegaba demasiado tarde para cambiar algo.

47

Hora de enfrentarlos

Nefely

Había sido una noche larga, pensando, dando vueltas a cada palabra de Sylvan, a cada palabra de mi padre, a cada palabra de Aeran… Y seguía sin comprender quién era. Todo lo que creía saber sobre mí misma se había desmoronado. Desde pequeña supe que no tenía futuro, que moriría ahogada, que no debía de tener sueños o esperanzas en un futuro largo —las visiones siempre habían sido claras en eso—, pero ahora… ¿Ahora qué hacía con esta nueva verdad que pesaba sobre mis hombros como una corona no deseada?

Lo único que mi cabeza lograba hacer era recordármelo a él, su sangre caliente manchando mis manos, la manera en que la daga lo atravesó una y otra vez, el sonido del metal hundiéndose en su carne. Quizás no fueron suficientes, quizás no lo desangré lo bastante, quizás ninguna se le infectó y eso provocaba una rabia en mi interior imparable. Debía de estar muerto, tenía que estarlo, los dioses me lo debían y si lo habían dejado vivo, comenzaría a dudar de ellos. Aunque ya lo hacía, porque recordaba los inviernos interminables en la cabaña, la poca comida que nunca alcanzaba, la

escasa medicina que no pude darle a mi madre, viéndola fallecer poco a poco sin poder ayudarla, estando sola cuando más la necesitaba. Todo podría haber sido diferente. Podrían haberla salvado, podríamos no haber pasado frío ni hambre si ella hubiera tragado su orgullo. Ni siquiera cuando estaba tan enferma, escupiendo sangre sobre las mantas raídas, decidió contarme la verdad, por orgullo, lo sabía, sabía que era eso. Nos parecíamos demasiado, esa terquedad corría por nuestra sangre como una maldición.

Y él, ese rey, mi supuesto abuelo… ¿Acaso no tenía también su propia culpa? Su orgullo Real, tan inmenso como para no buscar a su hija más allá de las fronteras del reino, para no enviar ayuda que mi madre probablemente habría rechazado, pero que podría haberle salvado la vida. ¿Qué clase de padre simplemente acepta perder a una hija sin mover cielo y tierra para encontrarla? Por mucho que ella no quisiera ser encontrada, él tenía el poder, los recursos, las conexiones para haberlo intentado con más ahínco. Si tanto la amaba, como ahora proclamaba, ¿por qué se rindió tan fácilmente, permitiendo que su nieta creciera en la miseria, que su hija muriera sin los cuidados que merecía?

Y sabiendo por qué ese rey se había quedado… ¿Tenía que llamarle abuelo? ¿Cómo tenía que dirigirme a él? La palabra se sentía extraña incluso en mis pensamientos, como ropa prestada que no terminaba de ajustarse. Esto era demasiado nuevo y doloroso.

Me incorporé de la cama, incapaz de seguir dando vueltas a pensamientos que solo me llevaban en círculos. Quería salir, necesitaba sentir de una vez por todo que esto era real, que el único dolor que podía sentir era pasarme con el vino, que el sol mordiera demasiado mi piel… Necesitaba volver a ser yo, pero no podía. No podía quererme, no podía quererle. No sabía quién era esta nueva versión de mí misma, esta supuesta princesa rota que se escondía tras cicatrices y silencios.

Recogí mi pelo antes de salir, mis dedos temblaban ligeramente mientras lo ataba en un moño apretado. Cambié el pijama por unos pantalones y una camisa largos que Aeran había mandado hacer para mí. Habían llegado ayer, confeccionados exactamente como a mí me gustaban antes: tela suave, pero resistente, con pequeños bolsillos ocultos para guardar hierbas o pequeños frascos. Se acordaba de cada detalle, de cada preferencia que alguna vez le había mencionado casi distraídamente.

Eran un poco anchos, pero eso solo los hacía mejores. Cubrían cada marca, cada cicatriz que contaba historias que no quería que nadie leyera. Me pregunté, mientras ajustaba el cuello alto de la camisa, si alguna vez volvería a sentirme cómoda con ropa que mostrara mi piel, si algún día podría usar vestidos sin sentir que estaba expuesta, vulnerable. Si alguna vez mi cuerpo dejaría de sentirse como una prisión, como algo que me habían arrebatado y devuelto roto.

Abrí la puerta y Thorak estaba allí, como siempre. Había algo reconfortante en su presencia silenciosa, en la forma en que siempre estaba atento sin ser intrusivo.

—Buenos días, mi señora, ¿puedo hacer algo por ti? —preguntó mientras yo miraba al final del pasillo, buscando algo de valor en las sombras familiares.

—¿Dónde…? —Me detuve incapaz de decirlo en voz alta—. ¿Dónde están?

Le miré, y supe que me entendió. Siempre lo hacía.

—En sus horas de estudio, en la biblioteca, menos Cleon que se encuentra entrenando en el patio de armas —respondió con ese tono tranquilo que siempre usaba conmigo.

—¿Ha mejorado con la espada? —pregunté, recordando cómo solía tambalearse al intentar levantar las más pesadas—. La última vez que lo vi apenas podía mantener el equilibrio durante los movimientos básicos.

Thorak asintió, orgulloso.

—Va mejorando bastante, aunque aún le queda camino. El rey intenta que avance más rápido de lo que debería. A veces olvida que no todos nacen sabiendo empuñar un arma.

—Es que aún es muy joven —murmuré.

—Tiene dieciséis, mi señora —me recordó Thorak con suavidad —. Muchos se meten en la guardia a su edad. Algunos incluso antes.

Negué con la cabeza.

—Él no es como el resto —dije, y no era una crítica sino, una verdad que quería proteger—. No debería tener que serlo.

—Es cierto —concedió Thorak—. No es como los demás. Pero si sigue entrenando como hasta ahora, podría convertirse en un buen guardia, incluso en un gran guerrero. Aunque de momento… —Sonrió levemente—, parece más de lo que realmente es.

Una sonrisa asomó en mi rostro, pequeña, pero real. Por supuesto, era todo un guerrero ahora y le quedaba tan bien el uniforme. Mi príncipe convertido en soldado durante mi ausencia.

—¿Desea que les diga algo?

—Yo… —Tenía la necesidad de preguntar todo, como si necesitase permiso hasta para respirar. Otro hábito que él había plantado en mí, que tendría que aprender a desarraigar.

—Creo que su visita será sorprendente y gratificante —dijo, leyendo mi mente como siempre hacía.

Pareció darme el empujón que necesitaba. Salí por completo de la habitación y caminé por el pasillo hacia las escaleras, cada paso era una pequeña victoria contra el miedo que aún habitaba en mis huesos. Las doncellas hacían reverencias al verme mientras susurraban palabras respetuosas, y me pregunté si esas reverencias eran por la princesa que acababan de descubrir o por la mujer que habían llegado a querer antes de todo esto.

Bajé las escaleras con menos dolor, era tan extraño no sentirlo, creo que me había acostumbrado a tenerlo por todo el cuerpo como un compañero constante.

El castillo parecía diferente ahora, más brillante quizás, o tal vez eran mis ojos los que habían cambiado después de tanta oscuridad.

Seguí el pasillo hasta el final y me detuve al escucharlos. El sonido de sus voces fue desgarrador: Torin estaba regañando a alguien, seguramente a Venya, ella le decía que le dejase en paz, pero él la llamaba «mandona» con ese tono juguetón tan suyo. Y simplemente ese sonido hizo que mis ojos se llenasen de lágrimas. Era tan normal, tan cotidiano… tan diferente a los gritos que había imaginado en mis pesadillas.

Debía tener mucha fuerza para seguir caminando, para plantarme allí y convencerme de que eran reales. Porque en mi mente, durante esas noches interminables en mi celda, estaban torturados. Los había visto sufrir mil muertes diferentes en mis pesadillas, había escuchado sus gritos mezclarse con los míos hasta que ya no podía distinguir qué era real y qué no.

Deslicé mis pies hasta la puerta de la biblioteca, y el olor me envolvió como un abrazo: libros viejos, tinta fresca, pergamino nuevo… Fue tan familiar y cálido que no entendía cómo no había caído de rodillas a llorar allí mismo. Este lugar guardaba tantos recuerdos felices, tantas tardes leyendo cuentos, enseñando sobre hierbas, escuchando sus risas…

Ninguno me miró al principio, cada uno perdido en su propio mundo. Kieran fruncía el ceño ante su libro, sus labios se movían silenciosamente mientras intentaba descifrar las palabras. Venya escribía en su pergamino con tanta fuerza que temía que lo atravesara, mientras Torin le movía la mano y le sacaba la lengua, buscando provocarla. Y Avery… mi dulce Avery estaba apoyada en su arpa, con su mirada perdida por la ventana como si buscara algo más allá del horizonte, algo que había perdido.

Y entonces la vi, y el aire abandonó mis pulmones: allí en la esquina, donde la luz del sol entraba directamente, estaba mi sillón. Seguía exactamente donde lo había dejado, acumulando polvo, como si nadie se hubiera atrevido a tocarla en mi ausencia. Como si hubieran estado esperando mi regreso todo este tiempo.

—¡Nefy! —el grito de Kieran atravesó la habitación como una flecha directa a mi corazón.

Inmediatamente todas las cabezas se giraron hacia mí, todos los ojos se clavaron en mi figura como si estuvieran viendo un fantasma. Pero fue mi pequeño dragón el que reaccionó primero, corriendo hacia mí con los brazos extendidos. Me arrodillé para recibirlo, y cuando su pequeño cuerpo chocó con el mío, lo abracé como si no quisiera soltarlo nunca. Lo sostuve contra mi pecho con fuerza, enterrando mi rostro en su pelo, respirando su aroma a pergamino y tinta. Cerré los ojos, intentando grabar este momento en mi memoria: el latido de su corazón contra el mío, el calor de su cuerpo, la vida que pulsaba en él.

—Por fin… Por fin —susurró, y había tanta alegría y tristeza en su voz que sentí mi corazón romperse un poco más.

Los demás seguían inmóviles, como si temieran que cualquier movimiento pudiera hacerme desaparecer. Los miré por encima del hombro de Kieran, y vi en sus rostros el mismo asombro, la misma incredulidad que yo sentía. Nunca creí que pudiera volver a este momento, que podría tenerlos así, sanos y salvos, reales y vivos.

Pero entonces la realidad pareció golpearlos a todos a la vez. Se movieron como un solo ser, corriendo hacia mí. Venya llegó primero, arrojándose al suelo junto a nosotros, sus brazos rodearon a Kieran y a mí mientras lloraba. Torin ni siquiera llegó a abrazarnos antes de que los sollozos lo sacudieran, su pequeño cuerpo temblaba con una emoción demasiado grande para contenerla.

Solo Avery permaneció apartada, con sus ojos fijos en la escena, pero sin atreverse a acercarse. Podía ver el conflicto en su rostro, la lucha entre el deseo de correr hacia mí y… ¿Miedo? ¿Culpa? ¿O tal vez la misma incertidumbre que yo sentía, ese no saber quiénes éramos ahora después de tanto tiempo y tanto dolor?

Venya sollozaba contra mi cuello, sus lágrimas empapaban mi camisa mientras repetía una y otra vez lo mucho que me había echado de menos. Torin se había unido al abrazo, sus pequeñas manos se aferraban a mi ropa como si temiera que fuera a desvanecerme. Y Kieran… mi pequeño dragón no había aflojado su

agarre ni un momento, como si los días en Gélidia aún estuvieran demasiado frescos en su memoria.

—Te hemos echado tanto de menos —susurró Venya entre hipos —. Nada era igual sin ti. Nadie nos contaba historias como tú, nadie…

—Las lecciones son aburridas ahora —interrumpió Torin—. El nuevo maestre no sabe nada de plantas ni de cómo curar pájaros heridos.

Una risa mezclada con lágrimas escapó de mis labios. Apenas llevaba unos meses con ellos cuando todo pasó, y, sin embargo, la forma en que me miraban, como si fuera una parte vital de sus vidas…

—¿Te quedarás esta vez? —preguntó Kieran, levantando su rostro para mirarme—. ¿No dejarás que te lleven otra vez?

El nudo en mi garganta creció. ¿Cómo explicarle que nunca quise dejarlos? ¿Que cada día en aquella celda helada pensaba en ellos, en mantenerlos a salvo?

—Estoy aquí. —Fue todo lo que pude decir, acariciando su mejilla húmeda—. Estoy aquí ahora.

Mi mirada se desvió hacia Avery, que seguía junto al arpa, con sus dedos acariciando las cuerdas distraídamente. Había crecido en estos meses, notaba cambios sutiles en su rostro, en la forma en que se mantenía erguida. Ya no era la niña que conocí, pero tampoco parecía completamente una mujer.

—Avery —susurré.

Ella se estremeció visiblemente, sus ojos encontraron los míos por un momento antes de desviarse hacia el suelo. Y vi una lágrima correr por su mejilla.

—Toca para Nefely —pidió Venya de repente, girándose hacia su hermana—. Toca la canción que compusiste, esa sobre…

—No —cortó Avery bruscamente, y sus manos cayeron de las cuerdas como si quemaran—. No puedo.

El silencio que siguió fue intenso. Los niños intercambiaron miradas, como si compartieran un secreto que yo no conocía.

—Está bien —dije suavemente—. No tienes que…

—¡Tienes que ver a Fulgor! —interrumpió Kieran, tirando de mi manga con entusiasmo—. ¡Ha crecido tanto! Y Draluz… deberías ver cómo cuida a los dragones bebés, es como una madre para ellos.

—¡Y los huevos! —añadió Torin—. ¡Algunos tienen grietas! Aeran dice que podrían nacer pronto.

—¡Y Cleon es un guerrero ahora! —Venya no quería quedarse atrás—. Aunque sigue siendo un tonto que no sabe distinguir la salvia de la menta.

Me sorprendió lo mucho que habían cambiado en estos meses. Venya había crecido varios centímetros y llevaba el pelo más largo, recogido en una trenza elaborada que seguramente Avery le había enseñado a hacer. Torin tenía nuevas pecas repartidas por el puente de la nariz, y sus brazos parecían más largos, como si hubiera dado un estirón repentino.

El tiempo no se había detenido durante mi ausencia. Habían seguido creciendo, cambiando, convirtiéndose poco a poco en las personas que estaban destinados a ser, mientras yo me consumía en aquella celda pensando en ellos congelados en el tiempo, exactamente como los había dejado.

Sus voces se mezclaban en un caos alegre, cada uno intentando contarme todo lo que me había perdido. Era abrumador y reconfortante a la vez, como si intentaran llenar todos estos meses de ausencia con sus palabras apresuradas.

—¿Podéis dejarnos un momento? —pedí suavemente, acariciando el pelo de Kieran—. Prometo que luego iremos a ver a Fulgor y a todos los dragones.

Los niños se miraron entre sí. Kieran fue el último en soltarme.

—¿Lo prometes? —susurró, y había tanto en esa simple pregunta.

—Lo prometo, mi pequeño dragón.

Se levantaron con cierta reticencia, pero obedecieron. Venya tomó la mano de Kieran, y Torin los siguió hacia la puerta, no sin antes lanzar una última mirada preocupada hacia su hermana.

Avery seguía sin moverse. Me acerqué lentamente, por si en el último momento decidía que no me quería cerca.

—Avery… —susurré su nombre.

Un sollozo violento sacudió su cuerpo y las lágrimas comenzaron a caer sin control por sus mejillas.

—Me duele mucho —murmuró—. Me duele tanto saber lo que te hicieron, que sufrieras así para protegernos… No nos lo merecíamos. Te creía muerta, todos te creíamos muerta y tú… tú estabas sufriendo para mantenernos a salvo.

Di un paso hacia ella, pero se encogió más sobre sí misma.

—¿Lo sabes todo? —pregunté suavemente.

Asintió mientras más lágrimas caían.

—Cleon y yo lo sabemos. Los demás son demasiado pequeños. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Escuchamos a Aeran y Thorak hablando una noche. Todo lo que ese monstruo te hizo, cómo te torturó…

—Avery…

—¡No! —gritó entre sollozos—. ¡No merecíamos ese sacrificio! No merecíamos que sufrieras así por nosotros.

No pude contenerme más. La envolví en mis brazos mientras ella seguía llorando.

—Los más pequeños no lo saben —susurró contra mi hombro—. No podrían… no podrían entenderlo. Pero Cleon y yo… nosotros tenemos que vivir sabiendo que mientras intentábamos odiarte por habernos abandonado, tú estabas… tú estabas…

No pudo terminar la frase. Solo pude sostenerla mientras dejaba salir todo ese dolor, toda esa culpa que no debería cargar sobre sus jóvenes hombros.

—Te he echado tanto de menos —susurró Avery, sus manos se aferraron a mi camisa—. Eras… eras como mamá. La mejor compañía del mundo. Me escuchabas tocar durante horas, me ayudabas con mis poemas, me hacías sentir que no estaba sola. Y cuando desapareciste… Me sentí tan desprotegida, tan sola. Más sola que nunca.

Me acerqué más a ella mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Era tan joven para cargar con tanto dolor, con tanta soledad.

—Todo va a estar bien —susurré, apartando un mechón de pelo de su rostro húmedo—. Sé que has oído cosas horribles, pero te prometo que todo pasará. Estaremos mejor.

Avery negó con la cabeza, separándose lo suficiente para mirarme.

—¿De verdad? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Te quedarás con nosotros? ¿O te irás con tu abuelo a Floralia? —Se detuvo un momento, mordiéndose el labio—. ¿Sigues… sigues amando a Aeran? ¿Después de que se casara con otra mientras tú…?

—Avery…

—Necesito saberlo —interrumpió—. Necesito saber si vas a dejarnos otra vez. No podría… no podría soportar perderte de nuevo.

Me senté en el suelo, atrayéndola conmigo. Sus ojos, tan llenos de miedo y esperanza, me recordaron que, a pesar de su madurez forzada, seguía siendo una niña que temía ser abandonada.

—El amor es… complicado —comencé, buscando las palabras correctas—. Lo que siento por Aeran no ha cambiado, aunque a veces desearía que fuera así. Y lo de mi abuelo y Floralia… —Suspiré —. Es más complejo de lo que parece.

—Pero él te ama —dijo con fiereza—. Deberías haberlo visto cuando… cuando creíamos que estabas… —Se detuvo, incapaz de decir la palabra—. Nunca tocó a Cellina. Ni siquiera la miraba. Él solo… solo existía en el castillo como un fantasma, buscándote en cada rincón.

No disimulé mis lágrimas, no con ella.

—No sé qué va a pasar, Avery —admití—. Todo es tan reciente, tan confuso…

—Si no le amas después de lo que pasó, lo entenderé —susurró, sorprendiéndome con su madurez—. No tienes que quedarte por él. Quédate por nosotros. O si decides irte a Floralia… —Tragó saliva, reuniendo valor—, llévame contigo.

La miré asombrada, sus palabras me habían robado el aliento.

—¿Irte conmigo? ¿A Floralia? Pero Avery, tu vida está aquí, tus hermanos, tu hogar…

—Tú eres mi familia también —dijo con una firmeza que contradecía las lágrimas en sus ojos—. Puedo aprender en su corte, sus costumbres. Puedo tocar el arpa en cualquier lugar. Y si ese rey es tu abuelo, entonces… entonces también podría ser algo mío, ¿no?

Su razonamiento infantil, pero profundamente sincero me conmovió hasta lo más hondo.

—No es tan sencillo —respondí con suavidad—. Hay consideraciones, protocolos, implicaciones políticas que…

—Siempre hay excusas para separar a las personas que se quieren. —Por un momento vi en ella a la mujer que un día sería—. Estoy cansada de perder a quienes amo.

Suspiré profundamente, entendiendo perfectamente su sentimiento.

—Te prometo una cosa: pase lo que pase, no volveré a desaparecer de tu vida. Ya sea aquí o en Floralia, siempre estaré para ti.

—¿Lo juras? —Su voz sonaba tan pequeña—. ¿Aunque todo sea diferente ahora? ¿Aunque seas una princesa y tengas un reino propio?

—Lo juro —respondí, tomando sus manos entre las mías—. Esos títulos no cambian quien soy ni lo que siento por vosotros. Tú, tus hermanos… sois mi familia también.

Avery se lanzó a mis brazos con tanta fuerza que casi perdí el equilibrio. Nos quedamos así, sentadas en el suelo de la biblioteca, mientras ella ocultaba su rostro en mi cuello y sus lágrimas empapaban mi piel.

Fue entonces cuando lo sentí. Esa presencia que siempre parecía alterar el aire a su alrededor. Alcé la mirada y allí estaba Aeran, apoyado en el marco de la puerta. Con los ojos llenos de lágrimas mientras se secaba una que había logrado escapar. Nuestras miradas se encontraron por un momento, y vi en la suya todo el dolor, todo el amor que no nos atrevíamos a nombrar.

—Echo de menos tu música —susurré contra el pelo de Avery, apartando mi mirada de Aeran—. El castillo parece demasiado silencioso sin tus melodías.

—No he tocado desde que… No podía. Cada vez que miraba el arpa, solo podía pensar en las tardes que pasábamos juntas, en cómo aplaudías incluso cuando me equivocaba.

—Bueno, entonces tendremos que recuperar el tiempo perdido —intenté que mi voz sonara ligera, aunque por dentro mis propios demonios rugían—. ¿Recuerdas esa canción que estabas componiendo? La que hablaba sobre el vuelo de los dragones.

Sentí su pequeña risa contra mi cuello.

—Era horrible.

—Era hermosa —corregí—. Como todo lo que creas.

—Compuse una… —Dudó un momento—. Compuse una canción para ti. Cuando creíamos que estabas… que te habíamos perdido. Es triste.

—Me gustaría escucharla algún día —dije suavemente—. Cuando estés lista.

—¿De verdad? —Se separó lo suficiente para mirarme—. ¿Aunque te haga llorar?

—Especialmente si me hace llorar. —Sonreí, limpiando una lágrima de su mejilla—. Las mejores canciones son las que nos hacen sentir, ¿recuerdas?

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios, y sentí como si hubiera ganado una batalla importante. Sabía que Aeran seguía en la puerta, observándonos, pero no podía permitir que su presencia me distrajera. No cuando finalmente estaba logrando que Avery volviera a abrirse.

—Hay tanto que quiero contarte —susurró—. Tantas cosas que han pasado… Cleon es todo un guerrero ahora, ¿sabes? Aunque sigue siendo un desastre con las plantas medicinales.

Solté una risa suave.

—Algunas cosas nunca cambian.

—Pero otras sí. Yo he cambiado. Todos hemos cambiado.

—Lo sé —respondí, acariciando su mejilla—. Pero eso no significa que sea malo. El cambio es parte de crecer.

—¿Incluso cuando duele?

—Especialmente cuando duele —suspiré, pensando en mis propios cambios, en las cicatrices que ahora marcaban no solo mi piel sino mi alma—. El dolor nos enseña, nos hace más fuertes. Aunque a veces no podamos verlo en el momento.

Avery se quedó en silencio, como sopesando mis palabras. Luego, con voz queda, confesó:

—He tenido pesadillas. Sobre ti. Sobre lo que te pasó.

Mi corazón se encogió al escucharla. Era demasiado joven para cargar con ese peso.

—Avery, no deberías…

—No son como las tuyas, lo sé. No puedo ni imaginar lo que… —Tragó saliva—, pero en mis sueños, estás llamándonos y no podemos oírte.

Era exactamente lo que había ocurrido.

—Y la peor parte —continuó—, es que a veces… a veces te odié por habernos dejado. Creo que todos lo hicimos, un poco. Y ahora que sabemos la verdad…

—No —dije firmemente, tomando su rostro entre mis manos—. No hagas eso. No te culpes por sentir lo que sentiste. Era natural, era… era lo que él quería que sintierais.

—Pero tú estabas…

—Protegiendo lo que más amaba. Y habría soportado eso y mil veces más sabiendo que estabais a salvo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente.

—¿Cómo haces eso? —preguntó con admiración y tristeza—. ¿Cómo sigues siendo… tú, después de todo?

La pregunta me dejó sin palabras por un momento. ¿Seguía siendo yo? ¿O era apenas un fantasma de quien había sido?

—No lo sé —admití finalmente—. Algunos días no reconozco a la persona en el espejo. Pero luego escucho la risa de Kieran, o recuerdo a Torin persiguiendo a Venya por los pasillos, o recuerdo

esa melodía que tanto te gusta… y encuentro pequeños fragmentos de mí misma que creía perdidos para siempre.

Avery apoyó su frente contra la mía en un gesto tan íntimo que me sorprendió no sentir miedo.

—Entonces seguiremos recordándote quién eres —dijo con una fuerza que me hizo sonreír—. Tocaré para ti todos los días si es necesario.

—Me gustaría eso —susurré, sintiendo un pequeño brote de esperanza crecer en mi pecho—. Me gustaría muchísimo.

Mis labios se posaron en su cabeza, en ese pelo que olía a flores silvestres y tinta, y sentí algo dentro de mí resquebrajarse y sanar al mismo tiempo.

Esta calidez, esta sensación de pertenencia, este suave latido que parecía despertar algo que creía muerto para siempre… Era un tipo de sanación que ni los mejores ungüentos, ni las pociones más potentes, ni los maestres más sabios podrían proporcionarme. Era familia. Era hogar.

Aeran estaba en el umbral de la puerta, observándonos en silencio. Jamás lo había visto tan destrozado. Había tanto dolor en su mirada, tanta culpa y amor entremezclados, que sentí mi corazón contraerse.

Nos sostuvimos la mirada por un instante que pareció contener toda una vida. No hacían falta palabras; podía leer en sus ojos la misma tormenta que azotaba mi alma: arrepentimiento, anhelo, esperanza temerosa… y ese amor que ni siquiera la oscuridad más absoluta había logrado extinguir.

Volví a besar la cabeza de Avery, apretándola contra mí mientras seguía mirando a Aeran sobre su pelo.

—Ya no habrá más silencio —le susurré a ella, aunque mis palabras eran tanto para Avery como para él, una promesa que sellaba con cada latido de mi corazón—. Ya no más secretos, ni más distancia. He tenido suficiente silencio para toda una vida.

Tomé aire, sintiendo cómo mis pulmones se expandían completamente, quizás por primera vez desde mi regreso.

—Ahora quiero ruido —continué—. Quiero risas, discusiones, música, incluso gritos. Quiero escuchar a Venya perseguir a Torin por los pasillos, a Kieran haciendo demasiadas preguntas, a ti tocando el arpa hasta altas horas… quiero escuchar la vida, ¿sabes? Toda ella, con su caos y su belleza.

48

Paz entre el caos

Aeran

El sol de la tarde bañaba la explanada de los dragones, tiñendo las escamas de Draluz de un plateado casi cegador mientras jugaba con Estros en el aire. Sus rugidos resonaban como truenos distantes, mezclándose con el batir de sus alas. Era extraño verlos así, tan despreocupados, cuando hacía tan poco habían estado dispuestos a destrozarse mutuamente.

Mis dedos se cerraron sobre el mensaje arrugado en mi bolsillo, el sello rojo de Ventara parecía quemar a través de la tela. «Un emisario real», decía la misiva. Como si necesitara más complicaciones en este momento, como si la paz frágil que habíamos construido no fuera suficientemente delicada ya.

Aliran se movió en el extremo de mi visión, sus pasos aún eran vacilantes, pero al menos ya comía. Había estado al borde de la muerte durante tanto tiempo que verlo de pie parecía un milagro en sí mismo. Las rayas negras en sus escamas brillaban bajo el sol mientras se acercaba al cuenco de carne que las doncellas habían dejado para él.

—Despacio —murmuré, aunque sabía que no me necesitaba para esto—. Un bocado cada vez.

Como si me entendiera, el dragón levantó su cabeza para mirarme. Había tanto en esos ojos, tanta inteligencia… tanto dolor. Me pregunté cuánto de la agonía de Nefely había sentido a través de su vínculo, cuánto seguía sintiendo.

Arriba, Draluz soltó un rugido juguetón mientras esquivaba a Estros. Él la persiguió entre las nubes con sus alas extendidas mientras creaba sombras sobre la explanada. Era difícil creer que estas eran las mismas bestias que hacía semanas habrían destrozado el mundo entero por proteger a sus jinetes.

—Al menos algunos encuentran paz —susurré al aire.

Los informes de la frontera con Gélidia se apilaban en mi escritorio, todos diciendo lo mismo: nada. Ni un movimiento, ni una señal de preparación para la guerra. El silencio era más aterrador que cualquier amenaza abierta. ¿Soren habría sobrevivido? La pregunta me perseguía en mis pesadillas, mezclándose con imágenes de Nefely temblando ante sombras que solo ella podía ver.

Los dragones más jóvenes correteaban entre las patas de los adultos, sus chillidos agudos eran como campanillas en el viento. Algunos de los huevos mostraban grietas prometedoras, y me pregunté si ella querría estar presente cuando eclosionaran. Si es que seguía aquí para entonces.

El pensamiento me golpeó con fuerza brutal, haciendo que mi estómago se retorciera. Sylvan no había sido sutil en sus intenciones de llevársela a Floralia. «Es su hogar por derecho», había dicho con esa voz que no admitía discusión. Como si todos estos meses, todos los momentos que habíamos compartido aquí, no significaran nada.

—¿Mi señor? —Thorak me arrancó de mis pensamientos.

No lo había escuchado acercarse, tan perdido estaba en mis preocupaciones. Mi capitán parecía más cansado de lo habitual, las ojeras bajo sus ojos hablaban de noches sin dormir vigilando una puerta tras la cual los gritos de Nefely desgarraban la oscuridad.

—¿Más noticias de la frontera? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Nada —confirmó—. Es como si se los hubiera tragado la tierra. Ni un movimiento, nada.

Ambos sabíamos lo que significaba este silencio: estaban planeando algo. Algo lo suficientemente importante como para mantener todo su ejército escondido, contenido.

Un movimiento en la entrada de la explanada nos hizo callar a ambos. Nefely estaba allí. La ropa era exactamente como ella la quería, después de que yo prácticamente desatara una guerra con los modistas del reino. El sastre real había estado a punto de desmayarse cuando le exigí pantalones para una dama de su posición. «Las damas no visten pantalones, mi señor», había protestado con horror. «Esta dama sí», fue mi respuesta, y no hubo más discusión al respecto. Había removido el reino entero buscando las telas más suaves que pudieran encontrarse, examinando personalmente cada pieza que le destinaban.

Ahora, viéndola así, sabía que cada batalla con esos artesanos escandalizados había valido la pena.

Su pelo recogido dejaba ver las marcas en su cuello, pero ya no intentaba ocultarlas. Había algo diferente en su postura, algo que hablaba de una fuerza nueva, aunque sus ojos seguían cargando sombras que me perseguían en sueños.

—No os detengáis por mí —dijo, con una voz que sonaba más firme que en días anteriores—. Necesito saber qué está pasando. No más secretos, no más intentos de protegerme.

Intercambié una mirada con Thorak antes de asentir lentamente. Ella tenía razón. Los secretos solo nos habían traído dolor hasta ahora.

—No hay movimiento en la frontera con Gélidia —expliqué—. Ninguna señal de preparación para la guerra, ningún indicio de…

—De si Soren vive —completó ella, y aunque su voz no tembló, vi cómo sus manos se cerraban en puños.

Thorak se aclaró la garganta suavemente.

—Os dejaré solos —murmuró, retirándose con una reverencia.

Nos quedamos en silencio, observando a los dragones. Aliran soltó un chillido agudo al ver a Nefely, y el cambio fue inmediato. El dragón plateado se incorporó completamente, acercándose al cuenco de comida con más energía de la que había mostrado en semanas.

No pude evitar sonreír.

—Te ha echado de menos —comenté suavemente—. Todos lo hemos hecho.

La vi tensarse ligeramente, pero no se apartó. Era un progreso, supuse. Hace unos días, cualquier insinuación de cercanía emocional la habría hecho huir.

—Los pequeños… —comencé, buscando cambiar de tema—. ¿Han estado molestándote demasiado?

Una sonrisa pequeña, apenas un fantasma de las que solía regalarme curvó sus labios.

—No lo suficiente —respondió—. Los extrañaba. Su ruido, sus risas… incluso sus peleas.

Asentí, entendiendo perfectamente lo que quería decir. El silencio que había caído sobre el castillo durante su ausencia había sido como una herida abierta, sangrando constantemente.

Draluz descendió en ese momento, aterrizando. Estros la siguió, y por un momento contuve el aliento, temeroso de su reacción. Pero el dragón rosado simplemente inclinó su cabeza hacia Nefely antes de echarse junto a Aliran, como si quisiera asegurarse de que su compañero comiera apropiadamente.

—Es extraño —murmuró Nefely—. Verlos así, tan… en paz.

—Lo es —concordé—. Hace unas semanas estaban dispuestos a destrozarse mutuamente.

—Como nosotros —susurró.

Quería acercarme, rodearla con mis brazos, suplicar su perdón una vez más. La necesidad era tan fuerte que dolía físicamente contenerla. Pero no podía. No cuando cada movimiento brusco aún la hacía encogerse.

—Nefely… —comencé, sin saber realmente qué quería decir.

—No. No necesito más disculpas, Aeran. No ahora.

Se giró para mirarme entonces, y había algo en sus ojos que me robó el aliento. Una fuerza que ninguna tortura había logrado romper completamente.

—Necesito saber qué está pasando —dijo—. Con Gélidia, con Ventara… con todo. No puedo seguir viviendo en esta burbuja de protección que todos parecéis empeñados en mantener a mi alrededor.

—El emisario de Ventara llegará pronto —admití, sintiendo el peso de la carta en mi bolsillo—. Y no creo que traiga buenas noticias.

—Por Cellina. —No era una pregunta.

—Probablemente —confirmé—. Su padre no tomará bien la ruptura del compromiso. Ventara ve esta unión como algo más que política; es prestigio, es poder. El rey siempre ha sido un hombre orgulloso, y rechazar a su hija después de que el matrimonio ya se había celebrado… —Sacudí la cabeza—. Lo considerará una humillación imperdonable.

La vi asentir lentamente. Sus ojos seguían fijos en los dragones, pero podía ver su mente trabajando, analizando, planeando.

—¿Y Floralia? —preguntó finalmente—. ¿Mi… mi abuelo?

El miedo que había estado intentando contener rugió en mi pecho. Esta era la conversación que había estado temiendo, el momento que podría arrancármela para siempre. Me pregunté si ella podía escuchar cómo mi corazón se aceleraba, cómo mi respiración se volvía más superficial ante la mera posibilidad de perderla de nuevo.

—Quiere llevarte con él —respondí, intentando que mi voz no traicionara el terror que sentía—. Dice que es tu lugar, tu derecho por nacimiento. Habla de jardines curativos y sanadores especializados, de protección y reconocimiento como princesa de Floralia. —Tragué con dificultad—. Cree firmemente que podrías sanar mejor allí, lejos de… de todo lo que te recuerde lo sucedido.

—¿Y tú qué piensas?

—Yo… Creo que debes elegir tu propio camino. Como tu madre lo hizo. No quiero ser como tu abuelo o como mi padre, imponiendo lo que creo mejor para ti. Sea cual sea tu decisión, la respetaré.

—Mi madre eligió el amor —susurró—. Pero su elección nos costó tanto… Podríamos haber tenido una vida diferente, sin hambre, sin frío, sin… —Cerró los ojos un momento—. Sin tener que enterrarla con mis propias manos cuando ni siquiera tenía edad para comprender completamente la muerte.

—Tu madre también te dio algo invaluable —respondí con suavidad, resistiendo el impulso de alcanzar su mano—. Te dio libertad. Te dio la oportunidad de convertirte en la mujer que eres, no en la princesa que otros habrían moldeado. Te enseñó a valerte por ti misma, a luchar, a sanar. Y esa Nefely, la sanadora del bosque que no se inclinaba ante nadie, es la mujer que yo…

—¡Nefy! —Venya nos interrumpió—. ¡Te necesito! ¡Es urgente!

Vi cómo una sonrisa genuina iluminaba el rostro de Nefely. Era asombroso cómo los niños lograban atravesar sus defensas, llegar a ella de una manera que nadie más podía.

—Ya voy, pequeña —respondió, girándose hacia la entrada donde Venya esperaba dando saltitos de impaciencia.

Se detuvo antes de alejarse, y pude ver la lucha en su rostro, la batalla interna que libraba cada vez que intentaba dar un paso hacia la normalidad que todos anhelábamos.

—Aeran. —Jamás me hartaría de escuchar su nombre en sus labios—. ¿Podríamos…? ¿Podríamos cenar juntos esta noche? ¿A solas?

Mi corazón dio un vuelco. Era la primera vez que ella pedía estar a solas conmigo, la primera vez que daba este paso por voluntad propia.

—Por supuesto —logré responder—. En mi despacho, si… si te parece bien.

Asintió levemente antes de girarse hacia Venya, quien seguía llamándola con creciente impaciencia.

Esta cena… sabía lo que le costaba esto. Cada momento a solas conmigo era una batalla contra los fantasmas que Soren había plantado en su mente, contra los recuerdos que la despertaban gritando en medio de la noche. La confianza que depositaba en mí al dar este paso era más preciosa que cualquier joya, más frágil que el ala de una mariposa.

Draluz se acercó, empujando suavemente mi hombro con su hocico.

—Lo sé —susurré, acariciando sus escamas—. Yo también la extraño.

El sol comenzaba a hundirse en el horizonte, pintando el cielo de tonos rojizos y dorados. En unas horas, la tendría frente a mí en mi despacho, intentando reconstruir los puentes que el horror y la guerra habían quemado. ¿Qué querría decirme? ¿Habría tomado ya una decisión sobre Floralia? ¿Sobre nosotros?

El miedo amenazaba con ahogarme, pero me obligué a mantener la compostura. Le debía al menos eso: la oportunidad de hablar, de decidir su propio destino sin la presión de mis emociones, de mi desesperada necesidad de ella.

—Solo unas horas —murmuré para mí mismo, mientras Draluz soltaba un suave gruñido de apoyo—. Solo unas horas más.



Las velas parpadeaban suavemente. Había despejado la mesa redonda de todos los documentos que normalmente la cubrían: informes de guerra, cartas sin responder, problemas que podían

esperar una noche. El mantel de flores que las doncellas habían traído parecía fuera de lugar en esta habitación tan austera, pero quería que todo fuera perfecto. Aunque «perfecto» era un concepto que había perdido significado desde que ella volvió.

Mis dedos tamborileaban nerviosamente sobre la madera mientras observaba la comida que humeaba en los platos. ¿Habría sido demasiado? ¿Demasiada preparación, demasiada formalidad? Lo último que quería era abrumarla, hacerla sentir presionada de alguna manera.

Las palabras de Sylvan seguían resonando en mi mente, atormentándome con su sensatez. «Tenemos sanadoras especializadas en Floralia», había insistido. «Mujeres que han dedicado su vida a tratar heridas que van más allá de la carne, que saben manejar pesadillas y terrores nocturnos. La ayudarían a sanar su mente, no solo su cuerpo». Y yo sabía que probablemente tenía razón. En Floralia no tendría que despertarse gritando cada noche para encontrarse en un castillo donde una vez la tuvieron prisionera, donde un rey arrogante la había encerrado en una torre. No tendría que enfrentarse a los recuerdos, a los fantasmas, a todo lo que aquí la atormentaba.

Una parte de mí sabía que quizás ese sería su destino, que esta noche podría venir a despedirse, a decirme que había elegido la sanación que sólo su tierra ancestral podía ofrecerle. Y si eso ocurría… tendría que dejarla ir. Aunque me destrozara el alma, aunque cada fibra de mi ser gritara en contra. Ella merecía sanar, incluso si eso significaba hacerlo lejos de mí.

La había extrañado tanto que a veces el dolor era físico. Cuántas noches había imaginado esto: ella entrando por esa puerta, real y viva y… mía. Pero ahora que el momento se acercaba, el miedo me paralizaba. No necesitaba nada de ella, me recordé. Con que me permitiera estar en la misma habitación, respirar el mismo aire, era suficiente. Con poder ver sus ojos, asegurarme de que seguía aquí, de que no era otro sueño cruel…

El suave crujido de la puerta al abrirse hizo que mi corazón se detuviera. Y allí estaba ella, enmarcada por la luz del pasillo como una aparición. Se había cambiado de ropa —pantalones limpios y una camisa de cuello alto que cubría las marcas de su cuello—, pero seguía siendo ella. Mi Nefely. La mujer que había redefinido todo mi mundo.

—Hola —susurró, y su voz envió escalofríos por mi columna.

—Hola —respondí, incapaz de decir más.

Entró con pasos suaves, casi cautelosos, sus ojos recorriendo la habitación como siempre hacía ahora, buscando amenazas invisibles, rutas de escape. El hábito hacía que mi corazón sangrara, pero me mantuve quieto, permitiéndole moverse a su propio ritmo.

—Has… has reorganizado todo —comentó, señalando la mesa despejada.

—Quería que fuera especial —admití, y de inmediato me arrepentí. No quería presionarla—. Pero si es demasiado, podemos…

—Es… es perfecto.

Se acercó a la mesa, y pude ver el ligero temblor en sus manos cuando apartó una silla. Quería ayudarla, acercarme, tocarla…, pero me contuve. Cada movimiento tenía que ser suyo, cada paso a su tiempo.

—Huele bien —dijo, sentándose.

Me senté frente a ella, manteniendo una distancia prudente. La luz de las velas jugaba con los ángulos de su rostro, suavizando las sombras bajo sus ojos, haciendo que por un momento pareciera la misma de antes. Pero no lo era. Ambos habíamos cambiado, transformados por el dolor y la distancia.

—¿Vino? —ofrecí, señalando la botella.

Negó con la cabeza.

—Agua, por favor —respondió.

Serví agua en su copa con manos que intentaban no temblar. El silencio entre nosotros era denso, pero no incómodo, como si ambos estuviéramos reaprendiendo a existir en el mismo espacio.

—Los niños están felices —comenté suavemente, buscando un tema seguro—. Venya no ha dejado de hablar de lo que sea que necesitaba tu ayuda.

Una sonrisa genuina iluminó su rostro, y por un momento me quedé sin aliento. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que la había visto sonreír así?

—Quería que la ayudara a escribir un poema —explicó, tomando un pequeño bocado de comida—. Sobre dragones y estrellas. Dice que Avery siempre critica sus rimas.

—Suena a Avery —sonreí, observando cómo comía lentamente, metódicamente. Otro hábito adquirido en su cautiverio que me partía el alma—. ¿Te… te está resultando más fácil estar con ellos?

Sus ojos se encontraron con los míos por un momento antes de desviarse hacia su plato.

—A veces —admitió—. Es… es diferente con cada uno. Kieran… Kieran no me teme, a pesar de todo lo que vio. De lo que hice.

—Salvaste su vida —respondí con fiereza—. Le mostraste lo que significa el verdadero valor.

—Le mostré violencia —susurró—. Sangre y muerte y…

—Le mostraste amor —interrumpí suavemente—. El tipo de amor que mueve montañas, que desafía a la muerte misma.

Sus manos temblaron sobre la mesa, y tuve que contener el impulso de alcanzarlas, de entrelazar sus dedos con los míos como habría hecho antes.

—A veces —continuó después de un momento—, cuando estoy con ellos, casi puedo olvidar. Casi puedo pretender que nada ha cambiado. Pero entonces… entonces recuerdo que todo es diferente ahora. Que yo soy diferente.

—Todos somos diferentes —respondí—. El mundo entero cambió el día que te perdí.

Vi cómo contenía el aliento ante mis palabras.

—No hables de eso —pidió—. No esta noche.

Asentí, respetando su deseo.

—Háblame de Floralia —pedí en su lugar—. ¿Has… has hablado más con Sylvan?

Una sombra cruzó su rostro mientras jugueteaba con la comida en su plato.

—Es extraño —admitió—. Tiene los mismos ojos que mi madre. La misma forma de mover las manos cuando habla. A veces, cuando lo miro, es como verla a ella y… Duele. Todo duele tanto.

—No tienes que decidir nada ahora —dije suavemente—. Nadie te está presionando.

Soltó una risa amarga que me heló la sangre.

—¿No? —Su voz tenía un filo que recordaba a antes, a la mujer que desafiaba reyes sin pestañear—. Todo el mundo espera algo de mí. Sylvan quiere a su nieta princesa. Mi padre quiere recuperar el tiempo perdido. Los niños me necesitan como antes. Tú…

Agachó la cabeza como si hubiera dicho demasiado.

—Yo solo te quiero viva —completé—. Todo lo demás… todo lo demás es secundario.

—Viva —repitió ella—. A veces ni siquiera estoy segura de qué significa eso ya.

—Significa que estás aquí —respondí—. Comiendo este estofado que seguramente está frío porque no dejo de hablar.

Para mi sorpresa, una risa suave escapó de sus labios. El sonido fue tan inesperado, tan precioso, que por un momento me quedé sin aliento.

—Siempre he sido terrible dejando enfriar la comida —comentó —. Como aquella vez que intentaste explicarme la política de Ventara durante la cena. El pollo estaba tan frío que parecía que lo habíamos cazado en el hielo.

Mi corazón dio un vuelco. Era la primera vez que mencionaba un recuerdo del pasado sin que el dolor nublara su mirada.

—En mi defensa —sonreí—, era un tema muy complejo. Y tú seguías interrumpiéndome con preguntas imposibles.

—¿Imposibles? —Alzó una ceja, y por un momento fue como si el tiempo no hubiera pasado—. Solo quería saber por qué sus leyes de

comercio eran tan ridículamente complicadas.

—¡Pasamos tres horas discutiendo sobre el impuesto al queso! —exclamé, recordando aquella noche con claridad cristalina—. ¡Al queso, Nefely!

Su risa, más fuerte esta vez, fue como música. Se llevó una mano a la boca, como sorprendida por el sonido, pero sus ojos brillaban.

—El queso es importante —defendió, y había un tono juguetón en su voz que no había escuchado en lo que parecía una eternidad —. Además, ¿quién cobra más impuestos por el queso curado que por el fresco? No tiene sentido.

—Por los dioses —gruñí teatralmente—. No empecemos otra vez con eso. Thorak aún tiene pesadillas con aquella discusión.

Esto provocó otra risa, y esta vez no intentó contenerla. El sonido llenó la habitación como si fuera luz.

—Pobre Thorak —dijo entre risas—. ¿Recuerdas su cara cuando empecé a enumerar todos los tipos de queso que existían?

—¿Cómo olvidarlo? —sonreí—. Creo que fue la primera vez que lo vi considerar seriamente desertar.

Su risa se mezcló con la mía, y por un momento precioso todo estuvo bien en el mundo. No éramos un rey y una princesa perdida, no había guerra ni dolor ni cicatrices que no se veían. Solo éramos nosotros, compartiendo una cena y un recuerdo que nadie había logrado manchar.

La vi relajarse en su silla, sus hombros perdiendo algo de esa tensión constante que cargaba. Tomó otro bocado de comida, esta vez con más entusiasmo.

—Está bueno —comentó—. Incluso frío.

La observé jugar con el borde de su copa. Había mantenido esta distancia entre nosotros deliberadamente, mi silla tan alejada de la suya que casi parecía ridículo.

—No necesitas estar tan lejos —susurró de repente, sin levantar la mirada—. Parece que temes que vaya a romperme si te acercas demasiado.

Mi corazón se detuvo por un momento.

—No quiero… —Me detuve, buscando las palabras correctas—. No quiero presionarte. No quiero hacer nada que pueda…

—Lo sé —interrumpió suavemente—. Y te lo agradezco. Pero… — Alzó la mirada entonces, y había algo en sus ojos que me robó el aliento—. Si en algún momento me siento incómoda, te lo diré. Confío en ti para respetar eso.

—Siempre —prometí con voz ronca—. Siempre respetaré tus límites, Nefely.

Asintió levemente, y con movimientos deliberados, empujó su silla un poco más cerca de la mesa.

Con el corazón martilleando en mi pecho, acerqué mi propia silla. No demasiado, solo lo suficiente para que la distancia entre nosotros fuera más natural, menos forzada.

—Esto es extraño, ¿verdad? —comentó, una sonrisa triste curvando sus labios—. Estar así, pretendiendo que sabemos cómo actuar el uno con el otro.

—Todo es extraño últimamente —admití—. Pero esto… estar aquí contigo… es lo más real que he sentido en mucho tiempo.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, y el movimiento hizo que un mechón de pelo se soltara de su moño, cayendo sobre su mejilla.

Mi mano se alzó por instinto, queriendo apartarlo, pero me detuve a medio camino. Antiguas costumbres, viejos gestos que ahora parecían pertenecer a otra vida.

—Puedes —susurró, y su voz temblaba ligeramente—. Está bien.

Con dedos que intentaban no temblar, aparté suavemente el mechón de su rostro, rozando apenas su piel. El contacto, tan simple y a la vez tan íntimo, envió escalofríos por mi columna. Era la primera vez que la tocaba así desde su regreso, la primera vez que me permitía ese pequeño acto de intimidad que antes dábamos por sentado. Mi piel parecía recordar la suya, como si mis dedos hubieran estado dormidos todo este tiempo y ahora despertaran con ese breve roce. Un gesto tan cotidiano, tan insignificante para

cualquier otro, y, sin embargo, para nosotros contenía todo un universo de significado.

Sus ojos se cerraron por un momento, y contuve el aliento, temeroso de haber cruzado alguna línea invisible. El tiempo pareció detenerse mientras esperaba su reacción, preparado para retirarme al menor signo de incomodidad. Pero cuando los abrió de nuevo, no había miedo en ellos. Era como si ese simple contacto hubiera devuelto un soplo de vida a algo que creíamos perdido para siempre.

El silencio entre nosotros era denso, pero no incómodo, cargado de palabras no dichas y gestos contenidos. La luz de las velas jugaba con las sombras en su rostro, suavizando los ángulos afilados que el cautiverio había dejado, devolviendo por momentos a la Nefely que recordaba.

—Te vi esta tarde con los dragones —dijo de repente—. La forma en que cuidas de Aliran…

—Es tu dragón —respondí suavemente—. Era lo mínimo que podía hacer.

—Es nuestro dragón —corrigió, y algo en la forma en que dijo «nuestro» hizo que mi corazón saltara—. Como todo lo demás aquí.

La miré, intentando descifrar el significado detrás de sus palabras. ¿Se refería al castillo? ¿A los niños? ¿A todo lo que habíamos construido juntos antes de que el mundo se derrumbara?

—¿Incluso ahora? —pregunté—. ¿Después de todo…?

—Especialmente ahora —interrumpió—. Todo lo que pasó… todo lo que él hizo… No puede quitarnos esto. No se lo permitiré.

Se inclinó más cerca, y el aroma a flores que siempre la acompañaba me envolvió como un recuerdo dulce y doloroso.

—A veces —continuó en voz baja—, cuando estoy con los niños, o aquí contigo… es como si pudiera respirar de nuevo. Como si el peso en mi pecho se aligerara un poco.

—Nefely…

—No —me detuvo con suavidad—. Déjame terminar. Necesito que entiendas algo.

Asentí, conteniendo todas las palabras que quería decir.

—Lo que pasó en Gélidia… Una parte de mí siempre lo llevará conmigo. Las pesadillas, los miedos, los momentos en que mi propia piel se siente como una prisión… No van a desaparecer mágicamente.

—Lo sé —respondí—. Y no espero…

—Pero —continuó, y había una intensidad en su mirada que me robó el aliento—, tampoco voy a dejar que eso defina quién soy. No voy a permitir que él gane, que su crueldad me quite la capacidad de… de sentir. De vivir.

Recorrí cada punto de su rostro, esperando, respirando.

—Tengo tanto miedo —admitió en un susurro—. Todo el tiempo. De que esto sea otro sueño cruel, de que vaya a despertar en esa celda, de que…

—Estás aquí —interrumpí suavemente—. Estás a salvo. Estás…

En un movimiento que no vi venir, Nefely se inclinó hacia adelante y presionó sus labios contra los míos. El contacto fue tan repentino, tan inesperado, que por un momento mi mente se quedó en blanco.

Me separé instintivamente, el miedo a presionarla, a lastimarla de alguna manera, más fuerte que mi propio deseo. Pero cuando abrí los ojos, lo que vi en su mirada me dejó sin aliento: no había miedo, no había dudas.

—Nefely… —susurré—. No tenemos que…

Pero ella volvió a besarme, esta vez con más seguridad, sus manos se alzaron para agarrar el frente de mi camisa. Y esta vez… esta vez me permití responder. Con infinita suavidad.

El beso sabía a lágrimas y esperanza, a promesas rotas y nuevos comienzos. Era tan diferente a los que habíamos compartido antes.

Sus manos temblaban contra mi pecho, pero no se apartó. Se acercó más, como si quisiera fundirse conmigo, desaparecer en este momento donde nada más existía excepto nosotros.

—Te amo —susurró contra mis labios—. A pesar de todo, a pesar del dolor y el miedo y las pesadillas… Te sigo amando tanto que duele.

Las lágrimas corrían libremente por mi rostro mientras la sostenía cerca, nuestras frentes estaban juntas después de tanto tiempo, estábamos compartiendo el mismo aire.

—No te merezco —respondí con voz rota—. Nunca te he merecido, pero especialmente ahora, después de todo lo que te he hecho.

—No. No más culpa. No más castigarnos por cosas que no podíamos controlar. Ya he tenido suficiente dolor para toda una vida.

Tenía razón, por supuesto. Siempre la tenía.

—Te he extrañado tanto —confesé, permitiéndome por primera vez decir las palabras que había estado conteniendo—. Cada día, cada momento… Era como si una parte de mí hubiera muerto contigo.

—Pero no morí —susurró—. Sobreviví. Volví. Estoy aquí.

Su cercanía era embriagadora, el calor de su cuerpo tan cerca del mío me hacía difícil pensar con claridad. Sus labios, ligeramente hinchados por nuestro beso, me llamaban como un imán.

—¿Puedo…? —Mi voz era apenas audible—. ¿Puedo besarte de nuevo? Por favor, ¿puedo besarte de nuevo Nefy?

Una pequeña sonrisa curvó sus labios, y por un momento vi a la antigua Nefely brillar en sus ojos.

—¿Desde cuándo el Rey de Dragio pide permiso para algo? —bromeó suavemente.

—Desde que aprendí que hay cosas más importantes que una corona —respondí con sinceridad—. Desde que entendí que tu voluntad vale más que cualquier título o poder.

Asintió lentamente, y esta vez cuando me incliné hacia ella, el beso fue diferente. Más suave, más profundo, cargado de todas las promesas que quería hacerle.

Sus manos se deslizaron desde mi pecho hasta mi cuello, y el sentirla fue lo mejor que habían sentido nunca. La besé como si quisiera memorizar cada segundo, cada suspiro, cada latido de su corazón contra el mío.

Cuando nos separamos, sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos brillaban con algo que se parecía peligrosamente a la felicidad.

De repente, un pensamiento atravesó mi mente, haciéndome incorporar bruscamente. Ella me miró con curiosidad.

—Hay algo… Tu cumpleaños fue durante… Tengo algo para ti.

—¿Qué…? —comenzó, pero ya me había levantado, dirigiéndome hacia mi escritorio.

Abrí el cajón superior y allí estaba, envuelto en la tela morada que había elegido específicamente por ser su color favorito. Lo había encargado incluso antes de… antes de perderla. Y durante todos estos meses, había permanecido aquí, esperando.

Volví a la mesa y deposité el paquete frente a ella con suavidad. La vi contener el aliento mientras sus dedos acariciaban la tela suave.

—No tenías que hacerlo.

—Quería hacerlo. Lo encargué hace tiempo, pensando en todas las veces que te quejabas de que tus herramientas de sanadora no eran lo suficientemente versátiles.

Desdobló la tela, revelando la daga que descansaba en su interior. La hoja brillaba bajo la luz de las velas, los intrincados diseños grabados en el metal parecían cobrar vida propia. La empuñadura, perfectamente equilibrada, estaba decorada con motivos de flores y hojas que se entrelazaban como una danza congelada en metal.

—Es… Es hermosa.

—El herrero la diseñó específicamente para ti —expliqué, observando cómo sus dedos trazaban los grabados—. La hoja es lo suficientemente afilada para defenderte si es necesario, pero también está perfectamente balanceada para trabajos más delicados. Para cortar hierbas medicinales, preparar ungüentos…

—Para que pueda seguir siendo quien soy —completó suavemente—. Una sanadora que también sabe defenderse.

—Exacto —asentí—. Porque eres ambas cosas, Nefely. La mujer que cura y la que lucha. La que salva vidas y la que no duda en

hacer lo necesario para proteger a los que ama.

Sus ojos seguían fijos en la daga.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —susurró sin levantar la mirada —. Que entiendes exactamente lo que necesitaba. No solo un arma, no solo una herramienta… sino algo que me recordara que puedo ser ambas cosas. Que no tengo que elegir entre la sanadora y la guerrera.

—Nunca has tenido que elegir —respondí suavemente—. Es precisamente esa dualidad lo que te hace quién eres. Lo que te hace tan…

—¿Complicada? —bromeó.

—Extraordinaria —corregí.

Alzó la mirada entonces, y lo que vi en sus ojos me robó el aliento. Era como si algo se hubiera descongelado dentro de ella, como si una parte de la Nefely que conocía hubiera encontrado su camino de vuelta a la superficie.

Dejó la daga cuidadosamente sobre la mesa y tomó un poco del estofado que llevaba rato enfriándose. El simple acto de verla comer, de ver cómo saboreaba los alimentos con esa pequeña expresión de placer que siempre había tenido, me llenó de una alegría casi dolorosa.

—Esto está… realmente bueno —comentó, tomando otro bocado —. No recuerdo la última vez que disfruté tanto la comida.

—Le dije a la cocinera que preparara tu favorito —admití—. Amenazó con renunciar cuando supo que debía incluir esas hierbas extrañas que tanto te gustan.

Nefely soltó una risa suave, el sonido reverberó en mi pecho como una caricia.

—Pobres cocineros —dijo, tomando un trozo de pan para acompañar el estofado—. Siempre los atormenté con mis peticiones.

Un silencio cómodo se instaló entre nosotros mientras comíamos. La observé discretamente, maravillándome ante cada pequeño gesto: cómo sostenía la cuchara con más firmeza que hacía unos días, cómo sus ojos se cerraban brevemente al saborear algo que le

gustaba especialmente. Pequeñas victorias en una guerra silenciosa contra los fantasmas que la atormentaban.

—El consejo se reunirá mañana —dije finalmente, rompiendo el silencio—. Estamos reorganizando las defensas de la frontera. Gélidia sigue demasiado silenciosa.

Ella asintió, dejando la cuchara un momento para tomar un sorbo de agua.

—¿Crees que Soren…? —dejó la pregunta en el aire, pero ambos sabíamos lo que quería preguntar.

—No lo sabemos —admití—. Ninguno de nuestros espías ha logrado confirmar su estado. Algunos rumores dicen que sobrevivió, otros que…

—Que lo maté —completó ella.

—Sí.

Vi cómo sus dedos se tensaban alrededor de la copa.

—Quiero que lo sepas todo —continué, sirviendo más estofado en su plato cuando noté que lo había terminado—. Sobre el reino, sobre nuestras alianzas, sobre… todo. No más secretos, como dijiste. —Tomé un respiro profundo—. Y quiero que sepas que hay un lugar para ti en el consejo, cuando estés lista. Tu silla ya está allí, a mi derecha.

Sus ojos se abrieron con sorpresa mientras masticaba lentamente un trozo de carne.

—¿Mi silla? —preguntó después de tragar.

—De roble oscuro, con respaldo alto y cojines morados —respondí con una sonrisa, tomando un trozo de pan—. Y grabado con flores de alisma en los brazos.

Una risa suave, genuina, escapó de sus labios mientras extendía la mano para tomar más pan.

—¿Tú, el rey que odiaba la ornamentación, has encargado una silla con flores talladas?

—Era eso o dejar que Venya la decorara —bromeé, pasándole la canasta de pan—. Y créeme, habría acabado con tantos lazos y cintas que no podrías sentarte sin enredarte en ellos.

Su risa se hizo más fuerte y el sonido fue como música para mis oídos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que la había escuchado reír así? Me permití saborear el momento, grabar en mi memoria la forma en que sus ojos se iluminaban mientras partía el pan, cómo sus hombros se sacudían ligeramente.

—Puedo imaginarla —respondió—. Toda rosa y con pequeñas campanillas que tintinean cada vez que me muevo.

—Exactamente. —Sonreí, sirviéndole más agua—. Así que tuve que intervenir para salvarte de esa tortura. Aunque Thorak insistió en que llevara algún símbolo que te identificara.

—¿Thorak? —Su sorpresa era evidente mientras tomaba un bocado de verduras—. ¿Nuestro serio capitán Thorak se preocupó por la decoración de mi silla?

—Oh, se ha vuelto muy específico con los detalles últimamente —comenté, disfrutando de esta conversación ligera mientras compartíamos la comida—. Dice que la única forma de que el consejo funcione correctamente es que todos estén cómodos con su lugar. Y aparentemente eso incluye sillas bien decoradas.

Nefely negó con la cabeza, divertida ante la imagen de Thorak discutiendo sobre mobiliario. Pero entonces su expresión se volvió más seria, contemplativa, mientras usaba un trozo de pan para recoger la salsa que quedaba en su plato.

—Las sanadoras de Floralia miraron mis manos —dijo de repente, y sentí mi corazón encogerse ante el cambio de tema—. Dicen que podría recuperar cierta movilidad. No toda, pero… algo.

Observé sus manos sostener el pan, las cicatrices que las cubrían, los dedos que no se doblaban del todo. Quería tomarlas entre las mías, besarlas, prometerle que todo estaría bien. Pero me contuve.

—¿Qué… qué dicen exactamente? —pregunté con suavidad, apartando ligeramente mi plato.

—Que los huesos no soldaron tan mal como temían —explicó, flexionando ligeramente los dedos como demostración—. Pero hay daño en los tendones que será más difícil de reparar. Tienen algunas

técnicas, pociones y ungüentos que podrían ayudar. Ejercicios también. —Hizo una pausa, apartando también su plato casi vacío—. Sylvan ofreció enviar a una de ellas para que se quede aquí, si yo… si decidiera quedarme.

Mi corazón dio un vuelco ante sus palabras. «Si decidiera quedarme». Había una posibilidad entonces.

—Eso sería… —Me aclaré la garganta, intentando no mostrar lo mucho que sus palabras me habían afectado—. Eso sería bueno. Podrías tener la ayuda que necesitas sin tener que…

—¿Irme? —completó, y había algo en su mirada que no podía descifrar del todo.

—Sí.

Volvió a mirar la daga que había dejado junto a su plato, pasando un dedo por el filo con cuidado.

—Me dijeron que necesitaré practicar movimientos precisos para recuperar la destreza —continuó—. Cortar hierbas medicinales, trabajar con instrumentos pequeños… —Alzó la daga ligeramente—. Supongo que esto será perfecto para eso, ¿no?

—Lo diseñé pensando en eso —admití, sirviéndonos a ambos un poco del postre que las doncellas habían dejado, una tarta de frutas que sabía que ella disfrutaba—. En cómo podrías necesitar algo que se adaptara a ti, no al revés. Algo que pudiera evolucionar contigo.

Se quedó en silencio por un momento, como si estuviera procesando mis palabras mientras tomaba un pequeño bocado del postre. Cuando habló de nuevo, su voz era apenas un susurro.

—Es difícil imaginarme en ese consejo ahora —confesó—. A veces apenas puedo mantener mis pensamientos ordenados durante una conversación sencilla. ¿Cómo podría…?

—A tu ritmo. Todo a tu ritmo, Nefely. La silla está allí, esperando. Ya sea que la ocupes mañana o dentro de un año, o nunca si así lo decides. Solo quiero que sepas que el lugar existe, que tu voz importa, que…

—Que tengo opciones —completó, saboreando otro bocado de tarta.

—Exactamente.

Su mirada se perdió en la daga nuevamente, pero pude ver que su mente estaba lejos, considerando posibilidades, evaluando caminos.

—Sylvan dice que podría ser una princesa diplomática —comentó con ligereza, mientras jugaba con las migas en su plato—. Representar a Floralia aquí en Dragio, ser un puente entre ambos reinos. Dice que los lazos familiares son los cimientos más sólidos para las alianzas.

—Es un hombre sabio —respondí, intentando mantener mi voz neutra a pesar del temor que crecía en mi pecho. ¿Era esa la decisión que había tomado? ¿Ser una princesa de Floralia en tierras extranjeras?

Como si leyera mis pensamientos, continuó:

—También dice que debería permitirme ser solo Nefely por un tiempo. Ni princesa, ni sanadora, ni… ni reina. Solo yo, recuperando mi fuerza.

—También en eso tiene razón. Mereces ese espacio, ese tiempo para ti misma.

Asintió lentamente, y entonces, para mi sorpresa, extendió su mano libre sobre la mesa, acercándola a la mía sin llegar a tocarla.

Deslicé mi mano hacia la suya hasta que nuestros dedos se rozaron. El contacto era tan ligero, pero fue suficiente para sentir como si todo mi cuerpo despertase.

—Tengo miedo todo el tiempo —confesó en un susurro—. De las pesadillas, de los recuerdos, de… de sentir. Pero cuando estoy con los niños, o contigo así… El miedo retrocede un poco. Se hace más llevadero.

—Estaré aquí —prometí—. Para lo que necesites, cuando lo necesites. Si eso significa hablar durante horas de política aburrida para distraerte, o simplemente sentarnos en silencio mientras juegas con esa daga, o…

—¿O? —preguntó cuando me detuve.

—O dejarte ir, si es lo que decides. Aunque cada parte de mí quiera suplicarte que te quedes.

Sus dedos se entrelazaron con los míos entonces, en un agarre tan suave que apenas era perceptible, pero más real que cualquier cosa que hubiera sentido en meses.

—¿Sabes qué me dijo Avery hoy? —preguntó—. Que ha compuesto una canción nueva. No sobre la pérdida esta vez, sino sobre el regreso. Sobre encontrar el camino de vuelta a casa después de la tormenta.

—Suena precioso —respondí, maravillado por la forma en que su mano seguía en contacto con la mía.

—Lo es —confirmó—. Y mientras la escuchaba, pensé… pensé que quizás eso es lo que estoy haciendo. Encontrando mi camino de vuelta. No a quien era antes, porque esa Nefely ya no existe. Pero a quien puedo ser ahora, con todas estas cicatrices y recuerdos y… y amor.

La última palabra fue apenas oíble, pero resonó en mi corazón como un trueno.

—Es tarde —murmuró, aunque no hizo ningún movimiento para levantarse—. Debería…

—Lo sé —respondí, sin querer que este momento terminara—. Los niños querrán verte temprano mañana.

Una risa suave escapó de sus labios.

—Kieran probablemente esté esperando fuera de mi puerta al amanecer.

Se puso de pie lentamente, la daga aún en sus manos, como si no quisiera soltarla.

—Gracias —dijo, y había tanto en esa simple palabra—. No solo por esto —Señaló la daga—, sino por… por entender. Por esperar. Por dejarme encontrar mi propio camino de vuelta.

Me levanté también. Quería besarla de nuevo, sostenerla y no soltarla nunca, pero me contuve. Esta noche ya había sido más de lo que me atrevía a soñar.

—Siempre —prometí—. El tiempo que necesites, Nefely. Siempre estaré aquí.

Se acercó entonces, y con una suavidad que me rompió el corazón, presionó sus labios contra mi mejilla. Sin embargo, sentí que me había marcado el alma.

—Buenas noches, Aeran —susurró.

La vi alejarse hacia la puerta. Antes de salir, se giró una última vez con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Mañana —dijo simplemente—. ¿Misma hora?

Mi corazón dio un vuelco.

—Misma hora —confirmé —. Estaré esperando.

Cuando la puerta se cerró tras ella, me permití caer en mi silla, abrumado por todo lo que había sucedido. El fantasma de sus besos aún ardía en mis labios, y por primera vez en lo que parecía una eternidad, el futuro no se veía tan oscuro.

Afuera, la noche era clara y estrellada, y en algún lugar del castillo, una mujer caminaba con una daga nueva en sus manos y una sonrisa en sus labios. No todo estaba perdido. No mientras ella siguiera encontrando su camino de vuelta a mí, un paso a la vez, un beso robado tras otro.

Y si los dioses eran amables, quizás esta vez las pesadillas nos dejarían dormir en paz. Aunque fuera solo por una noche.

49

Noches sin paz

Nefely

La daga bajo mi almohada era un consuelo frío, pero familiar mientras daba vueltas en la cama, incapaz de encontrar descanso. Mis dedos trazaban una y otra vez los grabados en la empuñadura, memorizando cada curva, cada detalle que él había pensado especialmente para mí. Era extraño cómo un objeto podía contener tanto significado, tanta comprensión.

El recuerdo de sus labios contra los míos ardía todavía. No había planeado besarlo. Los dioses sabían que no había planeado nada de lo que sucedió esta noche. Pero había algo en la forma en que me miraba, como si fuera lo más precioso del mundo a pesar de estar tan rota…

Me incorporé, frustrada con mis propios pensamientos que se negaban a estarse quietos. La habitación parecía demasiado grande, demasiado vacía. Las sombras en las esquinas danzaban amenazadoramente a pesar de las velas que mantenía encendidas toda la noche.

Había tantas cosas que aclarar, tantas decisiones que tomar. Floralia esperaba una respuesta, un reconocimiento de mi herencia

que no estaba segura de poder dar. Ventara era como una amenaza en el horizonte, y el silencio de Gélidia era más aterrador que cualquier declaración de guerra.

Y luego estaba él. Aeran. El hombre que había redefinido todo mi mundo, que me había roto y salvado en igual medida. El rey que se arrodillaba ante mí como si fuera yo quien portara la corona.

Un escalofrío recorrió mi espalda mientras las imágenes intentaban colarse en mi mente: otras noches, otras habitaciones, otras manos… Me obligué a respirar profundamente, aferrándome a recuerdos más recientes. El calor de sus labios, la suavidad de sus manos, la forma en que había contenido cada impulso hasta que fui yo quien dio el primer paso.

Las mantas pesaban demasiado, sofocantes a pesar del frío que siempre parecía acompañarme ahora. Me levanté con la daga en mano incapaz de seguir agobiándome entre las sábanas. Esta era mi habitación en el castillo, no una celda en Gélidia. Estaba a salvo. Estaba…

Sola.

Después de tanto tiempo anhelando soledad, después de tantas noches rogando que me dejaran en paz, ahora el silencio me ahogaba. Era irónico, casi cruel, cómo el mundo se empeñaba en darme exactamente lo contrario de lo que necesitaba.

Mis pasos me llevaron hasta la ventana. En la distancia, podía ver a Estros y Draluz volando juntos mientras se gruñían para comunicarse. Incluso ellos habían encontrado paz en la compañía del otro.

La daga seguía en mi mano y su peso era reconfortante. Pero no era suficiente. Nada parecía suficiente esta noche.

Sabía dónde dormía él. Era imposible no saberlo, considerando que había elegido instalarse en mi antigua habitación cuando… cuando me perdió. Las doncellas susurraban sobre ello, sobre cómo se había negado a dormir en sus aposentos reales, prefiriendo torturarse con mi recuerdo.

Mis pies comenzaron a moverse antes de que mi mente pudiera protestar.

Thorak estaba en su puesto, por supuesto. Ni siquiera parpadeó al verme vagando en medio de la noche, vestida con un pijama demasiado grande y sosteniendo una daga como si fuera un talismán contra la oscuridad.

—Mi señora —dijo con una inclinación de cabeza—. ¿Necesitáis…?

—Sabes dónde voy —interrumpí suavemente.

Vi que lo comprendía al instante.

—Os acompañaré hasta allí.

Cada esquina, cada sombra me era familiar y extraña al mismo tiempo. ¿Cuántas veces había recorrido este camino antes? ¿Cuántas noches había pasado curando pesadillas de niños, cantando canciones de cuna y persiguiéndolos?

Nos detuvimos frente a la puerta de mi antigua habitación. Mi corazón latía tan fuerte que temía que despertara a todo el castillo. Thorak se colocó discretamente a unos pasos de distancia, dándome el espacio que necesitaba, pero sin abandonar su vigilancia.

La puerta no estaba cerrada con llave, nunca lo estaba, me habían dicho las doncellas. Como si incluso en sueños temiera perderse el momento en que yo volviera.

La abrí con cuidado, el suave crujido de los goznes sonó ensordecedor en el silencio de la noche. La habitación estaba iluminada por la luz de la luna que entraba por las ventanas, y allí, en la cama que una vez fue mía, dormía el Rey de Dragio.

Se veía tan diferente así, sin el peso de la corona, sin las máscaras que usaba durante el día. Su rostro estaba relajado en sueño, aunque incluso así podía ver las líneas de preocupación que no terminaban de desvanecerse.

Me quedé inmóvil en el umbral, dudando. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Qué derecho tenía a invadir su espacio así, en medio de la noche?

Pero entonces lo escuché murmurar mi nombre en sueños, y algo dentro de mí se retorció. No era el único que sufría pesadillas, que luchaba contra demonios en la oscuridad.

Me acerqué a la cama. La daga encontró su lugar en la mesita de noche, junto a la corona que descansaba allí. El simbolismo no se me escapaba: el arma de una guerrera junto a la corona de un rey, ambos abandonados en la noche.

Me deslicé bajo las mantas con movimientos lentos para no despertarlo, pero fue inútil. Sus ojos se abrieron de golpe y en un instante estaba sentado en la cama. En la penumbra, su mano buscó instintivamente la espada que siempre mantenía cerca.

—¿Nefely? —susurró, e inmediatamente se preocupó—. ¿Estás bien? ¿Alguien te ha hecho daño?

Su mirada recorrió mi figura en la oscuridad, buscando señales de peligro o heridas, mientras su respiración agitada por el sobresalto comenzaba a calmarse gradualmente.

—Lo siento —murmuré, repentinamente consciente de lo inapropiado de mi presencia allí—. No debería haber…

—No —dijo, apartando por completo la mano de la empuñadura de su espada—. No te disculpes. Nunca te disculpes por venir aquí.

Se movió ligeramente, como si quisiera acercarse, pero temiera asustarme.

—No podía dormir —confesé en un susurro—. La habitación era demasiado grande, demasiado silenciosa, y yo…

—Lo sé —respondió, y había tanto entendimiento en su voz—. ¿Quieres… quieres que me vaya? Puedo dormir en el sillón, o…

—No. Solo… solo quédate ahí. No necesito que me toques, no necesito nada. Solo… Solo necesito saber que no estoy sola.

Lo vi tragar con dificultad.

—Nunca más estarás sola —prometió, y aunque sabía que era una promesa imposible de mantener, mi corazón se aferró a ella.

Se recostó de nuevo, manteniendo una distancia prudente entre nosotros. El calor de su cuerpo era como un sol distante, presente, pero no abrumador.

—¿Recuerdas la primera vez que dormí aquí? —susurré en la oscuridad—. Después de que me liberaras de la torre. No podía creer que una cama pudiera ser tan suave.

Lo escuché soltar una risa suave.

—Recuerdo que te quejaste de que era demasiado blanda —respondió—. Dijiste que extrañabas tu jergón de paja.

—Mentí —confesé—. Solo… solo no quería admitir cuánto me gustaba. Cuánto empezaba a gustarme todo esto.

Ambos guardamos silencio, pero no fue incómodo.

—¿Cómo supiste que era yo? —preguntó después de un momento—. Cuando despertaste, quiero decir. ¿Cómo supiste que no era otra pesadilla?

La pregunta me tomó por sorpresa, pero la respuesta vino fácilmente.

—Tu olor —respondí—. El brujo… él nunca pudo replicar eso correctamente en sus ilusiones. La mezcla de cuero y metal y… y tú.

Lo sentí contener el aliento.

—Hay tanto que no sé —murmuró—. Tanto que temo preguntar.

—Y hay tanto que no puedo decir —respondí—. No todavía. Quizás nunca.

—No necesito saberlo todo —dijo suavemente—. Solo necesito saber qué necesitas de mí. Cómo puedo ayudarte.

Lo miré. Una parte de mí seguía sin creer que realmente estuviera aquí, con él, en esta cama cálida. Que no estuviera tirada en una celda helada, temblando bajo el frío implacable de Gélidia. Que mis huesos no dolieran por los golpes, que mi piel no sangrara por nuevas heridas.

Era tan difícil confiar en esta realidad, tan complicado aceptar que había escapado de aquel infierno. Incluso ahora, con la calidez de las mantas rodeándome y su respiración tranquila a mi lado, una parte de mí seguía esperando el momento en que todo se desvanecería y me encontraría de nuevo a merced de Soren.

—Esto —susurré—. Esto es lo que necesito. Poder venir aquí cuando el silencio es demasiado. Poder hablar, o no hablar. Poder

simplemente… existir.

Vi cómo su mirada recorría mis cicatrices.

—¿Te duelen todavía? —susurró con voz ronca.

Negué con la cabeza.

—Ya no tanto. Solo cuando… Solo cuando el recuerdo es demasiado fuerte.

Su mano se movió instintivamente, como si quisiera tocarme, pero se detuvo a medio camino. Siempre contenido, siempre tan cuidadoso de no presionar, de no cruzar líneas invisibles.

—Hay noches —continué en voz baja—, en que puedo sentir sus manos sobre mí. Como si… como si hubiera dejado marcas más profundas que las que se ven.

Un músculo se tensó en su mandíbula, y pude ver la furia en sus ojos, aunque su voz permaneció suave cuando habló:

—Jamás te haría daño —susurró con fiereza—. Ni siquiera jugando. Ni siquiera si tú me lo pidieras. Preferiría cortarme las manos antes. Que tú me las cortases

—Lo sé. Es una de las pocas cosas de las que estoy completamente segura.

La luna se ocultó tras una nube, sumiendo la habitación en sombras más profundas. En la oscuridad, su respiración me mantenía en el presente.

—A veces —confesó después de un momento—, me despierto aterrorizado, creyendo que todo ha sido un sueño. Que sigues… que no logré… Que te perdí para siempre.

Sin pensarlo, extendí mi mano en la oscuridad hasta que mis dedos rozaron su mejilla.

—Estoy aquí —susurré—. No soy un sueño. No soy una ilusión. Soy real.

Su mano cubrió la mía sobre su mejilla, y el calor de su piel curaba.

—Hay tantas cosas que debí hacer diferente —murmuró—. Tantas señales que no vi, tantas veces que te fallé…

—No podemos cambiar el pasado —respondí suavemente—. Créeme, lo he intentado. En esa celda, pasé noches enteras imaginando qué habría pasado si hubiera hecho las cosas de otra manera. Si hubiera sido más fuerte, más rápida, más…

—Eras perfecta —interrumpió con vehemencia—. Eres perfecta. Salvaste a Kieran. Protegiste a los niños. Te mantuviste viva contra todo pronóstico.

—Hay más —continué, aunque las palabras quemaban mi garganta—. Tantas que he perdido la cuenta. Algunas tienen historias que no puedo… que no sé si alguna vez podré contar.

—No necesitas contarlas —respondió suavemente—. No necesitas explicar nada. Cada marca, cada cicatriz… son medallas de guerra, Nefely. Pruebas de que sobreviviste. De que ganaste.

Una lágrima rodó por mi mejilla, brillando como un diamante bajo la luz de la luna.

—¿Gané? Entonces ¿por qué algunas noches siento que sigo perdiendo? ¿Que una parte de mí se quedó en esa celda y nunca volverá?

Levantó la mano.

—¿Puedo? —preguntó.

Asentí, incapaz de formar palabras. Con infinita suavidad, sus dedos limpiaron la lágrima de mi mejilla.

—La Nefely que conocí —comenzó—, era feroz y temeraria. Se enfrentaba a reyes sin pestañear y domaba dragones como si hubiera nacido para ello. —Su pulgar acarició mi pómulo con una ternura que me rompió el corazón—. La Nefely que veo ahora es todo eso y más. Es una superviviente. Una guerrera. La mujer más valiente que he conocido.

—Pero estoy tan rota —susurré—. Hay momentos en que ni siquiera me reconozco.

—No estás rota —respondió con fiereza—. Estás sanando. Y si algunos pedazos no vuelven a encajar como antes… encontraremos nuevas formas de ser enteros. Juntos. Si… si eso es lo que quieres.

La vulnerabilidad en su voz hizo que algo se derritiera dentro de mí.

—Te amo —susurré—. A pesar de todo, a pesar del dolor y las pesadillas y las cicatrices… Te sigo amando tanto que a veces no sé dónde termina ese amor y empiezo yo.

Lo sentí contener el aliento, y cuando habló, su voz estaba cargada de lágrimas:

—Y yo te amo más allá de las palabras —susurró—. Más allá de la razón. Más allá de…

No pudo terminar porque me había inclinado para besarlo. El contacto fue suave, tentativo, tan diferente a los besos desesperados que habíamos compartido antes. Sus labios se movieron contra los míos con ternura, como si temiera que fuera a desvanecerme entre sus brazos.

Me alejé suavemente, aunque mi mano seguía en su mejilla.

—¿Puedo… puedo quedarme esta noche? —susurré—. Solo dormir. No puedo… no estoy preparada para…

El miedo debió reflejarse en mis ojos porque su expresión se suavizó aún más, si eso era posible.

—Nefely —murmuró—. Ni siquiera había pensado en… —Se detuvo, tragando con dificultad—. Como te dije una vez, jamás haría algo que tú no quisieras. Cada paso, cada momento, será cuando tú lo decidas. Si es que alguna vez lo decides.

—¿Y si nunca…? —La pregunta quedó suspendida en el aire entre nosotros.

—Entonces nunca será —respondió—. Te amo, Nefely. No solo tu cuerpo, no solo los momentos de pasión. Te amo completa, con tus miedos y tus cicatrices, con tus pesadillas y tus silencios.

No podía dejar de llorar.

—Hay tantas cosas rotas dentro de mí —confesé en un susurro —. Tantos momentos sus manos…

—Si pudiera, borraría cada uno de esos recuerdos. Pero ya que no puedo, me conformo con estar aquí, recordándote que las

caricias no deben de doler. Que no todas las noches tienen que ser una pesadilla.

Con movimientos lentos, deliberados, se recostó en la cama, manteniendo una distancia prudente.

—Ven —murmuró suavemente—. Descansa.

Me deslicé bajo las mantas con cierta vacilación. A pesar de la confianza que tenía en él, mi cuerpo aún se tensaba instintivamente ante la proximidad de otro ser humano.

—¿Está bien así? —preguntó, y había tanta preocupación en su voz que sentí mi corazón encogerse.

—Sí —respondí, y me sorprendió darme cuenta de que era verdad.

Nos quedamos así, acostados uno frente al otro, separados por un espacio que parecía a la vez inmenso y minúsculo.

—Nefely —susurró después de un momento—. Cuando estabas allí… ¿Fuiste tú quien vino a mis sueños? ¿O fueron solo delirios míos?

Su pregunta me tomó por sorpresa.

—Fui yo —admití finalmente—. Necesitaba verte. Necesitaba… verte una última vez.

Parecía haberse aliviado de algo.

—Creí que me estaba volviendo loco —confesó—. Despertaba gritando tu nombre, convencido de que habías estado allí, de que me habías hablado.

—Lo siento —murmuré—. No quería causarte más dolor.

—No —negó suavemente—. Me diste esperanza. En los momentos más oscuros, me diste algo a lo que aferrarme.

Bajé la mirada, incapaz de sostener la intensidad de sus ojos.

—Ya no quiero usar mi magia nunca más —susurré—. No después de… de lo que él me obligó a hacer con ella. De cómo los usó para…

El recuerdo de las mentes en las que me había visto forzada a entrar, de las vidas que había manipulado bajo las amenazas de Soren, era demasiado doloroso.

—Lo entiendo —respondió simplemente, y supe que era verdad. No necesitaba explicaciones, no exigía detalles. Simplemente comprendía.

Y había algo reconfortante en la forma en que me miraba, sin exigencias, sin presiones, solo… amor. Un amor tan puro que hacía que mi pecho doliera.

—¿En qué piensas? —susurró.

—En lo diferente que es todo —respondí con suavidad—. En cómo antes temía el silencio, y ahora… ahora es casi reconfortante. Al menos este silencio.

Una sonrisa suave curvó sus labios.

—Thorak seguirá ahí fuera toda la noche —murmuró—. Y yo… yo estaré aquí. Todo el tiempo que necesites.

Asentí levemente, sintiendo cómo el cansancio comenzaba a pesar en mis párpados. Era extraño, este tipo de agotamiento. No era el peso aplastante del terror, ni el vacío del aislamiento. Era algo más suave, más natural.

—Cuéntame algo —pedí, luchando contra el sueño que empezaba a envolverme—. Lo que sea.

Lo escuché respirar profundamente antes de comenzar:

—Hoy Venya intentó enseñarle a Torin la diferencia entre la salvia y la menta —susurró con una sonrisa en la voz—. Fue un desastre. Terminaron discutiendo sobre si el olor era más importante que la forma de las hojas.

Una risa suave escapó de mis labios mientras mis ojos se cerraban lentamente. Su voz era como una nana, alejando los miedos que normalmente me mantenían despierta.

—Kieran los separó —continuó—. Dijo que ninguno de los dos sabía nada, que tú… que tú les habías enseñado que lo importante era cómo se sentían las hojas al tacto.

Sonreí en la oscuridad, el sueño pesaba cada vez más. Me sentía segura aquí, con el sonido de su voz y el saber que Thorak vigilaba la puerta. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, las pesadillas parecían mantenerse a raya.

—Duerme —susurró al notar que mis respiraciones se volvían más profundas—. Estaré aquí cuando despiertes. Lo prometo.

Y así, arrullada por su voz y envuelta en un calor que no tenía nada que ver con las mantas, me dejé llevar por un sueño tranquilo. El primero en mucho, mucho tiempo.

50

La reina de Dragio os declara la guerra

Nefely

Me desperté bruscamente cuando la puerta se abrió violentamente. Antes de que pudiera procesar qué sucedía, el brazo de Aeran se extendió protectoramente sobre mí.

—¡Aeran! Yo… —Mi padre se detuvo abruptamente al verme allí. Sus ojos se abrieron con sorpresa antes de desviar la mirada—. Lo siento, no sabía que…

—¿Papá? —Mi voz sonaba ronca por el sueño mientras me incorporaba—. ¿Qué pasa?

La urgencia en su rostro hizo que el sueño se desvaneciera por completo. Había algo en su postura, en la forma en que sus manos se cerraban y abrían nerviosamente, que me recordó a los días en que vigilaba el bosque en busca de peligros.

—Un emisario de Ventara —respondió—. No viene solo. Hay un ejército esperando en las puertas del castillo.

Sentí cómo Aeran se tensaba a mi lado. La mención de Ventara hizo que algo frío se instalara en mi estómago.

—¿Cuántos? —preguntó Aeran, levantándose rápidamente.

—Más de mil hombres —respondió mi padre—. Thorak ya está organizando las defensas.

Mil hombres no eran suficientes para tomar el castillo, pero eran más que suficientes para enviar un mensaje.

Me levanté también. Mis ojos se posaron en la daga que descansaba en la mesita de noche.

La tomé y la deslicé en la goma del pantalón, asegurándome de que quedara oculta pero accesible. Vi cómo los ojos de Aeran seguían el movimiento, pero no dijo nada porque él también se colocó el cinturón con la espada.

—El emisario espera en la sala del trono —continuó mi padre—. Exige una audiencia inmediata.

—Exige —repitió Aeran amargamente—. Como si tuviera derecho a exigir algo en mi castillo.

—Deberíamos… —comencé, pero me detuve al darme cuenta de que no sabía cuál era mi lugar en esta situación. ¿Tenía derecho a estar presente? ¿O debería desaparecer en las sombras como había hecho tantas veces antes?

Como si leyera mis pensamientos, Aeran extendió su mano hacia mí. No la tomó, simplemente la ofreció, dejándome la elección.

—Juntos —dijo simplemente, y había tanto en esa palabra.

Asentí, enderezando mis hombros. Al salir al pasillo Thorak ya no estaba en su puesto, probablemente organizando las defensas como había dicho mi padre.

Los guardias que encontramos parecían más tensos de lo habitual, sus manos estaban apoyadas en las empuñaduras de sus espadas.

—¿Los niños? —pregunté mientras girábamos una esquina.

—A salvo —respondió mi padre—. Cleon está con ellos en el ala oeste, bien protegidos.

Algo en mi pecho se aflojó ligeramente. Al menos ellos estaban fuera de peligro.

Nos detuvimos frente a las puertas de la sala del trono. Podía escuchar voces al otro lado, el tintineo de armaduras, el murmullo tenso de una situación a punto de estallar.

Aeran se giró hacia mí.

—No tienes que hacer esto —susurró—. Puedes…

—Estoy cansada de esconderme. Si Ventara viene buscando guerra, que sepan exactamente contra qué se enfrentan.

Una sonrisa feroz curvó sus labios mientras asentía. Mi padre nos observaba con orgullo.

—Lo que sea que pase ahí dentro —dijo Aeran—, recuerda que no estás sola. Nunca más.

Respiré profundamente, sintiendo el frío metal de la daga contra mi piel. No, no estaba sola. Y quien fuera que estuviera al otro lado de esas puertas estaba a punto de descubrir que la mujer que regresó de Gélidia no era la misma que se podía intimidar fácilmente.

Las puertas se abrieron con un crujido. La mano de Aeran encontró la mía sin dudar, sus dedos se entrelazaron con los míos como si hubieran estado destinados a encajar así. El gesto, tan público y deliberado, hizo que los guardias de Ventara intercambiaran miradas sorprendidas.

Aeran me guio hacia los tronos con pasos firmes, ignorando deliberadamente los murmullos que se elevaban a nuestro paso.

Mis ojos se posaron en los dos tronos que coronaban la escalinata. El que había sido diseñado para mí —ese que tantas veces había contemplado a escondidas cuando creía que nadie la observaba— brillaba bajo la luz de las antorchas.

Cuando llegamos a los escalones, Aeran aflojó su agarre, permitiéndome subir primero. El mensaje era claro: este era mi lugar por derecho propio, no una concesión de su parte. Me senté en el trono sintiendo cómo el peso de todas las miradas en la sala se intensificaba.

Solo entonces Aeran ocupó su lugar, su postura era la de un rey preparado para la batalla, aunque esta fuera diplomática. Podía ver

la tensión en su mandíbula, la forma en que sus dedos se cerraban sobre los reposabrazos del trono. Estaba furioso, y conocía lo suficiente sus gestos para saber que esta no era una furia pasajera.

En los escalones frente a nosotros, Sylvan y su guardia personal formaban una barrera protectora. Y había algo reconfortante en la forma en que mi abuelo se mantenía firme, como si desafiara a cualquiera a intentar acercarse.

El emisario dio un paso al frente, desenrollando un pergamino que parecía demasiado largo para contener buenas noticias. Era un hombre alto, vestido con los colores de Ventara, pero había algo en la forma en que sostenía el documento que me hizo estremecer.

—Majestad —comenzó—. Me presento ante vosotros como representante de dos grandes reinos unidos en propósito: Ventara y Gélidia.

El nombre hizo que mi sangre se helara. Sentí más que vi cómo Aeran se tensaba a mi lado, su furia se transformó en algo más frío, más peligroso. La mención de Gélidia trajo consigo un torrente de recuerdos que amenazaban con ahogarme: manos crueles, risas burlonas, dolor interminable…

Mi mano voló instintivamente hacia la daga, buscando el consuelo de su peso frío. Vi cómo los ojos del emisario seguían el movimiento con una sonrisa contenida en sus labios.

—Gélidia —repitió Aeran, y había tanto veneno en esa palabra que varios guardias se estremecieron—. ¿El mismo Gélidia que secuestró y torturó a mi reina? ¿El mismo que amenazó a mis hermanos? ¿Ese Gélidia?

El emisario cambió su peso de un pie a otro.

—Ambos reinos se encuentran descontentos con la situación actual —comenzó—. Especialmente Gélidia, que exige una compensación por los agravios sufridos.

Se detuvo, y algo en su sonrisa hizo que mi estómago se retorciera.

—Sobre todo —continuó—, el príncipe Soren exige el retorno inmediato de su esposa.

—¿Su qué? —Las palabras salieron de mi boca como un látigo, cortando el aire tenso de la sala—. ¿Qué esposa? Yo no soy esposa de nadie, y mucho menos de ese… ese monstruo.

El emisario arqueó una ceja, y parecía burlarse de mis palabras.

—Los testigos dicen lo contrario, mi señora —respondió con falsa dulzura—. El matrimonio se celebró en el castillo de Gélidia, con la presencia del Rey Thorian, el príncipe Caelum, nobles de Ventara, doncellas, sirvientes… Todos dan fe de la ceremonia.

—¡Mentira! —Me puse de pie, gritando—. ¡Todo es mentira! ¡Jamás me casé con él! ¡Jamás aceptaría tener de esposo a ese monstruo!

—Tenemos el documento —interrumpió el emisario, extrayendo un papel de entre sus ropas—. Firmado por vuestra propia mano. Los testigos reconocen vuestra firma, mi señora.

—¡No! —Mi voz se rompió—. ¡Yo nunca…!

Mi mente intentaba desesperadamente recordar. ¿Habría firmado algo bajo tortura? ¿Durante aquellos días en que el brujo mezclaba mi realidad con pesadillas y alucinaciones? Había tantos vacíos en mi memoria, tantos momentos perdidos entre el dolor y las visiones… ¿Pero un matrimonio? No, eso lo recordaría. Era imposible que hubiera olvidado algo así, por mucho que hubieran manipulado mi mente. Si tal ceremonia había existido, yo no había estado consciente de ello o había sido una completa farsa con alguna pobre mujer haciéndose pasar por mí.

Aeran me miraba fijamente, y en sus ojos vi la certeza absoluta de que me creía. No necesitaba pruebas ni testigos; él sabía la verdad.

—Majestad —Uno de los guardias de Ventara dio un paso al frente—, ¿podríais controlar a vuestra furcia y permitir que el emisario continúe?

El movimiento fue instantáneo. Aeran se levantó de su trono, la furia haciendo que el aire a su alrededor crujiera. Pero antes de que pudiera dar un paso, la guardia de Sylvan lo rodeó apuntando con sus espadas a su cuello.

—Mis disculpas. —El capitán de la guardia de Floralia sonrió, aunque el gesto no llegó a sus ojos—. El guardia está… cansado del viaje. Quizás necesite descansar. Permanentemente.

El guardia palideció visiblemente, retrocediendo hasta perderse entre sus compañeros.

—Como decía —El emisario se aclaró la garganta—, hay otro asunto que requiere nuestra atención. Dado el reciente descubrimiento de la ilustre ascendencia de la dama —Sus ojos se posaron en Sylvan—, Gélidia exige la dote correspondiente a una princesa de Floralia. Tierras, oro, joyas…

Vi cómo mi abuelo se tensaba.

—Habláis de dotes y matrimonios —contestó Sylvan—, cuando mi nieta fue secuestrada, torturada por ese príncipe.

—Existen versiones contradictorias de los eventos —farfulló el emisario—. Testigos que afirman que la dama fue una invitada honrada, que aceptó voluntariamente.

—¿Voluntariamente? —Mi risa sonó histérica—. ¿Llamáis voluntario a ser encadenada? ¿A ser golpeada hasta que no podía moverme? ¿A que vuestro querido príncipe abusase de mí?

—La palabra de una mujer —El emisario hizo un gesto despectivo — contra la de nobles y testigos respetables. Además —añadió—, si tan horrible fue vuestro cautiverio, ¿cómo explicáis que compartierais los aposentos del príncipe? ¿Que los sirvientes os vieran en su cama noche tras noche?

Todos en la sala guardaron silencio. Sentí cómo las lágrimas estaban a punto de salir, pero me negué a darle esa satisfacción. En cambio, me erguí en toda mi altura, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Os atrevéis a usar mi violación como prueba de consentimiento?

El emisario seguía hablando, ignorándome.

—Los testigos no mienten, mi señora —insistió con falsa dulzura —. Estáis en el reino equivocado, junto al hombre equivocado. Vuestro esposo os reclama.

Sentí la bilis subir por mi garganta. En ese momento, lo único que deseaba era bajar esos escalones y degollar a ese hombre que se atrevía a convertir mi tormento en una historia de amor traicionado.

—El príncipe Soren —continuó—, está devastado, tanto física como emocionalmente. Las heridas que le infligisteis en vuestra confusión son profundas. Pero, aun así, su amor por vos es tan grande que está dispuesto a perdonar.

Aeran soltó una risa amarga a mi lado.

—¿Amor? —escupió—. ¿Llamáis amor a lo que ese monstruo le hizo?

—Es comprensible vuestra confusión, Majestad. Después de todo, fuisteis vos quien la manipuló con esas leyendas de la Alisma. Quien la arrancó de su verdadero hogar con promesas de grandeza.

—¿Manipular? —Me temblaba todo el cuerpo—. ¿Os atrevéis a hablar de manipulación?

—Tenemos testigos más que fiables —cortó—. El propio consejero Neval, quien huyó de Dragio temiendo por su vida cuando se atrevió a señalar lo incorrecto de vuestras acciones, Majestad. —Miró directamente a Aeran—. Cuando intentó impedir que secuestrarais a la esposa de otro hombre.

—Neval. —El nombre escapó de mis labios como una maldición. Por supuesto que había sido él. El traidor que había ayudado a orquestar todo mi tormento ahora tejía más mentiras.

—Dragio ha violado todas las leyes entre reinos —prosiguió el emisario—. No solo humillasteis a una princesa, enviándola de vuelta con su padre —Hizo un gesto hacia donde Cellina había estado meses atrás—, sino que secuestrasteis a la esposa de un príncipe. La retuvisteis contra su voluntad, alejándola de su legítimo esposo.

—¿Os referís al hombre que me encadenó? ¿Que me golpeó hasta que no pude moverme? ¿Que me violó noche tras noche mientras sus guardias vigilaban la puerta?

Vi cómo varios guardias de Ventara intercambiaban miradas incómodas, pero el emisario mantuvo su sonrisa cruel.

—Las disputas maritales —dijo con un gesto despectivo—, son asuntos privados. Y según nuestros testigos, incluidas varias doncellas, vos fuisteis una esposa… más que dispuesta. ¿O negaréis también que compartíais sus aposentos voluntariamente?

—¿Llamáis voluntario a ser arrastrada de los pelos? ¿A que me aten para que no pueda luchar? ¿A que tenga que elegir entre someterme o ver morir a niños inocentes?

Se me rompía la voz, sentía que iba a derrumbarme.

—¡Suficiente! —gruñó Aeran—. ¡No os atreváis a venir a mi hogar, a mi reino, a propagar estas infames mentiras sobre mi amada, sobre mi reina! Cada palabra que pronunciáis es una ofensa a la corona de Dragio y a la casa real de Floralia. —Su mirada se clavó en el emisario como una espada—. Nefely no solo es mi reina por elección y por derecho, es la nieta del Rey Sylvan, heredera de Floralia. No permitiré que sigáis torturándola con vuestras mentiras, ni que mancilléis su honor con vuestras acusaciones infundadas.

—¿Mentiras? —El emisario arqueó una ceja—. ¿Llamáis mentiras a documentos firmados? ¿A testimonios de nobles y sirvientes? ¿Al hecho de que la princesa Cellina fue humillada y devuelta a su padre porque vos preferíais a la esposa de otro?

—Documentos forzados —intervino mi padre—. Firmas obtenidas bajo tortura. ¿O también negaréis las marcas en su cuerpo? ¿Las cicatrices que vuestro príncipe dejó en ella?

—Marcas que bien podrían ser autoinfligidas —respondió el emisario—. O causadas en su precipitada huida. El príncipe Soren solo intentaba protegerla de sí misma cuando ella, confundida por las manipulaciones de Dragio, intentó acabar con su propia vida.

Sentí cómo Aeran se tensaba a mi lado.

—Llamar protección a lo que ese monstruo hizo es una blasfemia contra todo lo sagrado. —La voz de Aeran descendió a un gruñido peligroso que envió escalofríos por la sala.

Reconocí esa expresión en su rostro, la forma en que la vena de su sien palpitaba. Aeran estaba a un suspiro de perder completamente la paciencia, al borde de ordenar algo que cambiaría

el curso de la historia de nuestros reinos para siempre. La última vez que lo había visto así, había jurado reducir Gélidia a cenizas, y ahora la amenaza de cumplir esa promesa pendía en el aire como una tormenta a punto de desatarse.

—Testimonios contradictorios. —El emisario agitó un fajo de papeles—. Mientras que tenemos pruebas firmes del matrimonio, de la dote prometida por el Rey Sylvan…

—¡Yo jamás prometí nada! —protestó mi abuelo

—Una dote que, considerando la ilustre ascendencia de la dama, debería ser considerable. Tierras, oro, joyas… Todo lo que corresponde a una princesa de Floralia.

—¿Es eso entonces? —pregunté, y mi voz sonaba extrañamente calmada incluso para mí—. ¿Todo esto es por dinero, joyas y tierras?

—Esto es sobre honor —respondió el emisario—. El honor de un príncipe cuya esposa fue secuestrada. El honor de un reino que fue humillado. El honor de…

—¿Honor? —La palabra salió como un gruñido de mi garganta—. ¿Os atrevéis a hablar de honor cuando defendéis a un monstruo?

—Un monstruo que, según todos nuestros testigos, os trató como a una reina que no sois. Que os dio joyas, vestidos, poder… Todo lo que una mujer podría desear.

—Todo excepto libertad —susurré—. Todo excepto dignidad. Todo excepto el derecho a decir no.

El emisario continuó con su letanía de mentiras, cada palabra más venenosa que la anterior.

—Ventara está devastada —declaró con falsa aflicción—. El matrimonio con el Rey de Dragio queda, por supuesto, anulado. Aunque, debo señalar, que tras las libertades que se tomó con la princesa en múltiples ocasiones, me temo que ningún noble querrá tomarla por esposa ahora.

—¡Jamás la toqué! —rugió Aeran—. ¡No os atreváis a manchar su honor con vuestras mentiras!

Lo miré, sabiendo en mi corazón que decía la verdad. Aeran, que ni siquiera se atrevía a tocarme sin permiso ahora, jamás habría

hecho eso.

—Nuestras demandas son claras —continuó el emisario, ignorando deliberadamente la furia del rey—. Exigimos la inmediata devolución de la esposa del príncipe Soren —Me señaló con un gesto despectivo—. La dote correspondiente a su estatus como princesa de Floralia. Y, por supuesto, el perdón público del Rey Aeran por sus crímenes.

Se detuvo con una sonrisa.

—Además, exigimos que nos sea devuelta intacta. Sin profanar.

¿Sin profanar? ¿Después de todo lo que Soren me había hecho?

—Y que por supuesto retire las acusaciones infundadas.

—¿Queréis ver mis cicatrices? —Di un paso adelante hasta llegar a los escalones—. ¿Las marcas de sus manos? ¿Los huesos que no sanaron bien porque me los rompió una y otra vez? ¿Desea verlas?

—Ventara también exige compensación —continuó como si no me hubiera escuchado—. Por los daños causados a la princesa Cellina, por la humillación pública.

—¿Compensación? —Rio Aeran—. Por supuesto que una compensación…

—Además —El emisario desenrolló otro pergamino—, exigimos la entrega de los huevos de dragón robados. El príncipe Soren está particularmente interesado en recuperar lo que le pertenece por derecho matrimonial.

—¡Nada le pertenece! —grité—. ¡Ni los huevos, ni yo!

—También requerimos la cabeza del traidor Lonan, quien dio demasiada información de la esposa de Soren.

Mi padre dio un paso adelante.

—¡Salve a mi hija de un monstruo!

—Y, por último —El emisario sonrió—, demandamos que la esposa sea entregada al príncipe Soren para que él mismo pueda disciplinarla por su comportamiento rebelde.

Sentí cómo la sangre se helaba en mis venas. Las palabras «disciplinarla» traían consigo recuerdos de dolor y humillación que amenazaban con ahogarme.

—Si Soren quiere disciplinar a alguien —contestó Aeran, porque yo no podía más—, que venga él mismo. Que me enfrente cara a cara, si es que le quedan agallas después de que mi reina casi lo matara. Y dejadme ser absolutamente claro —Se inclinó hacia adelante—: jamás volverá a verla, jamás volverá a ponerle las manos encima. Si lo intenta, terminaré lo que mi reina comenzó. Lo que ella no pudo completar, lo haré yo con mis propias manos, y esta vez no habrá posibilidad de supervivencia.

—Ah, sí. —El emisario asintió—. El intento de asesinato también debe castigarse. Aunque el príncipe, en su infinita misericordia, está dispuesto a perdonar incluso eso una vez que su esposa haya sido debidamente corregida.

La sala entera pareció contener el aliento. La guardia de Floralia cerró filas.

—Si no aceptáis estos términos —continuó el emisario—, me temo que tanto Ventara como Gélidia considerarán esto como un acto de guerra. Los mil hombres que esperan fuera son solo una muestra de lo que vendrá.

—¿Guerra? —Sylvan dio un paso adelante—. ¿Amenazáis con guerra? ¿Eso es lo que realmente queréis?

—Amenazamos con guerra —respondió el emisario—, por defender el honor de dos reinos. Por restaurar el orden natural de las cosas. Por devolver a una esposa descarriada al lugar al que pertenece.

—El único lugar al que pertenezco —dije retrocediendo a mi trono—, es aquí.

El emisario me miró con algo que parecía casi pena.

—Las mujeres —dijo con condescendencia—, a menudo confunden la amabilidad con el amor. El príncipe Soren sabrá reeducaros apropiadamente.

El emisario se acercó un paso más.

—Es comprensible vuestra confusión, teniendo en cuenta la limitada capacidad de vuestro género para comprender asuntos de…

El movimiento fue tan rápido que no me dio tiempo a reaccionar. Aeran había arrebatado la espada de la vaina de Sylvan y en dos zancadas tenía el filo presionando la garganta del emisario.

—Os lo advierto una sola vez. Si volvéis a dirigiros a mi reina, si os atrevéis siquiera a mirarla, decoraré estas paredes con vuestra sangre.

Una gota roja se deslizó por el cuello del emisario donde el filo había mordido su piel, pero aun así sonrió.

—¿Tan poca confianza tenéis en vuestro dominio sobre ella que teméis hasta a mis palabras?

La presión de la espada aumentó.

—Vuestro príncipe —gruñó Aeran—, debería haberme matado en la batalla cuando tuvo la oportunidad. Porque ahora no descansaré hasta arrancarle el corazón con mis propias manos.

Los guardias de Ventara desenvainaron sus espadas, pero la guardia de Floralia ya los rodeaba.

—Si cortáis mi garganta —susurró el emisario—, desataréis una guerra que…

—La guerra comenzó el primer día que os la llevasteis. Cada vez que ese monstruo ponía sus manos sobre ella. Y os juro por todos los dioses que el infierno que desataré sobre Gélidia hará que las antiguas guerras se conviertan en cantos.

—Aeran —susurré su nombre con suavidad.

Se giró hacia mí sin soltar la espada, y fue como si el mundo entero contuviera la respiración. La furia en sus ojos se suavizó al encontrarse con mi mirada, transformándose en algo más profundo, más poderoso. En ese momento no era un rey amenazando a un emisario; era simplemente un hombre mirando a la mujer que amaba como si fuera su propio corazón latiendo fuera de su pecho.

Negué suavemente con la cabeza. No necesitábamos la sangre de este hombre manchando nuestro suelo. No así. No hoy.

Sin decir palabra, Aeran bajó la espada y vino a mi lado. El gesto fue tan natural como respirar: el rey más poderoso de los reinos obedeciendo con una simple mirada.

—¿Entonces? —El emisario se atrevió a sonreír mientras se limpiaba la sangre del cuello—. ¿Aceptáis los términos?

Mis ojos encontraron los de Aeran una vez más. Vi en ellos todo lo que necesitaba: amor, confianza, y la certeza de que cualquier camino que eligiera, lo recorreríamos juntos.

—Tengo un mensaje para vuestro príncipe —dije sentándome en el trono, aferrándome a él con fuerza. Nadie iba a moverme de aquí, jamás—. Y para vuestros reyes.

Una carcajada resonó entre las columnas, seguida por las risas burlonas de los guardias de Ventara.

El tintineo de espadas desenvainándose cortó las risas de golpe. La guardia de Floralia se había movido como un solo ser. La amenaza era clara: nadie se reía de su heredera.

—Por favor. —El emisario hizo un gesto exagerado con la mano que no estaba sujetando su garganta sangrante—. Iluminadnos con vuestra sabiduría femenina.

—Decidles que la Reina de Dragio y heredera de Floralia les declara la guerra. No una guerra de hombres jugando a ser reyes por unas malditas tierras. —Me recosté sobre el trono—. Les declaro la guerra que solo puede librar alguien que ha visto el infierno y ha regresado para vengarse.

El silencio que siguió fue absoluto. En ese momento, mientras el sol del amanecer comenzaba a filtrarse por los ventanales tiñendo todo de dorado, ya no era la niña asustada de la celda, ni la prisionera que temblaba ante las sombras. Era una reina declarando una guerra que haría temblar los cimientos mismos del mundo.

Y a mi lado, con su mano encontrando la mía sin dudar, estaba el hombre que había redefinido lo que significaba ser rey, no por su corona, sino por la forma en que su poder se arrodillaba ante la justicia. El mismo rey que había jurado destruir reinos enteros por una sola verdad: que nadie volvería a tocarme sin pagar el precio en sangre.

Juntos, éramos más que una amenaza. Éramos fuego y hielo, el rugido de los dragones y el filo de la venganza. Éramos la tormenta

perfecta que había estado gestándose desde el primer grito en aquella celda helada, desde la primera gota de sangre derramada.

La promesa de que el infierno que nos habían hecho vivir sería apenas un susurro comparado con la destrucción que desataríamos sobre ellos.

Ellos habían intentado romperme, habían intentado convertirme en cenizas. Pero olvidaron que incluso de las cenizas más frías puede alzarse una reina de fuego y hielo. Una reina que no necesitaba una corona para gobernar, sino la promesa de justicia ardiendo en sus venas y el poder de dos reinos fluyendo por su sangre.

Y cuando termináramos, cuando el último grito se apagara y el último castillo cayera, el mundo entero recordaría que algunos monstruos cometen el error de crear a sus propios verdugos. Que la niña que una vez tembló en una celda helada se había convertido en la reina que haría arder el mundo entero por justicia.